ASESINO DE SOMBRAS (2000)

Val McDermid

Para B.B. porque hacen falta dos
para sortear las piedras en el camino

I

La niebla asciende desde las aguas gris acero del estuario Forth; es un muro de neblina del color de las nubes. Engulle las luces brillantes del parque infantil más cercano de la ciudad, los hoteles de diseño y los restaurantes elegantes. En los muelles, se confunde con los espectros de los marineros que solían gastar su paga en cerveza de ochenta chelines y en putas con la cara tan dura como las manos de sus clientes. Asciende por la colina hasta el Barrio Nuevo, donde la cuadrícula geométrica de elegancia georgiana la parte en dos, antes de que baje deslizándose por la zanja de los jardines de la calle Princes. Los pocos juerguistas que aún se tambalean de regreso a casa se apresuran para huir de su húmedo contacto.

Cuando llega a las callejas escalonadas y a los tortuosos callejones del Barrio Antiguo, la niebla ha

perdido su entorpecedora solidez. Se ha metamorfoseado en fantasmas de niebla pálida y ha convertido las trampas turísticas en siniestras presencias imponentes. Carteles que anuncian los actos recientes del Festival Fringe, a punto de despegarse, aparecen y desaparecen como espectros estridentes. En una noche así, es fácil ver lo que inspiró a Robert Louis Stevenson cuando escribió El extraño caso del doctor Jeckyll y mister Hyde. *Puede que su libro esté ambientado en Londres, pero sin duda es Edimburgo lo que se desprende de sus páginas.*

Detrás de las fachadas de color negro hollín de la Royal Mile, están las viejas casas de vecindad con sus patios vacíos. En el siglo XVIII, éstas eran el equivalente de los planes de viviendas subvencionadas de hoy —abarrotadas por los desposeídos de la ciudad, hogar de borrachos y adictos al láudano, lugar de encuentro de las putas y los golfos más barriobajeros—. Esta noche, como una repetición atormentada de la peor pesadilla histórica, el cuerpo de una mujer yace junto al rellano de unas escaleras de piedra que forman un atajo inclinado bajando desde la calle High hasta la cuesta del Monte. Tiene la falda corta subida, las costuras rotas de tanto estirar.

Si gritó cuando la agredieron, su alarido quedó amortiguado por la manta de aire neblinoso. Una cosa está clara. Jamás volverá a gritar. Su garganta es una amplia sonrisa escarlata. Y, por si fuera poco, los rollos brillantes de los intestinos le cuelgan sobre el

hombro izquierdo.

El tipógrafo que tropezó con el cuerpo de camino a casa después del turno de noche se agacha temblando a la entrada del pasaje que conduce al patio. Está suficientemente cerca del charco de su propio vómito como para sentir náuseas por el olor rancio que permanece allí, flotando, debido a la opresión de la niebla. Ha usado su teléfono móvil para llamar a la policía, y los pocos minutos que tarda en llegar le parecen una eternidad, pues la reciente visión infernal se ha grabado de manera indeleble en su mente.

De pronto, unas luces azules intermitentes aparecen frente a él y dos coches de policía vienen como volando y frenan sobre el bordillo. Unos pasos que corren, y luego ya tiene compañía. Dos agentes uniformados le ayudan suavemente a incorporarse. Lo llevan hasta su coche y lo introducen en el asiento trasero. Dos más han desaparecido por el pasaje; la pegajosa neblina se traga casi inmediatamente el sonido apagado de sus pasos. Ahora los únicos sonidos son el chisporroteo de la radio policial y el castañeteo de los dientes del tipógrafo.

El doctor Harry Gemmell se agacha junto al cadáver e introduce los dedos enguantados buscando cosas en las cuales el detective inspector Campbell Grant no quiere siquiera pensar. En vez de estudiar lo que hace el cirujano policial, Grant observa a los

agentes con monos blancos en el lugar del crimen. Usan lámparas portátiles para registrar el área que rodea al cadáver. La niebla penetra hasta los mismísimos huesos de Grant y le hace sentirse viejo.
Finalmente, Gemmell gruñe y se incorpora de un salto, quitándose los guantes de látex manchados de sangre. Consulta su aparatoso reloj de pulsera y afirma satisfecho:

—Sí, el ocho de septiembre, eso es.

—¿Qué quieres decir, Harry? —pregunta Grant cansado.

Le irrita tener que aguantar el hábito de Gemmell de obligar a los detectives a arrancarle las informaciones una por una.

—A este hombre le gusta jugar a lo que hace el rey. A ver si lo puedes deducir tú, Cam. Hay marcas en el cuello de la víctima que indican una estrangulación, aunque yo diría que murió degollada. Pero son las mutilaciones las que cuentan la verdad.
—Y, aparte de ser un buen motivo para vomitar mi última comida, ¿todo esto debería significar algo para mí, Harry? —pregunta Grant.

—Mil ochocientos ochenta y ocho en Whitechapel, mil novecientos noventa y nueve en Edimburgo. —Gemmell arquea las cejas—. Es la hora de llamar a los especialistas en perfiles, Cam.

—¿De qué coño hablas, Harry? —le espeta Grant mientras se pregunta si Gemmell no habrá estado bebiendo.

—Creo que tienes un asesino imitador, Cam. Creo que buscas a Jack el Destripador.

CAPÍTULO PRIMERO

La doctora Fiona Cameron estaba en el borde de Stanage Edge y se inclinaba hacia delante contra el viento. La única muerte repentina que podría contemplar en esa posición sería la suya si no tenía el cuidado necesario para evitar la caída. Porque si perdiera el equilibrio en la arenilla de piedra mojada, caería vertiginosamente unos diez o quince metros, su cuerpo rebotaría como una muñeca de plástico en los rocosos bloques sobresalientes, se rompería los huesos y se desgarraría la piel.

Acabaría pareciendo una víctima.

«De ninguna manera», pensó Fiona, dejando que el viento la alejara del borde justo lo suficiente para evitar el peligro. «Y mucho menos aquí», se dijo para sus adentros. Aquél era un lugar de peregrinación, el lugar al que acudía para acordarse de todas las razones por las cuales era la que era. Siempre sola, ella regresaba tres o cuatro veces al año, cuando la necesidad de tocar la cara de sus recuerdos crecía. La compañía de otro ser humano vivo y respirando sería intolerable en esa desolada extensión de páramo. Sólo cabían ellas dos:

Fiona y su fantasma, la otra mitad de sí misma, que únicamente andaba a su lado en aquellas llanuras.

Era extraño, pensaba. Había tantos otros lugares donde había pasado mucho más tiempo con Lesley. Pero todos los demás sitios, de algún modo, estaban estropeados por la conciencia de otras voces, otras vidas. Allí, en cambio, ella podía sentir a Lesley sin interferencias. Podía ver su cara, abriéndose risueña, o cerrándose concentrada mientras ella se esforzaba en una subida difícil. Podía escuchar su voz seria y confidencial, o alta con la excitación del logro. Casi podía oler el almizcle apagado de su piel mientras se agachaban juntas sobre el mantel de un *picnic*.

Allí, más que en cualquier otro lugar, Fiona reconoció la luz que había perdido su vida. Cerró los ojos y dejó que su mente creara la imagen. Su misma imagen, el mismo cabello castaño y ojos de color avellana, aquel arco de las cejas, la misma nariz. Todos se habían maravillado siempre de la semejanza. Sólo se diferenciaban en la boca: ancha y de labios gruesos la de Fiona; la de Lesley, un pequeño arco de cupido, el labio inferior más grueso que el superior.

Allí, también, habían tenido lugar las conversaciones y tomaron la decisión que finalmente condujo a que le arrancaran a Lesley de su lado. Fue el lugar del reproche final, el lugar donde Fiona nunca olvidaría de qué carecía su vida.

Fiona sentía cómo se le humedecían los ojos. Los abrió repentinamente y dejó que el viento le diera la

excusa. El momento de vulnerabilidad había pasado. Estaba allí, recordó, para alejarse de las víctimas. Miró a través de los helechos marrones del brezal Hathersage y vio el tosco pulgar del peñasco Higger. Se volvió para contemplar cómo, más allá, una cuña de lluvia empapaba un extremo del brezal Bamford. Con aquel viento, calculó que le quedaban veinte minutos antes de llegar al borde, y encogió los hombros para situar la mochila en una posición más cómoda. Era hora de moverse.

Un tren que salía temprano desde King's Cross y luego un enlace con un tren local le habían llevado hasta Hathersage alrededor de las diez. Había subido rápidamente la empinada cuesta hasta High Neb, disfrutando mientras estiraba los músculos, deleitándose con la contracción de los gemelos y la tensión de los cuádriceps. La última ascensión difícil, que la condujo hasta el extremo norte de Stanage, le había dejado sin aire. Así que se apoyó contra la roca y tomó un largo trago de la botella de agua, antes de aventurarse a través de los trozos planos de piedra arenosa. La conexión con su pasado la había hundido implacablemente más que cualquier otra cosa. Y el viento, al golpearle en la espalda le había tonificado, desatando los pensamientos del desordenado nudo de irritación que la había despertado. En ese momento supo que tenía que salir de Londres durante el día o, de lo contrario, aceptar el hecho de que, antes de finalizar la tarde, sus hombros serían un plano contraído que

irradiaría oleadas de dolor por el cuello y la cabeza.

La única cita en su agenda era una reunión de seguimiento con uno de los estudiantes de doctorado, y eso pudo cambiarlo fácilmente con una llamada desde el tren. Allí arriba, en las llanuras, ningún periodista de pacotilla de la prensa sensacionalista la iba a encontrar, ningún equipo de cámaras le empujaría los micrófonos contra las narices exigiendo saber lo que la cándida Cameron* tenía que decir acerca de los sucesos del día en la sala del tribunal.

Por supuesto, no podía estar segura de que las cosas salieran según sus expectativas. Pero la noche anterior, cuando escuchó en las noticias que el juicio sensacionalista del asesino de Hampstead Heath seguía temporalmente suspendido después de un segundo día de discusiones legales, todos sus instintos le dijeron que, antes de ese anochecer, las brigadas *red-top* estarían clamando sangre. Y ella era el arma perfecta para que sacaran aquella sangre de la policía. Era mejor mantener las distancias, por varios motivos.

Nunca había buscado publicidad sobre su trabajo con la policía, pero igualmente la habían perseguido. Ver su cara salpicando los periódicos era algo que Fiona detestaba casi tanto como sus compañeros de trabajo. Peor que la pérdida de intimidad, era el hecho de que su fama, de algún modo, la había hecho desmerecer como

---

*Juego de palabras con «Candid Camera», que significa «cámara oculta». (*N. del T.*)

académica. Ahora, cuando publicaba en revistas especializadas o colaboraba con autores de libros, sabía que su trabajo era escudriñado con más escepticismo, simplemente porque había aplicado sus habilidades y conocimientos de una manera práctica que chocaba a juzgar por los labios fruncidos por la desaprobación, con los puristas.

La censura silenciosa no hizo más que endurecerse cuando uno de los periódicos sensacionalistas reveló que vivía con Kit Martin. A la clase académica le resultaba difícil imaginar una pareja menos respetable: ella, una psicóloga enfrascada en el desarrollo de métodos científicos que ayudasen a la policía a atrapar reincidentes; él, el primer escritor del país de novelas policíacas sobre asesinos en serie. Si a Fiona le hubiera importado lo suficiente lo que opinaban de ella sus colegas, podría haber explicado que no se había enamorado de las novelas de Kit, sino del hombre que las escribía, y que la naturaleza misma de su trabajo la había hecho más cauta en el momento de comenzar la relación. Pero, como nadie se atrevía a desafiarla de frente, ella eligió no caer en la trampa de la autojustificación.

Al pensar en Kit, su tristeza desapareció. Haber encontrado al único hombre que podía sacarla de su pozo de soledad era una bendición que nunca dejaba de parecerle milagrosa. El mundo quizá nunca vería más allá del encanto de tipo duro que suscitaba en público; pero, aparte de una inteligencia claramente definida,

ella descubrió en él una generosidad, un respeto y una sensibilidad que ya casi no confiaba en poder encontrar. Con Kit, por fin había alcanzado una paz que, en general, mantenía apaciguados a los demonios de Stanage Edge.

Mientras seguía dando grandes zancadas, miró el reloj. Avanzaba rápidamente. Si mantenía el ritmo, tendría tiempo para tomarse una copa en el pub Fox House antes de coger el autobús que la llevaría otra vez abajo, a Sheffield, donde tomaría el tren a Londres. Había pasado cinco horas al aire libre, cinco horas durante las cuales apenas vio a otro ser humano, y esto bastaba para sostenerla. Hasta la próxima vez, pensó melancólicamente.

El tren estaba más vacío de lo que había esperado. Fiona ocupó un asiento doble para ella sola; el pasajero de enfrente se durmió a los diez minutos de salir de Sheffield y le dejó espacio para adueñarse de toda la superficie de la mesa que había entre los dos. Esto le agradaba, ya que tenía trabajo más que suficiente para el resto del viaje. Había hecho un trato con el dueño de un pub que estaba a unos minutos andando desde la estación. Cuando ella salía a pasear, él vigilaba su móvil y su ordenador portátil a cambio de las primeras ediciones autografiadas de los libros de Kit. Era más seguro que las consignas de la estación y, sin duda, más barato.

Fiona abrió su ordenador portátil y lo enchufó al móvil para conectarse al correo electrónico. Un aviso apareció en la pantalla anunciando que tenía cinco mensajes nuevos. Los descargó y luego se desconectó. Había dos mensajes de estudiantes y uno de un compañero de trabajo preguntándole, desde Princeton, si podía acceder a unos datos que ella había recogido sobre casos de violación resueltos. Nada que no pudiera esperar hasta el día siguiente por la mañana. Abrió el cuarto mensaje, el de Kit.

De: Kit Martin
<KMWriter@trashnet.com>
Para: Fiona Cameron
<fcameron@psych.ulon.ac.uk>
Asunto: Cena de esta noche

Espero que lo hayas pasado bien en la colina. He sido productivo: 2.500 palabras antes de tomar el té.

Las cosas acabaron en el tribunal de Old Bailey, tal como decías que pasaría. ¡Confía en esa intuición femenina! (Estoy bromeando, sé que tu conclusión se basaba en el examen de toda la evidencia científica…) De todos modos, me parecía que Steve necesitaba que alguien le alegrara el día, así que he quedado con él para cenar. Vamos a St John's, en Clerkenwell, a comer muchos animales muertos, así que probablemente no te apetecerá venir pero, si quieres, sería fantástico. En cualquier caso, he hecho un risotto de salmón y espárragos para almorzar y queda más que suficiente en la nevera para tu cena.

Te quiero.

Fiona sonrió. Era típico de Kit. Siempre y cuando

todos comieran bien, nada demasiado malo podría suceder en el mundo. No le sorprendía que a Steve le hiciera falta un poco de alegría. A ningún agente de la policía le gustaba ver cómo se desintegraba su caso, especialmente si era tan público como el asesinato de Hampstead Heath. Pero al detective inspector Steve Preston el fracaso tenia que haberle dejado un sabor de boca mucho más amargo de lo normal. Fiona entendía demasiado bien lo mucho que él tenía que perder en aquel proceso, y mientras experimentaba una simpatía personal hacia Steve, lo único que pensaba de la Policía Metropolitana era que ellos se lo habían buscado.

Abrió el siguiente mensaje, reservando el más intrigante para el final.

De: Salvador Berrocal
<Sberroc@cnp.mad.es>
Para: Dra Fiona Cameron
<fcameron@psych.ulon.ac.uk>
Asunto: Petición de asesoramiento

Estimada doctora Cameron:

Soy comisario jefe de la división del Cuerpo Nacional de la Policía Secreta de Madrid. Soy el encargado de muchas investigaciones de homicidio. Un compañero de New Scotland Yard me ha dado su nombre como experta en relacionar crímenes y hacer perfiles geográficos. Por favor, perdone que la importune poniéndome en contacto con usted de manera tan directa. Escribo para preguntar si nos haría el gran honor de prestarnos sus servicios para un asesoramiento en un asunto de mucha urgencia. En España tenemos poca experiencia con los asesinos en serie y, por tanto, no hay psicólogos expertos

trabajando con la policía.

En Toledo han ocurrido dos asesinatos en tres semanas y creemos que ambos son obra de un solo individuo. Pero no es del todo evidente que estén relacionados y necesitamos la opinión de una experta como usted, que nos ayude a analizar estos crímenes. Según creo, tiene experiencia en el campo del análisis y relación entre crímenes, y ello podría ser de gran ayuda.

Deseo saber si, en un principio, está usted dispuesta a ayudarnos a resolver estos asesinatos. Podrá contar con una remuneración apropiada por esta labor de asesoramiento si acepta colaborar con nosotros.

Espero noticias.

Respetuosamente,

Comisario jefe Salvador Berrocal

Cuerpo Nacional de Policía

Fiona cruzó los brazos y miró atentamente la pantalla. Sabía que, detrás de aquella petición cauta, había un par de cadáveres que casi con total seguridad habían sido mutilados y probablemente torturados antes de morir. Quizás habría algún indicio de violación sexual en ambos casos. Podía suponerlo con un cierto grado de certeza, porque la policía tenía la capacidad de tratar a los asesinos sin pedir la ayuda especializada que sólo ella y unos pocos más podrían proporcionar. Cuando alguien que acababa de conocer descubría este aspecto del trabajo de Fiona, solía estremecerse y preguntar cómo podía soportar estar implicada en casos tan horripilantes.

Su respuesta habitual era encogerse de hombros y

decir:«A alguien le toca hacerlo. Mejor que sea alguien como yo, que sé lo que hago. Nadie puede resucitar a los muertos, pero a veces es posible evitar que más vivos vayan a parar junto a ellos».

Sabía que era una respuesta insustancial, cuidadosamente calculada para ahuyentar otras preguntas. La verdad era que ella detestaba el inevitable enfrentamiento con la muerte violenta que su trabajo con varias fuerzas del orden público había llevado a su vida, en gran parte debido a los recuerdos que se agitaban en su interior. Ella sabía más acerca de lo que se podría infligir a un cuerpo humano, más acerca de los sufrimientos del espíritu de lo que hubiera querido saber. Pero tal clase de confrontación era inevitable y, como siempre exigía un alto precio emocional, sólo aceptaba nuevos trabajos cuando se sentía suficientemente recuperada del último encuentro directo con las víctimas de un asesino en serie.

Hacía casi cuatro meses que Fiona no trabajaba en asesinatos de ese tipo. Un hombre había matado a cuatro prostitutas en Merseyside a lo largo de dieciocho meses. Gracias en parte a los análisis de datos que confeccionaron Fiona y uno de sus becarios, la policía había podido reducir su grupo de sospechosos. Ahora un hombre estaba detenido, acusado de tres de los cuatro asesinatos y, gracias a las similitudes del ADN, podían estar razonablemente seguros de una condena.

Desde entonces, su único proyecto de asesoramiento policial había sido un estudio a largo plazo de ladrones

reincidentes que había compartido con la policía sueca. Creía que había llegado la hora de ensuciarse las manos de nuevo.

Pulsó la tecla <RESPONDER>.

De: Fiona Cameron
<fcameron@psych.ulon.ac.uk>
Para: Salvador Berrocal
<sberroc@cnp.mad.es>
Asunto: Re: Petición de asesoramiento

Estimado comisario jefe Berrocal:

Gracias por su invitación a colaborar con el Cuerpo Nacional de Policía. En principio, estoy dispuesta a considerar su solicitud de manera favorable. Sin embargo, para considerar si puedo ser de ayuda, necesito más detalles que los que usted me ha suministrado en su correo-e. Lo ideal sería ver un esquema de las circunstancias de ambos asesinatos, un compendio de los informes patológicos y declaraciones de testigos. Tengo algún conocimiento del español escrito, de modo que, para acelerar el proceso, no hace falta que me traduzca estos documentos. Por supuesto, cualquier comunicación que reciba de usted será tratada con total confidencialidad.

Por razones de seguridad, sugiero que me envíe esos documentos a casa por fax.

Fiona tecleó los datos del número de fax de su casa y envió el mensaje. A lo mejor, podría contribuir a evitar más asesinatos y, de paso, adquirir datos útiles para sus investigaciones. Y si no, tendría una excusa válida para estar lejos de las secuelas del fracaso del juicio de

Hampstead Heath. Alguien —o mejor dicho, un par de víctimas españolas— había pagado un precio muy alto para mantener a la cándida Cameron fuera de los titulares.

CAPÍTULO 2

Al abrir la puerta, Fiona fue recibida por el sonido de REM, que le decía que nadie amaba a un profesor triste. Como era habitual en él, Kit había dejado puesto el equipo de música de su estudio con seis discos compactos al azar y, antes de salir de la casa, todavía quedaban horas de música por sonar. Él no soportaba el silencio. Esto lo supo Fiona en cuanto empezaron su relación, cuando ella lo llevó a pasear por su querido Derbyshire y le asombró descubrir que llevaba la mochila llena de casetes para su *walkman*. Más de una vez, había regresado a una casa vacía donde la música salía a raudales del estudio de Kit mientras el televisor de la sala bufaba como un toro y la radio de la cocina añadía un enloquecido contrapunto a la estridencia. Cuanto más fuerte era el ruido, más fácil le parecía a él refugiarse en su propio universo imaginado. Para Fiona, que necesitaba silencio para poder concentrarse en cualquier cosa que fuera mínimamente creativa, se trataba de una paradoja incomprensible.

Cuando comenzaron a hablar por primera vez de vivir juntos, Fiona había insistido en que cualquiera que fuera la propiedad que compraran, tendría que tener la capacidad de permitirle un espacio silencioso para trabajar. Finalmente adquirieron una casa alta y estrecha en Dartmouth Park, cuyo dueño anterior era un músico de rock. Había convertido el ático en un estudio impermeable al sonido que le serviría a Fiona como refugio perfecto para escapar del estrépito de Kit. Incluso era tan grande que pudo instalar un sofá cama para aquellas noches en que Kit estaba bajo la presión de una fecha límite inminente y necesitaba escribir hasta la madrugada. A veces, sentía una gran compasión por sus sufridos vecinos. Debían de temer que llegara el mes de febrero cuando, invariablemente, el final de un libro y un concierto nocturno de Radiohead amenazaban con llegar.

Fiona dejó caer las bolsas y fue hasta el estudio de Kit, en la primera planta para apagar la música. Un bendito silencio se derramó como un bálsamo sobre su cabeza. Continuó subiendo las escaleras, y se detuvo en su habitación a cambiarse de ropa. Luego, subió pesadamente los dos tramos de escalera que quedaban hasta su estudio, sintiendo aún, en los músculos de las piernas, el esfuerzo realizado en la montaña. Lo primero que vio fue la luz intermitente del contestador automático. Quince mensajes. Apostaría a que todos eran de periodistas, y no le apetecía escucharlos, ni mucho menos responderlos. Esta vez estaba decidida a

no ofrecer ni una sola frase que pudiera tergiversarse a favor de los intereses de otras personas.

Dejando el ordenador portátil al lado del escritorio, Fiona notó que el comisario Berrocal no había perdido el tiempo. Un montón de papeles se hallaba en la bandeja del fax como una acusación. Aquello no podía pasarlo por alto. Reprimiendo un suspiro, recogió los papeles, arreglando automáticamente los bordes de los folios, y bajó las escaleras de nuevo.

Tal como había prometido Kit, su cena estaba en la nevera. Se preguntó fugazmente cuántos de sus admiradores creerían que aquel hombre, el mismo que creaba escenas de violencia tan gráficas e inspiraba pesadillas a los críticos, era también una criatura cuya idea del relajamiento, después de un duro día dedicado a escribir, era la de preparar opíparas comidas para su amante.

Probablemente preferirían pensar que pasaba sus tardes en Hampstead Heath, decapitando animalitos peludos de un mordisco. Sonriendo ante ese pensamiento, Fiona se sirvió un vaso de Sauvignon fresco mientras el risotto se calentaba, luego se sentó a la mesa de la cocina con el fax en español y un lápiz. Tras consultar el reloj, decidió oír los titulares del telediario antes de embarcarse en la tarea de descifrar informes policiales extranjeros.

La música del noticiario vespertino bramó su fanfarria familiar. La cámara enfocó la cara solemne del presentador. «Buenas noches. Los titulares de esta

noche. El hombre acusado del asesinato de Hampstead Heath ha quedado en libertad después de que un juez acusara a la policía de haberle tendido una trampa.» Titular principal, observó Fiona sin sorpresa. «Las negociaciones para la paz en Oriente Medio están a punto de romperse a pesar de una intervención personal del presidente de Estados Unidos. Y el rublo cae mientras un nuevo escándalo sacude al sistema bancario de Rusia.»

La pantalla de fondo, a espaldas del presentador, dejó de ser el logotipo del programa para convertirse en una imagen de la fachada del Tribunal Penal. «Hoy, en el Old Bailey, el hombre acusado de la violación y brutal asesinato de Susan Blanchard fue liberado por orden de la jueza encargada de la causa. La jueza Mary Delancey dijo que no cabía duda de que la Policía Metropolitana había incitado a Francis Blake a la comisión de un delito en una operación que describió como "poco menos que una caza de brujas". A pesar de la carencia de pruebas sólidas en contra del señor Blake, había dicho, habían decidido que él era el asesino. Conectamos con nuestra corresponsal de noticias nacionales, Danielle Rutherford, quien asistió hoy al juicio.»

Una treintañera con los cabellos de un color castaño desvaído y enredados por el viento miró a la cámara con la mayor seriedad. «Hubo crispación y enfado hoy en el tribunal cuando la jueza Delancey ordenó la liberación de Francis Blake. Los familiares de Susan Blanchard, quien fuera violada y asesinada mientras paseaba por

Hampstead Heath con sus hijos gemelos, estaban escandalizados por la decisión de la jueza y el evidente júbilo de Blake en el banquillo de los acusados.

»Pero la jueza no se dejó conmover por sus protestas, reservando su condena para la Policía Metropolitana cuyos métodos tildó de afrenta a la democracia civilizada. Actuando con el consejo de un especialista en perfiles psicológicos, la policía había tendido una trampa utilizando una detective atractiva en un intento de ganarse el afecto del señor Blake y hacer que cayera en ella y confesara el asesinato. La operación, que costó centenares de miles de libras del presupuesto de la policía y duró casi tres meses, no llevó a una confesión directa, pero la policía creía que habían obtenido suficientes pruebas para procesar al señor Blake.

»La defensa argumentó que todo lo que hubiera dicho él señor Blake había sido calculado e instigado por la detective para influir sobre él de manera engañosa. Y esta opinión recibió el respaldo de la jueza. Después de su liberación, el señor Blake, que ha pasado ocho meses en prisión preventiva, anunció que reclamaría una compensación.

La imagen cambió, mostrando a un hombre grueso de casi treinta años con el pelo negro corto y profundos ojos oscuros. Un bosque de micrófonos y grabadoras portátiles florecía ante su camisa blanca y su traje gris. Su voz era la de un hombre cultivado y a menudo bajaba la mirada para leer un papel que sostenía entre las

manos. «Siempre he declarado mi inocencia en el asesinato de Susan Blanchard, y hoy he sido absuelto por un tribunal. Pero he pagado un precio terrible. He perdido mi trabajo, mi casa, mi novia y mi reputación. Soy un hombre inocente, pero he pasado ocho meses en la cárcel. Demandaré a la Policía Metropolitana por encarcelamiento injustificado y exigiré una compensación. Y espero sinceramente que lo piensen dos veces antes de tender una trampa para incriminar a otro hombre inocente.» Entonces alzó la vista; sus ojos ardían de ira y de odio. Fiona se estremeció involuntariamente.

La imagen cambió de nuevo. Un hombre alto con un traje gris arrugado, al que acompañaban un par de tipos impasibles con impermeables, avanzó hacia la cámara, cabizbajo, con la boca apretada en una línea fina. La voz de la reportera dijo: «El agente encargado del caso, el inspector Steve Preston, se negó a hacer comentarios sobre la liberación de Blake. En una declaración posterior, New Scotland Yard anunció que no buscaban activamente a nadie más en conexión con el asesinato de Susan Blanchard. Danielle Rutherford desde el Old Bailey».

De nuevo en el estudio, el presentador anunció un reportaje detallado sobre el caso para después de la publicidad. Fiona apagó la tele. No necesitaba aquella versión resumida de los hechos. Había motivos poderosos por los cuales nunca se olvidaría de la violación y asesinato de Susan Blanchard. No eran las

fotografías del cuerpo ni el informe del patólogo ni su conocimiento como residente local de la escena del crimen, que tuvo lugar a veinte minutos a pie de su propia casa; aunque todos estos factores tenían bastante peso. Tampoco era la brutalidad de un asesino que había violado y apuñalado a una joven madre en presencia de sus hijos gemelos de dieciocho meses.

Lo que hacía que el asesinato de Hampstead Heath fuera tan significativo para Fiona era que había marcado el fin de su asociación con la Policía Metropolitana. Ella y el inspector Steve Preston habían sido amigos desde sus días de universitarios, cuando ambos estudiaban psicología en Manchester. A diferencia de la mayoría de las amistades que se traban entre estudiantes, aquella había persistido, a pesar detener ambos caminos profesionales tan divergentes. Y a Fiona le parecía la cosa más natural del mundo que Steve le consultara cuando las fuerzas del orden público británicas, por primera vez, habían empezado a considerar las ventajas potenciales de trabajar con psicólogos para incrementar las posibilidades de atrapar a los reincidentes. Aquello había marcado el principio de una relación fructífera, con el enfoque riguroso de Fiona en el análisis de datos complementando la experiencia y los instintos de los detectives con quienes trabajaba.

A las pocas horas del descubrimiento del cadáver de Susan Blanchard, estaba claro para Steve Preston que aquel era precisamente el tipo de caso en el que el

talento de Fiona podría dar el máximo. Un hombre que podía matar de esa manera no era ningún principiante. Steve había aprendido bastante escuchando a Fiona, y también por sus propias lecturas, como para saber que tal asesino hacía sombra al sistema judicial. Con su pericia, Fiona podría sugerir al menos qué clase de antecedentes penales tendría su sospechoso. Según las circunstancias, ella bien podría indicar el área geográfica donde probablemente vivía. Observaba las mismas cosas que los detectives, pero para ella tenían significados totalmente diferentes.

En las primeras fases de la investigación, Francis Blake había aparecido como posible sospechoso. Lo habían visto en el Heath, poco después del asesinato, alejándose a toda carrera desde la densa maleza que protegía el pequeño claro, donde alguien que paseaba el perro y escuchó el llanto de los niños descubrió el cadáver de Susan Blanchard. Blake era director de sucursal de una empresa de pompas fúnebres, lo cual sugirió a los detectives que tenía una obsesión poco saludable por los muertos. También había trabajado en una carnicería cuando era adolescente, lo que la policía interpretó como señal de que no le incomodaba ver sangre. No tenía antecedentes penales, aunque había recibido dos amonestaciones siendo muy joven: una vez por prender fuego a un contenedor de basura y la segunda por acosar a un chico menor que él. Y se mostraba evasivo respecto a lo que había estado haciendo en el Heath aquella mañana.

Sólo había un problema. Fiona no creía que Francis Blake fuera el asesino. Se lo dijo a Steve e insistió en repetirlo a quien quisiera escucharla. Pero sus sugerencias en cuanto a abrir líneas alternativas de investigación, al parecer, cayeron en saco roto. Bajo la mirada fulminante de una prensa indignada, Steve se sintió presionado a efectuar la detención.

Una mañana apareció en el despacho de Fiona en la universidad. Ella vio la expresión dura de su cara y dijo:

—No me va a gustar lo que me vas a decir, ¿verdad?

El negó con la cabeza y se dejó caer en la silla frente a ella.

—Y no eres la única. He discutido hasta enronquecer, pero a veces simplemente no puedes olvidar la política. El comandante ha pasado por encima de mí. Ha traído a Andrew Horsforth.

No hacían falta más comentarios. Andrew Horsforth era psicólogo clínico. Había trabajado durante años en un manicomio cuya reputación había degenerado con cada informe independiente realizado allí. Él se apoyaba en lo que Fiona llamaba desdeñosamente «el enfoque sentimentaloide» para establecer perfiles, enorgulleciéndose de su perspicacia, acumulada durante años de experiencia directa. «Lo cual no estaría mal si pudiera ver más allá de su propio ego», había comentado una vez con sarcasmo, después de escucharle dar una conferencia. Él había tenido lo que ella llamó entre amigos un golpe de suerte con el primer caso importante para el cual había realizado un perfil y,

desde entonces, había explotado ese éxito, sin olvidarse nunca de conceder a los medios de comunicación todas las entrevistas que quisieran. Cuando la policía efectuaba una detención en un caso cuyo perfil criminal él había realizado, rápidamente se apropiaba de la autoría; cuando fracasaba, él nunca tenía la culpa. Enfrentado con Francis Blake como sospechoso, Fiona estaba segura de que Horsforth era capaz de hacer que el perfil correspondiera con el hombre.

—Entonces yo abandono —dijo ella de modo terminante.

—Créeme, ya lo has hecho —dijo Steve con amargura—. Han decidido pasar de tus consejos profesionales y de mi opinión personal. Van a proceder con la operación para atraparlo. Orquestada por Horsforth.

Fiona negó con la cabeza, exasperada:

—Joder —estalló—. La idea es terrible. Aun cuando creyera que Blake es el hombre que buscas, seguiría siendo una idea terrible. Quizá podrías conseguir algo que funcionara en un tribunal si utilizaras a una psicóloga con años de experiencia en el trabajo terapéutico para actuar como cebo, pero, aunque se haga con la mejor voluntad del mundo, soltar a una policía joven, después de que un imbécil como Horsforth le dé la información pertinente, es la receta del desastre.

Steve se pasó las manos por el pelo oscuro y cada vez menos espeso, apartándoselo de la frente.

—¿Tú crees que no se lo he dicho a ellos? —Y cerró la boca formando una línea frustrada.

—Estoy segura de que sí. Y de sobra sé que estás tan cabreado como yo.

Fiona se incorporó y se volvió para mirar por la ventana. No soportaba mostrar su humillación, ni siquiera a alguien tan cercano como Steve.

—Eso es todo —dijo—. He terminado con la Policía Metropolitana. Nunca más trabajaré contigo ni con tus compañeros.

Steve la conocía lo bastante bien como para saber que no tenía sentido discutir con ella en aquellas circunstancias. Él se había enfadado tanto cuando vio que no atendían su opinión profesional que la idea de dimitir, por un instante, se le había pasado por la cabeza. Pero a diferencia de Fiona, él no tenía ninguna profesión alternativa en la que sus conocimientos pudieran servirle, de modo que había descartado la idea con tanta impaciencia como autocompasión por el orgullo herido. Esperaba que Fiona hiciera lo mismo, a su debido tiempo. Pero aquél no era el momento para decírselo.

—Tienes toda la razón, Fi —dijo entristecido—. No me gustará perderte.

Recuperando el aplomo, Fiona se volvió hacia él.

—No soy la única ante quien tendrás que disculparte antes de que termine esto —dijo lentamente.

Ya entonces había entendido lo mal que podrían salir las cosas. Los agentes de policía desesperados por

llevar a cabo una detención, apoyados por la aparente respetabilidad de un psicólogo que les había dicho lo que querían escuchar, no estarían satisfechos hasta meter entre rejas a su hombre.

Ahora no le agradaba en absoluto ver cuánta razón había tenido.

CAPÍTULO 3

El bastión medieval de Toledo se edificó sobre un promontorio rocoso que el río Tajo delimita por tres de sus lados. La profundidad del río y las empinadas escarpas proporcionaban unas defensas naturales para la mayor parte de la ciudad, dejando solo una estrecha garganta de tierra destinada a defenderse del enemigo. Ahora, bajo el sol, una calle pintoresca que bordeaba la orilla lejana del Tajo ofrecía vistas panorámicas de un grupo de edificios de color miel y descendía precipitadamente desde la catedral gótica y las líneas severas del Alcázar. Esto era lo que Fiona recordaba de aquel día caluroso y polvoriento, cuando, hacía ya trece años, había explorado la ciudad con tres amigos.

Celebraban la conclusión de sus doctorados viajando por España en una furgoneta Volkswagen abollada, señalando los sitios y las ciudades más importantes a medida que los visitaban. Según

recordaba, Toledo significaba El Greco, Isabel y Fernando, escaparates llenos de armaduras y espadas, y una manera particularmente deliciosa de servir la codorniz. Si entonces alguien le hubiera sugerido a aquella joven psicóloga que un día regresaría como asesora de la policía española, se habría preguntado qué drogas alucinógenas habría tomado aquella persona.

El primer cadáver lo habían encontrado en un desfiladero profundo que bajaba hasta el río Tajo, aproximadamente a kilómetro y medio de las puertas de la ciudad. Según la costumbre local, el desfiladero ostentaba el nombre repelente de La Degollada: *mujer con la garganta cortada,* según el diccionario español de Fiona. Se decía que el cadáver original de La Degollada era el de una gitana que había seducido a un centinela, permitiendo así que un ataque sorpresa tuviera lugar en la ciudad. Su castigo por haber hecho que el soldado perdiera la cabeza fue perder la suya, literalmente. La degollaron de tal manera que virtualmente quedó decapitada. Fiona notó con una cansada ausencia de sorpresa que en el informe del comisario Berrocal no figuraba el destino del soldado.

La víctima actual era una ciudadana alemana de veinticinco años, Martina Albrecht. Martina trabajaba de guía turística por cuenta propia, paseando a grupos organizados de habla alemana por Toledo. Según los amigos y vecinos, había tenido un amante casado, un suboficial del ejército español que estaba adscrito al Ministerio de Defensa en Madrid. La noche del

asesinato, ese militar había estado en una cena oficial en la capital, a unos sesenta kilómetros de distancia. Todavía tomaban el café y el coñac cuando el cadáver de Martina fue descubierto, de modo que no había ninguna posibilidad de que él fuera sospechoso. Además, los amigos de Martina informaron de que ella había estado perfectamente de acuerdo con la naturaleza de su relación a tiempo parcial y no había dicho nada que indicara que había problemas.

El cuerpo fue descubierto, justo antes de la medianoche, por una pareja de adolescentes que había aparcado su motocicleta en la carretera y bajado al desfiladero para escapar de miradas indiscretas. Tampoco había ninguna duda acerca de la inocencia de la pareja, aunque el padre de la chica supuestamente acusó al novio de ser capaz de asesinar, basándose en el hecho de que éste había estado planeando corromper a una joven inocente.

Según los datos extraídos de la escena del crimen, Martina apareció tumbada a la luz de la luna, con los brazos y las piernas extendidos. El patólogo reveló que la habían degollado de izquierda a derecha, probablemente desde atrás, con un cuchillo largo y muy afilado, quizás una bayoneta. Sin embargo, era difícil precisarlo y, como Toledo es famosa por sus aceros, la compra de cuchillos extremadamente afilados era algo cotidiano en todas y cada una de las docenas de tiendas turísticas alineadas en las calles principales. La muerte había llegado rápidamente y la sangre salía a

borbotones, en un par de chorros, de las carótidas cortadas. Su ropa estaba empapada de sangre, indicando que había estado de pie, en vez de tumbada, cuando le infligieron la herida.

Una inspección adicional reveló que le habían introducido repetidamente una botella de vino rota en la vagina, desgarrando el tejido. La relativa ausencia de sangre en el lugar indicaba que, por suerte, Martina ya había muerto antes de que esto sucediera. Originalmente la botella contenía un vino tinto manchego barato, disponible en casi cualquier tienda local. El otro artículo de interés era una guía de Toledo, en alemán, manchada de sangre. El nombre, la dirección y el número de teléfono de Martina estaban garabateados, de su puño y letra, en la parte interior de la cubierta.

No había rastros significativos desde el punto de vista forense, ni ningún indicio de cómo habían transportado a Martina hasta La Degollada. No era un lugar de difícil acceso; la ruta panorámica alrededor del Tajo en realidad atravesaba el desfiladero, y había sitios cercanos más que suficientes donde podría ocultarse un coche fuera de la carretera. Según la mujer con la cual había compartido piso cerca de la estación, Martina había regresado del trabajo sobre las siete. Habían merendado pan, queso y ensalada juntas, y luego la compañera del piso se había marchado con un grupo de amigos. Martina no tenía ningún plan concreto; solamente dijo que quizá saldría más tarde a tomar una

copa. Los agentes habían recorrido los cafés y los bares que solía visitar, pero nadie admitía haberla visto aquella tarde. Los miembros del recorrido turístico que ella había guiado el día anterior fueron interrogados cuando llegaron a Aranjuez, al día siguiente, pero ninguno había notado que nadie del grupo se interesara de manera especial por la joven guía. Además, habían pasado la noche en un tablao flamenco. Todos se hacían responsables de al menos tres miembros más del grupo.

Sin ninguna pista firme, la investigación se había estancado. Era, pensaba Fiona, la típica investigación frustrante provocada por el primer crimen de una serie, en la que el criminal tenía suficiente inteligencia como para saber ocultar sus huellas y ninguna ambivalencia en cuanto a dejarse atrapar. Como no había una relación evidente entre la víctima y el asesino, era difícil identificar las vías de investigación que valían la pena.

Al cabo de dos semanas, apareció el segundo cadáver. Un intervalo de tiempo relativamente corto, observó Fiona. Esta vez, el escenario del crimen fue la enorme iglesia de San Juan de los Reyes y su convento adyacente. Ella recordaba los claustros, un imponente patio interior adornado con gárgolas absurdas. Recordó que fue allí donde alguien de su grupo había visto la extraña imagen de una gárgola al revés —en vez de una cara grotesca engalanando el caño de agua, dicha estatua consistía en un cuerpo de cintura para abajo, como si hubiera sido estampada de cabeza contra la pared.

El rasgo más destacado de la iglesia era la selección de esposas y grilletes que colgaban en la fachada. Eran los mismos grilletes que los conquistadores moros habían usado para encadenar a los prisioneros cristianos capturados en Granada, y cuando el inmenso ejército de Isabel y Fernando conquistó esta ciudad andaluza, los monarcas declararon que las cadenas se colgarían en la iglesia como monumento. Fiona recordaba vívidamente qué extrañas le habían parecido, colgando negras y a la luz del sol contra la piedra dorada del frontispicio ornamentado.

La segunda víctima era un estudiante que hacía el doctorado en arte religioso, James Paul Palango. Su cadáver había sido descubierto al amanecer por un barrendero, junto a los claustros monásticos de San Juan de los Reyes. Cuando dobló la esquina del área pavimentada, frente a la iglesia, vio algo en lo alto que llamó su atención. Palango colgaba suspendido de dos pares de esposas. En la luz de la mañana, algo brillaba en la carne hinchada del cuello. Cuando bajaron el cuerpo a tierra, era evidente que le habían estrangulado con una cadena de perro y luego lo habían sujetado a los grillos con un par de esposas. El patólogo también informó de que el cadáver de Palango había sido repetidamente sodomizado con el cuello roto de una botella de vino, que dejaron dentro del recto desgarrado. De nuevo, no parecía haber ningún rastro forense que fuera significativo. Curiosamente, en el bolsillo de Paul había una guía de Toledo.

Las investigaciones policiales revelaron que Palango era un cristiano evangelista de una familia adinerada de Georgia. Había estado viviendo en el parador situado en un risco alto con vistas que abarcaban desde el río hasta la ciudad. Según el personal del hotel, Paul había cenado temprano, y luego, a eso de las nueve, había salido en un coche alquilado. El automóvil fue descubierto más tarde en un garaje frente al Alcázar. Extensos interrogatorios en el barrio revelaron que el americano había tomado café en la plaza de Zocodover, en el corazón de la ciudad antigua, pero, en el tumulto general del paseo nocturno, nadie había notado cuándo se marchó del café ni si había estado solo. No se presentó nadie que dijera que lo había visto a partir de ese momento.

Fiona se recostó en la silla y se frotó los ojos. No le sorprendía que el comisario Berrocal tuviera tantas ganas de contar con su ayuda. La única información significativa que la policía había sacado del segundo asesinato era que el asesino tenía suficiente fuerza física como para levantar a un hombre que pesaba más de sesenta kilos, y que se atrevía a exhibir a su víctima en un lugar público. En una nota escrita a mano, el comisario Berrocal señalaba que una vez cerrado el café, cerca de la madrugada, el área alrededor de la iglesia estaba tranquila, y aunque era visible desde varias casas, el asesino había elegido el punto más alejado de la fachada para exponer su crimen, donde había menos probabilidad de que lo vieran.

Fiona se echó hacia atrás en la silla y estiró los brazos por encima de la cabeza mientras contemplaba la información que había leído con tanto esfuerzo. Profesionalmente era intrigante, sin lugar a dudas. Lo que necesitaba determinar era si podría aportar algo constructivo a la investigación. Había trabajado con las fuerzas del orden público de Europa en varias ocasiones, y a veces se había sentido perjudicada por carecer de una comprensión visceral del funcionamiento de su sociedad. Por otra parte, ya sentía agitarse las primeras formas de una idea acerca de la manera de actuar de aquel asesino y los primeros indicios de por dónde podría comenzar la policía su búsqueda.

De una cosa estaba segura: mientras ella vacilaba, él estaría planificando su próximo asesinato. Fiona volvió a llenarse el vaso y tomó una decisión.

CAPÍTULO 4

Fiona había bajado la mitad de la escalera con la *Rough Guide de España,* cuando oyó abrirse la puerta principal.

—Hola —saludó.

—Vengo con Steve —respondió Kit, cuya voz delataba un fuerte acento de Manchester a causa del

alcohol.

Fiona estaba demasiado cansada para alegrarse ante la perspectiva de beberse unas copas y charlar hasta muy tarde. Menos mal que se trataba de Steve.

Él formaba parte de la familia; tenían tanta confianza que no se molestaría si ella se iba a dormir pronto y les dejaba solos a los dos. Dio la vuelta en el último recodo de la escalera y miró hacia abajo. Los hombres más importantes de su vida formaban una pareja con grandes contrastes. Steve, alto, delgado, enjuto y moreno; Kit, con un torso ancho y musculoso, que le hacía parecer más bajo de lo que en realidad era, y la cabeza rapada brillando a la luz. Steve, con sus ojos inquietos y sus largos dedos, parecía el intelectual, mientras que Kit parecía más bien un policía que trabajaba de portero en alguna discoteca durante sus ratos libres. Ellos miraron hacia arriba y le sonrieron como niños culpables con las caras enrojecidas.

—Una buena cena, por lo que veo —dijo Fiona, en tono de guasa, mientras bajaba el resto de la escalera apresuradamente.

Se puso de puntillas para besar la mejilla de Steve, y luego dejó que Kit le diera un gran abrazo.

Le plantó un beso en los labios.

—Te eché de menos —dijo, soltándola y dirigiéndose a la cocina.

—No es verdad —le contradijo Fiona—. Habéis disfrutado de una gran noche de fiesta, habéis comido muchos trozos de desdichados animales muertos,

habéis bebido... —se detuvo y ladeó la cabeza, evaluándolos a los dos— tres botellas de vino tinto...

—Nunca se equivoca —dijo Kit.

—Y habéis arreglado el mundo —concluyó Fiona—. Estabais mucho mejor sin mí.

Steve se arrellanó en una silla de la cocina y aceptó la copa de coñac que le ofreció Kit. Tenía el aire de un hombre sitiado que siente recelosamente que por fin ha llegado a un lugar seguro. Levantó su copa para hacer un brindis sarcástico.

—Confusión para nuestros enemigos. Tienes razón, Fi, pero por razones equivocadas —dijo.

Fiona se sentó frente a él y alargó la mano hasta un vaso de vino, intrigada.

—Eso me resulta difícil de creer —dijo, con voz burlona.

—Fi, no te has perdido nada; ya eres bastante engreída sin escucharme a mí hablando de las humillaciones que hoy me habría ahorrado si hubiera estado trabajando contigo en vez de con ese gilipollas de Horsforth.

Steve hizo un gesto con la mano para indicarle a Kit que un dedo de coñac era más que suficiente.

Kit se apoyó contra el armario de la cocina, acunando su copa entre las manos para calentar el espíritu.

—Tienes razón en cuanto a que es engreída. —Se rió, y en su sonrisa cariñosa se evidenciaba lo orgulloso que estaba de ella.

—Hay que ser un engreído para reconocer el engreimiento de los demás —dijo Fiona—. Lamento que hayas pasado un día tan malo, Steve.

Antes de que él pudiera responder, Kit interrumpió.

—Tenía que pasar. Esa operación estaba condenada a fracasar desde el primer día. Aparte de lo demás, nunca iba a funcionar una operación trampa como esa en un juicio, aunque Blake hubiera tragado el anzuelo de miel y vomitado de pe a pa. Los jurados británicos no pueden comprender la incitación a cometer un crimen. El hombre típico que va a los pubs cree que inculpar a una persona de esta manera, cuando no puedes obtener la evidencia de forma más honesta, es jugar sucio.

—No te cortes, Kit, dime lo que piensas de verdad —dijo Steve con sarcasmo.

—Esperaba que vosotros dos ya le habríais hecho la autopsia a todo eso —protestó Fiona suavemente.

—Y lo hemos hecho —dijo Steve—. Siento como si hubiera llevado un cilicio puesto todo el día.

—Oye, no digo que tuvieras la culpa —le recordó Kit—. Todos sabemos que te presionaban desde arriba. Si alguien debería flagelarse con esto, es tu comandante. Pero puedes apostar tu jubilación a que Teflon Telford estará lavándose las manos como Poncio Pilatos con una lata de Swarfega esta noche. Estará diciendo: «Bueno, por supuesto, se ha de permitir que los oficiales subalternos se salgan con la suya de vez en cuando, pero yo pensaba que Steve Preston habría tratado asuntos como este antes» —dijo, impostando la voz hasta

alcanzar el tono de bajo grave del jefe de Steve.

Steve miraba su vaso de coñac fijamente. Kit no le decía nada que no supiera ya, pero oírlo de alguien más no diluía el sabor del fracaso. Y al día siguiente tendría que dar la cara ante sus compañeros de trabajo, sabiendo que estaba designado a cargar con la culpa. Algunos sabrían lo suficiente de los asuntos políticos para entender que él no era nada más que la cabeza de turco, pero la mayoría disfrutaría soltando risitas a sus espaldas. Aquél era el precio de su éxito pasado. Y, en el entorno competitivo de los escalones superiores de la Policía Metropolitana, sólo eras tan bueno como tu último éxito.

—¿Es verdad que no buscáis a nadie más? —preguntó Fiona, detectando la depresión de Steve e intentando llevarla conversación en una dirección más positiva.

Steve pareció rebelarse.

—Esa es la línea oficial. Decir cualquier otra cosa nos hace parecer aún más gilipollas de lo que ya parecemos. Pero no estoy contento con eso. Alguien asesinó a Susan Blanchard y tú sabes mejor que yo que esta clase de asesino probablemente no se limitará a una sola víctima.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó Fiona.

Kit le lanzó una mirada interrogante.

—Creo que una pregunta mejor sería: ¿qué vas a hacer tú?

Fiona negó con la cabeza, tratando de disimular su

irritación.

—Oh, no, no me vas a hacer sentir culpable y obligarme de esa manera. Yo dije que nunca volvería a trabajar para la Metropolitana después de esta debacle, y lo dije en serio.

Steve abrió las manos en un gesto de apaciguamiento.

—Oye, yo nunca me permitiría insultarte.

Kit cogió una de las sillas y se sentó a horcajadas.

—Sí, pero ella me ama a mí. Yo sí que puedo insultarla. Vamos, Fiona, no pasa nada si le echas un vistazo al material del delito, ¿no te parece? Simplemente como un ejercicio académico.

Fiona gruñó.

—Sólo quieres que el informe esté aquí en casa para poderlo leer tú —dijo, intentando otra táctica para apartarse del tema—. Todo te favorece a ti, ¿eh?

—¡Eso no es justo! Tú sabes que nunca leo el material confidencial de los casos —dijo Kit, con expresión escandalizada.

Fiona sonrió:

—Te he pillado.

Kit se rió.

—Es una poli justa, sí señor.

Steve se reclinó en su silla; parecía pensativo.

—Por otra parte…

—Oh, ¿por qué no maduráis ambos? —gruñó Fiona—. Tengo mejores cosas que hacer con mi vida que meterme a fondo en esta operación sucia de Andrew

Horsforth.

Steve estudió a Fiona. La conocía lo suficiente como para saber qué clase de desafío podría superar su terca resistencia, y estaba tan desesperado que no iba a dejar de intentarlo.

—El problema es, Fi, que estamos muy lejos de las pistas. Hace más de un año que asesinaron a Susan Blanchard, y hace casi diez meses que no prestamos atención a nadie más que a Francis Blake. No quiero dejar las cosas sin resolver. No quiero que sus niños crezcan entre preguntas sin respuestas. Tú sabes el dolor emocional que supone la ausencia de conocimiento, y yo quiero coger al cabrón que lo hizo. Pero necesitamos nuevas pistas —dijo—. Y como dice Kit, al menos podría ser un recurso útil para ti, profesionalmente.

Fiona cerró la puerta de la nevera con más fuerza de lo necesario.

—De verdad, eres un cabrón manipulador —se quejó. Pero saber que él, deliberadamente, intentaba provocarla no la protegía de la punzada del reconocimiento. Sintiéndose tocada, intentó una última estrategia defensiva.

—Steve, yo no soy médico clínico. No me paso los días escuchando a otros hablar sobre sus tristes viditas. Soy una calculadora. Trato con hechos no con impresiones. Incluso, si me sentara y reprimiera mi disgusto durante tiempo suficiente como para leer todos los expedientes sobre la incitación al delito provocada

por la policía, no estoy segura de que, al final, tuviera algo útil que decir.

—Pero no haría ningún mal, ¿verdad? —agregó Kit—. O sea, no es como si rompieras tu promesa de no trabajar para la Metropolitana. Simplemente estarías haciéndole un favor personal a Steve. Míralo cómo está. Está vacío. Se supone que es tu mejor amigo. ¿No quieres ayudarlo?

Fiona se sentó y se inclinó hacia delante, para que la cabellera castaña, que le caía sobre los hombros, formara una cortina y le escondiera la cara. Steve abrió la boca para hablar, pero Kit, inmediatamente, le hizo un gesto para que se callara, diciéndole «¡No!» sin pronunciar la palabra. Steve se encogió de hombros.

Finalmente, Fiona suspiró profundamente y apartó el cabello con ambas manos.

—Que se joda. Lo haré —dijo. Mirando la sonrisa encantada de Steve, agregó: Sin promesas, ¿de acuerdo? Mándame el material por mensajero a primera hora de la mañana y le echaré un vistazo.

—Gracias, Fi —dijo Steve—. Aunque tenga pocas probabilidades de éxito, necesito toda la ayuda que pueda encontrar. Te lo agradezco.

—Bien. Como debe ser —dijo ella con severidad—. Y ahora, ¿podemos cambiar de tema?

Pasaba de la medianoche cuando Fiona y la *Rough Guide* llegaron por fin a la cama. Al salir del baño, Kit la vio leyendo con el entrecejo fruncido.

—¿Es ésta tu manera sutil de decirme que ya es hora

de que planifiquemos unas vacaciones? —preguntó, metiéndose bajo el edredón y acercándose a ella.

—Ojalá tuviera esa suerte. Me temo que será trabajo. Hoy recibí una petición de la policía española para un asesoramiento. Dos asesinatos en Toledo que parecen ser el principio de una serie.

—¿Debo entender que has decidido marcharte?

Fiona le puso el libro bajo la nariz.

—Eso parece. Tendré que hablarles por la mañana sobre los aspectos prácticos, pero tendría que escaparme a finales de semana para estar unos días tranquila.

Kit se puso boca arriba con las manos en la nuca.

—Y aquí estoy yo, pensando en que planeabas un descanso romántico en Torremolinos.

Fiona dejó el libro a un lado y se volvió hacia Kit, jugueteando con sus dedos en los suaves rizos oscuros de su pecho.

—Puedes acompañarme si quieres. Toledo es una ciudad preciosa. Hay cosas allí en las que podrías ocuparte mientras estoy trabajando. No te vendría nada mal un descansó.

La cogió por un hombro y la acercó a él.

—Estoy muy retrasado con el libro y, si tú no estás el fin de semana, tendré una buena excusa para encerrarme y trabajar las cuarenta y ocho horas.

—Podrías trabajar en Toledo —dijo ella bajando la mano al estómago de Kit.

—¿Contigo distrayéndome?

—Yo estaría trabajando todo el día. Y probablemente la mitad de la noche, si mis experiencias pasadas me sirven de referencia —dijo ella arrebujándose más a su lado.

—Sería igual que si estuviera en casa, por lo que estás describiendo.

—A ti te gustaría —bostezó Fiona—. Es una ciudad interesante. Nunca se sabe; podría incluso inspirarte.

—Sí, seguro, ya me veo escribiendo la novela española definitiva de asesinatos en serie.

—¿Por qué no? Es un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo. Yo sólo pensaba que quizá te gustaría descansar un poco en un lugar donde hacen unas comidas opíparas... —La voz de Fiona desaparecía soñolienta.

—A veces pienso en otras cosas además de en mi estómago —protestó él—. ¿No es en Toledo donde están todos los cuadros de El Greco?

—Así es —dijo Fiona—. Y allí está su casa.

Los ojos se le estaban cerrando y la voz se había reducido a un murmullo mientras se precipitaba por la cuesta irreal hacia el sueño.

—Ahora sí, eso sí que merece que haga el viaje. Quizás, al fin y al cabo, vaya —dijo Kit.

No hubo respuesta. El madrugar y los dieciséis kilómetros del páramo de Derbyshire la habían agotado. Kit sonrió y extendió su mano libre para coger la novela de James Sallis que estaba en la mesita de noche. A diferencia de Fiona, el nunca podía dormir sin satisfacer

su necesidad de horrores. Pero sabía que lo que leía era ficción. No importaba si el crimen estaba sin resolver cuando llegaba la hora de apagar la luz. Los asesinos que le interesaban no volverían a matar hasta que él estuviera preparado.

CAPÍTULO 5

El avión que volaba a Madrid iba medio vacío. Sin que tuviera que pedírselo, Kit dejó sola a Fiona en un asiento doble y se trasladó al otro lado del pasillo, donde abrió el ordenador portátil y empezó a trabajar en cuanto estuvieron en el aire, siempre con el walkman puesto, lo que le volvía insensible a cualquier distracción exterior. De camino hacia el aeropuerto, él había insistido en que mirara el abultado paquete que Steve les había hecho llegar a casa y que Fiona había ignorado calculadamente durante los últimos dos días. Se había dado a sí misma la excusa de que necesitaba familiarizarse con el material de Toledo, pero, en el fondo, sabía que ya había extraído toda la información que podía. Ahora no tenía excusas, y el vuelo duraba lo justo para saborear lo que tendría que digerir.

La primera sección empezaba con una página de anuncios personales de la revista *Time Out*. A lo largo de sus extensas entrevistas policiales, Blake había

admitido que, a pesar de tener una larga relación con una azafata, también había respondido a mujeres que se anunciaban en la columna de corazones solitarios. Según dijo, se dirigía a las que le parecían inseguras, porque siempre estaban agradecidas de conocer a un tío atractivo como él. Había admitido que principalmente le interesaba el sexo, pero insistía en que no quería perder el tiempo con chicas tontitas y descerebradas. Por lo que Fiona podía recordar de las transcripciones originales de las entrevistas, Blake parecía confiado, incluso con arrogancia, en cuanto a su capacidad de atraer a las mujeres; un hombre que sabía lo que quería y no dudaba de que podía conseguirlo. Definitivamente, no se había presentado como débil o incapaz.

Basándose en su interpretación de las entrevistas, Horsforth había confeccionado varios anuncios que, según creía, atraerían al sospechoso. Los primeros intentos habían proporcionado muchas respuestas, aunque ninguna era de Blake. «Y después va y habla de meterse en la cabeza de un asesino», masculló Fiona entre dientes. Pero, con la segunda ronda, dieron en el blanco. Había respondido a «Mujer blanca y soltera, 26, delgada, recién llegada al norte de Londres, busca hombre para servirle de guía y para conversación, comidas, películas y una introducción a las luces brillantes y a la diversión. Buen sentido del humor. Envía fotos, gracias».

Blake se había descrito como un profesional de veintinueve años al que le gustaba el cine, la lectura y

los paseos por los parques de Londres, además de la compañía femenina. Bajo la tutela de Andrew Horsforth, la detective Erin Richards había escrito la respuesta.

Estimado Francis. Gracias por tu carta, ha sido la más encantadora de todas las que he recibido. Debo confesar que todo esto me causa cierta ansiedad porque no es la clase de cosas que suelo hacer. ¿Te importaría intercambiar unas cuantas cartas más antes de que nos conozcamos?

Igual que a ti, me interesa ir al cine. ¿Qué tipo de películas te gustan más? Aunque sé que probablemente no son las que a una mujer le deberían gustar, a mí me encantan esas maravillosas películas sombrías de suspense, como *Seven, Asesinato en 8 mm* y *Fargo*, y las películas de Hitchcock, como *Psicosis*. Pero deben tener un buen desarrollo para mantener mi interés. En cuanto a la lectura, no leo tanto como debería. Mis escritores preferidos son Patricia Cornwell, Kit Martin y Thomas Harris, y a veces también leo cosas que tratan de crímenes reales.

La verdad es que no conozco Londres lo bastante como para saber dónde es seguro ir a pasear. A veces se leen cosas tan terribles en los periódicos, sobre atracos y violaciones en los parques, que me pongo un poco nerviosa, porque no soy de aquí. ¿Quizás algún día me podrías mostrar algunos de tus recorridos favoritos?

Soy funcionaria. Nada del otro mundo, me temo. Trabajo de recepcionista en el Ministerio de Agricultura. Me mudé aquí desde Beccles, en Suffolk, después de que mi madre muriera. No había nada que me atara a aquel lugar, porque mi padre había muerto un par de años antes que ella, y no tengo hermanos ni hermanas, ¡así que pensé que lo mejor era venir a Londres para buscar alguna aventura!

Me encantaría volver a saber de ti, si crees que podemos

tener bastante en común como para disfrutar de un buen rato juntos. Puedes escribir a mi apartado de correos porque lo conservaré durante un par de semanas más.
Atentamente,

EILEEN ROGERS

Blake había contestado a vuelta de correo.

Estimada Eileen:

Gracias por tu encantadora carta. Sí, parece que tenemos mucho en común. Por ejemplo, los mismos gustos sobre películas y lecturas.

Puedo entender por qué te sentirías un poco nerviosa paseando por Londres sola. Yo he vivido aquí toda mi vida, pero hay algunas partes de la ciudad que no conozco en absoluto y, si tengo que ir allí por motivos de trabajo, a veces me siento un poco ansioso, porque es fácil ir a parar a algún sitio que resulte amenazador, simplemente por no ser familiar. Eso debe de ser mucho más difícil para una mujer sola. Me encantaría enseñarte la ciudad. Conozco bien Hampstead Heath, Regent's Park y Hyde Park; voy allí a menudo.

Entiendo que te encuentres algo nerviosa al quedar con un desconocido como yo, pero me encantaría conocerte en persona. Creo que tenemos mucho que decirnos. Podríamos quedar en algún sitio público, tal como recomiendan que se haga la primera vez. Podríamos quedar el sábado por la tarde y tomar un café. He pensado que podríamos quedar fuera del Hard Rock Café, en la esquina de Hyde Park, a las tres. Me puedes llamar para confirmar los detalles si quieres.

Por favor, di que sí. Pareces ser exactamente la clase de mujer que quiero conocer.
Un saludo,

FRANCIS BLAKE

El pez había picado el anzuelo con notable facilidad, pensó Fiona. No era tanto que Horsforth hubiera sido particularmente listo o sutil a la hora de orquestarlo todo como que Blake había tenido unas ganas sorprendentes de establecer el contacto, a pesar de haber sido el sujeto de una atención policial tan minuciosa. Quizá por eso había tenido tantas ganas; necesitaba desesperadamente aliviarse con alguien que no supiera nada de lo que había sufrido a manos de la ley. Para un hombre al que aparentemente le gustaba tener el control, debía de ser exasperante estar rodeado de personas que creían saber más sobre él de lo que en realidad sabían. Una desconocida que ignoraba su condición de sospechoso le permitiría sentirse relajado.

Cualesquiera que fueran las razones, había dado la oportunidad para que la operación siguiera adelante. La detective Richards había telefoneado a Blake y había quedado con él. La llamada duró unos diez minutos, observó Fiona. Habían charlado con bastante naturalidad, principalmente sobre las películas que habían visto recientemente, y luego quedaron. En su primer encuentro, al igual que en cada uno de los posteriores, Richards llevaba un micrófono oculto para transmitir la conversación a una furgoneta con radio que mantenía una discreta vigilancia sobre la pareja.

Richards había desempeñado bien su papel, con el apropiado equilibrio entre una nerviosa ansiedad y una amabilidad efusiva. Habían tomado un café, y luego Blake propuso un corto paseo por el parque antes de

despedirse. Mientras caminaban, él le había señalado los lugares donde ella podría aventurarse sola sin ningún peligro y aquellos otros que debía evitar. Parecía saber precisamente qué áreas estaban despejadas y bien iluminadas y cuáles eran oscuras, salpicadas de arbustos que podrían proporcionar escondites para cualquiera con intenciones sospechosas. No era la clase de análisis que el típico asiduo a los parques haría de su entorno, pensó Fiona. Igual que una persona que ha estado atrapada en un incendio tiene un interés poco natural por las salidas de emergencia el resto de su vida, también alguien que había imaginado usar un parque para algo más que tomar el aire y hacer ejercicio contemplaría el parque como ahora lo hacía Francis Blake. Miraba aquel mundo suyo como si fuera un depredador; no como una víctima.

Eso, sin embargo, no le convertía en un asesino. Podría ser un atracador; un mirón, un exhibicionista o un violador y seguir mostrando una reacción parecida. Pero Horsforth estaba convencido de que Blake era el asesino, y pensaba haber interpretado su conducta debidamente. Eso estaba claro en los apuntes del psicólogo clínico al final del encuentro. La conversación había sido bastante inocua, pero Horsforth seguía arreglándoselas para ver lo que quería ver.

Darse cuenta de eso deprimió profundamente a Fiona. Cualquier análisis objetivo del material ya estaba condicionado, porque las primeras decisiones de Horsforth, en cuanto a lo que las acciones de Blake

insinuaban, habían decidido todo en la interacción que vino después.

Se habían seguido viendo dos o tres veces cada semana. En el cuarto encuentro, Richards introdujo el tema del asesinato de Susan Blanchard en el contexto de las cosas aterradoras que experimentaban las mujeres en la ciudad. Enseguida, Blake dijo: «Yo estaba allí ese día. En el Heath. Debí de pasar casi en el mismo momento en que la estaban violando y matando».

Richards fingió sorpresa.

—¡Dios mío! Debió de ser terrible.

—No me di cuenta de nada en aquel momento. Bueno, evidentemente no, o, de lo contrario, habría dado la alarma. Pero no puedo dejar de pensar que, si hubiera elegido una ruta mínimamente diferente aquel día, si hubiera ido por detrás de los arbustos en vez de seguir por el camino, podría haber tropezado con ese criminal —alardeó.

Era un intercambio significativo, Fiona lo sabía. Pero, de nuevo, podría interpretarse de otra manera y así llegar a conclusiones distintas de las de Horsforth. Lo que ese diálogo le decía a Horsforth era que Blake era un asesino desesperado por hablar de su crimen, daba igual que fuera indirectamente. Lo que le dijo a Fiona era algo del todo diferente. Tomó nota en su libreta y siguió leyendo.

Hacia el final de la tercera semana, Blake empezó a dirigir la conversación hacia el sexo. Era, indicó, hora de que su relación avanzara hasta la próxima etapa, más

allá de ir al cine, dar paseos y comer en restaurantes. Richards se distanció un poco, como le habían dicho que hiciera, diciendo que quería estar segura de que serían compatibles antes de dar el último paso de acostarse con él. Era la ruta planeada para entrar en conversaciones sobre fantasías sexuales. Fiona tenía que conceder que aquello había sido una estrategia muy astuta por parte de Horsforth, aunque ella quizá lo habría enfocado de manera más indirecta. Pero ella no era psicóloga clínica. En asuntos como ése, tenía que admitir que su instinto probablemente no era la guía más rigurosa.

Ahora le tocaba a Richards guiar la conversación. No era que le faltara experiencia sexual, dijo. Pero había terminado aburriéndose con todos los hombres con los cuales se había acostado hasta entonces. «Simplemente son tan previsibles, tan convencionales —se quejó—. Quiero estar segura de que, la próxima vez que me relacione con alguien, tenga imaginación, que me lleve a lugares donde jamás he estado antes.»

Blake, enseguida, le preguntó qué quería decir y, siguiendo las instrucciones de Horsforth, Richards se había distanciado de nuevo, diciendo que no estaba segura de que pudiera hablar de ello abiertamente en medio del Regent's Park: Explicó que tenía que salir de la ciudad la semana siguiente, para asistir a un curso de formación en Manchester, y que le escribiría. «Me siento un poco vulnerable aquí —dijo. Me resulta más fácil escribirlo. Y así, si tú te escandalizas o pierdes las

ganas para siempre, no tendré que mirarte a la cara, ¿verdad?»

A Blake casi le hizo gracia la alternancia entre su provocación y su timidez. «Yo apostaría a que no hay nada que puedas decir que me escandalice —dijo—.Te prometo, Eileen, que puedo llevarte adonde quieras. Todo el camino, sea lo que sea lo que quieras. Tú me escribes esa carta esta noche, para que yo la reciba el lunes por la mañana, y te garantizo que estarás muriéndote de ganas por regresar a Londres a vuelta de correo.»

De algún modo, Fiona lo puso en duda. Sin embargo, no había tiempo ahora para perseguir el curso de sus dudas hasta su conclusión. Kit ya había devuelto el ordenador a su bolsa, la señal de ABROCHAR LOS CINTURONES DE SEGURIDAD estaba iluminada y la tripulación de la cabina se desplazaba hacia sus asientos para el aterrizaje. El comisario Berrocal les estaría esperando en la puerta de llegada, y un trabajo en el que ella estaba convencida de que podría aportar consejos útiles tendría prioridad sobre otro que ya había sido destrozado por otra persona.

Las fantasías perversas intercambiadas entre Francis Blake y Erin Richards, fueran cuales fueran, tendrían que permanecer en el expediente por el momento.

CAPÍTULO 6

El comisario Salvador Berrocal no les estaba esperando en la puerta de llegada. En realidad, aguardaba con impaciencia, taconeando, al lado de la puerta del avión. Evidentemente había conseguido enviar un mensaje de aviso, porque, en cuanto la tripulación de la cabina se puso de pie después del aterrizaje, una auxiliar de vuelo ya estaba al lado de Fiona, pidiéndole que la acompañara a la parte delantera del avión para desembarcar por allí antes que los demás pasajeros. Kit se levantó, fue tras ella y le regaló su mejor sonrisa a la auxiliar de vuelo diciendo: «Viajamos juntos».

La primera impresión que Fiona recibió del policía español fue la de alguien con una energía tremenda, apenas controlada. Era de mediana estatura, delgado y de piel clara, con unos ojos de un azul oscuro que nunca estaban tranquilos. El traje de color gris carbón parecía planchado aquella misma mañana, y las botas negras resplandecían con brillo militar. Tanto el traje como las botas estaban reñidos con su pelo, negro ondulado y en desorden, y lo bastante largo como para taparle por detrás el cuello de la camisa.

La reconoció asintiendo cortésmente con la cabeza, y enseguida dijo:

—Gracias por venir, doctora.

—Gracias por venir a buscarnos. Comisario, le

presento a mi compañero, Kit Martin. Mencioné que me acompañaría, ¿verdad?

Kit alargó una mano.

—Encantado de conocerle. No se preocupe, no les causaré ninguna molestia.

La manera en que Berrocal asintió con la cabeza era evasiva.

—Tengo un coche que nos espera, doctora —le dijo a Fiona. Recogió su maletín y su ordenador—. Si no le importa, señor Martin, puede ir a la recogida de equipajes; uno de mis hombres le espera allí. Él le llevará al hotel, en Toledo. —Sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa—. Éste es mi número de móvil. Así podrá contactar con la doctora Cameron; ella estará conmigo.

Exhibió una sonrisa fría y se dio prisa rumbo al vestíbulo principal.

—Señor Amable —dijo Kit.

—Señor Bajo Mucha Presión, diría yo —comentó Fiona. Abrazó a Kit y lo estrechó brevemente—. Llámame a mi móvil si me necesitas.

Salieron tras Berrocal, Fiona corría para no perderlo de vista.

—No te preocupes por mí —dijo Kit—. Tengo la guía turística. Estaré haciendo mis propias investigaciones en Toledo. De lo contrario, estaré escribiendo en el hotel.

Alcanzaron a Berrocal, quien les esperaba en la puerta de seguridad.

—Usted tendrá que pasar por aduana e inmigración

—le dijo a Kit, señalando un corredor a la izquierda.

—Encantado de conocerle —dijo Kit.

Ser agradable era fácil, especialmente dado que Berrocal había hecho el esfuerzo de conseguir un coche para él. Le plantó un beso rápido en la mejilla a Fiona, dijo «Hasta luego» y se fue sin mirar atrás.

—De verdad que no tendrá ningún problema —dijo Fiona, mientras avanzaban dando zancadas hacia el área de aduanas e inmigración—. Kit no tiene ningún problema cuando está acompañado de sí mismo.

Berrocal mostró su placa y le cedió el paso a Fiona después de pasar las formalidades.

—No habría esperado que lo trajera si fuera de otro modo —dijo bruscamente—. Lo he arreglado todo para que ambos se hospeden en el parador de Toledo, pero preferiría ir directamente a los escenarios de los crímenes. También quería poder hablar del caso durante el trayecto, lo cual no habría sido posible en presencia del señor Martin.

Un agente de uniforme esperaba junto a un sedán camuflado, y rápidamente se puso en posición de firmes al ver acercarse a Berrocal. Abrió la puerta de atrás y entró Fiona, mientras que el comisario dio la vuelta al coche para entrar por el otro lado y sentarse junto a ella.

—Toledo está aproximadamente a una hora del aeropuerto en coche —le dijo—. Si tiene cualquier pregunta que hacerme, puedo responderla por el camino.

Evidentemente no era un hombre que estuviera para

charlas superficiales, pensó Fiona. No hizo ninguna de esas preguntas educadas y sin sentido, acerca de cómo le había ido el vuelo, que solían marcar su llegada a ciudades desconocidas. Tampoco sentía la necesidad de entablar una conversación de cortesía sobre los libros de Kit, como sucedía cuando él la acompañaba en viajes al extranjero.

—¿Cuáles son las líneas de investigación que ha abierto? —preguntó ella—. Aparte de buscar testigos, por supuesto.

Berrocal cambió de posición en su asiento para poder mirarla a la cara.

—Hemos examinado nuestros archivos de agresiones sexuales violentas. Varias personas han sido interrogadas. Pero, o bien tienen una coartada para el primer o segundo asesinato, o tienen una para ambos. O sea, no tenemos ningún motivo para mantenerles detenidos.

—Su inglés es muy fluido —no pudo menos que observar Fiona.

—Lo hablo mejor de lo que lo escribo —dijo, lanzando una sonrisa por primera vez desde que se habían conocido—. Mi mujer es canadiense. Vamos a Vancouver cada año de vacaciones. De modo que, cuando se habló de traer a una experta inglesa sobre la relación entre crímenes y los reincidentes, me eligieron para ser el agente de enlace. Como le dije en mi correo, no tenemos ningún experto en esa materia.

—Yo no sé si alguno de nosotros tiene lo que podría

llamarse una gran pericia en la relación entre crímenes —dijo Fiona con su peculiar sentido del humor—. Tengo alguna experiencia, pero, cada vez que hago esto, me parece que estoy avanzando a tientas, tanto como los detectives. Cada caso es diferente, y a veces las lecciones del pasado no son del todo útiles.

Él asintió con la cabeza.

—Le entiendo. Nadie está esperando un milagro de usted, doctora Cameron. Pero, en un caso como éste, necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. No es ningún secreto para usted que, cuando un asesino elige a un extranjero como diana, la mayoría de nuestros procedimientos policiales son inútiles. De modo que necesitamos otra clase de perspicacia y eso es lo que usted puede aportar al caso.

Fiona arqueó las cejas, apartó la vista de sus ojos penetrantes y miró por la ventanilla el tráfico veloz de la carretera. A un lado de la carretera, podía ver la ciudad extendiéndose hacia el centro; al otro lado, algunas obras. La tierra de color terracota, el azul casi metálico del cielo y las sombras pesadas de las máquinas que movían la tierra convertían el panorama en un cuadro conmovedor de De Chirico, cargado de calor y amenazas. Por algún motivo, Fiona recordó el surrealismo de la imaginación de Cervantes. Al igual que don Quijote, pensaba, ella estaría por ahí fuera arremetiendo contra molinos, intentando separar las sombras de la realidad, con aquel hombre inquieto como su Sancho Panza para mitigar su confusión.

—Leí el material que me envió —dijo, apartando sus pensamientos fantásticos y volviéndose para buscarle los ojos de nuevo—. No estoy convencida de que el criminal tenga antecedentes delictivos sexuales.

Berrocal arrugó la frente.

—¿Por qué lo dice? Según he leído, pensaba que los asesinos en serie solían tener antecedentes que incluían alguna clase de violencia sexual. Y él ha cometido unos actos sexuales horrendos con los cadáveres de ambas víctimas.

—Eso es cierto. Pero, en ambos casos, las violaciones se cometieron después de la muerte. Y la penetración se efectuó con un objeto ajeno, no con el pene. Lo cual no quiere decir que eso necesariamente descarte un motivo sexual en sí —añadió Fiona, casi distraídamente—. Pero no creo que la gratificación que en estos casos se buscaba fuera principalmente sexual —continuó con más firmeza—. Puede que superficialmente estos crímenes parezcan remitir al poder sexual, pero a mí me parece que se trata de profanación. Casi de vandalismo —dijo Fiona.

Berrocal se movió. Parecía estar preguntándose si haberla llenado había sido una idea tan buena.

—Si ése fuera el caso, ¿por qué no habría mutilado las caras también? —Y alzó el mentón en un aparente gesto de desafío.

Fiona abrió las manos.

—No lo sé. Pero imagino que probablemente fue porque el asesino quería que sus víctimas fueran

identificadas con rapidez. Ninguna de ellas era de aquí, de modo que la identificación podría haber tardado más si les hubiera destrozado la cara más allá de lo identificable.

Él asintió con la cabeza, en parte satisfecho con su respuesta. Decidió aplazar su juicio sobre aquella mujer, que aparentemente no tenía ninguna dificultad para encontrar la manera de descartar la opinión convencional.

—Creo que será mejor que no le pregunte más por sus teorías —dijo obsequiándole con otra sonrisa radiante—. Esperaremos hasta que vea dónde tuvieron lugar los crímenes, y luego quizá podemos ir a la comisaría local de policía. He establecido un centro de control allí para la investigación.

—¿Usted no está destinado en Toledo, según me pareció entenderle?

Berrocal negó con la cabeza.

—Habitualmente trabajo en Madrid. Pero, en las ciudades como Toledo, se producen pocos asesinatos al año, y la mayoría son debidos a situaciones domésticas. El resultado es que no tienen a nadie con experiencia en los homicidios más complejos y, por tanto, han de traer a especialistas desde Madrid. Desgraciadamente, tenemos más asesinatos en la ciudad, y por eso se envía a alguien como yo para organizar la investigación.

—Eso no debe de ser fácil —observó Fiona—. Supongo que tendrá que andar con cuidado para no herir sensibilidades entre sus colegas de Toledo.

Berrocal se encogió de hombros, tamborileando en el borde de la ventana con los dedos.

—Con respecto a algunas cosas. En cuanto a otras, mi presencia les facilita el trabajo a los agentes de Toledo. Cuando piso la autoridad de alguien, pueden poner el grito en el cielo y decir: «Oye, no tenemos la culpa, es este cabrón imbécil de la gran ciudad, que ha venido aquí para agitar las cosas y molestar a todo el mundo». Por supuesto, algunos de los detectives son demasiado sensibles y ven mi presencia como una crítica hacia ellos, por lo que tengo que ganarme su afecto. —Arrugó los ojos en una sonrisa irónica—. Pero usted también debería de estar familiarizada con este tipo de reacciones. Igual que mi equipo y yo, es lo que mi mujer llamaría un bombero visitante.

Fiona saludó su frase con una sonrisa a medias:

—A veces eso tiene otras desventajas también. Es posible que mi falta de familiaridad con un lugar y sus costumbres locales me lleve a darle a algo mayor, o menor, importancia de la que debería darle.

Volvió a encogerse de hombros.

—La otra cara de la moneda es que los lugareños pueden dar por sentado lo que a usted le parece una alteración en una pauta, creo.

—Toledo es una ciudad muy turística, ¿verdad? —preguntó Fiona.

—Así es. También es la sede del arzobispado, de modo que la burocracia eclesiástica ocupa buena parte de los edificios de alrededor de la catedral. Entre la

iglesia y el comercio turístico, queda poco espacio para cualquier otra actividad en la ciudad antigua. Cada año que pasa, viven menos personas en la parte antigua de Toledo y sobreviven menos negocios tradicionales.

Fiona tomó nota mentalmente y siguió preguntando en un tono de interés extraoficial.

—¿Y esto provoca resentimiento entre aquellos que se encuentran marginados por las exigencias de la industria turística?

Berrocal sonrió.

—Yo creo que la mayoría de las personas cambian encantadas un oscuro piso medieval, en el que hay que subir cinco pisos con escaleras estrechas, por un edificio con luz y ascensor. O un patio o un balcón donde puedan sentarse para disfrutar del aire. Por no hablar del agua caliente.

—Sin embargo... —Fiona eligió sus palabras cuidadosamente—. Yo me crié en un pequeño pueblo al norte de Inglaterra. No es más que un pueblecito, en realidad. Es un pueblo muy hermoso, en pleno corazón del distrito de Derbyshire Peak. El lugar idóneo para salir a pasear o para visitar las cuevas, que están abiertas al público. A lo largo de los años, fueron llegando cada vez más turistas. En cuanto una casa se ponía en venta, era comprada por extranjeros y convertida en una residencia para pasar las vacaciones. Todos y cada uno de los comercios de la calle principal se transformaron en salones de té o en tiendas de artesanía. Todos los pubs estaban más interesados en

atender a los excursionistas que a los lugareños. No se podía pasear por la calle principal ni aparcar el coche cerca de tu propia casa en los meses de verano. Cuando me marché de allí, la mitad de la población cambiaba cada semana. Los que iban de vacaciones llegaban con un coche lleno de compras. Las únicas cosas que compraban allí eran el pan y la leche. El pueblo perdió su corazón. Se convirtió en un dormitorio de turistas. Y los lugareños que se veían expulsados en el proceso no estaban nada contentos. Puesta a adivinar, yo diría que tiene que haber algunos toledanos a quienes no les gusta lo que está sucediendo en su ciudad.

Berrocal le dirigió una mirada astuta. Era lo bastante listo para darse cuenta de que aquélla no era una simple conversación informal. Y como de esa manera ella seguía desechando el análisis obvio de los antecedentes del asesino, entendió que intentaba decirle algo.

—¿Usted cree que alguien está matando porque no le gustan los turistas?

Berrocal intentó evitar que la incredulidad se notara en su voz. Esa mujer, después de todo, había llegado con el imprimátur de Scotland Yard.

Fiona apartó la vista y miró los campos extensos y verde que estaban atravesando.

—No creo que sea tan simple, comisario Berrocal. Y no quiero teorizar antes de tener los datos. Pero sí creo que su asesino está motivado por algo más extraordinario que la frustración sexual.

—De acuerdo. ¿Cómo quiere hacerlo?

—Lo que me gustaría hacer es precisamente lo que usted ha sugerido. Me gustaría examinar los sitios donde los cadáveres fueron exhibidos, y luego, en su oficina, ver las fotografías del lugar del crimen y leer los informes de patología en su totalidad. También me gustaría ver las guías que se encontraron en los escenarios de los crímenes, si es posible. Y después quisiera regresar a mi habitación en el hotel y pensar en lo que he visto.

Asintió:

—Lo que usted desee.

—También agradecería que me comunicara cualquier informe de sus colegas de Toledo relacionado con actos vandálicos perpetrados contra lugares de interés turístico, u hoteles o negocios vinculados con el comercio para turistas. Y sobre cualquier otro ataque cometido contra algún visitante. Todo lo que haya ocurrido desde hace, digamos, un par de años. Tanto los casos resueltos como los que han quedado sin esclarecer, si fuera posible. —Sonrió—. También necesito un mapa lo bastante detallado de la ciudad como para que se pueda escanear en un ordenador.

—Así se hará —dijo Berrocal inclinando la cabeza en una especie de reverencia a medias—. Ya me ha mostrado otra manera de examinar estos casos.

Fiona se movió en su asiento para poder mirar al frente, por encima del hombro del conductor.

—Espero que sí. Cuando analizo un crimen, no miro

con los mismos ojos que un detective. Busco los aspectos psicológicos, además de los elementos prácticos sólidos, que enlazan un crimen con otros. También busco conjuntos geográficos. Pero, aparte de eso, busco otras señales que me puedan decir algo sobre el criminal.

—¿Para luego determinar cómo funciona su mente?

Fiona arrugó el entrecejo.

—No es exactamente su motivación a lo que intento llegar. Se trata más bien de desarrollar una noción de la forma en que él mira el mundo. La motivación es sumamente individualista. Pero lo que todos tenemos en común es que construimos nuestras identidades a partir de lo que hemos aprendido del mundo. De modo que la manera en que un criminal comete sus crímenes es un reflejo de la forma en que vive el resto de su vida. Dónde él se siente cómodo, tanto física como mentalmente. Yo busco pautas de conducta en el crimen que me den pistas acerca de cómo se comporta en la vida diaria.

Fiona esbozó una sonrisa irónica y siguió.

—Algunos de mis compañeros de profesión tienen otro enfoque que probablemente encontrará usted más familiar. Ellos investigan los crímenes y buscan un conjunto de síntomas en el pasado del criminal que haya producido un estilo de vida particular en el presente. Yo nunca he encontrado que esto sea muy útil. Apostaría a que muchas personas comparten el mismo tipo de historia personal y no se convierten en

criminales psicópatas reincidentes. No digo que mis métodos necesariamente produzcan siempre resultados certeros, pero eso es porque pocas veces tengo los datos suficientes, y no tanto porque los métodos en sí sean imperfectos. No hay ninguna fórmula mágica, comisario. Pero mi formación es tan distinta de la de un agente de policía que es imposible que no vea las cosas desde otra perspectiva. Entre nosotros, vemos este asunto de modo estereofónico, en vez de monofónico. Y creo que esto nos da una cierta ventaja sobre el criminal.

—Por eso está aquí, doctora.

Berrocal se inclinó hacia delante y dijo algo en un español rápido al conductor. Se acercaban a una extensión de casas modernas en las afueras. A lo largo de la carretera se sucedían bloques de cemento que contenían tiendas de muebles, locales donde se exhibían coches y pequeños negocios. Se echó hacia atrás de nuevo, sacó un paquete de cigarrillos y jugó con él entre los dedos.

—Sólo diez minutos más y podré fumar un cigarrillo; y usted podrá comenzar su trabajo.

Esta vez, la sonrisa de Fiona fue sombría:

—Apenas puedo esperar.

Extracto de la descodificación del documento P13/4599

Uzqhq dftag stfyg dpqdo agxpn qeaqm ek. Upuym suzpq ufarf gzngf uzykt qmpuf tmpnq qzyqe ekmzp rdust fgzuz s...

El documento en cuestión utiliza una simple transliteración(a = m, b = n, etcétera) y la disposición de las letras en grupos de cinco, en vez del orden normal de las palabras. Lo que sigue es una transcripción del material codificado, con una puntuación adecuada añadida para darle sentido. J. M. Arthur, examinador del documento.

Nunca pensé que asesinar fuera tan fácil. Con frecuencia lo había imaginado, pero en mi cabeza siempre había sido algo sucio y espantoso. La realidad es muy distinta. La oleada de poder, eso es lo que te lleva hasta el final. La imaginación realmente no te prepara para la realidad.

El otro error que cometía era pensar que el asesinato siempre tenía que formar parte de algo más. Pero la verdad es que el asesinato puede ser un fin en sí mismo. A veces, las personas han de pagar por lo que han hecho, y quitarles la vida es la única manera de conseguirlo.

Nunca pensé que me convertiría en un asesino. Tenía mi vida en orden. Pero entonces algo cambió, y

podía ver cómo se reían de mí, ostentando su supuesto éxito en mis narices. Yo sería muy poca cosa si hubiera aceptado una provocación de esa clase sin más.

Nadie sabe cómo se va a reaccionar cuando a uno le roban la vida, y te la roban personas a las cuales les importa un carajo el daño que hacen a otros. Bueno, yo nunca he sido de la clase de hombre que simplemente se queda quieto y permite que las cosas sucedan, y voy a asegurarme de que paguen. Voy a cambiar las reglas. Pero no cometeré torpezas. Seré sutil y elegiré mis blancos cuidadosamente.

Esta vez, no podrán ignorarme. No podrán descartarme sin más. Yo estaré descartándoles a ellos, escribiendo sus nombres con sangre y transmitiendo el mensaje de manera clara y alta. Ellos serán los responsables de sus propios infortunios, eso es lo que les estaré diciendo. Quien vive de la palabra, muere por la palabra.

No es difícil localizar a los autores de novelas de misterio. Estoy acostumbrado a observar a la gente, llevo años haciéndolo. Ayuda que todos sean tan vanidosos. Internet está saturado de sus páginas web *y conceden entrevistas por doquier. Y siempre hacen apariciones en público.*

De modo que tenía sentido empezar con alguien que tuviera un perfil realmente público, para facilitar al máximo mi tarea. Decidí que la mejor manera de rematar mi plan era darles una cucharada de su propia medicina. No bastaría sólo con matarlos.

Quería que quedara claro desde el principio que no había nada accidental en lo que sucedía. Y saber lo que les esperaba les haría sufrir mucho más. La satisfacción, eso es lo que busco.

Para que el castigo se correspondiera con el crimen, tenía que elegir correctamente el crimen y confeccionar bien mi lista. Los ordené a partir de la consideración de lo fácil que pensaba que sería asesinarlos, y fue así cómo tuve a mis candidatos para la ejecución.

—Drew Shand
—Jane Elias
—Georgia Lester
—Kit Martin
—Enya Flannery
—Jonathan Lewis

Ahora sólo he de determinar cómo derribarlos.

Ellos me han metido en esta jaula. Pero deberían saber que los animales enjaulados se vuelven salvajes.

Ellos se lo han buscado.

CAPÍTULO 7

Contenta de haber llevado sus mocasines de suelas

planas para viajar, Fiona bajó con dificultad por el estrecho camino. No era particularmente empinado, pero los terrones de color ocre estaban salpicados de pequeñas piedras, que habrían sido peligrosas para los tobillos si llevara tacones. Tomó nota mentalmente para fijarse en qué tipo de calzado llevaba Martina Albrecht cuando murió. Ese detalle podría darle una indicación de lo dispuesta que estaba ella a acompañara su asesino hasta el lugar del crimen.

Berrocal iba delante y aminoró el paso. Se volvió hacia atrás y expulsó una nube de humo de un tabaco que a Fiona le recordó los fuegos de estiércol de camello del norte del Sahara.

—¿Está usted bien? —preguntó.

—Bien —respondió ella, alcanzándolo y aprovechando la pausa para mirar a su alrededor.

Estaban en un valle estrecho de suelo plano que se alejaba de la carretera en una curva. Los altos precipicios a ambos lados ya habían cortado la visión hasta el viaducto que hacía la circunvalación alrededor de la orilla sur del Tajo. A partir de aquí, no habría habido ninguna posibilidad de ser iluminados por los faros de un coche que pasara. Los lados del valle estaban cubiertos con una vegetación formada por maleza y poblados de árboles pequeños, que crecían desordenadamente en las cuestas más suaves.

—Casi hemos llegado —dijo Berrocal—. ¿Ve usted esos arbustos de ahí? Está justo detrás —dijo, y siguió bajando, con Fiona tras él.

—Debió de llevar una linterna —comentó ella mientras entraban en una zona de arbustos altos que casi se tocaban por encima de sus cabezas.

El humo de Berrocal se proyectó hacia la cara de Fiona, y ella intentó no respirar por la nariz hasta que hubieran salido de nuevo al aire libre.

—No creo que lo hubiera acompañado de no haber llevado linterna —dijo Berrocal—. No hay ningún indicio de lucha en ninguna parte, ni cerca de la carretera ni en el camino.

—¿Qué tipo de calzado llevaba ella?

Berrocal se volvió y le lanzó una sonrisa, como si premiara a una estudiante lista.

—Unas sandalias planas. Sí, probablemente cayó en la trampa sin pensárselo dos veces.

Salieron a un pequeño claro, al otro lado de los arbustos. En la linde más lejana, un par de olivos retorcidos flanqueaban el camino. Un agente uniformado estaba de pie a la sombra, en la entrada del claro. Dio un paso hacia delante y se llevó la mano a la pistola. Cuando vio que era Berrocal, le saludó militarmente y dio un paso atrás. El área estaba limitada con las consabidas cintas plásticas que circunscriben el escenario de un crimen, algo desgastadas y caóticas. Fiona pudo ver la mancha irregular de color marrón rojizo en el camino y la vegetación a su alrededor, el único indicio evidente de que aquélla había sido la escena de una muerte violenta. Escuchó el chillido de los pájaros por encima del

zumbido distante del tráfico. Siempre se maravillaba de la forma en que el mundo continuaba aparentemente insensible a la tragedia que se había desarrollado a sólo unos kilómetros de distancia.

Después de lo de Lesley, ella se había encontrado andando por las calles de la ciudad donde aquello había sucedido, enfadada y frustrada al ver que las personas seguían adelante como si nada hubiera ocurrido, como si aquello no tuviera nada que ver con ellos. Por supuesto, en sentido estricto, no debía preocuparles de forma directa. Pero entonces como ahora, Fiona creía que las sociedades tenían los criminales que se merecían. Los crímenes brutales no salían de la nada; sus semillas se encontraban en los crímenes más amplios de la comunidad. No era un punto de vista compartido por los agentes de la ley y, cuando trabajaba con la policía, Fiona no exteriorizaba sus opiniones.

De modo que en aquel momento examinaba el lugar sin hacer comentarios. No había mucho que decir aparte de lo obvio. Y a Fiona nunca le había gustado decir lo que era obvio.

Berrocal señaló el área manchada de sangre y apagó el cigarrillo con un pie.

—La encontraron en el suelo hacia el final de la sangre; no estaba en medio de la mancha. Eso da peso a la teoría de que él estaba detrás y ella se encontraba de pie cuando la degolló. Lo cual, gracias a Dios, sucedió con rapidez, según el patólogo. Después, parece como si hubiera dado un paso atrás para dejarla caer.

—¿Las heridas vaginales eran post mórtem? —preguntó Fiona.

—Sí. Creemos que se sentó a horcajadas sobre ella. El césped estaba aplastado a ambos lados de las caderas, como si alguien se hubiera arrodillado en el lugar. Le quitó las bragas cortándolas, probablemente con la misma navaja. Había manchas de sangre en la tela. Luego rompió la botella de vino contra el suelo y —Berrocal se aclaró la garganta— le introdujo la botella rota en la vagina. Con fuerza considerable. Varias veces. Los fragmentos de vidrio estaban al lado derecho del cuerpo, lo cual respalda la idea de que es diestro.

Fiona cruzó hasta el otro extremo del claro y miró la escena desde el punto de vista que el asesino habría tenido.

—Lo que más me impresiona de todo eso es lo que dije antes. Las mutilaciones sexuales se realizaron post mórtem, lo cual es poco usual. No hay ningún indicio de actividad sexual antes del ataque. Fue directo al asesinato. Nada de estimulación erótica previa.

Berrocal asintió con la cabeza.

—¿Usted cree que eso es significativo?

—Es un indicio de alguien que se siente carente de poder. Tampoco hay nada improvisado en esto. Revela mucha ira. De modo que, cuando estoy buscando crímenes relacionados, siempre tengo en cuenta que probablemente manifestaran indicadores parecidos.

Fiona se subió los pantalones, se agachó y estudió el suelo. No había ninguna razón particular para que lo

hiciera. La verdad era que ella obtenía muy poca información de los lugares del crimen. Nunca había descubierto nada que no estuviera ya en los expedientes que más tarde leía. Pero los agentes de policía esperaban que encontrara algo donde se había hallado el cadáver. Era casi una superstición, y ya hacía mucho que había decidido que era más fácil complacerlos que empezar la colaboración con mal pie.

Se levantó.

Gracias por haberme permitido ver esto.

_¿Le dice algo que ya no supiera? —preguntó Berrocal, haciéndose a un lado para cederle el paso.

Era la pregunta temida.

—Confirma una hipótesis —dijo—.El asesino conoce muy bien su territorio. Porque éste no es un lugar que un visitante casual conocería.

—¿Alguien de aquí, entonces?

—Creo que es una suposición segura —dijo con firmeza—. No sólo conoce la existencia de este lugar, sabe lo que sucedió aquí y lo que eso significa.

Escuchó el clic del mechero del policía. Desde luego, Berrocal estaba empeñado en subir su concentración de nicotina en la sangre hasta los valores normales, tras una hora de encierro en el coche.

Cuando recorrieron la curva y la calle se hizo visible, Fiona se paró abruptamente. Un tren en miniatura con una serie de sucios carros blancos cruzaba el viaducto rechinando ruidosamente. Pudo escuchar el sonido metálico de un comentario, aunque estaba demasiado

lejos como para poder entender las palabras.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó, señalando al tren y volviéndose hacia Berrocal.

Él arqueó las cejas en una expresión hastiada.

—Lo llaman el *Tren Real* —suspiró—. El Tren Real. Lleva a los turistas en un recorrido por la ciudad antigua y la circunvalación.

Fiona sonrió.

—Es difícil imaginar a la familia real viajando en eso.

La cara de Berrocal expresó sufrimiento.

—No tiene dignidad —admitió—. No es lo que yo llamaría un buen ejemplo del turismo español.

Subieron hasta el coche en silencio. Fiona era insensible a sus alrededores; estaba demasiado ocupada con sus pensamientos para apreciar el paisaje o la vista de la ciudad que apareció ante ellos cuando llegaron al nivel de la carretera.

—Ahora iremos a la iglesia —anunció Berrocal.

Fiona ocultó su impaciencia. Quería empezar a trabajar de verdad, no perder más tiempo visitando los escenarios de los crímenes. A ese ritmo, habría dado igual que regresara al hotel con Kit. Habría sido más o menos igual de útil.

A unos cuantos metros por encima de la ruta panorámica, a través de la cual Fiona viajaba hasta la ciudad, Kit abría un par de pesados postigos de madera con unos accesorios de hierro ornamentados. La luz inundó la habitación y él silbó suavemente ante el

paisaje. El Parador Conde de Orgaz, que llevaba el título del cuadro de El Greco más famoso de la ciudad, se hallaba encima de la colina del Emperador y contaba con una fabulosa vista panorámica de Toledo extendiéndose a sus pies. Aquella visión casi irreal todavía conservaba notables semejanzas con el fondo de docenas de otros cuadros de El Greco, a pesar de los cuatro siglos y medio transcurridos. El parador estaba en el despeñadero situado frente a la ciudad, y desde su habitación se dominaba toda la zona medieval. Kit cedió a la tentación.

Al cabo de veinte minutos, un taxi lo dejó cerca de la plaza de Zocodover, un lugar muy animado que, según su guía, era el corazón de la vida social de la ciudad. Repleta de cafés y pastelerías, sus altos edificios con postigos respiraban una elegancia algo decadente. Parecía ser una ciudad provinciana típica del sur de Europa, pensó Kit. Las mujeres atravesaban la plaza con pesadas bolsas de compras; los hombres mayores, sentados, fumaban y charlaban; los adolescentes, en ropa deportiva de marca, holgazaneaban en las entradas de los edificios y en las esquinas, mirando furtivamente a las muchachas, entre tímidos coqueteos. Pero no siempre había sido así.

Toledo, como él sabía por sus lecturas, había sido conquistada en primer lugar por los romanos, luego por los visigodos, después por los moros y finalmente por los cristianos. Aunque se había convertido en la capital de Castilla y la base de las campañas militares

medievales contra los moros, también había alcanzado fama de ser un refugio de tolerancia cultural.

Pero todo eso había cambiado con el matrimonio dinástico entre Fernando de Aragón e Isabel de Castilla en 1479. El confesor personal de Isabel era el cardenal Tomás de Torquemada, el hombre designado por el Papa como el primer gran inquisidor en España.

Kit le había dicho a Fiona que sólo le interesaba ver los cuadros de El Greco en Toledo. Pero eso no era más que una parte de la verdad. Lo que le atraía de la ciudad era la idea de andar por las mismas calles que Torquemada había recorrido, muchas de ellas virtualmente sin cambiar desde el siglo XV y aun antes. Quería dejar que su imaginación lo llevara hacia atrás en el tiempo; hasta una época en que las calles de Toledo estaban contaminadas de miedo y de odio, cuando los hermanos denunciaban a sus hermanos, los sacerdotes inventaban métodos de tortura tan violentos que todavía se usan hoy, y el Estado pervertía una cruzada religiosa transformándola en un medio para enriquecerse.

Toledo era una ciudad que, tanto por la conquista como por la opresión, estaba empapada en la sangre de su pueblo. La tentadora posibilidad de descubrir cuánto de aquel ambiente perduraba era lo que de verdad seducía la imaginación de Kit.

Era fácil borrar todas las imágenes modernas y ver las calles tal como debían de ser antes. Los edificios eran los mismos; unas casas altas separadas por pasajes

estrechos y tortuosos, con fachadas que alternaban parches de ladrillos erosionados y estuco pálido que, en general, habían visto mejores tiempos. Salpicadas de ventanas con los postigos cerrados ante el calor de septiembre, lo único que desentonaba en las fachadas eran las coladas tendidas a través de los callejones.

A medida que se acercaba el mediodía, las calles se vaciaban, y Kit se encontró solo mientras exploraba el laberinto de callejas entre la catedral y el monasterio de San Juan de los Reyes, siguiendo la ruta marcada en su mapa para entrar en el antiguo barrio judío, la Judería.

Subió unas escaleras que le llevaron hasta unos muros altos y blancos, que luego se abrían y daban a un pequeño jardín con bancos, cuya vista era espectacular. Pero no eran los paisajes contemporáneos lo que buscaba. Kit dejó que sus pensamientos abandonaran el presente y miró hacia abajo, hacia los tejados de terracota, borrando de su mente las antenas parabólicas, y flotando hacia atrás, hacia el pasado.

Supuestamente, la Inquisición trataba de establecer una fe cristiana de sangre pura en España. Pero de lo que en realidad se trataba era de antisemitismo y avaricia, pensó. Claro está, la mayoría de los movimientos opresores de derechas tenían raíces parecidas. En aquel entonces, los judíos españoles fueron considerados demasiado poderosos y demasiado ricos. Lejos de ser cómodas, seguras y prósperas, sus vidas se vieron sumergidas de la noche a la mañana en un infierno real.

Una especie de histeria debió de arrasar las ciudades de Castilla y Aragón, mientras que todo aquel que odiara a cualquiera veía la manera de ajustar cuentas en contra de su enemigo. Había carta blanca para los incapaces, los rencorosos y los santurrones, caviló Kit.

Y una vez que te denunciaban, era casi imposible escapar ileso. Si la reencarnación existiera, pensaba Kit, Torquemada probablemente habría regresado como el senador Joe McCarthy. «¿Es usted ahora, o en algún momento ha sido, un hereje?»

Eso debió de envenenar a la comunidad entera. Nadie pudo haberse sentido a salvo, excepto quizás el gran inquisidor y sus colaboradores más cercanos. A fin de cuentas, ellos tenían una dispensa especial del Papa. Si alguien moría bajo tortura o si se cometía cualquier otro error, ellos tenían poder de absolverse los unos a los otros, de modo que su manos y sus almas permanecerían inmaculadas.

Y ahora, otro asesino acechaba en las calles de Toledo reviviendo viejas pesadillas y proyectando una sombra oscura sobre el paraíso de los turistas. Su número de víctimas podría ser insignificante comparado con el asesinato legalizado de los inquisidores, pero, para aquellos que morían, el dolor y la confusión serían igual de intensos. Era eso lo que investigaba Fiona, y no le tenía ninguna envidia. Ella tenía sus propios fantasmas y, a pesar de lo que se decía a sí misma, él no creía que su profesión hiciera nada para ayudarla a dejarlos atrás. Pero no iba a

presionarla; tendría que llegar a esta conclusión voluntariamente, y aún le quedaba un largo camino por recorrer. Tampoco envidiaba aquel camino. El país de la imaginación era un lugar mucho más fácil de habitar.

Bajo el calor del sol, Kit experimentó un escalofrío. Es verdad que un lugar retiene su espíritu. A pesar de la belleza que lo rodeaba, era demasiado fácil hacer regresar a los espíritus perturbadores de terrores pasados.

Era, pensaba, un territorio natural para un asesino en serie.

CAPÍTULO 8

Drew Shand se echó hacia atrás y contrajo los hombros, haciendo muecas cuando crujían. Había probado todos y cada uno de los posibles ajustes de la cara silla ergonómica, pero siempre terminaba poniéndose rígido al final de la jornada de trabajo, tal como le sucedía cuando se sentaba en una silla de cocina barata frente a su ordenador portátil de segunda mano. La silla electrónicamente ajustable fue uno de los primeros regalos que se había comprado con el espléndido anticipo que recibió por su primera novela. Pero seguía doliéndole la espalda.

Había pensado que el libro era bastante entretenido

cuando terminó el primer borrador, pero, aunque luchaba para no mostrarla, no pudo reprimir su sorpresa cuando su agente le llamó para darle la noticia de que se había vendido por una cantidad de seis cifras. Inmediatamente después de aquel trato, *El imitador* fue vendido a un canal de televisión, y su adaptación ganó muchos premios, sin contar el lanzamiento de una edición de bolsillo que colocó a Drew a la cabeza de la lista de libros más vendidos.

Más que los elogios, más incluso que las reseñas entusiastas y el premio Dagger de la Asociación de Autores de Novelas Policíacas por la mejor ópera prima del año, Drew agradecía verse liberado de enseñar inglés a niñatos privilegiados de las clases medias de Edimburgo, una ocupación que le había estado destruyendo el alma. La necesidad de pagar el alquiler le había obligado a trabajar en *El imitador* hasta altas horas de la noche, quitándose horas de los fines de semana durante un período de dieciocho meses. Había sido difícil, pues se había ganado el desdén de sus colegas, quienes no dejaban de decirle que se buscara una vida de verdad. Pero ahora era él quien tenía una vida brillante, mientras que ellos seguían en sus puestos de trabajo a jornada completa. Drew no tendría que volver a seguir el horario de nadie. Escribía cuando le daba la gana. Eso era así la mayoría de los días. Drew era quien tomaba las decisiones, y no algún jefe con ganas de flagelar a los esclavos, que se comportaba como un tipo duro porque su propio trabajo patético

estaba en peligro.

Y a él le encantaba su vida. Solía despertarse a alguna hora entre las diez y las once. Se hacía un capuchino con su nueva máquina italiana de cromo brillante, hojeaba los periódicos de la mañana y luego comunicaba energía a su cerebro bajo el potente chorro de la ducha. Hacia el mediodía, ya estaba sentado frente a su ordenador de último modelo con un par de tiras de beicon y huevos. Desayunaba tarde, mientras releía lo que había escrito el día anterior, y luego revisaba sus correos electrónicos. A eso de la una y media, estaba listo para ponerse a trabajar.

No era más que su tercera novela. A Drew todavía le emocionaba martillear las palabras y verlas en la pantalla, deteniéndose un instante para determinar la dirección de los párrafos siguientes antes de seguir tecleando pesadamente, como alguien que de niño hubiera aprendido a tocar el piano a regañadientes. No era su estilo la lenta configuración de una frase, ni contar las palabras al final de cada párrafo. Drew no solía ponerse como meta algo tan mecánico como un número de palabras al día. Simplemente escribía y escribía hasta que se le agotaba la energía, lo que generalmente sucedía sobre las cinco. Extrañamente, solía advertir que había escrito cuatro mil palabras, más o menos. Al principio supuso que sería una casualidad, pero luego comprendió que cuatro mil palabras aproximadamente era el límite que su cerebro podía permitirse en un día sin que bajara la calidad de lo

escrito.

Pero también era una excusa tan buena como cualquier otra para dejar de trabajar. Apagaba el ordenador, se quitaba la bata y se ponía el chándal. El gimnasio estaba a dos manzanas de su piso georgiano de cuatro habitaciones, situado al borde del Barrio Nuevo, y él disfrutaba paseando por las calles, que se oscurecían mientras el aire frío convertido en vaho le salía por la nariz. El Maricón Dragón Mágico, pensaba con ironía mientras salía de la calle Broughton y subía las escaleras del gimnasio.

A Drew le encantaba el gimnasio. Hacía un circuito que duraba exactamente una hora. Quince minutos en la máquina Nordic Track que imita un esquí, media hora en las máquinas de levantamiento de pesas Nautilus, haciendo trabajar los distintos grupos de músculos; diez minutos con la mancuerna y luego cinco en la bicicleta estática. La mezcla perfecta de ejercicios aeróbicos y de fuerza, justo el peso y las repeticiones necesarias para mantenerlo robusto sin convertirlo en un Stallone.

Pero lo que le gustaba a Drew del gimnasio no era sólo la sensación agradable de sentir cómo su cuerpo de treinta y un años respondía a la rutina. También era la oportunidad que le daba de observar a los otros hombres que estaban allí. Daba igual si eran heterosexuales o gays. No iba al gimnasio para ligar, aunque había tenido suerte en un par de ocasiones. Simplemente le gustaba tener la oportunidad de mirar

sus cuerpos mientras se esforzaban hasta el límite, de admirar los culos duros, un par de muslos tensos, unos hombros bien definidos. Le ponía en su punto para lo que el resto de la noche le pudiera reservar.

Después de hacer sus ejercicios, Drew se relajaba en la sauna del gimnasio. De nuevo, no era un lugar en que se ofrecía sexo, pero no estaba mal echar un vistazo a los atractivos miembros, mirando de reojo a un compañero bien dotado. A veces las miradas eran recíprocas, y ellos esperaban hasta dejar sudado el banco de pino y quedaban para tomar algo después, en uno de los bares gays cercanos.

Ésa era otra cosa de la que no tenía que preocuparse en aquellos días. Cuando aún daba clases, recelaba mucho a la hora de responder a cualquier intento de ligar que ocurriera en un sitio que no fuera un establecimiento gay garantizado. Incluso entonces, siempre inspeccionaba los bares con el máximo cuidado antes de quedarse en ellos por la noche. Puede que estuviera bien que los ministros del gobierno se declararan homosexuales abierta y orgullosamente, pero, para un maestro de Edimburgo, ser un gay reconocido era la forma más rápida de ir a parar a la cola del paro. Ahora, podía mirar a los ojos de cualquiera y en cualquier lugar. El riesgo más grande que corría era el de recibir una hostia en la cara, pero eso todavía no le había sucedido. Drew se enorgullecía de tener un instinto que le permitía saber con quién era seguro intentar ligar; suponía que era parte de la

sensibilidad que hacía de él un escritor tan fantástico.

Sonreía para sus adentros mientras se vestía. El chico que había visto en la máquina de remos era nuevo en el gimnasio o, al menos, nuevo en aquel horario; pero lo había visto antes en el bar Barbary Coast, a la vuelta de la esquina. El Barbary era uno de los bares gays más nuevos de la ciudad y era el lugar preferido de Drew en Edimburgo. Al fondo del bar, había una pequeña puerta vigilada por un par de hombres musculosos y vestidos de cuero. Si te conocían de vista, simplemente se apartaban. De lo contrario, te preguntaban qué querías. Si sabían que buscabas el cuarto oscuro, te permitían pasar. Si no, sugerían de manera educada que era mejor que te quedaras en el bar principal. Drew les conocía a ambos por sus nombres.

Drew había visto al tío de la máquina de remos mirándolo a través de uno de los espejos de cuerpo entero que revestían las paredes del gimnasio. Suponía que, si entraba en el Barbary transcurrida una hora, podría encontrarlo apoyado en la barra. Y si sabía lo de la habitación de arriba, eso le vendría muy bien a Drew para pasar la noche.

Dios, le encantaba el cuarto oscuro. Tenía una sensación de que cualquier cosa podría pasar y, según su experiencia, pasaba. Varias veces. Las personas que se habían quejado de la violencia tan vívidamente descrita y detallada en *El imitador* sufrirían un ataque cardiaco si supieran una cuarta parte de lo que los hombres se hacían unos a otros al amparo de las

sombras, en una habitación de la planta superior, a poca distancia del refinado Heart of Midlothian. Apostaría a que también eso podría estremecer hasta el corazón de unos cuantos asesinos en serie.

De nuevo en su piso, se vistió a su aire. Unos estrechos tejanos negros que le marcaban el paquete y una camisa blanca de manga corta, serigrafiada con la portada de su libro. Un aro de oro en la oreja, un cinturón de piel y un par de botas de motorista de suela gruesa. Buscó su vieja chupa de cuero, metió los brazos en las mangas y se admiró en un alto espejo que se podía inclinar. No estaba nada mal. Un peinado de puta madre, pensó, pasándose los dedos por el pelo oscuro y corto que, según pensaba, le daba una apariencia peligrosa y sexy. Aquel tío nuevo del salón valía la pena.

Drew abrió el cajón de la mesita de noche y sacó una pequeña caja plateada de rapé, una minúscula cuchara de plata, una pajita y una tarjeta de crédito caducada. Abrió la tapa de la caja y se sirvió una ración generosa del polvo blanco. Utilizando su tarjeta de crédito, dividió la cocaína en un par de rayas gruesas. Se metió la pajita en la ventana izquierda de la nariz, cerró la derecha con un dedo y esnifó las líneas como un experto. Echó la cabeza hacia atrás y aspiró un par de veces, gozando de la ausencia de sensación que se extendía por el velo del paladar. Repitió el proceso con la ventana derecha, luego se quedó quieto un momento, disfrutando del colocón inicial mientras la coca llegaba al torrente sanguíneo. Era buena; estaría notando su

efecto durante mucho tiempo. Y si le hacía falta más, sabía que siempre podría encontrar en el pub. Quizá no sería de la misma calidad que la que tenía en su casa, pero serviría de sobra.

Finalmente, cerró con un chasquido la pulsera de acero de su Tag Heuer alrededor de la muñeca. Lo hizo con cuidado, para no pellizcarse el oscuro vello con el cierre. Estaba preparado para pasar el mejor rato de su vida.

No podía saber que sería el último.

CAPÍTULO 9

Fiona abrió las contraventanas y miró hacia la ciudad, que aparecía bajo el brillo plateado de la luna naciente. A su izquierda, podía identificar la grandeza de San Juan de los Reyes, iluminada con focos, donde habían dejado el cadáver de James Palango colgando de los grillos. Desde esa distancia, la iglesia parecía demasiado inofensiva para semejante exhibición. Definitivamente, cuando la había visitado por la tarde, le había parecido un lugar poco indicado para un crimen tan degradante. Unos cuantos turistas habían pasado andando, leyendo sus guías de viaje, sacando fotos, y sin prestarle ninguna atención a ella ni a Berrocal. Fiona tuvo que acordarse de que aquella

iglesia había sido construida por los dos monarcas que presidieron la puesta en marcha de la Inquisición. Con toda probabilidad, San Juan de los Reyes había visto cosas mucho peores que aquel último cadáver.

La visita a la iglesia no aportó nada a lo que ya sabía, pero permitió a Berrocal repasar los detalles de la escena del crimen y fumarse tres de sus cigarros execrables. Después, anduvieron por la ciudad hasta la jefatura de la policía, donde el comisario había establecido su base.

—Es más fácil que conducir —señaló—. ¿Qué necesita hacer usted ahora? —le preguntó cuando echaron a andar.

—Necesito familiarizarme con todos los detalles de los casos. Así podré confeccionar una lista completa de las correspondencias claves que haya entre ellos. No tiene sentido intentar establecer un perfil geográfico con sólo dos casos. No hay suficiente información; en particular, porque estos dos sitios han sido elegidos por su significado histórico. Pero puedo sugerirle dónde debe usted mirar, en sus archivos, si queremos descubrir los crímenes que el asesino probablemente ha cometido en el pasado —explicó Fiona.

—Eso es fácil de arreglar. Todo el material relevante está en nuestro centro de coordinación. He reservado un escritorio para usted allí.

Sacó su móvil y marcó un número. Habló a trompicones, en un breve diálogo durante el cual dijo muy poco. Terminó su llamada con una hermética

sonrisa:

—Los expedientes le estarán esperando.

—Gracias. Lo que probablemente haré es leerlo todo, tomar algunas notas y luego regresar a mi hotel. Me gusta meditar un poco antes de escribir mi informe preliminar, pero lo tendré preparado para usted a primera hora de la mañana.

No había nada de alta tecnología en el centro de coordinación que Salvador Berrocal había dispuesto. Era una habitación lúgubre sin ventanas, al final de un corredor asfixiante; las paredes estaban mugrientas y llenas de manchas, en las cuales Fiona no quería pensar demasiado. Olía a humo de cigarros, café rancio y sudor masculino. Habían embutido cuatro mesas, y sólo una de ellas tenía una terminal de ordenador. Un par de mapas de la ciudad y sus alrededores a gran escala colgaban de las paredes sujetos con chinchetas, y también había un panel con algo a lo que ya estaba acostumbrada: el tablero repleto de fotografías de las víctimas y varias anotaciones garabateadas. En dos de las mesas había detectives que parecían preocupados y hablaban por teléfono, y apenas alzaron la vista cuando Berrocal la hizo entrar.

El comisario señaló el escritorio más lejano, donde se acumulaban dos montones de expedientes, apilados con precariedad.

—Pensé que podría trabajar ahí —dijo—. Lamento

no poderle ofrecer un lugar más cómodo, pero éste era el único sitio disponible. Por lo menos el café es pasable —agregó con una sonrisa sardónica.

Menos mal que había un enchufe cerca, pensó Fiona mientras se incrustaba en el pequeño espacio vacío entre la silla y el escritorio.

—¿Son los expedientes de los asesinatos? —preguntó.

Berrocal asintió con la cabeza.

—Listos para usted.

Tardó unas cuantas horas en leer decenas de informes individuales, lo que la obligó a consultar su diccionario de español, e incluso, en un par de ocasiones, tuvo que admitir su derrota y pedir a Berrocal que le tradujera ciertos pasajes que la confundían. Había tomado apuntes a medida que avanzaba, trabajando con la base de datos desarrollada por ella y por uno de sus estudiantes de doctorado, un programa que designaba probabilidades para los rasgos particulares de los dos asesinatos. Luego el programa analizó qué rasgos comunes eran significativos a la hora de atribuir los crímenes a un asesino en particular. Por ejemplo, la mayoría de los asesinatos extraños tenían lugar después de anochecer; por lo tanto, que dos crímenes de una serie sucedieran durante la noche no tenía mucha importancia para vincularlos. Pero era relativamente raro cometer la violación sexual de un cadáver con una botella rota, de modo que el programa dio una importancia mucho mayor al hecho de que estos

dos crímenes mostraran ese rasgo particular.

La mayoría de los datos originales provenían del FBI, agencia que había sido muy generosa con los detalles de los casos, una vez que se dieron cuenta de que a ella no le importaba que le quitaran a la información datos personales, como los nombres de las víctimas y de los asesinos. Fiona advirtió que, al igual que la mayoría de los análisis estadísticos generados por los psicólogos, su base de datos era quizá sólo una fotografía a medias de todo el conjunto, pero le aportaba ciertas percepciones valiosas sobre la naturaleza de los crímenes con los cuales trabajaba. Y, lo que quizás era más importante, le permitía decir con algún grado de certeza si los crímenes individuales formaban parte de una serie o si había probabilidades de que fueran obra de varios homicidas.

Al finalizar el trabajo de una tarde, ella había demostrado empíricamente lo que la policía ya había deducido a partir del sentido común y la experiencia: los dos asesinatos sin duda eran obra del mismo hombre. Si ése hubiera sido el único servicio prestado, no habría tenido mucho sentido hacer el viaje. Pero estaba convencida de que, analizando los datos con los que contaba, podría guiar a la policía en la dirección de otros crímenes que el asesino hubiera podido cometer. Con el acceso a esta información, quizá por fin podría construir un perfil geográfico útil.

Lo que necesitaba ahora era salir de la comisaría y dejar que su mente digiriera libremente los datos

valiosos que había extraído de los expedientes.

Al regresar a la habitación, encontró una nota de Kit en el escritorio. «He bajado al bar. Cuando llegues, ven a buscarme y cenaremos.» Sonrió y se asomó a la ventana para contemplar el paisaje. Era extraño pensar que la belleza desplegada ante ella escondía todo el registro habitual de la fealdad humana. Allí, en algún sitio de aquel laberinto de edificios, probablemente había un asesino dispuesto a actuar, sin que nadie sospechara de él. Fiona confiaba en poder indicarle a la policía la dirección correcta, para que lo pudieran encontrar a tiempo.

Pero eso era para más tarde. Le dio la espalda a la ventana y se quitó la ropa, arrugando la nariz al sentir el olor de humo que permanecía en las prendas. Una ducha rápida, y luego se puso los tejanos y una camisa de seda.

Fiona encontró a Kit en una mesa situada en la esquina del bar, trabajando en su ordenador portátil, con una copa de vino tinto y un plato de aceitunas al alcance de la mano. Le pasó un brazo por el hombro y le besó en la cabeza.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó, ocupando la silla de cuero que estaba frente a él.

Alzó la vista, asombrado.

—Hola. Sólo déjame grabar esto. —Terminó con lo que estaba haciendo y apagó el ordenador. Después de cerrarlo, le sonrió—. ¿Te han dado la noche libre?

—Casi. Tengo que escribir un informe más tarde,

pero será corto. No me llevará mucho tiempo. Estoy dejando que cuaje antes de ponerlo por escrito.

Apareció un camarero y Fiona pidió una manzanilla fría.

—¿Y qué has hecho tú?

Kit parecía un poco avergonzado.

—Fui a dar un paseo esta tarde. Sólo para impregnarme del ambiente, ¿sabes? Este lugar está lleno de historia. Prácticamente lo puedes oler en el aire. Al doblar cada esquina, hay algo que ver, algo que imaginar. Y bueno, empecé a pensar en la Inquisición, en cómo debía de ser esto en aquel entonces.

Fiona gruñó.

—No me digas. Toledo te ha dado una idea para un libro.

Kit sonrió:

—Ha puesto en marcha la maquinaria.

—¿Era eso lo que estabas haciendo en el portátil?

Negó con la cabeza:

—No, es demasiado pronto para escribir nada. Sólo pulía un poco lo que he estado escribiendo esta última semana. Repasando, ajustando, la parte aburrida del trabajo. ¿Y tú?¿Y a ti cómo te ha ido el día?

El camarero llevó el vaso de manzanilla y Fiona bebió:

—Ha sido un día rutinario. Revisando expedientes según los números. Berrocal está muy organizado. Conoce todos los detalles. No tienes que explicarle las cosas dos veces.

—Eso debería de facilitarte la vida un poco.

—Es verdad. El problema es que no hay mucho que hacer. Normalmente, un asesino elige un lugar para dejar el cadáver por motivos que le son muy personales. Pero como esos lugares donde los ha dejado tienen significados particularmente históricos, se complican las cosas. No estoy segura que pueda hacer un perfil geográfico.

Kit se encogió de hombros:

—Tú sólo puedes hacer tu trabajo lo mejor posible. Definitivamente, en esta ciudad, gustan las cosas horribles. Tienen ese pequeño tren que te lleva por la ciudad y alrededor de la circunvalación, al otro lado del río, y las explicaciones que te dan son totalmente extrañas. Las dan en español y en alemán y en una especie de inglés fragmentario, y te cuentan el pasado sangriento de la ciudad. Incluso tienen ese lugar llamado el desfiladero de la Mujer Degollada. ¿Te lo puedes creer?

Fiona estaba sorprendida:

—¿Te cuentan eso en una excursión turística?

Asintió con la cabeza:

—Lo sé, no es algo como para estar orgulloso, ¿verdad?

—Allí es donde dejaron el cadáver de una de las víctimas asesinadas —dijo Fiona lentamente—. Trabajaba con la idea de que sólo los lugareños conocerían ese lugar.

—Pues hasta yo te puedo contar cosas sobre él —dijo

Kit—. Esa mujer se tiró a uno de los guardias y permitió que el enemigo atacara la ciudad, de modo que la degollaron para asegurarse de que no volviera a hacerlo.

—¿Bajaste hasta San Juan de los Reyes? ¿La gran iglesia gótica?

—Pasé por allí. Mañana pienso visitarla.

—¿Viste las cadenas de la fachada?

—Es difícil no verlas. Según el libro turístico, Isabel y Fernando hicieron que las colgaran allí después de la reconquista de Granada. Los moros las usaban para esposar a los prisioneros cristianos. Y si eso es un reflejo de las nociones de Isabel sobre decoración, tengo unas ganas locas de entrar. Que se muera de envidia *Home Front* —añadió con una sonrisa irónica—. ¿Por qué lo preguntas?

—Es allí donde encontraron el segundo cadáver. Tú sólo llevas medio día aquí, y ya conoces la historia que está detrás de los dos lugares donde dejaron los cadáveres. Eso me llena de dudas.

Kit le dio unas palmadas en la mano y adoptó una expresión de condescendencia falsa.

—No te acongojes, mi amor, no siempre puedes tener la razón. Déjame eso a mí.

Fiona soltó una carcajada.

—Me alegra tanto poder contar contigo. Ahora, ¿vamos a comer, o qué?

Fiona bebía una copa de coñac y meditaba sobre las

vagas ideas que había concebido. En el fondo, el sonido de los dedos de Kit tecleando en el portátil era ligeramente tranquilizador. Incluso el zumbido de mosquito de su inseparable *walkman* era reconfortante. Nunca interfería cuando ella tenía trabajo, algo por lo cual le estaba eternamente agradecida. Había escuchado a demasiadas amigas suyas quejándose de que, si su hombre no trabajaba, ellas tampoco podían hacerlo. Kit siempre estaba contento con su propio trabajo o escribiendo un libro o yendo a un bar y haciendo nuevas amistades.

«Estoy convencida de que el interés principal del malhechor no es la satisfacción sexual —leyó ella—. Sin embargo, la naturaleza de las mutilaciones sexuales que ha realizado post mórtem son significativas. Creo que es una manera de demostrar su desdén por lo que él ve como la "debilidad" de sus víctimas, lo cual me lleva a postular que el método de contactar con ellas era a través de la atracción física o sexual. En el sentido más vulgar, eso sugeriría que ligó con ellas, posiblemente en una ocasión anterior, y quedó citado la noche de los asesinatos. Podría haber puesto el cebo sugiriendo que sus conocimientos les servirían a las víctimas en sus vidas profesionales. Está claro que él no parece suponer ninguna amenaza para aquellos que ha seleccionado. Conoce el lugar donde se encuentran las víctimas potenciales. Esto implica un conocimiento considerable de la ciudad y sugiere que es toledano.

»Estos asesinatos no responden a una ira sexual

producida por la incapacidad para realizar el acto o por sobreexcitación, sino que, por el contrario, se deben a otro motivo totalmente distinto.»

Hasta aquí todo está bien, pensó. No creía que hubiera mucho que discutir hasta ese punto. «Estos crímenes demuestran un nivel relativamente alto de complejidad y planificación. Es, por tanto, poco probable que el homicida sea un recién llegado al mundo de la actividad criminal. Se siente demasiado cómodo con lo que está haciendo. Pero, si aceptamos que la motivación que subyace tras estos asesinatos no es principalmente sexual, se sobrentiende que es poco probable que sus crímenes anteriores hayan sido de naturaleza sexual.

»Dado que ambos escenarios del crimen son lugares turísticos significativos, y teniendo en cuenta que ambas víctimas eran extranjeras, yo creo que la clave de los motivos del asesino es la opinión que tiene de quienes visitan su ciudad. Él no los ve como un beneficio, sino como intrusos indeseados. Lo más probable es que sus crímenes anteriores hayan tenido como blancos a turistas o empresas relacionadas con la industria turística. Seguramente empezó con actos vandálicos contra hoteles o negocios que atendían a los turistas, como las tiendas de recuerdos. Esto podría haberse incrementado hasta convertirse en ataques a las propias personas, como atracos, etcétera.»

Fiona se recostó en la silla y meditó. Lo que ella sugería no era en absoluto un perfil convencional de un

asesino en serie, pero le había sorprendido desde el principio la naturaleza poco habitual de los lugares donde se perpetraron los crímenes. La mayoría de los asesinos dejaban sus cadáveres donde los habían matado o escogían cuidadosamente un lugar que era significativo solamente porque había pocas posibilidades de que alguien les viera mientras abandonaban el cadáver. Aquel asesino había corrido un alto riesgo con su segunda víctima, de modo que los sitios claramente le resultaban simbólicos a un nivel profundo. Por una vez, los lugares donde se habían encontrado los cuerpos parecían ser al menos tan importantes como la selección de las víctimas. No sólo simbolizaban la violencia, también tendrían un significado para el visitante de la ciudad, como había demostrado la experiencia de Kit.

Ella estaba contenta con los progresos que había hecho. Ahora le tocaba a Salvador Berrocal convencer a la policía local para que le facilitaran los datos que necesitaba sobre los crímenes contra la propiedad y las personas relacionados con el turismo. Armada con esa información, Fiona podría aplicar sus teorías de relación entre crímenes y así deduciría cuáles tenían autores comunes.

Una vez que hubiera establecido qué actos, en vez de ser hechos aislados, formaban parte de una serie, trazaría el mapa de los lugares relevantes en un plano de la ciudad escaneado en su ordenador. Los poderosos programas de perfiles geográficos cargados en su

portátil aplicarían una compleja serie de algoritmos a los puntos del mapa. Luego trazaría las áreas probables donde el autor de esos crímenes pudiera trabajar o vivir. Fiona podría añadir las escenas de los asesinatos y, si no distorsionaban significativamente las áreas que el ordenador había sugerido, quizá podría indicarle a Berrocal la zona de la ciudad donde vivía el asesino.

Hacía diez años —reflexionó Fiona—, le habrían echado de la tribuna entre risas si se hubiera atrevido a sugerir que una combinación de perfiles psicológicos, enlaces entre crímenes y perfiles geográficos podría conducir a la captura de un asesino. Por aquel entonces, no había programas informáticos con suficiente poder como para hacer los cálculos a un ritmo adecuado, aun cuando alguien hubiera considerado que valía la pena investigar en ese campo. El mundo de la investigación criminal había cambiado más rápidamente de lo que cualquiera pudiera imaginar. Por fin, la tecnología sobrepasaba la capacidad de los criminales de mantenerse un paso por delante de ella. Fiona tenía la suerte de formar parte de la revolución.

Y por la mañana, podría poner a prueba su capacidad una vez más. Trabajar con la policía para atrapar a asesinos era lo más emocionante que había hecho jamás. Pero nunca perdía de vista el hecho de que trataba con vidas reales. No sólo con una serie de sucesos matemáticos y cálculos de ordenador. Si lo que ella hacía no podía salvar vidas, al final carecería de sentido. Y, por tanto, cada caso en que se implicaba se

transformaba en un reto profesional. Era nada menos que una medida de sí misma.

CAPÍTULO 10

Fiona entró en el despacho lleno de humo justo después de las once. Berrocal y sus dos detectives estaban totalmente inmersos en conversaciones telefónicas, y apenas alzaron la vista cuando llegó. Había enviado su informe a Berrocal por fax a eso de las ocho, sabiendo que necesitaría tiempo para reunir el material que ella requería. Había utilizado las tres horas restantes para desayunar tranquilamente en la cama con Kit y luego acompañarlo a ver El Greco definitivo, *El entierro del conde de Orgaz,* exhibido en un anexo de la iglesia de Santo Tomé. Era una manera mejor de comenzar el día que leer expedientes policiales.

Los montones de expedientes acumulados en su escritorio parecían iguales a los del día anterior. Esperó a que Berrocal colgara, y luego habló.

—Hola. ¿Aún no han llegado los informes sobre los actos vandálicos y los atracos?

Berrocal asintió con la cabeza.

—Allí, en su escritorio. Los casos sin resolver están a la izquierda; los que han sido resueltos, a la derecha. Esos corresponden a los últimos doce meses.

—¡Qué rápido!

Él se encogió de hombros y dijo:

—Sabían que yo estaría encima de ellos hasta que me entregaran lo que usted había pedido. Les gusta la vida tranquila. ¿Hay alguien que le puede ayudar con esto, o es algo que tendrá que hacer usted sola?

—Desgraciadamente, necesito analizar los datos yo sola —le dijo Fiona—. ¿Y qué tal el mapa de la ciudad?

Berrocal alzó un dedo, amonestándose a sí mismo.

—Los tengo aquí —dijo volviéndose hacia el único escritorio que quedaba libre. Buscó en el cajón superior, de donde sacó un pequeño mapa turístico y un plano de calles más grande y detallado—. No sabía cuál sería mejor para sus necesidades —agregó mientras se los daba.

—¿Tendrán un escáner por aquí? —preguntó Fiona sin muchas esperanzas.

Berrocal se encogió de hombros.

—Tiene que haber uno en algún lugar.

—Necesito un escaneado del mapa en detalle y que lo graben como archivo GIF —dijo, abriendo la bolsa del portátil y sacando una memoria USB—. Si puede pedir que lo pongan en la memoria, lo transferiré a mi sistema.

Berrocal asintió con la cabeza, mirando al detective más cercano. Dijo algo de modo brusco, en un español rápido. El detective colgó el teléfono y lanzó una mirada confusa a su jefe. Berrocal le entregó el mapa y la memoria y de un tirón soltó varias frases claras y cortas.

El detective le dirigió una sonrisa radiante a Fiona y desapareció por la puerta. Evidentemente, incluso ser recadero de una asesora inglesa era preferible a estar allí encajonado.

—Y café con leche para dos —añadió Berrocal con una sonrisa malvada, dirigiéndose al hombre que se alejaba.

—Gracias —dijo Fiona, buscando el primer expediente.

Tenía que confeccionar una lista de factores significativos: hora y fecha del delito, qué clase de acto vandálico había tenido lugar y decenas de otros datos particulares. Luego introduciría minuciosamente los datos. Donde había un delincuente conocido, también tenía que introducir toda la información relevante sobre sus antecedentes y fechorías anteriores. Debía leer cuarenta y siete expedientes, y el hecho de que todo estuviera en español ralentizaba el proceso aún más. Sería un día largo, interrumpido por tazas de cafés, y cajas de cartón con meriendas, cuyos contenidos ella no podría describir detalladamente cinco minutos después de comerlos, tan intensa era su concentración.

Finalmente, se echó hacia atrás en la silla y esperó mientras el ordenador clasificaba los datos y ofrecía los resulta, dos de sus cálculos. De manera poco sorprendente, la mayoría de los incidentes salían como sucesos discretos. Pero entre ellos, había tres grupos de informes delictivos, cada uno de los cuales parecía tener una gran probabilidad de haber sido cometido por el

mismo delincuente. El primero era una serie de ataques a tiendas de recuerdos. En todos los casos, los delitos habían sucedido entre las dos y las tres de la madrugada, en días laborables. Los primeros tres consistían en tirar pintura contra los escaparates. Pero luego se produjo un incremento. Hubo otros cuatro ataques consistentes en rotura de cristales de los escaparates y arrojar pintura sobre la mercancía que había dentro de las tiendas. Todas las fechorías provenían del montón de expedientes sin resolver.

La segunda serie tenía como rasgo destacado unas pintadas en las paredes de restaurantes y hoteles. Pero aquí, los lemas eran políticos: arrebatos de la extrema derecha diciendo que España era para los españoles y que había que desterrar a los inmigrantes. Fiona los descartó enseguida por no ser obra de su asesino.

Una tercera serie salió del montón de expedientes sin resolver. En los últimos cuatro meses, tres turistas habían sido atacados, de regreso a sus hoteles, de madrugada. Berrocal ya le había dicho que Toledo era, según las normas españolas, una ciudad en que la gente se iba a dormir temprano; la mayoría de los cafés y restaurantes cerraban antes de las once. Pero había unos cuantos bares nocturnos, y todas las víctimas habían estado en alguno de ellos. Habían regresado solos y a pie hasta sus hoteles, cuando un hombre enmascarado salió de un callejón y les agredió. No había habido ninguna exigencia de dinero; sólo un atraco silencioso y salvaje que duró unos minutos, antes de que

el agresor se diera a la fuga corriendo por el laberinto de pasajes estrechos.

Fiona soltó un suspiro de satisfacción. Cuando la relación entre crímenes funcionaba bien, era como si un pequeño milagro se desplegara ante ella. Ahora podía introducir las localizaciones de las dos series significativas en su programa de creación de perfiles geográficos y ver qué salía.

Kit vio a Fiona subir la colina desde Santo Tomé, admirando sus pasos ligeros y la manera en que el corte de los pantalones le marcaba las suaves curvas de las caderas. «Soy un cabrón con suerte», se felicitó, gozando brevemente del recuerdo de esa mañana relajada en la cama. Aunque a veces le daba dolor de cabeza la necesidad perpetua de Fiona de analizarlo y diseccionarlo todo y a todos los que se cruzaban en su camino, no la habría cambiado por ninguna de las mujeres que había conocido. Una de las cosas que le encantaban de ella era su entrega al trabajo. Pero, ni siquiera cuando estaba absorta en un caso, perdía de vista la importancia de su relación.

Aquella mañana, por ejemplo. Ella hubiera podido jugar la carta de «soy indispensable» e ir directamente a la comisaría. Pero le había asegurado que todavía no tenía nada que meditar y se había tomado el tiempo para compartir algo que sabía que él quería hacer. Él intentaba conseguir lo mismo, pero no tenía su don.

Cuando él corría a toda prisa hacia el final de un libro, no podía pensar en nada que no fuera el trozo de texto que tenía en la pantalla. En aquellos momentos, la única manera en que podía demostrarle su amor era cocinándole algo y tomándose tiempo para sentarse con ella y comer juntos. No era mucho, pero algo mejor que nada.

Pasó el resto del día como un turista, y regresó al hotel justo después de las seis, llevando a la habitación una botella de vino tinto que había comprado en el bar. No tenía ni idea de cuánto tardaría Fiona, pero no sería ningún problema. Encendió la tele en el canal de MTV Europe, se sirvió una copa de vino, encendió el ordenador y miró sus correos. El único mensaje significativo era de su agente, confirmando un contrato con los productores de cine independiente que querían adaptar su novela para la televisión. Personalmente, él creía que *El hombre de las disecciones* no se podía llevar a la pantalla, pero si estaban dispuestos a pagarle grandes cantidades de dinero para descubrirlo ellos mismos, no iba a quejarse.

Lo que no quiere decir que le importara mucho el dinero. Tanto su madre como su padre eran profesores y él y su hermano se habían criado en un entorno donde el dinero no era un problema. Siempre había habido bastante y él nunca tuvo conciencia de verse privado de nada porque sus padres no pudieran pagarlo. No había recibido un gran anticipo por su primera y segunda novelas, y suponía que nadie se había quedado tan

sorprendido como su editorial cuando *El pintor de la sangre* se convirtió en una obra de culto de la noche a la mañana y luego dio el salto hasta el éxito comercial. Como resultado, adivinaba que había ganado más dinero en los últimos dos años que sus padres en los diez últimos.

Y no sabía qué hacer con tanto. Una parte importante la había dedicado a la compra de la casa, pero, aparte de aquello, él y Fiona no tenían muchos afanes materiales. No le importaba la ropa de diseño, no tenía ningún interés por los coches deportivos y seguía prefiriendo ese tipo de vacaciones que consiste en volar a algún sitio, alquilar un coche y quedarse en moteles baratos o pensiones. Probablemente en lo que más gastaba era en música, pero incluso en esa materia economizaba un poco, esperando ir a Estados Unidos o Canadá en una gira, para la presentación de algún libro, y sólo entonces se permitía comprar enloquecidamente los compactos a los precios más bajos.

El único lujo real que habría deseado era un refugio donde pudiera escapar para escribir cuando el libro pasaba por ese período intermedio que resultaba tan difícil. Los principios siempre eran fáciles, pero cuando había escrito las primeras cien páginas, llegaba la depresión a medida que se daba cuenta de que ya quedaba muy lejos de sus aspiraciones. En esta fase, cada interrupción suponía una tortura. Fiona era casi la única persona que no le irritaba, porque ella sabía cuándo tenía que dejarlo en paz.

Fue Fiona quien le sugirió que comprara una casita lejos de la civilización adonde pudiera ir y trabajar sin distracciones todo el tiempo que tardara en superar la cumbre de la insatisfacción. Normalmente, la fase peor duraba unas seis semanas o unas ciento cincuenta páginas, y Fiona le había informado de que preferiría privarse de su compañía si eso contribuía a devolverle su alegría habitual.

De modo que había comprado la cabaña. Nunca dejaba de sorprenderle que cualquier rincón de la isla principal de Gran Bretaña pudiera resultar tan aislado. Desde la casita de dos habitaciones, no se podía ver ningún otro asentamiento humano en ninguna dirección. Para llegar, tenía que volar hasta Inverness, recoger el viejo Land Rover que tenía en un garaje, abastecerse de víveres y luego conducir otras dos horas hasta el extremo este del vasto páramo de Sutherland. La luz eléctrica provenía de un generador diesel; el agua, de una fuente cercana; el calor, de una estufa de leña que también calentaba suficiente agua para llenar la mitad de la bañera. Gracias a la insistencia de Fiona, había invertido en un teléfono por satélite, pero sólo lo había usado para acceder a Internet y poder recibir el correo electrónico.

Pocas personas podrían soportar semejante aislamiento. Pero para Kit era un salvavidas. Con el único esparcimiento de la excursión ocasional para ir a cazar conejos destinados a la olla, invariablemente descubría que superaba las partes más difíciles de sus

libros en mucho menos tiempo de lo que tardaba en Londres. Y, como resultado, la calidad de su obra había mejorado. Lo sabía, y también lo sabían sus lectores.

Y no se podía negar que esa ausencia enriquecía su relación con Fiona. Aunque mantenían contacto diario a través de los correos electrónicos —intercambios que a menudo habrían sido calificados de pornográficos en otro contexto— sus encuentros tenían todo el ardor de los primeros días de la relación, cuando el contacto físico no era mucho y no había ninguna exigencia demasiado extravagante. Sólo pensar en ello le excitaba. ¿Quién iba a imaginar que, detrás del exterior frío de Fiona, había una mujer sensual que había convertido al hombre duro de las novelas policíacas británicas en un romántico?

Ella siempre se mostraba más apasionada cuando le obligaban a enfrentarse con una muerte violenta. Era como si tuviera que reafirmar su relación con la vida y su propia vitalidad para así desafiar al asesino.

Mentalmente, se estremeció. Sentir ganas de que regresara Fiona era la manera más segura de distraerse del trabajo. Decidió hacer una de las revisiones periódicas para asegurarse de que todo en el libro fluyera sin problemas. Tecleó la orden para imprimir las últimas sesenta páginas, cambió de canal en la tele y pasó a la BBC World para ver los titulares del informativo.

El telediario de la tarde ya había empezado. El entrevistador terminaba lo que parecía ser una

información profundamente aburrida acerca del euro, cortesía de un ministro de Hacienda. La voz del presentador de repente sonó con urgencia. «Y una noticia de última hora. La policía de Edimburgo ha identificado a la víctima de un brutal asesinato que tuvo lugar en el corazón de la capital escocesa en la madrugada de hoy: se trata del escritor de novelas de suspense más vendidas internacionalmente, Drew Shand.»

La frente de Kit se arrugó mientras hacía una mueca de incredulidad. «Estamos en contacto con nuestro corresponsal en Edimburgo, James Donnelly», continuó el presentador.

Un hombre joven con la cara muy seria estaba ante un edificio de piedra gris. «El cuerpo mutilado de Drew Shand fue descubierto por un agente de policía durante una patrulla rutinaria de la Royal Mile, poco después de las tres de esta madrugada. La policía ha acordonado la zona que está detrás de la catedral de Saint Giles, un área donde continúa la actividad policial. En una rueda de prensa que tuvo lugar esta tarde, el detective Sandy Galloway reveló que la víctima había sido degollada y que cara y cuerpo habían sido mutilados con un cuchillo. Pidió que cualquiera que estuviera en la zona entre las doce y las tres de la madrugada colaborara con la investigación.

»En los últimos minutos, se ha sabido que la víctima es el laureado escritor de novelas de misterio Drew Shand. Shand, de treinta y un años, fue elogiado como

una de las nuevas estrellas de la ficción policial británica cuando su primera novela, *El imitador*, lo catapultó a la cabeza de la lista de libros más vendidos en ambos lados del Atlántico y ganó el Dagger Memorial John Creasey y el premio Mcvitie. La adaptación televisiva de *El imitador* también ganó varios premios importantes y ha sido ampliamente difundida en el extranjero.

»El que fuera profesor de inglés, Shand, vivía solo en la zona del Barrio Nuevo de la ciudad. Su segunda novela, *La hora más oscura,* se publicará el mes que viene. Shand, que era abiertamente homosexual, solía frecuentar varios bares gays de Edimburgo, al menos uno que, según se cree, satisface a las personas cuyos gustos tienden hacia las prácticas sadomasoquistas. En este momento, la policía se niega a sugerir cualquier posible móvil del asesinato.»

«Es lo jodidamente típico; echarle la culpa a la víctima» gruñó Kit, depositando la copa en la mesa con tanta fuerza que rompió el pie y un chorro de vino tinto cayó en el suelo de mármol. Sin dar importancia al accidente, tomó un sorbo directamente de la botella. Apenas pudo captar el sabor. «Drew Shand», musitó, llevándose la botella otra vez a la boca. Negó con la cabeza, incrédulo. «Pobre cabrón.» De repente, se acordó de que habían participado juntos en la Feria del Libro de Edimburgo del año anterior, la única oportunidad que había tenido de aparecer junto a la estrella en ascenso. Se acordaba de cómo Drew se inclinaba hacia delante, apoyando los codos en las

rodillas y abriendo las manos, con la cara muy seria, mientras se afanaba en subrayar la idea de que la violencia en *El imitador* siempre había sido funcional, nunca gratuita. El público se había dejado seducir, recordaba Kit, aunque él tenía sus dudas. Y después, sentados fuera del Spiegeltent, bebiendo Becks directamente de la botella, ambos habían entablado una conversación, enlazando la seriedad con el humor negro, tan apreciado por los agentes de policía como por los escritores de novelas policíacas. La imagen vívida de Drew echando la atractiva cabeza hacia atrás y riéndose estalló ante sus ojos como un fuego artificial.

De repente, Kit se dio cuenta de lo mucho que añoraba la presencia de Fiona. En una ocasión, un crítico había observado que Kit hacía que sus lectores se encariñaran tanto con sus víctimas de ficción que realmente sentían el choque de perder a un amigo de verdad cuando las iba matando. En aquel momento, se había enorgullecido del comentario. Pero, hasta entonces, él no había conocido personalmente a nadie que hubiera sido asesinado. Sentado en la habitación de un hotel bastante impersonal, en una ciudad desconocida, paralizado por el impacto de la muerte de Drew Shand, por fin reconoció lo absurdo que había sido el comentario del crítico.

Ahora sabía la verdad.

CAPÍTULO 11

Fiona se desperezó y miró el reloj. Para su sorpresa, eran las siete y diez.

Sus movimientos llamaron la atención de Berrocal, quien había estado ausente durante la mayor parte del día y había regresado hacía un rato.

—¿Está afianzando?

Fiona le resumió los resultados de un día de trabajo.

—Ahora necesito descansar —concluyó—. Es fácil empezar a cometer errores cuando se ha estado mirando la pantalla durante todo el día, y si me equivoco en el trazado de los escenarios de los crímenes, los resultados no tendrán ningún valor.

Berrocal se acercó a su escritorio y miró la pantalla del portátil por encima del hombro de Fiona.

—Esto es impresionante —dijo—.Un sistema como éste nos facilitaría mucho el trabajo.

—Muchas fuerzas del orden público lo están empleando ahora —le comentó Fiona—. El programa de relaciones funciona mejor con los crímenes contra la propiedad, como los robos. La versión que yo uso es experimental. Me permite introducir mi propio conjunto de variables con el fin de confeccionar la lista, de modo que hace falta un cierto nivel de pericia para usarlo. Pero la versión básica con los parámetros fijos reduce los robos dondequiera que se use. Ayuda a eliminar delitos pendientes de los archivos, además de

los casos corrientes. Debería convencer a su jefe para que invierta en el programa.

Berrocal soltó un resoplido.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo. A mis jefes no les gusta gastar dinero en cualquier cosa que puedan ahorrarse.

—Entonces, se las apañó usted bien para convencerles de que me pagaran a mí —dijo Fiona de manera cortante, incorporándose y apagando el ordenador.

—Cuando se trata de perder los dólares de los turistas, les entra el pánico. De repente recibimos recursos que no tendríamos en otras circunstancias. ¿Cuáles son sus planes para esta noche? ¿Le gustaría que les llevara a cenar a usted y a Kit a algún lugar típicamente toledano?

Dio un paso atrás para dejar que ella saliera de la estrechez de su escritorio.

—Es muy amable de su parte, pero no creo que yo sea muy buena compañía. Tengo todo esto zumbándome en el cerebro, y preferiría regresar al hotel y comer algo allí con Kit. Después de eso, probablemente me pondré a trabajar.

El comisario se encogió de hombros.

—Lo que prefiera. Pero realmente no tiene que trabajar cada minuto que pase aquí, ¿comprende?

Fiona cerró el ordenador y lo metió en la bolsa.

—Creo que sí, comisario —dijo en voz baja. Alzó la mirada y le miró a los ojos—. Está ahí fuera,

planificando el siguiente asesinato. Ya está trabajando en un ciclo corto. Me revienta parecer melodramática, pero cuando se trata de un asesino tan organizado y despiadado como éste, cada día cuenta. No me gustaría tener la sangre de su próxima víctima en mis manos, si tengo la posibilidad de evitarlo.

Berrocal arrancó el coche y echó un vistazo rápido a Fiona

—¿Realmente cree que el hombre que está detrás de los actos vandálicos es el mismo que cometió los atracos?

Fiona se encogió de hombros.

—No hay certezas en mi trabajo. En cualquier caso, lo idóneo es trabajar con, al menos, cinco locos en cada serie potencial. Pero, basándome en las probabilidades, yo diría que sí. El vandalismo sólo coincide con el primer atraco. Después del segundo, no hay más pintura ni destrucción de escaparates. De modo que o bien el vándalo se ha mudado o ha encontrado una forma más satisfactoria de dar rienda suelta a su ira. Todo lo que sé acerca de la manera en que se incrementa la escalada delictiva me dice que es probable que, cuando no lo atraparon, ganó confianza. Aumentó la violencia y pasó al siguiente nivel: empezó a atacar la causa directa de su rabia en vez de lanzarse contra los blancos secundarios. Si tengo razón, se descubrirá cuando ejecute el programa de perfiles geográficos.

—¿Tendrá evidencias de que se trata del mismo delincuente? —Berrocal no pudo evitar que su voz sonara algo escéptica.

—Evidencia absoluta, no. Ni siquiera la clase de evidencia que funciona en un juicio. Pero, si el programa me proporciona las mismas ubicaciones probables de residencia para ambas series de crímenes, entonces estamos frente a una probabilidad muy alta, ¿no le parece? Y, entonces, sus colegas de Toledo tendrán una idea de por dónde empezar a buscar la evidencia.

Fiona cambió de posición en el asiento, intentando aliviar la tensión de los hombros. Habían tomado una calle que lindaba con el río, frente al despeñadero, desde allí Toledo brillaba a la luz de la luna.

—Es una vista alucinante —comentó.

—Es una ciudad bonita —reconoció Berrocal—. Por eso estos crímenes parecen mucho más atroces que un acto de violencia rutinaria en los callejones de Madrid. Y, por supuesto, también por eso hay tanto interés en esta investigación. No son sólo mis jefes quienes nos presionan para que encontremos una solución rápida. Son los periódicos y los canales de televisión, que también están encima de nosotros. Por fortuna, he podido mantener su nombre fuera de los informes hasta ahora. No creo que siente muy bien que hayamos tenido que traer a una experta desde Inglaterra para solucionar unos crímenes tan españoles.

—No solucionaré sus crímenes, comisario. Soy una

psicóloga que le asesora, no una detective asesora. Lo único que puedo hacer es dar sugerencias. Le toca a usted decidir si vale la pena aceptarlas o no, y le toca a usted encontrar las pruebas para atrapar a su asesino.

Berrocal sonrió:

—Doctora, usted sabe tan bien como yo que a los medios no les interesa la realidad de la situación. Si descubren que usted está aquí, la retratarán como una especie de detective milagrosa, un Sherlock Holmes moderno que hemos traído porque la policía de aquí es demasiado estúpida como para hacer su trabajo.

—Precisamente por eso no les diremos que estoy aquí —dijo ella.

Hubo un silencio que duró un minuto, hasta que Berrocal salió de la carretera principal y subió por la colina empinada que llevaba hasta el parador, dejando atrás el espectacular panorama.

—¿Nos dirá su programa geográfico si el asesino vive en el mismo lugar que el atracador? —preguntó.

—No sé si hay suficientes datos —respondió ella con franqueza—. Por separado, los dos asesinatos no nos darán nada que se acerque siquiera a la precisión milimétrica. No hay suficientes ubicaciones, ¿sabe? Pero yo jugaré con varias combinaciones para ver lo que puede surgir. Debería de poder responder a su pregunta mañana por la mañana.

—¿Está segura de que no quiere salir a cenar? —preguntó Berrocal cuando entró en el aparcamiento.

—Es muy amable de su parte. Pero preferiría

terminar el trabajo. Cuanto antes termine, antes podré regresar a casa. Además, estoy segura de que a su familia le gustaría verlo.

Berrocal rió:

—Seguro que sí. Pero, como usted, me temo que esta trabajando esta noche.

—Al menos tengo la compañía de Kit para cenar. Él tiene el don de hacerme reír, incluso en medio de algo tan siniestro como esto. Y vamos a ser honestos, comisario, no hay demasiados motivos para reír en esta clase de trabajo.

Asintió gravemente con la cabeza:

—Le comprendo. A veces, cuando regreso del trabajo, siento que arrastro a casa el olor de las cloacas. Casi no quiero levantar a mis hijos ni abrazarlos para que no se infecten con algo que he visto, con lo que sé. —Alargó una mano para abrirle la puerta a Fiona—. Suerte en la caza, doctora.

Ella asintió:

—Lo mismo digo, comisario.

La primera reacción de Fiona cuando abrió la puerta fue de perplejidad. La única luz del cuarto entraba desde el panorama distante de Toledo, espectacularmente iluminada desde abajo por docenas de focos. Recortándose de perfil contra la luz, Kit estaba sentado en un extremo de la cama, con los codos apoyados en las rodillas, cabizbajo.

—¿Kit? —dijo en voz baja, cerrando la puerta tras ella.

No sabía qué podía estar pasando, sólo que sin duda pasaba algo.

Se acercó a él con grandes zancadas, dejando el maletín, el portátil y el abrigo en el camino. Kit levantó la cabeza y se volvió para mirarle la cara cuando se sentó a su lado.

—¿Qué te pasa, amor? —preguntó con la voz llena de preocupación y ansiedad.

Lo abrazó y él se estrechó contra ella.

—Han asesinado a Drew Shand —dijo con voz trémula.

—¿El que escribió *El imitador?*

—Según la BBC World, encontraron su cuerpo esta madrugada cerca de la Royal Mile —afirmó Kit, muy desconcertado.

—¿Así te has enterado? ¿Por la tele? —dijo ella, horrorizada ante tal idea.

—Sí. Pensaba ver los titulares. —Soltó un triste ladrido por risa—. No esperas oír que hayan asesinado y mutilado a uno de tus colegas.

—Qué terrible —dijo Fiona, consciente de la insuficiencia de sus palabras.

Entendía demasiado bien el impacto y el dolor de semejante noticia. Aunque, en su caso, el teléfono había sido el mensajero indeseado.

—Sí, y te explico lo peor. Como era homosexual declarado y estaba orgulloso de serlo y pasaba ratos en

esos bares donde los clientes se permiten prácticas sexuales que el habitante medio de Edimburgo encuentra repelentes, ya lo están retratando como ingeniero de su propia destrucción. Es hora de culpar a la víctima. Nada como ese enfoque para hacer que los ciudadanos respetables duerman tranquilos en su cama, sabiendo que algo así nunca podría pasarles a ellos.

Parecía enfadado, pero Fiona sabía que era una defensa contra el dolor.

—Lo siento tanto, Kit —dijo, abrazándolo y dejando que se acurrucara contra ella.

—Nunca había conocido a nadie que hubiera sido asesinado. Sé que hemos hablado de Lesley, y creía comprender cómo te sentías respecto a lo que le había sucedido, pero ahora me doy cuenta de que no tenía ni idea. Y ni siquiera puedo decir que conociera particularmente bien a Drew. Pero puedo comprender cómo alguien podría matarlo. Simplemente no puedo imaginar por qué.

Fiona nunca había conocido a Drew Shand, pero sabía demasiado del asesinato y de sus consecuencias como para no sentir el horror que entrañaba el hecho desnudo de su muerte. Sabía muy bien lo que significaba el asesinato para los que quedaban atrás. Era la razón por la cual se había convertido en la mujer que era.

Kit había puesto el dedo en la llaga al pronunciar el nombre de Lesley. Si cerraba los ojos, todo regresaba como un inundación. Había sido una noche de viernes

corriente. Ella estaba en su primer año de profesora en la universidad y había adoptado la costumbre de relajarse, cuando llegaba el fin de semana, con el personal clínico del instituto donde llevaba a cabo su trabajo de investigación. Habían empezado en un pub de Bloomsbury, luego habían ido hacia Euston Station y acabaron la noche en un restaurante de comida india en un callejón de la calle Euston. Cuando regresó a su piso de dos habitaciones en Camden, casi era medianoche y las ásperas fronteras de la semana se habían borrado en una especie de afable aturdimiento.

La luz del contestador automático se encendía enloquecidamente, indicando media docena de mensajes o más. Intrigada, pulsó el botón para escuchar y siguió andando hasta la cocina americana. Las primeras palabras grabadas en la cinta la detuvieron en seco. «¿Fiona? Soy tu padre. Llámame en cuanto regreses.» No era lo que decía, sino la manera en que lo decía. La voz de su padre, normalmente enérgica y confiada, había sonado casi como un susurro, un eco tembloroso.

El contestador emitió un sonido y se oyó el siguiente mensaje. «Fiona, soy tu padre otra vez. Aunque recibas este mensaje muy tarde, tienes que llamarme.» Esta vez, la voz se quebró hacia el final.

Ya daba media vuelta para dirigirse al teléfono, cuando se oyó otro sonido. «Fiona, necesito hablarte. No puedo esperar hasta mañana.» Su instinto le advertía de que se trataba de malas noticias. La peor

clase de noticias. Debía de ser su madre. ¿Un infarto? ¿Un ataque al corazón? ¿Un accidente de coche?

Fiona cogió el teléfono bruscamente y marcó el número de su familia. Casi antes de que sonara el timbre, le contestaron. Una voz extraña dijo:

—¿Diga? ¿Quién es?

—Soy Fiona Cameron. ¿Quién es usted?

—Un momento, por favor. Le pondré con su padre.

Hubo un intercambio de voces inaudibles y luego un traqueteo, y entonces oyó la voz de su padre, casi tan ajena como la del desconocido.

—Fiona —exclamó, y comenzó a sollozar.

—Papá, ¿qué sucede? ¿Es mamá? ¿Qué ha pasado?

Todas las habilidades profesionales de Fiona para tranquilizar a los demás se desvanecían ante las lágrimas de su padre.

—No, no. Es Lesley. Está... Lesley ha sido... —Se esforzó en controlar su respiración entrecortada. Ella escuchó una respiración profunda y entrecortada, y luego él dijo—: Lesley está muerta.

Fiona no recordaba lo que su padre dijo después. Sentía una distancia enorme acumulándose entre ella y cuanto la rodeaba; la voz de su padre era un eco lejano que le zumbaba en los oídos. Su hermana pequeña estaba muerta. No era posible. Tenía que haber algún error.

No había ninguno. Lesley, estudiante de tercero en la Universidad de Saint Andrews, fue violada y estrangulada de regreso a la casa que compartía con

otras estudiantes. Nadie jamás fue denunciado como responsable de aquel crimen. La policía creía que el asesino había violado a dos estudiante más durante los últimos dieciocho meses, pero no tenía ninguna pista significativa. Un par de huellas de una marca popular de zapatillas. Una descripción tan vaga que podría aplicarse a la mitad de los varones adultos del pueblo. Incluso si hubieran tenido el análisis del ADN por aquel entonces tampoco habría servido de mucho. El asesino había usado un condón. Todos los ataques habían tenido lugar en invierno, y las mujeres llevaban guantes, de modo que no habían arañado a su agresor.

Durante los seis meses que transcurrieron después de la muerte de Lesley, Fiona se sentía como si caminara en una pesadilla. En cualquier momento, podía obligarse a despertar y era como si nada de aquello hubiera ocurrido. Lesley estaría viva. Su madre no estaría deprimida ni tendría tendencias suicidas. Su padre no estaría bebiendo a todas horas y escribiendo interminables cartas a su representante en el Parlamento, a la prensa y a la policía, quejándose de su incapacidad de efectuar una detención. Y Fiona no estaría culpándose por persuadir a Lesley para que levantara el vuelo y se fuera a Saint Andrews, cuando podía quedarse con ella en Londres.

De repente, un buen día, asistió a una conferencia que impartía un profesor invitado de Canadá. El profesor habló de la ciencia aún en ciernes del análisis criminalista y de cómo podría aplicarse a las

investigaciones. Fue como si, de pronto, se le hubiera encendido una bombilla en la cabeza. El velo se descorrió y Fiona, con una intensidad desgarradora, supo qué era lo que quería hacer con su vida.

Una hora en una sala de conferencias, y ya nada volvería a ser igual. No podía salvar a Lesley. Ni siquiera podía atrapar a su asesino. Pero Fiona sabía que, algún día, podría encontrar la redención salvando a otras personas.

Esa idea le bastaba. Al menos, le bastaba la mayoría de los días. Pero ahora su vida volvía a recibir el impacto del asesinato, aunque fuera indirectamente. Todo esto le inundaba la mente allí sentada abrazando a Kit, haciendo lo poco que podía para consolarlo.

Al cabo de un largo silencio, Kit por fin se separó de ella.

—Siento ser tan llorón —dijo—. Ni siquiera era mi mejor amigo ni nada por el estilo.

—No estás siendo ningún llorón. Lo conocías, te gustaba, respetabas sus obras. Y es un trauma darse cuenta de que simplemente ya no está.

Kit se incorporó y encendió una lámpara.

—Es una desgracia tener imaginación en momentos como éste. Sigo pensando en cómo debió de haber sido para él, el miedo que tuvo que pasar. —Respiró hondo—. Necesito hacer algo para tener ocupada la mente. —Cogió el montón de folios que la impresora había escupido—. ¿Te importaría llamar al servicio de habitaciones para que nos traigan algo?

—Lo que necesites. —Fiona colgó su abrigo y recogió el Portátil—. Tengo mucho que hacer si quieres trabajar.

Kit logró esbozar una vaga sonrisa:

—Gracias —dijo, y se sentó con las piernas cruzadas en la cama, con el manuscrito y un lápiz.

Fiona lo observó a través del espejo durante unos minutos, hasta que estuvo segura de que leía y no se dejaba obsesionar. Le agradecía que la hubiera acompañado a Toledo.

La noticia de la muerte de Drew no era algo a lo que debiera enfrentarse solo.

Aquello Fiona lo sabía por propia experiencia. Y no se lo deseaba ni a su peor enemigo.

Extracto de la descodificación del documento P13/4599

Ufime zftmd pfapa pdqie tmzp. Yqeek ngfza ftmdp. Mrqit agdea regdr uzsft qiqnm zpuwz qiftq pqfmu xeart uepmu xkdag fuzq.

Matar a Drew Shand no fue difícil. Sucio sí, pero no difícil. No se dan cuenta de lo vulnerables que son. Unas horas navegando en la red, y ya sabía todos los detalles de su rutina diaria.

No creía que fuera muy difícil ligar con él. Ese tipo de gente siempre se deja ganar por los halagos. Sólo se trataba de encontrar un lugar para despedirme.

Entonces encontré el lugar idóneo: una carnicería tapiada con tablas. La parte de atrás estaba revestida de azulejos desde el suelo hasta el techo. Había un tajo de carnicero en medio del local y un par de fregaderos grandes a lo largo de una de las paredes. A juzgar por el polvo y las telarañas que había por doquier, hacía mucho que nadie entraba allí, y no creía que nadie pasara por ese lugar en breve. De modo que decidí que sería un lugar seguro simplemente dejándolo todo lo más revuelto posible.

El día siguiente, aparqué cerca de su piso, desde donde pude verlo ir y venir. Regresó del gimnasio puntualmente, y al cabo de una hora, se dirigió de nuevo hasta la calle Brougton. Le seguí sigilosamente hasta el bar Barbary Coast. A esa hora ya estaba muy concurrido, y noté que un par de tíos me miraban de arriba abajo. Eso hizo que me sintiera sudado e incómodo. Después de todo, no quería que luego alguien se acordara de mí.

Drew estaba en la barra y me puse a su lado. Había pedido una copa y, cuando llegué, saqué un billete de diez dije: «Invito yo». No rechazó la invitación. Nos fuimos a un rincón más oscuro, y fingí sorpresa cuando me dijo quién era. Dije que pensaba que las escenas de tortura de sus libros eran brillantes. Habló de cómo los críticos se había quejado de que la violencia era muy exagerada, de modo que yo le dije que para mí era fantástica. Casi sexy.

Entonces me dirigió una mirada extraña. Pero no

dijo nada; se limitó a ir hasta la barra para pedir otra ronda. Cuando regresó, me preguntó si era eso lo que me iba, un poquito de lo duro. Aquello no hubiera podido ir mejor si le hubiera escrito un guión. Resumiendo, me invitó arriba, a lo que él llamaba el cuarto oscuro. Luego le dije que tenía algo mejor que eso. Dije que trabajaba para una promotora inmobiliaria, y que había conseguido las llaves de una vieja tienda que yo había convertido en una mazmorra de fantasía.

No me pude creer lo fácil que resultó. Había pensado que quizá me vería obligado a practicar el sexo con él de verdad antes de lograr que me acompañara, y eso me daba incluso más miedo que lo que había planeado. Pero fue fácil convencerlo.

Lo peor fue cuando paré el coche en el callejón y se acercó a mí y empezó a besarme. Lo aparté de un empujón, con un poco de fuerza, pero eso no hizo sino excitarlo más. Cuando abrí la cerradura, él se apretó contra mí de tal manera que pude sentir su verga dura contra mi culo. Si a esas alturas hubiera tenido aún alguna duda, eso habría bastado para despejarla enseguida.

Abrí la puerta, y cuando él extendió la mano para buscar el interruptor, le pegué con mi linterna metálica en la cabeza, justo encima de la oreja. Cayó como un árbol.

No quiero pensar en lo que sucedió después. No era agradable. Estrangular a alguien es mucho más difícil

de lo que parece. Especialmente si llevas guantes de látex y las manos empiezan a sudarte y a resbalar.

Luego tuve que cortar. Eso fue realmente asqueroso. Horripilante. No sólo la sangre, sino el olor. Casi vomité. He vivido noches espantosas, pero ésta superaba a todas.

Una vez hecho lo que tenía que hacer, le cerré la cremallera de la chaqueta para mantener las cosas en su sitio. Luego lo levanté y lo llevé hasta la camioneta. No podía echármelo al hombro porque las tripas se habrían desparramado.

Ya había decidido dónde iba a dejar el cadáver. El sitio real descrito en el libro de Shand estaba descartado. Se encontraba demasiado al descubierto. Hubiera sido como pedir que me pillaran. ¿Qué esperáis? ¿Una precisión al cien por cien?

Había decidido dejarlo al lado de la catedral. Cuando llegué, no había nadie, de modo que lo puse en las escaleras que conducían hasta unas oficinas.

Le desabroché la chaqueta y lo exhibí siguiendo lo descrito en el libro. Dios, eso casi me hizo vomitar de nuevo. Luego me fui como si me persiguieran los cuatro jinetes del Apocalipsis. Era hora de regresar a donde se suponía que estaba.

Creía que tendría pesadillas. Pero no fue así. No era que disfrutara haciéndolo, ni nada por el estilo. Era un trabajo que había que hacer, y yo lo hice. Me enorgullezco de eso. Pero no me gustó.

CAPÍTULO 12

Cuando el servicio de habitaciones llegó con la cena, tanto Fiona como Kit se vieron obligados a salir del bálsamo del trabajo para emerger a la superficie. Ella había estado introduciendo datos en el portátil y empezaba a ensayar varias combinaciones en el programa de perfiles geográficos, pero esa tarea tan mecánica le dejaba demasiado espacio libre en la mente para repasar sus propios recuerdos. El alcohol era una tentación para ahogar las voces que resonaban en su cabeza. Pero Fiona había visto cómo su padre se entregaba a la bebida, un estimulante que le había sumergido en pesadillas paranoicas que habían destrozado su vida del mismo modo que el asesino había destrozado la vida de Lesley. Si la cirrosis no le hubiera matado hacía cuatro años, probablemente tarde o temprano se habría quitado la vida. De modo que para ella quedaba descartada la botella de whisky.

Pero enfrascarse en su trabajo tampoco funcionaba. Sentarse con Kit para comer le obligó a darse cuenta de que el fantasma de Lesley no dejaba de atormentarla desde que él mencionara su nombre. Y, a juzgar por su aspecto, Kit también estaba extraviado en sus pensamientos. Comieron aquel pescado al horno casi en silencio, sin que ninguno de los dos supiera cómo entrar en el tema que más les preocupaba.

Fiona terminó primero, y apartó las sobras a un lado

del plato. Respiró hondo.

—Creo que me tranquilizaría si supiera más de lo que le ha pasado a Drew. No tanto porque crea que yo pueda ayudar de manera práctica, sino… —Suspiró—. Sé que lo que siempre me ayuda es la información.

Kit levantó brevemente la vista del plato y vio el dolor del recuerdo reflejado en el rostro de Fiona. Sabía que la ignorancia era lo que había hecho que, tras el asesinato de su hermana, Fiona se despertara gritando en mitad de la noche. Ella tenía que saber cada detalle de lo que le había sucedido a Lesley. En contra de la voluntad de su madre, que se mantenía firme en su deseo de conocer solamente el mínimo de información sobre el final de su hija menor, Fiona había seguido todos los caminos imaginables para enterarse de los hechos relacionados con la terrible experiencia de su hermana. Se había hecho amiga de los periodistas locales, había ejercido su encanto para persuadir a los detectives de que compartieran información con ella. Y poco a poco, mientras iba reuniendo las piezas de las últimas horas de Lesley, las pesadillas fueron disminuyendo. A lo largo de los años, a medida que sabía más acerca de las pautas de conducta de los violadores y asesinos en serie, la imagen se había ido haciendo más clara, y su comprensión adquiría forma y textura y llenaba los contornos de la relación que tuvo lugar entre Lesley y su asesino.

A pesar de que él creía que esta obsesión no era del todo sana, Kit tenía que admitir que el conocimiento

parecía haber proporcionado a Fiona una especie de bálsamo. Y para él, esto era lo importante. Aunque ella no podía explicar por qué tener una reconstrucción tan detallada en la cabeza le ayudaba, ninguno de los dos podía negar ese hecho. Y Kit también llegó a la conclusión de que, tal como funcionaba aquello en su relación personal con el asesinato, así era también respecto a su relación profesional. Cuanto más sabía Fiona, más segura se sentía. Quizá tenía razón. Tal vez la mejor manera de ahuyentar sus pesadillas sobre Lesley era extraer tanta información como pudiera de lo que le había sucedido a Drew Shand. Y quizás eso le ayudaría a él también.

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó él.

—Ver lo que están diciendo en la red —dijo ella—. ¿Qué te parece?

Se encogió de hombros y llenó su vaso.

—No puede ser peor que las películas que mi imaginación me está mostrando.

Kit recogió los platos sucios y dejó las bandejas delante de la puerta, en el pasillo, mientras Fiona accedía a Internet y elegía su motor de búsqueda preferido para rastrear la vasta virtualidad de la red mundial. «¿Dónde puedo encontrar a Drew Shand?», tecleó. Al cabo de unos segundos, tenía la respuesta ante sí. Shand tenía su propia página *web,* así como un par de páginas de admiradores dedicados a sus obras.

—Podemos ver los admiradores primero —dijo Kit—. No creo que la página de Drew esté actualizada.

La primera página que abrió Fiona tenía un marco negro alrededor de la fotografía del novelista muerto que la editorial publicaba en la solapa de sus libros. Debajo, estaban las fechas de su nacimiento y muerte y el primer párrafo de *El imitador*.

> La niebla asciende desde las aguas gris acero del estuario Forth; es un muro de neblina del color de las nubes. Engulle las luces brillantes del parque infantil más cercano de la ciudad, los hoteles de diseño y los restaurantes elegantes. En los muelles, se confunde con los espectros de los marineros que solían gastar su paga en cerveza de ochenta chelines y en putas con caras tan duras como las manos de sus clientes. Asciende por la colina hasta el Barrio Nuevo, donde la cuadrícula geométrica de elegancia georgiana la parte en dos, antes de que baje deslizándose por la zanja de los Jardines de la calle Princes. Los pocos juerguistas que aún se tambalean de regreso a casa se apresuran para huir de su húmedo contacto.

Fiona se estremeció.

—Pone los pelos de punta, ¿verdad? —observó Kit—. Un primer párrafo de puta madre. Ese chico de verdad tenía talento. ¿Leíste *El imitador?*

—Era una del montón que me regalaste en Navidad.

—Ah, sí. Me había olvidado.

Fiona sonrió.

—Había tantos libros.

Desde el principio de su relación, Kit le había ido regalando a Fiona su antología personal de ficción policíaca por Navidades. Era un género que ella apenas leía antes de que fueran amantes. Ahora le gustaba

mantenerse al día de la competencia de su pareja, siempre que fuera un viaje guiado y no una cosecha aleatoria de la sección de novelas policíacas de las librerías.

Fiona recorrió la página, ignorando la biografía y dirigiendo su atención a los detalles del crimen. No había nada que ya no supieran. La segunda página de admiradores no tenía mucho más que ofrecer, exceptuando el rumor de que Shand había frecuentado un pub de Edimburgo donde el sexo sadomasoquista gay en grupo supuestamente se practicaba en una habitación de la planta superior.

—¿Ves lo que quiero decir? —dijo Kit, enfadado—. Ya empiezan. El síndrome de la víctima que lo tiene merecido. Ya lo puedes ver. A él lo asesinaron porque se lo buscó. El disfrutaba de esa clase de sexo que puede volverse peligroso, y eso fue lo que lo mató.

—Esto empeorará en lugar de mejorar —dijo Fiona—. A no ser que detengan a alguien rápidamente y resulte no tener nada que ver con el ambiente gay.

—Sí, seguro. Si no te pilla el sida, el coco sí que lo hará.

Fiona examinó el menú de sus sitios predilectos en la red y buscó en la lista con el cursor. Kit se apoyó en ella y leyó por encima de su hombro.

—Me pregunto cuánta gente tiene una lista de sitios predilectos que incluya a la policía montada de Canadá, el FBI, varias páginas de asesinos en serie, y un grupo de discusión sobre la medicina forense —dijo Kit.

—Más de la que sería saludable, sospecho —dijo Fiona.

Hacia el final de la lista había un sitio que, como sabía, había molestado a los agentes de la ley que ella conocía. Oficialmente, *El asesinato detrás de los titulares* era dirigido conjuntamente por un periodista de Detroit, un detective privado de Vancouver que, según se decía, había tenido un pasado oscuro en la CIA, y un becario de criminología de Liverpool. Dada la profundidad de los detalles que lograban revelar sobre los casos de asesinatos sensacionalistas, Fiona sospechaba que había auténticos piratas informáticos implicados en la confección de la página. Sin contar la considerable base de colaboradores anónimos que disfrutaban con la idea de compartir cualquier información privilegiada o herejía que encontraran.

Se habían llevado a cabo varios intentos de cerrar la página, partiendo de la base de que ofrecían información que podría dar lugar tanto a asesinatos por imitación como a confesiones falsas, pero de algún modo siempre renacía con gráficos y chismorreos incluso más sofisticados. Fiona confiaba sinceramente en que los parientes de las víctimas que fueran apocados jamás accedieran a *El asesinato detrás de los titulares*.

Al ver dónde se detuvo el cursor, Kit gruñó.

—La central de los rumores —protestó.

—Te sorprendería saber con qué frecuencia tienen razón —dijo ella suavemente.

—Puede ser, pero siempre me dejan con la sensación

de que tengo que bañarme. Y no tienen la menor idea de cómo se escribe.

Fiona no pudo reprimir una sonrisa mientras accedía al sitio.

—No importa la moralidad, lo que importa son los puntos y las comas —dijo ella irónicamente.

Cuando le preguntaron cuál era su área de interés, ella tecleó «Drew Shand». En el rincón superior izquierdo de la página que se abrió ante ellos, apareció la misma fotografía de Drew meditando ante la cámara. Sin embargo, esta vez el texto era diferente.

> El autor escocés de novelas de suspense Drew Shand ha sido asesinado en el corazón histórico de la ciudad donde vivía y que le sirvió como telón de fondo para el horripilante argumento de su primera novela, la laureada *El imitador*. Su cuerpo mutilado se encontró justo detrás de la catedral de Saint Giles, a sólo unos metros de distancia de las aceras que millones de turistas pisan cada día. Hasta el momento, no se ha producido ninguna detención.
>
> EADDLT ha podido saber, a través de una fuente cercana a la investigación, que hay algunas coincidencias espeluznantes que enlazan la muerte del propio Shand con la violencia vívidamente descrita en *El imitador,* gracias a la cual consiguió un gran éxito comercial. La trama de su novela sobre asesinatos en serie se centra en una recreación contemporánea de los célebres asesinatos de Whitechapel: una especie de fiesta gore de Jack el Destripador.
>
> La cuarta víctima de Jack el Destripador, el original, fue encontrada por un policía mientras hacía su ronda diaria. También lo fue la cuarta víctima de Shand. Además del propio Shand.

El forense que se ocupó de los asesinatos de Whitechapel el doctor Frederick Brown, informó: «El cadáver estaba boca arriba, la cabeza girada hacia el hombro izquierdo. Los brazos, a ambos lados del cadáver; como si hubieran caído allí. Las palmas de las manos, vueltas hacia arriba con los dedos ligeramente doblados... La pierna, extendida a todo lo largo. El abdomen estaba abierto en canal. La pierna derecha, con la rodilla doblada. El cuello, degollado. Los intestinos, expuestos y colocados sobre el hombro derecho... Un trozo de intestino de medio metro de largo, totalmente desgarrado, estaba colocado entre el cuerpo y el brazo izquierdo.

»El lóbulo y el pabellón de la oreja derecha estaban totalmente seccionados... Habían realizado un corte a través del párpado izquierdo, que dividía por completo las estructuras... El párpado derecho tenía un corte de aproximadamente un centímetro de largo.

»Había un corte profundo encima del caballete de la nariz, que llegaba hasta el hueso y dividía todas las estructuras de la mejilla menos la membrana mucosa de la boca. La punta de la nariz había sido arrancada de cuajo... Y a ambos lados de la mejilla había otro corte que levantó la piel, formando un ala triangular de casi tres centímetros.

»La causa real de la muerte fue una hemorragia de la carótida izquierda».

Todos y cada uno de estos hechos siniestros fueron incorporados por Shand en su novela. Y, según una fuente, todos estaban presentes en el asesinato del propio escritor. Al parecer, uno de los detectives que acudió al lugar del crimen había leído *El imitador* e inmediatamente reparó en las semejanzas. Sólo cuando el médico leyó una relación de las heridas, una por una, y los detectives consultaron tanto el libro de Shand como los informes del caso de El Destripador original, la policía llegó a la conclusión inequívoca de que estaban tratando con un copión de *El imitador*.

Al parecer, la hipótesis que ahora circula en la comisaría es

que a Shand le gustaba el sexo duro sadomasoquista. Sospechan que eso le hizo vulnerable a un malhechor que se había obsesionado con su libro y quería poner en práctica todo aquello en la vida real. Según parece, Shand era una persona de costumbres fijas —su rutina diaria está esbozada en su página *web* para que todo el mundo se enterase—. De modo que al cazador no le habría resultado muy difícil encontrarlo y bastaría con que el asesino le gustara a Shand para que todo saliera a pedir de boca. Y, por supuesto, resulta fácil matar a alguien a quien le gusta el sadomasoquismo porque éste creerá que están jugando con él cuando lo atan. Da lo mismo que, al igual que Shand, la víctima sea robusta porque vaya al gimnasio cada día, pues está atada como un pollo, esperando a su verdugo.

Un detalle más: la policía cree que lo mataron en otro lugar y que trasladaron el cadáver al vertedero, a diferencia de los asesinatos de Whitechapel y las matanzas de *El imitador*. Pero el piso de Shand estaba limpio, de modo que todavía no tienen ni idea de dónde tuvo lugar realmente el asesinato. Sin embargo, hay una cosa de la que pueden estar seguros: a alguien le tocará hacer una limpieza que te cagas.

RECUERDA QUE LO LEÍSTE PRIMERO EN
EL ASESINATO DETRÁS DE LOS TITULARES

Kit silbó suavemente.

—Esta mierda es en verdad horripilante.

Fiona se desconectó.

—De verdad.

—¿Y qué te parece a ti?

—Probablemente lo mismo que a ti —dijo Fiona—. Está claro que diseñó el crimen a semejanza de uno de los asesinatos que aparecen en el libro de Shand, que, a

su vez, refleja uno de los asesinatos de El Destripador original, dejando aparte el sexo de la víctima. Que haya tenido tanto éxito, con tanto acierto, indica un alto grado de control y de organización. Su inteligencia, por tanto, quizá sea de forma significativa superior al nivel normal. El asesino vive en una fantasía sumamente desarrollada y probablemente usa la pornografía violenta para apoyarla. Es poco probable que responda bien a la autoridad, de modo que, si tiene un trabajo, no estará acorde con su inteligencia, lo cual debe de ser una fuente de irritación para él. —Hizo una mueca—. Pero todo esto que digo es simplemente jugar con las probabilidades.

—Pero ¿qué hay de su relación con Drew? ¿Es un agresor sexual, un amante rechazado o una especie de imitador barato? ¿Qué piensas?

Ella se dejó caer en una silla, junto a la ventana, y miró hacia la ciudad. Cuando por fin respondió, lo hizo lentamente; su respuesta avanzó a tientas de frase en frase:

—Ésa es sin duda la pregunta más interesante, Kit. —Sonrió brevemente—. Apenas me sorprende que seas tú quién me lo pregunte. Que el asesino se obsesionara con el libro y copiara los crímenes no es particularmente extraño. Muchas veces los asesinos que exhiben los cadáveres de sus víctimas de manera ritual están imitando imágenes que han visto en la pornografía o en alguna situación que tenía un significado particular para ellos. Pero la mayoría de los asesinos sexualmente

motivados se sentirían satisfechos causando estragos en cualquier víctima que más o menos correspondiera a su fantasía. Haber elegido, cazado y destruido al creador de la mismísima ficción que alimentó su deseo de matar es un acto curiosamente personal. Y resulta infrecuente en un crimen en el que despersonalizar a la víctima a menudo es crucial.

Kit se pasó las manos por el pelo, y en su rostro apareció una mezcla de diversión y de intriga.

—Contigo todo se convierte en un discurso, ¿a que sí? Todavía no has respondido a la pregunta.

Fiona sonrió.

—Esperaba que no lo notaras. Si insistes, yo apostaría por un agresor sexual que se ha obsesionado con *El imitador*. Pero es sólo una hipótesis.

—También lo es lo que dicen en *El asesinato detrás de los titulares,* lo cual no impide que lo leas —señaló Kit. Se incorporó y empezó a dar vueltas por la habitación—. Da un poco de miedo, ¿eh? La idea de que alguien seguía a Drew como una sombra, invisible hasta el último momento, cuando decidió mostrarse. Nunca piensas en cosas así cuando estás escribiendo. Que algún zumbado va a leer la historia de su vida en tus palabras.

—Probablemente nunca volverías a escribir otro libro si considerases esa posibilidad —dijo Fiona—. La locura de los demás no es tu responsabilidad. Ven aquí, abrázame.

Él se acercó y la levantó suavemente hasta ponerla

de pie, rodeándola con sus brazos. Ella le miró a los ojos:

—Hay otras maneras de dejar de pensar en estas cosas, Kit —dijo en voz baja mientras acercaba sus labios para besarla.

Dentro de los muros de Toledo, el ambiente estaba en su apogeo. Alrededor de la plaza de Zodocover, las personas paseaban en parejas, familias y grupos, tomando el aire de la tarde y poniéndose al corriente de los asuntos del día mientras se desplazaban entre charcos de luz amarilla. En los restaurantes, muchos medio vacíos ahora que la temporada alta había terminado, se servían cenas a turistas y a toledanos, y los camareros saludaban a sus clientes habituales con sonrisas y breves intercambios de palabras. Los bares estaban repletos, tanto dentro como fuera. Las personas mayores disfrutaban de un café y los jóvenes, en grupitos, miraban a las muchachas mientras ellas chismorreaban y soltaban risitas. Toda esa escena contrastaba intensamente con los callejones mortecinamente iluminados y las calles estrechas que irradiaban de la plaza y la conectaban con el resto de la ciudad.

En uno de los cafés de la plaza, Miguel Delgado sonrió a la inglesa que trabajaba en la recepción del Hotel Alfonso VI. Hacía dos noches, se las había ingeniado para tropezar con su bolso y derramar la

copa. Ella estaba con unos amigos, de modo que no sospechó ninguna razón oculta cuando la invitó a tomar algo para compensarla por lo que le había volcado. Esta noche, sin embargo, sus amigos no estaban. Por el precio de una copa, él había podido comprar el acceso a su próximo acto de venganza.

Bebió lo que le quedaba de café en la taza y dobló el periódico. Sigilosamente, para no atraer la atención, se acercó a la mesa de la inglesa, inclinó la cabeza en una ligera reverencia y sonrió.

—Buenas tardes —dijo.

La mujer devolvió la sonrisa, sin el menor rastro de vacilación. Al cabo de unos minutos, estaban conversando. Delgado volvía a las andadas.

CAPÍTULO 13

... En cuanto a los temas profesionales, anoche oí que Blake hizo un trato con uno de los periódicos sensacionalistas dominicales. Tú conoces ese tipo de artículos: mi vida infernal como inocente falsamente acusado de ser el asesino de Hampstead Heath. Y con ese dinero, se ha ido a España, supuestamente para escapar de la presión. Por descontado, lo estamos vigilando, aunque a cierta distancia y, según el agente de viajes, Blake ha alquilado un chalet en las afueras de Fuengirola para el mes que viene. Al menos estás lo bastante lejos de él, en Toledo, como para no tener ninguna probabilidad de entrar en un café del barrio y encontrarlo apoyado en la

barra. Hazme saber cuándo regresarás y cenaremos juntos.

Un abrazo,

STEVE

Fiona borró de la pantalla el correo de Steve. Más tarde respondería. Era un detalle por su parte transmitir la noticia sobre Drew, pero ahora mismo no quería distraerse pensando en Francis Blake. Mientras esperaba la llegada de Berrocal, repasó su trabajo, asegurándose de que había trazado las escenas de los crímenes correctamente en el mapa. Justo cuando terminó, Berrocal entró apresuradamente por la puerta y se deshizo en disculpas por haberla hecho esperar.

—Veamos, ¿qué tiene para mostrarme?

En la pantalla, el mapa de Toledo era monocromo; las calles y callejones, unas líneas negras sobre el fondo gris.

—Funciona así —explicó Fiona—. Empiezo con la cuadrícula de las calles. Anoche introduje los escenarios de los sucesos que me interesan.

Omitió mencionar las noticias llegadas desde Inglaterra que le habían removido los recuerdos, convirtiendo el sueño en una inquietud agotadora. No quería granjearse la simpatía de Berrocal ni, lo que era más importante, tampoco dar argumentos a nadie que pudieran sugerir que no había dado la talla en su trabajo. De modo que consumió las tazas de café fuerte que los detectives subordinados a Berrocal habían depositado en su mesa y ahora intentaba evitar que el

cansancio se le notara en la voz.

—Ante todo, el grupo de los actos vandálicos.

Fiona pulsó un par de teclas y la pantalla destelló en una prolongación irregular de radiantes colores de neón, desde un verde marino, pasando por azules y lilas, hasta el rojo.

Había sólo dos bloques en rojo, ambos situados al oeste de la catedral de la plaza Mayor.

—El programa asigna diversos colores a los distintos grados de posibilidad. El delincuente que incurre en actos vandálicos, y al cual he identificado como un grupo, probablemente vive dentro de los límites de esos bloques rojos —le dijo, señalándolos con el lápiz.

—Muy interesante —dijo Berrocal en voz baja.

—No me pregunte cómo funciona. La aritmética está mucho más allá de mis capacidades. Eso se lo dejo a los técnicos. Lo único que sé es que tiene un grado de precisión asombrosamente alto.

Despejó los colores de la pantalla.

—Ahora, esta es la imagen que nos ofrecen los atracos.

De nuevo, la pantalla vibró con diversos colores. Esta vez, había tres bloques rojos. Uno de ellos aparecía casi idéntico al más grande de los anteriormente expuestos, mientras que los otros dos estaban más hacia el norte.

—Creo que la razón de estos dos es que la ubicación de los crímenes se circunscribía a la zona donde el atracador sabía que había más probabilidades de

encontrar a las víctimas de madrugada —continuó, señalando los bloques de color rojo—. Pero, mire lo que pasa cuando uno ambos grupos de resultados y observamos los actos vandálicos y los atracos juntos.

Fiona hizo clic con el ratón un par de veces. Ahora el más grande de los dos bloques rojos originales era el único parche de color escarlata brillante en la pantalla, mientras que los otros habían disminuido en intensidad hasta un lila intenso.

—Si yo fuera un agente de policía toledano tratando de esclarecer estos actos vandálicos y estos atracos, me centraría en las personas que viven ahí mismo, alrededor del extremo inferior de la calle Alfonso X.

—Fascinante —admitió Berrocal—. Pero ¿qué pasa si consideramos también los asesinatos?

—Eso está menos claro —admitió—. Estamos viendo dos ejemplos, lo cual es una base muy pequeña para trabajar. Y, como ya dije antes, al tener estos escenarios un significado histórico y no personal, eso podría distorsionar los resultados.

De nuevo despejó la pantalla.

—Por separado, no nos proporcionan nada que se aproxime siquiera a la precisión milimétrica.

Esta vez no había ningún bloque rojo pequeño, sólo una masa lila con bordes agudos que tapaba la mayor parte de la ciudad antigua y se extendía como un lunar color vino de Oporto hacia las afueras.

—Sin embargo, trabajo a partir de la suposición de que mis teorías sobre las relaciones entre los crímenes

y el incremento de la violencia son ciertas. Si no me equivoco y estos tres grupos de delitos han sido cometidos todos por la misma persona, entonces cuando sumo los sitios de los asesinatos a las otras dos series, debería tener aún el bloque rojo más o menos en el mismo lugar. Pero si me equivoco, entonces la imagen resultante mostrará una distorsión significativa.

Ella alzó la vista y miró a Berrocal con una sonrisa malvada.

—¿Listo?

—La intriga me mata —dijo él.

Fiona pulsó un par de teclas y la pantalla se reconfiguró. El bloque rojo seguía allí, aunque no de color tan fuerte. Pero las zonas lilas se habían vuelto más azules. Con el extremo de su lápiz, Fiona hizo un círculo alrededor del bloque rojo.

—No distorsiona de manera significativa la zona clave. Lo cual indica que la persona que cometió los asesinatos bien podría ser la misma de los atracos y los actos vandálicos. ¿Pero ve usted esta zona lila?

Berrocal asintió con la cabeza.

—Ésta es la zona de la segunda opción, ¿no es así? ¿Si no está en la zona roja, podría estar en la zona lila?

—Así es. Ahora bien, la manera en que ha variado con los datos de los crímenes introducidos podría ser insignificante en sí, por lo específico que es él en cuanto a los sitios donde deja los cadáveres y dado que los lugares donde ha mostrado a las víctimas figuran de manera central en la naturaleza de sus asesinatos. Pero

estoy tentada a correr un riesgo y sugerir que posiblemente habrá cambiado de casa entre los atracos y el primer crimen.

Berrocal frunció el entrecejo.

—¿Por qué lo dice?

—Sea cual sea el nivel tecnológico que posea un sistema, siempre queda espacio para el instinto visceral cuando llega la hora de la interpretación. Llevo mucho tiempo usando este programa para crear perfiles geográficos y he desarrollado un sentido que me permite interpretar lo que la imagen significa, más allá de lo que dice el manual. Y hay algo en todo esto que hace que me pregunte si no estaremos frente a un cambio de dirección. Lo siento, eso es todo lo científica que puedo ser.

—De modo que lo que hemos aprendido es inútil.

—No, nada de eso. Si es cierto que se ha mudado, ha sucedido hace relativamente poco. Entre el último atraco y el primer asesinato. Tiene que haber archivos que revelen quién vive allí y si alguien se ha mudado en los últimos meses. Puede que me equivoque; podría seguir viviendo allí. Pero, si yo fuera un agente, mi prioridad sería investigar a los residentes que viven en el primer bloque rojo y que se han mudado.

—¿Cree usted que se mudó para que nos fuera más difícil encontrarlo? —preguntó Berrocal.

—No, no creo que lo planificara con tanta antelación. Y puede que no se fuera de su casa por propia voluntad. Quizá lo haya hecho porque el edificio

estaba siendo remodelado como parte de algún plan turístico. Eso habría sido considerado por su parte como una provocación muy irritante. Si fuera eso lo que sucedió, podría haber sido el factor que le llevó a incurrir en el asesinato. Lleva tiempo acumulando odio, a juzgar por el tiempo que cubren los delitos anteriores. Quizá la promoción turística ya llevaba tiempo planificándose y había estado luchando contra ella. Y al final perdió. Entonces decidió vengarse en las personas que considera responsables.

Fiona se arrellanó en su asiento.

—Sé que puede parecer poco probable, pero como móvil psicopático para cometer un asesinato es igual de coherente que cualquier otro. Y en estos sucesos tiene un sentido distinto al de las teorías convencionales del homicidio sexual.

—la manera en que lo explica sin duda es lógica —reconoció Barrocal—. ¿Puede imprimir estos mapas para que los veamos mejor? Me gustaría empezar con esta línea de investigación cuanto antes.

Fiona asintió:

—Por supuesto. También estoy escribiendo un informe completo que incorpora todo el razonamiento. Incluiré un perfil de conducta básica del autor.

Berrocal frunció el entrecejo.

—Creía que usted no aprobaba el análisis de conducta.

—Aislado, creo que su valor es muy escaso. Pero cuando lo añades a las relaciones entre los crímenes y

los perfiles geográficos, puede ser de gran ayuda.

Berrocal parecía escéptico.

—Muy bien, ¿y para cuando tendrá usted el informe?

—Debería de terminarlo hoy.

—Bien. Entonces podré repartirlo entre los miembros del equipo de investigación mañana a primera hora. Me gustaría que asistiera a una reunión informativa con ellos para responder a cualquier pregunta u objeción que se presente.

Fiona dijo:

—Me encantaría.

Berrocal se levantó.

—Y después supongo que querrá usted regresar a Inglaterra.

Fiona sonrió.

—Supone bien, no creo que pueda serle útil en nada ahora, de modo que me puedo ir a casa.

Asintió con la cabeza.

—No le robaré más tiempo para que termine su informe —dijo—. Gracias.

—De nada —respondió distraídamente, pues su mente ya estaba trabajando en la siguiente tarea.

Cuanto antes terminara con aquello, antes podría pensar seriamente en regresar a casa.

II

Nunca sabía cuánto duraría. Por eso tenía que saborear cada momento, como cuando un niño abre sus regalos de Navidad, sin saber cuál de las cajas envueltas en papel de colores esconde el regalo que realmente importa. El truco consistía en que la intensidad aumentara de forma gradual hasta llegar al clímax. Pero, a veces, no sucedía así, y aborrecía esa pérdida del control absoluto, aborrecía la ira que hervía en sus venas cuando aquellas putas le decepcionaban, cuando no lograban resistir lo suficiente para que él pudiera extraer cada gota de placer de su dolor. La muerte debería ser el momento final del crescendo, *no un triste* diminuendo *que dejaba al espíritu insatisfecho.*

Por eso trabajaba con tanta entrega, a la perfección. La experiencia le había enseñado que cada fase derramaba su propio sabor particular, desde el primer momento en que la elegía hasta el último, cuando la abandonaba. El secreto estaba en la planificación. El gusto de la previsión era casi tan agradable como el espectro de sensualidad que le proporcionaba la perfecta ejecución de su plan. También lo era la satisfacción de observar cómo los débiles mentales se enfrentaban a él, luchando contra su obra con múltiples escaramuzas hasta tener que admitir el fracaso inevitable.

Al principio, sus rivales habían sido tan poca cosa

como los grillos que chirrían toda la noche fuera de esta casa más segura que todas. Los ignorantes agentes del sheriff, *que a lo sumo habían investigado nada más que jodidos atracos en el Seven Eleven, no tenían ninguna posibilidad de acercarse a él. Sabía que las probabilidades de que llegaran a rellenar un informe VICAP y archivarlo en el FBI eran remotas. Todo ese papeleo, interfiriendo con el consumo de hamburguesas, de helados de Dairy Queen y de cervezas... imposible.*

Un desafío tan insignificante no podía durar para siempre. Él lo sabía. Había contado con eso. Se había propuesto desde el principio la meta de ganarle a los mejores, de modo que no había ninguna verdadera satisfacción en dar quince y raya a los imbéciles que trabajaban en el orden público de los pequeños pueblos, por el simple hecho de que carecían de talento para hacer algo más trascendental con su vida. Ellos creían conocer muy bien su territorio, pero ello no le había impedido entrar en él para robarles las mujeres delante de sus narices. Su triunfo más grande, hasta ahora, había sido la número cinco. La Quinta era la hija del sheriff *de un pequeño pueblo de Nebraska.*

Como de costumbre, la sacó de su propia casa. Fue un sábado por la noche, y sus padres habían salido para asistir a una cena benéfica en honor del candidato republicano local que aspiraba a la elección al Senado. Sin pensárselo dos veces, la chica abrió la puerta en cuanto vio el uniforme de la patrulla de

carreteras. Resultó risiblemente fácil tumbarla en el suelo propinándole un solo puñetazo en la cara. Atada de pies y manos, pasó la noche en el maletero mientras conducía por la carretera interestatal, estimulado por la adrenalina y la nicotina.

Antes de media mañana, había llegado a su casa. Rodeada por un espeso bosque, lejos de miradas indiscretas, la metió en la casa y empezó a convertirla en su esclava. Encadenada a un banco de su taller, La Quinta aprendió que hay muchas formas de infligir dolor. El dilatado escozor que produce el lento corte de una navaja. El desarrollo de una quemadura, que avanza desde un dolor intenso hasta una ola rugiente de dolor extendiéndose hacia dentro, mientras despide un olor a barbacoa de carne asada. La agonía ardiente de la carne obligada a dar más cabida de la que puede. El dolor insoportable de un hueso roto al que nunca se da tiempo para que suelde. La angustia apagada de un golpe estratégicamente propinado en los órganos que están debajo la piel. Tardó días en morir.

Él había gozado de todos y cada uno de ellos.

Entonces la devolvió a su casa. No hizo todo el recorrido, por supuesto. Eso habría sido imprudente. La llevó hasta la primera curva que estaba al otro lado del condado para que el siguiente conductor que pasara la aplastara bajo unas ruedas que no esperaban encontrarla allí.

La Quinta por fin hizo que prestaran atención de verdad. Él había leído lo suficiente como para saber lo

que había sucedido después. Una urgente solicitud a los federales luego una búsqueda informatizada a lo largo del país para encontrar similitudes. En cuanto se dieran cuenta de que iba en serio, la maquinaria se pondría en marcha. Tal como había previsto, llegaron los bien trajeados. Y luego, finalmente, ella aterrizó para enfrentarse a un bosque de cámaras en el aeropuerto.

Ahora por fin el juego había comenzado.

Jay Schumann estaba en el pueblo. La doctora Jay Schumann, la psicóloga forense que había dado la espalda a una carrera privada y lucrativa para convertirse en la famosa caza cerebros del FBI. Ella sola había restablecido la deslustrada imagen de los perfiles psicológicos con una serie de éxitos espectaculares. Jay Schumann, con aquellos ojos intensamente oscuros que contrastaban tanto con su pelo rubio brillante, era una oportunidad para hacerse unas fotos capaces de prestarle un rostro humano a los típicos trajes de los ejecutivos. Jay Schumann, cuyo encanto persuadió a sus jefes de que debían utilizar sus técnicas con los medios de comunicación aparte de con los criminales.

En los veinte años que habían transcurrido desde que a ella la habían humillado tan grosera e innecesariamente la noche del baile de graduación del instituto, ambos habían hecho un largo recorrido desde su pequeño pueblo de Nueva Inglaterra. Pero él nunca había olvidado, ni había perdonado, el latigazo de su

desprecio, que le había marcado, distorsionando su vida para siempre.

Las primeras cinco constituían su aprendizaje. Las próximas quince perfeccionarían su arte. Una por cada año perdido. Y entonces, sólo entonces, permitiría que Jay Schumann se enfrentara cara a cara con su venganza profesional y personal.

Aún le quedaba un largo recorrido para llegar a ese momento. Pero ahora Jay Schumann estaba en el caso. Por fin la venganza podría comenzar de verdad.

CAPÍTULO 14

Fiona echó un último vistazo a sus apuntes y luego contempló el aula magna medio vacía. «En resumen, aquel antiguo y espantoso misógino que fue san Pablo dijo: "Cuando era niño, hablaba como un niño, entendía como un niño, pensaba como un niño; pero cuando me convertí en hombre; guardé mis cosas infantiles". Al igual que hacemos la mayoría de las personas.

»Pero el psicópata es diferente. La mayor parte de las personas llegamos a comprender que no somos el centro del universo y que otros pueden compartir el primer plano en la historia de nuestras vidas. La personalidad psicopática nunca hace este ajuste. Según su perspectiva limitada del mundo, los otros existen a un nivel subhumano. Su única función es la de atender

a las necesidades y satisfacer los deseos del propio psicópata.» Esbozó una sonrisa astuta. «Por eso son grandes industriales y tan buenos magnates.» Desalentada y arrepentida, comprobó que su comentario había suscitado pocas sonrisas. Probablemente porque la mitad de ellos ya tenían como mayor ilusión el deseo de pertenecer a esa clase de profesional. Así de serio es el estudiante moderno.

«De modo que, para desarrollar cualquier clase de comprensión del psicópata criminal —continuó Fiona—, hemos de aprender a dar un paso hacia atrás en el tiempo. Os dejo con esta cita, también extraída de ese texto psicológico fascinante, la Biblia: "A no ser que se vuelvan niños pequeños, no entrarán en el reino del cielo". O, como tan a menudo descubrimos en nuestro tipo de trabajo, el reino del infierno. —Inclinó la cabeza breve y cortésmente—. Gracias, damas y caballeros. Nos vemos a la misma hora, la semana que viene.»

Cabizbaja, Fiona reunió sus papeles mientras los estudiantes salían, oyendo sus murmullos apagados en el aire. Ella se preguntaba cuánto los había decepcionado. Estaba segura de que una parte significativa de los alumnos se había matriculado en su curso sobre la mente criminal porque habían quedado encandilados por *El silencio de los corderos*. Esperaban encontrarse con alguna Jodie Foster abastecida de instinto e intuición y, en vez de eso, se enfrentaban a seminarios llenos de estadísticas y se les exigía unas pruebas dominadas por el rigor intelectual. El índice de

alumnos que no terminaban el curso preocupaba al administrador de la facultad, pero no a Fiona. A ella nunca le habían interesado las mentes confusas.

Una especie de sexto sentido hizo que levantara la vista, y una sonrisa automática inundó su rostro cuando vio la complexión corpulenta de Kit avanzando hacia ella por el pasillo que dividía en dos las hileras de sillas. Él le devolvió la sonrisa y apoyó los antebrazos en el borde de la tribuna, mientras ella acababa de meter ordenadamente los apuntes de su clase magistral en un maletín.

—Un final bonito —dijo él—. Me gusta la imagen del asesino psicopático como Peter Pan. El chico que nunca madura.

—Bueno, es una comparación interesante. Con un poco de trabajo, podría hacer algo con eso. El capitán Garfio y los niños perdidos. Wendy como figura materna... Gracias, Kit, creo que te voy a robar la idea. Y bien,¿a qué debo este placer? —preguntó Fiona, bajando del podio y rozándole la mejilla con un beso.

—Hoy voy como un tren, y se me agotó el vapor hace más o menos una hora. Y recordé que hay una fiesta para lanzar el nuevo libro de Adam Chester en la Crime in Store* a las seis. Pensé pasarme por aquí, por si querías acompañarme.

Kit empezó a caminar a su lado, saliendo del aula.

---

*Juego de palabras *store* es tienda, pero la locución *in store* significa «lo que le espera a uno». (*N. del T.*)

—¿No habrás olvidado que hemos quedado para cenar en casa de Steve esta noche, verdad? —preguntó Fiona.

—No tenemos que estar allí hasta las ocho. Pensé que, de camino, podríamos tomarnos unas copas a cargo de la editorial. Dejarme ver y que todos recuerden que sigo siendo un aspirante. Tu decides, amor. Si tienes demasiado qué hacer, te veré en casa de Steve más tarde.

Kit le rodeó la cintura con un brazo y la estrechó brevemente antes de salir al atrio del edificio de la Facultad de Psicología.

Fiona se quedó pensando un momento. No tenía nada urgente que hacer salvo corregir alunas redacciones, y éstas podían esperar al día siguiente por la mañana.

—Déjame pasar por el despacho y, si no ha surgido nada urgente de última hora, vamos.

La librería especializada en relatos de misterio estaba abarrotada de autores, coleccionistas y lectores de las novelas de Adam Chester, complejas y espléndidamente escritas, que giraban en torno al procedimiento policial de los años cincuenta.

Para esta novela, la décima de la serie, su editorial había preparado una nueva edición de todos sus libros de bolsillo anteriores con nuevas sobrecubiertas, cuyas fotografías difusas evocaban el ambiente oscuro y

melancólico de las obras. Su editor y publicista se encontraba orgullosamente al lado de una muestra de las portadas, repartiendo sonrisas de ánimo a los compradores potenciales.

En cuanto Kit entró, tres mujeres entusiastas lo rodearon. Nunca faltaban a ninguna presentación de novelas policíacas en la capital y, al parecer, adoraban a Kit más que a cualquier otro autor. Fiona se lo dejó a ellas, y se abrió paso lentamente entre la multitud, hasta conseguir un vaso de vino blanco. Kit era un profesional; les dedicaría suficiente tiempo para reforzar su imagen de persona accesible y divertida antes de deshacerse de ellas y participar en un buena charla con amigos y compañeros de trabajo. En cuanto a ella, estaba más que contenta de ocupar el segundo plano y ver cómo él se desenvolvía en aquel mundillo.

—Es un profesional de verdad —murmuró una voz de admiración a su oído.

Fiona enseguida reconoció el refinado tono de Edimburgo de Mary Helen Margolyes y se volvió para saludarla con un beso.

—Mary Helen, qué sorpresa más agradable —dijo con sinceridad. A pesar de sus melodramáticos misterios jacobitas con la hermana menor de Flora Macdonald como protagonista, a Fiona le caía bien Mary Helen, sobre todo por su lengua mordaz—. ¿Qué viento te ha traído hasta aquí desde las Highlands?

—Ah, tuve que bajar para hablar con un espantoso y pequeño hombre de la BBC que está haciendo una

serie televisiva de los libros sobre Morag Macdonald.

—Pero, son buenas noticias, ¿no?

Mary Helen hizo una mueca como si hubiera mordido una almendra amarga.

—No dirías eso si supieras quién va a interpretar el papel de Morag.

—Cuéntame lo peor.

Fiona había pasado suficiente tiempo en compañía de escritores como para saber qué era precisamente lo que más les gustaba oír.

—Rachel Trilling —dijo Mary Helen con la voz henchida de desaprobación.

—¿Ella no es...? —Fiona se esforzaba en ubicar el nombre—. Es la cantante de los Dead Souls, ¿no es así?

Mary Helen arqueó las cejas.

—¡Dios mío! —exclamó—. Por fin he encontrado a alguien que sabe quién es ella. Pero bueno, ¿qué se puede esperar de un productor que cree que una escarapela blanca es un pájaro tropical?

—Ay, Mary Helen. Lo siento —dijo Fiona.

—Tendré que seguir los consejos perennes de Kit y coger el dinero y salir a gatas —dijo Mary Helen con una sonrisita sombría.

—Pero, aparte de eso, ¿cómo te va?

—Todo mejoraría infinitamente si me pasaras otro vaso de vino —dijo Mary Helen.

Fiona obedeció, pero, antes de que pudieran seguir hablando, el encargado de la tienda comenzó su presentación de Adam Chester.

Adam habló breve e ingeniosamente de su nuevo libro, y luego leyó un fragmento de la obra durante quince minutos. Tras unas cuantas preguntas del público, llegó el momento de firmar los ejemplares.

Mientras los compradores formaban una cola frente a la mesa de Adam, Kit echó un vistazo por la sala.

—Vaya —le dijo a Nigel Southern, un joven autor de relatos negros en clave de humor, con quien había estado hablando—. Debería irme y rescatar a Fiona de las garras de la loca de Mary Helen.

Nigel enarcó las cejas perfectamente acicaladas.

—Pensaba que esa dama tuya era más que un rival para la arpía de las Highlands. Y a propósito, ¿cómo se vive con alguien que se pasa la vida fisgoneando en las pervertidas fantasías de los psicópatas?

—Te parecerá raro, pero no hablamos tanto de eso. Tenemos una vida —dijo Kit—. Además, no es eso lo que hace. Utiliza el análisis informático, no el psicológico.

Nigel negó con la cabeza lastimosamente.

—Yo no podría soportarlo. Quiero decir, debe de ser como vivir con la persona más obsesionada por el control. ¿No está siempre diciéndote que te equivocas?

Kit le propinó un jovial puñetazo en el hombro.

—No tienes ni puta idea de cómo viven los adultos, ¿a que no? Escucha, Nigel, si algún día tienes la suerte de conocer a una mujer con la mitad de la inteligencia, genio y belleza de Fiona, hazte un favor: apúntate a un curso de entrenamiento antes de pedirle una cita.

Sin esperar la réplica, Kit se abrió paso entre el

gentío y envolvió a Mary Helen con un gran abrazo de oso.

—¿Qué tal la reina de las cañadas escocesas? —preguntó, plantándole un beso resonante en la mejilla.

—Mucho mejor ahora que os he visto a Fiona y a ti. Para ser honesta, la razón principal por la cual vine aquí esta noche era la esperanza de ver algunas caras alegres. Todo este asunto de Drew Shand ha enlutado terriblemente a la comunidad escocesa de autores de novelas policíacas. Todos llevamos dos semanas telefoneándonos cada dos días, para asegurarnos de que seguimos vivos.

—Qué melodramática eres, Mary Helen —bromeó Kit.

—Hablo en serio, Kit —protestó Mary Helen—. Ha sido un golpe terrible para nosotros.

—Pero seguramente no hay ninguna amenaza para los demás, ¿verdad? —preguntó Fiona—. Pensé que la policía estaba más o menos convencida de que lo había asesinado alguien con quien Drew había ligado aquella noche en ese bar de gays, ¿cómo se llamaba?

—El Barbary Coast —aclaró Kit—. De modo que, a no ser que tengas una vida secreta en la sociedad sadomasoquista y de la cual nosotros no sabemos nada, lo más probable es que estés a salvo —continuó, poniendo un brazo reconfortante sobre los hombros de Mary Helen.

—Ojalá pudiera decir que hago algo tan emocionante —dijo Mary Helen, mordaz—. Pero no está

tan claro, ¿verdad? O sea, Drew fue asesinado precisamente de la misma manera en que él había asesinado a una de sus víctimas ficticias. Es difícil evitar pensar que quien lo asesinó tenía alguna especie de fijación morbosa con el género. Tú sabes de estas cosas, Fiona. ¿No dirías lo mismo?

Bajo la presión de la penetrante mirada azul de Mary Helen, Fiona se encogió de hombros.

—Es difícil saberlo. Yo sé tanto del caso como cualquiera que haya leído los periódicos y navegado en la red.

—Has de tener algo así como una teoría —la presionó Mary Helen—. A fin de cuentas, ése es tu campo de trabajo. Venga, no seas tímida, aquí estás entre amigos.

Fiona hizo una mueca.

—Para mí, todo el asunto parece tener las características de un agresor sexual asesino. Alguien que se obsesionó con Drew y con su obra hasta tal punto, que la única manera en que pudo resolver su compulsión fue destruyendo el objeto de la misma. Y el hecho de que Drew le hubiera proporcionado el guión perfecto fue simplemente el elemento menos afortunado de la situación. Si no me equivoco, los demás estáis tan a salvo como lo estabais antes de la muerte de Drew. Los agresores sexuales generalmente no transfieren sus obsesiones a nuevos blancos.

—¿Ves, Mary Helen? Ahora puedes dormir tranquila por las noches —dijo Kit.

—Eres un mierdecilla condescendiente, Kit Martin —dijo Mary Helen, haciendo como si le diera un puñetazo en el hombro—. Gracias, Fiona. Sí que me siento mejor después de oírte, y lo haré circular entre mis colegas de las tierras altas.

—Espera un minuto, Mary Helen —protestó Fiona—. Yo no sé nada seguro. Lo que acabo de decir no son más que especulaciones.

Mary Helen sonrió de oreja a oreja.

—Puede que sí, pero tiene más sentido que los lugares comunes que hemos estado oyendo de la policía. Ahora, os voy a dejar porque tengo que irme a conferenciar con mi publicista, si es que ella puede librarse de Adam un minuto.

Mientras la veían alejarse, Fiona negó con la cabeza, exasperada:

—Siempre me pilla. Sólo tiene que mirarme con esos parpadeos y esos hoyuelos y ya me puede manipular a su antojo.

—No te lo tomes tan mal. Le hace lo mismo a todos —dilo Kit, alargando una mano para coger una copa de vino—. A todos nos engaña con su imagen de la «viejecita» de Mary Helen. Además, creo que realmente necesitaba que la tranquilizaran. No bromea cuando habla de cómo se encuentra la gente después de la muerte de Drew. El editor de Adam acaba de decirme que Georgia se niega a hacer la gira publicitaria de su nuevo libro, el mes que viene, a menos que la editorial le proporcione un guardaespaldas.

Fiona soltó un resoplido.

—La única forma de que Georgia Lester pierda la oportunidad de promocionarse descaradamente es que alguien le cosa la boca. Tú lo sabes. ¿No te acuerdas de cuando llegó a Waterstone's, en Hampstead, con un perro rastreador, después de lo de la bomba del IRA en Docklands?

Kit sonrió.

—Siempre estás atacando a Georgia, ¿eh?

—Es porque yo, a diferencia de ti, no recibo los beneficios de sus encantos. Soy del sexo equivocado.

Él abrió las manos.

—No es culpa suya, amor. Tú conoces a Georgia. Cuando se le ocurre alguna idea, se deja llevar. Además, según el editor de Adam, no los deja en paz. Está amenazando con venderle su próximo libro a otra editorial y con decirle a la prensa que teme por su vida porque la editorial no la protegerá.

—Sé que es colega tuya, pero si dedicara a su escritura la mitad de la energía que dedica a la autopromoción, sus libros habrían mejorado, en vez de haber empeorado con el paso de los años —dijo Fiona cínicamente.

Kit se llevó un dedo a los labios.

—Calla. No digas eso en voz tan alta. Podrías darle ideas a sus editores. Después de todo, no hay nada como una muerte dramática para mejorar las ventas. Me han dicho que los anticipos del nuevo libro de Drew se han doblado desde su asesinato.

—¿Por qué no me sorprende eso? —suspiró Fiona—. Quizá deberías decírselo a la poli. Nosotros qué sabemos, a lo mejor Drew podría haber estado pensando en cambiar de editorial. Un editor que, de todos modos, lo iba a perder bien podría haber considerado producir un último aumento en su estado de cuentas.

Kit negó tristemente con la cabeza.

—¡Qué opinión tan baja de la industria editorial! ¿De dónde la habrás sacado?

—He pasado demasiado tiempo entre escritores. Amarga la noción de la bondad humana.

Kit captó su pulla con una vaga sonrisa.

—De modo que, ¿de verdad crees que el asesino de Drew no volverá a atacar? ¿O simplemente estabas siendo amable con Mary Helen?

Fiona se encogió de hombros.

—Si pudiera prever el futuro con tanta exactitud, ya me habría tocado la lotería. Honestamente, no lo sé. Pero si lo hace, no se dirigirá a alguien que escribe alegres «cubreteteras» como Mary Helen. Estará buscando a alguien en el lado más oscuro de la calle.

La cara de Kit se congeló.

—Quieres decir, ¿alguien como yo?

—¿De verdad me estás diciendo que no se te había ocurrido?

Un hombre con chaqueta de tweed, al que ignoraban

quienes le rodeaban, observaba a Kit Martin desde el otro lado de la sala. Fuera cual fuera el tema de conversación con su novia, lo había alterado, eso era evidente. Había abierto los ojos y la cara se le había convertido en una máscara rígida. Bien, pensó el hombre con profunda satisfacción. Le gustaba comprobar que Martin se sentía incómodo.

Si todo seguía según el plan, Martin debía de tener buenos motivos para preocuparse. Debajo del bigote y la barba que lo cubrían, el labio se le contrajo en una expresión de desdén casi imperceptible. Vio cómo Martin cogía a su novia por el codo y la guiaba a través de la librería abarrotada hasta la puerta. Apenas se detuvo para despedirse de sus colegas, observó. Evidentemente, las palabras de la mujer lo habían puesto muy nervioso.

Una vez que el objeto principal de su odio hubo desaparecido, se deslizó entre el gentío hasta la mesa donde estaba el vino. Alargó un vaso para que se lo rellenaran, asintió con la cabeza en un gesto de agradecimiento y desapareció en un segundo plano. Quedaban unos cuantos autores, pero estaban situados por debajo de su desprecio; no merecían su atención. La opinión que tenía de sí mismo era tal que sólo le interesaban los mejores. Por supuesto, ése siempre había sido el problema. Ahora lo veía. Eran ellos los que estaban bajo presión para producir la mercancía, lo cual explicaba por qué le habían hecho lo que le habían hecho.

Pero eso ya pertenecía al pasado. Lo que ahora le interesaba era el desquite.

CAPÍTULO 15

En el taxi que los conducía a la casa de Steve, Kit permanecía callado, lo cual no era habitual en él. Fiona lo conocía demasiado bien como para intentar obligarlo a hablar de lo que le preocupaba. Eso sólo le empujaría a negar hoscamente que hubiese algo que le preocupaba. En vez de ponerle aún más incómodo presionándolo, ella le cogió la mano y no dijo nada. A mitad del camino, en la calle Pentonville, por fin habló él.

—Sé que es difícil creerlo, pero realmente no se me había ocurrido que el asesino de Drew pudiera venir a por mí —dijo, apoyando la cabeza contra el respaldo del asiento y suspirando—. ¿Soy idiota o qué?

—Esta es la respuesta sana —dijo Fiona—. ¿Por qué deberías imaginar que tú serás la próxima víctima de un asesino que atacó a seiscientos kilómetros de aquí? Si —y sigue siendo una gran incógnita— la muerte de Drew es la primera de una serie, no sabemos qué fue lo que lo convirtió en un blanco atractivo. ¿Fue el hecho de que era gay? ¿Su obra? ¿Algo de su pasado que ignoramos por completo? ¿Acaso fue la atracción que sentía hacia

el lado oscuro de la sexualidad? Todos estos son factores imponderables y sólo uno de ellos podría aplicarse a ti. Estadísticamente, el riesgo que corres de convertirte en víctima de un asesino en serie es casi inexistente.

—Aun así, pensaste que se me habría ocurrido que yo pudiera estar en la lista de sentenciados a muerte de algún zumbado —dijo Kit severamente—. Después de todo, se supone que soy yo quien tiene imaginación. Pero eres tú la que lo pensaste.

Fiona le apretó el brazo.

—Sí, pero mi manera de ver el mundo es incluso más jodida que la tuya. Además, soy tu amante. Tengo derecho a preocuparme de forma irracional por ti.

Kit gruñó, rodeándola con un brazo y atrayéndola hacia él.

—¿No te molesta nunca eso de tener siempre la razón?

Ella sonrió.

—Hay que descubrir qué es lo que se le da bien a uno y aferrarse a eso. Y como acabas de admitir que tengo derecho a preocuparme, tienes que prometerme que no hablarás con desconocidos.

Kit soltó un resoplido.

—Es una promesa fácil de cumplir. Al menos hasta que salga el nuevo libro.

El taxi frenó frente a la casa de cuatro plantas del barrio de Islington, donde Steve tenía un piso con jardín. Podía permitirse algo más grande, pero pasaba tan poco tiempo en casa que no le veía sentido a

mudarse de un lugar que satisfacía sus necesidades a la perfección. Dos habitaciones, una de las cuales también acogía su estudio; una cocina americana cuyas puertas daban al jardín y una sala lo bastante grande como para admitir dos sofás y un sillón; eso era todo lo que le hacía falta. El decorado era sencillo. A Fiona le encantaba la economía del estilo, pero Kit detestaba su pureza clínica. Ambos sospechaban que Steve apenas se fijaba en lo que lo circundaba. Mientras el entorno fuera funcional, él estaba contento.

Los tacones bajos de Fiona sonaron contra los peldaños de piedra que bajaban hasta la entrada del sótano. Mientras la seguía, Kit admiraba su cabellera, iluminada por las farolas, que la bruñían hasta hacerle adquirir un precioso tono castaño. Ella era, pensaba, más bella de lo que él se merecía. La alcanzó cuando oprimía el timbre, la envolvió en sus brazos y le besó el cuello.

—Te amo, Fiona —dijo con voz ronca.

Fiona soltó una carcajada:

—Como si no lo supiera.

Steve abrió la puerta y miró sonriendo desde su altura.

—Vamos, sed decentes —avisó—. Algunos tenemos que vivir aquí.

Lo siguieron por el estrecho pasillo hasta el comedor, donde había una mesa servida con un surtido de panes, quesos, patés y ensaladas. El aroma a puerro y patatas impregnaba el aire. Steve vivía a base de

sopas. Siempre había una olla en la cocina, al lado de la caldera, que contenía los ingredientes del próximo brebaje.

A Kit le divertía burlarse de las limitaciones culinarias de Steve, pero no le quedaba más remedio que admitir que hacía algunas de las mejores sopas que había probado. Además, su repertorio no era nada restringido y probablemente experimentaba más con las combinaciones de sabores que el propio Kit.

—Es que siempre está con un bol y una cuchara —se había quejado en una ocasión—. Es tan previsible.

—Al menos a mis invitados no les hace falta hacer una carrera de ingeniería civil para cenar —había rugido Steve—. Me acuerdo de mi primera alcachofa en tu casa. Además, dada la vida que llevo, necesito algo al instante cuando entro por la puerta, y mi sopa es mucho más sana que un bocadillo de beicon.

Pero esta noche nadie estaba interesado en discutir a propósito del menú. Dos semanas después de haber regresado de Toledo, Fiona por fin encontraba un hueco para concentrarse en el dossier de la operación trampa que la Policía Metropolitana había montado en contra de Francis Blake. Tras insistir en que sus opiniones eran extraoficiales, ella había sugerido esbozar la conclusión mientras cenaban. De modo que, por una vez, había un aire de tensa expectativa entre ellos mientras se sentaban y Steve servía el tinto en las copas.

—Primero la sopa, y luego iremos al grano —dijo Fiona.

Steve esbozó una sonrisa irónica.

—Lo que usted diga, doctora. —Llenó los platos con una *vichyssoise* aún humeante—. Bueno, ¿y de qué tema superficial podemos charlar?

—¿Qué tal va tu vida amorosa? —sugirió Kit.

—Eso ocupará unos diez segundos en total —dijo Steve. Levantó su cuchara y la examinó con ojo crítico—. Mi vida amorosa es como el monstruo del lago Ness: los rumores acerca de su existencia son muy exagerados.

—¿Qué pasó con esa abogada con la que saliste a cenar la semana pasada? —preguntó Fiona.

—A ella le interesaban más las reglas que rigen la revelación de pruebas que yo —dijo Steve—. He pasado noches más interesantes con el comandante y su mujer.

Kit silbó:

—¡Qué bien! ¿Eh?

—Vaya, supongo que tampoco me encontró muy interesante a mí —dijo Steve, llevándose una cucharada de sopa a la boca.

—El problema con nosotros tres es que, cada uno a su manera, tenemos una fascinación morbosa hacia la muerte violenta —dijo Fiona—. Quizá Kit te podría conseguir una cita con alguna escritora de novelas policíacas sexy.

Kit balbuceó:

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo. Una vez descartadas las que ya tienen pareja, las que se interesan seriamente por las drogas y los marimachos, no quedan muchas.

—Además, tú no podrías soportar la competencia —agregó Steve.

Terminado el primero, Steve retiró los platos y Fiona extrajo unas páginas de apuntes de su maletín.

—Tengo que confesar que el material que me diste me pareció interesante —dijo—. También lo es por las interpretaciones que Andrew Horsforth impuso a la fuerza. Es una lección sobre lo que ocurre cuando haces que la teoría vaya por delante de los hechos. En cierto sentido, las conclusiones a las cuales llegó eran válidas. Sí, eso es, se va por los cerros de Úbeda e ignora lo que es importante. Si consideramos una serie de conclusiones como un continuo que va desde lo más hasta lo menos probable, él ha optado con frecuencia por lo que es menos probable, porque eso respaldaba el punto de vista con el cual había empezado, es decir, que Francis Blake era el asesino.

—Pero, como eres lista, tú has partido de la premisa opuesta —dijo Kit con sarcasmo afectuoso—. A nadie le gusta una listilla, ¿sabes?

Fiona le sacó la lengua:

—Te equivocas. Comencé desde la posición neutra. Intenté desoír mi opinión de que Francis Blake no era el asesino. Me interesaba operar con la máxima objetividad posible.

—De lo cual nadie podría acusar nunca a Horsforth —dijo Steve—. Estarás contenta de saber que lo han quitado de la lista de asesores aprobados por el Ministerio del Interior después de nuestra debacle en el

Bailey.

—Eso es algo muy decisivo como para que provenga del Ministerio del Interior, ¿no te parece? —preguntó Kit con la boca llena de ensalada.

—Horsforth era una cabeza de turco más fácil que los agentes de policía de alto rango —comentó Steve—. Somos tan culpables como él de lo que sucedió, pero Dios quiera que no se lance más fango sobre la Policía Metropolitana en estos momentos.

—Van a rodar cabezas de subdirectores —observó Fiona cínicamente—. Antes de que te diga lo que creo, Steve, necesito que me contestes una pregunta. Aunque evidentemente yo sé más o menos dónde tuvo lugar el asesinato, nunca visité la escena del crimen, de modo que de esto no estaba segura. ¿Hay algún lugar en el Heath desde donde alguien pudiera presenciar el asesinato sin que lo viera el asesino de Susan Blanchard?

Steve hizo una mueca y miró al techo mientras reconstruía mentalmente el lugar del asesinato. Finalmente dijo:

—Encontramos el cadáver en una especie de hueco. Había una hilera de rododendros entre Susan y el camino. Luego estaba el claro donde la encontraron. Más allá, el terreno subía un poco hasta otra fila de arbustos. Supongo que alguien escondido entre aquellos arbustos habría podido evitar ser observado por un asesino resuelto a matar. Sin embargo, los agentes habrán buscado huellas dactilares en toda el área y no

recuerdo haber decir oído nada a los forenses que indicara la presencia de una tercera persona.

—¿Tú crees que Blake lo vio? —interrumpió Kit, incapaz de quedarse callado.

—Estás haciendo algo al estilo de Horsforth —dijo Steve—. Teorizar sin los datos. Es igualmente posible que fuera otra persona quien le contara a Blake lo que vio. Vamos a escuchar lo que tiene que decir Fiona.

Kit levantó la vista del plato.

—Me olvidaba. Tenemos que oír todo el discurso. Nada de saltar hasta el final para ver quién fue el culpable.

Negó con la cabeza divertido.

—¿Por qué cambiar la costumbre de toda una vida? —preguntó Fiona amablemente—. Vale, he aquí lo que pienso. Desde el principio, sabemos que estamos buscando a un criminal confiado. Esto lo sabemos porque Hampstead Heath es un lugar público, y el riesgo de alertar a los transeúntes con un crimen de tal violencia realizado en pleno día es alto. Por otra parte, la manera en que dejó expuesto el cadáver nos indica que estamos ante un hombre que, al menos en términos criminales, es un delincuente maduro. Los antecedentes penales de Blake son insignificantes y revelan poca evidencia de una escalada hacia ese tipo de delito. Esto fue lo primero que me hizo sentir incómoda ante la idea de considerarlo sospechoso principal.

—Espera un minuto —objetó Kit—. No puedes decir que, simplemente porque no tiene antecedentes

penales, no ha cometido la clase de delitos que pueden desembocar en el asesinato sexual. También podría ser que hubiera sido lo suficientemente listo o que hubiese tenido la suerte de que no lo pillaran.

—Es cierto —reconoció Fiona—. Y no descartaría a Blake sólo por eso. Tampoco lo descartaría basándome en el hecho de que entre el material pornográfico que la policía encontró en su piso, aunque algo sadomasoquista en cuanto al contenido, no había ninguna fotografía ni descripciones que tuvieran que ver con la manera en que dejó expuesto el cadáver. Pero de nuevo, ese detalle nos da que pensar, porque el asesino tuvo que formar esa imagen de alguna manera. Si no llegó a ella a través de material pornográfico, provenía de algún incidente de su pasado, más o menos del período en que se estaba formando su identidad sexual. Y en ninguna de las investigaciones de Steve se encontró nada comparable en la historia de Blake. De modo que, en mi opinión, este es otro signo de interrogación que pende sobre Blake.

Steve se inclinaba hacia delante, acodado en la mesa y absorto. Hasta entonces, Fiona no había dicho nada que él mismo no hubiera pensado. Pero siempre sentía que la forma convincente en que ella enlazaba las cosas las clarificaba, a veces reordenando los detalles hasta formar otra imagen. Intuía adónde iba a parar, y se preguntaba si Kit no habría tenido razón respecto a lo que les esperaba.

—Otra cosa que yo esperaría de este asesino es que

tuviera una capacidad heterosocial pobre —continuó Fiona—Pero de nuevo, esto no encaja con Blake. Él tenía novia, pero también se sentía cómodo poniéndose en contacto con mujeres desconocidas a través de los anuncios. Gracias a algunas de las mujeres, sabemos que logró practicar el sexo con ellas, aunque la mayoría consideró que era una pareja demasiado dominante como para querer prolongar la relación. De modo que aquí estamos ante un hombre que tiene un don para establecer relaciones sociales y sexuales con las mujeres.

—Mejor que yo —señaló Steve—. Pero tienes razón. Ése fue uno de los motivos principales por los cuales a mí nunca me convenció Blake como sospechoso. No era ningún frustrado virginal ni alguien con la cabeza programada para darles palizas a las mujeres a fin de lograr la satisfacción sexual.

—Yo sabía todo eso antes de leer las transcripciones de la provocación del delito —continuó Fiona—. Seguramente igual que tú, Steve. Sin embargo, a partir de la lectura de lo que pasó entre Blake y Erin Richards, se hizo claro que él sabía más del asesinato de Susan Blanchard de lo que podría haber averiguado por la prensa. Sabía, por ejemplo, que las manos estaban dispuestas como si rezara, con los dedos entrelazados, en lugar de apoyados unos contra los otros. Después de su detención, Blake siempre sostuvo que lo había oído en un pub, pero no pudo identificar a la persona que, según él, se lo había dicho. Bueno, a esto volveremos después.

Kit asintió con la cabeza. Se sentía tan fascinado como Steve ante la disección de Fiona. Estaba seguro de que había adivinado adónde iba a parar ella, pero eso no quería decir que no le interesara ver cómo justificaba sus conclusiones. Incluso después de todo el tiempo que llevaban juntos, aún le intrigaba el funcionamiento de su mente, tan analítica encontraste con su enfoque intuitivo.

—Que conste que nos tienes con la respiración verdaderamente contenida —dijo.

Sin dejarse distraer, Fiona no hizo caso y siguió.

—Ahora quisiera hablar de las fantasías que Blake esbozó en sus cartas y conversaciones con la detective Richards. A partir de mi experiencia, yo esperaría que el asesino tuviera unas fantasías muy específicas. Esperaría que el objeto de sus fantasías fuera una chica adolescente o una mujer de veintitantos años, como Susan Blanchard. Son más fáciles de manipular, tanto en la fantasía como en la realidad. En los escenarios que imagina, el asesino cosificaría a las mujeres. Fantasearía sobre el control, la sumisión, las actividades violentas que hagan que el objeto de su atención muestre un temor extremo. Se imaginaría amenazándola con un cuchillo, atándola, causándole dolor, cortándola, obligándola a suplicar que fuera compasivo con ella. —Fiona se detuvo y tomó un largo sorbo de vino—. Y, como la mató en un descampado, lo más probable es que concibiera que el ambiente para sus encuentros sexuales imaginarios fuera un parque o un bosque. Pero

esto no es lo que encontramos en las fantasías de Blake. Casi todas las que él proyectó sobre la detective Richards implicaban *voyeurismo*. Habla y escribe sobre una tercera persona que observa sus juegos sexuales, que se excita con ellos que a menudo participa. Estamos de acuerdo en que también hay algunos elementos destacados de sumisión y dominación, pero están mucho más en la esfera de lo lúdico que en la de causar dolor. Pero para mí lo más significativo es que todos los escenarios que Blake esboza para esa mujer con la cual quiere acostarse —mujer a la que ha estado llevando a pasear por los parques de Londres— son lugares que están bajo techo: La funeraria donde trabaja, el despacho de ella, un almacén abandonado, su piso. Ni una sola situación elaborada con detalle y pornográficamente descrita tiene lugar al aire libre.

—Y, por último —prosiguió— está la cuestión del material pornográfico que tus agentes encontraron en el piso de Blake. Es cierto que había mucho, tanto revistas como vídeos. Y que la mayoría se podría definir como porno duro, pues principalmente mostraba a jovencitas o chicas adolescentes. Pero, si el catálogo del expediente es correcto, entonces sorprendentemente poco de lo allí contenido enfoca el tema de la violación o el sadomasoquismo. Lo que sí aparece son los tríos y el *voyeurismo*. Además de algo de esa especie de fetichismo con correas, como de esclavitud sexual, que llaman *bondage*.

—Estás diciendo que Blake no encaja en el esquema

del crimen —dijo Steve francamente.

—Basándome en los resultados de tu investigación, yo creo que cualquier psicólogo cualificado y con la mente abierta llegaría a esta conclusión —coincidió Fiona.

—Hay más, ¿eh? —agregó Kit—. Tú crees que sabes lo que realmente sucedió, ¿verdad, Fiona?

Steve dejó de untar paté en el pan:

—¿Lo sabes?

Fiona jugueteaba con su servilleta.

—Eso no es lo que he dicho, Kit. No sé quién asesinó a Susan Blanchard. Pero apostaría mi reputación a que no fue Francis Blake. —Respiró hondo—. Sin embargo, creo que él vio al hombre que lo hizo. Blake es un *voyeur*, un mirón. Por eso contempla los parques de la forma en que lo hace. A él le gusta mirar. Yo creo que eso fue lo que sucedió aquella mañana en Hampstead Heath. Él estaba escondido en los arbustos esperando ver a una pareja haciendo el amor. Lo que en realidad acabó viendo fue algo muy diferente. Francis Blake estuvo allí presenciando cómo otra persona violaba y asesinaba a Susan Blanchard. Y fue la cosa más excitante que había visto nunca.

CAPÍTULO 16

El silencio que siguió a la conclusión de Fiona fue como el aire vacío que se produce tras la onda expansiva de la explosión de una bomba. A pesar de que Kit había adivinado adónde apuntaba ella al principio de la exposición, la certeza de su juicio lo dejó helado. Steve cerró los ojos y apoyó la cabeza en la palma de la mano mientras se acariciaba el caballete de la nariz con el dedo pulgar y el índice.

—Es un salto bastante grande, Fi —dijo en voz baja.

—Es lo único capaz de darle sentido a toda la información —dijo ella, cogiendo la botella y rellenando su vaso, como si se preparara para defender su razonamiento.

Steve alzó la vista y buscó los ojos de Fiona. Quería creer en lo que ella decía, entre otras razones porque le proporcionaría nuevas líneas de investigación en las cuales explorar. Pero era consciente de que sus sentimientos hacia ella siempre hacían que estuviera dispuesto a otorgarle el beneficio de la duda. Se había arriesgado defendiendo los informes de Fiona ante sus jefes, y había dado resultado en otras ocasiones. Esta vez, sin embargo, su propio futuro dependía de lo que hiciera con el caso de Susan Blanchard. Si lo estropeaba todo incluso más de lo que ya lo había hecho, su trabajo habría terminado. Nadie lo criticaría si dejaba que el caso se deslizara hasta las regiones de los que quedan

sin resolver. Pero, si se arriesgaba e investigaba las posibilidades sugeridas por la teoría de Fiona, entonces tenía que estar seguro de que lo haría bien. Tosió:

—Otra posibilidad es que Blake sea totalmente inocente.

Fiona negó con la cabeza.

—Demasiadas casualidades.

Ella enumeró los factores contando con los dedos.

—Sabemos que estaba en el Heath aquel día. Sabemos que es un mirón que tiene fantasías. Y sabemos que conoce cosas de la víctima que nunca fueron del dominio público. No es creíble que el único hombre que casualmente estaba en el Heath aquella mañana sea también el único a quien le explicó en un pub, un desconocido sin identificar, cómo estaba colocado el cadáver de Susan Blanchard. Todos los motivos por los cuales Blake fue sospechoso desde el principio tienen otra interpretación: que él vio lo que sucedió.

—Si estás en lo cierto, y me parece razonable lo que dices, la ironía es que Francis Blake podría ayudar realmente a la policía en sus investigaciones —dijo Kit—. Él sabe más de ese asesino que cualquier otra persona.

—Si lo hubierais tratado como testigo ocular en vez de como principal sospechoso la primera vez que lo entrevistasteis, el día después del asesinato, es posible que las cosas hubieran ido de otra manera. Pero... —Fiona se encogió de hombros—. Lo más probable es

que no.

Steve suspiró:

—De una u otra manera, la hemos cagado. Fi, creo que podrías tener razón. No estoy totalmente convencido, pero habré de tenerlo presente.

Fiona le dirigió una larga mirada meditabunda. Estaba acostumbrada a que Steve acogiera sus ideas con más firmeza. Su cautela le hizo darse cuenta de la presión que debía de estar sufriendo en aquel caso. Ella no había querido implicarse, pero ahora se alegraba de haber hecho lo poco que podía para ayudar.

—Espero que te resulte útil —dijo, con más humildad de la acostumbrada cuando ofrecía su opinión profesional.

—Lo que no consigo entender —dijo Kit— es por qué Blake no soltó la verdad cuando lo interrogaron después de que le detuvieran. Quiero decir, era la salida evidente para él, ¿no te parece? «No fui yo, jefe, pero vi al tipo que lo hizo.»

—No era su salida, si tenía una confianza total en que el tribunal rechazaría el caso. No, si sabía que no habría ninguna evidencia forense que lo vinculara con un crimen que no había cometido —dijo Fiona—. Estaba asistido por un abogado, ¿no es verdad, Steve?

—Desde el primer momento. La primera entrevista que tuvimos después de la detención se redujo a un «sin comentarios». Luego, cuando presentamos la prueba, su abogado pidió una suspensión. Cuando regresaron, lo único que dijo Blake fue que había estado en el Heath

aquella mañana, que se le había pasado el tiempo sin darse cuenta, que iba a llegar tarde al trabajo y que por eso corría cuando lo vieron los testigos. En cuanto a lo que escribió y dijo durante la operación secreta, afirmó categóricamente que era pura fantasía, y nada más.

—De modo que, cuando tuvieron su charla en privado, el abogado le debió de decir que nunca tendríais pruebas contra él en un tribunal —dijo Kit, empezando a comprender—. Y el mierdecilla se quedó allí, pagado de sí mismo, porque sabía más de lo que vosotros jamás sabríais acerca de lo que le pasó a Susan Blanchard. ¡Qué cabronazo!

Fiona asintió con la cabeza.

—Probablemente pensaba que todo el asunto sería rechazado en el tribunal. Pero, en cambio, acabó pasando ocho meses en prisión preventiva. Y, para entonces, no tenía salida. Ya no podía retractarse y confesar lo que había visto, porque lo hubierais acusado de ser cómplice o encubridor de un crimen. Ahora debe de sentir una ira tremenda hacia la policía.

Kit se recostó en la silla.

—Ni hablar. ¿Lo viste por la tele? Está gozando con todo esto. Ha estado viviendo los mejores momentos de su vida. No sólo tiene ese poderoso recuerdo para repasarlo cuando le dé la gana. También tiene la satisfacción suprema de saber que ha dejado a la policía y a la CPS como idiotas.

—Es más, se lo van a pagar —rugió Steve—. Una enorme compensación del Ministerio del Interior por

encarcelación injusta, sin hablar de lo que le habrá sacado a los periódicos. —Suspiró profundamente—. A veces, este trabajo te da ganas de llorar.

Después de la amarga confirmación que Fiona le había comunicado y bajo la suave luz del comedor, los rasgos de su cara parecían incluso más severos que de costumbre.

Se produjo una larga pausa. De repente, nadie tenía ganas de comer. Kit cogió la botella y rellenó los vasos.

—Bien, ¿y qué se puede hacer a partir de aquí? —preguntó a Steve—. ¿Volver al principio? Si no fue Francis Blake, había otra persona en el Heath aquella mañana matando a Susan Blanchard. Tendremos que revisar las declaraciones de los testigos y volver a entrevistarlos a todos.

Kit soltó un resoplido:

—Sí, seguro. Como que Blake va a admitir lo que vio. —Hay una cosa que quizá querrás considerar —dijo Fiona, lentamente.

Steve alzó la vista, con los ojos atentos.

—¿Y qué es?

—Es posible que Blake haya logrado identificar al asesino. Podría haberlo reconocido posteriormente. Incluso podría haber visto al asesino fugarse en coche, tal vez hasta consiguiera apuntar la matrícula. Yo diría que, dado el triunfo que ha obtenido, es concebible que Blake se haya vuelto lo suficientemente confiado como para intentar chantajear al verdadero asesino. No sé si tendrás los recursos para esto, ya que oficialmente la

investigación está cerrada, pero, cuando regrese de las vacaciones en España, yo lo vigilaría de cerca. Pínchale el teléfono, abre su correo, lleva a cabo una vigilancia discreta, sigue los movimientos de su cuenta bancaria. Es poco probable, pero pudiera ser que Blake te lleve directamente a tu hombre.

Steve negó con la cabeza, dudando.

—Es muy poco probable, Fi. Además, nunca podré obtener una orden judicial para pincharle el teléfono basándome en esto. Lo más que podré hacer quizá sería una vigilancia menor.

—Eso es mejor que nada. ¿Qué otra posibilidad te queda?—terció Kit—. Está bien, sí, puedes volver a hablar con los testigos, como has sugerido. Pero, seamos realistas, ¿qué más vas a sacar de ellos después de tanto tiempo? Además, cualquier cosa que digan, estará bajo la influencia del bombardeo mediático que rodeó el momento de la detención y el juicio. Van a apoyarse aún más en la idea de que Blake es el hombre que buscas. Es humano. Me parece que tener pocas probabilidades es mejor que no tener ninguna. Si quieres redimirte del caso del asesinato de Susan Blanchard, yo diría que no hay elección.

—No tengo presupuesto —dijo Steve amargamente—. Se supone que estoy llevando a cabo una investigación discreta, denegada, lo cual quiere decir que apenas cuento con agentes y recursos. No hay manera de montar una operación como la que Fiona sugiere, aun cuando creyera que la puedo justificar.

—Quizás ha llegado la hora de pedir que te devuelvan los favores —dijo Kit—. Tiene que haber algunos miembros de tu equipo que te deben mucho. O que sienten que le deben algo a Susan Blanchard y a su familia. Sin hablar de todos los polis a quienes aún les duele lo que dijo la jueza. Yo apostaría que a unos cuantos no les importaría regalarte un poco de tiempo, no remunerado y extraoficial. Joder, si lo único que te hace falta es alguien que se siente fuera de su casa en un coche. Si es necesario, me ofrezco yo. —Sonrió—. Nunca te des por vencido, Stevie.

Steve negó con la cabeza.

—Me siento avergonzado. Fiona pasa horas analizando la operación de mierda de Horsforth y tú te ofreces para vigilar la puerta del cabrón número uno de la capital. Y lo único que yo hago es quedarme aquí, quejándome de lo difícil que va a ser. —Enderezó los hombros inconscientemente—. Gracias, amigos. Al menos, ahora tengo una nueva línea de investigación para motivar a la gente.

Kit levantó su copa:

—Brindemos por los resultados —dijo.

Steve le dirigió una sonrisa irónica:

—Por los resultados correctos.

Era pasada la medianoche cuando llegaron a casa. Kit dijo que estaba demasiado inquieto para dormir y demasiado achispado por el vino de Steve como para

escribir, de modo que iba a conectarse a Internet; tal vez encontrara a alguno de sus compañeros internacionales en cualquiera de los muchos juegos en los que participaba para relajarse.

—Son las siete en la costa este —murmuró Kit mientras se dirigía a su despacho—. Debe de haber alguien por ahí fuera dispuesto a que lo maten.

Fiona subió las escaleras hasta el ático. Dejaría los papeles allí, en su despacho, y luego iría a la cama para dormir siete horas dichosas. La luz intermitente del contestador le hizo detenerse un momento, cuando ya daba media vuelta para salir. ¿Escucharlo o no? El deber pudo más que el deseo, sobre todo porque era evidente que sólo había un mensaje.

Era de Salvador Berrocal, con su tono de voz firme amortiguado por la insonorización. «Creí que le gustaría saber que hemos identificado a un sospechoso de los dos asesinatos toledanos —decía—. Le envío los detalles por correo electrónico, pero quisiera hacerle saber cuanto antes que hemos hecho avances.»

—¡Bien! —exclamó Fiona cerrando la mano derecha y dándose un puñetazo en la palma izquierda.

Ahora experimentaba la misma inquietud que Kit. Dio dos pasos rápidos y ya estaba en el ordenador, donde accedió a su correo. Había media docena de mensajes, pero sólo uno que le interesara. Lo descargó y lo abrió enseguida.

De: Salvador Berrocal

<Sberroc@cnp.mad.es>
Para: Dra Fiona Cameron
<fcameron@psych.ulon.ac.uk>
Asunto: Asesoramiento toledano

Estimada doctora Cameron:
Por fin hemos logrado conseguir los detalles que necesitamos para avanzar.
Y de este modo hemos encontrado lo que creemos será un sospechoso. Se llama Miguel José Delgado. Es soltero y tiene veintinueve años. Hasta hace dos meses, era dueño de una pequeña tienda, donde principalmente vendía comestibles a los lugareños. El negocio iba mal, lo cual, según creía Delgado, se debía al hecho de que a los residentes del centro de la ciudad les obligaban a mudarse al extrarradio.
Él vivía en un pequeño apartamento en la trastienda. Los dueños del edificio querían venderlo a una cadena hotelera americana. La resistencia fue liderada por Delgado. Según la gente del barrio, hablaba con gran violencia en contra de la urbanización propuesta. Afirmaba que los turistas eran un cáncer que se comía la vida real de Toledo. Curiosamente, un testigo afirmó que él a menudo decía que no iba a «doblegarse y a dejarse dar por el culo» por los americanos.
De modo que, hace dos meses, el propietario supo que Delgado pasaría una noche fuera. Cuando Delgado regresó, la tienda estaba cerrada con tablas y no pudo acceder a su vivienda. El propietario había trasladado todas sus posesiones, más las existencias de la tienda, a un piso nuevo situado a cinco kilómetros al sur de la ciudad. Le dio a Delgado las llaves de su nuevo piso y una «gran cantidad en metálico» y le dijo que ya no iba a poder administrar su negocio desde su edificio. Delgado no caía muy bien a sus vecinos y clientes y ésta probablemente fuera la razón por la cual su negocio iba tan mal. Ellos lo describieron como «a veces estaba de mal humor y poco dispuesto a ayudar», aunque algunos dicen que, cuando

le daba la gana, podía llegar a ser encantador, especialmente si le permitían hablar de su tema preferido, la historia de Toledo. Vivía solo y no tenía novia, al menos por lo que hemos podido averiguar. Así que, como verá, encaja muy bien con el perfil psicológico, y también es adecuado por el perfil geográfico.

Sólo tenemos un problema. No hemos podido averiguar dónde vive Delgado. Nadie lo ha visto nunca en las inmediaciones de su nuevo piso. De hecho, dos semanas después de que se viera obligado a instalarse, los vecina se quejaron al propietario por el mal olor que salía de su vivienda. Cuando los encargados del edificio lograron entrar, descubrieron que toda la mercancía de la tienda de Delgado se había podrido.

La única buena noticia, a pesar de nuestra incapacidad de encontrarlo, es que el asesino todavía no ha vuelto a agredir a otra víctima.

Una vez más, debo agradecerle su ayuda. Sin ella, todavía no tendríamos ni idea de a quién teníamos que buscar. Le mantendré al corriente de los progresos.

Un saludo cordial,

Salvador Berrocal

Al terminar de leer el mensaje, Fiona sonrió. Al menos un oficial de policía parecía encaminarse hacia el resultado correcto. Temía que Berrocal le informara sobre el asesinato de otro extranjero. Pero, por algún motivo, Delgado, si es que de verdad era el asesino, temporalmente había dejado de matar.

O quizá simplemente aún no habían encontrado el siguiente cadáver.

Sea como fuera, no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Fiona apagó el ordenador y se dirigió a la planta baja. Cuando dio la vuelta en el último tramo

de la escalera, vio a Kit en la entrada de su despacho, con una hoja de papel en la mano y cara de preocupación.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

Kit alzó sus grandes ojos inquietos. Cuando habló, su voz no tenía el tono acostumbrado.

—He recibido una amenaza de muerte.

CAPÍTULO 17

Kit le entregó la hoja. Fiona la cogió cuidadosamente por la esquina izquierda superior. Era un folio de papel din A4, doblado dos veces para que pudiera caber en un sobre de tamaño estándar.

No había nada que lo distinguiera de cualquier otro documento generado por ordenador. Un tipo de letra corriente; nada complicado en la composición de la página. Todo esto fue lo primero que percibió Fiona, mientras se preparaba para leer el texto.

> Kit Martin, usted es un ladrón de los esfuerzos creativos de otros y un difamador de la reputación ajena. Usted roba lo que no puede producir. Y sus mentiras privan a otros de lo que por derecho les pertenece.
>
> Su obra es un pálido reflejo de la luz de otros. Usted se ha empeñado en expulsar de su campo a la competencia. Usted se apropia y destruye, usted es un vampiro que chupa la sangre de

aquellos cuyos dones le producen envidia. Usted sabe que esto es cierto. Busque en su patética y mugrienta alma y no podrá negar lo que a mí me ha quitado.

Ha llegado la hora de pagar las consecuencias. Usted no me inspira sino desdén y odio. Si matarlo es lo que hace falta para que acaben por concederme lo que por derecho es mío, entonces, así será.

Yo elegiré la hora y el día. Confío en que no duerma tranquilo; tampoco lo merece. Disfrutaré con su funeral. Yo resurgiré de entre sus cenizas como el ave fénix.

Fiona leyó dos veces aquella carta venenosa. Luego la dejó en la mesita del pasillo y avanzó para abrazar a Kit.

—Pobrecillo. Qué cosa más horrible.

Pudo sentir su tensión mientras él apretaba la cara contra su hombro.

—No lo puedo entender —dijo él, con voz apagada—. No tiene sentido.

Fiona no dijo nada. Simplemente lo abrazó hasta sentir que su cuerpo empezaba a relajarse.

—¿Cómo llegó a tus manos? —preguntó por fin.

—Por correo. Estaba ocupado cuando llegó la segunda entrega; no me molesté en recogerlo del felpudo hasta que salí. La dejé en el despacho. No esperaba nada urgente.

—¿Tienes el sobre?

Asintió con la cabeza.

—Está en la papelera. Lo tiré directamente.

Entró en su despacho. Fiona lo siguió por entre el

caos de libros y papeles que cubría todas las superficies disponibles y la mitad del suelo. No era la primera vez que se maravillaba de que alguien pudiera trabajar entre tal desorden. Pero Kit no sólo trabajaba, sino que también parecía recordar perfectamente el lugar donde estaba cualquier libro, un archivo o una carta. Se dirigió directamente a la papelera que estaba al lado del escritorio y sacó un sobre blanco de autocierre. Lo estudió haciendo una mueca. Fiona lo rodeó con un brazo y juntos miraron el sobre. La dirección estaba escrita con la misma tipografía anónima.

—El matasellos es de West London. Fue enviada hace dos días por correo regular —dijo él. Soltó un resoplido mezclado con una risa nerviosa—. Bueno, está claro que no es una amenaza de muerte urgente. Supongo que esto tendría que servirme de consuelo.

—Deberías informar a la policía —dijo Fiona.

Kit dejó caer el sobre encima del teclado.

—¿Tú crees? —preguntó, escéptico.

—Sí, claro que lo creo. Realmente es una carta malévola. Es una amenaza de muerte, ¡por Dios!

Kit se dejó caer en la silla giratoria, dando la vuelta hasta ponerse frente a ella.

—Recibo cartas malévolas todos los días, amor. Puede que no sean amenazas de muerte, pero, entre el correo de los admiradores, a menudo recibo cartas insultándome a mí o a mis libros. Un disgustado de Tunbridge Wells está horrorizado por las escenas de tortura que aparecen en *El disector*. A la señora censura

de Lambeth le escandaliza que los adolescentes tengan acceso a las depravadas fantasías sexuales de *El rey de las navajas*. *Y* luego están las cartas en que me reprochan no haber tenido cojones para describir con más detalle las grotescas mutilaciones y la perversión sexual. No todo el correo que recibo es de admiradores, ¿sabes?

—¿Cómo consiguen tu dirección? —preguntó Fiona, de repente asaltada por la incómoda visión de lectores mentalmente desequilibrados acudiendo a la carrera hasta la entrada principal de su casa.

Kit se encogió de hombros.

—No lo sé. Principalmente me llegan a través de la editorial. Algunos mensajes llegan por correo electrónico. Uno o dos de los tipos más obsesionados probablemente la han buscado en el registro electoral de Dartmouth Park. No soy tan difícil de encontrar, querida.

Fiona se estremeció.

—Esa carta ya era bastante grave. Pero ahora me estás asustando de verdad. Honestamente, Kit, creo que debes denunciar esto a la policía.

Kit cogió un lápiz y empezó a juguetear nerviosamente con él entre los dedos:

—Se reirían de mí, Fiona. Esa carta no es más que una broma. No hay nada específico en ella. Lo único que dice es que yo les robo las ideas a otros. Lo cual es una chorrada. Sólo es algún zumbado con alguna espina clavada.

Fiona no parecía muy convencida.

—No creo que debas tomártelo tan a la ligera, Kit. D verdad, no lo creo.

Le dio la espalda y fue hasta la ventana, con la persiana, como era habitual, sin bajar. Impaciente, tiró de la cuerda para así quedar ocultos al mundo exterior. Cualquier cosa, con tal de no confesar lo que más le preocupaba.

—No es que yo considere que se trata de algo insignificante. Es que la policía creería estar perdiendo el tiempo. Además, ¿por qué debo reaccionar más ante esta carta que ante el resto del correo injurioso que he recibido en otras ocasiones? Yo he estado recibiendo cartas de zumbados desde que publiqué por primera vez. No es nada importante. En serio. Ha sido una fuerte impresión, nada más. Las cartas no suelen ser tan vitriólicas. Nunca hasta ahora ha surgido nada de una carta, de modo que no veo por qué ésta sería diferente.

Sabía que estaba protestando demasiado. Pero no quería sentir miedo. Quería que aquella carta fuera como todas las demás que habían aterrizado en su felpudo. Cualquier otra idea, abriría una puerta que él deseaba mantener firmemente cerrada.

Pero Fiona estaba decidida a decir en voz alta lo que estaba en la mente de ambos, por muy desagradable que fuera.

—Después de lo que le pasó a Drew, no creo que puedas desoírla —dijo en voz baja.

—Sabía que ibas a decir eso —dijo Kit irritado—.

Sabía que no tenía que habértela enseñado. Joder, Fiona, siempre has de analizar las cosas, estableciendo relaciones entre esto y aquello. Pues, bien, a veces simplemente no conectan. Son cosas aisladas. Simplemente lo son. ¿De acuerdo?

—No. No estoy de acuerdo. —Fiona alzó la voz y sus mejillas enrojecieron—. ¿Por qué te resistes tanto? Hace dos semanas, uno de tus compañeros fue asesinado mediante un ritual horrible. ¿Y ahora recibes una amenaza de muerte y no crees que podría haber una relación? ¡Despierta a la realidad, Kit!

Él tiró el lápiz sobre el escritorio:

—La única relación entre esta carta y lo que le sucedió a Drew es que algún gilipollas cree ser muy listo y aprovecha su asesinato para darme un puto susto. Leíste la carta, Fiona. No fue escrita por la persona que mató a Drew. No había nada específico en ella, ninguna jactancia, nada al estilo de «Usted tendrá su merecido, tal como le pasó a Drew Shand».

—Eso no demuestra nada —gritó Fiona—. La carta fue escrita por alguien que ni siquiera está dentro de la escala de lo normal. Tampoco lo estaba el asesino de Drew.

Kit se incorporó y pegó un puñetazo a la pared:

—Tampoco lo estaban Fred y Rosemary West, pero creo que ellos no la escribieron. Mira, Fiona, si voy a la policía con algo tan absurdo como esta carta, ya sabes lo que me van a decir.

Ella se cruzó de brazos:

—Vamos, ilumíname.

—Me van a decir que estoy haciéndolo al estilo de Georgia. Lo van a descartar como si me estuviera apuntando a la última moda. Como si buscara publicidad. No van a tomarlo en serio. Además, ¿qué pueden hacer? ¿Enviar la carta a los laboratorios para ver si el autor anónimo ha dejado huellas dactilares y ADN por todas partes? No lo creo.

Fiona no pudo replicarle. Sabía que probablemente tendría razón. Pero esa convicción no conseguía mitigar el bulto frío de aprensión que le crecía en el estómago. Que alguien odiara a Kit o a su obra lo suficiente como para verter tanto veneno en aquel folio era algo perturbador. Temer que ese veneno se convirtiera en violencia real era, en su opinión, una reacción totalmente razonable.

Le empujó y salió al pasillo. Ya en la puerta, se volvió para decirle:

—Es tu decisión. Es tu carta. Pero creo que te equivocas.

—¿Y eso qué tiene de nuevo? —dijo él dándole la espalda—. Sobreviviré.

Extracto de la descodificación del documento P13/4599

Tqsaf mxafa ruzwp dqiet mzp. Mxxah qdftq bmbqd etqim e. Ngfft qkpup zfsqf uf. Qhqdk napkt mpftq udaiz ftqad kmzpz afazq arftq yomyq oxaeq.

Salía mucho en la prensa, lo de Drew Shand. Pero no acababan de captar el mensaje. Todos tenían su propia teoría, pero nadie se aproximaba a la verdad. Pero, pronto lo harán. Yo, yo he permanecido agachando la cabeza, portándome como un buen chico, sin llamar la atención. Aunque nadie me haga caso.

Lo cual significaba que no habría ninguna interferencia en la próxima fase de mi plan. Jane Elias. Era norteamericana, pero vivía en Irlanda; probablemente porque allí los escritores no pagan impuestos. La muy zorra no estaba contenta con ganar más dinero que Dios; tampoco quería desprenderse de un solo céntimo.

No fue difícil descubrir dónde vivía. Puede que en un país del tamaño de Estados Unidos fuera una ermitaña difícil de encontrar, pero no en Irlanda. Sabía que poseía una gran finca en el condado de Wicklow, a orillas de un lago. Sabía que la finca estaba aproximadamente a una hora en coche desde Dublín. En una de las páginas web *de sus admiradores vi una foto de la casa. De modo que simplemente conduje un día con un mapa a gran escala y unos binoculares*

hasta que la encontré.

A la mañana siguiente, regresé a la finca de Elias. Cuando vi lo que buscaba —un club de barcos de vela con muchos botes en dique seco—, bajé hasta la orilla del lago. No había nadie. La situación se presentaba a pedir de boca. Me agaché entre los botes y observé la finca de Elias al otro lado del agua. Apenas pude distinguir un embarcadero con un par de barcos allí amarrados. Si mi información era correcta, bajaría al lago por la tarde y saldría a practicar la vela.

Y así fue. Apareció poco después de las dos. Subió a uno de los barcos y entró en el lago. Esperé hasta que oscureciera y hubiera regresado, y entonces arrastré uno de los botes hasta la orilla y me subí en él. Antes había encontrado un escondite, en otra parte del lago, donde los árboles llegaban hasta la mismísima orilla.

De nuevo me sentí muy nervioso cuando pensaba en lo que tendría que hacer al día siguiente. Eran tantos los errores que podía cometer que la cagaría. Y después tendría que llevar a cabo otra matanza. Decidí que esta vez no iba a ceñirme al libro tan al pie de la letra. No era posible que yo torturara a alguien durante horas. Sabía que yo no lo soportaría. Y, además, no tenía ni el tiempo ni el sitio adecuado para hacer algo tan elaborado.

Decidí que la mataría rápidamente con un cuchillo. Después podría hacerle a su cadáver todo lo necesario para que se pareciera al cadáver del libro. Lo que importa es la apariencia. No soy ningún asesino

fetichista obsesionado por los detalles. Lo que hago es enviar un mensaje, no satisfacer algún extraño impulso que nace en mi interior. Si hubiera habido otra manera de mostrar a esos cabrones que no pueden quedar impunes después de despreciarme a mí y a mi vida, la habría elegido.

Estoy tratando de no pensar en lo que tendré que hacerle. Ya tengo bastante revuelto el estómago sin necesidad deque la situación empeore. Simplemente tengo que seguir diciéndome que no me llevará mucho tiempo, y que luego estaré de nuevo en la carretera, de vuelta a casa.

Esta vez tendrán que prestar atención.

CAPÍTULO 18

La luz de las primeras horas de la mañana era de un color gris perla. Una delgada cortina de nubes flotaba exactamente por encima de los picos de las colinas Wicklow, al otro lado de las aguas aceradas del lago Killargan. Los espectaculares colores otoñales de los árboles contrastaban con el suave verdor de las colinas y transformaban el paisaje frío én un panorama cálido. Jane Elias estaba en el patio embaldosado y soltó un largo silbido. A unos noventa metros de distancia, desde un grupo de sicómoros marrones, ocres y verdes, surgieron dos rayos negros, cuyas formas se definieron

en un par de dobermanes delgados que corrían por el césped hacia ella. Jane los recibió abriendo los brazos y los perros se detuvieron, disfrutando del calor sensual de su piel con las lenguas ensalivadas.

—Basta —dijo al cabo de un rato.

Obedeciendo a su ritual matutino, los perros se echaron a sus pies mientras ella se desperezaba, estirando los músculos aún medio congelados de tanto dormir. Luego Jane empezó a correr despacio, y los perros salieron disparados delante de ella. Ésta era la mejor parte del día, pensaba. Ni una promesa rota, ni una frase escrita, ni una llamada telefónica efectuada. Todo era aún posible.

Poco a poco, empezó a correr más deprisa, en dirección al norte, hacia el muro que rodeaba la finca. Ocho kilómetros y medio; el recorrido ideal para hacer un poco de *footing* por la mañana. Podía moverse dentro de los límites de sus dominios en una intimidad total, a salvo de miradas indiscretas y sin ningún miedo.

No incluía entre los posibles fisgones al guardia que vigilaba los monitores del circuito cerrado. Después de todo, le pagaba para que garantizara su seguridad. No le importaba que él mirase mientras ella corría. Estaban en universos distintos; él en su despacho sin ventanas, enfundado en una camisa de color caqui y unos pantalones azul oscuro, con el *walkie-talkie* colgando de la cintura, y una vida en alguna otra parte; ella en el aire fresco de su feudo privado, con los mechones rubios recogidos en una cinta, los miembros musculosos y

delgados envueltos en el chándal y los pies marcando un ritmo regular mientras pensaba en el trabajo que le esperaba aquella mañana.

Después de correr, dejó que los perros entraran en el trastero contiguo a la cocina, donde les dio carne picada y galletas secas enriquecidas con vitaminas. Mientras ellos aún comían, ella ya pasaba por la cocina de la mansión georgiana y se dirigía a su baño privado, que nadie estaba autorizado a usar, ni siquiera su amante, Pierce Finnegan. Cinco minutos bajo la ducha caliente, un chorro de agua helada para cerrar los poros y Jane ya estaba en la siguiente etapa de su rutina diaria. Un secado enérgico con la toalla, una aplicación de una cara crema corporal, de la cabeza a los pies; luego otra crema facial hidratante, gel para los ojos y un pintalabios de un rojo intenso.

Vestida con los tejanos y una camisa escocesa de seda y lana a cuadros, se dirigió de nuevo a la cocina para desayunar una ensalada de frutas frescas, una tostada de pan integral con mantequilla de cacahuate orgánico y un gran vaso de zumo de tomate. En una ocasión había llegado a tener once kilos de sobrepeso. Esa era una de las muchas cosas que jamás le volverían a suceder.

Antes de las siete y media, estaba en su despacho. El trabajo del día le esperaba en uno de los dos grandes escritorios arrimados a las paredes. Hoy, la tarea consistía en corregir las galeradas de su última novela. Durante las siguientes cinco horas, se concentró en las

páginas impresas y fue revisando los errores línea tras línea, introduciendo algún cambio en una frase que ahora le parecía torpe o buscando en el diccionario la ortografía de alguna palabra que ofrecía dudas.

Exactamente a las doce y media, Jane echó hacia atrás su silla, se separó del escritorio y extendió los brazos por encima de la cabeza. Regresó a la silenciosa casa a través de la cocina, encendió la radio buscando la emisora de música clásica y sacó del congelador un tazón de sopa de verduras. Mientras ésta se calentaba en el microondas, abrió el correo de la mañana, que había traído el personal de seguridad. Después de ingerir la sopa y un par de trozos de pan, regresó al estudio, donde dictó las respuestas para las cartas del día.

Dejó la cinta sobre el mostrador de la cocina, donde el personal de seguridad la recogería para entregársela a la mujer de un pueblo cercano que le hacía de secretaria. Las cartas regresarían en un disquete por la tarde, listas para que Jane las imprimiera y las firmara. Las dos mujeres se encontraban sólo de vez en cuando, en actos sociales del pueblo, a pesar de lo cual su relación funcionaba bien.

Jane entró en el trastero, que hacía las veces de guardarropa, y recogió una chaqueta de lana mientras dejaba que los perros volvieran a salir al aire libre. Bajó a pie hasta el embarcadero, alzando la barbilla mientras disfrutaba del aire fresco y la brisa de la tarde. La capa de nubes se había despejado, dejando atrás un cielo azul

salpicado con algunas bocanadas de cúmulos. Ella suponía que el viento tendría más o menos una fuerza cinco; lo ideal para un viaje a vela en su Beneteau First Classic de seis metros de eslora, que, de momento, era su favorito entre los tres barcos que tenía anclados en su propio puerto deportivo. Era perfecto para navegar sola, a diferencia del Moody, algo más grande, que sólo usaba cuando ella y Pierce salían juntos al lago.

Jane revisó el barco, lo desamarró y dejó que se alejara del embarcadero antes de izar la vela mayor. Con un solo rizo, se dirigió al centro del lago, mientras planificaba mentalmente un crucero vespertino sin molestarse en consultar los mapas. Conocía esa parte del lago mejor que la palma de su mano. Dependiendo de los vientos, casi a diario navegaba más o menos en ese mismo derrotero. Había decidido que era la mejor ruta para ver desde el agua los diversos paisajes de las colinas; además, en caso de que su mente se ocupara más de su trabajo que del timón, en ese rumbo no había ninguna trampa peligrosa.

Enseguida dejó la orilla atrás, desplazándose en un ángulo agudo de cuarenta y cinco grados. Sólo se oía el chasquido del agua contra el casco y el silbido del viento en las velas. Jane gozaba de la sensación del aire acariciando su piel y de ese sentimiento de liberación que siempre la embargaba cuando navegaba. ¿Qué importaba que la gente pensara que era un bicho raro, una esclava de sus rutinas y sus pautas, una ermitaña paranoica? Ella sabía la verdad. No había nada rutinario

en lo que hacía cada tarde en el lago, enfrentándose con su nave contra el tiempo y el lago salvaje. Allí fuera, ella era la reina de la colina de la libertad. ¡Que se jodan! Podían seguir tildándola de obsesa cuanto quisieran. Lo único que eso demostraba era lo poco que la conocían. No sabían nada de su vida como navegante, ni de la pasión salvaje que le unía a Pierce, mantenida durante tanto tiempo en secreto por ambos que habían olvidado que existí otra manera de vivir.

Él la visitaba cuando podía, lo cual no era muy a menudo, teniendo en cuenta la apretada agenda de un miembro secreto de la brigada antidrogas de la Garda Siochana. Se habían conocido durante un curso del FBI en Quantico. Uno de los instructores, un viejo amigo de Jane de los tiempos de universidad, los había invitado a ambos a cenar y la chispa brotó al instante. A las pocas semanas, ella había vendido su finca en Nueva Inglaterra y comprado la de Irlanda. Sólo después de la mudanza, descubrió que allí los escritores no pagaban impuestos. Ahora Jane estaba tan establecida en aquel lugar como antes lo había estado en cualquier parte.

Y cuando Pierce viajaba de incógnito, ella a veces alquilaba una habitación en el mismo hotel. Ser una ermitaña tenía sus ventajas. Nadie la reconocía, como solía ocurrirles otros autores de *best sellers,* quienes aparecían en los debates televisivos y en fotografías a todo color en las contraportadas de sus libros. Presentar el carnet de identidad de Margaret J. Elias, su nombre de nacimiento, ni siquiera hacía que los recepcionistas

de los hoteles arquearan las cejas. Dentro de dos días, cuando acabara de revisar las pruebas de imprenta y las enviara a Nueva York, estaría volando rumbo a Moscú para encontrarse con Pierce. Ardía en deseos de verlo.

Después de una larga bordada, dio la vuelta y tomó la dirección anterior. Una ruta que la llevaría por un bonito recorrido alrededor del cabo y de nuevo a la bahía, donde amainaría un poco el viento, lo que le permitiría un amplio margen para alterar su rumbo y llevar la nave otra vez hacia el centro del lago.

Al entrar en la bahía, vio un bote que daba bordadas erráticas de un lado a otro y se atravesaba en el camino que ella había pensado tomar. Con un golpe de timón, Jane corrigió su derrotero, esperando que el navegante reaccionara adecuadamente. Pero, de repente, el bote zozobró y volcó, catapultando al pasajero desde el timón al agua. En cuestión de segundos, el viento había arrastrado el bote en una dirección, y la corriente había llevado a aquel hombre en la dirección contraria.

Invocando la ira de los dioses contra los imbéciles que no sabían qué hacer en el agua, Jane arrancó el motor y bajó la vela apresuradamente. Al cabo de un minuto, conducía el barco lentamente hacia la chaqueta anaranjada del salvavidas flotante, que era cuanto podía ver con claridad de aquel idiota que evidentemente no sabía navegar.

Cuando llegó a su lado, dejó el motor en punto muerto y bajó por la escalera de la popa. Empapado por el agua helada, el hombre nadó torpemente hasta la

parte trasera del barco.

—Gracias —dijo entrecortadamente, casi asfixiado, desabrochándose el chaleco salvavidas y metiendo una mano en su interior.

—Supongo que no conoces estas aguas —contestó Jane, volviéndose para poner el motor en marcha otra vez.

No llegó a ver la porra, que describió un arco en el aire hasta impactar en la base de su cráneo.

CAPÍTULO 19

Desde abajo, las dos mujeres que había en la cuesta empinada de la colina parecían un par de cursores desplazándose diagonalmente a través de una pantalla de color verde apagado. Habían escalado rápidamente desde el valle de Wye, en Litton Mill, a través de los árboles que rodeaban la vieja vía férrea, y luego habían subido hasta la cuesta pelada, donde ni siquiera las ovejas se atrevían a andar entre los afloramientos de caliza. Llegaron al punto más alto de la ascensión y Fiona, que se movía mejor al conocer el terreno, eligió una roca con un borde lo bastante sobresaliente como para subirse en ella mientras esperaba a que Caroline recorriera jadeando los últimos veinte metros. Miró hacia abajo y le dedicó a su compañera una sonrisa

afectuosa.

Cuando Lesley, la hermana de Fiona, era estudiante universitaria en Saint Andrews, ella había aprendido tanto sobre sí misma como sobre las materias que estudiaba. Una de las cosas que había descubierto era su orientación sexual. Cuando la asesinaron, estaba profundamente inmersa en su primer amor. El descubrimiento de su naturaleza había sido otro de los aspectos de su muerte que para sus padres había sido difícil de aceptar. Sin embargo, a Fiona no le había sorprendido que la persona que compartía la cama de Lesley fuera otra mujer. Lesley nunca se lo dijo explícitamente, pero Fiona lo había entendido por la forma en que hablaba de su amiga Caroline Matthews.

Puesto que su relación había sido clandestina, Fiona era la única persona con la cual Caroline podía llorar la muerte de Lesley. No era ninguna sorpresa que de aquella pena tan profunda hubiera nacido un lazo de amistad. Ahora, doce años después, se reunían siempre que Caroline estaba en Londres, y se mantenían en contacto por teléfono y por el correo electrónico. Al menos tres veces al año, quedaban para dar una caminata por el distrito de los Picos.

Caroline se había quedado en Saint Andrews y era profesora de matemáticas en la universidad. Había continuado, tal como había hecho Fiona. Pero, para ambas, la pérdida de Lesley era la corriente subterránea que siempre establecería el curso de sus relaciones emocionales. Y la deuda de culpabilidad que ambas

soportaban con respecto a Lesley significaba que nunca se defraudarían.

Caroline llegó a la cima, colorada y jadeando. Se dejó caer sobre una roca cercana a Fiona, respirando con dificultad.

—Dios mío —jadeó—. No estoy en forma. El verano fue un desastre, ni siquiera vinimos a las colinas.

—Parece que no has ido al gimnasio tampoco —comentó Fiona.

Caroline hizo una mueca:

—Julia comenzó a asistir a unas clases de ejercicios aeróbicos a la hora de comer, de modo que renunció al gimnasio. Y ambas tenemos tantas obligaciones laborales que se enfada conmigo si paso en el gimnasio las únicas dos tardes libres que tenemos a la semana. Sigo diciéndome que me despertaré temprano para ir antes de trabajar. Pero nunca lo consigo.

—Te sentirías mucho mejor si encontraras un hueco para hacerlo.

Fiona abrió la mochila y sacó una botella de agua.

—Fiona... —dijo Caroline con un tono de advertencia.

Fiona se rió.

—Lo siento, tienes toda la razón. No soy tu madre. Cállate, Fiona.

Alargó una mano y Caroline le dio un suave manotazo en la muñeca. Era una vieja rutina, nacida de los primeros días de su pena compartida, cuando Fiona se preocupó por Caroline como sustituta del cuidado

que ya no podía ofrecer a su hermana.

Fiona bebió un sorbo de agua, y le ofreció la botella a Caroline, quien negó con la cabeza.

—Si empiezo a beber con esta temperatura, me entrarán ganas de orinar dentro de cinco minutos. Y no veo ningún lugar para cobijarnos, al menos, durante el próximo kilómetro.

—Siempre que no te deshidrates.

—¡Fiona! —esta vez fue un grito—. No eres mi madre. Pórtate bien.

—Lo siento. Me porto así porque vivo con un hombre que pasa la mitad del tiempo en un universo paralelo.

—Supongo que se trata de uno de esos a quien otra persona siempre le recoge la ropa lavada y le sirve la comida a horas regulares.

Fiona sonrió.

—No es ese tipo de cosas lo que olvida Kit. Son cosas como estar metido en su trabajo y, de repente, mirar el reloj y darse cuenta de que tenía que haberme recogido hacía diez minutos. O pasarse de parada de metro porque está ocupado conversando consigo mismo y, cuando se despierta, descubre que está en Kennington y no en Leicester Square.

—¿Y cómo está?

Fiona se incorporó, metió la botella de agua en la mochila y se la colocó mejor en los hombros:

—Tan empecinado como siempre.

Caroline, ahora respirando con normalidad, se

levantó y le lanzó a Fiona una mirada filosófica. Fiona no solía hablar mal de Kit. Y, además, si tuviera que dividir el empecinamiento de la relación entre ellos, tendría que premiar a Fiona con la parte del león. Por lo que Caroline había observado, Kit era un tío bastante informal. En el debate, era rápido y definitivo, pero nunca atacaba de la misma forma que Fiona cuando sentía una debilidad en la oposición que podría dejar a un lado por la fuerza.

—Parece que te ha molestado —dijo con cautela mientras se ponía detrás de Fiona, en el estrecho camino que atravesaba la cuesta de la colina pasando por la curva espectacular del valle de Water-cum-Jolly.

—Sí, podría decirse así.

Fiona apretó los labios y concentró su mirada en el terreno que pisaba.

—¿Quieres hablar de eso?

—Estoy tan enfadada con él —dijo Fiona irritada—. Tuvimos una discusión bastante seria hace unas noches. Él recibió una carta que lo amenazaba de muerte y se niega, sin más, a llevarla a la policía. Dice que no es más que otra de las muchas cartas de bromistas que recibe, pero yo no estoy tan segura. A mí me pareció muy desagradable. Sobre todo, después de lo que le sucedió a Drew Shand.

—Pero seguramente fue un caso aislado —comentó Caroline—. Según todos los informes que yo he visto en los medios escoceses, se cree que fue un ligue sadomasoquista que salió mal. No ha habido ningún

indicio de que nadie que no fuera gay pudiera correr algún riesgo.

Fiona miró al horizonte haciendo una mueca.

—Eso es sólo una posibilidad. E ignoramos si Drew Shand recibió alguna amenaza, porque sólo sabemos lo que la policía nos dice. Sé que es poco probable sugerir que el asesinato pudiera tener más que ver con la obra de Drew que con su vida, pero es una posibilidad y, mientras lo sea, yo creo que Kit debería tomarse este asunto más en serio.

—¿Y sobre esto discutisteis?

—Apenas nos hemos hablado desde entonces.

—Supongo que Kit entiende por qué estás tan nerviosa —dijo Caroline, aprovechando que el sendero se bifurcaba en dos caminos paralelos para alcanzar a Fiona.

—Creo que ha entendido que me preocupo por él —dijo Fiona con frialdad.

—Pero no se trata de eso en realidad, ¿verdad?

Fiona no dijo nada, simplemente siguió avanzando y mirando hacia abajo, hacia el río, que se dilataba en la quieta extensión de agua creada por la presa para el molino georgiano de Cressbrook.

—No se trata sólo de Kit, Fiona. Se trata de Lesley.

Fiona se paró en seco.

—No tiene nada que ver con Lesley —le dijo apretando los dientes.

Caroline la adelantó, se detuvo a unos pasos de ella y se volvió para poner una mano enguantada sobre el

brazo de Fiona.

—No tienes que fingir conmigo, Fiona. No puedes soportar la idea de perderlo porque ya has perdido a Lesley y sabes cómo se siente una cuando asesinan a alguien que amas. Ese miedo magnifica el peligro más remoto hasta convertirlo en algo que amenaza la vida.

Fiona no dijo nada, así que Caroline continuó.

—Lo entiendo, porque hago lo mismo. Vuelvo loca a Julia. Si ella está en la ciudad sin coche, siempre voy a recogerla. Dice que mi actitud le hace sentirse como una adolescente cuya madre no se fía de que no vaya a besarse con un rufián detrás de la cabaña de las bicis.

Caroline soltó una risa débil:

—Una vez, al principio de nuestra relación, ella insistió en que no la recogiera después de una noche de puertas abiertas para padres. Así que me quedé fuera de la escuela y esperé a que saliera. La seguí hasta casa. Y casi le dio un infarto porque, cuando tomó el atajo de uno de los callejones del centro de la ciudad, escuchó unos pasos detrás de ella y pensó que la iban a atracar... Fue entonces cuando se dio cuenta de que mi insistencia en ir recogerla tenía más que ver con mis miedos que con su capacidad de defenderse. De modo que ahora me deja hacer, a pesar de lo mucho que le irrita en el fondo. Fiona, necesitas decirle a Kit por qué esa carta de amenaza tiene para ti proporciones tan enormes. Si dice que no es nada, probablemente tenga razón. Él conoce mejor que nadie su correo. Pero necesita saber que no estás simplemente preocupándote por él. Que hay una

razón válida que justifica la manera que te estás comportando.

Fiona fulminó con la mirada los acantilados de caliza que se alzaban al otro lado del valle.

—Pensaba que era yo la psiquiatra —dijo con voz temblorosa.

—Bueno, pues: psicóloga, psicoanalízate.

Fiona examinó las punteras raspadas de sus botas.

—Probablemente tienes razón. Debería explicarme mejor. —Buscó la mirada de Caroline con los ojos—. No podría vivir conmigo misma si le pasara algo —dijo, y sus ojos brillaron con las lágrimas a punto de caer.

Caroline envolvió a Fiona en un fuerte abrazo.

—Lo sé.

Fiona se separó de ella con una vaga sonrisa.

—Hablaré con él cuando llegue a casa. Lo prometo. Pero ¿nos quedaremos aquí hasta que cojamos una hipotermia o vamos al pub de Monsal Head?

Caroline hizo como si se lo pensara.

—Considerando todos los factores, creo que iré al pub.

—¿Echamos una carrera hasta la presa? —propuso Fiona, corriendo frenéticamente cuesta abajo.

—Tú ganas —murmuró Caroline, siguiéndola a un ritmo más razonable.

«Habían pasado doce años y la muerte de Lesley era el suceso que más definía las vidas de las dos. Daba igual cuánto intentaran dejarla atrás; estaba allí, lista para tenderles una emboscada», pensó. A veces, se

preguntaba si alguna vez se verían libres de su amenazadora sombra. Incluso se preguntaba si en realidad querían librarse de ella.

Desde la estación de metro, Fiona se dirigió resueltamente a la colina del Dartmouth Park, decidida a arreglar las cosas con Kit. Caroline estaba en lo cierto; no había admitido la razón de fondo que la inducía a exigirle que se tomara la carta en serio. Cabizbaja, levantaba la hojarasca con los pies, caminando más deprisa que los oficinistas que regresaban tarde a casa. Dobló rápidamente a la izquierda en la esquina de su calle y se apresuró mientras bajaba la colina. Ardía en deseos de dar explicaciones, y estaba más que preparada para disculparse.

Se sintió decepcionada cuando abrió la puerta y escuchó a Kit: «Estamos arriba». Quienquiera que fuera el otro sujeto de aquel plural, no estaba de humor para apreciar su compañía.

—Voy a quitarme las botas —gritó.

Fiona dejó la mochila en el suelo, lanzó la chaqueta al pasamanos de la escalera, se desató las botas y se las quitó. Experimentó placer al mover los dedos con entera libertad. Por muy cómodas que fueran aquellas botas tan usadas, seguían encarcelándole los pies. Pasó por la cocina para recoger un vaso, pues supuso que, si Kit tenía visita, la botella de vino ya estaría abierta, y luego subió hasta el salón de la primera planta.

Las lámparas derramaban dispersos charcos de cálida luz por la amplia habitación. Kit estaba en su sillón preferido, con un vaso en la mano, lo que hubiera sido perfecto de haber estado solo. Pero su acompañante era la última persona a la cual Fiona tenía ganas de ver.

Repantigada en el sofá, con las sandalias a los pies, sobre la alfombra, estaba Georgia Lester. Siendo su propia vida ya una leyenda, Georgia había publicado más de treinta novelas en veinticinco años, una carrera que le había permitido disputarle a P. D. James y a Ruth Rendell el título de «Reina del Crimen». Había sido una de las primeras escritoras de novelas policíacas cuyas obras se adaptaron con éxito a la televisión, y esto le garantizaba un lugar en las listas de los autores más vendidos desde entonces. Era la niña de los ojos de los medios de comunicación y aprovechaba desvergonzadamente la más mínima oportunidad de salir en la prensa escrita, en la radio o en la televisión. Los hombres se dejaban engañar por sus coqueteos, sus adulaciones y su innegable generosidad; casi todas las mujeres, incluyendo a Fiona, la odiaban alegremente. «Ella es la Barbara Cartland de la ficción policíaca», le comentó Fiona en una ocasión a Mary Helen Margolyes, quien se atragantó con lo que bebía y enseguida transmitió aquel comentario por radio macuto. Sin atribuírselo a nadie, por supuesto.

La débil iluminación le sentaba bien a Georgia. Suavizaba la tensión de la piel estirada cosméticamente,

minimizando el elaborado maquillaje que ella empleaba con habilidad para quitarse años. Bajo aquella luz, podría pasar por una cuarentona, lo cual le parecía a Fiona nada menos que un milagro en una mujer que no podía tener menos de cincuenta y siete.

—Fiona, cariño —ronroneó, lanzando un beso al aire y echando la cabeza hacia atrás en un gesto que exigía reciprocidad.

Fiona la complació, consciente de que tenía la piel enrojecida por el viento, el cabello despeinado y probablemente la camisa de lana olía a sudor. Georgia, naturalmente, olía a Chanel No. 5 y estaba inmaculadamente ataviada con un vestido largo y suelto de color azul de medianoche, ceñido solamente en los puntos estratégicos de senos y caderas. Su cabellera, de un improbable pero convincente rubio ceniza, parecía haber salido directamente de la peluquería.

—No esperaba verte por aquí, Georgia —dijo Fiona mientras le daba la espalda para servirse un vaso de vino.

Luego se acercó a Kit y le dio un beso en la mejilla.

—Hola, querido —comentó, esperando que la acción se combinaría con su tono de voz para indicar que ofrecía una tregua.

El la cogió por la cintura y la estrechó, aliviado porque el paseo por las colinas con Caroline parecía haber disuelto su hostilidad. Kit se inquietaba cuando las cosas no estaban del todo bien entre ellos, pero, al principio de su relación, se había dado cuenta de que

tendría que acostumbrarse a eso o aprender a disculparse aun cuando creyera que era él quien tenía la razón. Ahora solía ceder, para tener una vida tranquila. Pero, a veces, se ponía terco, tolerando la atmósfera desapacible hasta que Fiona reconocía que quizá se había equivocado.

—¿Has pasado un buen día?

—Tuvimos suerte con el tiempo —dijo Fiona, sentada en el brazo de su sillón—. Caminamos unos dieciséis kilómetros; contemplamos unas vistas fantásticas.

Georgia se estremeció.

—¿Dieciséis kilómetros? No sé cómo lo haces, Fiona, de verdad no lo sé. ¿No preferirías estar acurrucada aquí, calentita y cómoda, junto a este hombre tan delicioso?

—Las dos cosas no son excluyentes, Georgia —dijo Fiona—. Me gusta hacer ejercicio.

La sonrisa de Georgia equivalía a la de una maestra acariciando la cabeza de un chaval.

—Yo siempre he preferido hacer ejercicio dentro de casa —dijo.

Fiona se negó a responder al desafío.

—Bueno, ¿cómo te va, Georgia? Me han dicho que estás un poco nerviosa respecto a tu seguridad.

La cara de Georgia adoptó una expresión trágica.

—Pobre, pobre Drew. Un destino tan terrible, y una pérdida tan horrorosa para todos.

—No sabía que conocieras a Drew —dijo Fiona,

intentando no parecer tan contrariada como en realidad se sentía.

—Me refería a su obra, Fiona, cariño. Ver ese talento apagado a una edad tan temprana es indescriptiblemente trágico.

Fiona contuvo las ganas de vomitar.

—Pero, seguramente la muerte de Drew no es en todo caso ningún motivo para que tú también te sientas amenazada,¿verdad? —preguntó ella.

—Por eso ha venido Georgia —interrumpió Kit.

No quería que el antagonismo entre las dos mujeres hiciera salir a Fiona de la habitación. Había sucedido en el pasado; en vez de permitir que todo se desarrollara en medio de una hostilidad total que podría dañar la amistad improbable entre Kit y Georgia, Fiona invariablemente abandonaba el campo de batalla. Esta noche, sin embargo, quería que se quedara.

—Es verdad, cariño. Cuando Kit me contó lo de la terrible carta que recibió, enseguida supe que tenía que venir. Me habló de la carta de esa forma tan poco seria, ya sabes. Y cuando me contó tu reacción, supe que tenía una aliada en ti, cariño.

Le regaló a Fiona todo el esplendor de una sonrisa cosméticamente realzada.

—Georgia ha recibido una carta como la mía —añadió Kit—. Enséñasela a Fiona... tiene que ser obra de la misma persona.

Georgia recogió una hoja doblada de la mesita que estaba al lado del sofá. La alargó, obligando a Fiona a

levantarse para recogerla. Fiona se fue hasta otro sillón para leerla. El papel y la tipografía parecían idénticos a los de la carta de Kit. Y el estilo era parecido. Según lo que podía recordar, había frases enteras que eran idénticas.

> Georgia Lester, usted se llama a sí misma la «Reina del Crimen», pero sólo es la reina del plagio y del proteccionismo. Su fama se basa en lo que le ha robado a los demás. Usted no da ningún crédito a quien debe dárselo y sus mentiras privan a otros de lo que por derecho les pertenece.
> Su obra es un pálido reflejo de la luz que emana de otras personas. Usted no sería nada sin las ideas de otros, de las que se alimenta. Lucha para expulsar de su campo a la competencia. Cuando podía ofrecer ayuda, ha pisado las cabezas de los que son más grandes de lo que usted será jamás. Es una vampira que chupa la sangre de aquellos cuyo talento envidia. Usted sabe que esto es cierto. Busque en el interior de su alma de puta y no podrá negar lo que me ha quitado.
> Ha llegado la hora de pagar las consecuencias. Lo único que usted me inspira es desprecio y odio. Si matarla es lo que hace falta para conseguir lo que por derecho es mío, así será.
> Yo elegiré la hora y el día. Confío en que no duerma tranquila; tampoco merece dormir en paz. Disfrutaré de su funeral. Yo resurgiré de entre sus cenizas como el ave fénix.

Fiona dobló la carta cuidadosamente. No cabía la menor duda de que provenía de la misma fuente que aquella otra carta que tanto le había inquietado hacía unas noches.

—¿Cuándo recibiste esto, Georgia?

Georgia movió una mano despreocupadamente.

—¿Hace un par de semanas? No puedo estar segura. Regresé de Dorset el martes pasado y estaba en el buzón esperándome.

—¿Hiciste algo al respecto?

Georgia se acarició el cabello que le caía sobre la sien derecha.

—Para ser honesta, pensaba que era una de esas cartas de bromistas que Kit dice recibir regularmente. No es algo con lo cual tenga mucha experiencia... las cartas que yo recibo siempre son de admiradores. Mi obra no es tan provocativa como la de Kit, ya sabes. Pero, cuando Kit me dijo que había recibido una carta parecida, supe que debíamos hacer algo. A la luz del asesinato de Drew, quiero decir.

—Georgia cree que deberíamos llevarlas a la policía —dijo Kit—. Al igual que tú.

Fiona lo miró horrorizada. Estaba atrapada en el dilema de su propia opinión. Si bien consideraba que las cartas eran profundamente inquietantes, también rehuía la idea de emprender cualquier acción que enlazara a Kit con Georgia. Si llevaban esas cartas a la policía, al cabo de veinticuatro horas se armaría todo un circo mediático alrededor de ellos dos. Y aunque Georgia le prometiera lo que quisiera en aquel momento, Fiona sabía que la tentación de la publicidad sería demasiado fuerte para ella. Sería una pesadilla.

Le resultaba horrible pensar en la invasión de su intimidad con Kit. Y si antes no había nadie acosándolo, pronto lo habría. Las fotografías de su casa aparecerían

en los diarios sensacionalistas, una diana fácilmente identificable para cualquiera de los tipos realmente raros, que encontrarían algo en sus libros que conectara con sus propias debilidades mentales. Sabía que no era paranoica; conocían como mínimo a un autor de novelas policíacas cuya vida se había vuelto tan insoportable por culpa de un acosador que la familia se había visto obligada a mudarse y a cambiar de escuela a sus hijos.

Pero fue ella quien tanto lo empujó para que tomara alguna medida cuando Kit recibió la amenaza de muerte... Si ahora quería cambiar de argumentación, tendría que tener un buen argumento preparado.

—Estoy de acuerdo en que deberíais tomar en serio estas cartas —empezó con cautela—. Pero no estoy convencida de que se gane mucho llevándolas a la policía. Como tú mismo decías, Kit, es muy poco lo que se puede hacer con ellas. Es improbable que haya cualquier huella dactilar en estas hojas; no ofrecen ninguna pista respecto a la identidad del remitente y la policía no dispone de los recursos necesarios para protegeros a cualquiera de vosotros. Lo único que conseguiríamos sería llamar la atención precisamente del tipo de personas que os pone tan nerviosos.

Kit parecía algo confuso.

—Esto no es lo que decías la otra noche.

Fiona sonrió avergonzada y se encogió ligeramente de hombros.

—He estado reflexionando un poco hoy. Me he dado

cuenta de que había reaccionado exageradamente y de que tú tenías razón.

Kit arqueó las cejas.

—¿Me lo juras por escrito? —dijo.

—Eso está muy bien —dijo Georgia, haciendo una mueca petulante con la boca—. Pero podríamos estar corriendo un gran riesgo. ¿De verdad estás sugiriendo que nos olvidemos de todo esto, Fiona?

Fiona negó con la cabeza.

—Por supuesto que no, Georgia. Tú y Kit debéis tener cuidado. —Y se esforzó en dirigirle una sonrisa artificiosa—. Tengo entendido que tú querías que la editorial te proporcionara guardaespaldas para la gira de presentación del libro, ¿no es verdad? Ése es un buen primer paso.

Kit las miró, boquiabierto. No podía creer que Fiona fuera capaz de decir eso sin reírse.

—¿Quieres que contrate a un guardaespaldas? —preguntó, incrédulo.

—No, si tomas las precauciones adecuadas. No te aventures solo por la calle de noche. No hables con desconocidos cuando no haya otra persona presente. —Ella sonrió—. Y no vayas a bares gays sadomasoquistas.

—No creo que esto sea para hacer bromas —dijo Georgia de mal humor.

—No, lo siento, tienes razón, Georgia. Pero lo que habéis de tener en cuenta es que es improbable que la persona que envió estas cartas sea la misma que mató a

Drew.

—¿Cómo lo puedes saber?

Le tocaba a Fiona ahora adoptar un aire de condescendencia.

—Hay un dicho entre los agentes de policía. «Los asesinos no llaman, y los que llaman no asesinan.» Desde un punto de vista psicológico, las personas que escriben cartas amenazadoras pocas veces llevan a cabo sus amenazas. Lo que quieren es provocar miedo sin ensuciarse las manos. Y las personas que asesinan, por lo general, no llegan a anunciar sus intenciones con antelación. Les dificultaría sus planes. Si quieres, me llevaré ambas cartas y las someteré a un análisis psicolingüístico profesional. Si, después de eso, creo que hay algún motivo de peso para estar preocupados, os acompañaré a la policía. ¿Trato hecho?

Georgia frunció la boca. Si hubiera podido ver cómo el mohín revelaba las arrugas alrededor de la boca, jamás habría vuelto a hacerlo.

—Me dejaré llevar por tu opinión profesional, Fiona. Pero no estoy totalmente contenta, tengo que decirlo. Y hablaré con mi editorial para que me asignen guardaespaldas.

—Buena idea —dijo Fiona, aguantando las ganas de reírse.

—Y ahora —dijo Georgia, recogiendo elegantemente su vestido alrededor de sí misma y poniéndose las sandalias—tengo que irme. El querido Anthony y yo tenemos que cenar con el ministro de Cultura y su

pareja, y me temo que ya llego tarde, como está de moda.

Mientras Kit acompañaba a Georgia hasta su coche, Fiona recuperó el sofá y se tendió a sus anchas, dejando que los músculos se relajaran. Las cartas eran preocupantes. Pero, ahora que había reconocido lo que realmente la inquietaba, podía considerarlas desde una perspectiva mejor. Pensaba que no contenían ninguna amenaza creíble.

Oyó a Kit subir las escaleras corriendo y, cuando llegó, se dejó caer en el sofá y se acurrucó a su lado:

—Eres una mujer muy malvada —dijo risueño.

—No sé de qué hablas.

—«Lo de los guardaespaldas es un buen primer paso» —la imitó.

—Bueno, pues ella se lo merece. Honestamente, Kit, no entiendo cómo soportas esa coquetería.

—Siempre he sentido debilidad por toda esa afectación —confesó—. Es divertida, Fiona. Y muy generosa.

—Sólo si eres un tío, cariño —dijo Fiona, parodiando los aires de grandeza de Georgia.

—Y luego dicen que los tíos son unos cabrones. —La envolvió con los brazos, apretando su cuerpo contra el suyo—. ¿Ya estamos en paz?

Fiona suspiró.

—Reaccioné desmesuradamente. Siempre tengo a Lesley en el fondo de la memoria. Incluso cuando no me doy cuenta de ello.

—Gracias, Caroline. —Él hundió el rostro en los cabellos de Fiona y la besó en el cuello. Luego se apartó—. ¡Ah! A propósito, quería decirte que nunca he escuchado una chorrada más grande en todo el tiempo que llevamos juntos: «Someteré las cartas a un análisis psicolingüístico profesional».

—A Georgia le pareció una buena idea.

—Sí, pero no se puede decir que Georgia comprenda la realidad. No olvidemos que ella cree de verdad que nuestros agentes de policía son estupendos. Y que las acusaciones de racismo y corrupción contra la Policía Metropolitana son una mentira propagada por conspiradores de izquierdas.

—¿Y no lo son?

Los ojos de Fiona se abrieron con horror fingido.

—No sé cómo decírtelo, Fiona, pero tampoco existe Papá Noel.

Ella le cogió la cara entre las manos y la acercó a la suya:

—Pues, entonces, tendré que ver qué me traes en tu saco.

CAPÍTULO 20

La tarde siguiente, como de costumbre, Fiona compró un ejemplar del *Evening Standard* en la

estación de metro, cuando regresaba a casa desde el trabajo. El titular principal de la página tres la asombró tanto que ni siquiera intentó subir al tren cuando éste entró en la estación. En vez de eso, siguió leyendo, paralizada.

LA REINA DEL CRIMEN
HA SIDO ENCONTRADA MUERTA

La escritora norteamericana de novelas de misterio más cotizada, Jane Elias, ha sido brutalmente asesinada de una forma tan horrorosa que recuerda la violencia extravagante de su propia obra, según ha revelado hoy la policía del condado de Wicklow. Su cadáver mutilado fue descubierto por un silvicultor de la región ayer por la mañana, en una carretera secundaria, cerca de la finca que había sido su residencia en la República de Irlanda durante los últimos cuatro años. Su asesino la destrozó de manera tan terrible que su identificación no habría sido posible si no fuera por una cicatriz que le dejó hace tres años una intervención quirúrgica en la espalda.

Un portavoz de la policía ha declarado: «Los agentes más experimentados se quedaron horrorizados cuando vieron el estado de la víctima.

»La señorita Elias llevaba cuatro años viviendo en esta región y era muy popular entre los lugareños. Hemos emprendido varias líneas de investigación, pero, en este momento, es difícil imaginar los móviles que han llevado a este desenlace».

Su agente literario británico, Jeremy Devonshire, se mostró profundamente impresionado por la noticia.

«Es espeluznante —dijo—. No lo puedo comprender. Jane era una mujer encantadora.

»Llevábamos cinco años trabajando juntos y honestamente puedo decir que nunca tuvimos ningún problema».

Un portavoz de su editorial, Turnhouse Bachelor, ha dicho: «Estamos profundamente conmovidos por la noticia. Jane no era sólo un gran talento, sino también un encanto de mujer en sus relaciones de trabajo. Hoy toda la empresa está llorándola».

PSICÓPATAS

Jane Elias se colocó a la cabeza de las listas de autores más vendidos en ambos lados del Atlántico hace siete años con su primera novela, *Muerte al llegar,* con la que dio a conocer a la psicóloga forense, la doctora Jay Schumann, una especialista en establecer perfiles psicológicos de asesinos en serie para el FBI. Luego publicó una serie de novelas ganadoras de diversos premios, tres de las cuales han sido adaptadas por Hollywood, incluyendo la novela con la que debutó.

La adaptación de *Muerte al llegar,* protagonizada por Michelle Pfeiffer, ganó un Oscar.

Jane Elias era conocida por llevar una vida de ermitaña. A diferencia de la mayoría de los escritores más vendidos, ella rechazaba la publicidad, y salía sólo en escasas ocasiones de su aislamiento para hablar con la prensa. Explicó su traslado a Irlanda como un deseo de paz y tranquilidad que ya no podía encontrar en su Nueva Inglaterra natal.

La seguridad de su mansión georgiana, a orillas del lago Killargan, era bastante fiable, con guardias permanentes y cámaras de televisión de circuito cerrado a lo largo de la cerca de ocho kilómetros que rodeaba el perímetro de la propiedad. A pesar de su aislamiento, desempeñaba un papel activo en su comunidad, sobre todo recientemente, cuando escribió una obra de teatro para el grupo de arte dramático de la iglesia local con el fin de recaudar fondos para una guardería.

Entusiasta de la navegación, Jane Elias tenía varios barcos en su puerto deportivo privado. Esta mañana, algunos especulaban que pudo haber sido agredida mientras navegaba en uno de sus

yates por el lago.

Impresionada, Fiona volvió a leer el artículo, casi esperando que esta vez las palabras se hubieran reordenado en otro sentido. Pero la noticia seguía igual. Una mujer frente a la cual había estado sentada en el transcurso de una cena, hacía menos de tres meses, ahora era víctima de un asesinato. Por muy familiarizada que estuviera con las investigaciones de homicidios, no podía minimizar el horroroso escalofrío que la estremecía.

Fiona había olvidado que debía ir a casa; su mente estaba totalmente ocupada con el recuerdo de Jane Elias en vida y las imágenes que, a partir de la noticia, evocó del cadáver de la escritora. Se habían conocido durante el último viaje de Jane a Londres, cuando publicó su séptima novela de la serie de Jay Schumann, *Reacción tardía*. Jane y Kit publicaban en la misma editorial y, debido a la renuencia de Jane a hacer apariciones públicas, Turnhouse Bachelor había concertado una serie de cenas privadas con los principales compradores del sector y los críticos más importantes. Para capitalizar al máximo sus beneficios, también había invitado a algunos de sus otros autores de novelas policíacas a cada una de las cenas, y así fue cómo Kit y Fiona llegaron a conocer a la norteamericana. Por supuesto, en cuanto Jane descubrió el interés profesional de Fiona por el crimen, se mostró más dispuesta a hablar con ella que con

cualquiera de los otros invitados, y las dos mujeres habían pasado gran parte de la noche enfrascadas en una conversación apasionada a propósito del asesinato y sus motivos.

Al principio, Fiona se sintió atraída por la penetrante agudeza intelectual de Jane, pero también por su ingenio mordaz. Entendía por qué Jane había logrado imponer su postura ante las exigencias comprensibles de su editor de que ella adoptara un papel más activo en la promoción de su obra. Cualquiera que hubiera sufrido los ataques de su lengua mordaz no estaría dispuesto a repetir la experiencia.

Pero ahora esa voz se había apagado para siempre. Era, pensó Fiona mientras subía con pasos pesados la colina del Dartmouth Park, una pérdida que ella sentía más intensamente de lo que habría esperado. Y ahora, probablemente tendría que contarle la noticia a Kit.

Entró por la puerta principal y escuchó la voz clara de Tracey Thorn, lo que demostraba que ella estaba ahí fuera, entre los heridos y que aún podían andar. Fiona conocía la sensación. Entró en el estudio de Kit y lo encontró inclinado sobre las teclas del ordenador, volando con los dedos. Le puso una mano en el hombro y le besó en la cabeza.

—Estoy contigo en cinco minutos —comentó él distraídamente.

Fiona lo dejó seguir. Las malas noticias siempre llegaban demasiado pronto. Era mejor que terminara lo que le ocupaba a que ella interrumpiera su flujo de ideas

con algo tan monumental que siempre lo asociaría a aquel capítulo, a aquel párrafo. En la cocina, sirvió dos copas de vino blanco frío y se sentó a la mesa para esperarlo. Los cinco minutos se convirtieron en doce, pero Fiona no experimentaba ninguna impaciencia. Ya no podían hacer nada por Jane.

Por fin, Kit apareció, saludándola con una sonrisa que se borró hasta transformarse en preocupación cuando vio su semblante sombrío.

—¿Qué pasa? —preguntó, frunciendo el entrecejo.

Fiona le acercó una copa.

—Malas noticias. —No había una forma mejor de entrar en materia, de modo que ni siquiera lo intentó—. Jane Elias ha sido asesinada.

La mano de Kit se detuvo antes de llegar a la copa.

—¿Jane? —dijo, incrédulo—. ¿Asesinada? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Qué sucedió?

Fiona le alargó el periódico:

—Esto es todo lo que sé.

Kit se dejó caer pesadamente en una silla y alargó una mano para coger el vino mientras hojeaba el periódico:

—Qué horror —dijo, negando con la cabeza—. Pobre Jane. Mierda, no me lo puedo creer.

—Yo tampoco lo podía aceptar. Tenía una personalidad tan fuerte. Es difícil imaginarla como víctima.

—Esto es una jodida pesadilla. —Kit se pasó una mano por la cabeza en un gesto de consternación—. Y

sólo hace dos o tres semanas que asesinaron a Drew. —Su mano se detuvo en seco, a mitad del gesto—. ¿No crees que están relacionados esos crímenes? ¿Alguien que persigue a los escritores de novelas de misterio?

—No, no lo creo —dijo Fiona con firmeza, extendiendo una mano sobre la mesa para tocarle el brazo—. No hay ningún motivo para pensar eso, Kit. Países diferentes, sexos diferentes, cadáveres dejados en sitios diferentes. El hecho de que ambos escribieran novelas de misterio de corte psicológico es simplemente una terrible casualidad.

—Tú siempre dices que la casualidad no existe.

—De acuerdo, quizá no sea así. Es posible que alguien tan obsesionado con Jane como lo estaba el asesino de Drew con él viera los artículos sobre su asesinato y decidiera que ésa era la mejor manera de acabar con el objeto de su deseo. Pero decir, a partir de estos dos casos, que hay un asesino ahí fuera eligiendo como dianas a personas que escriben novelas policíacas es una tontería.

Kit negó con la cabeza y suspiró.

—Sí, lo sé. Pero es que vivo en un mundo donde la teoría de la conspiración siempre parece más atractiva que la verdad. O sea, es más fácil imaginar un asesino en serie matando desenfrenadamente que pensar que hay dos individuos zumbados ahí fuera que se ponen a matar a escritores. Y cuando se incluye el factor de las cartas... Bueno, sencillamente, me parece que hay un montón de locos ahí fuera que se interesan por personas

como yo.

—Puedo entenderlo. Pero no creo que vaya más allá de una desagradable casualidad.

Fiona sintió el vacío de sus palabras incluso mientras las pronunciaba. No podía decir nada que sirviera de ayuda, y aborrecía la sensación de impotencia.

Kit se separó de la mesa y la golpeó con las palmas de las manos.

—Es que, ¿cómo podría pasarle esto a Jane? ¿Por qué a ella? Protegía tanto su intimidad. Todo el mundo sabía que esa mansión suya era como una fortaleza.

—Quizás ése fuera el reto —reflexionó Fiona, incapaz de impedir que su imaginación profesional se pusiera en marcha.

Siempre era su refugio preferido cuando no sabía qué decir. No estaba orgullosa de ello, pero no sabía cómo cambiarlo. Ni tampoco sabía si realmente quería cambiarlo. Algunas de las mejores ideas se le habían ocurrido cuando no trabajaba, como producto de esta actividad de sustitución.

—¿Por qué alguien iba a querer matarla? —quiso saber Kit—. Quiero decir, está bien, ella provocó mucha envidia en otros escritores. Pero, cuando decían que la matarían por sus ventas, no eran más que palabras. Los escritores no consideran la competencia del mismo modo que lo hace la mafia. Y fuera de este ámbito... ¿por qué iba a ser blanco de un asesino?

Fiona se encogió de hombros.

—Los motivos de siempre. Amor, odio, avaricia, miedo. ¿Tenía relaciones con alguien?

Kit negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Nunca escuché nada de su vida personal. Lo cual ya, de por sí, es poco habitual. Tú ya sabes cómo genera rumores el mundo de los escritores. Todos conocen los asuntos de los demás. Yo te podría decir cuánto recibió en su último anticipo…

—¿Cuánto?

—Dieciocho millones de dólares por un contrato de tres libros. Pero nunca oí nada acerca de a quién se estaba tirando. Si es que había alguien. Quizás era una de esas personas que no se interesan por el sexo. Yo no sentí ninguna vibración en ella. ¿Y tú?

—No —dijo Fiona—. No era nada coqueta, ni con las mujeres ni con los hombres, al menos durante aquella cena.

—Así es. Totalmente fría; mantenía la distancia. La única vez que realmente se animó fue cuando vosotras os metisteis en todo ese rollo de las víctimas complacientes del sádico sexual. —Kit se levantó y se dirigió a la nevera, de donde empezó a sacar verduras—. Cuscús y verduras asadas —dijo, hablando consigo mismo.

—Cuando tienes dudas, lo mejor es cocinar —dijo Fiona cariñosamente—. ¿Quieres que sigamos hablando del tema?

—No. Voy a matar estas verduras a cuchilladas y luego voy a regresar al trabajo mientras se cocinan. Es

la mejor terapia que conozco.

Ella terminó su copa y se levantó.

—Yo estaré arriba si me necesitas.

Kit asintió con la cabeza.

—¿Vas a investigar el caso en Internet?

—Me conoces demasiado bien. No creerás que me estoy comportando como un monstruo, ¿verdad?

Kit dio media vuelta y sonrió.

—Las campanas están doblando por mí y por mi monstruo —canturreó con voz de bajo—. Vete a buscar la información real. Puedes servírmela con la cena y así calmar mi miedo irracional.

Fiona le devolvió la sonrisa. Sin querer, se le ocurrió pensar que, si Jane Elias tenía un amante, alguien estaría sufriendo un dolor insoportable aquella noche.

—Llámame cuando esté lista —fue lo único que pudo decir.

Intuyó que decirle cuánto lo quería sería como querer tentar al destino.

Extracto de la descodificación del documento P13/4599

Uimef afmxx ketmf fqdqp mrfqd vmzqq xume. Mxxui mzfqp fapai meexq qb. Upupz fzqqp mzkbu xxefa wzaow yqagf quftqd…

Después de lo de Jane Elías, quedé totalmente destrozado. Lo único que quería era dormir. Era como si quisiera borrar el recuerdo, y dormir era la mejor manera. Hasta hoy, ni siquiera era capaz de coger un bolígrafo para poner las cosas en su lugar.

Por supuesto, no la pude matar en el barco, porque no quería salpicarlo todo de sangre. Eso hubiera sido desacertado, ajeno al contexto del libro. De modo que, una vez que la dejé inconsciente, tuve que navegar hasta el desembarcadero, sacarla del barco y rematarla allí, en las aguas poco profundas.

Tuve suerte. La dejé sangrar un rato en el agua, luego la llevé hasta el maletero de la furgoneta y dejé que el barco se alejara flotando en el lago. Vamos a ver cuánto tardan en entender esto, pensé.

Luego hice lo que tenía que hacer. No sé por qué, pero resultó peor que con Drew Shand. Quizá porque era mujer. O tal vez porque tuve que desnudarla y parecía mucho más vulnerable así que con ropa.

Todo salió según lo previsto. Y, a juzgar por lo que he leído en los diarios, parece que el mensaje empieza a salir a cuentagotas. Ya era hora. Ahora ha llegado el

momento de empezar a pensar en la número tres, Georgia Lester. He estado releyendo su libro, y no comprendo por qué lo han publicado, y mucho menos por qué lo han llevado a la gran pantalla; es algo que no logro captar. ¡Lástima que mi plan contribuirá a vender más ejemplares! Pero en este punto no hay nada que se pueda hacer. Tengo que seguir pensando en el proyecto a gran escala.

He llevado a cabo una exploración de su cabaña en Dorset, y es perfecta para lo que quiero hacer. Lo difícil será averiguar cuándo estará ella allí.

Sé que esta semana está en Londres, y viendo sus citas en su página web, *creo que irá a Dorset a pasar el fin de semana, con la idea de regresar el martes o el miércoles.*

No tengo ningún deseo de hacer esto. Eso es lo peor de todo. Es tan horrible lo que tendré que hacerle. Sigo releyendo el pasaje del libro que describe esa escena y se me revuelve el estómago sólo de pensar que tendré que copiarla. Pero ahora no puedo parar. De hacerlo, resultaría inútil todo el trabajo que me he tomado hasta ahora.

Cuando me siento así, miro a mi alrededor y veo a qué me han reducido con lo que me han hecho. No me da ningún placer hacer esto, pero me devuelve la autoestima. No he aguantado todo lo que me han echado encima sin reaccionar, y eso ya es algo.

De modo que simplemente tendré que apretar los dientes y hacer lo que tengo que hacer. Ya he

consumado dos; me quedan cuatro. Para entonces tendrían que haber captado la idea.

CAPÍTULO 21

Igual que los agentes de policía, los bomberos o los periodistas, Fiona había descubierto que el medio más rápido y eficaz para poner distancia emocional entre ella y las cosas terribles con que su trabajo le obligaba a enfrentarse, era el humor negro. De modo que, cuando introdujo el nombre de Jane Elias y su buscador le mostró un sitio llamado *Riéndonos con los muertos famosos,* no pudo resistir la tentación.

Hacía menos de veinticuatro horas que la muerte de Jane Elias era del dominio público, a pesar de lo cual ya había merecido una caricatura de lápida sepulcral. Fiona hizo clic en el nombre de Jane. La pantalla se disolvió en un marco con forma de ataúd. «Jane Elias mató a unas cuarenta y siete personas en sus siete novelas. Algunos dirán que ya era hora de que descubriera qué se siente al ser asesinado. Nosotros no, por supuesto. Si te ofenden las bromas sobre la muerte, no leas el texto que aparece en esta pantalla.»

Fiona, naturalmente, lo leyó. Hasta ese momento, sólo había cuatro colaboraciones:

¿Por qué tuvo que morir Jane Elias?
Para conseguir por fin un buen argumento.

¿Saben los escritores, cuando empiezan, cómo terminará todo?
¡Evidentemente Jane Elias no lo sabía!

¿Qué le dijo san Pedro a Jane Elias a las puertas del Paraíso?
«Bueno, Jane, ¿quién era el asesino?»

¿Cuál fue el motivo del asesinato de Jane Elias?
Unas ventas que eran como para morirse.

Sólo el primer chiste merecía una mínima sonrisa, pensó Fiona. Cerró la página y se dirigió hacia otra que le rendía un homenaje más convencional. El primer sitio que consultó había sido creado por un admirador. Simplemente, debajo de la fecha del día, se decía: «Jane Elias fue encontrada asesinada hoy. Este sitio está cerrado como muestra de respeto».Tuvo más suerte con la segunda elección, también un homenaje de uno de los lectores de Jane. Contaba los detalles esenciales del asesinato y, debajo, había una serie de recuadros que ofrecían enlaces con otras partes del sitio. El menú incluía *Su vida*, un *Libro de fotos*, *La investigación*, un *Libro de condolencias* y otros *enlaces relacionados*. Para empezar, Fiona optó por el historial fotográfico, pues sintió curiosidad por ver lo que el creador de la

página había podido reunir, teniendo en cuenta lo cohibida que era Jane frente a las cámaras.

La primera foto de Jane era la que había aparecido en la sobrecubierta de su primera novela. Un rostro ordinario, de esos que sería difícil describir en términos que lo diferenciaran de otro millón de caras. Una cabellera castaña que no le llegaba a los hombros, peinada con raya a la derecha; cejas rectas, ojos oscuros, una nariz absolutamente corriente y unos labios gruesos que se curvaban en una leve sonrisa, sin revelar nada. Llevaba una camisa, abierta en el primer botón, que mostraba una fina cadena de oro. Aparte de los reflejos rubios del pelo y unas cuantas arrugas alrededor de los ojos, parecía igual que la noche en que Fiona la conoció.

La siguiente era una foto del anuario del instituto. El cabello era más largo y caía lacio hasta los pequeños senos, pero con la misma raya. A los dieciocho años, Jane llevaba unas gafas de montura gruesa, poco elegantes, que daban a sus ojos un aspecto desvaído. Tenía la cara más llena, casi gordita. Si aquellos fueran los únicos rasgos que conociera Fiona, dudaba de que pudiera distinguir a Jane en medio de una multitud.

Una tercera fotografía mostraba a Jane recibiendo el primero de sus dos premios Edgar durante la cena de los Escritores de Novelas Policíacas de América. Sonreía ampliamente y estaba desinhibida. Iba muy elegante, llevaba un vestido negro ajustado con destellantes lentejuelas.

La última foto de la colección mostraba un aspecto

totalmente distinto de Jane Elias. Tomada en la meta de una maratón benéfica, en Dublín, presentaba a Jane dando una zancada, con pantalones cortos y camiseta de corredora, que dejaban ver los planos lisos de unos músculos bien desarrollados en piernas y brazos. La cámara la había captado en toda su sencillez, y su expresión revelaba el estado alterado, el éxtasis del atleta que ha sobrepasado la barrera del dolor. Parecía mucho más atractiva que en cualquiera de las otras fotos, advirtió Fiona con objetividad.

Después de estudiar las fotografías, Fiona accedió al libro de condolencias. Si ella hubiera estado implicada en la investigación, habría sugerido que la policía examinara los mensajes escritos por los admiradores. Dada la tendencia de los psicópatas a intentar meterse en la investigación de sus propios crímenes, era un lugar donde evidentemente podría encontrarse el asesino de Jane. La docena de mensajes que Fiona leyó parecían bastante inofensivos, pero aún quedaba tiempo para que surgiera algo raro y extraño. Fiona guardó la página, para regresar al cabo de un par de días por si aparecía algún mensaje que se asemejara a las cartas recibidas por Kit y por Georgia.

No había ninguna otra cosa interesante en el sitio *web* de los admiradores, de modo que, como un niño que reserva la parte preferida de una comida para el final, se dirigió a *El asesinato detrás de los titulares*. Tecleó «Jane Elias» en la casilla de búsqueda y pulsó <ENTER>.

La reina de la novela policíaca sobre asesinos en serie, Jane Elias, por fin ha descubierto qué se siente al sufrir lo que ella hizo a docenas de víctimas en sus libros. Desgraciadamente, no podrá explotar comercialmente su experiencia porque el hombre —o la mujer— que la agredió se aseguró de que no viviera para contar la historia.

El cadáver de Elias fue encontrado en una carretera secundaria, a primeras horas de la mañana, por un silvicultor cuyo camión atropelló el cuerpo estratégicamente colocado en medio de la vía, justo a la vuelta de una curva de nula visibilidad, cerca de la finca de la novelista en el condado de Wicklow, Irlanda. Este rasgo presenta una semejanza sorprendente con la forma en que son hallados los cadáveres en *Muerte al llegar,* la primera novela de Elias, gracias a la cual la cautivadora Michelle Pfeiffer ganó un Oscar.

Y según las fuentes de ADLT procedentes del despacho del juez que instruye la investigación, Elias sufrió heridas que tienen mucho que ver con la descripción de lo que les sucedió a las víctimas de aquella novela, excepto que, en su caso, fueron infligidas post mórtem, y no cuando aún vivía. Quizás el asesino fuera más sensible que la víctima. He aquí el pasaje del libro que parece haber inspirado este crimen:

«El dilatado escozor que produce el lento corte de una navaja. El desarrollo de una quemadura, que avanza desde un dolor intenso hasta una ola rugiente de dolor extendiéndose hacia dentro, mientras despide un olor a barbacoa de carne asada. La agonía ardiente de la carne obligada a dar más cabida de la que puede ofrecer. El dolor insoportable de un hueso roto al que nunca se da tiempo para que suelde. La angustia apagada de un golpe estratégicamente propinado en los órganos que están debajo de la piel».

¿Escalofriante, verdad? Especialmente después del reciente asesinato mimético del autor de *El imitador,* Drew Shand, en

Edimburgo, Escocia. Por muy improbable que parezca, los que creen en la teoría de la conspiración ya están especulando acerca de alguien que mata a escritores de novelas policíacas que abordan el tema de los asesinos en serie. Ahora bien, esto es llevar las cosas un poco demasiado lejos.

Pero la verdad podría hallarse en una dirección totalmente diferente.

ADLT puede revelar en exclusiva que el secreto más grande de Jane Elias era que, desde hacía cinco años, mantenía una relación clandestina con el agente de policía secreto especializado en narcotráfico Pierce Finnegan, una de las figuras clave en la lucha contra los traficantes en la República irlandesa. Finnegan logró desarticular una importante ruta de suministro de heroína el año pasado, y dicen que varios mafiosos que todavía esperan el juicio han ofrecido un precio muy alto por su cabeza. Según parece, está actuando de enlace con Europol en estos momentos, y tiene conexiones importantes con las autoridades de las fuerzas antidrogas de Estados Unidos. Francamente, su relación con Elias era un secreto mucho mejor guardado que cualquiera de los archivos de la Garda, tan fáciles de saquear.

Elias conoció a Finnegan durante una convención internacional de personal de inteligencia en Quantica a la que él asistía. Los amigos afirman que acudió a la convención de incógnito, bajo la protección de una compañía informática de Florida que probaba un programa para encontrar relaciones entre fotografías. Durante la convención, pudo entrar clandestinamente en varias sesiones a puerta cerrada, donde escuchó hablar a Finnegan. Más tarde, unos amigos comunes los presentaron y ambos inmediatamente estrecharon relaciones. Ni siquiera los jefes de la Garda conocían la relación.

Como resultado, Elias se trasladó a vivir a Irlanda, adonde Finnegan iba a visitarla regularmente a su finca de alta seguridad del condado de Wicklow, aunque los lugareños no

conocían su identidad real, y ni siquiera el personal de seguridad de Elias. Ella solía organizar encuentros secretos con su amante cuando éste estaba de viaje. Elias se alojaba en el mismo hotel y ambos compartían noches de amor clandestino. De modo que no hay ningún misterio en cuanto al origen de sus tramas.

Ahora son muchos los que especulan acerca de que quien mató a Elias lo hizo para vengarse de Finnegan o para enviarle una advertencia, con el fin de que dejara de presionar y renunciara a presentar pruebas en el juicio. La muerte de Drew Shand podría haberle ofrecido al asesino el plan perfecto para un asesinato que enviaría el mensaje deseado a Finnegan sin estar necesariamente vinculado con cualquiera de los casos del agente de la Garda. Por supuesto, eso sólo funcionaría si la relación romántica permanecía en secreto.

Lo sentimos, Pierce. Lo sentimos, señor Asesino. Acabamos de desenmascararlo todo.

RECUERDA QUE LO LEÍSTE PRIMERO EN
EL ASESINATO DETRÁS DE LOS TITULARES

Fiona respiró hondo. De ser verdad, aquello era dinamita. Tener un amante que era investigador secreto de los narcotraficantes ofrecía un motivo mucho más creíble para un asesinato tan violento que el hecho de que un asesino en serie hubiera elegido como víctimas a los escritores. Sabiendo cómo funcionaba la policía en contra de los suyos, Fiona dudaba seriamente de que aquella relación fuera un secreto para los jefes de Finnegan, pero la pareja había hecho un buen trabajo manteniéndose al margen de la opinión pública.

Ella no pudo menos que sentirse aliviada. Aunque

su intuición profesional le inducía a tener reservas a la hora de aceptar la posibilidad de que un asesino quisiera eliminar a todos los escritores de novelas policíacas, su instinto había experimentado la dentellada del miedo desde que leyó el titular del periódico. Fiona conocía demasiado bien la incapacidad de contenerse de los asesinos en serie; la idea de que Kit pudiera figurar en la lista negra le había estado rondando por la cabeza durante la última hora, y se sentía egoístamente agradecida de que hubiera una explicación lógica para la muerte de Jane que no pudiera tocar a su propio amante.

Apagó el ordenador y bajó a la primera planta. Kit estaba de nuevo en la cocina, echando cuscús en una olla llena de agua hirviendo. Se volvió y esbozó una sonrisa forzada.

—En diez minutos está —dijo.

—¿Has logrado trabajar algo? —preguntó Fiona, llenando el vaso de Kit y el suyo.

—No hay nada como las tragedias ajenas para que las palabras fluyan —dijo en un tono cortante—. Es como un mecanismo de defensa. Mi cerebro utiliza la escritura para bloquear la interferencia. Mientras miro la pantalla y escribo, no puedo pensar en el infierno que tuvo que vivir Jane antes de que ese cabrón la matara.

—Eso es lo malo de tener imaginación —comentó Fiona. Especialmente una como la tuya. No te cuesta en absoluto idear un centenar de escenas espeluznantes. —Atravesó la habitación y él se dio media vuelta para

recibir su abrazo—. Las heridas fueron infligidas post mórtem. No la torturó.

—Supongo que habrá que agradecerlo —murmuró Kit sumergido en su cabellera. Se apartó suavemente—. ¿Cuéntame, qué encontraste?

—¿El punto fundamental? No deberías preocuparte demasiado.

Ella se sentó a la mesa y le hizo un resumen de sus investigaciones.

—Tú sabes lo que pienso de estos propagadores de escándalos —protestó Kit—.¿Cómo puedes estar segura de que lo tienen claro acerca de su relación con el policía de la secreta? Quizá no eran más que amigos. Tal vez sólo era un contacto de quien ella extraía ideas y detalles.

Fiona se encogió de hombros.

—No puedo estar segura. Pero evidentemente tienen fuentes de muy alto nivel y pueden explotarlas a fondo. De modo que, a menos que escuchemos algo en sentido contrario, yo aceptaría cada letra de lo que dicen.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —musitó él.

—Hay algo que podría ayudar a tranquilizarte. Cuando llames por ahí para averiguar si alguien más ha recibido alguna carta de amenaza, entérate de si Jane recibió una. Si no la recibió, entonces tendremos una evidencia más para respaldar mi teoría de que las personas que escriben amenazas de muerte no son las que matan.

—Quizás simplemente debería llamar a la policía y

preguntárselo.

—Sí, seguro. Como que te lo van a decir.

—Quizás se lo digan a Steve.

Fiona reconoció la fuerza de su argumento asintiendo con la cabeza.

—Por otra parte, he quedado con él mañana por la noche —continuó Kit, sacando del horno el plato de verduras asadas y vertiéndolo en el cuscús. Colocó la comida sobre la mesa con un ademán ostentoso y se sentó frente a Fiona—. Voy a preguntar a Steve si puede averiguar si Jane recibió alguna carta amenazándola de muerte —dijo—. Si no, entonces probablemente tienes razón, y Georgia y yo estamos a salvo. Y mientras tanto, prometo tener cuidado sin volverme paranoico. ¿Te basta con eso?

Fiona sonrió.

—Me basta. Pero, si alguien te persigue con una navaja, nada de hacerte el héroe. Corre.

—¿Qué? ¿No quieres que me mantenga firme y que sea un hombre? —bromeó Kit.

—Dios mío, no. Tengo demasiado que hacer como para tomarme unas vacaciones y organizar un funeral. —Fiona probó la cena—. Mmm. Deliciosa. Cuídate, cariño. Nunca podría pagarle a nadie capaz de sustituirte en la cocina.

Kit fingió una expresión dolida.

—¿Sólo en la cocina?

—Si no como cada día, me muero —dijo ella—. Echaría de menos echar un polvo contigo, pero eso no

me mataría.

—¿Crees que no? —dijo peligrosamente.

—No lo pongamos a prueba.

Él sonrió:

—Respuesta correcta, doctora. De modo que, ¿te apetece una noche tranquila en casa?

—Kit, nunca hemos pasado una noche tranquila en casa. ¿Por qué íbamos a empezar ahora? —Arqueó las cejas en un gesto provocador—. Pero no te rechazaría si me pidieras que te follara hasta la muerte.

—Me has convencido, cabrona melosa —dijo Kit con una sonrisa que prometía no darle cuartel.

Pronto, Jane Elias estaría fría en la tierra. Ninguno de los dos había olvidado eso ni por un momento. Mantener alejados a los fantasmas era lo más importante que podían hacer el uno por el otro, y lo sabían. Era, como tan a menudo había sido en el pasado, su pacto tácito.

CAPÍTULO 22

Georgia Lester estaba sentada a la mesa de la cocina, acunando entre las manos una taza de porcelana llena de té claro Earl Grey y mirando sin ver hacia abajo, más allá de los arriates desaliñados por el otoño, hasta los manzanos esqueléticos del fondo del jardín. No se

percató de que, la próxima vez que viniera el jardinero, haría falta podar las plantas y las rosas. Eso no le interesaba ni era su trabajo. Ella sólo reparaba en el jardín cuando estaba bello. Prefería ignorar la fealdad. Ya bastante fealdad había en su cabeza para aumentarla con cosas del exterior.

Lo que a ella le gustaba de aquella cabaña era la paz. Ser Georgia Lester era una actividad fatigosa. Mantener la imagen de belleza y elegancia sofisticada que el mundo esperaba de ella era un esfuerzo constante. Por supuesto, ella misma había creado aquella expectativa, pues era un personaje con un estilo conscientemente inventado para destacar de las masas. Pero eso no hacía que fuera más fácil y, hoy por hoy, cada vez que se miraba en el espejo por las mañanas, parecía como si la cuesta fuera cada vez más empinada. Quizá ya era hora de hacerle otra visita a aquel hombre encantador de la calle Harley que le había hecho un trabajo tan bueno con las carnes flojas de la mandíbula.

Pero aquí, en la cabaña, podía abstenerse de toda necesidad de mantener la fachada. Bueno, podía hacerlo cuando estaba sola, rectificó, con una astuta sonrisa alargando las comisuras de la boca. A una chica le hacía falta un poco de distracción de vez en cuando, y por muy delicado que fuera Anthony, no podía ofrecer todos los estímulos y la energía sexual de un cuerpo tenso y joven. Ninguno de sus flirteos duraba mucho, de eso estaba segura. Y para ella no significaban más que una especie de transfusión de sangre: algo necesario, pero

de algún modo impersonal.

Aquel fin de semana, sin embargo, Georgia tenía otros planes. Nada de vestirse para recibir amantes; sólo trabajar en la nueva versión de su obra. A diferencia de la mayoría de los escritores que conocía, le encantaba el proceso de la revisión. Le permitía alejarse un paso del engranaje del primer borrador y concentrarse en la calidad de la propia escritura. Se había ganado la fama de tener una prosa finamente elaborada, y siempre afirmaba que se debía a la atención que dedicaba a la forma detallada de cada frase. Ahora Georgia disponía de tres días enteros para llevar a cabo su trabajo favorito, y tenía ganas de empezar.

Ya mentalmente se adelantaba hasta el capítulo del libro que trabajaría ese día. La transcripción estaba sobre su escritorio, al lado de la pluma estilográfica Mont Blanc Meisterstück que siempre usaba para hacer las revisiones que su secretaria más tarde pasaba al ordenador. Ni siquiera se iba a molestar en vestirse todavía. Iba a quedarse por allí, deambulando con la bata de seda y los cabellos ocultos en un turbante de seda también, hasta la hora de almorzar. Luego tomaría un baño escuchando *El mundo a la una*. Una merienda como almuerzo, y después tendría que aventurarse hasta Dorchester. Había comida más que suficiente en el congelador, pero inexplicablemente se había quedado sin vino blanco, y cenar sin una copa de Chablis frío era impensable. Creía firmemente que los escritores necesitaban la disciplina de la rutina. Y que ésta incluía

los pequeños placeres de la vida, además de los hábitos mentales que le permitían producir un libro al año.

Georgia terminó el té y se sirvió otra taza. Quería aprovechar al máximo esos tres días. Cuando hubieran acabado, emprendería una gira para promocionar su último libro, editado en tapa dura. Pensar en ello le recordó que todavía no había convencido a la editorial para que le pagara la factura del guapo guardaespaldas que había contratado antes de irse de Londres. Realmente no creía que nadie la persiguiera, a pesar de las enérgicas afirmaciones que le dirigió al querido y dulce Kit en cuanto a lo de llevar aquellas cartas tan desagradables a la policía. Pero no tenía ningún reparo en aprovecharse de esa posibilidad. Nunca estaba mal mantener el nombre de uno firmemente ante la opinión pública. La idea de que era una escritora lo suficientemente significativa como para llamar la atención de un agresor sexual inevitablemente atraería a nuevos lectores, con ganas de descubrir qué había en ella que la hacía tan especial. Y una vez logrado, Georgia estaba totalmente convencida de que permanecerían fieles a su obra hasta devorar la totalidad de los libros publicados.

Gracias a una planificación tan astuta como ésa, había salido del montón y escalado hasta la cima. Era consciente de que muchos colegas suyos desaprobaban sus actividades. Pero no le molestaba en absoluto. Podían fingir cuanto quisieran que estaban demasiado por encima como para bajar hasta el nivel de sus

tácticas, la realidad era que tenían envidia de la cantidad de columnas que los medios le dedicaban.

Inconsciente de que estaba a punto de generar la publicidad más grande de su vida profesional, Georgia bebía el té y se sentía muy, pero que muy contenta.

CAPÍTULO 23

Fiona andaba deprisa. Corriendo, literalmente. Esquivando a los estudiantes, se volvió de forma brusca para entrar en el despacho de su secretaria.

—La jodida línea Northern —dijo respirando con dificultad, mientras intentaba quitarse el abrigo con gestos descompuestos a la vez que abría la puerta de su oficina.

Cruzó el umbral, se quitó la chaqueta y soltó el maletín; luego cogió una carpeta de apuntes para la reunión de la facultad que hacía cinco minutos que habría empezado, siempre con su secretaria pisándole los talones.

—Hay un policía español que lleva un rato intentando hablar contigo —dijo la secretaria mientras consultaba la lista de mensajes—. Un tal comisario Salvador Berrocal. Ha llamado cada diez minutos durante la última media hora.

—¡Mierda, mierda, mierda! —musitó Fiona furiosa.

—Pidió que le devuelvas la llamada inmediatamente —añadió su secretaria mientras Fiona vacilaba entre su escritorio y la puerta—. Parecía tratarse de algo urgente.

—Tengo que ir a esa reunión —dijo Fiona—. Barnard está tratando de cargarme con la mitad de sus seminarios y yo no los quiero. —Se pasó una mano por los cabellos—. De acuerdo. Llama a Berrocal y dile que me he retrasado inevitablemente, pero que le llamaré en cuanto pueda. Lo siento, Lizzie, tengo que irme corriendo.

Salió disparada por el pasillo y se paró bruscamente en la puerta de la sala de reuniones, despertando la curiosidad de quienes siempre habían visto a Fiona con aspecto frío y elegante. Se detuvo un momento, se arregló el pelo, respiró hondo para recuperar la compostura y entró majestuosamente, con una sonrisa a modo de disculpa.

—Lo siento, el metro —susurró, tomando asiento a un lado de la mesa de conferencias.

El profesor Barnard no interrumpió su enrevesada frase y tampoco se dignó mirarla.

Parecía que iba a ser la reunión más larga de la historia, y Fiona tuvo que reprimirse para no mostrar inquietud mientras todos hablaban de las minucias aparentemente infinitas de la facultad. Logró contener su impaciencia, negándose a que la presencia dominante de Barnard la aturdiera hasta hacerle aceptar más de un grupo adicional de seminario. Pero, incluso mientras argumentaba para exponer su

situación, la mitad de su pensamiento giraba en torno al mensaje urgente de Berrocal. Debía de haber detenido al sospechoso. O eso esperaba.

Al acabar, Fiona recogió sus papeles y salió rápidamente, ante las cejas arqueadas y las miradas de asombro de sus colegas, a quienes ella prefería descartar por demasiado arrogantes. De vuelta en su despacho, le pidió a Lizzie que no le pasara llamadas, y ya estaba marcando el número de Berrocal antes de sentarse.

—¿Comisario Berrocal? —preguntó cuando contestaron al otro lado del hilo telefónico tras sonar dos veces.

—Sí. ¿Doctora Cameron? —oyó decir, pero el tono de voz no le daba la menor pista respecto a la naturaleza de sus noticias.

—Siento no haberle llamado antes, pero no pude escaparme —dijo—. ¿Hay alguna novedad?

El suspiró.

—No de la clase que hubiera esperado. Tenemos otro asesinato.

Fiona sintió cómo se le caían las alas del corazón. Aquella era la noticia que ella había temido tanto que se había negado a considerar siquiera la posibilidad de que existiera.

—Siento oír eso —dijo.

—Llamo para preguntarle si le sería posible regresar a Toledo para seguir asesorándonos. Quizá la información generada por este último asesinato podría ayudarle a localizar dónde deberíamos buscar a nuestro

sospechoso ahora.

Fiona cerró los ojos.

—Lo siento —dijo, esperando que él notara el verdadero arrepentimiento en su voz—. No me es posible ahora mismo. Tengo demasiadas obligaciones que no puedo eludir. Se produjo un pesado silencio. Entonces Berrocal dijo:

—Temía que dijera eso.

—No veo por qué no podría examinar las pruebas si me envía los detalles por fax —dijo, anteponiendo su sentido del deber a su sentido común.

—¿Eso sería posible?

—Tengo una agenda muy apretada, pero estoy segura de que puedo encontrar un hueco para analizar el material —le aseguró, preguntándose a sí misma cómo iba a encontrar el tiempo para hacerlo.

—Gracias —dijo él, y su alivio se hizo palpable incluso por teléfono.

—¿Me podría explicar lo esencial ahora? —preguntó Fiona, acercando una libreta y apoyando el teléfono entre la oreja y el hombro.

—El cadáver fue encontrado en el patio del Alcázar. —Ahora la voz de Berrocal sonaba cortante y clínica—. Una inglesa, Jenny Sheriff. Veintidós años, de Guildford. —Dividió el nombre propio desconocido en dos palabras—. Trabajaba de recepcionista en el Hotel Alfonso VI; se trataba de un intercambio estudiantil de un año de duración para mejorar su español. Su turno terminaba a las diez de la noche y ella le dijo a una

compañera de trabajo que había quedado con un hombre para tomar un café en la plaza. Dijo que era fascinante, que sabía todo lo que había que saber sobre Toledo.

—¿Mencionó su nombre? —preguntó Fiona.

—No. Tenemos a un camarero que dice que les sirvió unos carajillos a ella y a un hombre poco después de las diez. La había visto muchas veces anteriormente, tomando infusiones allí con amigos. Pero no reparó en el hombre que estaba con ella porque se mantuvo todo el tiempo de espaldas a la barra. El camarero no recuerda cuándo se fueron, ya que un grupo de turistas entró para tomar unas copas poco después.

—¿Cuándo la encontraron?

—Esta mañana; el custodio que abre el Alcázar para el resto del personal encontró abierta la puerta de entrada. Cuando entró en el patio, la vio tumbada allí. Había sido apuñalada varias veces en el estómago. Nuestro informe preliminar indica que el arma homicida probablemente fue una bayoneta militar. La muerte corresponde a la de los muchos republicanos que mataron las fuerzas de Franco cuando se puso fin al asedio del Alcázar durante la guerra civil. Esto encaja con el tema que usted identificó de escenas turísticas asociadas con muertes violentas. Y hay más relaciones. Al igual que Martina Albrecht, presenta mutilaciones en la vagina que fueron hechas después de la muerte, con repetidas introducciones de una botella rota. Y finalmente, también llevaba un mapa turístico de la

ciudad en el bolsillo. De modo que apenas cabe duda de que estamos tratando con el mismo hombre. Delgado o quien sea —dijo con voz nerviosa a causa de la frustración.

—¿Ningún indicio de una puerta forzada? —preguntó.

—No. Parece que tenía llaves. Ya estamos trabajando en esa dirección. Podría tener un amigo con acceso a las llaves o puede que, de alguna manera, se haya agenciado unas propias. Registraremos las viviendas de todos los que tienen llaves. Es posible que se esconda cerca de alguna de esas viviendas. Podría haber entrado ilegalmente y obtenido las llaves de esta manera.

Fiona suspiró.

—De veras que lo siento, comisario. Cuando me dijo que tenía un sospechoso, pensé que sería el fin.

—Y yo. Pero Delgado parece haber desaparecido del mapa. Todos los policías de la ciudad tienen su nombre y su foto, pero nadie lo ha visto, de modo que carecemos de pistas.

—Debe de ser muy frustrante para usted —dijo Fiona haciendo una mueca, para intentar captar algo que le rondaba por la conciencia.

—Lo es. Pero seguiremos intentándolo. Le enviaré el material por fax en cuanto esté disponible.

Después de colgar el teléfono, Fiona se quedó mirando la pared, esperando a que su subconsciente le revelara lo que fuera que acechaba. Nada salió a relucir. Entonces volvió a sonar el teléfono y la devolvió

enseguida a las exigencias del trabajo que se suponía debía emprender.

A pesar de que hacía el máximo esfuerzo, sólo una parte de su mente estaba concentrada en el grupo de seminario que le tocaba esa mañana. En un rincón de su cerebro, el problema de Berrocal seguía inquietándole. Frustrada por su incapacidad para sacar a flote la información que le rondaba por la cabeza, dedicó la hora de comer a nadar en la piscina de la facultad, dando brazadas sin pensar, para alcanzar ese estado intermedio de trance que el ejercicio físico suele producir. Pero lo que estaba en el fondo de su conciencia seguía sin salir a la superficie.

De regreso a la oficina, evocó la imagen del Alcázar. Quizás eso le ayudara a resolver el puzzle. El edificio imponente se hallaba en el punto más alto de la parte antigua de la ciudad, en la situación ideal para una fortaleza, una ubicación que había sido explotada por todos los poderes reinantes desde la época de los romanos. El Alcázar dominaba la ciudad; era el edificio más grande en el horizonte, y su geometría cuadrada, con cuatro torres, era como un reproche a la apariencia aleatoria de las demás construcciones distribuidas cuesta abajo hacia el Tajo.

Pero nunca fue un edificio con suerte. Había ardido varias veces y sufrido serios daños durante la guerra civil, cuando fue bombardeado a lo largo de varios meses. A cierta distancia, constituía una visión austera: las paredes carecían de la ornamentación decorativa de

sus rivales en el horizonte, la catedral y San Juan de los Reyes. La única excepción en medio de tanta austeridad, eran las cuatro torrecillas circulares que adornaban las esquinas, cada una con un remate ostentoso como de Disneylandia.

Lo que había en el interior de los altos muros era otra historia. Cada una de las fachadas exteriores estaba decorada con un estilo arquitectónico distinto. Fiona nunca asistió al recorrido turístico del Alcázar, pero había visto fotografías, y le parecía absurdo que un edificio tan minuciosamente estilizado tuviera que acabar como una academia militar con un museo del asedio.

Y encima, aún conseguía añadir otra página a su historia sangrienta. Ahora se había convertido en la escena de un crimen, el lugar de descanso de la última víctima de un asesino despiadado que se suponía ella debía ayudar a atrapar. Un objetivo que evidentemente estaba lejos de conseguir.

A pesar de los esfuerzos, su mente seguía negándose a revelarle la idea que ocultaba y, por la tarde, se dio por vencida. Decidió trabajar hasta la noche, contestando la correspondencia que se había acumulado, como una peligrosa montaña, en la bandeja del correo. Kit iba a salir, según le había dicho. Asistiría a un acto en una librería y luego iría a tomar una copa con Steve, de modo que ella no tenía ninguna prisa por llegar a casa. Cuando por fin salió de la oficina, se encontró con un par de profesores de la escuela de antropología que la

convencieron para ir a tomar algo al club del personal docente.

Iba por la segunda copa de vino, cuando la conversación dio un giro inesperado. Dos de sus compañeros de trabajo criticaban con desprecio las ideas de un tercero a propósito de las costumbres funerarias de África Occidental. Una chispa saltó en el cerebro de Fiona y, de repente, supo qué era lo que tenía que decir a Berrocal. Disculpándose atropelladamente, se levantó de un salto y acudió a su despacho a toda prisa.

Por supuesto, cuando por fin pudo contactar con la comisaría de la policía española, Berrocal no estaba en su oficina. No quiso transmitir su intuición a un subalterno, porque era consciente de lo raro que sonaría aquello. Pero tampoco quería esperar hasta el día siguiente por la mañana. Encendió el ordenador y se dirigió directamente al servidor de correo electrónico.

De: Fiona Cameron
<fcameron@psych.ulon.ac.uk>
Para: Salvador Berrocal
<Sberroc@cnp.mad.es>
Asunto: Re: Los asesinatos de Toledo

Estimado comisario Berrocal:
Se me ha ocurrido una idea respecto al lugar donde su sospechoso podría estar escondiéndose, aunque probablemente carece de fundamento.
Como sabemos, está obsesionado con la historia de Toledo, una historia que en su mente está enlazada con el tema de la

muerte. ¿Dónde se encuentran tanto la historia como la muerte? En los cementerios. Me preguntaba si hay algún cementerio en (o cerca de) Toledo con panteones o criptas funerarias. Si es así, podría estar allí.

Evidentemente, tiene algún refugio, ya que consigue mantenerse oculto para no llamar la atención. Yo creo que podría haber entrado forzando la verja de un mausoleo o cripta familiar convertido ahora en base de sus operaciones.

Si no tiene ninguna otra pista, creo que valdría la pena examinar esta posibilidad.

Estaré en casa por la noche, donde pienso repasar el material que me prometió.

¡Suerte con la caza!

Cordialmente,

Fiona Cameron

CAPÍTULO 24

Kit cerró el último libro con un ademán ostentoso y guardó su bolígrafo.

—Gracias, amiga —le dijo a la librera que empujaba el montón de libros hacia un lado.

—¿Te importaría firmar algunas de las ediciones de bolsillo también? —preguntó la mujer.

—Encantado. —Echó un vistazo a Steve, que curioseaba en la sección de crímenes reales—. No tardaré mucho más —le dijo.

—Tranquilo —dijo Steve, sacando del estante un

libro sobre antropología forense.

—Esto ha estado muy bien —dijo Kit distraídamente mientras firmaba un ejemplar.

—Fantástico —comentó entusiasmada la librera—. Es la primera vez que organizamos una semana entera de actos temáticos, y ha sido espléndido. Realmente hemos aumentado las ventas, no sólo durante los actos, sino también durante el día.

—Es porque la librería ha hecho una buena promoción —dijo Kit—. Los escaparates muestran una amplia perspectiva, y eso atrae a los lectores. Ha asistido mucho público esta noche.

La mujer hizo una mueca:

—Incluyendo al zumbado de la primera fila.

—Siempre hay alguno.

—Ay, lo sé, pero la manera en que seguía hablando de lo del pobre Drew Shand y Jane Elias... Qué perverso. ¿No te preocupa que bichos raros como ése lean tus libros?

Kit se levantó y se encogió de hombros.

—En realidad, no. Los que no hablan son los que nos tienen que preocupar. ¿No es así, Steve?

Steve alzó la vista, asombrado.

—Perdona, ¿me estabas hablando, Kit?

—Sí, decía que no es a los charlatanes que no cierran el pico a los que hay que vigilar, sino a los que no dan a entender que son candidatos a la sala de máxima seguridad.

Steve cerró el libro bruscamente.

—Así es. Los asesinatos perfectos los cometen personas que son lo bastante listas como para hacer que parezcan accidentales y lo suficientemente fuertes como para mantenerla boca cerrada después.

Kit soltó un resoplido.

—A diferencia de aquel tío de Sheffield que decapitó a su mujer y luego le llevó la cabeza a su novia como muestra de lo mucho que la quería.

La librera se estremeció.

—Lo acabas de inventar.

—¡Ojalá! La verdad suele ser mucho más espantosa que las ficciones que él inventa —dijo Steve—. ¿Ya has terminado de firmar libros, Kit?

Bajaron la puerta metálica de la librería en medio de un silencio amigable. Como en un acuerdo tácito, doblaron la esquina y entraron en el primer pub que Kit calificó de decente, una cervecería cuyo dueño no escatimaba gastos para que pareciera un bar de los años treinta, con su entarimado y sus sillas de madera. Lo único que faltaba era el serrín en el suelo. Mientras se abrían paso hasta el bar a codazos, Kit por fin habló.

—Tú no creerás que hay una relación entre el asesinato de Drew Shand y el de Jane Elias, ¿verdad? —preguntó.

—No tengo suficiente información sobre ninguno de los dos casos como para especular siquiera —respondió Steve. Se abrió paso a empujones entre los bebedores y llamó por señas a la camarera que estaba detrás de la barra—. Dos cervezas, bonita.

Kit sonrió.

—La falta de información nunca ha sido un obstáculo para Fiona. Ella considera que es más o menos tan probable como que el Manchester United baje a segunda división. Pero podría estar diciendo eso sólo para que no me preocupe.

Steve bebió un trago de cerveza y sonrió.

—¿Y tú crees que yo la voy a contradecir? ¿Y arriesgarme a que la ira de Dios descienda sobre mi cabeza?

—¿Sabes cuál es tu problema, Stevie? Dejas que Fiona haga lo que quiere más de la cuenta. Acatas su opinión como nunca he visto a nadie hacerlo. Pero, con una mujer como Fiona, no puedes permitirte tal grado de obediencia. Si le das pie, antes de que te des cuenta, habrá colocado su bandera sobre todo el mundo.

—Los viejos hábitos tardan en morir —dijo Steve, consciente de que Kit marcaba su territorio de manera tan evidente como un gato macho no castrado.

Sabía que su amigo tenía razón. Cuando su relación con Fiona cristalizó, él no había entendido que ella necesitaba a alguien que la desafiara y la retara. Ahora, ya era demasiado tarde para cambiar. Y lo que era peor, había llegado a ser la pauta establecida de sus relaciones personales con las mujeres. El podía ser duro con compañeras de trabajo y subordinadas, negándoles un trato más fácil por su sexo. Pero, en cuanto se presentaba una posibilidad romántica, Steve se convertía de nuevo en el debilucho que no había podido

ganarle a Fiona. No le gustaba, pero no tenía suficiente tiempo ni motivación para cambiarlo, aun suponiendo que pudiera hacerlo. Steve descendió de golpe de la nube de sus reflexiones y se concentró otra vez en lo que estaba diciendo Kit:

—No necesito que me sigas la corriente. Sólo saber si crees que debería estar vigilante, con estas cartas amenazadoras circulando por ahí.

Se dirigieron hacia una mesa situada en el rincón, que sabían por experiencia que era uno de los puntos muertos del sistema de sonido. Allí podían conversar sin correr el riesgo de contraer una laringitis y sin que nadie los escuchara. Steve sacó un puro del bolsillo de la camisa y lo encendió.

—Explícame eso otra vez, Kit. No te he podido oír con el ruido de la barra.

Kit negó con la cabeza.

—No escuchabas. Pensabas en las mujeres. Te hablaba de esas cartas de amenaza de muerte que parecen estar recibiendo algunos escritores de novelas policíacas. Yo he recibido una, Georgia Lester recibió otra. Fiona sugirió que preguntara por ahí para averiguar si alguien más también había recibido una y, en ese sentido, hoy he enviado unos correos electrónicos. Hasta ahora, he logrado que tres personas más admitan que han recibido cartas similares. Jonathan Lewis, Adam Chester y Enya Flannery. Y mi agente ha recibido una también. Todas parecen haber sido escritas por la misma persona. Además, tanto Enya

como Jonathan dicen que han recibido mensajes parecidos en el contestador. Aunque la voz sonaba demasiado apagada como para reconocerla, aun tratándose de un conocido.

—Y tú te estás preguntando si hay una relación con esos dos asesinatos, claro. Y si existe alguien por ahí que les tiene rencor a los escritores de novelas policíacas, ¿no?

Steve intentó evitar que su pregunta sonara tan incrédula como a él le sonó. Sabía que Kit practicaba una saludable egolatría a propósito de su obra, pero no se había dado cuenta de que él y sus colegas pensaban de verdad que eran lo suficientemente importantes como para hacer que alguien se convirtiera en un asesino en serie.

—Bueno, se me ha pasado por la cabeza —dijo Kit—. No creo que sea descabellado en estas circunstancias. Una carta de un bromista es fácil de descartar, pero seis me ponen un poco nervioso. Y me preguntaba si tú podrías llamar a tus colegas del otro lado del mar de Irlanda y averiguar si Jane Elias también recibió una de esas cartas de amenaza.

—Kit, los periódicos están llenos de esa aventura amorosa de Jane Elias con el agente de la Garda Siochana. Francamente, yo me inclinaría a pensar que eso tiene mucho más que ver con su asesinato que cualquier otra cosa. Según me han dicho, Pierce Finnegan se había ganado muchos enemigos a lo largo de los años, tanto dentro como fuera de la policía

secreta. La mejor manera de hacer daño a alguien implicado en las fuerzas del orden público consiste en ir a por las personas que ama. De modo que no, no creo que debieras perder el sueño por la idea de que alguien pudiera venir a por ti.

—¿Pero harás la llamada para tranquilizarnos a Fiona y a mí?

Kit miró a Steve por encima del borde de su vaso. Si no lo hacía por amistad, lo haría por su anticuada noción del amor cortés. Kit estaba seguro.

—Veré lo que puedo averiguar —dijo Steve.

Sabía que lo estaba manipulando, pero para resistirse hacía falta más energía de la que él podía gastar.

Kit asintió con la cabeza, satisfecho.

—Eso era lo único que quería oír. Fiona dice que no cree probable que haya una relación, pero yo no estoy seguro de si realmente lo piensa o si sólo lo dice para no preocuparme. A veces me parece que Fiona cree que soy una especie de florecilla que hay que proteger del viento y la lluvia.

Steve farfulló, salpicando la mesa de cerveza.

—Joder, Kit, eres tan frágil como el puente Forth.

Antes de que Kit pudiera responder, su paz quedó hecha añicos ante el anuncio de que un grupo de música irlandesa estaba a punto de comenzar a tocar. Kit apuró el vaso y se levantó.

—Vámonos de aquí. Ven a casa; sólo está a diez minutos andando.

Ninguno de los dos se fijó en el barbudo que estaba sentado al fondo de la librería durante la conferencia. Tampoco lo vieron dejar el vaso de Guinness a la mitad, ni seguirlos desde el pub a una distancia prudencial. El barbudo había salido de la librería antes de que Kit se pusiera a firmar ejemplares y había esperado pacientemente en una puerta cercana a que Kit y Steve se marcharan. Luego los siguió, y cuando entraron en el bar, se quedó fuera el tiempo necesario para permitirles pedir sus copas y sentarse. Entonces se sumó a un grupo de tres hombres que se dirigían a la barra, pidió una copa y encontró un lugar donde sentarse, desde el cual podía ver el cogote de Kit y el perfil de Steve.

Ahora, los seguía por las calles nocturnas, manteniéndose bien atrás. Sonreía para sí mismo. En realidad, tanta cautela era una pérdida de tiempo. Aquellos imbéciles no tenían ni idea. Cuando entraron por una verja, él se paró donde estaba, fingiendo atarse los cordones del zapato. Luego continuó por la calle, mirando hacia un lado cuando pasó por la casa donde habían entrado. No pudo contener un espasmo de ira envidiosa mientras reparaba en las elegantes proporciones de la casa. Si fuera por él, Kit Martin no disfrutaría de aquella vida tan ostentosa y confortable durante mucho tiempo más. En sus planes entraba que las cosas fueran mucho menos cómodas para el jodido señor Martin.

Llegaron y encontraron a Fiona en la cocina, acabando de comerse el plato de *penne a la puttanesca*

que Kit le había dejado.

—Habéis regresado temprano.

—Pensamos que te pillaríamos a escondidas con tu amante —se burló Steve.

Fiona le sacó la lengua.

—Demasiado tarde. Ella acaba de irse.

—Los irlandeses invadieron el pub —dijo Kit—. Tú sabes cuánto odio esa jodida música irlandesa falsa. —Sacó dos botellas de cerveza orgánica amarga Sam Smith's del armario de las bebidas—. De modo que se nos ocurrió volver aquí y joderte la noche.

—También llegáis demasiado tarde para eso. Salvador Berrocal llamó antes y me comunicó que ha aparecido otro cadáver en Toledo, así que he estado leyendo estos informes sobre la escena del crimen e introduciendo datos en el ordenador, en vez de disfrutar de un prolongado baño caliente.

Kit hizo una mueca.

—¡Vaya! —exclamó.

—¿Qué tal el acto? —preguntó Fiona.

—La asistencia no estuvo nada mal, para no tener ningún libro nuevo que promocionar. Vendí unos cuantos libros y firmé todas las obras que tenían en existencia.

—Está siendo modesto otra vez, Fi. Se los metió en el bolsillo. Les encantó. Todas las mujeres querían llevárselo a casa y todos los tíos querían invitarle a una cerveza —dijo Steve mientras se sentaba frente a ella.

—Y vosotros dos habéis resultado ser los más

afortunados —dijo Kit—. En algún momento de vuestra juventud, o de vuestra niñez...

—Debimos de haber hecho algo terriblemente malvado para tener tanta suerte —contestó Fiona—. ¿Qué tal te va a ti, Steve?

Hizo un gesto con la mano dando a entender que le iba «así, así».

—Hemos tenido un poco de suerte con una grave agresión racista en Brick Lane; tres chicos detenidos y uno que está cantando como una diva. Eso es lo mejor. Blake no ha regresado de España, pero hemos echado un vistazo a sus finanzas y no hay indicios de que haya recaudado nada de ningún chantaje. El único ingreso importante en su cuenta es el dinero que ha ganado vendiendo su historia a los periódicos. De ahí sacó un puñado en efectivo, que es presumiblemente lo que está gastando en España.

—Los periódicos sensacionalistas de mierda. Te dan ganas de vomitar —comentó Kit.

Fiona suspiró.

—Técnicamente es inocente. No hay nada que se pueda hacer para que no le paguen.

—No es inocente si vio cómo mataban a Susan Blanchard y no dijo nada —protestó Kit.

—Pero eso no lo sabemos. Sólo es mi teoría —le recordó ella.

Al ver que Fiona había apartado el plato, Steve sacó un puro y lo encendió.

—Sin embargo, seguí mi propio consejo de volver a

examinar lo que nos dijeron los testigos oculares.

—¿Y hubo suerte? —preguntó Fiona.

—Bueno, aún es prematuro decirlo, pero pudiera haber algo. Leí las declaraciones originales otra vez y noté que una persona mencionó haber visto a un ciclista que venía de esa dirección. Paseaba al perro, y se acordó del ciclista porque iba mucho más rápido que la mayoría de las personas que van en bici por el Heath. Esto no lo investigamos más en su momento porque enseguida apareció Blake como principal sospechoso.

Fiona hizo un mohín.

—Sabes, yo recuerdo haber tomado nota de eso cuando estaba trabajando en el caso oficialmente. Creo que incluso lo mencioné en el informe preliminar —comentó pensativamente.

—¿De modo que la has entrevistado otra vez? —preguntó Kit.

—Fui a verla en persona —admitió Steve. Levantó las manos como para evitar cualquier protesta de Fiona—. Sé que es patético que un detective de mi rango vaya a grabar declaraciones de testigos y que debería delegar, pero así, si la jodemos de nuevo, la culpa será sólo mía.

—¿Qué dijo? —preguntó Fiona.

—No tenía mucho que añadir. Ese día, ya había pasado los arbustos cuando el asesinato tuvo lugar, y aún se siente culpable porque llevaba un *walkman*. Está convencida de que, si no hubiera estado escuchando el *Réquiem* de Mozart, habría podido dar la voz de alarma.

De todas maneras, unos diez minutos después, una bici se acercó a ella por detrás y la pasó volando. Recuerda el hecho porque, en realidad, no se permite ir en bici en aquella zona del Heath a esas horas, aunque algunas personas pasan de los reglamentos. Pero, principalmente, se acuerda del ciclista por la velocidad. Dijo que iba como una bala.

Fiona suspiró.

—Entonces no hay muchas probabilidades de que te dé una descripción que valga la pena.

Steve negó con la cabeza.

—Me temo que no. Sólo lo vio por la espalda y no sabe nada de bicicletas, de modo que no podemos saber si era una bici de carreras o de montaña. Recuerda que llevaba un casco y ropa de ciclista de lycra. Unos pantalones negros, según cree, y una camiseta oscura. Quizá lila o azul oscuro o, incluso, de color granate.

—No creo que eso ayude en la investigación —dijo Kit.

—Sin embargo —dijo Steve levantando un dedo y sonriendo—, permitió que la hipnotizaran para ver si había algo más en su subconsciente acerca del ciclista. Y, cuando volvimos a entrevistar a la otra testigo y le preguntamos si había visto a algún ciclista aquella mañana, acertamos otra vez. Una canguro estaba sentada en un banco al pie de la colina cuando él pasó por delante. Dijo que iba tan rápido que creyó que iba a derrapar en la curva, pero consiguió pasarla sin problemas y se dirigió a la salida, hasta la calle Heath.

—¿Por qué no anotaste eso la primera vez? —preguntó Kit, que nunca dudaba en poner a Steve en apuros, a pesar de su amistad.

Steve parecía avergonzado.

—La canguro es filipina. Su inglés es bastante bueno, pero no es su idioma materno. Cuando hablamos con ella la primera vez, no contábamos con un intérprete. El detective que realizó la entrevista preliminar decidió que no tenía nada útil que decirnos, de modo que ni siquiera se molestó en concertar una segunda entrevista con un intérprete. Esta vez, lo hicimos bien.

—¿Y conseguiste algo útil? —preguntó Fiona.

Steve bebió un largo trago de la botella de cerveza y asintió con la cabeza.

—En cierto modo sí. Ella cree que el ciclista llevaba gafas deportivas y un casco y ropa oscura. Piensa que era una bici de montaña, porque le pareció similar a una que tiene la persona que le da trabajo. Hemos identificado la marca y el modelo, aunque, por supuesto, podría estar equivocada.

—Eso es tener una buena memoria, después de tanto tiempo —comentó Fiona pensativa—. ¿Cuánto tuviste que presionarla?

—Casi nada —dijo Steve con un dejo de amargura—. En cuanto le preguntaron sobre el ciclista, empezó a asentir con la cabeza y se agitó mucho. Dijo que había intentado decírselo al agente de policía que la había interrogado la última vez, pero que éste, en cuanto

dedujo que ella no había visto a Blake, dejó de interesarse. En nuestra defensa, he de decir que no se presentó la primera vez que hicimos el llamamiento de posibles testigos. Sólo lo hizo al cabo de unos diez días. Las personas que le han contratado habían estado fuera la semana del asesinato y ella tenía dudas acerca de si debía hablar con la policía sin su permiso. De modo que, antes de que la conociéramos, Blake ya era nuestro sospechoso principal.

—No es una defensa muy buena —dijo Kit—. Y tú tienes el descaro de cabrearte cuando pongo a algún que otro detective adormecido en mis libros. Bueno, ¿y qué harás ahora?

Steve jugueteaba con el puro.

—Tengo la tentación de llamar a Blake y pedirle que declare como testigo.

Kit resopló con desdén.

—Puedo imaginarme la declaración que te hará Blake. Yo apostaría a que contendrá las palabras «que», «te» y «jodan».

Steve le propinó un suave puñetazo en el hombro.

—No te cortes, Kit. Dinos lo que piensas de verdad. Sin hacer caso, Fiona dijo lentamente:

—Tendrías que manejarlo con mucho cuidado. Has asumido la posición pública de que no estás buscando activamente a nadie más en relación con el caso. Si interrogas a Blake, será muy fácil para él decir que lo estás acosando, ya que, según tú mismo admitiste, la investigación está cerrada. Si te defiendes diciendo que

la investigación sigue abierta, entonces alertarás al verdadero asesino y le harás saber que lo estás buscando más activamente que antes.

—Pero tendríamos que sopesar eso y lo que Blake nos podría decir —argumentó Steve.

—Yo creo que Kit tiene razón. Dudo que te diga nada útil —dijo ella, negando con la cabeza—. Tiene demasiado que perder si realmente vio el asesinato. —Fiona contó con los dedos—: Uno, corre el riesgo de que interpongas una acción judicial por obstrucción a la justicia, al no haber revelado lo que sabía desde el principio. Dos, pierde la ventaja que podría tener si conoce la identidad del asesino y quiere chantajearlo. Tres, pierde el poder de su fantasía secreta. Y cuatro, pierde la declaración pública de inocencia, que ya le ha dado mucho dinero con los periódicos y que le dará mucho más en compensaciones del Ministerio del Interior.

—De modo que, si dependiera de ti, lo dejarías en paz —dijo Steve francamente.

Fiona arqueó las cejas.

—No he dicho eso. Simplemente, no le interrogaría sobre el asesinato.

Steve sonrió.

—Por otra parte, cuando los de la división de tráfico sepan que conduce por King's Cross a cincuenta kilómetros por hora, deberían asegurarse de que no ha estado bebiendo...

Kit negó con la cabeza, fingiendo tristeza.

—Eso sería acoso —observó.

—Sólo si fuéramos torpes. Y pienso vigilarlo cuando regrese de España.

Fiona asintió con la cabeza a modo de aprobación.

—Es una posibilidad remota, pero podría llevarte directamente al asesino.

La cara de Steve se ensombreció.

—Yo he visto posibilidades, incluso más remotas, conducir finalmente a algún sitio. Créeme, si Francis Blake tiene algo que ocultar, voy a averiguar qué es.

CAPÍTULO 25

Steve colgó el teléfono y apuntó algo en su libreta. Acababa de hablar con el agente de la Garda encargado de la investigación del asesinato de Jane Elias. Antes ya lo había llamado, y había esperado a que el hombre se pusiera en contacto con él de nuevo. El agente había prometido darle una respuesta cuanto antes, pero había señalado que, sólo en el despacho de Elias, había cientos de cartas y miles de folios. Sin embargo, ya tenía un equipo trabajando en ello, y acababa de decirle que, hasta aquel momento, entre los papeles de Jane Elias no habían encontrado ninguna carta parecida a las recibidas por Kit, Georgia y sus colegas.

La información no era concluyente, por supuesto.

Elias podía haber tirado la carta directamente a la basura o haberla quemado en la chimenea del salón. Pero en el cadáver no había aparecido ninguna carta, ni tampoco la Garda había encontrado ninguna comunicación escrita del supuesto asesino. No había nada que indicara alguna relación entre el autor de las cartas y el asesino de Jane Elias. Steve se alegraba de tener buenas noticias para alguien; y deseaba que alguien también las tuviera para él.

Bostezó y estiró los brazos tan ampliamente que le crujieron los hombros. No era el único agente del New Scotland Yard que permanecía aún en su escritorio a las nueve de la noche. Sin embargo, la mayoría de los que quedaban, sin formar parte del turno de noche, no llegaban al rango de detective inspector. Pero, pensó con pesar, sin mezcla de autocompasión, la mayoría de ellos tenían familias y hogares a los que regresar. Hacía mucho que había aceptado que probablemente nunca llegaría a una situación tan feliz. La vehemencia del amor no declarado —porque él sabía que no era recíproco— que experimentaba por Fiona Cameron le había excluido de la carrera crucial, a los veintitantos años, cuando todos sus amigos se habían establecido en parejas por primera vez.

Había sublimado su pasión no correspondida con el trabajo y un buen día, cuando advirtió que el fuerte lazo de amistad que le unía a Fiona era, después de todo, suficiente, comprendió que había organizado su vida de tal manera que jamás tendría el tiempo, la energía o la

oportunidad para establecer una relación que lo satisficiera. Pero últimamente se había empezado a hacer preguntas.

Muchos de esos amigos que habían formado parejas, hacía una docena de años o más, volvían a ser solteros. Pocos parecían resistir durante mucho tiempo. Quizás intentarlo a los treinta y ocho años no fuera demasiado tarde. Tal vez había llegado el momento de conectarse otra vez con la vida de los solteros. Definitivamente, si Francis Blake persistía en su intención declarada de demandar al Ministerio del Interior, no era imposible que hiciera falta encontrar una cabeza de turco de alto nivel. La debacle de la operación trampa todavía podría significar que se viera de repente con mucho más tiempo libre. Sabía que, si sus jefes decidían que él debería cargar con la culpa públicamente, como mínimo corría el riesgo de verse marginado, trabajando en áreas donde su imagen pública fuera inexistente y los retos profesionales insignificantes. Sin un trabajo exigente, tendría tiempo de sobra. No para matarlo, sino para crecer.

Por otra parte, aún podía descubrir el misterio del asesinato de Susan Blanchard. Y mientras que la idea de una vida con pareja, incluso con hijos, era un sueño que lo rondaba, la satisfacción del trabajo bien hecho era algo que deseaba aún más; había experimentado su embriaguez tantas veces que sabía que podría volver a ser una realidad de la que nunca se cansaría.

Con un suspiro, Steve cerró el expediente de Francis

Blake. Lo había releído una docena de veces en las últimas semanas, pero no tenía ninguna sensación persistente de haber dejado escapar algo, ninguna intuición visceral que le dijera adónde podría llevarlo la próxima pista. Aspiraba a que el consejo de Fiona no correspondiera a su propia intuición acerca de cómo reaccionaría Blake. Como mínimo, someter a un desdeñoso y bronceado Francis Blake a declarar como testigo le daría algo a que aferrarse. Pero sabía que Fiona tenía razón. El único motivo por el cual quería hablar con Blake era el deseo de incomodar a un hombre que despreciaba.

Pensar en Fiona, en el contexto de ese caso, hizo que la ira ardiera lentamente en su interior. Si hubieran podido continuar trabajando juntos, no se encontraría en aquel momento metido en ese lío. La idea agitó un recuerdo enterrado. Steve se incorporó de un salto y se acercó al archivo. Justo al principio del caso, Fiona había esbozado un perfil de lo esencial que le había sugerido algunas vías de investigación. En medio del caos general que había sobrevenido, Steve se había olvidado por completo de la existencia del documento, hasta que ella lo mencionó de pasada la noche anterior, cuando habían estado hablando del ciclista.

Sus dedos volaron entre las carpetas mientras intentaba acordarse de dónde lo había puesto. Al segundo intento, lo encontró. En la parte superior derecha de la carpeta de color manila, aparecía la inscripción PRELIM F. C. garabateada con un rotulador

negro. Steve sonrió y la sacó. El contenido era lastimosamente escaso, debido a que no lo había visto la primera vez. Abrió la carpeta rápidamente y empezó a leer la prosa precisa y familiar de Fiona. Como siempre, ella no había identificado el caso por su nombre, pues nunca confiaba del todo en la seguridad de su ordenador de la universidad.

Caso SP/3 5/FC

Tanto la víctima como la escena del crimen pueden clasificarse de bajo riesgo. Ella era una «respetable» mujer casada, con dos hijos gemelos, sin ningún antecedente penal en su entorno inmediato. La escena del crimen es un lugar público, razonablemente concurrido por transeúntes con pocos motivos para desviar su atención de lo que sucede en la vecindad. El crimen tuvo lugar a plena luz del día, a sólo unos metros de un camino bastante frecuentado. En general, Hampstead Heath está considerado uno de los parques de la capital más seguros durante el día, relativamente bien patrullado por la policía y sin ninguna fama de ser un lugar donde se producen agresiones sexuales o actividades relacionadas con las drogas.

Por otra parte, esto significa que el asesino corrió un alto riesgo para llevar a cabo su crimen. Lo cual indica también un nivel relativamente alto de madurez y sofisticación o una imprudente indiferencia respecto a las consecuencias de su acción.

Sin embargo, si examinamos la naturaleza del crimen en sí mismo, está claro que no se trata de un ataque oportunista nacido de una precipitación espontánea. El asesino debió de llevar el arma homicida, un cuchillo de hoja larga, al lugar de los hechos; la agresión ocurrió en una de las pocas áreas fácilmente accesibles pero, en gran parte, ocultas a la vista, lo cual sugiere un grado de premeditación; y es posible, según la

declaración del testigo 1276/98/STP, que tuviera un medio de transporte para la fuga, a saber, una bicicleta. Por tanto, me inclinaría a pensar que estamos buscando a un hombre con un alto grado de confianza en sus habilidades.

Tanta madurez criminal sólo puede ser producto de la experiencia. Tal vez no haya matado antes, pero es muy probable que anteriormente haya perpetrado varias agresiones sexuales. Si tiene antecedentes, posiblemente haya empezado con actos de *voyeurismo* y también de exhibicionismo, ascendiendo en la violencia desde una agresión sexual menor hasta la violación. Sin embargo, es muy posible que haya eludido condenas y detenciones.

Por tanto, recomiendo una búsqueda a fondo entre los casos de violaciones y agresiones sexuales graves, tanto los resueltos como los pendientes, de los últimos cinco años, en un intento de establecer una relación criminal y así llegar hasta un sospechoso. Los factores clave que se deben buscar son:

1. Delitos que han ocurrido al aire libre. Los estudios indican que los violadores tienden a cometer los delitos bajo techo o al aire libre, pocas veces mezclando ambas circunstancias.
2. La mayoría de los violadores tienden a atentar contra miembros del mismo grupo étnico, aunque esto no es invariable. Dado que en este caso la víctima es blanca y rubia, hay grandes probabilidades de que sus víctimas anteriores compartan características parecidas.
3. No le desconcertó la presencia de dos niños pequeños. Puede que incluso eso le ofrezca un elemento de satisfacción. Por tanto, todos los incidentes que incluyen como elemento un testigo infantil y que encajen con las pautas antes enumeradas tienen aún más probabilidades de estar entre sus delitos anteriores.
4. Los delitos en los que el malhechor ha escapado en una bicicleta. Si eso le ha dado buenos resultados en el pasado,

es muy probable que lo repita.

5. Los delitos en los que el malhechor ha utilizado (o amenazado con utilizar) un cuchillo. Está claro que tuvo que haber llevado el cuchillo al Heath, de modo que es probable que éste también forme parte de sus delitos anteriores.

Con los resultados de una búsqueda así, podría establecerse una escala del aumento de violencia a través de los enlaces entre los crímenes y, de ese modo, desarrollar un perfil geográfico que nos lleve hasta la identificación de un sospechoso creíble.

Como siempre, pensó Steve, Fiona era concisa y directa. Y, además, generosamente se había abstenido de recordárselo la noche anterior, a pesar de que ella había captado la posible significación de la bicicleta desde el principio. Al final del informe oficial, Fiona había pegado un papelito autoadhesivo en el que había escrito con letra pequeña y legible:

Sé que hay un par de testigos que han descrito a un hombre que corría cerca de la escena del crimen. No creo que sea el asesino que buscas. Quienquiera que cometiera este asesinato tendría el suficiente aplomo para fugarse de una manera mucho menos llamativa. Si tuviera que aventurarme, yo diría que el ciclista misterioso, el cual, por lo que veo, no se ha presentado para admitir haber estado en el Heath en el momento decisivo, es un sospechoso mucho más creíble. Hasta pronto. F.

Aun que el caso del asesinato de Susan Blanchard estaba oficialmente cerrado, Steve había logrado

avergonzar a su jefe, hasta el punto de que le proporcionó unos cuantos agentes para continuar con la investigación. Por supuesto, ninguno de ellos lo admitiría públicamente hasta que descubrieran a un culpable capaz de sustituir a Francis Blake de manera creíble, tanto para la opinión pública como para el Tribunal de la Corona. Contaba con un sargento detective y dos agentes asignados para trabajar la jornada completa a sus órdenes, además de una reserva de buena voluntad entre la mayoría de los agentes que habían trabajado con él en la investigación original.

Repasando mentalmente lo que los miembros de su equipo hacían, decidió usar a la detective Joanne Gibb para la búsqueda en los archivos de antecedentes penales. Joanne era una investigadora meticulosa y también era muy hábil estableciendo relaciones con los agentes, tanto en otras divisiones como fuera de la Policía Metropolitana. La había visto limar asperezas y convencer a los agentes de otras fuerzas en situaciones de hostilidad, haciendo que olvidaran su resentimiento al ver cómo la Metropolitana, como un gigante, pisaba su territorio. No había nadie más indicado para la investigación sugerida por Fiona; nadie sería mejor a la hora de sonsacarles los detalles a los agentes investigadores.

Steve copió cuidadosamente los parámetros que Fiona había establecido y dejó una nota para que Joanne comenzara la tarea a primera hora de la mañana. Se estiró relajadamente, a un tiempo aliviado

y tonificado por tener algo positivo en marcha. Aquella noche podría hasta dormir bien, en vez de pasar horas dando vueltas en la cama, tal como le venía ocurriendo últimamente.

Se levantó de la silla y descolgó la chaqueta de la percha que había colocado al lado del archivo, detrás del escritorio.

No era estético, pero sí funcional, igual que tantas cosas en su vida, como Fiona había señalado más de una vez durante los primeros días de su amistad. Quizá si hubiera tenido el estilo de Kit, las cosas habrían salido de otra manera, meditaba mientras se palpaba el bolsillo para asegurarse de que llevaba las llaves. No tenía ningún sentido ponerse a especular, resolvió. Si hubiera tenido el estilo de Kit, habría sido otro hombre. Y otro hombre quizá no se habría visto beneficiado por la recompensa de la constante amistad de Fiona.

A punto ya de cerrar la puerta, sonó el teléfono de su escritorio. Steve vaciló brevemente, y luego volvió sobre sus pasos.

—Steve Preston —dijo.

—¿Inspector Preston? Soy el sargento Wilson, el oficial de guardia en la recepción. Acabamos de recibir un fax de la policía española. Francis Blake ha hecho una reserva para un vuelo que sale mañana por la mañana desde Alicante hasta Stansted. Aterrizará a las doce menos cuarto. Pensé que le gustaría saberlo lo antes posible.

—Gracias, sargento. ¿Tenemos los detalles del

vuelo?

—Todo está en el fax. Haré que alguien se lo lleve.

—No se moleste; lo recogeré al salir.

Steve colgó el teléfono y sonrió. Al día siguiente tendría dos líneas de investigación abiertas. Mientras Joanne buscaba las huellas del asesino, el sargento detective John Robson y el agente detective Neil McCartney estarían siguiendo a alguien que podría llevarlos a ese mismo hombre.

Sin duda la situación había mejorado, pensó Steve, enderezándose perceptiblemente mientras se dirigía hacia la Puerta por segunda vez.

III

Aquel era el único lugar que importaba. Era el lugar sagrado, el bosquecillo del sacrificio donde la moralidad se volvía concreta. Todo allí era selecto. Nada era accidental, menos la forma de la habitación, con la que él no podía hacer nada. Hubo una vez una ventana, pero la había tapado con una lámina de contrachapado y luego la cubrió de yeso para que la pared quedara totalmente plana. Sólo la puerta rompía el perfecto equilibrio de la estancia. Sin embargo, ese detalle era aceptable. Hacía que la habitación fuera simétrica del mismo modo que lo es el cuerpo humano en torno al eje del espinazo.

Había tapizado las paredes con papel de revestir

estanterías. Hacía años que habían dejado de fabricar el papel pintado que hubiera querido, pero eso no importaba. Sacó un patrón de la hoja estilizada con rayas que iban de arriba abajo, luego mezcló la pintura para replicar los tonos exactos de verde que recordaba, y meticulosamente hizo una copia perfecta. Después la cubrió con una fina capa de barniz para yates, de forma que cualquier salpicadura o mancha pudiera limpiarse sin ocasionar daños. Según creía, era una mejora que podía introducir cómodamente.

En cuanto al suelo, fue fácil. Compró el viejo parqué en un almacén de materiales de derribo. La madera era de arce, según le dijo el vendedor. Procedía de las oficinas de una vieja fábrica de lana, cerca de Exeter. Le tomó unas cuantas noches colocar el parqué aproximadamente como él lo recordaba, lo cual resultó más aburrido que difícil.

La lámpara procedía de una tienda de trastos viejos que estaba en la calle de Taunton. Fue lo primero que compró, el artículo que, de hecho, le había dado la idea de aquel lugar mágico. Muy bien podía haber sido la original, pues las tres bolas esmeriladas se parecían mucho a lo que recordaba. Mientras la miraba fascinado en la tienda lúgubre, se le ocurrió que podría hacer que el lugar volviera a vivir, reconstruirlo tal como había sido y hacer de aquel sitio un templo para los oscuros deseos que había suscitado en él.

Los muebles eran sencillos. Una elemental mesa de pino, aunque las cicatrices que cubrían la superficie

diferían de las que podía recordar. Cuatro sillas también de pino con respaldos de forma esférica, oscurecidos en la parte superior por el manoseo incesante de quienes las habían alejado y acercado a la mesa. Una pequeña mesa de juego, cubierta con un paño de un verde desvaído, donde había desplegado las herramientas de su vocación, con el acero brillante destellando bajo la luz de la lámpara. Instrumentos quirúrgicos de disección, un cuchillo de carnicero, una pequeña sierra de mano y una piedra amoladera para garantizar que siempre cortasen con la precisión de un láser. Debajo de la mesita, había un montón de bandejas de poliestireno para carne, de varios tamaños, y un rollo de plástico para envolver de tamaño industrial.

El asesinato ocurría en otro lugar, por supuesto. No importaba dónde. Eso era irrelevante para el significado del ritual. El método siempre era el mismo. Estrangulación por ligadura era el término técnico; eso lo sabía. Era más seguro que con las manos, que podían resbalar con la piel sudorosa de miedo. La razón decisiva para la elección de estos medios era que hacían el menor daño traumático al cadáver. Las heridas por puñaladas y disparos producían un caos, destrozaban la perfección que él deseaba.

Luego venía la limpieza. Desnudo como su sacrificado, metía el cadáver sin ropa en el agua caliente y le abría las venas para permitir que la mayor cantidad de sangre posible saliera, evitando así

que las feas manchas de la furia estropearan el aspecto de su oblación. Entonces vaciaba la bañera y la volvía a llenar. El cadáver era cuidadosamente purificado con jabón no perfumado, le restregaba las uñas, lavaba las aguas residuales de la repentina muerte, y dejaba el cadáver purgado de todas y cada una de las profanaciones.

Por fin, podía comenzar su tarea. Una vez iniciado el proceso, no podía permitirse la menor pérdida de tiempo. El rigor mortis se haría presente cinco o seis horas después de la muerte, haciendo que su trabajo fuera tan difícil como impreciso. El cadáver, extendido sobre la mesa, pálido como una estatua, era su ofrenda votiva para los dioses extraños de la obsesión que tantos años atrás la había aprendido que tenía que apaciguar.

Primero, la cabeza. Cortó abriéndose paso a través de los tendones y las complejas estructuras de la garganta y el cuello. Lo hizo con una hoja tan fina que el rastro que dejó no era más grueso que la línea de un lápiz, como pudo advertir cuando sacó el cuchillo para cambiarlo por una cuchilla de carnicero con la cual separó el cráneo de la primera vértebra. Dejó la cabeza a un lado para ocuparse de ella más tarde. Entonces practicó una incisión en forma de Y como la que hubiera hecho un patólogo. Quitó la epidermis, dándole vueltas al cadáver cuidadosamente para poder despojarlo de la piel, desde el cuello hasta los dedos de los pies, como si fuera un traje de submarinista, hasta

que quedó al descubierto un cadáver similar al que se representa en una lámina anatómica. Tiró la piel arrancada en un cubo que estaba a su lado.

Entonces metió las manos en la masa aún cálida de la cavidad abdominal, sacando suavemente los intestinos y las vísceras antes de cercenarlos y ponerlos en un montón a un lado. Después rompió el diafragma y sacó cuidadosamente el corazón y los pulmones, colocándolos simétricamente al otro lado del torso.

Llegó a las muñecas. Las cortó limpiamente, sin que la desarticulación le causara ninguna dificultad. Sus años de experiencia en el oficio de carnicero le otorgaban unos conocimientos básicos, un oficio que él había refinado hasta convertir en un arte, según creía confiadamente. Nadie había diseccionado el cuerpo humano con tanta perfección ni tanta reverencia.

Luego se dedicó a los pies. Después a los codos y las rodillas, a lo que siguió la separación del resto de los miembros que quedaban en las caderas y en los hombros. Ahora trabajaba rápida y confiadamente, descuartizando el torso con los movimientos diestros y eficientes de un experto que se siente seguro en su especialidad. El tiempo pasaba volando mientras las manos trabajaban metódicamente, hasta que lo único que quedó en la mesa fue un montón de trozos de carne, con la cabeza de lado, mirando hacia fuera.

Ahora, la excitación llegaba a su apogeo, le latía el corazón con fuerza y tenía la boca seca. Con un débil

gemido, se sacó el pene con las manos resbalosas de sangre y cuidadosamente lo metió en la boca abierta que estaba, como un tótem, frente a él. Sujetando la cabeza por los cabellos, se introdujo a empujones en el orificio de las mandíbulas abiertas, mientras su cuerpo se estremecía extasiado.

Consumada su pasión, se quedó con los puños sobre la mesa, inclinándose hacia delante y jadeando como en una carrera maratoniana tras pasar la meta. El sacramento había terminado. Sólo le restaba deshacerse de aquellos restos.

Eso hubiera planteado un problema insuperable a la mayoría de los asesinos. Si Dennis Nilsen hubiera logrado desarrollar una manera más práctica de deshacerse de sus víctimas, probablemente habría reducido las estadísticas de los sin techo londinenses durante años.

Pero, para alguien que era el dueño de una compañía mayorista de carne, era un asunto fácil. Poseía docenas de frigoríficos llenos de paquetes de carne. Aun cuando alguien consiguiera abrir los candados de la nevera, donde sus empleados sabían que guardaba su reserva particular, no vería nada sospechoso salvo docenas de paquetes congelados. La carne humana, por suerte, se parecía mucho a cualquier otra clase de carne, una vez realizada la carnicería.

CAPÍTULO 26

Para Fiona, el atardecer en el Hampstead Heath nunca perdía su magia, especialmente en aquella época del año. A principios de octubre, después de un cálido verano, la plena luz del día mostraba un polvo que apagaba las hojas cambiantes de color, los tonos sombríos de la hierba, el gris árido de la tierra. Pero, mientras el cielo se volvía violeta en una nebulosa puesta de sol, los colores recobraban su profundidad y riqueza y contrastaban vivamente con la ciudad que se extendía a sus pies.

A diferencia del Heath, las calles de Londres perdían toda definición en el crepúsculo. El sol moribundo se reflejaba en varias ventanas de las oficinas más altas y destellos de fuego salpicaban la masa gris amorfa como neuronas soltando chispas en un cerebro. No era comparable al paisaje silvestre y variado de las colinas de Derbyshire, pero al menos le recordaba que tales lugares no sólo existían, sino que formaban parte de su mapa mental y estaban allí para ser recuperados si hacía falta. En cierto modo era refrescante. Desde que había leído la noticia de la muerte de Jane Elias, a lo largo de una semana Fiona había ido al Heath por lo menos una vez al día. Ahora se sentaba en un banco, en la cima de la colina Parliament, feliz de no tener que hacer nada más que observar a la gente.

Conocía de vista a algunos de los transeúntes de cuando ella daba paseos por el Heath. Había gente

paseando con sus perros, o haciendo *footing;* un grupo de niños, casi adolescentes, pasaba patinando; dos ancianas de su propia calle la dejaron atrás con zancadas largas y rápidas, mientras la saludaban con la cabeza; la chica de la librería practicaba la marcha atlética. A otros nunca los había visto. Algunos evidentemente eran vecinos de los alrededores. A menudo inmersos en conversaciones con sus parejas o hijos, andaban mecánicamente como si se conocieran el camino de memoria. Otros debían de ser turistas, ya que consultaban mapas y hacían muecas en su intento de identificar los monumentos más famosos del paisaje poco iluminado que se extendía más abajo. Algunos se resistían a dejarse encasillar sin más en ninguna categoría, pues su cadencia al andar oscilaba entre el paseo sin rumbo y la caminata intensa.

¿En qué categoría figuraría el asesino de Susan Blanchard?, se preguntaba Fiona. De repente, se puso en alerta y se preguntó qué le hacía pensar en eso. No era que no hubiera visitado el Heath de forma regular desde el asesinato, aunque había tendido a evitar el camino que pasaba por el escenario del crimen. Entonces, ¿por qué se le había ocurrido esa idea en ese preciso instante?

Fiona estudió con la mirada el camino en ambas direcciones, convencida de que había visto a alguien, o algo, que inconscientemente le había hecho pensar en el asesinato. No podía haber sido la pareja de treintañeros con el hombre cargando al crío en el pecho. Ni el

hombre de mediana edad con el labrador negro. Ni las dos adolescentes con los patines en línea, riéndose de alguna anécdota. Extrañada, miró a su alrededor.

En una hondonada, a unos cincuenta metros de distancia, quizás a unos seis metros del camino había una persona agachada. A primera vista, parecía ser un corredor. Pantalones deportivos ligeros, una camiseta y zapatillas. Pero no parecía estar jadeando, como inevitablemente sería el caso de alguien que hubiera subido la cuesta con dificultad. Tampoco contemplaba el paisaje. No, miraba a las dos jovencitas que patinaban alrededor de un ancho cruce de caminos, intercambiando risas e insultos.

Cuando las chicas se alejaron y desaparecieron de su campo de visión tras unos arbustos, él se incorporó y miró hacia atrás, hacia el camino, para ver si alguien más iba en esa dirección. Durante unos minutos, nadie pareció captar su atención. Entonces vio una pareja de adolescentes cogidos del brazo, ella apoyando la cabeza en el pecho de él. Enseguida, el hombre se puso en actitud de alerta. Metió las manos en los bolsillos y volvió a agacharse.

Fiona observó hasta que el chico y la chica se perdieron de vista, y luego se levantó y dio unos pasos en dirección al hombre. Le miró directamente y sacó su teléfono móvil. En cuanto él se dio cuenta de lo que hacía, se irguió y empezó abajar la cuesta, corriendo hacia un camino que serpenteaba entre unos tupidos arbustos.

Fiona guardó el móvil. No tenía la intención de llamar a la policía, pero había bastado que él pensara que quizá lo haría. A fin de cuentas, ¿qué iba a decirle a la policía? ¿Que había un hombre que parecía tener interés en unas adolescentes? No había hecho nada que resultara amenazador, nada particularmente extraordinario. Incluso su repentina huida se podría justificar: se había detenido en medio de la carrera, y ya había descansado lo bastante para continuar.

Por muy inofensiva que pudiera hacer que pareciera su conducta, había bastado para que las antenas de Fiona vibraran. Ella no sospechaba que aquel extraño hombre fuera algo más que un tímido *voyeur*, pero le recordó que el asesino de Susan Blanchard debió de haber realizado un reconocimiento de la zona del crimen antes de atacar. Habría recorrido el terreno —a pie, no en bici— absorbiendo cada detalle del paisaje, trazando rutas de fuga, seleccionando a la víctima. Incluso era posible que fuera tan sofisticado como para disimular del todo su propósito, pero Fiona lo dudaba.

Se preguntaba dónde estaba esa noche. Sospechaba que su necesidad de reincidir sería poderosa. ¿Dónde estaría ahora mismo? ¿A qué exploración se estaría dedicando? ¿Cómo iba a elegir el próximo terreno de acción? ¿Regresaría al Heath? ¿O escogería otro sitio cercano? ¿El cementerio de Highgate? ¿El Palacio Alexandra? ¿Acaso conocía la ciudad tanto como para desplazarse más lejos? ¿Dónde estaban las fronteras de su mapa mental? Conocía los límites impuestos por su

psicología; quedaban al descubierto en sus acciones. ¿Pero dónde se hallaban sus límites geográficos?

Las preguntas sin respuesta bullían en su cabeza, haciendo añicos la paz que había ido a buscar en el Heath, después de un duro día de trabajo. Era hora de regresar andando por las calles, entre las casas de estuco mugriento y ladrillos londinenses, de un amarillo cada vez más oscuro bajo la luz color naranja sucio de las farolas de sodio. Era hora de que disfrutara ella también del placer *voyeurista,* mirando fugazmente, a través de las ventanas iluminadas, lo que pasaba en aquellas casas, disfrutando con lo que podía vislumbrar e interpretando las vidas de los moradores a partir de unos atisbos captados de reojo. Y, por supuesto, no podía faltar el sentimiento de superioridad que sentía cuando notaba alguna decoración interior de mal gusto.

—Búscate una vida real, patética —dijo entre dientes, cuando vio un salón recién decorado con tres tipos de papel pintado que no combinaban entre sí y tomó nota mentalmente para comentárselo a Kit más tarde.

Mientras abría la puerta de casa, empezó a sonar el teléfono. Fiona cruzó la cocina rápidamente y lo cogió al cuarto timbrazo.

—¿Diga?

—¿Doctora Cameron?

La voz tenía ese eco metálico que suelen producir los móviles.

—¿Es usted el comisario Berrocal? —preguntó,

dubitativa.

—Sí. Siento molestarla en su casa, pero hemos obtenido algunos resultados y creía que le gustaría estar informada.

—De acuerdo, está bien. No pasa nada. ¿Han cogido ya a Delgado?

Mientras hablaba, Fiona se quitó la chaqueta encogiendo los hombros y alargó una mano hacia la libreta y el bolígrafo que había al lado del teléfono.

—No exactamente. Pero hemos averiguado dónde creemos que se ha estado escondiendo.

—Parece que están avanzando.

—Sí. Y gracias a su idea.

—¿Vivía en algún panteón?... ¿En una tumba? —preguntó Fiona con orgullosa satisfacción.

—No exactamente, no. Hay un cementerio grande al norte de la ciudad que encaja con la sugerencia que usted hizo, así que convencimos a la policía local para que realizara una búsqueda. No había indicios de que ninguna tumba hubiera sido abierta, de modo que los agentes decidieron que estábamos totalmente locos y que no iban a encontrar a Delgado allí. Pero uno de mis agentes es lo que mi mujer llamaría un bulldog, y regresó hoy al cementerio.

—¿Y encontró algo? —insistió Fiona.

—Sí. Hay un cobertizo donde los obreros solían guardar las herramientas. Hace ahora unos años que está vacío, pero mi agente descubrió que las tablas clavadas sobre las ventanas estaban sueltas. Entró y

encontró lo que creemos es el campamento de Delgado. Había comida, agua, un saco de dormir y algunas ropas. Comparamos las huellas dactilares con las que encontramos en las pertenencias del piso de Delgado y eran idénticas.

—De modo que ya sabe que ha estado allí.

—Sí. He ordenado a unos hombres que vigilen el cementerio, pero me temo que no regresará. Las frutas del cobertizo ya estaban podridas, y por eso creo que debió de ver a la policía local mientras lo buscaban, y ahora no volverá.

—Qué decepcionante debe de ser para usted —dijo Fiona—. Tan cerca, y no obstante, tan lejos.

—Estuvimos cerca, pero nos quedamos sin premio, ¿eh? Yo creo que supondrá un peligro si se fuga, ¿no?

Fiona pensó un momento.

—No creo que sucumba al pánico. Hasta ahora ha controlado muy bien sus reacciones. Conoce bien la ciudad y los alrededores. Probablemente tendrá un segundo refugio planificado, por si acaso.

A Berrocal se le escapó un gruñido.

—Lo que me temo es que se sienta arrinconado y decida morir cubierto de gloria. Algo espectacular. A él no le queda nada que perder. Sabe que sabemos que él es el asesino. Quizá se le ocurra coronar sus planes con un dramático final.

—¿Se refiere a una matanza múltiple? ¿A una masacre? —preguntó Fiona.

—Eso me temo —admitió Berrocal.

Fiona suspiró.

—No recuerdo ahora mismo ningún otro caso en que un asesino en serie haya cometido una matanza múltiple. Pero, bueno, la mayoría de las matanzas en serie son principalmente homicidios sexuales, y me ha parecido desde el principio que estos asesinatos obedecen a otros motivos. Honestamente no sé qué decirle, comisario. Tengo que admitir que su interpretación me parece plausible.

Se produjo un largo silencio. Luego Berrocal dijo:

—Me aseguraré de que la ciudad esté en alerta máxima. No es un lugar muy grande. Deberíamos de encontrarlo.

«Están dando palos de ciego —pensó Fiona—. Todos los que investigan a los reincidentes terminan haciéndolo.»

—Hable con alguien que tenga un conocimiento profundo de la historia de Toledo —le aconsejó—. Pregúntele por sitios de la ciudad relacionados con muertes violentas. Si vuelve a actuar, tanto si se trata de un solo asesinato como de varios, su acción se centrará en eso. Y es ahí donde probablemente usted lo atrapará.

—Gracias por el consejo.

—De nada. Sin embargo, estoy segura de que usted hubiera llegado a la misma conclusión por sí mismo. Hágame saber cómo le va.

—Por supuesto. Buenas noches, doctora.

—Buenas noches, comisario. Y buena suerte.

Mientras Fiona colgaba el teléfono, con el corazón

apesadumbrado, oyó que abrían la puerta de la calle.

—¿Kit? —llamó, sorprendida.

La puerta se cerró y la voz familiar de su amante respondió.

—Hola, nena, estoy en casa.

Llegó a la cocina y la envolvió con un abrazo asfixiante en el que, no obstante, ella encontró consuelo. Fiona echó hacia atrás la cabeza para besarlo, mirándolo con sus ojos de color avellana, brillantes de placer.

—No te esperaba hasta tarde. Pensaba que ibas a cenar con Georgia después de la conferencia.

Kit la soltó y se dirigió a la nevera.

—Ése era el plan. Pero no hay espectáculo sin Polichinela.

—¿Cómo? ¿Georgia decidió que le hacía más falta dormir para despertarse guapa y fresca que pasar una noche de juerga emborrachándose con depravados escritores de novelas policíacas? —bromeó Fiona, sacando un par de copas para el vino.

—¿Quién sabe? Lo cierto es que no apareció.

—¿Quieres decir que canceló su asistencia a la conferencia?

La incredulidad de Fiona era evidente. La idea de que Georgia Lester, siempre sedienta de publicidad, perdiera la oportunidad de dar una conferencia en el Instituto Británico de Cine era increíble.

—No. Quiero decir que no apareció. Ningún mensaje, no dijo nada al IBC ni a su publicista. Nadie

contestó al teléfono fijo ni en el móvil, según dijo el publicista.

Kit sacó el corcho de la botella y sirvió el vino.

—¿Y entonces qué pasó?

—Nada especial. Los del público permanecieron allí como unos pringados durante más o menos media hora, y luego el tipo que la debía presentar salió y dijo que la señora Lester estaba indispuesta y que se devolvería el importe de las entradas en la taquilla. Salimos todos para tomar unas copas y regresé a casa.

—O sea, es un misterio —dijo Fiona—. ¿Cuál es tu hipótesis, Sherlock?

—Los que nos fuimos de copas quedamos divididos en dos corrientes de opinión —dijo Kit sentándose y preparándose para un discurso—. La versión más caritativa es la siguiente: Georgia tiene una cabaña en Dorset adonde supuestamente va para escribir, pero, en realidad, yo tengo la suerte de saber que es para follarse hasta el desmayo al último camarero italiano que ha caído en sus garras. Bien lejos de Anthony, el marido aburrido pero cariñoso, ¿verdad? De modo que, allí estaba ella, haciendo lo que le daba la gana con Super Mario; perdió la noción del tiempo y salió en el último minuto, pero entonces se quedó sin gasolina a mitad de camino. Y con el móvil sin batería.

—¿Ésa es la versión caritativa?

—Vamos, Fiona, tú conoces a Georgia. Es difícil que la mayoría de los que sólo conocen la cara pública de Georgia digan cualquier cosa de ella que no contenga un

cierto grado de injuria.

—Apenas puedo imaginar cuál es la versión no caritativa —murmuró Fiona.

—Es más o menos así. Después del asesinato de Drew, Georgia se quejaba de que quería que Carnegie House le proporcionara guardaespaldas. Ella argumentaba que era una Reina del Crimen con mucho público y necesitaba protección de los zumbados que andan por ahí, y que eso debería correr a cargo de la editorial como parte de sus obligaciones. Por supuesto, varios de mis colegas pensaban que no era más que una manera de hacer que Carnegie le pagara los chulos...

—¡Ay, qué cruel!

—Pero posiblemente es la verdad. De todas maneras, como tú ya sabes, amenazaba con no asistir a la gira de promoción del nuevo libro, si ellos no le ofrecían una protección más musculosa que un simple publicista y un representante de ventas. Y por supuesto, técnicamente, esta conferencia era el primer acto de la gira. De modo que algunos de mis amigos creen que Georgia decidió no aparecer para asustar a la editorial. Después de todo, el IBC no es una librería. No aparecer por la conferencia saldría en los titulares sin perjudicar demasiado a las ventas —añadió cínicamente.

—¿La intención era que mañana por la mañana la editorial la llame prometiéndole un par de matones que la escolten de librería en librería por toda Gran Bretaña? —preguntó Fiona, intentando reprimir su perplejidad.

—Sí. Se supone que ella les llamaría diciendo: «Pobre de mí, estaba tan aterrada que, cuando llegó la hora, lo único que quería era huir y esconderme». Ni hablar de lo terrible que le habrá sentado decepcionar a las legiones de devotos admiradores. Así que, si Carnegie House realmente valora a su autora de novelas policíacas, sin duda le ofrecerán una limusina con blindaje antibalas y un equipo de guardaespaldas...

—Lo cual, a su vez, generará más publicidad.

—Lo que, todos estamos seguros, nunca se le ocurrió a Georgia —dijo Kit con un afectuoso sarcasmo.

—Hace mucho tiempo que no oía un análisis tan asquerosamente cínico. Deberíais avergonzaros.

Kit le lanzó una sonrisa sombría.

—Daría cinco libras para que tuvieran razón. Porque lo que ellos no saben es que Georgia ha recibido una amenaza de muerte. Y que Georgia creía de verdad que podría estar en la lista negra de algún asesino.

—¿No se lo comentaste?

—¿De qué serviría? Alguno habría dicho algo. Cuando empecé a preguntar por ahí para ver si alguien más había recibido una carta, tuve cuidado de no mencionar a Georgia. Alguien habría vendido la historia a cualquier periódico con su nombre en el titular. Así que todos se han divertido mucho burlándose de Georgia esta noche.

—¿Y tú? Sabiendo lo que sabes, ¿qué piensas tú?

Kit se pasó las manos por la cara y por el pelo.

—Hay cosas mucho peores que le podrían haber

sucedido a Georgia. Yo sólo espero que todos tengan razón. Que nos esté gastando una broma. Porque, si no se trata de eso, entonces creo que ya es hora de que yo tenga miedo de verdad.

CAPÍTULO 27

—¿Qué te decía yo? —preguntó Kit, con el *Guardian* en las narices de Fiona, dos días después, a la hora del desayuno—. Si lo dicen en *El Haragán,* ha de ser verdad. —Señaló la noticia de la columna de chismorreos literarios y leyó—:

> «Dicen en la calle que la autora de novelas policíacas Georgia Lester está escondida, pues teme por su vida. Lester, una autora muy cotizada, no asistió al Instituto Británico de Cine, donde tenía que dar una conferencia sobre el cine negro contemporáneo basado en novelas, y nadie ha sabido nada de ella desde entonces».
>
> »Según parece, Lester tuvo una desavenencia con la editorial, Carnegie House, por su negativa a proporcionarle guardaespaldas para la próxima gira de promoción de su última novela de suspense psicológico, *Identidad Terminal*. La exigencia de la escritora se produjo el mes pasado, poco después del escandaloso asesinato del niño prodigio, establecido en Edimburgo, Drew Shand (caso que la policía relaciona con un agresor sexual), y del asesinato igual de extraño de la ermitaña norteamericana Jane Elias, cuyo

cadáver apareció cerca de su finca irlandesa. Este último es un supuesto ajuste de cuentas mafioso relacionado con su amante, un policía de la secreta que investiga a los narcotraficantes.

»Ahora que, al parecer, por fin se ha abierto la temporada de caza de los escritores de novelas policíacas, un amigo afirmó que Lester estaba indignada ante lo que consideraba una falta de preocupación por su bienestar y, según dicen, afirmó que eso tendría consecuencias para Carnegie. Si esas consecuencias se traducirían en dolor o en dinero, no quedó claro.

»Que Lester, conocida por su disposición a complacer a los medios de comunicación, haya dado la espalda a una tribuna tan eminente, desde la cual expresar sus puntos de vista, seguramente ha sido recibido por su editorial como un mensaje de que no está dispuesta a que la aparten de su propósito, por muy paranoicas que sean sus exigencias.

—Bueno, eso es lo que está diciendo todo el mundo. Así que ¿debería dejar de preocuparme yo?

Fiona negó con la cabeza.

—No me lo puedo creer. No hasta que escuche algo de la propia Georgia. Lo que publican en *El Haragán* probablemente lo comentó uno de tus coleguitas borrachos de la otra noche.

No obstante, Fiona no quería reconocer la preocupación que de verdad sentía, así que buscó algo más tranquilizador que decir. Lo único que se le ocurrió fue lo que ya estaba diciendo desde que leyó la amenaza de muerte de Georgia.

—De todas formas, no creo que la persona que te escribió esa carta sea la responsable de lo que haya sucedido. Por supuesto, tiene sentido ser cauteloso.

Pero creo que no debieras vivir con miedo.

Kit gruñó algo incoherentemente mientras masticaba un bocado de Weetabix. Sobrevino un silencio solo interrumpido por los ruidos típicos del desayuno y las páginas hojeadas de los periódicos de ambos.

De repente, Fiona se reanimó. Había encontrado algo mucho más tranquilizador que cualquier lugar común que se le pudiera ocurrir.

—Mira, esto me parece más interesante que una sarta de rumores sin fundamento —dijo Fiona, doblando la página de noticias y pasándosela a Kit.

DETENIDO UN SOSPECHOSO POR EL ASESINATO DE ELIAS

Según ha confirmado la Garda Siochana del condado de Wicklow, ha sido detenido un hombre en relación con el brutal asesinato de la escritora norteamericana de novelas policíacas Jane Elias.

El sospechoso es John Patrick Regan, un aparejador de treinta y cinco años originario de Kildenny, un pequeño pueblo a veinticuatro kilómetros de la finca de la señora Elias, a orillas del lago Killargan.

Hace diez días fue encontrado el cuerpo sin vida de la señora Elias en un camino rural. Los guardias de seguridad de su finca la habían visto por última vez doce horas antes, saliendo de su embarcadero a bordo de un yate de seis metros de eslora.

Se cree que Regan es primo y socio de Thomas Donaghy,

quien en estos momentos está a la espera de juicio, acusado de tráfico de heroína. Fue detenido durante una importante operación realizada por la Garda el año pasado. Una operación trampa secreta que incluyó la confiscación de heroína cuyo valor en la calle es de 1.2 millones de libras.

Se cree que Pierce Finnegan, el agente de la Garda que dirigió la operación, era el amante de Jane Elias, y anoche se especulaba acerca de que la habían asesinado en un intento de disuadir a Finnegan de que no presentara pruebas cuando el caso contra Donaghy y sus cómplices llegue al tribunal el mes que viene.

Un portavoz de la Garda dijo: «Hemos detenido a un sospechoso al que estamos interrogando sobre la muerte de Jane Elias. Hasta el momento, no hemos presentado ningún cargo».

La muerte de Jane Elias ha consternado a la comunidad irlandesa local que sentía un gran respeto por la escritora ermitaña.

Cont. pág. 3

Kit recorrió las palabras rápidamente y luego alzó la vista hasta hacerla coincidir con la risueña mirada de Fiona.

—Supongo que es una buena noticia —dijo.

—Tan buena como puede serlo, sobre todo si se da durante una investigación de asesinato, creo yo.

Él negó con la cabeza, y en su boca se dibujó una mueca de amargura.

—Pero, qué motivo más condenadamente estúpido para morir. Quiero decir, que te maten no por cualquier cosa que eres o hayas hecho, sino por la persona a la que amas.

—En realidad, eso pasa todos los días —dijo Fiona—. Mujeres asesinadas por sus ex maridos, quienes no pueden aceptar que hayan elegido a otra persona con quien estar. Personas asesinadas porque se acuestan con alguien cuya religión o color de piel están mal vistos. O con personas del sexo incorrecto.

—No, eso es diferente. Ahí hay un elemento de elección. De alguna manera, es una decisión consciente, sabes en qué te estás metiendo. Pero, cuando te relacionas emocionalmente con alguien que trabaja en las fuerzas del orden público, no puedes saber que te va a rebotar de esta manera.

Fiona negó con la cabeza.

—Es lo mismo. Estoy de acuerdo en que hay un elemento de elección en los ejemplos que he citado. Pero tú sabes que no es del todo verdad. Si viviéramos en Irlanda del Norte y yo fuera una vicaria protestante y tú un republicano de alto rango, ¿me habrías dado la espalda sólo porque nos podría haber costado la vida a uno de los dos?

Kit la fulminó con la mirada desde el otro extremo de la mesa.

—No seas tan ridícula. Por supuesto que no.

—Pues, entonces, yo no creo que Jane Elias estuviera ciega a los riesgos potenciales que implicaba amar a Pierce Finnegan. Era demasiado inteligente como para eso. Y yo supondría que aceptó el riesgo porque estar con él era infinitamente preferible a estar a salvo, pero sin él. Igual que vivir con una mujer que ha

ayudado a la policía a encarcelar a criminales reincidentes tiene sus riesgos intrínsecos —agregó Fiona, suavizando la voz para que sonara menos desafiante.

—No fingiré que no he tenido mis momentos. Pero la cosa consiste en que yo ni una vez he pensado que tu trabajo podría suponer un riesgo para mí. Siempre me he preocupado por ti. Supongo que estaba proyectando mis sentimientos sobre Jane. Supongo que debía de pasar noches enteras sin dormir preocupada por Pierce, pero quizás, igual que yo, nunca pensó que pudiera ser ella quien sufriese las consecuencias —dijo, extendiendo las manos y sonriéndole a Fiona.

Ella alargó una mano sobre la mesa para coger la suya. Sus dedos se entrelazaron a mitad de camino.

—Te amo, ¿sabes? —dijo ella.

—Caramba, Fiona, es muy tierno por tu parte decirme estas cosas en la mesa del desayuno —bromeó él.

—¡Ay, por favor, no me vengas con que eres ese tipo chico duro de la novela policíaca británica! —protestó Fiona—. Tú lo olvidas, pero yo conozco la verdad.

—Podrías destrozar mi reputación con una palabra —dijo él, arrepentido.

—Así que haz otra tetera y mis labios permanecerán cerrados. —Ella recogió el periódico y lo abrió—. Hay algo muy bueno en este arresto.

—¿Y qué es?

—Quiere decir que no hay ninguna relación entre el

asesinato de Jane Elias y el de Drew Shand. De modo que todos podemos dejar de preocuparnos por el asesino en serie obsesionado con los mejores escritores de novelas policíacas del mundo —señaló Fiona.

El agua entró ruidosamente en la tetera, ahogando la respuesta murmurada por Kit.

—¿Cómo? —preguntó Fiona.

Kit se volvió hacia ella.

—He dicho que siempre que supongamos que la policía irlandesa tiene razón.

Fiona negó con la cabeza, riéndose.

—¿Qué te pasa? ¿Quieres sentir que tu vida corre peligro? ¿Estás buscando un nuevo método para escribir?

Esta vez no hubo ninguna sonrisa de disculpa.

—No. No quiero pasarme la vida mirando a mis espaldas. Pero has de admitir que no sería la primera vez que la policía detiene a un inocente.

—Pero no hay ningún motivo para suponer que lo hayan hecho en este caso.

Kit se encogió de hombros.

—Tampoco lo hay para suponer que no lo hayan hecho.

Fiona hizo una mueca.

—No es tu estilo ser tan pesimista en la cocina.

—Yo lo llamaría ser realista —replicó Kit con un tono que indicaba que no le iba a convencer fácilmente de lo contrario.

Fiona se levantó bruscamente de la mesa.

—De acuerdo —dijo tranquilamente—. ¡Yo me ocupo de eso!

DETENCIÓN EN EL CASO DE JANE ELIAS. ÚLTIMA HORA

Siempre puedes contar con la policía si se trata de una línea de investigación obvia. Y así es cómo John Patrick Regan está entre rejas esta noche, acusado de un crimen que ha sobrecogido a los lectores de *best sellers* de América.

Los lectores de esta página recordarán que fuimos nosotros quienes revelamos, en exclusiva, la identidad de quien fuera amante de Elias desde hacía mucho tiempo: el agente secreto de la Garda Siochana Pierce Finnegan. Y, puesto que los agentes de las fuerzas del orden público consultan este sitio tan ávidamente como nuestros aficionados más fervientes, decidieron que debían hurgar en los casos recientes de Finnegan.

¡Y bingo! Encontraron a Tommy Donaghy y su banda de narcotraficantes de primera. Donaghy y tres de sus lugartenientes están ahora a la espera de juicio, acusados de tráfico de heroína, gracias en gran medida al talento de Finnegan cuando montó una operación trampa secreta. Aunque Donaghy vive al norte de Dublín, la Garda llevó a cabo una investigación entre sus socios conocidos y encontró a su primo, John Regan, quien vive a sólo veinticuatro kilómetros de la finca de Elias, en las colinas de Wicklow. Y, por una extraña coincidencia, el contratista de obras para quien trabajaba Regan realizaba unas obras de restauración en la mansión georgiana de la escritora.

Regan es un aparejador de poca monta, divorciado y con dos hijos, que vive en el tranquilo pueblo irlandés de Kildenny.

También es propietario de una lancha con motor fuera borda y, la tarde en que desapareció Elias, él estuvo pescando en el lago. Absolutamente solo. Así que es un hombre en el que coinciden los medios, el móvil y la ocasión, y no tiene nada que se asemeje a una coartada. A la Garda le parece el principal sospechoso, especialmente porque no tiene ninguna otra pista.

Desgraciadamente para ellos, Regan no tiene antecedentes penales. Dicen que hasta ahora los forenses no han encontrado nada, pero que siguen buscando. Se espera que se presenten los cargos esta tarde. O incluso antes, si Regan decide confesar. Lo cual, dado a la tendencia de los irlandeses a perjudicarse a sí mismos, es algo que probablemente podamos dar por sentado. Confiemos, pues, por la vida de John Regan, en que Pierce Finnegan no sea el encargado del interrogatorio.

RECUERDA QUE LO LEÍSTE PRIMERO EN
EL ASESINATO DETRÁS DE LOS TITULARES

Fiona se levantó y esperó impaciente a que la impresora terminara. Cogió la hoja de papel de la bandeja y bajó corriendo los tres tramos de escalera hasta el despacho de Kit. Sabía que había cambiado la cocina por el útero de su escritorio; la emisora de radio Classic FM había dado paso a Gómez, que alegremente cantaba que el día no tenía suficientes horas. Ella conocía esa sensación.

Kit miraba fija y tristemente a la pantalla, leyendo las últimas páginas de lo que había escrito. Fiona dejó caer el papel sobre el teclado. Él se pasó una mano por el pelo mientras leía, masajeando ligeramente el cuero

cabelludo hasta formar crestas y surcos.

—Me parece un poco burlón —dijo, dudando.

—No es más que el tono que emplean. Créeme, si hubiera un buen motivo para pensar que esta detención es injusta, ellos ya estarían armando jaleo, y no dejando pistas vagas. Ya te lo he dicho; se enorgullecen de encontrar las historias que nadie conoce o que nadie está dispuesto a publicar. Y como a la mayoría de nosotros, les gusta cubrirse las espaldas por si se equivocan. Confía en mí, soy doctora.

Fiona se inclinó y besó esa piel tierna donde el lóbulo de la oreja se conecta con la mandíbula.

Kit giró en su silla y la cogió entre sus brazos. Ahora, en su risa no había indiferencia.

—Gracias —dijo—. Me has tranquilizado.

—Bien. ¿Y significa eso que podemos salir a jugar a ser personas normales el sábado?

—¿Tú quieres ser normal? ¿Qué te ha hecho querer eso?

—He pensado que quizá podríamos probar y ver lo que nos hemos estado perdiendo todos estos años.

—Bueno. Pero sólo si podemos regresar a casa y ser seriamente anormales después.

—Eso está hecho.

Él sonrió.

—Estoy impaciente por volver a casa.

Extracto de la descodificación del documento P13/4599

Gznqx uqhmn xq. Ftqkh qmddq efqpe ayqna pkrad vmzqq xumee ygdpd q. Mooad puzsf aitmf udqmp.

Increíble. Han detenido a alguien por el asesinato de Jane Elías. Según he leído, Elias se acostaba con un poli irlandés que organizó una operación secreta para encarcelar a algunos narcotraficantes importantes el año pasado. Y ellos creen que este asesinato se debe a la sed de venganza. ¡Bueno, al menos tienen razón en ese sentido!

Están locos, estos irlandeses. Los verdugos de las mafias no se toman tantísimas molestias para matar a alguien, pero supongo que el lado positivo es que esto significa que mis futuras víctimas no estarán alerta. Empezaba a preocuparme el hecho de que no podría engañar a Kit Martin si mantenía una actitud vigilante.

Ahora bien, yo esperaba que Georgia Lester fuera un poco más prudente. Le había estropeado el suministro de combustible para que el coche se quedara sin gasolina, y conducía justo detrás, completamente preparado para ser el caballero de la carretera. Ella estaba junto al Jag con cara de indefensión cuando me detuve detrás de ella. Me ofrecí para echarle un vistazo, pero dijo que iba a llamar a la AA. Yo le asesté un golpe cuando se inclinó para coger

el móvil que estaba dentro del coche. Luego la arrastré hasta el asiento de atrás. Tardé unos cinco minutos en regresar con ella a su cabaña. Hay una construcción anexa al fondo del jardín que yo había elegido. La dejé allí, atada y amordazada, mientras me deshacía del Jag. Cuando regresé ya era noche avanzada. ¡Cuánto mejor, a decir verdad!

Es la única vez que he tenido pesadillas. Sueño con que estoy asfixiándome bajo un montón de carne y que no puedo escapar. Y luego le veo los ojos. Ella había recuperado el conocimiento antes de que yo regresara. Tenía los ojos salidos, como los de un caballo asustado. Podía ver la parte blanca alrededor del iris. Casi me asustó. Tuve que golpearla otra vez, lo cual no hubiera querido hacer. Pero no pude estrangularla cuando aún estaba consciente.

Realmente no me gusta matar. Lo que me gusta es cómo me siento después, esa sensación de poder que me inunda cuando pienso en lo bien que me estoy vengando. Ojalá hubiera una manera más fácil de hacerlo. Pero he de seguir con el plan.

Me pregunto cuánto tiempo tardarán en poder resolver el caso esta vez.

CAPÍTULO 28

Joanne Gibb recordaba cómo en una ocasión un amigo médico se refería a las abreviaturas que los de su profesión acostumbran a garabatear en los apuntes. No las que tenían que ver con la presión arterial ni el pulso, sino esas que decían CAR por «Chico de Aspecto Raro». La que recordaba ese lunes por la mañana era NPLDA, «Normal Para Los De Aquí». Trabajar con casos graves en el Departamento de Investigación Criminal producía efectos parecidos en todos los agentes involucrados. Piel pálida, cabellos que se ponían lacios una hora después de la ducha, ojeras, arrugas en la frente y en las comisuras de la boca por hacer tantas muecas, los hombros siempre en una posición rígida poco natural. Sí, definitivamente NPLDA. Ella hizo una mueca ante el espejo del lavabo de mujeres. Le hacía falta una cirugía estética, no un maquillaje.

Viendo cuánto había envejecido exteriormente en los tres años que llevaba trabajando para Steve Preston, pensar en el estado de sus órganos internos le hacía estremecerse. Le sacó la lengua a la imagen que le devolvía el espejo. Notó que ya tenía una película de pelusa amarillenta, sólo una hora después de que el despertador hubiera puesto fin a las cuatro horas de sueño que había logrado conciliar la noche anterior. Demasiado café y demasiada vigilia le estaban provocando úlceras, estaba convencida de ello. Los

cigarrillos destrozaban lo que le quedaba de salud aeróbica y ni siquiera quería pensar en lo que la bebida le hacía al hígado. Ahora su novio hablaba de establecerse y tener una familia. A juzgar por la situación física de lo que quedaba de ella, lo único que podría esperar de su sistema reproductivo era un mono con tres cabezas.

Los hombres, decidió, lo tenían fácil. En general, ellos conseguían parecer atractivamente destrozados o admirablemente obsesos, como Steve Preston, lo que hacía que las mujeres quisieran llevárselos a casa y cuidarlos. Las mujeres, por el contrario, acababan siendo etiquetadas como adefesios, y sus hombres las dejaban por la modelo del año siguiente. Bueno, ella había elegido trabajar para la Policía Metropolitana. Hubiera podido trabajar en un banco o en una tienda y aferrarse un poco más a la apariencia que tenía. Y aburrirse infinitamente, pensó mientras se pasaba un cepillo por los cabellos castaños. ¿Y si se cortara el pelo? Sí, algo que fuera más vivo que esa cortina pesada que le colgaba sin vida alrededor de la cara.

Joanne cerró los ojos y suspiró. Basta de tanta vanidad indulgente. Tenía que pensar en lo importante y enorgullecerse de ello, no en su aspecto físico. Metió los diversos utensilios de maquillaje en el estuche y guardó éste en el bolso. Tras recoger las carpetas que contenían el trabajo para el fin de semana, tiró de la puerta con el único dedo libre que le quedó y se adentró por el corredor para entregarle el informe a su jefe.

Encontró a Steve Preston detrás del escritorio, con su taza habitual de té Earl Grey y el humo del primer puro del día acumulándose bajo el techo.

—Buenos días, Joanne —dijo.

Le bastó un vistazo para considerar que ella había dormido más o menos lo mismo que él.

—Jefe —dijo ella, dejando caer las carpetas en el escritorio y desplomándose ella misma en la silla que estaba frente a él.

—No desconectaste hasta las dos y media de la madrugada —observó él.

Joanne revolvió en el bolso buscando un cigarrillo y lo encendió.

—Estaba cazando.

—¿Capturaste algo?

Joanne señaló las carpetas y, tras su mano, se arrastró una delgada cinta de humo.

—Me concentré en la Policía Metropolitana, los chicos de la City y los de los condados del interior. Puedo hacer una investigación más amplia si crees que vale la pena. ¿Sabes una cosa? Sería tan fácil este trabajo si tuviéramos un sistema de informes centralizado para los delitos graves —dijo ella con la cansada amargura de los que han de trabajar en contra de los métodos inadecuados.

—Ya llegará —dijo Steve—. Quizá demasiado tarde para que conservemos la cordura, pero llegará. Los chicos de Bramshill están jugando con el sistema canadiense, VICLAS. Supuestamente, es más sofisticado

que todo lo que tiene el FBI, pero nadie sabe cuándo empezarán a emplearlo en las operaciones de verdad, sobre el terreno, especialmente en aquellas que, como ésta, se han relegado a tan baja jerarquía. De modo que, mientras tanto, nos quedamos solo con las llamadas telefónicas y los faxes y pedir que nos devuelvan favores. ¿Qué tal te ha ido?

—Deprimentemente bien. No puedo decir que me haya divertido recordando cuántas violaciones y agresiones sexuales se producen cada año. Pero creo que he encontrado algunas cosas interesantes. Te he preparado un resumen. Era eso lo que hacía a las dos y media de la madrugada. —Joanne abrió la primera carpeta y sacó dos hojas—. Aquí lo tienes.

Steve echó un vistazo a la información cuidadosamente recopilada.

—Buen trabajo, Joanne. ¿Quieres explicármelo?

Joanne cogió su propia copia del resumen y se puso el primer expediente en el regazo. Sacó unas gafas del bolsillo superior y se las puso.

—¿Cómo lo hice? Pedí los casos que correspondieran a los cinco criterios que me habías señalado —empezó, saboreando como siempre el proceso de informar y discutir que, a menudo, estimulaba el surgimiento de ideas nuevas—. Luego pedí que incluyeran cualquier otro que correspondiera a tres o más de los criterios. Busqué los casos en que la violación tuviera lugar al aire libre, con uso de cuchillo; en que la víctima fuera una joven rubia; en que hubiera

testigos infantiles presenciando toda (o parte de) la violación y en que el violador se hubiera fugado en bici.

»Para serte honesta, no esperaba encontrar muchas correspondencias. Pero tenemos cuatro violaciones y dos agresiones sexuales serias que incorporan los cinco puntos. Los seis delitos tuvieron lugar al norte del río. El primer caso fue denunciado hace dos años y medio en Stoke Newington. Una mujer tomaba el sol en su jardín con su bebé durmiendo en el cochecito, cuando fue agredida por un hombre vestido de ciclista que saltó la cerca del jardín. Los gritos de la mujer alertaron a un vecino y el agresor escapó.

»El segundo tuvo lugar en Camden, unas diez semanas después. Una mujer andaba por el camino de sirga del canal con su hijo de tres años, cuando un hombre saltó desde detrás de una tapia y le puso un cuchillo en la garganta. Le dijo que la iba a violar, pero en ese momento apareció un grupo de estudiantes por el camino. Él saltó de nuevo la tapia y se fue pedaleando en bici antes de que pudieran detenerlo.

»El tercero ocurrió en la planta alta de un garaje en Brent, quince semanas después. Esta vez, el individuo violó a una clienta del aparcamiento. Ella había sentado a su hijo dentro del coche y él se le acercó por detrás, la empujó hacia el asiento y la violó mientras la amenazaba con un cuchillo. Según el agente que realizó la investigación, la mujer creía recordar que el violador llevaba un casco de ciclista. —Joanne hizo una pausa y prosiguió—. Transcurrieron casi seis meses hasta que se

presentó otra denuncia por violación. Esta vez tuvo lugar más hacia el oeste, en Kensal Rise. La víctima paseaba con su hijo recién nacido por el cementerio. —Aquí, la máscara profesional de Joanne se estremeció y alzó la vista para mirar a Steve—. No es tan extraño como podría parecer —dijo poniéndose a la defensiva—. Esos antiguos cementerios victorianos pueden resultar muy atractivos, ¿sabes? Especialmente porque no hay muchas áreas verdes por allí.

Steve negó con la cabeza.

—Yo no he dicho nada, Joanne. Mi amigo Kit cree que el cementerio de Highgate es la mejor fuente de inspiración que él conoce. Pero él no es poli...

—Bueno, paseaba con el bebé por el cementerio, cuando fue atacada por un tío en pantalones cortos y con una camiseta de lycra; también llevaba un casco y gafas de ciclista y lo que parecía ser uno de esos cuchillos caros de cocina que están hechos de una sola pieza de metal sólido. Ella luchó todo lo que pudo y le dieron diecisiete puntos en un brazo como recompensa. La mujer vio cómo el violador escapaba en una bicicleta de montaña. Es la mejor descripción que tenemos.

—Varón ICI. Estatura: entre un metro setenta y cinco y un metro ochenta. Delgado, tez pálida, pelo oscuro —leyó Steve con cansancio—. Bueno, a juzgar por esta descripción, la mitad de los hombres de la Policía Metropolitana son sospechosos.

—La mitad no, jefe. Apuesto a que sólo un diez por ciento podría a duras penas acercarse a una fuga tan

veloz en bicicleta.

Steve hizo una mueca mientras miraba su puro.

—Probablemente tienes razón. Lo que interesa de la descripción es que no corresponde a Francis Blake. Él es demasiado bajo, y no creo que nadie lo describiera como delgado. Tiene los hombros demasiado anchos. Vale, vamos a escuchar el resto.

—El quinto caso fue el de una mujer de la limpieza en una escuela de Crouch End. Ocurrió hace dieciocho meses. Ella siempre era la última en salir del edificio. Un viernes por la noche él estaba esperándola. Mientras ella cerraba la puerta, él se acercó por detrás y le puso el cuchillo en el cuello. La arrastró hasta unos arbustos, al borde del camino, y allí la violó. Esta mujer no iba acompañada por ningún niño, pero he incluido su caso porque la violación tuvo lugar en el patio de una escuela primaria y él iba en bici. ¿Qué te parece?

—Vale la pena mantenerlo dentro del grupo, de momento. ¿Y la última víctima?

—Este caso es realmente interesante. Sucedió sólo cinco semanas antes del asesinato de Susan Blanchard. Y ocurrió un poco más lejos, en Hatfield. Pero fue en un parque. Una canguro estaba con el niño que cuidaba, paseando por la zona ajardinada. El violador la tumbó en el suelo y ella supone que estuvo totalmente inconsciente durante unos minutos. Cuando recobró el conocimiento, la había arrastrado hasta los arbustos y la estaba violando. Mantenía un cuchillo apretado contra su garganta y le dijo que la mataría como a un

cerdo si hacía el menor ruido.

—¡Joder!—exclamó Steve en voz baja—. ¿Por qué no encontramos esto cuando asesinaron a Susan Blanchard?

Joanne apretó con fuerza los labios hasta que su boca formó una línea.

—Principalmente porque la policía de Hertfordshire no nos dijo nada sobre ello.

—¿Por qué coño no lo hizo? ¿Acaso mantuvimos el asesinato de Blanchard en secreto? Estaba en todos los medios de comunicación. ¿No se les ocurrió que podría ser el mismo tío?

—Parece que no. La razón fue que ellos suponían que el culpable era uno de los suyos. Tenían a un individuo acusado de violación que estaba en libertad bajo fianza y pensaron que era él dándole un último mordisco a la manzana antes de caer preso, tal como me lo explicó el agente que investigaba de un modo encantador —comentó Jane ásperamente—. Cuando Susan fue asesinada, el tío este estaba en la cárcel con una condena de siete años por tres violaciones, de modo que no se molestaron en decírnoslo porque no podía ser él, ¿verdad? —dijo con la voz impregnada de sarcasmo.

—Estupendo. —Steve apagó su puro aplastándolo y suspiró—. ¿Entonces admitió el violador lo de la canguro también?

—Aparentemente. Pero todas las demás violaciones las realizaba muy tarde, por la noche, en callejones, y ninguna de sus otras víctimas era rubia. La policía de

Hertfordshire le cree, pero yo no.

—No, yo tampoco. Pero supongo que entonces no tenían ningún motivo para no creerle, y les facilitó el trabajo. Ellos no son los únicos que eligen la opción fácil.

Jane le fulminó con la mirada.

—Con todo el respeto, señor, Blake no era la opción fácil. Era un sospechoso sólido.

—Eso pertenece al pasado, Jo. A mí me interesa más el futuro. —Steve se levantó y empezó a dar vueltas detrás del escritorio—. ¿Y estos seis casos aún están por resolver?

—Aparte del de Hertfordshire, sí. Apenas deja pruebas. Usa condón. Y la ropa de ciclista no deja mucho rastro de fibras. Lo que sí tenemos es vello del pubis de la violación de Kensal Rise, a partir del cual hemos podido confeccionar un perfil de ADN. Pero, hasta ahora, no se ha encontrado ninguna correspondencia con ninguna de las muestras de ADN que tenemos archivadas. —Joanne cerró la carpeta y la devolvió al montón—. No hay sospechosos sólidos en ninguno de los casos pendientes. No sé por dónde debemos empezar a buscar, jefe.

—Yo tampoco. Pero conozco a una mujer que quizá sí lo sabría.

Steve se paró frente a la ventana y miró sin ver el paisaje deprimente.

—¿La doctora Cameron? —preguntó Joanne.

Steve asintió con la cabeza.

—Pensaba que había dicho que no quería volver a trabajar con la Metropolitana.

—Sí, lo dijo. Y lo dijo en serio. —Se volvió de nuevo hacia ella, con una sonrisa irónica—. Tendré que rebajarme y humillarme.

—También va a necesitar una chaqueta contra el fuego antiaéreo —dijo Joanne, recordando la mirada helada de Fiona Cameron.

—No lo dudo, Jo. No lo dudo ni por un momento.

CAPÍTULO 29

A pocos kilómetros de distancia, Kit Martin estaba sentado en un restaurante barato, esperando a un camionero que debía de haber llegado de Bélgica durante la noche. Según un amigo mutuo, el camionero podría explicarle algunas de las estafas que los traficantes realizaban en las rutas para cruzar el canal. El hombre afirmaba no ser traficante, pero conocía todos los vericuetos del proceso y, por un precio sorprendentemente módico, estaba dispuesto a dar a Kit toda la información que pudiera.

No le había hablado de esa reunión a Fiona; sabía que su fuente era segura, sin embargo, ella podría colocar al camionero en la categoría de desconocidos con los cuales Kit no debería reunirse a solas. Pero

necesitaba la información que este contacto podía ofrecerle y, además, no sentía que corriera ningún riesgo en aquel restaurante. Probablemente lo más peligroso del establecimiento era el infarto que podía provocar un plato al que llamaban «Desayuno Gigante para Todo el Día». Y ahora que había escuchado de labios de Steve que la Garda no había encontrado ninguna evidencia de amenazas de muerte en la casa de Jane Elias, estaba aún menos inclinado a vivir como un recluso asustado hasta de su propia sombra.

Kit miró el reloj de pulsera. Hacía diez minutos que el hombre tendría que haber llegado, pero no importaba mucho. Le había advertido que no podía estar seguro de cuándo llegaría a la cita. Todo dependería del tráfico eternamente impredecible de la carretera M25. Kit removió la taza de té, redistribuyendo la capa que flotaba sobre la superficie marrón. Los dos hombres de la mesa de al lado echaron un puñado de monedas sobre la mesa para pagar sus desayunos y se marcharon, dejando un ejemplar del *Daily Mail*. Kit alargó una mano y cogió el periódico. Ignoró el chapoteo político de la primera plana y pasó las páginas. Un titular en la página cinco le llamó la atención.

ENCUENTRAN EL COCHE DE LA DESAPARECIDA
ESCRITORA DE NOVELAS POLICÍACAS
EN UN LUGAR PINTORESCO

El coche de la desaparecida escritora de novelas policíacas Georgia Lester apareció abandonado en el bosque, cerca de una zona turística popular, a varios kilómetros de la cabaña campestre de la autora de éxito. La policía de Dorset reveló que el coche fue visto ayer por unos paseantes cerca del estanque Burman, un lugar pintoresco de los alrededores de Dorchester.

El coche, que no estaba cerrado con llave, contenía una bolsa de viaje y una chaqueta Moschino, ambas pertenecientes a la señora Lester. Un portavoz de la policía dijo: «No hay ningún indicio de forcejeo ni de que la señora Lester hubiera sufrido un accidente. Si ella está a salvo, le instamos a que se ponga en contacto, lo antes posible, con la comisaría más cercana. Si alguien ha visto a la señora Lester o su coche antes del domingo por la tarde, también le instamos aponerse en contacto con la policía de Dorset».

El portavoz se negó a decir si la policía consideraba la desaparición de la señora Lester como algo sospechoso. Desde que no asistiera para dar una conferencia en el Instituto Británico de Cine el miércoles por la noche, se teme cada vez más por su vida.

Su marido, Anthony Fitzgerald, dijo anoche: «Estoy muy preocupado por Georgia. Hablé con ella el martes por la noche y me dijo que le hacía ilusión la conferencia en el IBC. Supe que no había asistido a dar la conferencia cuando regresé a casa el miércoles por la noche y encontré varios mensajes urgentes de los organizadores en el contestador. He estado intentando ponerme en contacto con ella desde entonces, pero todo ha sido en vano. Denuncié la desaparición a la policía el viernes por la mañana, y no se lo tomaron muy en serio. Pero yo conozco a mi mujer, y sé que nunca decepcionaría a sus admiradores voluntariamente. Algo le ha pasado, pero no tengo ni idea de lo que pueda ser».

Se ha especulado acerca de que la señora Lester haya desaparecido voluntariamente. Colegas suyos han sugerido que estaba enfadada con su editorial, Carnegie House, por negarse

a proporcionarle guardaespaldas para la próxima gira literaria.

La señora Lester afirmó que, después del asesinato del también escritor de novelas policíacas, Drew Shand, ella temía por su vida.

Un amigo dijo anoche: «Todos pensamos que Georgia exageraba, pero ella era categórica al afirmar que su editorial la ponía imprudentemente en una situación de peligro. Cuando no apareció en el IBC, algunos pensaron que intentaba castigar a la editorial.

»Pero ahora todos empezamos a preguntarnos si, al fin y al cabo, no tendría razón».

»La dama desaparece...»; pág. 11

—¡Mierda! —masculló Kit, pasando las páginas rápidamente.

Lo que más le impresionó fue la reacción de Anthony. Haber denunciado la desaparición de Georgia a la policía sugería que esto no era ninguna maniobra por parte de ella. Y Kit no podía creer que Georgia hubiera mantenido a Anthony en la inopia, permitiendo que él se preocupara y se angustiara de forma innecesaria. Porque infligir dolor deliberado a los que amaba no formaba parte del esquema de Georgia.

Casi toda la página once estaba ocupada por un artículo ilustrado con una gran fotografía de la fácilmente reconocible Agatha Christie.

En la página había también una foto más pequeña de Georgia con el aspecto de siempre, tan arrogante y atractiva, los cabellos rubios ingeniosamente recogidos en una intrincada disposición en lo alto de la cabeza.

La dama desaparece

El misterio que rodea el paradero de la Reina del Crimen contemporánea, Georgia Lester, tiene ecos extraños de otra famosa desaparición.

La escritora de novelas policíacas más distinguida, Agatha Christie, desapareció durante once días en 1926 hasta ser descubierta en un hotel de Harrogate, donde se había registrado con el nombre falso de la amante de su marido.

La desaparición de Agatha se produjo tras una discusión con su mujeriego esposo, el coronel Archibald Christie, quien había hecho las maletas y se había ido a pasar el fin de semana con su amante, Nancy Neele.

Aquella noche, dejando a su hija Rosalind dormida, Agatha salió de su mansión de Sunningdale en un Morris Cowley gris. Había dejado una carta para su secretaria, dándole instrucciones de que cancelara sus citas y diciéndole que se había ido a Yorkshire.

Pero también envió una carta al jefe adjunto de policía de Surrey, afirmando que temía por su vida y pidiendo ayuda.

Su coche abandonado fue hallado a la mañana siguiente. Al igual que el Jaguar de Georgia Lester, el Morris de Agatha fue encontrado cerca de un lugar pintoresco, Silent Pool. Dentro del coche estaba el abrigo de piel de la escritora y una pequeña maleta que contenía tres vestidos, dos pares de zapatos y su carnet de conducir caducado.

Los periódicos de la época hicieron correr ríos de tinta, especulando acerca de si la desaparecida escritora de misterio había sido asesinada o se había suicidado.

Este periódico incluso ofreció una recompensa de cien libras por una información que pudiera conducir a su paradero. Las sospechas, naturalmente, recayeron sobre el marido infiel mientras continuaba la búsqueda. Dragaron Silent Pool, había avionetas volando a baja altura sobre el área en busca de

indicios y los terriers y los sabuesos rastreaban el territorio, sin que nada de esto sirviera.

La policía de cuatro condados coordinó una búsqueda masiva en los Downs, en la que participaron quince mil voluntarios.

El criminólogo Edgar Lustgarten escribió un artículo para el *Daily Mail* en el que comentaba que Agatha se estaba permitiendo experimentar un caso típico de «represalia mental». Por supuesto, las ventas de sus libros se dispararon. Mientras tanto, en el Hotel Hydropathic, en Harrogate (ahora el Old Swan), una mujer registrada como la señora Neele disfrutaba de todas las instalaciones a cambio de siete guineas semanales. Charlaba con los huéspedes, afirmando ser de Sudáfrica, comía en el restaurante y disfrutaba de la sala de baile.

Pero un músico que tocaba el banjo en la orquesta del hotel la reconoció por las fotografías de la prensa.

Llamaron a la policía, y los agentes la vigilaron durante dos días hasta que llegó su marido y confirmó que la misteriosa señora Neele era, en realidad, su mujer.

La prensa la acusó de buscar publicidad, a pesar de que dos médicos testificaron que padecía una auténtica amnesia inducida por el estrés.

Agatha Christie se llevó a la tumba la verdad que subyacía detrás de su desaparición. Nunca sabremos si de verdad perdió la memoria o si se vengaba públicamente de su marido.

Y hoy, pueden surgir preguntas parecidas tras la desaparición de Georgia Lester. Dado que próximamente publicarán su nuevo libro, ¿no podría sencillamente estar buscando publicidad? ¿No estará vengándose de su editorial por no tomar en serio su miedo a un asesino en la sombra? ¿Acaso le habrá pasado algo más siniestro a la actual Reina del Crimen en Gran Bretaña?

Legiones de admiradores suyos esperan ansiosos respuestas a estas preguntas.

«No son los únicos», pensó Kit. A él también le gustaría tener respuestas. Es más, si Georgia de verdad había simulado su desaparición, se creía con derecho a tener respuestas. Se suponía que eran colegas. Ella estaba entre los primeros novelistas del género policíaco que él había conocido cuando se convirtió en un autor publicado.

Recordaba vívidamente la primera actividad que habían realizado juntos, en un festival literario de los Midlands. Su primera novela acababa de salir en edición de bolsillo y sólo era su tercera aparición pública como autor. Le impresionaba encontrarse en el mismo podio que Georgia, ya una autora de éxito, y otro escritor cuyos libros ya se habían adaptado a la televisión. En el vestíbulo de la sala de conferencias, el autor con contactos televisivos se dio cuenta de lo nervioso que estaba Kit, y alegremente empezó a contar una mezcla perniciosa de insultos condescendientes con anécdotas sobre desastres que habían tenido lugar en otros actos parecidos. Todo ello estaba calculado para desencadenar el pánico en cualquiera, a menos que fuera muy optimista.

Cuando acababa una de esas anécdotas, Georgia entró grácilmente envuelta en una nube de seda blanca y Chanel N.º 5. Vio la cara angustiada de Kit, y luego le lanzó una mirada astuta al otro escritor.

—Eres un verdadero cabrón, Godfrey, ¿por qué inquietas a este chico tan dulce? —dijo.

Se sentó, elegante como un cisne, en el brazo de la

silla de Kit y le tocó con una mano recién salida de la manicura.

—Tenía tantas ganas de conocerte, Kit. *El disector* fue sin duda la mejor novela policíaca que leí el año pasado. Seguramente serás una megaestrella.

En respuesta, Kit musitó algo torpemente.

—Y no debes preocuparte en absoluto, cariño. Sólo recuerda que esa gente está ahí fuera porque le encanta lo que hacemos. Ellos quieren que tú les gustes tanto como a ellos les gustan tus libros. Tendrías que ser un verdadero monstruo para que no te acogieran en sus corazones. Y está claro que no lo eres, querido.

Era lo que él necesitaba oír. Gracias a Georgia, se relajó durante la conferencia y, para su sorpresa, empezó a disfrutar realmente. Miraba y escuchaba mientras ella y Godfrey conquistaban la sala y, al final de la noche, había llegado a la conclusión de que él también podía hacer apariciones en público. Lo único que le faltaba al principio era la técnica que proporciona la confianza para hacerlo sin problemas.

Después, había ido a cenar con Georgia y su publicista. Aquel fue el inicio de lo que luego se convirtió en una relación sorprendentemente estrecha. Sorprendente porque, aunque una parte de la obra de Georgia incorporaba algo de la truculencia de sus propias novelas sobre asesinos en serie, no podían ser más diferentes en cuanto a temperamento, puntos de vista y estilos de vida. Pero el respeto y el cariño mutuo que se profesaban siempre les habían permitido superar

sus diferencias en todo, desde la política hasta sus orígenes sociales. La divertida tolerancia que a veces experimentaba al oír sus afirmaciones más escandalosas nunca había rozado siquiera la firmeza de su amistad. Lo único que lamentaba era que Fiona nunca parecía ver más allá de la cara pública de Georgia, y no llegaba al calor humano que había detrás de eso. De alguna manera, Georgia siempre lograba irritar a Fiona, aunque él no podía captar la fuente de fricción. Lo que para él no era más que un comentario inofensivo podía provocar un estallido repentino de irritación en los ojos de Fiona, lo cual lo dejaba perplejo.

Finalmente lo atribuyó a que ambas no congeniaban por cuestiones de química, e intentaba mantenerlas separadas siempre que podía.

Kit quería saber qué le había pasado a Georgia. Porque si bien era perfectamente capaz de algo tan escandaloso como simular una desaparición para avergonzar a su editor, no la creía capaz de hacer sufrir a Anthony. A pesar de las indiscreciones e infidelidades frecuentes de Georgia, ella dependía de la dedicación incansable de Anthony para la estabilidad que necesitaba.

A lo largo de los años, Anthony había cultivado un aire de indiferencia estudiada con respecto a la predilección de Georgia por los jóvenes amantes latinos, pero a Kit no le cabía duda alguna de que, por muy extraño que un matrimonio pudiera parecer a los demás, el de ellos era una unión hecha para sobrevivir.

Volvió a examinar la idea que antes había descartado automáticamente. Por supuesto, era posible que Anthony participara en la simulación. Por muy difícil que le resultara imaginar a Anthony, ese hombre tan respetable, engañando a la prensa y a la policía, si había alguien capaz de convencerlo para que lo hiciera, era Georgia. Y si la policía no tomaba su desaparición en serio, la probabilidad de que ese fuera el caso era mayor. A esa esperanza se aferraba Kit, pues ni siquiera quería contemplar la posibilidad más perturbadora que le acechaba constantemente. Si algo terrible había sucedido, él quería posponer esa certeza cuanto fuera posible. Era incapaz de imaginar que nunca volvería a ver a Georgia.

Kit ahuyentó tales pensamientos, creyendo supersticiosamente que podría influir en su regreso sólo con visualizarlo. En su rostro se dibujó una sonrisa irónica. Ya podía imaginarse la rueda de prensa cuando Georgia reapareciera. ¿Recurriría a la excusa de la amnesia? De algún modo, Kit lo dudaba. No, ella preferiría siempre recurrir al melodrama. Se había escondido porque temía por su vida después de lo que le había sucedido al pobre y querido Drew. Pero ella había decidido salir de nuevo al mundo porque no soportaba la idea de que la inseguridad que pendía sobre su destino causara daño a sus amigos, a sus admiradores y, sobre todo, a su tan amado marido Anthony.

Sí, pensó Kit. Así lo haría. Habría gritos de

indignación procedentes de algunos sectores, a propósito de la manipulación descarada de los medios y la pérdida de tiempo para la policía, y en este orden de prioridades, pensó Kit con la certidumbre de un cínico. Pero a sus admiradores les encantaría, pues tenían la imaginación saturada con el combustible que él y Georgia y los demás les ofrecían.

Y eso era lo importante.

Sin embargo, esta especulación infundada no era del todo eficaz; las otras posibilidades menos entretenidas pugnaban por imponerse.

Sabía que podía descartar de antemano el suicidio.

Nadie que se quisiera tanto a sí misma como Georgia podría descender en la desgracia de ese modo ni con tanta rapidez. Alguien lo habría notado.

En cuanto a la otra opción, la más aterradora, era un camino que no estaba preparado para recorrer sin guía. Y, puesto que la mejor guía posible estaría en casa cuando él regresara esa misma noche, decidió que ni siquiera se permitiría considerar tal posibilidad hasta entonces. Cuando estaba llegando a esta decisión, de pronto perdió sentido.

Un hombre de baja estatura y complexión gruesa, con las manos llenas de tatuajes, se dejó caer pesadamente en la silla que estaba frente a él.

—Tú debes de ser Kit Martin, ¿verdad? —dijo con un fuerte acento de Tyneside.

Kit extendió una mano por encima de la mesa. La salvación adoptaba muchas formas, pero él siempre

estaba dispuesto a reconocerla cuando llegaba.

CAPÍTULO 30

Fiona le fulminó con la mirada desde el otro lado de la mesa. El color avellana de sus ojos se oscureció.

—Esto —dijo con una explosiva precisión— es un cachondeo.

Steve negó con la cabeza.

—Tú me conoces bien, Fi.

—Pensaba que sí.

Le dio la espalda y miró sin ver la pared. Cuando habló, su timbre de voz sonó tranquilo y mesurado, destilando furia a través del autocontrol.

—Pensaba que entendías la profundidad de mi dedicación a lo que hago. No fue mi orgullo lo que quedó herido cuando me echaste del caso y trajiste a Andrew Horsforth. Fue mi creencia en que la gente como tú había empezado a tomar en serio el valor de lo que yo, y algunos de mis colegas, estamos haciendo.

—Tú sabes que lo tomo en serio.

La voz de Steve no sonaba a disculpa.

Fiona se encaró con él.

—Tus jefes aún ven a los psicólogos como una simple herramienta que pueden emplear como les venga en gana. Y eso no basta.

—¿Crees que eso no lo sé? ¿Y que no quiero cambiarlo? —protestó mientras los ojos se le empañaban de frustración—. Fi, ayúdame en esto. Ayúdame a hacer que cambien de opinión. Lo único que te pido es que introduzcas estos casos en tu programa para relacionar crímenes y me digas qué sale como perfil geográfico. Pensaba que tú querías que cogieran al asesino de Susan Blanchard. Si no lo haces por nuestra amistad, hazlo por ella y por sus hijos.

—Oh, eso es un golpe bajo, Steve. Mira, yo ya he perdido mi mejor juicio y cedido al chantaje moral por eso. Repasé el material de Horsforth, aunque, y Dios lo sabe, en algunos momentos experimenté náuseas. Sugerí cómo podrías continuar la investigación. Hasta ahí lo hice por amistad. Pero ahora creo que estás aprovechándote de esta amistad —dijo, levantando el mentón, desafiante.

Steve le sostuvo la mirada. Sabía que había justicia en las palabras de Fiona, pero en este caso su afán de conseguir un resultado era más fuerte que su vergüenza.

—Necesito que lo hagas, Fi —dijo, explicándose de forma más directa—. En este caso no tengo otro recurso en que apoyarme. Mis superiores no quieren saber nada, a menos que sea capaz de presentarles una especie de revelación impresionante. Ellos sólo desean que este asunto desaparezca. Y también yo, pero quiero que desaparezca porque hayamos pillado al verdadero culpable. Y ahora mismo, estoy en un callejón sin salida. Tengo algunos agentes que desean desesperadamente

trabajar en este caso hasta resolverlo, pero necesito alguna pista para que ellos la puedan seguir.

Apretó los labios y se la quedó mirando fijamente con el rostro escuálido, tenso como una escultura. Los dos se fulminaban con la mirada, y la amistad de media vida colgaba de un hilo.

—No lo haré —dijo Fiona.

Los labios de Steve se comprimieron más aún, formando una línea fina. Sentía cómo todas sus esperanzas se desvanecían, pero no lo iba a permitir. Todavía no. Se negó a dejar de sostenerle la mirada, luchando con toda su fuerza de voluntad para ser el último que quedara de pie.

—De verdad, no lo haré, Steve —repitió Fiona.

Steve interpretó esas palabras como una pequeña grieta de debilidad y dio un paso hacia ella.

—Lo necesito.

Ella asintió con la cabeza, hastiada.

—Lo sé. Así que te ofrezco una solución. Hay alguien en mi clase que trabaja en los enlaces entre los crímenes y los perfiles geográficos. Lo que vamos a hacer es que la Metropolitana pague a mi estudiante para que analice el material. Por concepto de trabajo de asesoramiento.

—No sé si podré encontrar presupuesto para eso.

—Pues más vale que lo encuentres, Steve. Al menos de esta manera alguien se beneficiará de todo esto.

—¿Pero tú serás la supervisora?

Fiona negó con la cabeza.

—Terry Fowler es perfectamente capaz de realizar

un análisis claro en este caso. No insulto a mis alumnos vigilándolos de cerca. No entraré en esto, Steve. Sigo diciéndotelo y tú no me estás escuchando.

Él se pasó una mano por el pelo en un gesto de frustración.

—Supongo que entonces tendré que contentarme con lo mejor de tu clase.

—No te estoy dando ninguna solución mediocre. Terry hará un buen trabajo. Steve, has de dejar de castigarte por este caso. Yo sé que te importa mucho lo que haces, pero no puedes permitir que ponga nuestra amistad en peligro. —Fiona extendió un brazo por la mesa y le cogió la mano—. Supongo que ya es demasiado tarde para decirte que te busques una vida de verdad.

Steve consiguió una sonrisa a medias.

—Más que demasiado tarde.

—Es lo que me salvó a mí —dijo ella, sencillamente.

Los ojos de Steve se nublaron.

—Él te salvó, ¿verdad?

Tenía ganas de decirle que él había deseado que ellos se salvaran mutuamente, pero no se lo diría ahora. O bien ella ya lo sabía, y había logrado reconciliarse con sus propios sentimientos, o, si no, esa certidumbre trastornaría sus vidas, amenazando el equilibrio que se había establecido entre ellos. En cualquiera de los dos casos, no tendría sentido.

Como si obedeciera un guión al pie de la letra, la puerta de la calle se abrió.

—Hola, Fiona. He llegado —resonó una voz por el pasillo.

Escucharon el golpe de la mochila de Kit contra el suelo cuando la dejó en el despacho, antes de dirigirse adonde se encontraban ellos. Y ya estaba allí, sonriéndoles, insensible a la tensión que llenaba la estancia.

—Hola, Steve, no esperaba verte esta noche.

—Vine para comprobar cuántos favores debo —dijo Steve irónicamente.

Kit se acercó a Fiona y la abrazó.

—Steve quiere que siga trabajando en el caso de Susan Blanchard —dijo.

Kit miró de reojo a Steve, arqueando las cejas en un gesto de interrogación.

—Te ha dicho que no.

—Se puede decir así —dijo Steve.

—La Met le pagará a Terry Fowler para que haga el trabajo —dijo Fiona con firmeza.

—Eso espero —dijo Steve. Se levantó—. Te llamaré por la mañana para contarte el resultado de mi gestión.

—No te vayas, Steve —le urgió Fiona—. Quédate a cenar. Podemos jugar después al Scrabble.

Estaba ofreciéndole el ramo de olivo. Por un lado, él detestaba suplicar y quería seguir andando hasta la puerta, pero no estaba seguro de lo que eso significaría para el futuro de su relación con Fiona. Su orgullo constituía un pequeño sacrificio comparado con la brecha que se había abierto entre ellos. Steve miró a Kit.

—Depende de lo que tengáis para cenar —dijo.

Kit hizo una mueca.

—A ver. —Abrió la nevera y miró—. Tengo pechuga de pollo, cebollitas, estragón fresco, hinojo... ¿Qué tal un arroz con pollo y estragón? —preguntó mirando a los dos, expectante.

Steve hizo como si se lo pensara.

—¿Y de postre?

—Tú no pides mucho, ¿no? —comentó Kit—. Hay helado de chocolate, fresas y media jarra de pulpa de mango en la nevera. ¿Te basta con eso?

—De acuerdo, me has convencido.

Kit se quitó la chaqueta, la tiró sobre una silla y se puso a trabajar.

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó Fiona mientras lo veía cortar los ingredientes en lonchas y dados.

—Muy productivo —dijo Kit—. Fui a ver un nuevo contacto. Pero es mejor que no entre en detalles en presencia de la ley —agregó, sonriendo a Steve—. Aunque te digo algo. Georgia está causando una tormenta en los diarios. ¿Habéis visto los periódicos sensacionalistas de hoy? El *Mail* publicó un enorme reportaje que comparaba su desaparición con la de Agatha Christie, allá por los años veinte.

—¿O sea, que todavía no ha reaparecido? —preguntó Fiona. Se volvió hacia Steve—. Georgia Lester, la escritora de novelas policíacas. ¿Has seguido la historia?

—La he visto en los periódicos, sí. ¿No decías que

había recibido una carta como la tuya, Kit? ¿Qué te parece? ¿Se ha escondido por despecho o por miedo?

—La carta no le dio miedo de verdad hasta que se enteró de que yo también había recibido una. Le inquietaba, seguro. Sé que estaba tratando de convencer a la editorial para que, durante la gira, la acompañaran un par de guardaespaldas, pero creía que era sólo una idea que Georgia decía en voz alta. Puede llegar a ser algo melodramática —dijo con cariño, cogiendo la olla que colgaba en la cocina.

—Una cosa está clara —dijo Fiona mordazmente—. La opción del suicidio sería imposible para Georgia.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Steve.

—Los suicidios implican un grado muy bajo de autoestima. Georgia, en cambio, es una mujer totalmente exenta de la más mínima duda sobre sí misma. En una escala del uno al diez, la salud de su ego llegaría al once.

—Tiene razón —confirmó Kit—. La mayoría de nosotros, cuando recibimos una crítica adversa, le damos una patada al gato, maldecimos frente a la pantalla del ordenador, nos duele. Aunque finjamos que somos demasiado machos para eso. Pero Georgia, si recibe una crítica desfavorable, le envía flores al crítico y una nota en la que le dice que espera que se mejore pronto.

Steve tuvo que reírse.

—Te lo estás inventando.

—Te lo juro, es la pura verdad. Antes se pondría un

chándal que pensar en matarse.

—De modo que sólo queda una alternativa, ¿es eso lo que estás diciendo? Si ella no ha simulado esta desaparición como un truco publicitario, ¿entonces la han raptado?

Steve acababa de decir lo que Kit y Fiona habían estado evitando.

Hubo un largo silencio. Entonces Kit vertió los trozos de pollo en la olla con las cebollitas. El vapor ascendió en el aire, desplegando el aroma hasta la otra habitación.

—Supongo que es eso lo que cuidadosamente estamos evitando decir —dijo Fiona.

—Lo cual no significa que no lo estéis pensando. Yo, en vuestro lugar, lo pensaría. Después de lo de Drew Shand y Jane Elias, esa posibilidad debe de ocupar el primer plano en vuestras cabezas —dijo Steve.

—Pero no hay ninguna relación entre los dos asesinatos —argumentó Kit—. La Garda ha detenido a un sospechoso en el caso de Jane. Y tú me dijiste que no habían encontrado ninguna carta amenazadora entre sus papeles, lo cual me ha calmado un poco los nervios.

—No importa que no haya relación —dijo Fiona—. Quiero decir, en términos psicológicos. Lo que sabemos es que han matado a dos personas que escribían novelas policíacas. De modo que, cuando un tercer autor desaparece, es inevitable que empecemos a preguntarnos si le ha pasado lo mismo. Son los trucos de la mente, Kit. Inconscientemente siempre estamos

buscando secuencias. Incluso cuando no las hay. Así que, a pesar de que tu mente conscientemente niegue que los asesinatos de Drew y de Jane pudieran tener algo que ver con Georgia, en un nivel más instintivo no puedes menos que mirarlo como una secuencia y preocuparte por ello.

—No obstante —interrumpió Steve—, y hablando puramente como policía, yo no excluiría la posibilidad de que a Georgia la hayan raptado.

—Y, por supuesto, si lo hubieran hecho, y si hubiera habido una nota exigiendo un rescate, entonces la policía se empeñaría en mantenerlo en secreto —comentó Fiona pensativamente—. Estarían haciendo lo que están haciendo ahora. Fingirían no estar particularmente preocupados y tratarían el caso, de cara al exterior, como algo que sólo resulta sospechoso.

—Yo diría que sí —confirmó Steve.

—Así que lo que ambos estáis diciendo es que no sirve de nada especular —dijo Kit.

—Más o menos, sí —dijo Steve, respirando hondo—. Eso huele estupendamente, Kit.

—Será estupendo —dijo convencido—. Espero que, esté donde esté, Georgia disfrute de algo siquiera la mitad de bueno que esto.

Fiona sonrió irónicamente.

—Yo también lo espero. Porque si esto resulta ser un truco, va a tener que vivir sólo a pan y agua durante mucho, mucho tiempo.

CAPÍTULO 31

El reloj indicaba que eran las 3.24. Fiona no tenía ni idea de qué la había despertado, pero abrió los ojos súbitamente y su cerebro se puso en marcha como un motor. No trató de volver a dormirse. Pocas veces le afectaba el insomnio, pero, cuando sucedía, sabía que la única opción era levantarse y mantener la mente ocupada hasta que el sueño volviera a vencerla.

Salió con cuidado de la cama. Kit gruñó, se dio la vuelta y empezó a respirar de nuevo rítmicamente. Fiona cruzó la alfombra pisando con suavidad, descolgó la bata del gancho y fue hasta el rellano. El rumor distante del tráfico era lo único que se oía. No tuvo la sensación de que allí hubiera alguien más aparte de ella y Kit. Mientras subía las escaleras, miró por la ventana hacia el jardín. La débil luz de una luna creciente lo convertía en una inquietante aglomeración de formas monocromáticas. Pero todas le eran conocidas. Sea lo que fuera, no la había despertado un desconocido en la casa, ni en el jardín.

En su despacho, Fiona encendió la lámpara del escritorio y sacó una lata de Perrier del minibar que estaba junto ala mesa, uno de los regalos de cumpleaños más extraños de Kit. En aquel momento no le había ilusionado, aunque esperaba haber disimulado su decepción; pero, con el tiempo, había llegado a apreciar las ventajas de ese obsequio. Era un don que él tenía; la

capacidad de concebir cosas que ella nunca había imaginado que necesitaba. Abrió la lata. Todo estaba tan tranquilo en el ático insonorizado que podía oír las burbujas desprendiéndose contra el metal.

Encendió el ordenador y esperó a que se cargara. Luego se conectó a Internet directamente. América estaba despierta; habría muchas personas conectadas por ahí, en los sitios para chatear, así que podría entretenerse. Mientras entraba en su cuenta de correo, recordó que era la noche mensual en que *El asesinato detrás de los titulares* organizaba un foro desde las diez hasta la medianoche. Fue al foro y esperó a conectarse.

Fiona buscó entre los temas de debate a Jane Elias. Entró cuando tenía lugar lo que parecía ser un intercambio acalorado acerca de la Garda Siochana. Ya que el buscador le permitía retroceder en la conversación, optó por eso.

Lo que leyó le produjo un escalofrío en el pecho. Según tres mensajes separados, la opinión acerca del asesinato de Jane Elias era que los guardias no habían detenido al verdadero culpable, y que lo sabían. Supuestamente, los agentes superiores de la Unidad de Crímenes Graves los habían presionado para que detuvieran a John Patrick Regan, a pesar de la renuencia de los agentes locales. Ahora, en ausencia de cualquier resultado forense inicial que vinculara a Regan con el crimen, parecía que los agentes locales se estaban poniendo nerviosos por la detención y que el abogado de Regan exigía que lo liberaran. Según uno de

los mensajes, todos los que conocían a John Regan en Kildenny eran categóricos al afirmar que el hombre no tenía suficiente inteligencia como para organizar un secuestro, ni mucho menos los cojones para matar a una mujer y mutilar su cadáver.

Y fue ahí donde la conversación degeneró en una discusión violenta sobre la policía. A Fiona no le importaba mucho lo buena o mala que fuera la Garda Siochana en un rincón remoto del condado de Wicklow. Tenía cosas más importantes en que pensar.

Salió de Internet, apagó el ordenador y miró la pantalla en blanco. La detención de Regan había sido mucho más tranquilizadora para ella de lo que podía admitir ante Kit. Si Regan salía del esquema, la situación se tornaba muy distinta. Ya no se trataba del inconsciente forzando relaciones; se convertía en una conclusión lógica.

Normalmente, el asesinato de dos personas que realizan un mismo trabajo en orillas opuestas del mar de Irlanda hubiera sido tan insignificante que pasaría desapercibido. Pero cuando en ambos casos se trata de figuras públicas; cuando los dos son autores de novelas policíacas premiadas y adaptadas con éxito al cine o la tele; y cuando ambos han sido asesinados imitando más o menos algunos elementos de sus propias obras, entonces son tantas las coincidencias que no se puede menos que tomar nota.

Fiona sopesó los elementos de lo que sabía en la balanza de su experiencia. Sí, existían los asesinos que

se inspiraban en otros. Y el asesino de Jane Elias tenía las mismas probabilidades de ser un imitador que un asesino iniciando su serie, dada la distancia física entre las víctimas y las formas aparentemente muy distintas en que murieron.

Sin embargo, a Fiona nunca le habían gustado las casualidades.

Se levantó del escritorio y bajó las escaleras corriendo hasta la habitación de invitados, donde la biblioteca de Kit, especializada en novelas policíacas, revestía las paredes desde el suelo hasta el techo. Nada es más sencillo que el orden alfabético, se dijo Fiona. Revisó los estantes buscando uno de los libros de Georgia. El primero que encontró fue *Últimos Ritos,* la última entrega de una trilogía de novelas policíacas con temática judicial que ella había terminado hacía unos años. Fiona pasó a la contraportada y leyó la síntesis biográfica dela autora.

Varios libros de Georgia habían sido adaptados a la televisión, incluyendo las novelas de intriga judicial. Sólo uno, una sola novela de suspense psicológico cuya violencia explícita había estremecido profundamente a muchos de sus asiduos lectores, se había convertido en película. *Y así será por siempre jamás* fue un filme británico de bajo presupuesto, realizado con el patrocinio de Canal 4.

Fiona recordaba vagamente haber leído sobre el éxito de taquilla. Algo en la película había captado la atención de un público masivo y se convirtió en un

sorprendente éxito a ambos lados del Atlántico. Tal vez tuviera algo que ver el tema musical, espantoso y etéreo: un niño soprano cantando sin acompañamiento *Green Grow the Rushes-O* como un lamento, un contrapunto plañidero para las pesadillas del filme. Por algún motivo, ella nunca la había visto, aunque Kit seguramente sí.

Ahora lo único que le hacía falta era encontrar el libro. Buscar uno entre dos o tres mil no podría ser tan difícil, ¿verdad? Metódicamente, Fiona avanzaba por los estantes, deteniéndose cada vez que encontraba el nombre de Georgia. ¿Quién coño iba a encontrar algo aquí?, se preguntaba. ¿Y por qué Kit era tan incapaz de tirar un libro, aun cuando declarara que era una mierda?

Más o menos a mitad de camino por la segunda pared, Fiona encontró lo que buscaba. La primera edición de *Y así será por siempre jamás,* con una dedicatoria personal en la primera página, de puño y letra de Georgia, cuya caligrafía era sorprendentemente legible. «Para mi querido Kit, *il miglior fabbro*. Con latigazos de amor, Georgia Lester.» Era muy del estilo de Georgia, pensó Fiona con una sonrisa irónica.

Fiona apagó la luz y regresó de nuevo al ático. Se sentó en el sofá y se tapó las piernas con una manta para no pasar frío. Y entonces empezó a pasar las páginas. Lo que leyó la desasosegó por completo.

CAPÍTULO 32

Steve alargó un brazo bruscamente para evitar que se cerraran las puertas del ascensor. Se abrieron de nuevo, entró y se encontró cara a cara con la detective Joanne Gibb.

—Buenos días, Joanne —dijo.

—Buenos días, jefe. ¿Puedo preguntarte qué tal te fue con la humillación?

Steve hizo una mueca.

—Digamos que vamos por el buen camino. La doctora Cameron me pondrá en contacto con uno de sus alumnos de doctorado, que realizará el análisis. Si puedo encontrar dinero para pagarle.

—Podría tratarse de un progreso real —comentó Joanne—. Espero que el comandante Telford vea que tiene sentido seguir esta pista.

Steve sonrió.

—Creo que conseguiré que comparta nuestra opinión. —El ascensor se detuvo abruptamente en su planta—. Deséame suerte. Os veré a ti y a Neil en mi despacho dentro de quince minutos.

Avanzó por el corredor, pasando puertas sin rótulos hasta llegar al despacho de su superior inmediato. Steve golpeó con los nudillos y esperó a que le invitaran a entrar. El comandante David Telford estaba sentado detrás del escritorio más ordenado del edificio.

No había ni un sólo trozo de papel suelto sobre la

superficie pulida. Los bolígrafos dentro de un recipiente metálico, un bloque de papel al lado del teléfono, y eso era todo. En las paredes sólo colgaban los diplomas enmarcados de Telford y su certificado de estudios empresariales de la Universidad de Aston.

—Siéntate, Steve —dijo, con cara seria.

Estaba decidido a desterrar de la memoria colectiva de la Policía Metropolitana la idea de que cualquiera que no fuera Steve Preston tenía la culpa del fiasco con respecto a Francis Blake. Eso lo sabía Steve, y también que por esa razón Telford —o *Teflón,* como le llamaban los de rango inferior—seguía tratándolo como si fuera una especie de apestado.

—Gracias, señor.

A veces le desmoralizaba jugar a aquel juego, pero a Steve le importaba demasiado coger a los criminales como para considerar en serio otra alternativa.

—¿Sigues sin hacer progresos?

La pregunta de Telford implicaba la respuesta que quería oír. A él le importaba más su imagen que la justicia. Steve lo sabía. Encontrar al asesino de Susan Blanchard no era prioritario en su agenda.

Era preferible que su equipo nunca encontrara al asesino verdadero para que el mundo pudiera seguir pensando que Francis Blake había escapado de las manos de la Policía Metropolitana por culpa de una jueza, y no a causa de su propia operación.

—Al contrario, señor. Creo que hemos abierto una nueva línea de investigación. —Steve repasó, con

muchísimo cuidado, las nuevas pruebas relacionadas con el ciclista y lo que había encontrado Joanne en los archivos—. Ahora necesito una autorización presupuestaria para encargar un perfil geográfico basado en este grupo de casos y así poder descubrir sospechosos que sean verosímiles —concluyó.

Telford hizo una mueca.

—Todo esto es un poco endeble, ¿no te parece? No hay ninguna prueba clara, ¿verdad?

—Desde el principio, el problema con este caso ha sido la ausencia de pruebas claras, señor. La ausencia de forenses en la escena del crimen, la carencia relativa de testigos, la falta de una relación aparente entre el asesino y la víctima. Sin duda el asesino tiene experiencia borrando sus huellas, y esto sugiere que ha cometido agresiones sexuales en el pasado. Ésta es la línea de investigación más prometedora que hemos tenido desde que comenzamos el caso, señor.

—Aferrarse desesperadamente a una esperanza —se quejó Telford.

—Yo creo que es algo más que eso, señor. —La frase «con todo el respeto» se asomó a los labios de Steve, pero la contuvo, renuente a decir esa mentira—. Es una estrategia de investigación válida. Tarde o temprano, tendremos que aparecer de nuevo en primer plano con este caso, si no lo resolvemos. Cuando eso suceda, me gustaría poder decir que no dejamos ningún camino sin explorar.

—Tenía entendido que la doctora Cameron se había

negado públicamente a volver a trabajar con nosotros —dijo Telford saliéndose por la tangente, perturbado por la sutil amenaza de Steve concerniente a la publicidad.

—No será la doctora Cameron la que hará el análisis, señor. Se lo encargaríamos a otra persona de su facultad.

Telford sonrió.

—Un golpe para ella.

Steve no dijo nada. Quizá la malicia triunfase donde el sentido común había fallado.

Telford giró en su silla; parecía estar estudiando su certificado universitario.

—De acuerdo, haga su análisis —dijo volviéndose hacia Steve bruscamente—. Pero no la joda esta vez, inspector.

Steve regresó a su despacho, apretando los puños. Sería maravilloso encontrar al asesino de Susan Blanchard, pensaba. Está bien, Telford se pondría las medallas en público, pero todos dentro del cuerpo de policía sabrían la verdad. Se haría justicia.

Abrió la puerta de su oficina de un empujón y encontró a Neil McCartney y a Joanne esperándolo. El detective Neil tenía algo más de veinte años. Era grande y de aspecto descuidado. Siempre despeinado, incapaz de sentarse correctamente y lo hacía despatarrado.

A menudo Steve se preguntaba qué tal se vería aquel chaval vestido con uniforme. Probablemente sólo su aspecto habría bastado para que lo enviaran

inmediatamente al Departamento de Investigación Criminal. También estaba el hecho de que era buen policía; astuto, reflexivo y tenaz hasta el empecinamiento.

—Bien. Hemos recibido el permiso para seguir con el perfil geográfico —anunció Steve mientras sorteaba las piernas excesivamente extendidas de Neil—. Yo llevaré el material a la universidad personalmente en cuanto terminemos aquí. Vamos a ver, Neil, ¿qué ha estado haciendo Blake?

—Hasta donde yo sé, nada de gran interés. Se va a dormir tarde. La mayoría de las mañanas sale a comprar el periódico y medio litro de leche y alquila un par de vídeos, y luego regresa a casa. Algunos días, a la hora de comer, acude a los corredores de apuestas, toma un par de cervezas en el pub local y después se va a dar un paseo por el parque. De nuevo regresa a su piso y al parecer se queda allí mirando la tele, a juzgar por el parpadeo de luces que se refleja en la ventana. Nada siniestro, nada sospechoso. Lo cual está bien, ya que sólo tenemos una mínima vigilancia de un solo hombre por turno. Por lo que sé, podría estar metiéndose en todo tipo de líos cuando no estamos por allí. Algunos días, cuando sí estamos, ni siquiera asoma la nariz por la puerta. Podría tener un harén allí dentro sin que nos enteremos de nada.

Comprensivo, Steve asintió con la cabeza.

—Sé que no es suficiente. Pero tendremos que mantener una vigilancia tan estricta como podamos

sobre nuestro amigo el señor Blake. Hasta que encontremos una pista mejor que seguir, él es lo único que tenemos. Podría ser una buena idea hablar discretamente con los vecinos de la planta baja, para averiguar si han visto u oído cualquier ruido que revele si tiene compañía. Pero sólo si sabemos con seguridad que los vecinos no son amigos suyos. No quiero alertar a Blake. ¿Qué te parece, Neil?

Neil hizo una mueca de disgusto. Él había trabajado para jefes que no soportaban que les dijeran que sus sugerencias no funcionaban. Pero conocía lo bastante a Steve Preston como para saber que decir lo que pensaba pocas veces se traduciría en represalias.

—No creo que sea una buena idea, jefe —dijo—. Se trata de una pareja algo joven, de veintitantos años, diría yo. Tienen pinta de ser de los que creen que somos los malos, ¿sabe lo que quiero decir? Probablemente pensarían que su deber es decirle a Blake que la poli ha ido a fisgonear.

No era lo que Steve quería oír, pero confiaba en el juicio de Neil.

—¿Está John vigilándolo hoy?

—Sí —bostezó Neil.

—Bueno. ¿Por qué no te tomas el resto del día libre, Neil? Descansa un poco.

—¿Está seguro, jefe?

—Estoy seguro. Joanne puede controlar las cosas aquí. Si te necesitamos, te llamaremos.

Neil se levantó de la silla estirándose.

—No voy a negarme. Joder, y tanto que no. Más de ocho horas para dormir. Podría sufrir un colapso.

Salió de la habitación con los hombros caídos.

—¿Quieres que me encargue de las cosas aquí entonces, jefe? —preguntó Joanne.

—Sí. Voy a la universidad a ver a un tipo llamado Terry Fowler. La doctora Cameron dejó un mensaje diciendo que ya había concertado la cita. No sé cuánto tiempo tardaré. Depende de lo larga que sea la explicación que tenga que darle a ese tal Fowler. Y he de visitar también a la doctora Cameron cuando haya terminado. De modo que ya nos veremos.

Se sintió raro al entrar en la facultad de psicología y no dirigirse directamente al despacho de Fiona. El portero le indicó dónde estaba la diminuta oficina de la tercera planta que Terry Fowler compartía con otro estudiante de doctorado. Steve llamó a la puerta y se sorprendió al oír una voz femenina que le invitaba a entrar.

Asomó la cabeza por la puerta. Había dos escritorios con ordenadores; uno vacío y el otro ocupado por una mujer joven con el pelo erizado de púas, color rubio platino, los labios pintados de escarlata y unas gafas de montura gruesa y negra. En las orejas brillaba la plata de tres pares de pendientes, y llevaba otro par colocado más arriba del lóbulo. Steve sonrió.

—No quisiera molestar. Busco a Terry Fowler.

La joven puso los ojos en blanco en una parodia de exasperación. Luego sonrió y se señaló a sí misma.

—Ya la ha encontrado. Theresa Fowler, para servirle.

¿Ha vuelto Fiona a hacer el viejo truco de aprovecharse de sus suposiciones sobre el sexo?

Irritado con Fiona por haberle hecho quedar como el arquetipo perfecto del policía con prejuicios, Steve entró encogiéndose de hombros a modo de disculpa. «No hay nada como empezar con una desventaja», pensaba.

—¿Qué te puedo decir? Me pilló. Lo siento. No suelo caer en las suposiciones sexistas. —Alargó una mano—. Steve Preston.

—Encantada de conocerte, inspector. —Ella le estrechó la mano igual que él; firme, sin tonterías, sin nada que demostrar—. No te preocupes. A los psicólogos nos es difícil resistirnos a estos juegos tontos. Forma parte del territorio. Siéntate, por favor. Bueno, ponte tan cómodo como puedas en uno de estos instrumentos de tortura.

Su sonrisa era contagiosa, y él se descubrió devolviéndola.

—Llámame Steve, por favor. —Acercó una silla de plástico y se sentó—. ¿Debo entender entonces que Fiona te ha informado más detalladamente a ti que a mí?

Ella negó con la cabeza.

—Sólo en términos muy generales. Dijo que tenías

unos casos que querías que yo introdujera en el sistema de relación de crímenes para desarrollar un perfil geográfico. También dijo que me iban a pagar, lo cual es un gran extra, tengo que decirlo.

Terry se arrellanó en la silla, exhibiendo inconscientemente un cuerpo delgado, con camiseta y tejanos negros.

—Hay algo más que eso —dijo Steve abriendo su maletín y sacando una carpeta que Joanne le había preparado.

El había añadido cuatro casos no relacionados para probar la precisión del programa de enlaces entre crímenes, pero no iba a decírselo a Terry.

—Ante todo, he de insistir en que este material es altamente confidencial.

—Mis labios están sellados —dijo Terry, apretándolos en una mueca petulante.

—No lo dudo —dijo secamente, resuelto a mantener un cierto grado de seriedad—. Pero he observado que compartes esta oficina. De modo que, cuando salgas de aquí, tendrás que llevar esta carpeta contigo, a menos que estés segura de que el lugar es seguro.

—De acuerdo.

—Incluso si sólo sales para ir al lavabo o a la máquina de café.

—Entendido. —Ella sonrió y levantó las manos mostrando las palmas en un gesto apaciguador—. Está bien, Steve. Lo he comprendido.

—No quisiera parecer paternalista.

Terry negó con la cabeza.

—Oye, tú nunca has trabajado conmigo. ¿Cómo vas a saber que no soy una especie de rubia tontita? —dijo abriendo mucho los ojos, y todo su rostro era una pregunta.

Esta vez le tocó a Steve sonreír.

—Fiona no me odia tanto. Está bien, aquí está lo que tengo para ti. Seis violaciones y cuatro casos de agresiones sexuales graves. Como dijo Fiona, quiero que averigües si existe una base para creer que cualquiera de ellas o todas están vinculadas. Si encuentras un grupo, me interesaría ver lo que revela el perfil geográfico. Si llegamos tan lejos, entonces quiero que introduzcas otra ubicación en el perfil geográfico para ver qué pasa.

Terry levantó una ceja. Podía haber parecido un gesto pretencioso, pero de algún modo lo evitó.

—¿Está la otra ubicación en este expediente?

Steve negó con la cabeza.

—No quiero influir en tu proceso de reflexión. Una vez que vea los resultados, entonces continuaremos a partir de ahí.

—Por mí está bien. ¿Para cuándo lo necesitas?

Steve levantó las manos.

—Para ayer.

—Para ayer tendrán que pagarme más. Pero, por la tarifa regular, lo puedes tener para mañana. Con una condición.

Steve ladeó ligeramente la cabeza, con un gesto suspicaz.

—¿Una condición?

—Que cenes conmigo mañana.

Su sonrisa expresaba el coqueteo calculado de una mujer que espera que las cosas le salgan como ella quiere.

Steve sintió cómo la sangre caliente se le agolpaba en las mejillas.

—¿Que yo cene contigo?

—¿Es una idea tan extraña?

Él hizo un esfuerzo para no salir del tono profesional.

—No creo que sea una idea muy buena.

—¿Por qué? ¿No estás casado, verdad?

—No, pero...

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No acostumbro a mezclar el deber con el placer —dijo, consciente de que hablaba como uno de esos personajes estirados en los que siempre había evitado convertirse.

—¿Dónde podemos encontrar alguien con quien cenar y que sea tan interesante como nosotros? No tenemos que hablar de trabajo, ¿sabes? —dijo Terry—. No voy a interrogarte acerca de tus diez casos más famosos, si tú no me pides que defina la teoría de Piaget. Venga, ¿qué tienes que perder? Aunque lo pases increíblemente mal, sólo durará unas horas. Y yo no diré nada si tú no dices nada.

Agradablemente perplejo, pero aún receloso, Steve se pasó una mano por el pelo negro.

—Esto es un poco apresurado.

Ella se encogió de hombros.

—La vida es demasiado corta. Hay que aprovechar el momento.

—Pero... ¿por qué yo?

—¡Dios!, mira que te gusta hacer preguntas, ¿eh? —dijo riéndose y mostrando unos dientes blancos y parejos que brillaban como los del lobo feroz—. Porque tienes cerebro y sentido del humor, porque a mí me pareces un viejo bien parecido y porque no eres un psicólogo empollón. Cuatro razones muy buenas. Así que, ¿vas a cenar conmigo o qué? No pasa nada si dices que no, lo puedo soportar. Ya soy mayorcita. Y de todas maneras haré tu análisis; nada de rencores.

Steve sacudió la cabeza, totalmente desorientado por el sorprendente giro que había dado la reunión.

—De acuerdo, cenemos —se oyó decir, dándose cuenta al mismo tiempo de que la idea era realmente alucinante.

—Buena decisión, Steve. Te llamaré mañana cuando tenga algo para ti, ¿está bien? —dijo, y extendió las manos, afanosa por coger la carpeta.

Al entender que lo estaba despidiendo, Steve se levantó.

—¡Ejem!... A propósito de la cena. ¿Dónde debo hacer la reserva? ¿Qué clase de comida te gusta?

Ella se encogió de hombros.

—Decide tú. No como carne, pero me encanta el pescado. Y me gusta la cocina de todos los países.

—¿Por qué no me sorprende eso? Gracias, Terry —dijo sonriendo y alejándose por el corredor hasta las escaleras que conducían al despacho de Fiona.

No podía creerse lo que acababa de pasar. Le había deslumbrado el carisma de una desconocida. Había abandonado uno de sus principios más sólidos, y se sentía más alegre que nunca. Quizá por fin su suerte estaba a punto de cambiar.

CAPÍTULO 33

La sonrisa de Steve no sobrevivió al encuentro con Fiona. Cuando entró en su despacho, ella miraba extraviadamente la pantalla del ordenador, con las manos entrelazadas en la nuca.

—¿No te parece que hace un día maravilloso? —dijo él alegremente, sentándose en el sofá.

Fiona lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Hace un día maravilloso?

—Yo diría que sí —dijo—. Acabo de tener un encuentro muy interesante con Terry Fowler.

—Ah, qué bien —dijo Fiona distraída—. Es muy eficaz. Estoy segura de que te hará un trabajo excelente.

Su voz decayó e hizo una mueca dirigida a la pared que estaba detrás de él.

—Llamando a Fiona desde la Tierra... ¿Hay alguien

allí arriba?

—Perdona, Steve, no dormí casi nada anoche. Estoy… un poco distraída.

—¿Querías decirme algo? —le recordó él.

Fiona hizo otro mohín y se apretó el caballete de la nariz con los dedos.

—Sí. Cuando te dejé el mensaje, todo tenía sentido, pero ahora… Bueno, no sé si estoy exagerando.

Ver a Fiona tan distraída era una experiencia demasiado extraña como para que Steve no se lo tomara en serio.

—Explícame —dijo—.Luego podemos decidir juntos si estás exagerando.

Ella asintió con la cabeza.

—Tiene tanto sentido como cualquier otra cosa. Me desperté en mitad de la noche. Ya sabes, como a veces suele ocurrirme. A primera vista, no había ningún motivo, pero no pude dormir. Así que subí para navegar en la red un rato, y acabé en un *chat* donde la gente hablaba del asesinato de Jane Elias. Y el consenso general parecía ser que la Garda no ha detenido al verdadero culpable.

Fiona suspiró.

—Ya sé que tú tienes una opinión bastante negativa de las personas que chatean en plena noche, pero dos de los que pusieron mensajes en el foro realmente conocen a ese tipo, y dicen que él no tiene lo que hace falta para planificar y llevara cabo algo tan complejo. Ahora bien, si es verdad que la policía ha cogido a un inocente y si el

asesinato de Jane no tiene nada que ver con su amante de la Garda Siochana, entonces la lógica sugiere que la misma persona podría haber matado a Jane Elias y Drew Shand.

—Ese razonamiento es muy endeble, Fi, y lo sabes. ¿Países diferentes? ¿Modus operandi totalmente diferente y sin firma alguna conocida?

—Hay una especie de firma, Steve. Tanto Drew como Jane eran autores galardonados con premios. Escribían novelas policíacas sobre asesinos en serie que han sido adaptadas con éxito a la televisión y al cine. Y ambos fueron asesinados siguiendo un ritual que recuerda a las muertes descritas en las mismas obras que fueron adaptadas a la pantalla.

Ahora Fiona estaba concentrada; su anterior ensimismamiento ya había pasado a la historia.

—No es una firma convencional —fue lo único que pudo decir Steve.

—Lo sé. Pero he estado trabajando en otro caso, el español, con una firma poco convencional, y supongo que por eso estoy más abierta a la idea de lo que lo estaría normalmente. Así que escúchame. Digamos que existe la posibilidad de que ambos crímenes sean obra de la misma persona.

Steve asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Por puro interés académico, veamos adónde nos lleva esto.

—Nos lleva al hecho de que Georgia Lester está desaparecida. Y ello tras haber recibido una carta

amenazándola de muerte. Y cuando descubrió que Kit también había recibido una, se asustó bastante. Kit, que la conoce superficialmente, parece pensar que los periódicos tienen razón y que ella se ha escondido como parte de un montaje publicitario. Tú decías anoche que es posible que la hubieran secuestrado. Cualquiera de estas dos teorías podría ser cierta. De acuerdo con mi experiencia, la policía estaría negociando con su secuestrador ahora mismo. Eso es algo que supongo tú podrías descubrir con relativa facilidad si te interesara hacerlo. Pero hay otra posibilidad.

—Tengo la sensación de que sé adónde quieres llegar con eso —dijo Steve.

—Yo creo que Georgia podría ser la tercera víctima de un asesino en serie. Si ése es el caso, entonces, para que la firma se sostenga, lo lógico sería que hubiera sido asesinada de la misma manera en que lo fue una de las víctimas de la novela sobre el asesino en serie. ¿De acuerdo?

Steve decidió seguirle la corriente por el momento.

—Teóricamente sí.

—Después de estar conectada a Internet anoche, investigué la obra de Georgia. Sólo ha publicado una novela que trata estrictamente sobre un asesino en serie, *Y así será por siempre jamás*. Novela que fue llevada a la pantalla. Ha ganado premios. En dos ocasiones ganó el Gold Dagger de la Asociación de Autores de Novelas Policíacas para la mejor novela anual del género. Encaja en todos los parámetros, Steve.

Así que anoche hojeé el libro.

Fiona se detuvo, apartándose los cabellos de la cara y dejando al descubierto unas grandes ojeras. Y continuó, esta vez con el tono de voz tranquilo y desapasionado de una conferenciante impartiendo sus conocimientos.

—En *Y así será por siempre jamás* el asesino secuestra a sus víctimas. Usa el truco del coche averiado en una carretera rural, pero a pleno sol, para que no sospechen de él. Luego lleva a las víctimas a su guarida, donde las estrangula. Finalmente, les quita la piel y las descuartiza y envuelve los fragmentos como si fueran trozos de carne.

Steve miró a Fiona un buen rato. Era una posibilidad truculenta, pero si él aceptaba su premisa básica, era una conclusión inevitable.

—¿Y tú crees que eso es lo que podría haberle sucedido a Georgia Lester?

Fiona le miró a los ojos.

—Mucho me temo que eso es lo que le sucedió a Georgia. Dime que estoy paranoica, Steve.

—Tú eres la psicóloga, Fi. Sabes que sólo es paranoia cuando no hay fundamento. Lo que me estás diciendo podría ser bastante rebuscado, pero no está totalmente exento de fundamento.

Steve se inclinó hacia delante, acodándose en las rodillas y entrelazando las manos. Por muy escéptico que intentara parecer, había una parte de él que estaba totalmente convencido de la hipótesis de Fiona.

—En el libro, ¿qué hace con los restos?

—El asesino es un mayorista de carne del pueblo donde viven sus víctimas. Tiene una gran nevera, supuestamente anticuada. La mantiene cerrada con candado. Allí guarda sus paquetes de carne humana. De modo que, si tengo razón, el sitio lógico dónde buscar a Georgia Lester ahora mismo sería el mercado de Smithfield. Ellos viven en la City; ella y Anthony.

Steve cerró los ojos. Se preguntaba cómo iba a convencer a los detectives que buscaban a Georgia Lester de que necesitaban una orden de registro para el mercado de Smithfield.

—Otra pregunta —dijo por fin—. ¿Crees que hay una relación con las cartas?

Fiona se encogió de hombros.

—No lo sé. Mi primera reacción fue pensar que el autor de las cartas no era un asesino. En ninguna de las cartas que he visto había fanfarronadas a propósito de los asesinatos, lo que sería de esperar. Y, por lo general, las personas que escriben cartas amenazadoras anónimas piensan de manera diferente a los que realmente matan. Pero, a medida que esto se prolonga, estoy menos segura respecto a mi propio juicio. Si hay alguien ahí fuera matando a escritores, y al mismo tiempo hay otra persona enviando amenazas de muerte a esas mismas víctimas, es difícil creer que sea pura casualidad.

—Sin embargo, no sabemos si Jane Elias o Drew Shand recibieron cartas parecidas a las que enviaron a

Kit y a los demás, ¿verdad? Y los de la Garda me dijeron que no habían encontrado nada por el estilo entre los papeles de Jane Elias.

Si bien estaba preparado para aceptar que Fiona podría haber expuesto argumentos convincentes para la existencia de un asesino en serie, Steve dudaba de que las cartas contuvieran una amenaza directa. De ser así, eso significaría que su amigo más íntimo podría ser la próxima víctima. Y esa idea le heló la sangre en las venas.

Fiona lo miró impertérrita. Sus palabras la envolvían sin hacer mella alguna en el gusano de ansiedad que se retorcía en su interior.

—Lo único que sé es que si hay un asesino en serie ahí fuera, lo más seguro es que Kit esté en su lista, tanto si el autor de las cartas y el asesino son una misma persona como si no. Todos los criterios coinciden, igual que con Georgia. Tienes que hacer algo, Steve.

CAPÍTULO 34

En contra de lo acostumbrado, Fiona guardó silencio mientras andaban por las concurridas calles de Holborn, desde su despacho hasta el tranquilo café donde Steve había quedado para la reunión. Su humor parecía un reflejo del cielo gris y los altos y oscuros

edificios victorianos que los rodeaban mientras se dirigían a la calle Farringdon. Intentando distraerla, él dijo:

—¿Tu alumna tiene por costumbre hacer proposiciones a los desconocidos?

—¿Te refieres a Terry?

—Me ha invitado a cenar.

—Veo que no ha mejorado nada su control de los impulsos —dijo Fiona, al parecer divertida.

—¿Acostumbra hacer esas cosas? —insistió Steve, inexplicablemente desanimado ante esa idea.

—¿Insinuarse a los hombres? Creo que no. Pero le resulta imposible detenerse a pensar, antes de dar rienda suelta a sus impulsos e intuiciones.

—¡Ah! —dijo él.

—Es precisamente lo que te hace falta, Steve. Alguien que te sacuda y te saque de tu rutina —dijo ella, cogiéndolo del brazo y dándole un apretón.

—¿Es así como me ves? ¿Un hombre estancado en la rutina?

—Has de admitirlo; eres cauteloso, una criatura hecha de hábitos. Un breve encuentro con un torbellino carismático como Terry podría ser precisamente lo que te hace falta.

—Entonces crees que es eso lo único que busca ella, ¿no? ¿Un breve encuentro? —dijo Steve, intentando mantener un tono desenfadado como el de Fiona.

—No tengo ni idea. Lo siento, no quería sugerir que ella no te viera como algo más que un juguete. Y no es

que tenga fama de ligona. Llevo ya casi dos años trabajando con Terry, y lo único que le he visto hacer con los tíos es ponerlos en su sitio. Lo cual significa mantenerlos a un brazo de distancia. Lo que no quiere decir —agregó enseguida— que eso constituya un problema. Yo he visto a demasiadas alumnas distraerse porque son las mujeres más atractivas del grupo del seminario y no pueden resistirse a la tentación de ser deseadas por los demás.

—Pero Terry no es una de esas; ¿es eso lo que quieres decir?

Se echaron a un lado para dejar pasar a una mujer con un cochecito de bebé.

—En absoluto. Ella es muy consciente de su encanto, pero, dicho sea en su honor, no lo explota. Cuando empezó el doctorado, vivía con alguien, pero cortaron... de eso debe de hacer ya dieciocho meses. Desde entonces, no sé nada de ninguna relación significativa. De modo que de verdad le habrás caído bien.

Le apretó el brazo y le sonrió mirando hacia arriba.

—La conoces mucho —observó Steve.

—Tú estás pescando información. Lo cual quiere decir que aceptaste su propuesta.

—Así es.

Fiona levantó las cejas.

—Bien hecho. Ya era hora de vivir un poco, Steve. De soltarte. Y yo creo que Terry es la mujer perfecta para hacerlo. Es lista, con talento. Y muy divertida.

Steve sonrió.

—Eso ya lo había deducido yo por mi cuenta. Sospecho que tendré que tener mucho ojo con la señorita Fowler.

—Lo cual no está mal en una relación —comentó Fiona con una sonrisa maliciosa.

—Oye. Sólo vamos a cenar, no a vivir juntos.

Fiona no dijo nada; simplemente lo escudriñó con una mirada inquisitiva mientras le soltaba el brazo y entraba en el café-bar. Se había inaugurado durante el apogeo de la locura por el café en la ciudad. El decorado era al estilo *Home Front* de los años noventa, con paredes de colores diferentes y floreros altos de aluminio, aquí y allá, repletos de plantas exóticas. Los asientos eran sillones bajos que rodeaban el cuerpo y ceñían las caderas. Las mesas llegaban hasta las rodillas y tenían el color de las infusiones de hierbas. La música de fondo era un *Britpop* genérico cuyo volumen estaba ajustado exactamente para amortiguar los silbidos y el borboteo de las máquinas de café. Demasiado alejado de la universidad para atraer a la población estudiantil, a media mañana sólo unas cuantas mesas estaban ocupadas. Steve la guió hasta una mesa del fondo, donde había poca probabilidad de que les escucharan. De la carta de bebidas calientes y frías, Fiona pidió un capuchino y Steve, un café americano. Sacó sus puros, encendió uno y echó un anillo de humo perfecto hacia el techo.

Fiona sonrió.

—Eso sólo lo haces cuando estás ansioso —dijo.

—¿Ah, sí?

—Lo he notado antes. Cuando estás nervioso, haces anillos de humo.

—Así que sólo soy eso para ti, un conejillo de indias ambulante —dijo afectuosamente.

Antes de que Fiona pudiera responder, una mujer negra, alta, con un traje de calle color caramelo y un maletín, entró en el café y miró a su alrededor. Al ver a Steve, la mujer se dirigió directamente hacia ellos. Mientras se acercaba, Fiona la estudió en detalle. Zapatos de salón de tacones bajos, poderosas pantorrillas. Llevaba el pelo muy corto. Tenía unos pómulos prominentes, nariz de periquito y los ojos negros detrás de unas gafas modernas, de montura ovalada. Era difícil determinar su edad, pero, dado que Fiona sabía que era una inspectora detective jefe, debía de tener como mínimo treinta y pico. Cuando llegó a la mesa, la mujer saludó a Steve asintiendo con la cabeza y extendió una mano hacia Fiona.

—¿La doctora Cameron? Es un honor conocerla. Soy Sarah Duvall. De la policía de la City de Londres.

Duvall le dio la mano y se sentó frente a Fiona.

—Me alegro de volver a verte, Steve —agregó con un seco movimiento de cabeza.

—Gracias por venir, Sarah. Sé que estás hasta el cuello de trabajo —dijo él.

—¿Y acaso no lo estamos todos? —respondió la detective.

El camarero llegó con los cafés y Duvall pidió un

café largo. A Fiona no le sorprendió en absoluto. Algo tenía que mantener en pie a aquella mujer directa y ruda a lo largo de la escala de mandos de la policía de la City, y no iban a ser los elogios.

—Así que Steve me dice que quería hablarme usted sobre la investigación del caso de Georgia Lester —dijo Duvall, evaluando a Fiona con una mirada astuta.

—Para ser honesta, cuanto más lo pienso, más considero que probablemente estoy haciéndoles perder el tiempo a todos —vaciló Fiona, consciente de que no actuaba con su habitual estilo autoritario y preguntándose si de veras se sentía algo intimidada por la otra mujer.

—Estoy dispuesta a decidir si es así —dijo Duvall—. De modo que, ¿me lo podría explicar?

Fiona empezó desde el principio, con el asesinato de Drew Shand, y esbozó la hipótesis que ya le había explicado a Steve. Duvall escuchó sin decir nada, con el semblante inexpresivo y el cuerpo tan inmóvil como el agua estancada. Cuando Fiona llegó a la conclusión de su teoría, Duvall simplemente asintió con la cabeza.

—Entiendo —dijo. Se llevó la taza a la boca y tomó un sorbo de café—. No creo que esté usted haciéndome perder el tiempo. —Echó un vistazo a Steve—. ¿Puedo hablar con franqueza?

—Fiona entiende cuándo se trata de confidencialidad —confirmó.

Duvall cogió la cucharilla y removió el café pensativamente.

—La investigación principal de la desaparición de Georgia Lester la está llevando la comisaría de Dorset, ya que es allí donde, según se sabe, estuvo por última vez y donde después encontraron su coche. Yo me he implicado porque su residencia en Londres está en nuestra jurisdicción. Ciertas investigaciones han de hacerse en Londres, y decidieron que se harían a un nivel algo más alto del que suele emplearse con las personas desaparecidas. Por motivos que estoy segura apreciaréis.

Fiona asintió, impresionada por el estilo incisivo y lógico de Duvall.

»Algunos han sugerido, como usted creía al principio, que la señora Lester ha montado su propia desaparición como un truco publicitario. Y hasta cierto punto, hemos permitido que esta suposición se prolongue. Sin embargo, yo no creo que ése sea el caso. Aparte de cualquier otra cosa, ella ya había contratado a un guardaespaldas para acompañarla en la gira literaria, y no creo que lo hubiera hecho si pensara desaparecer para generar publicidad. Además, la preocupación de su marido es auténtica, y toda la gente que yo he entrevistado asegura que ella no le causaría tal angustia de forma deliberada. Hemos pinchado el teléfono y vigilamos el correo del señor Fitzgerald, con su consentimiento total, y no ha habido ninguna comunicación pidiendo un rescate. Y si la hubieran secuestrado, a estas alturas ya lo habrían pedido. Creo que podemos estar bastante seguros de esto.

»Como usted apunta, esto nos deja la variante desagradable de que la señora Lester está muerta, y no por su propia mano. No hay nada que sugiera que haya sufrido un accidente mortal. Y por eso he estado avanzando como si se tratara de las fases iniciales de una investigación de asesinato. Encuentro lo que dice perturbador y también curiosamente satisfactorio, porque corresponde totalmente con mi propia intuición sobre el caso. Aunque, eso sí, me hubiera gustado que alguien me hubiera dicho antes algo sobre las cartas con amenazas de muerte.

Fiona parecía arrepentida.

—Eso es en parte culpa mía, me temo. Georgia quería llevarlas a la policía, pero mi compañero, Kit, se opuso a la idea. Él pensaba que eran cartas de bromistas y no quería que lo vieran como alguien que buscaba publicidad después del asesinato de Drew Shand. Debí haber insistido más. Lo siento.

Duvall asintió. No hubo ningún gesto de concesión en su cara, ningún intento de tranquilizar a Fiona. Su expresión decía que Fiona debía de saber más, y eso le dolió. Sin embargo, Duvall añadió:

—Quisiera verlas cuanto antes.

—Se las haré llegar hoy —prometió Fiona—. Están en mi despacho. Perdone el despiste, debí haberlas traído conmigo.

Duvall apretó los labios en un gesto mudo de conformidad.

—Bueno, ¿y cómo procedemos a partir de aquí?

—preguntó Steve, deseoso de alejar la tirantez entre las dos mujeres y acercarlas a un terreno más productivo—. No creo que te den una orden de registro para el mercado de Smithfield a partir de lo que te ha dicho Fiona.

Duvall tomó otro sorbo de café. Un recurso para ganar tiempo y poder pensar, concluyó Fiona.

—Puedo intentarlo —dijo finalmente. Volvió a tomar más café—. Tenemos uno o dos magistrados muy comprensivos en la City. Y mantenemos una relación muy buena con las autoridades del mercado. En realidad tenemos una brigada de agentes en el propio Smithfield. Lo que me podría ayudar, doctora, es que me hablara un poco acerca de qué clase de persona cree que está cometiendo estos crímenes y si existe la probabilidad de que vuelva a atacar —dijo con una sonrisita—. La prevención siempre es un buen tema para convencer a los magistrados.

—Yo no soy psicóloga conductista —dijo Fiona—. Soy académica. No establezco los perfiles basándome en cosas como si el asesino se meaba en la cama o sufrió los abusos de un padre alcohólico. Eso se lo dejo a los clínicos que tienen más experiencia.

Duvall asintió.

—Lo sé. Personalmente, prefiero un poco de rigor intelectual en la investigación criminal —dijo con ironía—. Pero, por lo que sabe de esta clase de asesinos, ¿hay algo que me pudiera usted decir?

—Estos asesinatos están alimentados por la rabia.

La mayoría de los homicidios en serie son de naturaleza sexual, pero de vez en cuando hay otros motivos. Por ejemplo, está el misionero, que tiene como meta liquidar, en beneficio propio y del mundo, a un grupo de personas que, según él, no merecen vivir. Hace poco que estoy trabajando con la policía española en un caso de esta clase, y en él yo caracterizaría la motivación como la pérdida.

—¿Pérdida? —interrumpió Duvall.

—La mayoría de los adultos desarrollamos nuestra noción de quiénes somos como una matriz compleja de factores interconectados —explicó Fiona—. Así que, si perdemos a un padre, si nos deja un amante, si la vida profesional para la que tanto hemos trabajado se destroza, nos sentimos desolados y disgustados, pero no perdemos la noción de quiénes somos. Pero hay ciertas personas que nunca alcanzan esa especie de integración. Su sentido de quiénes son se basa totalmente en un aspecto de sus vidas. Si pierden este elemento, se apartan totalmente del sistema normal de controles y equilibrio. Algunos se suicidan. Un grupo más reducido dirige la rabia y el dolor hacia el exterior y busca vengarse en los que de algún modo perciben como responsables.

—Entiendo —dijo Duvall—. ¿Y usted cree que eso es lo que podría haber entrado en juego aquí?

Fiona se encogió de hombros.

—Eso es lo que mi experiencia me llevaría a pensar.

Steve se inclinó hacia delante.

—Siendo así, ¿qué clase de hombre buscaría a los escritores de novelas policíacas que tratan de asesinos en serie para vengarse?

—O de mujer —interrumpió Duvall—. En la City, somos policías que creemos en la igualdad de oportunidades, Steve. A diferencia de la Metropolitana —añadió con una sonrisita mordaz.

Steve negó con la cabeza.

—Si es un asesino en serie, es un hombre. Drew Shand era un gay al cual vieron por última vez salir de un pub gay con otro hombre que no se ha presentado como testigo. De modo que hemos de suponer que era el asesino.

Duvall inclinó la cabeza a modo de concesión.

—Te concederé eso. De momento, al menos. —Se volvió hacia Fiona de nuevo—. Continúe, doctora. ¿Qué clase de persona querría matar a estos escritores?

Fiona se negaba a sentirse intimidada y a que la trataran con condescendencia. Tenía algo que decir y Sarah Duvall no se lo iba a impedir.

—La escritura creativa. Es un campo donde las pasiones son muy fuertes. Lo sé, vivo con un escritor. Supongo que podría ser un agresor sexual, un admirador trastornado buscando hacerse un nombre, un asesino al estilo de Mark Chapman. Pero ellos suelen parar después del primer asesinato. Les basta para transmitir el mensaje. Y no suelen ser lo bastante sofisticados como para desarrollar una estructura de asesinatos tan compleja. Puede ser alguien a quien le

gustaría ser escritor y no soporta el éxito de otros. En su universo paralelo, pudiera creer que le han robado sus argumentos, sus ideas, ya sea por medios convencionales o entrando sigilosamente en su mente mientras duerme. Yo caracterizaría al autor de las cartas con amenazas de muerte como alguien que quizás entre en esta categoría, basándome en el contenido. O también podría ser un escritor cuya carrera profesional ha entrado en decadencia. Tal vez alguien que ve a estos escritores concretos como los ladrones de un éxito que debiera ser suyo. Lo siento, no puedo ser más específica.

Fiona levantó las manos mientras observaba que Duvall parecía escéptica.

—Nunca habría imaginado que alguien pudiera sentirse amenazado por los escritores hasta el punto de quererlos matar —dijo Steve.

—Quien esté haciendo esto se ha obsesionado con la idea de que este grupo particular de autores, de algún modo, le ha hecho un mal profundo y destructor. Y esta es su manera de rectificar ese mal —dijo Fiona.

Duvall hizo una mueca.

—Ni que escribir libros cambiara la vida de nadie.

—Entonces, ¿tú no crees que puede más la pluma que la espada? —preguntó Fiona.

—No, no lo creo —insistió Duvall—. Los libros no son más que... libros.

—A palabras necias, oídos sordos. ¿Es eso lo que crees?

Duvall reflexionó.

—No creo haber leído nunca nada que haya cambiado mi vida. Ni para bien, ni para mal.

—«La poesía no consigue que suceda nada» —dijo Fiona.

—¿Perdón?

—Algo que escribió W. H. Auden. ¿Cree que vale también para las películas y la televisión? —le preguntó Fiona a Duvall.

Ahora la cosa era entre ellas, y Steve se apartó un poco mientras las dos mujeres se miraban fijamente.

Duvall se echó atrás, reflexionando.

—Sus colegas siempre nos están diciendo que cuando los niños ven violencia por la tele, la copian.

—Sin duda hay una evidencia clínica de eso. Pero, influya o no en nuestra conducta de forma directa, creo que lo que leemos y lo que vemos altera nuestra percepción del mundo. Y no puedo menos que preguntarme si a este asesino no le gusta cómo estos escritores y las adaptaciones de sus libros presentan el mundo.

—Me parece un poco rebuscado.

Fiona se encogió de hombros.

—Pero, por muy extraño que parezca, la lógica parece decirnos que, si Georgia está muerta y si estos asesinatos están relacionados, entonces el motivo se halla en lo que las víctimas han escrito.

Duvall asintió con la cabeza.

—La víctima como herramienta pedagógica.

—Lee a la víctima y descubre al asesino —dijo

Steve—. Regla número uno del asesinato extraño.

—Y volverá a matar —dijo Duvall con franqueza.

Fiona deseaba evitar este tema, que le había estado rondando desde que encontrara los pasajes clave de *Y así será por siempre jamás*.

—Sí, a menos que lo detengan, volverá a matar. Y lo que tiene que hacer ahora es confeccionar una lista de víctimas potenciales y proporcionarles protección.

La serenidad de Duvall se tambaleó momentáneamente y miró a Steve en busca de consejos. Esta vez, fue la cara de él la que permaneció impávida.

—No veo cómo podremos hacer eso —titubeó Duvall. Estaba claro que rechazaba que alguien ajena a su trabajo le dijera cómo hacerlo.

—Yo habría pensado que sería bastante sencillo —dijo Fiona tajantemente. Ahora que se trataba del destino de Kit, recuperaba su autoridad habitual con creces—. Estás buscando a escritores de novelas policíacas ganadores de premios, cuyas novelas tratan de asesinos en serie y han sido adaptadas para el cine o la televisión. En la Asociación de Autores de Novelas Policíacas podrán ponerte en contacto con alguno de los entusiastas del género, que te proporcionará todos los detalles.

—Pero debe de haber docenas de escritores —protestó Duvall—. Nunca podríamos ofrecerles protección a todos.

—Como mínimo, debería avisarles.

La voz de Fiona sonó tan implacable como el

aspecto de su rostro, y sus ojos de color avellana brillaron intensamente en la penumbra del café-bar.

La cara de Duvall se crispó.

—Eso es imposible. No creo que lo haya pensado bien, doctora Cameron. No nos interesa provocar pánico. Ya han montado bastante circo mediático y ni siquiera sabemos aún si Georgia Lester está viva o muerta. Sería totalmente irresponsable hacerlo público en este momento.

Fiona fulminó a Duvall con la mirada.

—Algunas de esas personas son amigos míos; es más, yo vivo con uno de ellos. Si no les va a avisar, seguramente lo haré yo.

Las ventanas de la nariz de Duvall se dilataron. Se volvió hacia Steve.

—¿Me dijiste que entendía de confidencialidad? Steve puso una mano en el brazo de Fiona. Ella lo quitó encogiéndose de hombros con impaciencia.

—La inspectora Duvall tiene razón —dijo Steve suavemente—. No sabemos nada seguro aún y, si desencadenamos un pánico prematuro, podría perjudicar seriamente nuestras posibilidades de atrapar a ese hombre. Tú lo sabes, Fi. Si esto no afectara a Kit, tú serías la primera en decir que deberíamos evitar darle a ese asesino el balón de oxígeno de la publicidad.

—Sí, Steve, probablemente sería así —dijo Fiona airadamente—. Pero es que afecta a Kit, y le debo mucho más a él que a la policía de la City de Londres.

Hubo un silencio tenso. Luego Duvall dijo:

—Evidentemente, puede usted aconsejar a su pareja que esté vigilante. Pero he de insistir en que lo mantengan como un secreto entre ustedes.

Fiona resopló desdeñosamente.

—No se trata de imbéciles. Son hombres y mujeres inteligentes que viven del poder de la imaginación. Desde que mataron a Drew Shand, los escritores de novelas policíacas escoceses han formado una red telefónica para poder controlarse diariamente. Ya ha venido una escritora a hacerme preguntas, buscando tranquilidad. Muchos saben lo que hago para ganarme la vida. Si encuentran a Georgia descuartizada en Smithfield, mi teléfono se pondrá al rojo vivo. Yo no voy a decirle a esa gente que no hay motivos para alarmarse.

—Fi, tú sabes que hay una gran diferencia entre sugerir que deberían estar alerta y decirles que un asesino en serie anda suelto y podría verlos a ellos como futuras víctimas. Y también sabes que ésa es una cuerda floja por la que eres perfectamente capaz de andar —dijo Steve.

Fiona se levantó bruscamente.

—Quizá te hayas olvidado de Lesley, Steve. Pero yo jamás me olvidaré de ella. Y voy a tratar esto de la manera más oportuna que me parezca, no como tú digas.

Steve la vio salir del café dando grandes zancadas, con los cabellos ondeando detrás debido a la velocidad de sus pasos.

—Joder —gruñó.

—Me gustaría saber de qué coño iba todo esto —agregó Duvall.

Steve apagó su puro con impaciencia.

—Tiene razón; no pensé en Lesley —dijo hablando casi consigo mismo y enderezándose en la silla—. Lesley era la hermana de Fiona. Fue asesinada por un violador reincidente cuando era estudiante. Nunca se llevó a cabo ninguna detención. Por eso Fiona se convirtió en psicóloga criminalista. Siempre ha creído que, si la universidad hubiera avisado a sus estudiantes femeninas, Lesley estaría viva. Lo más probable es que se equivoque, pero los supervivientes tienen que encontrar a alguien a quien echarle la culpa. Si no, acaban culpando a la víctima, y eso es todavía menos saludable.

Duvall asintió con la cabeza, empezando a comprender.

—No me sorprende que esté tan preocupada por su pareja.

—Yo también me preocupo por él, Sarah. Es mi mejor amigo —dijo Steve.

—Más vale que la busques para calmarla. No quiero que vaya corriendo por ahí como una bala perdida en medio de mi investigación. Por muy útil que nos haya sido.

Steve, a quien le gustaba que le dijeran lo que tenía quehacer más o menos tanto como a la propia Duvall, la atravesó con una mirada firme.

Duvall alzó una mano con un gesto apaciguador.

—Y cuando regrese a la calle Wood, iré directamente a ver a mi jefe y le pediré que destine a toda una brigada de investigadores para este caso. Esta tarde me ocuparé de solicitar una orden de registro. Le puedes decir eso, a ver si se tranquiliza.

—Lo haré, Sarah. Me alegro que te lo tomes en serio. Porque, si algo le sucediera a Kit Martin, Fiona no sería la única clamando venganza.

CAPÍTULO 35

Lo que quería era entrar en el primer taxi que pasara e ir directamente a casa con Kit. Pero Fiona siempre se había esforzado por anteponer el deber al deseo, de modo que caminó apresuradamente por las calles hasta su despacho, indiferente a todos y a todo, mientras la cabeza le zumbaba caóticamente y sentía un retortijón de miedo en las tripas. No había ninguna razón particular para que Kit fuera el próximo de la lista, pero tampoco había nada que impidiera que lo fuera. Fiona tenía que encontrar la forma de hacer que se lo tomara en serio, sin asustarlo tanto como se había asustado ella.

Cuando ya iba a entrar en su oficina, oyó que alguien la llamaba. Se volvió y vio a Steve en el pasillo, corriendo hacia ella, con la cara empapada de sudor.

—Espera, Fi —gritó mientras Fiona le daba la

espalda y entraba dando un portazo.

Ni siquiera se había quitado la chaqueta cuando él ya se encontraba a su lado. Como aún estaba sacando un brazo de una manga, no pudo impedir que él la abrazara.

—Sé que tienes miedo —dijo Steve.

—A la mierda con el miedo —gruñó Fiona—. Estoy rabiosa. Hay personas que corren peligro, y tú no las protegerás. —Se apartó, terminó de quitarse la chaqueta con esfuerzo y la tiró sobre el sofá—. No mantendrías esto en secreto si hubiera alguien matando a policías, Steve. ¿Por qué no van a merecer Kit y sus amigos la misma consideración?

—Estás comparando manzanas con naranjas, Fi. Los agentes de policía saben mantener las cosas en secreto. Pero, si empezamos a transmitir advertencias generales a los autores de novelas policíacas, será la locura. No podemos ofrecerles protección; nos faltan agentes. De modo que algunos irán corriendo a los medios de comunicación gritando que la policía es una mierda y los periódicos provocarán una histeria colectiva. Y entonces comenzarán las bromas. Y los maniáticos y los chiflados empezarán a hacer de las suyas. Y se desatarán las llamadas telefónicas, las bromas macabras. Y luego los vigilantes tomarán la justicia por su mano para proteger a sus héroes. Y, antes de que te des cuenta, saldrá perjudicado alguien que no tiene nada que ver con todo este lío.

Steve iba de aquí para allá mientras hablaba. Su

tensión se hacía evidente en cada movimiento.

—Es una mierda, Steve, y lo sabes. Si Georgia ha sido asesinada y, créeme, estoy rezando para que el equipo de Sarah Duvall no encuentre nada en Smithfield aparte de reses descuartizadas, entonces creo que es un hecho incuestionable que hay un asesino en serie ahí fuera. Y no permitiré que Kit y sus amigos sean acechados mientras vosotros no hacéis nada y no lográis coger al verdadero culpable. —Fiona abrió un cajón del escritorio con fuerza, sacó una carpeta de plástico y se la lanzó—. Ahí tienes las cartas. La de Kit, la de Georgia y las otras cuatro. Son para Sarah Duvall.

Steve se puso muy serio.

—Bien. Pero prométeme una cosa. Prométeme que harás lo que tengas que hacer de manera responsable.

Fiona parecía a punto de estallar en lágrimas de rabia.

—Ay, Steve, tú deberías conocerme mejor.

Su timbre de voz era un reproche que a Steve le dolió como un latigazo. Se estremeció, tal como ella deseaba.

—Lo siento, Fi. Pero tienes que ver la importancia de lo que digo. No podemos permitir que se desencadene una caza de brujas en los medios. Mira, a mí también me asusta. Si le sucediera cualquier cosa a Kit, nunca me lo perdonaría.

—¿Y por qué no haces algo para garantizar que no suceda nada?

Frustrado, Steve tiró la carpeta con las cartas sobre

una silla.

—¿No lo ves? Yo no puedo. Profesionalmente no es asunto mío. Las fuerzas de la City son totalmente independientes de las nuestras y no puedo entrometerme en su caso.

—Entonces no hay nada más que decir, ¿verdad? —dijo Fiona, y le pareció que su voz llegaba de muy lejos.

Antes de que Steve pudiera responder, sonó el teléfono. Ella lo descolgó automáticamente mientras decía:

—Tendrás que excusarme. Tengo trabajo pendiente. —Fiona le dio la espalda deliberadamente—. Diga, Fiona Cameron.

Steve vio cómo se le caían los hombros cuando supo quién la llamaba.

—Déme un minuto, comisario —comentó, tapando el auricular con la mano. Echó un vistazo por encima de su hombro—. Adiós, Steve.

Esperó a que él hubiera recogido las cartas y salido por la puerta, y luego fue a sentarse en la silla de su escritorio. Reprimiendo un suspiro, volvió a hablar por teléfono.

—Perdone, estaba despidiendo a alguien.

—Lo siento, he llamado en un mal momento —se disculpó Berrocal.

—Ahora mismo, créame, no hay nada que se parezca a un buen momento. ¿En qué le puedo servir, comisario?

—Tengo muy buenas noticias —dijo—. Hemos detenido a Miguel Delgado.

Fiona se esforzó en parecer alegre, a pesar del dolor de cabeza que empezaba a ramificársele por detrás de los ojos.

—Enhorabuena. Debe de sentirse muy aliviado.

—Sí, y gratificado por el éxito. Tenía usted razón; contaba con otra línea de defensa ya establecida. Tenía un amigo. Alguien en quien creía que podía confiar, porque pensaba que era un criminal. Pero su amigo no es más que un ladrón de casas de poca monta. Había visto a Delgado en el diario y sabía que cualquier cosa que hubiera hecho sería grave. Y los únicos crímenes verdaderamente serios de que había oído hablar eran los asesinatos. Él no quería verse implicado en delitos de esa clase, así que, aunque permitió que Delgado usara su furgoneta, llamó a la policía local. Lo encontramos a primeras horas de esta mañana en un campamento, a unos kilómetros de la ciudad.

—Bien hecho. ¿Ha confesado?

Ella oyó suspirar a Berrocal.

—No. No ha dicho nada desde que lo detuvieron.

—¿Hay pruebas sólidas que lo vinculen con el crimen?

—¿Recuerda a la segunda víctima, el americano? Un camarero se ha presentado diciendo que vio a Delgado con él, unos días antes del asesinato. Confiamos en que los forenses puedan encontrar algo en las fibras, pero aún falta tiempo para que tengamos eso. También

estamos analizando los cuchillos que Delgado tenía en la furgoneta cuando lo cogimos. Pero tampoco están aún los resultados. Así que no tenemos mucho con que presionar.

Ella confiaba en que no le pidiera ayuda. Quería decirle que se fuera a la mierda, que tenía cosas mucho más importantes de las que preocuparse. Pero su celo profesional le decía que poner fin a los asesinatos de Toledo era tan importante como lo que sucedía en su propia vida. Cuando se trataba de entrar a valorar la vida, consideraba que todo ser humano era igual de valioso. Si no, su trabajo no tendría mucho sentido. De modo que reprimió su frustración y su hostilidad hacia Salvador Berrocal.

—Estoy segura de que tiene usted un equipo con mucha experiencia —dijo mientras buscaba el botón para encender el ordenador.

—Nunca había tratado con un asesino en serie en un interrogatorio. Pero tengo un plan —dijo él con un tono entusiasta—. He pensado que podemos irritarlo utilizando a un miembro de mi equipo para burlarnos de él. Ya sabe a lo que me refiero. Uno de esos policías locales idiotas, que le diría, por ejemplo: «¿Por qué han detenido a un tipo tan patético como tú? Está claro que quien llevó a cabo esos crímenes tiene inteligencia como para planearlos con mucho cuidado y el suficiente encanto como para conseguir que sus víctimas lo acompañaran voluntariamente. Y un tendero fracasado, feo y apestoso como tú no tiene lo que hace falta para

ser el asesino de Toledo». Diciéndole cosas así, mi hombre actuaría como si le disgustase perder su tiempo en un interrogatorio tan insensato.

—Creo que eso le molestará mucho —dijo Fiona—. Y casi seguro que funcionará a favor de usted. Está claro que lo ha pensado muy meticulosamente. —«Ahora, cuelga y déjame en paz», pensaba—. Hágame saber cómo le va.

Todavía estaba agradeciéndole su perfil cuando ella colgó. Que pensara que era una cabrona maleducada; eso ya no le importaba. Fiona se dirigió directamente al programa de correo electrónico y empezó a redactar un nuevo mensaje. Kit no respondía al teléfono mientras escribía, pero ella sabía que consultaba el correo más o menos cada hora.

De: Fiona Cameron
<fcameron@psych.ulon.ac.uk>
Para: Kit Martin
<KMWriter@trashnet.com>
Asunto: Consejo

¿Te acuerdas del mensaje de la portada de *La guía galáctica del autoestopista?* Bien, ¡NO TE ASUSTES!
No quería alarmarte esta mañana. Tuve una idea, pero primero quería ver qué pensaba de ella Steve. Por la noche, descubrí que la gente cree que la Garda no ha detenido al verdadero culpable del asesinato de Jane Elias. Teniendo en cuenta la muerte de Drew y la desaparición de Georgia, tenía que contemplar la posibilidad de la existencia de un asesino en serie. De modo que

eché un vistazo a *Y así será por siempre jamás* y me inquietaron ciertos paralelismos que encontré. He tenido una reunión con la agente de la policía de la City de Londres encargada del caso, y las buenas noticias son que me están tomando en serio.

Las malas noticias son que, si tengo razón, entonces, tal como temíamos, Georgia probablemente está muerta.

Y las peores noticias son que podría haber más asesinatos. Y por supuesto, la policía está diciendo que no quiere emitir un aviso general para no provocar un pánico innecesario, aunque también porque no tienen suficientes agentes para ofrecer protección a todos...

No hay NINGÚN MOTIVO para suponer que tú específicamente corras peligro (y sí, sigo pensando que las amenazas de muerte quizá no estén relacionadas con los asesinatos), pero tiene sentido tomar precauciones. No abras la puerta a desconocidos. No salgas a ninguna parte solo. Y quiero decir a ninguna parte. A la mierda con las bravuconadas. Quiero que estés a salvo.

Si necesitas hablar conmigo, estoy en el trabajo. Tengo una reunión de la facultad de 2 a 3, un seminario de 3.30 a 5, y estaré en casa a eso de las 6. Espero.

Te quiero.

Cuídate.

F.

Pulsó la tecla de <ENVIAR> y vio cómo su mensaje desaparecía en el éter. La parte lógica de la mente de Fiona sabía que no podría salvar a Kit si alguien estuviera empeñado en matarlo. Pero sí podía adoptar el principio de la alarma. En una ocasión un ladrón le dijo que los sistemas de seguridad de las casas particulares no disuadían en absoluto al asaltante

decidido.

Si él quería entrar en una casa en particular, podría hacerlo y lo haría. En lo que resultaban más útiles era en disuadir al ladrón principiante. «Se trata de conseguir que la casa de al lado parezca una opción más fácil», le explicó.

Bueno, si el precio de la vida de Kit era conseguir que la de otra persona pareciera una opción más fácil, Fiona estaba preparada para hacerlo.

Después, viviría con las consecuencias. Pero, de momento, lo que le importaba era mantener a Kit con vida.

A pesar de lo que le había dicho a Fiona, Sarah Duvall era consciente de que tenía un deber que cumplir con las víctimas potenciales. Siempre había sido una defensora de la vigilancia preventiva, y ello era más perentorio cuando se trataba de asesinatos en vez de robos o delitos callejeros. Lo prioritario era preparar la solicitud de una orden de registro del mercado de Smithfield, pero, una vez que eso estuviera en marcha, tendría que concentrar su atención en qué más se podía hacer y que fuera útil.

Puesto que nunca había trabajado con Fiona, Duvall admitía que quizá se comportaba de manera mucho más escéptica ante sus ideas que Steve Preston, quien parecía considerarla una psicóloga casi infalible. Así que desconfiaba de la opinión de Fiona de que las cartas con

amenazas de muerte probablemente no eran obra del asesino. Duvall no creía en las casualidades. Para ella, incluso la sincronía era sospechosa. No podía creer que un asesino en serie eligiera casualmente como blanco a los autores de novelas policíacas precisamente en el mismo momento en que otro individuo les enviaba amenazas de muerte por correo. O eran la misma persona o el autor de las cartas tenía acceso a información privilegiada. De modo que, si pudiera identificar el origen de las cartas, descubriría la identidad del asesino o, como mínimo, la de alguien que podría conducirle al culpable.

Si bien Duvall no estaba dispuesta a tomar todo lo que decía Fiona al pie de la letra, sí que estaba en condiciones de reconocer el sentido común cuando la escuchaba. Y le parecía más que probable que el autor de las cartas pudiera ser algún escritor frustrado o alguien cuya carrera profesional había entrado en decadencia. Si ese fuera el caso, lo más probable era que agentes literarios y editores hubieran tenido algún contacto con el autor de las cartas, y hasta podrían aventurarse a sugerir quién pudiera ser. Estas personas trabajaban con las palabras; no era inverosímil que reconocieran el estilo de la prosa del autor de los anónimos.

Así que ordenó a un miembro de su equipo que identificara a las autoridades indicadas, incluyendo un experto en el género de la ficción policíaca. Como resultado, para la mañana siguiente había convocado

una reunión durante el desayuno con dos de los agentes literarios y tres de los editores más importantes especializados en ese género. Ellos no tenían ni idea de qué quería hablar ella, aunque habían quedado impresionados tanto por la urgencia de su solicitud como por el requerimiento de mantener la confidencialidad.

Había más cosas que hacer por la mañana, pero decidiría más tarde cómo arreglárselas. Ahora tenía que concentrarse en determinar quiénes podrían ser las víctimas futuras de su supuesto asesino en serie.

Esa meta la llevó hasta Clapham y una tranquila hilera de cabañas con terrazas, que estaba pasando unas cuantas calles por detrás del parque. Según su agente detective, Dominic Reid sabía de la ficción policíaca contemporánea todo lo que valía la pena saber. Mientras el coche se detenía a unas casas de distancia de la de Reid, Duvall encendió la luz interior.

—Dame un minuto —dijo al detective que conducía el coche.

Ella utilizó ese tiempo para recapitular de memoria todo lo contenido en el informe que él le había preparado antes.

Dominic Reid, cuarenta y siete años. Había empezado trabajando para la BBC Radio, y luego se convirtió en productor independiente. Actualmente su compañía producía programas concurso para Radio Cuatro y documentales radiofónicos, la mayoría de los cuales trataban diversos aspectos de las novelas de

misterio.

Era el autor de una guía de la ficción policíaca para una de las grandes cadenas de librerías especializadas. Había colaborado como crítico del género para un par de revistas y acababa de publicar *Paging Death,* un estudio crítico de la ficción policíaca británica moderna. Si existía alguien capaz de decirle a Duvall quién pudiera encontrarse en la mira de un asesino en serie, ése sería Reid.

—¿Tú lees estas cosas? —preguntó ella al agente—. ¿Las novelas policíacas?

Él negó con la cabeza.

—Una vez intenté leer una. Conté cinco errores en las primeras veinte páginas, así que la tiré a la basura. Era demasiado trabajo para ser entretenida. ¿Y tú?

—Yo nunca leo ninguna clase de ficción. —Duvall parecía una abstemia hablando de bebidas alcohólicas fuertes. Apagó la luz—. Vamos allá dijo.

Reid abrió la puerta casi antes de que los ecos de la doble campanilla del timbre se hubieran extinguido. Era delgado y larguirucho, con una cara huesuda y amable debajo de una mata de pelo rubio poblada de canas.

—¿La inspectora jefe Duvall? —preguntó, reprimiendo la ilusión evidente en su rostro.

—Señor Reid —dijo Duvall asintiendo con la cabeza—. Gracias por permitirme verlo, habiendo avisado con tan poco tiempo de antelación,

Reid dio un paso hacia atrás e indicó con un gesto que entraran. Duvall y el detective entraron en fila india

por el pasillo. Apenas había espacio para los tres; montones de libros, que llegaban a la altura de la cadera, se acumulaban contra una pared. Siguieron a Reid hasta el salón principal, donde tres paredes estaban revestidas con estantes repletos de más libros de tapa dura. Aparte de los volúmenes, sólo había en la habitación cuatro sillones estropeados y un par de mesitas. Sobre una silla, un gran gato blanco y negro acurrucado, ni siquiera movió un bigote cuando entraron.

—Por favor, siéntense —dijo Reid.

Duvall revisó los sillones buscando pelos de gato, y optó por el que estaba más cerca de la puerta, ya que le pareció que allí no se ensuciaría el traje. Al detective le señaló la silla más lejana con la cabeza.

—¿Les puedo ofrecer algo de beber? —dijo Reid entusiasmado—. ¿Té, café, refrescos?¿O algo más fuerte?

—Gracias, señor Reid, pero no quiero hacerle perder su tiempo más de lo necesario. ¿Por favor? —Duvall señaló con una mano la única silla vacía que quedaba.

Reid depositó su largo cuerpo en la silla.

—Nunca había conocido a una agente superior de la policía —dijo—. Parece extraño, lo sé, ya que he leído tanto acerca de tantos policías. Pero así es.

Tragó saliva, y por el cuello desabotonado de la camisa subió y bajó la nuez de la garganta.

—Le agradezco mucho su tiempo. Y siento que mi compañero no pudiera explicarle por qué teníamos que

verlo de manera tan urgente.

—Muy misterioso. Pero, por supuesto, es lógico pensar que a mí me gustaría, ¿no es verdad?

Duvall respondió al comentario con una sonrisa. Cuando era necesario, podía ser amable y cándida con un testigo. Pero a los imbéciles como Reid no hacía falta mimarlos para que soltaran toda la información que poseían.

—Se trata de un asunto muy confidencial. Antes de que se lo pueda explicar, tengo que estar segura de su discreción.

Reid se enderezó en la silla, con una expresión de sorpresa en la cara.

—Esto parece que va en serio.

—Es realmente muy serio. ¿Puedo estar segura de que no comentará esta conversación con nadie?

Su cabeza subió y bajó varias veces.

—Si es eso lo que quiere, por supuesto lo mantendré en secreto. ¿Tiene esto algo que ver con la desaparición de Georgia Lester? —preguntó.

—¿Por qué lo dice?

Se encogió de hombros ligera y torpemente.

—Simplemente lo supongo... Usted es de la policía de la City, y yo sé que es allí donde vive Georgia. Y como su desaparición ha salido en la prensa...

Duvall cruzó las piernas y se inclinó hacia delante.

—Es verdad que soy la agente que investiga la desaparición de Georgia Lester. Pero tengo más preocupaciones. En vista de los asesinatos recientes de

Drew Shand y de Jane Elias, estamos considerando la posibilidad, y no le doy ninguna significación más fuerte que esa, de que pudiera haber una relación.

Reid cruzó los brazos sobre el pecho en un gesto automático de defensa.

—Usted se pregunta si existe un asesino en serie que elige como blanco a los escritores de ficción policíaca. —Era una afirmación, no una pregunta—. Sí, puedo entender porqué podría usted estar pensando en esos términos. No voy a fingir que no se me ha ocurrido, pero... —Ladeó la cabeza hacia los estantes—. Yo lo atribuyo a demasiada lectura.—Sonrió a medias.

—Es muy posible que estemos dejándonos influir por nuestra imaginación más de la cuenta —reconoció Duvall—.Pero debemos explorar todas las posibilidades. Y por eso quería preguntarle sobre lo que usted sabe. En el caso de que nuestra teoría fuera correcta, necesito saber quién más podría estar en peligro.

Reid asintió con la cabeza.

—Y usted cree que yo la puedo ayudar. Bueno, nadie sabe más del género que yo. Me puede explicar lo que quiere saber.

Duvall se relajó un poco. Iba a obtener lo que necesitaba sin apenas gastar energía. Lo cual estaba bien, ya que empezaba a sentir que el día había sido demasiado largo.

—En caso de que hubiera una relación, parece que hay algunos factores comunes. Todos los asesinados han escrito novelas sobre asesinos en serie. Todos han

ganado premios por sus libros. Y sus libros han sido adaptados a la televisión o al cine con éxito. ¿Acaso hay muchos más escritores que entren en esta categoría?

Reid descruzó los brazos.

—Más de los que podría usted imaginarse, inspectora. Evidentemente estará pensando en escritores de novelas de misterio como Kit Martin, Enya Flannery, Jonathan Lewis...

Duvall parpadeó cuando oyó el nombre de Kit Martin, pero no mostró ningún indicio de que ese nombre tuviera más significación que cualquier otro. Pero, si él era el primer nombre que salía del sombrero del experto, entonces los temores de Fiona Cameron podrían estar bien justificados, pensó Duvall mientras escuchaba hablar a Reid.

—Pero además de las novelas que tratan estrictamente sobre asesinos en serie, algunos autores de libros policíacos han incorporado asesinos en serie en sus novelas. Ian Rankin y Reginald Hill, por ejemplo. —Se puso de pie—. Tengo una base de datos en mi ordenador, en el cuarto de al lado. Todos los factores que describió usted se encuentran en mis archivos, así que podemos hacer una búsqueda múltiple y averiguar quiénes corresponden precisamente al perfil. ¿Porqué no vamos a ver qué sale de ahí?

Duvall descruzó las piernas.

—Me parece una idea estupenda. Vamos, señor Reid.

IV

Los dientes de Susannah castañeteaban. Unas castañuelas incontrolables haciendo ruido en su cabeza. No recordaba que en la cabaña hubiera hecho tanto frío la última vez que habían estado. Pero, bueno, el tiempo había sido suave en septiembre. Una hora de calefacción por las noches había bastado para mitigar el frío. Eso y el cuerpo caliente de Thomas a su lado. Ahora no había ningún cuerpo caliente. Y sólo el fresco del aire húmedo de noviembre acariciaba su cuerpo. Evidentemente, su raptor no iba a gastar el dinero en calefacción sólo para que ella estuviera cómoda.

La piel desnuda se le había puesto de gallina. Eso tenía tanto que ver con la temperatura ambiental como con el miedo. Aunque seguramente su miedo bastaba para ponerle la piel de gallina incluso en un clima tropical. Hacía un minuto estaba trabajando en las facturas del mes, cuando alguien llamó a la puerta. Ella miró por la ventana. Una furgoneta blanca que no reconocía se encontraba en la entrada. Pero el hombre que estaba en el felpudo con el paquete y la tablilla sujetapapeles llevaba el uniforme de los mensajeros que su empresa usaba siempre para enviarle los paquetes relacionados con el trabajo.

No esperaba ningún envío de las oficinas principales. Y era tarde para recibir la visita del mensajero, que solía llegar a media mañana. Debía de

ser algo urgente, pensó. Quizás el contrato de Brantingham. Phil había mencionado en el correo electrónico de aquella mañana que estaba a punto de concretarse. Susannah abrió la puerta y le sonrió al mensajero.

Nunca supo qué la había golpeado. Sólo que así había sido.

Al recobrar el conocimiento, sintió un dolor muy intenso. Un dolor que se expandía en la oscuridad y el movimiento. Y el bajo rasgueo del motor. Estaba tumbada de lado, echando babas. Y no podía moverse. Lentamente, como si estuviera muy borracha, identificó el dolor. La fuente principal era la cabeza. Era como una migraña muy intensa, sólo que se originaba en la región occipital, y no en la parte frontal.

Luego el dolor se hacía presente en los hombros. Como si tuviera los brazos atados a la espalda. Ésa era la información que los músculos agonizantes le enviaban. Intentó enderezarse y una nueva ola de dolor le invadió las piernas. Por lo que pudo entender a través del bombardeo de sobrecarga sensorial, tenía los pies atados y enlazados con las muñecas. Atada de pies y manos, ¿no era así cómo lo decían los americanos?

Manteniéndose totalmente inmóvil, consiguió que el dolor disminuyera. Seguía siendo insoportable, pero al menos podría pensar en otra cosa. La oscuridad y el movimiento. Y la áspera textura de la alfombra bajo la

mejilla. ¿Qué otra cosa podía ser aquello sino el maletero de un coche?

Entonces le entró el miedo.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban viajando. No había manera de medir la duración del dolor.

Por fin, el movimiento se detuvo con una sacudida. Después cesó el ruido del motor. Se esforzó en oír algo, pero fue en vano. Entonces el maletero se abrió; una ranura. El impacto en la retina le desencadenó un dolor tremendo en la cabeza. Luego sus ojos se acostumbraron y vio una silueta oscura recortada contra el cielo nocturno.

Susannah abrió la boca y gritó. El hombre se rió. «No hay nadie que te escuche, querida», dijo. El acento era de Tyneside; eso lo captó.

Se inclinó sobre ella y gruñó mientras se esforzaba para sacarla del maletero. Tambaleó un poco bajo su peso mientras caminaba. Con la cara apretada contra su hombro, Susannah no podía ver nada. La calidad del aire cambió y se dio cuenta de que la había metido en una casa. Dio unos pasos, dobló a la derecha y, de repente, estaban bajo una luz fluorescente cegadora. Él la dejó caer y ella gritó al chocar contra los azulejos fríos. Su cabeza golpeó con fuerza contra algo duro.

Cuando por segunda vez recobró la consciencia, estaba desnuda, sentada en un retrete, con el brazo derecho esposado a un toallero firmemente empotrado en la pared. Mareada, confusa y dolorida, comprendió

que tenía los pies esposados, y que la cadena pasaba por detrás del inodoro anclándola allí.

Pero al menos ahora sabía dónde estaba. Thomas había alquilado la cabaña en un cabo de Cornualles para celebrar su primer aniversario. Habían pasado una semana allí, paseando por los acantilados, observando a los pájaros, cocinando comidas sencillas, haciendo el amor cada noche. Había sido idílico.

Esto era una pesadilla.

Y no hacía más que empeorar.

Cuando gritó, él reapareció. Alto y ancho de hombros, con la musculatura de un levantador de pesas. Tenía el pelo oscuro cortado al rape, y la cara le resultaba extrañamente conocida. No pudo determinar dónde lo había visto antes. Pero su cara no era interesante. No había nada digno de describir. Si ella hubiera escrito un inventario de esos rasgos, probablemente habrían correspondido a los de miles de hombres. Cejas oscuras, ojos azules, tez pálida, nariz recta, boca corriente, un mentón ligeramente achatado. La única peculiaridad era que llevaba una bata blanca de laboratorio y que tenía un estetoscopio colgando del cuello, como el de un médico. Se quedó allí, en la puerta del baño, evaluándola.

—¿Por qué haces esto? —graznó Susannah.

—Eso no es asunto tuyo —dijo. Sacó un segundo par de esposas—. Si forcejeas, esto te dolerá mucho más.

Ella intentó golpearlo con el brazo libre, pero él era

demasiado rápido. Le cogió la muñeca y le puso una de las esposas. Acto seguido sujetó la otra esposa a una tubería.

Luego cogió un rollo de esparadrapo y le sujetó la muñeca y la mano a la pared para que el brazo quedara inmovilizado.

Por muy confusa que estuviera, Susannah no se lo podía creer mientras veía cómo le colocaba en el brazo un esfigmomanómetro y apretaba una pera de goma para inflarlo. Luego salió del cuarto. Reconoció el aparato que llevaba a su regreso. Hacía años que había donado sangre.

—¿Qué haces? —protestó mientras él localizaba una vena e introducía una aguja.

—Sacarte sangre —dijo con toda la calma de una de las enfermeras del centro de transfusiones.

Incrédula, vio hipnotizada cómo la sangre de su brazo empezaba a bajar por el tubo hasta el recipiente.

—¡Estás loco! —le gritó.

—No. Sólo soy diferente —dijo él, sentándose en el borde de la bañera para esperar.

Susannah lo miró fijamente.

—¿Qué me vas a hacer?

—Voy a alimentarte y a ocuparme de que tengas suficientes líquidos. Y voy a sacarte la sangre.

Se levantó y, cuando ya salía del cuarto de baño, ella dijo en voz baja:

—¿Eres un vampiro?

Él se volvió y sonrió. La normalidad de su gesto

transformó la situación en la cosa más horrible que ella había visto nunca.

—No. Soy un artista —contestó.

Cuando regresó, llevaba una serie de pinceles, desde el más fino para caligrafías hasta uno que medía casi dos centímetros de ancho. Satisfecho de haber sacado suficiente sangre, desconectó el aparato y le quitó el de tomar la presión, manteniendo un pulgar sobre el orificio en la vena. Aplicó un trozo de algodón y esparadrapo para detener el flujo de sangre, y luego quitó la cinta que la había inmovilizado. Abrió las esposas y rápidamente dio un paso hacia atrás para que no pudiera pegarle.

—Esto no te ha dolido nada, ¿verdad, querida?

Colocó el recipiente lleno de sangre sobre el fregadero y salió del cuarto. Regresó con una lata de bebida energética y un plato de cartón que contenía un montón de bocadillos de paté de hígado y seis galletas de chocolate. Lo puso en el suelo, al alcance de la mano izquierda libre de Susannah.

—Ahí tienes. Esto evitará que te sientas débil. Y ayudará a que tu cuerpo reemplace parte de la sangre que has perdido.

Luego le dio la espalda, como si ella hubiera dejado de existir para él. Recogió el recipiente de sangre y se metió los pinceles en el bolsillo. Entonces entró en la bañera y contempló la pared. Había dos filas de azulejos más arriba del borde de la bañera y, encima de ellos, un área de unos dos metros cuadrados de

pared enyesada. Escogió un pincel de tamaño medio y lo introdujo en la sangre.

Y entonces empezó a pintar.

Susannah empezó a sollozar.

CAPÍTULO 36

Cuando llegó a su segunda taza de café, Steve empezó a preguntarse si se había vuelto maníaco depresivo de la noche a la mañana. Hacía menos de media hora que había salido de la cama y ya había oscilado entre los polos de la excitación ansiosa y la desesperanza profunda más veces de las que podía contar.

Como le había comentado a Fiona hacía sólo un día, de ser infundados, aquéllos serían los síntomas de una enfermedad mental. Pero él tenía buenas razones para experimentar ambas emociones. Su optimismo, aunque templado por un recelo natural, se centró en Terry Fowler. Si era tan buena trabajando como Fiona había prometido, y si Joanne había identificado los casos correctos, la investigación sobre Susan Blanchard podría haber dado un paso positivo hacia delante desde hacía mucho. Eso ya de por sí sería un premio. Pero, además, él tenía en mente la cena de esta noche. No podía recordar la última vez que le había ilusionado

tanto una cita con una mujer, sobre todo porque estaba convencido que sería una velada divertida. Más valía que recordara hacer una reserva en algún sitio para cenar. Nada demasiado elegante; así no se sentirían incómodos. Pero tampoco demasiado informal; quería que ella se diera cuenta de que la tomaba en serio. Normalmente, le habría pedido a Kit que le recomendara algún restaurante. Pero hoy eso estaba descartado.

Porque, igual que su optimismo, su pesimismo se refería tanto a su vida profesional como a la privada. No había manera de eludir el hecho de que había perjudicado considerablemente a su amistad más antigua. Fiona le había exigido más de lo que él podía ofrecer, pero sin duda ella sentiría que le había fallado. A ella, y también a Kit. La noche anterior había intentado llamarlos varias veces, pero el contestador estaba conectado. Sin duda, Fiona había decidido que debían vigilar las llamadas, y evidentemente las suyas no estaban en la lista de las admitidas.

El problema era que ella tenía razón en términos morales y emocionales. Pero él la tenía en términos prácticos. Y estas dos certezas eran incompatibles. A lo largo de su vida adulta, para él había sido un motivo de alegría que su trabajo, aparte de encantarle, nunca había dañado, ni amenazado con destrozar algo que le importara. Había visto cómo sucedía con compañeros de trabajo —los matrimonios hechos añicos, los hijos que se convertían en enemigos, las amistades que se

traicionaban— y siempre había sabido que, si no fuera por la fortuna, podría haberle ocurrido lo mismo.

Ahora, se le había acabado la buena suerte. Su amiga más antigua distanciada de él, y su mejor amigo en peligro, y no había nada que pudiera hacer al respecto. Ni siquiera era su caso. Lo único que sabía era lo que Sarah Duvall tenía la gentileza de decirle. Pero hacía mucho que era un agente superior del Departamento de Investigación Criminal como para saber que era la clase de caso más difícil de resolver. Ningún criminal era más difícil de atrapar que un asesino que mataba sin vinculación aparente con su víctima, que operaba dentro de una lógica que sólo estaba clara para sí mismo, que dejaba pocas pistas y que era lo suficientemente listo como para mantenerse siempre unos pasos por delante de cualquier persecución. Cuando tales asesinos eran capturados, casi siempre sucedía de manera accidental. Los vecinos se quejaban por el olor de los desagües; una revisión rutinaria de una matrícula revelaba que pertenecía a otro coche; un agente paraba a alguien al azar por conducir con exceso de velocidad.

Que la vida de Kit pudiera depender de un azar tan frágil era casi más de lo que Steve podía soportar. Mucho peor debía de ser para Fiona, quien ya tenía que superar una pérdida aparentemente tan fortuita. Y cuando él debería estar a su lado, apoyándolos a los dos, era un extraño.

Steve llevó lo que le quedaba de café a la habitación

y contempló su ropero. No podía confiar en llegar a casa para cambiarse antes de que cayera la noche. Eligió un traje ligero de lana azul oscuro, que no se arrugaba fácilmente. Camisa blanca y corbata azul para el día; otra camisa de color gris fuerte, cuidadosamente doblada que guardó en una bolsa, y una corbata de seda escarlata, para la noche. La corbata era un regalo de Fiona, recordó. Le pareció curioso que fuera del color exacto del pintalabios de Terry. Incluso en algo tan elemental, las dos hebras de su vida se entretejían.

Mientras se vestía, Steve intentó ahuyentar de su mente los sentimientos personales. Tenía cosas importantes que hacer ese día y necesitaba tener la cabeza despejada. Pero no funcionó y, mientras se dirigía hacia el coche, supo que, surgiera lo que surgiera del caso Blanchard, no estaría tranquilo hasta saber qué estaba haciendo Sarah Duvall.

Lo que Sarah Duvall hacía era preguntarse por qué había imaginado que los agentes literarios y los editores podían decirle algo sobre las cartas con amenazas de muerte que Kit Martin, Georgia Lester y, al menos tres escritores de ficción policíaca más, habían recibido.

Las cinco personas con quienes acababa de desayunar le habían escuchado con profunda atención. Luego dejaron caer la bomba tranquilamente. «Nosotros recibimos más de tres mil manuscritos no solicitados al año —dijo uno de los agentes literarios—.

De entre todos, quizás al final aceptamos un máximo de tres autores nuevos. Eso significa que hay muchas personas descontentas por ahí, y francamente inspectora Duvall, si usted leyera algunos de esos manuscritos, se daría cuenta de que no siempre tratamos con los individuos más equilibrados.»

«Yo recibo cartas injuriosas regularmente —había dicho un editor, respaldando al agente—. Suelen ser de autores que he rechazado, pero alguna que otra vez también de autores que he sacado del catálogo porque venden poco. La gente se lo toma de forma muy personal, porque la escritura es una cosa muy personal. Pero nunca va a más. Se ponen un poco furiosos, te añaden a su lista mental de personas que odian, hablan mal de ti dentro del entorno profesional, pero nada más.»

Se pasaron las cartas de mano en mano, comentando sólo que parecían un poco más hostiles de lo habitual. Pero todos estaban de acuerdo en que ninguno de ellos habría molestado a la policía, ni siquiera a los vigilantes jurados de sus editoriales, por su causa. «Estamos en un negocio muy emotivo —había dicho otro agente literario—. Las emociones son fuertes. Pero tratamos con personas que consideran que las palabras en sí ya son armas suficientes.»

Sin embargo, Duvall había conseguido de cada uno de ellos la promesa de llevarse copias de las cartas para compararlas con cualquier otra misiva cargada de odio que tuvieran en sus archivos, a fin de ver si detectaban

alguna relación lógica. Aquello tenía pocas probabilidades de funcionar, así que no le sorprendió el hecho de que no saliera nada.

Pero ello no impidió que se sintiera decepcionada. Esperaba que no fuera un augurio para el resto del día. No quería terminar haciendo el ridículo, después de una operación tan grande como el registro del mercado de Smithfield.

Nunca se le ocurrió pensar que, indirectamente, lo que deseaba era el asesinato de Georgia Lester.

Terry Fowler parecía tan relajada como el día anterior. Llevaba un suéter fino negro por encima de una camiseta blanca y lo que parecían ser los mismos tejanos. Había arrimado una silla a su lado para que Steve pudiera mirar la pantalla del ordenador por encima de su hombro.

—Son resultados interesantes —dijo mientras tecleaba.

Él observó que tenía unas manos sorprendentemente anchas, con dedos fuertes que terminaban en uñas cortas y cuadradas, cuidadosamente cortadas, como si quisiera eliminar la tentación de mordisquearlas. Llevaba un anillo grueso de plata en el dedo anular de la mano derecha.

—Pude usar un conjunto de parámetros que Fiona ya ha desarrollado para las violaciones en serie. Necesitaba una o dos modificaciones, pero, como

trabajaba con un paquete más o menos ya hecho, era mucho más rápido que empezar de cero. Y como parecías tener algo de prisa...

—Es una costumbre, me temo. Quizá no habría sido muy importante otro día o dos de demora.

—La urgencia no es un mal hábito en tu trabajo, imagino —dijo Terry, volviéndose a medias para lanzarle una sonrisa—. Tienes que tratar de pillar a los malos antes de que ellos hagan cosas peores.

—Algo así —suspiró Steve—. A veces se trata más bien de hacer las cosas antes de que los burócratas noten cuánto estás gastando del presupuesto.

—Sí, vale. Pues, fíjate, este uso particular del presupuesto ejecutó el programa de relacionar crímenes con los expedientes que me diste. —Arqueó las cejas—. Incluyendo los cuatro que metiste para averiguar si lo hacía bien o no.

—No fue por eso —protestó Steve—. No se trata de ponerte en ningún apuro, sino de mostrar a mis compañeros que va en serio. Si puedo demostrar que el programa es capaz de separar los casos irrelevantes, eso consolida el valor de los resultados.

—Sólo te ponía a prueba —murmuró ella—. No pasa nada. No estoy realmente ofendida. Entiendo el principio de los grupos de control. De todas maneras, después de introducir todos los casos en el ordenador, parece que sí tienes un grupo aquí. —Su tono de voz se volvió más cortante cuando llegó a la parte sustancial de los resultados—. Cuatro de las violaciones y dos de las

agresiones sexuales graves. El caso de Hertfordshire tiene una probabilidad algo más baja que los otros cinco, pero aun así llega a tener un ochenta y siete por ciento, lo cual yo diría que significa un positivo completo.

Steve sintió una pequeña ola de ilusión, aunque los años de experiencia la mantenían bien escondida.

—¿Y cómo se traduce eso en términos del perfil geográfico?

—Vamos a verlo paso por paso —dijo Terry, haciendo clic con el ratón en el cuadro de diálogo.

Ante ellos se desplegó un plano monocromático del norte de Londres. Pulsó un par de teclas y la pantalla se inundó de color: verdes iridiscentes, azules, amarillos, lilas y una mancha de color burdeos.

—Eso es lo que nos dan los dos primeros. Si añadimos el tercero y el cuarto...

Volvió a teclear con la mano izquierda. Ahora la mancha roja quedaba más claramente definida; el color era más claro. Pero también había aparecido una segunda zona de color lila rojizo hacia el norte del escarlata original. Steve, que había visto a Fiona hacer aquello muchas veces y podía encontrar algún significado en lo que veía, notó que la principal zona iluminada cubría una docena de calles en la parte norte de Kentish Town. La segunda mancha estaba más hacia Archway.

—Añadamos el quinto, y la segunda mancha se vuelve más insignificante —continuó Terry—. Pero,

cuando introducimos el sexto incidente, mira lo que pasa.

El sector rojo original apenas cambió, pero la zona lila se puso notablemente más rojiza.

—¿Y a qué conclusiones te lleva esto? —preguntó Steve, bastante seguro de que sabía lo que vendría a continuación. Terry volvió la cabeza y le sonrió.

—A las mismas que a ti, supongo. —Cogió un lápiz y señaló la zona roja principal—. Si hemos identificado correctamente a un grupo auténtico, entonces las probabilidades indican que tu hombre vive en esta área de aquí. Es posible que viva en la otra mancha significativa, pero yo me inclinaría a pensar que es allí donde trabaja. Cuando un delincuente está en los inicios de su carrera, tiende a quedarse más cerca de casa. Y, si miramos los primeros dos casos, lo único que nos da es esta sección de aquí, cuya probabilidad simplemente se intensifica cuantos más casos introduzcamos.

Se recostó en la silla y giró hasta quedar frente a Steve. Sin mirar a la pantalla, pulsó un par de teclas.

—Y cuando añadimos el asesinato de Susan Blanchard, vamos a ver qué pasa.

A pesar de todo su autocontrol, Steve no pudo reprimir la sorpresa.

—¿Qué has dicho?

Terry sonrió.

—Pareces un bacalao pasmado —dijo ella—. Sabía que esto te estremecería.

—¿Has estado hablando de eso con Fiona?

—presionó Steve, escondiendo sus sentimientos detrás de un tono severo.

—No. Lo he deducido yo solita. Cuando decías que había otro caso que añadir a la serie, pensé que tendría que ser algo muy serio. Y lo único que es más serio que la violación es el homicidio sexual. También tenía que ser un caso importante para que estuvieras dispuesto a recurrir a las relaciones entre los crímenes y los perfiles geográficos. Probablemente un caso que hubiera quedado en punto muerto, porque este tipo de procesos no es lo primero que se suele probar. Ya que te interesaban los casos del norte de Londres, las probabilidades indicaban que buscabas una violación con asesinato al norte del río, todavía sin resolver. Si sumas todo eso, el resultado es el caso de Susan Blanchard.

Abrió los brazos teatralmente, como un mago sacando el conejo del sombrero.

—Estoy impresionado —reconoció Steve.

Fiona había dicho que Terry era impulsiva, pero no que también fuera intuitiva.

Terry se encogió de hombros.

—No es nada. Se supone que me han entrenado para hacer estas relaciones. —Sonrió—. Realmente no deberías sorprenderte cuando lo hago.

Steve se rió.

—Estoy rodeado de personas que se supone que están entrenadas para establecer relaciones y, sin embargo, no puedes ni imaginar cuántas veces no lo

consiguen. Tienes razón, por supuesto, es el asesinato de Susan Blanchard lo que me interesa.

—Pensaba que habíais cerrado la investigación después de que se la cargaran por completo en el Bailey. ¿No era es ala posición oficial, que no buscabais a otro sospechoso?

—Bueno, no podíamos decir nada sin quedar aún más en ridículo de lo que ya estábamos —dijo Steve, con un dejo de amargura en la voz, que se notaba a pesar de sus mejores intenciones.

—Sí, seguro. Pero, en confianza, ¿aún estáis investigando? Él asintió con la cabeza.

—Tenemos un pequeño equipo de agentes trabajando.

—Pero ¿Fiona no?

Hubo un silencio.

—Preferiría no entrar en eso, si no te importa —dijo—. Quizá deberías preguntárselo a Fiona.

—Ningún problema. —Terry hizo con la mano un gesto como si desechara algo—. No es asunto mío. Yo simplemente agradeceré el talón que llegará por correo. Bueno, ¿quieres ver lo que pasa cuando sumamos el asesinato de Susan Blanchard?

—¿Es el Sinn Fein lo mismo que el IRA?

—Vaya, ahora está hablando el detective. Bueno, a pesar del hecho de que eres un intolerante lleno de prejuicios, compartiré mis resultados contigo.

Su sonrisa eliminó la mayor parte de la mordacidad subyacente en sus palabras y pulsó la tecla <ENTER>.

El sector escarlata principal no cambió en absoluto, pero el área que estaba más al norte se puso menos roja.

—No tengo que deletreártelo, ¿verdad?

Steve negó con la cabeza, experimentando una profunda sensación gratificante.

—No. Tu programa considera que la persona que asesinó a Susan Blanchard es el mismo individuo que cometió cuatro violaciones y dos agresiones sexuales graves a lo largo de los últimos dos años. Y tengo que decirte que esta es la mejor noticia que he oído en mucho tiempo.

Terry esbozó la sonrisa que ya él empezaba a reconocer como un indicio de que estaba a punto de desafiarlo.

—Sí, seguro. Tienes una visión bien rara del mundo, Steve. No hay muchas personas que crean que un violador reincidente convertido en asesino se halla en la categoría de las buenas noticias. Deberías salir de casa más a menudo.

—Pensaba que ya estabas tomando medidas para rectificar eso —dijo él, devolviéndole la sonrisa.

—Es un trabajo sucio, eso de salvaguardarle, pero alguien ha de hacerlo —dijo ella impertinentemente—. Así que, ¿adónde vamos?

—Han abierto una nueva *brasserie* en Clerkenwell. El chef aprendió con Marco Pierre White y es especialista en pescado. Logré hacer la reserva porque se produjo una cancelación para las siete y media. ¿Qué te parece?

—Suena bien.

Por un momento, Steve pensó en ofrecerse para ir a recogerla, pero sabía que era improbable que le diera tiempo. No quería empezar a decepcionarla tan pronto. Si las cosas funcionaban entre ellos, su trabajo le daría oportunidades más que suficientes para llegar impuntual a otras citas en el futuro. Además, no quería parecerse a la persona incauta que en el fondo, sabía que era. En vez de ofrecerse a recogerla, garabateó el nombre y la dirección del restaurante en un trozo de papel.

—Te veré allí. —Se puso de pie—. Tengo que regresar a la oficina central y mandar a mi equipo a trabajar en esto. ¿Me puedes dar una copia impresa del plano?

Terry giró de nuevo en la silla hasta ponerse frente al ordenador.

—¿Quieres una ampliación de las zonas rojas? —le preguntó.

—Por favor.

—¿Necesitas un informe escrito? —preguntó.

—¿Por qué no aprovechar al máximo todo lo que voy a pagar? —dijo Steve.

—¿Por fax o por correo electrónico?

—Por ambas vías, si no te importa.

—Los tendrás mañana por la tarde —dijo Terry guiñándole un ojo—. Te veré esta noche.

Steve asintió y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se volvió y le tiró un beso. El rubor le duró hasta que llegó a la planta baja. También la sonrisa. Terry Fowler

había hecho más que reactivar un caso en estado latente. Le había quitado de la cabeza todos sus temores con respecto a Kit durante el rato que estuvieron juntos. Y eso valía mucho, mucho más que todo el dinero que la Policía Metropolitana pudiera pagarle.

Ya en la oficina central de la policía, Steve llamó a Joanne al despacho. Neil se encontraba ocupado vigilando a Francis Blake, y John no estaba de turno, así que sus recursos eran mínimos, a pesar de las nuevas posibilidades que abría el estudio de Terry.

Incapaz de contener su júbilo, Steve deslizó los planos hasta el otro lado de la mesa, donde estaba Joanne.

—Parece que por fin tenemos una pista sólida. El perfil geográfico de tus violaciones. Cuando se introdujo el asesinato de Susan Blanchard en el análisis, la zona roja central no cambió en absoluto.

Joanne alzó la vista, con la ilusión brillando en los ojos.

—¡Fantástico! ¡Guau! Y bien, ¿qué quieres que haga?

—Me temo que toca trabajo pesado. Identificar las calles iluminadas en rojo, más una calle por arriba y otra por abajo, para sentirme tranquilo... y conseguir el censo electoral.

Joanne suspiró.

—¿Y revisar el censo electoral cotejándolo con los archivos de antecedentes penales?

—A menos que se te ocurra una manera mejor de hacerlo.

—Cuando yo gobierne el mundo, haré que se organicen las bases de datos de los antecedentes penales, de modo que se pueda buscar con cualquier parámetro de entre una docena de ellos —dijo ella levantándose de la silla—. Estoy en ello.

—Gracias, Joanne. ¡Ah, y gracias por la sugerencia del restaurante!

Ella levantó las cejas.

—Espero que lo pases bien.

Steve sonrió.

—Ésa es mi intención.

Ya en la puerta, Joanne se volvió.

—Si es que llegas, por supuesto. Quiero decir, si tengo suerte, podríamos estar investigando a un nuevo sospechoso número uno esta noche. ¿Verdad que sí, señor?

—Que tengas suerte, Jo. Pero intenta no tenerla hasta mañana por la mañana, si quieres seguir siendo mi detective favorita.

Después de que se marchara, Steve miró fijamente la puerta cerrada y sintió en las venas el zumbido de la certidumbre de que, por fin, podrían estar a sólo unas horas de un golpe de suerte. Pensar en golpes de suerte le recordó que tenía en el escritorio un mensaje de Sarah Duvall pidiendo que lo llamara.

Una parte de su ser temía hacer esa llamada. Si a Georgia Lester la habían encontrado muerta, prefería

posponer cuanto fuera posible la noticia y todo lo que implicaba. Por otra parte, era probable que hubiera reaparecido viva. Steve cogió el teléfono y marcó el número de Sarah.

Extracto de la descodificación del documento P13/4599

Azoqf tqkru zpsqa dsumx qefqd edgym uzeyk xurqe sauzs fasqf mxaft mdpqd. Ftqkx xtmhq faefm dfeqq uzsft gbmff qdzft qzuze bufqa rftqp gynet ufbmp pke.

Cuando hayan encontrado los restos de Georgia Lester, mi vida se volverá mucho más difícil. Para entonces tendrán que empezar a ver el esquema. Pero les llevará uno o dos días hacerlo oficial. No querrán admitir lo que está sucediendo porque cundiría el pánico.

De modo que tengo que darme prisa en atrapara mi próxima víctima y aprovechar que aún no sospechan nada. Pero debo tener cuidado y no precipitarme. La paciencia es el secreto. Nunca hay que perder la calma. Sólo esperar. Aunque la espera sea difícil y amarga.

Pongamos como ejemplo el uniforme de mensajero. Sabía desde el principio lo que necesitaba para llegar a Kit Martin. Pero no tenía ni idea de cómo

conseguirlo. Entonces los dioses me sonrieron. Una noche estaba en la lavandería, mirando cómo la ropa daba vueltas en la lavadora. Sólo había otra persona, un hombre y, cuando sacó la ropa húmeda y la metió en la secadora, vi el logotipo de Mensajeros de la City brillando en la chaqueta de color azul oscuro. Y también vi los pantalones del uniforme. Puro maná enviado desde los cielos.

Después de introducir unas fichas en la ranura de la secadora, el hombre miró el reloj y se dirigió a un pub que estaba en la acera de enfrente. Esperé unos minutos, y luego metí toda la colada del mensajero en mi bolsa. Pan comido.

Me quedé allí sentado y esperé a que terminara mi colada, completamente tranquilo. Diez minutos después, regresé a mi piso con mi ropa húmeda encima de la suya. Tuve que sacarle del ancho a los pantalones y la chaqueta me aprieta un poco en los hombros, pero no importa. No es que vaya a llevar el uniforme puesto mucho tiempo.

Sólo el tiempo necesario para convencer a Kit Martin de que abra la puerta de la calle al mensajero Pat.

CAPÍTULO 37

Fiona miró el reloj de pared de su despacho. Esa mañana, el desayuno había transcurrido en un ambiente tenso, a pesar de los esfuerzos de ambos por conservar algo parecido a una vida normal, ante el temor que parpadeaba bajo la superficie. Le había arrancado a Kit la promesa de que no abriría la puerta a desconocidos ni saldría solo, ni siquiera para dar su paseo habitual por el Heath a la hora de comer. Aunque le irritaban las trabas, Kit al menos salvó su orgullo diciéndose que lo haría no por cobardía, sino sólo para tranquilizar a Fiona.

Lo peor era no saber qué estaba pasando. Ella deseaba haber podido mostrarse optimista ante la negativa de Steve de ofrecer a Kit cualquier protección oficial. De esa forma, como mínimo estarían en contacto y ella sabría algo del progreso de la investigación. Pero no podía perdonar su incapacidad de arriesgarse por un amigo. Así que tendría que aceptar aquella ignorancia tan poco habitual.

Echó otro vistazo al reloj. No tenía sentido. Sentada allí no conseguiría hacer nada. El trabajo que supuestamente ella revisaba, antes de enviarlo para su publicación, la miraba acusándola desde la pantalla del ordenador, desatendido como una parcela de tierra baldía. En el fondo de su corazón, Fiona sabía que no podría concentrarse en la oficina. Si se llevara el trabajo

a casa, quizá podría hacer algo. Nada le pasaría a Kit mientras estuvieran los dos en casa.

Decidida a regresar a casa, Fiona descolgaba ya la chaqueta de la percha, cuando sonó el teléfono. Se resistió a la tentación de ignorar los timbrazos y cruzó el despacho para contestar cuando ya había sonado por cuarta vez.

—Diga, Fiona Cameron —dijo.

—¿Doctora Cameron? Soy Victoria Green, del *Mail*. ¿Podría concederme unos minutos de su tiempo?

—Creo que no.

—Permítame decirle solamente de qué se trata.

La voz de la periodista era amable y obsequiosa.

—No tiene sentido, porque no me interesa. Si se molestara en revisar su hemeroteca, descubriría por qué no concedo entrevistas.

—No es una entrevista lo que queremos —dijo Green rápidamente—. Nos gustaría que nos escribiera un artículo. Sé que escribe artículos, he leído uno suyo en la revista *Psicología Aplicada*.

—¿Lee esa revista? —dijo Fiona, y la sorpresa impidió que colgara el teléfono.

—Me licencié en psicología. He leído su trabajo sobre la relación entre crímenes. Por eso sabía que usted era la persona indicada para escribirnos un artículo.

—Creo que no —reiteró Fiona.

—Verá —continuó Green, impertérrita—, yo sostengo la teoría de que Drew Shand y Jane Elias

fueron asesinados por la misma persona. Y creo que Georgia Lester podría ser la próxima víctima. Me gustaría que usted aplicara su método de relacionar crímenes a estos casos para averiguar si tengo razón.

Fiona colgó sin responder. El secreto ya había salido a la luz. Dentro de poco, otros seguirían el ejemplo de Victoria Green. Si hubiera tenido alguna duda sobre si regresar a casa con Kit, se habría desvanecido con esa llamada.

El hombre con cara de pollo se encogió de hombros:

—La carne es la carne, ¿a que sí? Una vez que le ha quitado la piel y el hueso, la carne humana no se diferencia mucho de un trozo de carne de vaca o de ciervo.

Sarah Duvall suspiró.

—Entiendo.

—Y el mercado es enorme. No puedo ni empezar a contar el número de neveras, mostradores y congeladores que hay. No es como entrar en la típica carnicería, ¿sabe? Hay veintitrés unidades comerciales en el edificio este y otras veintiuna en el oeste.

Sus ojos oscuros brillaban y su pico temblaba en un resuello.

El sargento Ron Daniels le dedicó una sonrisa benévola al hombrecillo. Tras haber trabajado durante años como agente encargado del equipo policial del mercado de Smithfield, había llegado a conocer a

Darren Green, el representante de los vendedores. Sabía que detrás de su agresividad había un hombre razonable, siempre que lo respetaran.

—Nadie aprecia esto más que yo, Darren. Tenemos un trabajo muy importante que hacer y por eso hemos acudido a ti.

Duvall se volvió hacia el patólogo del Ministerio del Interior.

—Profesor Blackett, ¿qué piensa usted?

El patólogo, un hombre de edad mediana, ya casi calvo, estaba sentado detrás de ella. Levantó la vista de su libreta e hizo una mueca.

—Es problemático, como ha señalado el señor Green. Pero, siguiendo su sugerencia, leí la parte relevante del libro de Georgia Lester. Y, si estamos tratando con un asesino que se inspira en otros, entonces los cortes de carne con los que se habrá quedado deberían diferenciarse de los cortes habituales de una carnicería en varios detalles clave.

—Pero seguirán pareciendo simple carne, ¿no es así? —insistió Darren Green.

Tom Blackett movió la cabeza.

—Confíe en mí; podemos ver la diferencia. —Pasó las páginas de su libreta hasta encontrar una en blanco y empezó a dibujar—. Los seres humanos son bípedos, no cuadrúpedos. Nuestros hombros y los músculos superiores de la pierna son muy diferentes de los de una vaca o un ciervo. Particularmente la pierna. Pongamos por ejemplo una sección transversal que atraviesa la

mitad del muslo, de donde se ha quitado la cabeza del fémur, la cual es demasiado evidente para dejarla en el lugar... —Señaló el esbozo que había hecho. Darren Green se inclinó y lo miró con recelo—. Aquí tenemos el borde redondo del hueco del fémur. Delante, tendríamos el grupo anterior de músculos, el recto abdominal y el vasto externo. Detrás tendremos el grupo posterior, el músculo abductor y los tendones de la corva. Y aquí, en la parte interior, tendremos el grupo medio de músculos, donde también están situados la mayoría de los vasos sanguíneos y los nervios. Probablemente también tendremos mucha más grasa que en la típica res muerta.

Green sonrió a medida que empezaba a comprender.

—Bueno —dijo—. Esa disposición de la carne no tiene nada que ver con lo que se ve en la pata de una ternera o un ciervo.

—Y por supuesto —continuó Blackett—, un trozo de carne humana será mucho más pequeño que el corte correspondiente a una vaca o a un ciervo. Y eso cualquier carnicero lo vería enseguida, ¿no es así?

—Yo diría que sí —dijo Green con cautela—. Pero, incluso si un grupo nuestro os ayuda en la búsqueda, se necesitaría una eternidad para revisar todo el terreno. No habremos terminado antes de que abran los comercios por la mañana. No lo olvidéis, no es como una tienda que abre a las nueve. La mayor parte de nuestro negocio lo hacemos entre las cuatro y las siete de la mañana.

—Si estuviéramos hablando de registrar el mercado entero, tendría que coincidir con usted, señor Green —dijo Duvall—. Pero tenemos información que ayudará a estrechar el cerco de forma considerable. Buscamos congeladores que no se usan todos los días. Los que son más bien para el almacenaje a largo plazo. Probablemente estén cerrados con candado. Por eso necesitamos la total cooperación de sus compañeros. No queremos tener que ir por ahí entrando a la fuerza en su propiedad. De modo que lo que necesito es que se ponga en contacto con todos los que tengan un puesto en el mercado y les pida que su personal esté aquí esta noche para ayudarnos a acceder a los lugares de almacenamiento. Y durante toda la noche, si hace falta.

—Joder —protestó Green—. Usted pide mucho.

—Si no tiene personal para hacerlo, puedo ofrecerle algunos de los agentes de policía del mercado. Pero hay que hacerlo —dijo Duvall, con voz tan contundente como implacable era su cara.

—Eso no les va a gustar —se quejó él.

Daniels intervino.

—No lo estamos haciendo para divertirnos, Darren. Se trata de un asunto muy serio.

—Así es —dijo Duvall sombríamente—. Necesito que usted y sus voluntarios estén en la comisaría de Snow Hill a las nueve para que el profesor Blackett pueda darles la información sobre lo que vamos a buscar, y para poderles asignar a los agentes que les ayudarán. Pienso comenzar la operación a las diez en punto. No

tengo ningún deseo de trastornar su comercio por la noche. Pero eso depende de usted y sus socios. Sugiero que empiece ya.

La sonrisa que mostró no disminuyó en absoluto la dureza de la orden. Protestando entre dientes, Green se marchó.

—¿Qué crees, Ron? ¿Funcionará? —preguntó Duvall. El hombretón asintió con la cabeza.

—Yo creo que tendrás la cooperación que necesitas. Hablaré con Darren y me aseguraré de que haga saber a su gente que los comerciantes no están bajo sospecha en este momento.

Duvall estuvo de acuerdo:

—Usted parece confiar en que podremos identificar lo que buscamos, profesor —dijo dirigiéndose al patólogo.

—Si hubiera expresado las dudas que tengo, ese señor Green se habría empeñado en obstaculizar más nuestro trabajo. No es fácil identificar la carne humana a simple vista, inspectora. Una vez que tengamos algo sospechoso, será bastante simple realizar las pruebas para confirmarlo, pero que encontremos o no algo, dependerá de las habilidades de su asesino. —Blackett se calló, luego arqueó las cejas—. Es decir, siempre que exista.

CAPÍTULO 38

El detective Neil McCartney estaba cansado. Vigilar a Francis Blake durante doce horas al día era una misión que lo mataba, en gran parte porque aquel hombre tenía una vida terriblemente aburrida. A veces ni lo veía durante todo el turno. Al menos, Neil se había cambiado por el turno de día, de diez a diez, lo cual resultaba un poco menos desesperante que las largas noches, cuando lo único que parecía hacer Blake era ver vídeos y dormir. Pero Neil sabía que aquello era sólo un breve respiro. Como Joanne estaba atrapada en el despacho aporreando el ordenador, no faltaría mucho para que John luchara por conseguir el turno de día otra vez. Era lógico: tenía una mujer e hijos que no querrían estar callados porque papá tenía que dormir.

Esa podría haber sido su vida, pensaba Neil con cierta amargura. Si no hubiera sido tan tonto como para elegir a la mujer equivocada. Había conocido a Kim trabajando. Era enérgica y vivaz, la vida y el alma de todas las fiestas. No era el tipo de mujer que normalmente le atraía, pues, en realidad, era un hombre tranquilo. Al principio, pensaba que las miradas que le dirigían eran de envidia. Sólo al cabo de mucho tiempo, se dio cuenta de que eran miradas de lástima. El era su coartada para que ella ligara con uno de los sargentos de custodia, la distracción perfecta para engañar a la mujer del sargento en cada acto policial. Y la mejor coartada

posible era el matrimonio.

Al principio, dirigió su amargura hacia sí mismo. Pero no tenía sentido estar amargado por Kim; ella era la mujer que era. De modo que acabó culpando a su trabajo.

Fácilmente podría convertirse en el poli rencoroso que ejercía su agresividad con los que entraba en contacto profesionalmente. Pero el traslado que solicitó lo llevó a la división de la policía secreta y al equipo de Steve Preston. Y eso le había salvado. Le había hecho recordar por qué había entrado en la policía. Encarcelar a los delincuentes, de eso se trataba, y a la mierda con los juegos de oficina. Era así como Steve dirigía su brigada, y los agentes que no pudieran con eso no duraban mucho.

De modo que ahora Neil depositaba su lealtad en su jefe. Por eso, por muy tediosa que fuera la vigilancia, él estaba preparado para llegar al final. El fiasco de la trampa que le tendieron a Francis Blake y el juicio posterior no habían hecho más que consolidar su decisión. Era lo que pasaba cuando la política obstaculizaba el trabajo de la policía, y él estaba tan decidido como su jefe a poner las cosas en su lugar y coger al asesino de Susan Blanchard. Así que reprimió sus dudas sobre el sentido de lo que hacía y se pegó a la sombra de Blake como un chicle.

Bostezó. La llovizna caía implacablemente sobre el parabrisas. Parecía un contrapunto apropiado para la carencia de animación, tanto en su vida como en la de

Francis Blake. Si él tuviera el dinero que Blake se había embolsado por el contrato con el periódico, estaba absolutamente convencido de que estaría viviendo en un piso de más categoría que aquél. No había otra forma de verlo; aquello era una casucha.

El piso que Blake había alquilado al quedar en libertad estaba a menos de un kilómetro de su vieja vivienda en King's Cross. El piso nuevo estaba en una calle concurrida, pero algo sórdida, cerca de Pentonville Road; un lugar donde abundaban las putas, los parados sin esperanza, las personas mayores pobres y los enfermos mentales. Lo único bueno que se podía decir era que no había mucho tráfico. A mitad de la calle, algún arquitecto sin talento había diseñado una manzana utilitaria de ladrillos grises que parecía haber sido construida por albañiles chapuceros de los años sesenta. Eso aislaba a Blake de las casas adosadas cercanas por medio de un callejón de servicio, que daba la vuelta por ambos lados y por detrás. Abajo había seis tiendas: un quiosco, una vinatería, un punto de apuestas, un pequeño supermercado, un chiringuito de pinchos morunos y una oficina de taxis. Las dos plantas de arriba estaban divididas en pisos y, en uno de esos grises nichos de la segunda planta, vivía Blake. A Neil le deprimía pensar en aquel lugar.

No sólo estaría viviendo en un sitio de más categoría, sino que estaría haciendo algo mucho más interesante que bajar, de vez en cuando, al punto de apuestas o a la tienda de vídeos que estaba a la vuelta de

la esquina.

A juzgar por lo que Neil podía ver, la vida de Blake no había cambiado gran cosa; era como si aún estuviera encarcelado en el Scrubs.

A unos kilómetros de distancia, Steve Preston y Terry Fowler pasaban la noche de una forma totalmente distinta. Por una vez, Steve había logrado arrancar a su trabajo un tiempo extra, mientras dejaba a Joanne enfrascada en una búsqueda, al parecer interminable, en los archivos de antecedentes penales.

Neil no había informado de nada que fuera significativo, de modo que no había ninguna preocupación profesional específica que le distrajera de su compañía.

Terry había llegado cinco minutos antes, afirmando que una obsesión patológica por la puntualidad le impedía llegar elegantemente tarde a cualquier cita.

—Siempre soy la que llega a la fiesta cuando los anfitriones aún están duchándose —dijo—. Eso supone que la noche comienza de un modo interesante.

A Steve no le importaba en absoluto. Le encantaba disponer de cinco minutos extra en el bar para poder admirarla. Terry llevaba un sencillo vestido negro que le llegaba a las rodillas, hecho de alguna tela que él no identificó y que parecía fluir y brillar alrededor de su cuerpo cada vez que se movía.

Después de haber languidecido en un bache durante

demasiado tiempo, Steve se preguntó recelosamente si su suerte de verdad había cambiado tanto como parecía. «Cuidado —se dijo para sus adentros—. Sabes que, en cuanto te emocionas, construyes demasiado rápido. Tómatelo con calma, no dejes que note cuánta falta te hace algo como ella. Aunque sólo sea por una vez, trata tu vida personal con la misma circunspección que pones en la investigación de un caso.»

Pero no sucedió nada durante la cena que cambiara esa sensación de suerte sobrecogedora. Él era consciente de ser un compañero interesante, y ella parecía más que dispuesta a apreciarlo. La conversación nunca cayó en uno de esos silencios torpes en los que nadie rompe el hielo. Intercambiaron historias, se rieron, empezaron a esbozar los detalles de sus vidas.

Para ser un hombre acostumbrado a contenerse, Steve se sentía agradablemente sorprendido al descubrir que el aparente candor de Terry tenía el don de hacer que se abriera. Por primera vez desde que conociera a Fiona, hacía tantos años en la universidad, conocía a una mujer que le permitía relajarse, y cuya única exigencia consistía en pedirle que fuera él mismo. Irónica, inteligente y sin ninguna pretensión, Terry se le antojó a Steve tan atractiva por dentro como por fuera. No podía entender qué era lo que ella veía en él. Cuando lo dejó solo un momento para ir al lavabo, se descubrió mirando la puerta, ardiendo en deseos de que regresara, unos deseos que no experimentaba desde hacía años por ninguna otra mujer. «Me siento de nuevo como un

adolescente —pensaba, perplejo—. Esto es una locura, Preston. Frénate ya.»

A lo largo de la cena, Steve seguía esperando el golpe de mala suerte. Pero no llegó. Ella ni siquiera se opuso cuando él insistió en pagar la comida.

—Tú ganas mucho más que yo, querido —le dijo encogiéndose de hombros desenfadadamente.

Eran más de las diez cuando salieron al prado de Clerkenwell. Una fina llovizna había comenzado a caer mientras estaban dentro, así que se apretujaron debajo de un toldo para esperar un taxi libre. La luz de neón blanca del restaurante proyectó sus reflejos sobre la cara de Steve, convirtiéndola en un claroscuro de planos y ángulos. El pelo de Terry ardía como platino brillante. Se acurrucó contra Steve y le sonrió.

—Bueno, guapo —le dijo—, ¿has puesto sábanas limpias en la cama?

Steve se rió.

—¿Por qué? ¿Lo has hecho tú?

—Aunque he pensado que tu piso sería mucho más decente que el mío, sí, lo he hecho.

El negó con la cabeza, y una sonrisa le arrugó la piel alrededor de los ojos.

—Está bien, admito que he sido un presuntuoso. Sí, cambié las sábanas esta mañana —dijo, y la estrechó contra él.

Como respuesta, Terry se movió hasta quedar frente a él. Se puso de puntillas, se agarró a sus solapas y, tirando de ellas, atrajo su cara hacia la suya. Lo besó.

Un beso largo, lánguido y lujurioso.

Era todo lo que le hacía falta. Cualquier intento de ser cauteloso se extinguió con el instantáneo ardor de la chica. Cuando regresaron a su piso, por primera vez en años, Steve desconectó el teléfono y apagó el busca. Esa noche no había nada tan urgente que no pudiera esperar hasta el día siguiente. Nada exceptuando a Terry, y eso era más que suficiente.

La noche en la ciudad. Hacía unos años, las calles que rodeaban el mercado de Smithfield habrían estado desiertas a esa hora de la noche. Los edificios altos y grises, sin adornos, convertían las calles estrechas en cañones retorcidos. Las farolas apenas parecían penetrar en las sombras. El mercado se encontraba cerrado; la vasta construcción victoriana de vidrio, ladrillo y hierro estaba en obras.

Pero ahora todo había cambiado. Las cafeterías, los bares y los restaurantes habían colonizado la zona; sus luces brillantes se derramaban sobre las aceras y hacían que las calles estuvieran vivas, bulliciosas de clientes. Los edificios viejos se habían reconvertido en pisos de lujo para los nuevos ricos, y Smithfield había sido restaurado, en un intento de ser el colmo del vanguardismo.

Los vestíbulos del mercado habían recuperado su antigua gloria. Incluso cuando estaba cerrado, que era como la mayoría de la gente lo veía, era una visión

impresionante. Rejas de hierro forjado, altas y profusamente decoradas, se extendían a lo largo de la avenida que dividía el edificio este del oeste, ricamente pintadas de violeta y verde mar, con detalles destacados en oro. De entre las rejas, surgían unas columnas ornamentadas de hierro y unas hojas de acanto fluían hasta las vigas voladizas de los toldos, que guarecían la calzada de la lluvia.

El interior era un matrimonio magnífico entre la obra de hierro victoriana y la tecnología implacablemente moderna. Los camiones que llevaban las reses daban marcha atrás hasta colocarse en estacionamientos especiales para proteger la carne de los elementos; luego la carne era transportada por un sistema mecánico que la entregaba directamente a las unidades comerciales diseñadas a medida.

Las entregas más pequeñas, en cajas y cartones, llegaban por los corredores de servicio que había a ambos lados de las edificaciones, donde la temperatura estaba controlada. La instalación estaba a años luz del viejo mercado de porteadores que se apresuraban por aquí y por allá con la carne expuesta a cualquier contaminación medioambiental. Las nuevas instalaciones debían de haber dificultado mucho el trabajo del asesino.

Justo antes de las diez, llegó el equipo de Sarah Duvall. Algunos llegaron en coches particulares, pero la mayoría lo hizo a pie, pues la comisaría de Snow Hill estaba a corta distancia. Duvall había sido tajante en

cuanto a que la operación debería realizarse de la manera más discreta posible. Lo último que quería era un desfile de furgonetas y coches patrulla aparcados en fila frente al Smithfield. Ese espectáculo inevitablemente alertaría a los medios de comunicación y, en cuanto olfateasen la historia, no tardarían mucho en averiguar qué estaba pasando.

Darren Green había hecho bien su trabajo. Los comerciantes sabían lo que les esperaba, y sorprendentemente pocos se quejaron de la interrupción potencial de las actividades nocturnas. Ahora que el registro estaba a punto de empezar, llegó el momento de Green. Su irritación anterior había cedido paso a la emoción y daba vueltas alrededor de los agentes uniformados como una mosca revoloteando en torno a un trozo de carne, asegurándose de que todos tuvieran el mono y el casco que necesitaban para cumplir con las estrictas regulaciones higiénicas.

Duvall pasó revista a su personal. Había logrado reunir una docena de policías uniformados, media docena de detectives y cuatro carniceros que ayudarían a los agentes destacados permanentemente en el mercado durante el registro. También estaba allí Tom Blackett, además de dos ayudantes suyos del Bart's. Mientras esperaban a los rezagados, Blackett se acercó a Duvall.

—Me asombra que haya conseguido una orden de registro para esto —dijo casi gruñendo.

—Pedí que me devolvieran tantos favores que, si

acabo haciendo el ridículo, deberé favores a todos durante años.

—Ya me imagino. No son demasiados los jueces que se arriesgarían con algo tan endeble como esto. —La sonrisa de Blackett era tan alegre como la llovizna que acababa de comenzar a caer—. ¡Ojalá encontremos algo! —dijo, y se alejó para hablar con sus ayudantes.

Duvall se aclaró la garganta.

—Bueno, atiendan todos. Ya saben lo que vamos a hacer en cuanto entremos. El profesor Blackett y sus ayudantes esperarán conmigo bajo el reloj de la calle Middle. Si alguien encuentra algo que sea mínimamente sospechoso, que venga inmediatamente y los patólogos lo acompañarán y examinarán lo que sea. ¿Señor Green?

Darren dio un paso adelante con un gesto teatral que parecía totalmente absurdo:

—Por aquí —informó.

—Buena suerte —gritó Duvall mientras el equipo entraba en fila india.

Los siguió con la mirada mientras se dispersaban hasta las secciones asignadas.

—La vamos a necesitar —agregó ella entre dientes.

CAPÍTULO 39

Por una vez, Kit se despertó primero. Se desplazó sobre la cama, envolvió a Fiona en sus brazos y le besó la nuca.

—Unnh —ronroneó ella.

—Me voy a levantar ahora —dijo él—. Voy a preparar pescado desmenuzado con huevos y arroz, para desayunar.

—Dios mío —suspiró Fiona—. ¿Estás seguro? ¿No podríamos simplemente quedarnos aquí y gozar un rato de esta sensación de bienestar?

Kit soltó una risita.

—Esa sensación ya ha pasado. Ahora tengo hambre. No sé por qué, pero me he despertado con un apetito feroz. Levántate de la cama, doctora Cameron. Desayuno dentro de...digamos, cuarenta minutos.

Se separó de ella con otro beso y saltó de la cama, lleno de energía. Cuando se trataba de actividades de sustitución, igual que la mayoría de los escritores, Kit las convertía en un verdadero arte.

Fiona escuchó sus pasos alejándose, y luego se arrastró hasta quedarse sentada. Bostezó, se estiró y salió de la cama, moviendo los hombros para desentumecerlos. Demasiada tensión, se dijo. No saber lo que ocurría con la investigación de Sarah Duvall era una especie de tortura. Y, tal como habían quedado las cosas con Steve, ni siquiera podría usarlo como fuente

de información.

Si Georgia estaba muerta, tenía que saberlo. De nuevo sintió miedo por lo que pudiera pasarle a Kit, y ella no podía estar con él las veinticuatro horas del día. Si por lo menos encontraran los restos de Georgia en el mercado, podrían tomar medidas para que estuviera más a salvo de lo que estaba ahora. ¿Y si se había equivocado?... Por primera vez en su vida,Fiona deseaba estar desesperadamente, vergonzosamente, equivocada.

Lo que más quería en el mundo era ver la cara de Georgia sonriéndole desde los periódicos matinales, devuelta a los brazos de Anthony sana y salva. Incluso le perdonaría la ansiedad que había causado, con tal de poder decirse a sí misma que Kit estaba fuera de peligro. No sabía cómo iba a superar un día normal de trabajo teniendo la mente tan ocupada con otras cosas.

Veinte minutos después, se había duchado y estaba vestida, decentemente maquillada y peinada. Y, lo que era más importante, también despierta. Durante el desayuno, hablaron poco y dejaron que la radio llenara el silencio.

Había demasiados pensamientos y miedos zumbando en el fondo de sus mentes para que fuera posible una charla superficial. Por fin, después de dos raciones, Fiona apartó el plato.

—Qué rico —dijo—. No ha sido sólo una noche para recordar; también una mañana.

Se levantó y cogió su maletín.

—Eres afortunada por tenerme a mí —dijo él, con

una sonrisa que luego se desvaneció en un guiño.

—Lo sé. Y pienso seguir siéndolo. ¿Te cuidarás hoy, verdad? —Fiona le lanzó una sonrisa ansiosa y lo abrazó—. Cuídate —dijo en voz baja.

—Por supuesto que me cuidaré. Tengo un libro que terminar, amor. Ya hablaremos.

Era una promesa que pensaba cumplir.

Como un niño en Nochebuena, Steve apenas había podido dormir. Lo que hasta entonces había sucedido entre él y Terry le había dejado ansioso y eufórico. Pero la promesa de lo que podría venir le había quitado el sueño, salvo a ratos. Y, sin embargo, no estaba cansado.

Se recostó en los cojines, extendió los brazos por encima de la cabeza y arqueó la columna. Una vez desperezado, dio media vuelta para mirarla. Terry estaba desparramada, las piernas y los brazos extendidos como una gigantesca estrella de mar. Tumbada sobre su vientre, con la cara vuelta hacia él, apesar del maquillaje corrido y el pelo despeinado, a él le parecía bellísima.

Se sentía sobrecogido y mareado por igual. Su propio cuerpo se le antojaba extraño y nuevo. Antes había hecho el amor con mujeres empleando las técnicas más perfectas, pero anoche eso había resultado insignificante. Había habitado su cuerpo por completo; ni una parte de él había quedado sin examinar. Esta vez, no había sentido nada semejante a estar actuando en

beneficio de otra persona, ni para él mismo. Fuera lo que fuese, lo que había pasado entre Terry y él, le había absorbido como nunca antes.

Y había sido divertido. No habían sido simplemente consumidos por el fuego de la pasión; también encontraron la risa. Steve se había despertado en el mismo espacio que tanto conocía, pero contemplaba la mañana con los ojos de un explorador. Era desconcertante, casi daba miedo, encontrarse tan totalmente atrapado por la atracción. Ni su complejidad de adulto ni su astucia profesional le evitaban sentirse vulnerable. Y no sabía cómo manejar aquella situación que le había cogido desprevenido.

Terry se movió y emitió un pequeño ruido gutural. Levantó las cejas y abrió los ojos. Tras un momento de desorientación, su boca se alargó en una sonrisa placentera.

—Menos mal que no fue un sueño —dijo, encogiéndose y acurrucándose contra él.

Steve se frotó el mentón, que se había vuelto rasposo durante la noche, sobre el pelo enredado de Terry y la rodeó con un brazo.

—Vosotros los académicos tenéis un verdadero don de palabra.

—Ah, pero los actos dicen más que las palabras y yo, definitivamente, soy una mujer de acción —replicó Terry, pasándole los dedos por los pectorales definidos y las costillas.

Podía sentirlo duro contra ella, y enredó una pierna

entre las suyas, moviendo lánguidamente la cadera hacia él.

Steve dijo con delicadeza:

—Te van las mañanas.

Su voz se tornó más ronca con la excitación.

Ella ladeó la cabeza e hizo un mohín.

—¿Algún problema con eso? —dijo, con una voz tan provocadora como las insinuaciones de su cuerpo.

Él la acercó con los brazos y oprimió sus senos cálidos contra su pecho.

—No, a menos que tengas que estar en algún lugar dentro de una hora.

Sarah Duvall sintió náuseas. Sabía que tenía más que ver con no haber dormido y haber bebido demasiado café que con lo que había visto en el mercado de Smithfield, pero esa certidumbre no hacía que sus leves náuseas desaparecieran. Tampoco ayudaba comunicarle a Anthony Fitzgerald exactamente lo que tendría que identificar en el depósito de cadáveres. Casi hubiera preferido que el asesino se hubiera ceñido más estrictamente al texto. Entonces habría tenido que enfrentarse con un horror menos.

Estaba sentada en el asiento trasero del coche, con expresión apesadumbrada. Pero la inmovilidad de sus rasgos enmascaraba una mente que iba a toda velocidad. Este caso era sucio más allá de la obscenidad evidente. Iba a producir un interés mediático

potencialmente devastador, lo cual significaba que cada movimiento que ella y su equipo hicieran sería vigilado no sólo por un ejército de plumíferos, sino también por una jerarquía nerviosa preocupada por si decía algo inoportuno o cometía algún error.

Y luego estaba Fiona Cameron. Con aquel nuevo hecho, Fiona ya no sería la única persona que estaría atando cabos y llegando a la conclusión de que había un asesino en serie. No era algo que Duvall quisiera reconocer públicamente, pero no estaba convencida de ser capaz de sostener que no había ninguna relación entre las muertes de Drew Shand, Jane Elias y Georgia Lester. De cualquier modo, dentro de poco algún periodista listo y ambicioso recordaría que Fiona vivía con un escritor de novelas policíacas. Lucharían entre sí para entrar en su despacho y, aunque Duvall no creía que Fiona acudiera a la prensa por su propia voluntad, no tenía ni idea de cómo respondería a las preguntas directas de los periodistas. Y, en cuanto se expandiera el rumor, habría un torrente de escritores de novelas policíacas aterrorizados y exigiendo protección policial. Era un campo minado. Especialmente si los medios también descubrían que alguien había estado enviando por correo amenazas de muerte a los escritores de ficción policíaca.

Y luego estaba la propia investigación. Esa mañana había sido una pesadilla, pero aquello no era más que el principio. Después del truculento descubrimiento que tuvo lugar a medianoche, trató de impedir que el

mercado abriera menos de cuatro horas después. Pero Darren Green se había opuesto vigorosamente. No consiguió convencerlo de que todo el mercado era la escena del crimen. Él argumentó, desplegando una inteligencia y una determinación de acero, de la que ella no le habría creído capaz, que, fuera lo que fuera lo ocurrido, había pasado hacía mucho tiempo.

Cientos de personas habían entrado y salido del mercado desde entonces, y era poco probable que la policía encontrara algún indicio de su presa en cualquier lugar, aparte del área cercana a la nevera en cuestión.

Su carta de triunfo consistió en señalar que la mejor manera de garantizar que la policía interrogara a cada testigo potencial era permitir que el mercado funcionara de manera normal. Podrían registrar los nombres y las direcciones de todos los que aparecieran y, quizá, comenzar incluso los interrogatorios.

Fue una sugerencia inteligente, sobre todo porque le permitió a Duvall salir airosa de la discusión. Así que acordonaron el área de almacenamiento y designaron a un grupo de agentes para garantizar que nadie entrara en Smithfield sin proporcionar los detalles para futuras entrevistas. Mientras tanto, otro grupo de agentes había comenzado la tarea minuciosa de examinar centímetro a centímetro el almacén donde se había realizado el macabro descubrimiento.

Por ahora todo iba mal. Y, lo que era peor, ella iba a tener que continuar relacionándose con la policía local

de Dorset. Lo que le había pasado a Georgia Lester podía haber terminado en su jurisdicción, pero había empezado en la de ellos. Si se presentaban testigos oculares, lo más probable era que procedieran de allí abajo. Era más fácil que alguien notara algo raro en una remota área rural que el que una persona trasladara una carga de carne llamara la atención en el mercado de Smithfield. Siempre que los agentes de allí abajo supieran qué coño era lo que hacían, agregó automáticamente. A Duvall nunca le había gustado delegar, ni siquiera en los miembros de su propio equipo, y depender de otras autoridades en una investigación era para ella un infierno. Hasta ese momento, no había encontrado motivos de queja en el trabajo de sus compañeros de Dorset, pero deseaba que no se movieran demasiado bruscamente en este caso. Tendría que organizar una reunión, preferiblemente allí abajo, para hacerse una idea de dónde había tenido lugar el secuestro inicialmente.

Pero eso tendría que esperar. Primero, le debía a Steve Preston la amabilidad de ponerlo en antecedentes, de modo que le pidió a su conductor que pasara por el New Scotland Yard antes de regresar a sus oficinas de la calle Wood. Tomó el ascensor hasta la planta de Steve y avanzó por el corredor pisando fuerte, cosechando las miradas aprensivas de los que pasaban por su lado. Llamó a la puerta, y entró directamente. La primera impresión que recibió fue que, de algún modo, Steve había conseguido abrirse un hueco para disfrutar de una

semana de vacaciones en las últimas veinticuatro horas. Las ojeras del estrés le habían desaparecido del rostro. En vez de la palidez de alguien obsesionado con el trabajo, su piel mostraba una coloración saludable. La saludó con los ojos brillantes y una sonrisa que estaban a años luz del semblante agobiado del día anterior.

—Parece que tus casos van mejor que los míos —dijo Duvall, sentándose cuidadosamente frente a él, consciente de que su traje estaba arrugado y que probablemente olía a cenicero de bar.

Steve arqueó las cejas, sorprendido.

—Debe de ser una ilusión óptica. Me han dicho que has tenido una larga noche.

Duvall asintió subiéndose las gafas por encima del caballete de la nariz.

—Y va a ser un día largo también. Pensé que te gustaría saber cómo ha salido todo.

—Gracias —dijo Steve, bajando la cabeza brevemente en un gesto de agradecimiento.

—Fuimos a eso de las diez y pusimos aquello patas arriba. Carniceros y polis buscando carne de aspecto sospechoso en neveras y mostradores, los comerciantes gritando que estaban desordenando sus almacenes, los patólogos hurgando en cualquier cosa que pareciera remotamente anormal. De lo cual no había mucho, tengo que decirlo. El plan era que, si encontrábamos algo que ofreciera serias sospechas, los patólogos lo llevarían al laboratorio y realizarían pruebas para determinar si era carne humana o no. Antes habíamos

organizado una sesión informativa para que todo el equipo supiera lo que debía buscar. Pero, cuando llegó el momento, fue completamente académico.

—¿En qué sentido?

—Alrededor de la medianoche, los chicos encontraron una nevera al fondo de un área de almacenaje. Estaba cerrada con candado, y nadie decía tener las llaves de aquel frigorífico. Según el agente supervisor del mercado, había sido colocado hacía un mes por uno de los comerciantes, quien se suponía que iba a hacer gestiones para llevárselo. Pero él negó rotundamente que lo hubiera cerrado con llave, y dos miembros de su personal lo respaldaban en su versión. De modo que aplicamos las tenazas. Cuando abrieron la puerta, estaba lleno de paquetes de carne. Excepto un estante, donde sólo había un paquete envuelto en una bolsa de plástico negro para la basura.

Duvall se detuvo y en su rostro asomó un interrogante. Steve cerró los ojos un momento y todo su rostro se impregnó de dolor.

—¿La cabeza?

—La cabeza. El carnicero que nos ayudaba se desmayó como un buey aturdido de un golpe. Tuvieron que llevarlo al hospital para que le dieran unos puntos de sutura. Al caerse golpeó la cabeza contra la esquina de una mesa.

—Tratará de olvidar lo que vio emborrachándose el resto de su vida —dijo Steve—. Supongo que era la cabeza de Georgia Lester.

—Evidentemente. El marido tendrá que identificarla hoy, pero no hay lugar a dudas.

—¿Cuándo lo anunciarás?

Duvall suspiró.

—Mi jefe quiere convocar una rueda de prensa esta tarde. Estamos esperando a que los de Dorset confirmen que pueden enviar alguien aquí para que participe.

—¿Te importaría si le diera yo la noticia a Kit Martin, antes de la rueda de prensa? El y Georgia eran amigos, y él ya sabrá que Fiona habló con nosotros. Me parece que es lo menos que puedo hacer.

Duvall hizo una mueca.

—Preferiría que lo mantuvieras en familia. Sé que es amigo tuyo, pero no podemos dar la impresión de que un escritor recibe tratamiento preferente de la policía.

Steve se encogió de hombros.

—Es tu caso, Sarah. Para serte honesto, yo pensaba en los intereses a largo plazo de la Yard tanto como en la consideración hacia Kit. Fiona Cameron es muy buena en su trabajo, y nos hemos visto privados de sus servicios desde hace tiempo debido a nuestra empecinada estupidez. A pesar de eso, vino a comunicarnos sus sospechas. Me gustaría tener la oportunidad de tender una especie de puente. Estoy seguro de que podría ser beneficioso también para la policía de la City.

La sonrisa irónica de Duvall ocultó el ardor de su auténtica irritación. Primero Darren Green, y ahora Steve Preston, habían maniobrado mejor que ella en

cuestión de horas. No era bueno para su estado de ánimo, especialmente siendo tan segura de sí misma.

—Es una buena idea, señor.

Steve captó el uso de aquel tratamiento como una señal de que se echaba atrás.

—Es tu decisión, Sarah.

—Supongo que no puede hacer ningún daño. Siempre que le dejes claro que no hable con los medios de comunicación antes que nosotros —dijo, en un último intento de aparentar que era ella la que tenía el control.

—No creo que ni siquiera se le ocurra. —Steve se levantó y cogió su chaqueta—. Era su amiga, Sarah. No está tan desesperado como para buscar publicidad personal.

Ella encajó el insinuado reproche en silencio y se levantó.

—Te mantendré informado —dijo ella—. ¿Qué tal va el caso Blanchard?

Steve se puso la chaqueta y abrió las manos.

—Estamos tras lo que podría ser una pista. Pero todo va cuesta arriba. No tengo los recursos para dirigir una operación bien hecha.

Duvall sonrió herméticamente.

—Para mantenerlo en secreto, ¿eh?

—Algo así. Al menos hasta que tengamos un caso seguro.

Duvall se estremeció.

—Y pensaba que era yo quien lo estaba pasando mal

hoy. Steve abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla salir primero.

—No dejes que eso te afecte. En la vida hay otras cosas aparte del trabajo.

Él se alejó por el corredor con el paso animado de un hombre que pasea por el parque. Duvall se lo quedó mirando, y el asombro afloró en su rostro siempre impasible. ¿Steve Preston afirmando que había en la vida otras cosas aparte del trabajo? Era tan insólito como si le dijeran que Bart Simpson había entrado en el servicio diplomático.

Algo estremecida, Duvall se dirigió al coche para regresar a la oficina de la calle Wood. Evidentemente era un día lleno de sorpresas. Incluso era probable que la comisaría de Dorset se convirtiera en el hogar de una nueva estirpe de superpolis. Y, quizás, entre los dos encontrarían al asesino de Georgia Lester antes de que los medios de comunicación se los comieran vivos. Cosas más extrañas evidentemente podían pasar.

CAPÍTULO 40

Fiona salió del aula y se dirigió hacia su oficina. No recordaba nada de lo que había dicho en los últimos cincuenta minutos. Había estado volando con piloto automático, mirando hacia abajo, a sus alumnos, con un

gran distanciamiento. El nerviosismo zumbaba en su interior como un cable de alta tensión y la desconectaba de todo lo demás. Deseaba estar en casa con Kit. Lo quería donde ella pudiera verlo o, como mínimo, sentir su presencia. Saber que eso le hubiera resultado insoportable a Kit, no hacía que resultara más fácil estar lejos de él.

Muy pronto tenía que pasar algo, se dijo. O bien descartaban la idea de un asesino en serie, para así sentirse aliviados y recuperar algo que se pareciera a la normalidad, o bien todos tendrían que aceptar que Kit y algunos de sus colegas corrían un serio peligro, y deberían adoptar las medidas necesarias. Si la policía no lo protegía, ella se encargaría de hacerlo. Fiona sabía que había agencias que ofrecían guardaespaldas y no tenía ningún inconveniente en proporcionarle a Kit protección profesional. El se enfadaría, pero, bueno, quizá tampoco tenía por qué enterarse.

Pasara lo que pasara, la vida en común jamás volvería a ser igual. Kit se había visto enfrentado a su propia vulnerabilidad física, por mucho que se mofara de ello. Eso inevitablemente cambiaría la manera de verse a sí mismo. Y Fiona se había visto obligada a reconocer que, después de tantos años, no estaba en condiciones de proteger de manera efectiva a los que amaba. La ignorancia podía haber sido una excusa válida para no poder salvar a Lesley; pero ahora, a pesar de todos sus conocimientos y del arsenal de experiencia, Fiona no podía estar segura de salvar a Kit.

No era una conclusión reconfortante.

Dejó caer los papeles sobre el escritorio y miró el correo electrónico. Aparte de las comunicaciones rutinarias de la facultad, sólo había un breve mensaje de Kit que decía: «Son las diez, y todo está bien». Había prometido enviarle a Fiona mensajes a intervalos regulares, después de que ella insistiera en que se mantuviera en contacto. Se había quejado diciendo que le hacía sentirse como si fuera un enclenque, pero ambos sabían que eso era sólo una excepción necesaria.

Empezó a redactar una breve respuesta, pero le interrumpió una llamada desde España.

—Hola, comisario Berrocal —dijo, intentando no parecer tan distraída como en realidad estaba.

Una parte de ella advertía sorprendida el hecho de que no era habitual que le importara tan poco un caso en el que hubiera trabajado.

—Pensé que debería informarle de los progresos que hemos hecho —dijo él, dejando traslucir cierto desaliento.

—Es muy amable de su parte.

—Me temo que no hay mucho que decir. Delgado se niega a admitir su culpabilidad. Simplemente está sentado, imperturbable, como de piedra, sin decir nada. Pero las buenas noticias son que parece que empezamos a encontrar algunas pruebas forenses que respaldan la evidencia circunstancial. Se nos ha presentado un antiguo vecino de Delgado que trabaja en el Alcázar y que cree que podría haber conseguido las llaves en una

de sus visitas a su casa. Y, lo mejor de todo, por fin hemos localizado a dos testigos que lo vieron con la inglesa la noche que la mató. Un matrimonio de Bilbao. Vieron la noticia en el periódico y se pusieron en contacto con nosotros. Resulta que se alojaban en el hotel donde trabajaba la chica y por eso se fijaron. Ella los había registrado. De momento, hemos presentado cargos por ese asesinato, pero creo que finalmente tendremos lo necesario para llevarlo a juicio por los tres.

—Son buenas noticias —dijo ella, sin que realmente le importara—. Debería alegrarse de que ya no ande suelto.

—Mucho. Nunca nos hubiéramos podido acercar tanto a él sin su ayuda. Me he empeñado en que mis superiores lo sepan. Creo que podré convencerlos de que necesitamos que usted venga y nos entrene en la técnica de relacionar crímenes y realizar perfiles geográficos.

Fiona soltó una risa vacía.

—Creo que usted es muy optimista, comisario. Pero buena suerte con el caso Delgado.

—Gracias, y buena suerte en su trabajo, doctora Cameron. Estoy seguro de que volveremos a ponernos en contacto.

Fiona se despidió y colgó el teléfono. Sabía que debería sentirse triunfante; sin embargo, sentía frustración. Su trabajo había ayudado a evitar que alguien siguiera matando extranjeros en Toledo. Pero

nadie le permitiría prestarle el mismo servicio al hombre a quien quería. Quizá debería llamar a Sarah Duvall y ofrecerle sus servicios.

Lo peor que podría ocurrir sería que ella dijera que no.

Kit estaba en la cocina preparando café, cuando sonó el timbre de la puerta. Se quedó helado. No esperaba a nadie y, a pesar de sus bravuconadas en presencia de Fiona, era muy consciente de que, si había un asesino en serie ahí fuera, su nombre sería uno de los primeros de la lista. Con cuidado, dejó la cuchara al lado de la cafetera. Respiró hondo y se aventuró por el corredor.

Cuando estaba llegando a la puerta, el timbre volvió a sonar y se estremeció. *El cartero siempre llama dos veces,* de James M. Cain, un clásico de la novela policíaca norteamericana que tampoco tenía un final feliz. Avanzó de puntillas y pegó el oído a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

La tapa del buzón se abrió estrepitosamente. Una voz incorpórea dijo desde la región de su ingle:

—Soy Steve, Kit.

Fue tanto el alivio que Kit se sintió mareado y rápidamente abrió la puerta.

—No soy paranoico, te lo juro —dijo.

Y, al ver la cara de Steve, dio un paso hacia atrás. «Gilipollas», se maldijo para sus adentros. Steve no

estaría aquí en pleno día a menos que las noticias fueran peores de lo que esperaba.

—No se trata de Fiona, ¿verdad? —graznó, abriendo los ojos como platos y con la boca repentinamente seca.

Steve le puso una mano en el brazo y delicadamente lo guió hasta llegar al vestíbulo, no sin antes cerrar la puerta firmemente tras él:

—Que yo sepa, Fi está perfectamente bien. Vamos, pasemos a la cocina. Necesito hablarte.

Paralizado de ansiedad, Kit avanzó casi tropezando hasta donde la moqueta se convertía en suelo embaldosado.

—Estaba haciendo café —dijo, a sabiendas de que eso era irrelevante, pero afanoso de preservar su ignorancia cuanto fuera posible.

—Un café estaría bien —dijo Steve.

Se sentó a la mesa pacientemente mientras Kit cumplía con el ritual de calentar la leche y de terminar de hacer el café. Con sumo cuidado, Kit le puso una taza a Steve, y luego se sentó con la suya.

—Se trata de Georgia —dijo Kit, y era una afirmación, no una pregunta.

Steve asintió con la cabeza.

—Una de mis colegas halló sus restos esta madrugada.

—¿Estaba donde decía Fiona? ¿En Smithfield?

—Tenía razón respecto a todos los detalles menos en uno.—Steve sacó un puro y jugueteó con la envoltura de plástico—.Fue algo muy desagradable, Kit. Quienquiera

que haya hecho la carnicería, nos dejó la cabeza. Para que no tuviéramos ninguna duda acerca de lo que habíamos encontrado.

Kit respiró entrecortadamente.

—¡Dios! —exclamó cubriéndose la cara con las manos, y los sollozos empezaron a estremecer sus hombros.

Steve se sentía impotente. Hacía años que conocía a Kit, pero aquella relación nunca había incluido la pena. No tenía ni idea de cómo debía actuar en estas circunstancias. Cuando los agentes de policía lloraban, normalmente no querían que sus compañeros de trabajo lo supieran, ni siquiera las policías. Sólo querían acabar con su llanto cuanto antes. Steve se levantó y se dirigió al mueble donde estaban las bebidas. Encontró el coñac y puso dos dedos en una copa. La colocó frente a Kit, le puso una mano en el hombro, que no dejaba de sacudirse con los sollozos, y dijo:

—Bébete esto, te ayudará.

Cuando Kit levantó la cabeza, tenía los ojos rojos e hinchados y la cara bañada en lágrimas. Apartó la copa de coñac y buscó la taza de café, envolviéndola entre sus grandes manos para recibir el calor de la infusión.

—Confiaba en que Fiona estuviera equivocada —dijo—. Seguía diciéndome que era la clase de perversión que yo me inventaría, pero no algo que tiene lugar en la realidad, ¿sabes? Era la única manera de soportarlo. Me resistía a creer que hubiera alguien ahí fuera que nos estuviera matando.

Steve suspiró.

—Cuando hayas visto tanto como yo, Kit, sabrás que la vida real siempre supera a la ficción. Siento mucho lo de Georgia. Sé que era una amiga.

Kit negó con la cabeza, exhausto.

—Era más grande que la vida. Yo habría clasificado a Georgia como indestructible. Debajo de toda la espuma, era tan lista, tan fuerte. Yo sé que la gente pensaba que formábamos una pareja rara, pero estaba más cerca de mí que casi cualquier otro en este oficio. Era brillante. Conseguía hacerme reír. Y siempre estaba ahí. Cuando no conseguía escribir, me traía una botella y nos quejábamos de lo dura que era la vida, a pesar de que ambos sabíamos que éramos unos cabrones con mucha suerte. —Apuró la taza de café y se frotó los ojos furiosamente con el dorso de las manos—. ¡Joder, qué cabrona es la vida!

—No van a anunciarlo de manera oficial hasta hoy por la tarde —dijo Steve, recurriendo a lo que sabía—. Pero no quería que encendieras la radio y te enteraras así.

—Gracias. ¿Cómo está Anthony, lo sabes?

Steve negó con la cabeza.

—No es un caso de la Met. Es de la City de Londres, así que yo no tengo ningún trato directo con él. No obstante, sé que ahora debe de estar haciendo la identificación oficial de los restos.

—El pobre cabrón —dijo Kit cogiendo la copa de coñac y bebiendo—. Si le escribo una nota, ¿la podrías

depositar en el buzón de mi parte? Le prometí a Fiona que no saldría solo. Creía que estaba siendo demasiado protectora, pero ahora... —Se levantó—. Espera un minuto.

—Tómate tu tiempo —dijo Steve, encendiendo el puro.

Mientras esperaba el regreso de Kit, no pudo evitar que su mente se alejara del dolor y del trastorno de la muerte de Georgia para pensar en Terry. Ni siquiera las espantosas noticias de Sarah habían logrado reducir el resplandor de la víspera, ni tampoco el de hoy ni el de mañana. Habían quedado otra vez para verse aquella noche. La costumbre de Steve de ser tan cauteloso, y el hastío que había infectado su vida interior desde hacía tanto, parecían haberlo abandonado. No quería ser indiferente, ni hacerse el desinteresado. Quería estar con ella y, puesto que Terry le correspondía, parecía una locura no aprovechar cada instante que se le ofreciera. Había una parte de él que deseaba compartir lo que le estaba pasando a Kit. Pero no era el momento.

Cuando Kit regresó a la cocina, llevaba un sobre.

—No tenía una tarjeta de condolencias, así que he tenido que usar una tarjeta postal. No creo que le importe a Anthony. Sólo quiero hacerle saber que pienso en él. Dile que estoy aquí si necesita cualquier cosa. ¿De acuerdo? —Le dio la tarjeta a Steve—. Ya le he puesto el sello. Simplemente la echas al buzón que está al final de la calle, y él la recibirá mañana por la mañana.

—¿Estarás bien? —preguntó Steve, levantándose.

Kit respiró hondo.

—Estaré bien. Es mejor que te vayas; el trabajo se te estará acumulando.

Impulsivamente, Steve dio un paso hacia delante y envolvió a Kit en un abrazo. Kit se lo devolvió. No hubo ninguna torpeza cuando se soltaron y se separaron.

—Gracias por decírmelo, Steve. Tienes razón, me habría dolido más enterándome por la radio. Ahora que lo sé, puedo desconectar el teléfono. No tengo ningún deseo de hablar con los periodistas.

—¿Se lo dirás a Fiona? —preguntó Steve—. ¿O quieres que lo haga yo?

—Ya le enviaré un correo electrónico. No me gusta llamarla cuando está trabajando, ya sabes cómo es.

Kit siguió a Steve hasta la puerta de la calle. En contra de su costumbre, no esperó a que Steve se perdiera de vista para cerrar la puerta. En vez de eso, la cerró de inmediato, tanto el pestillo como la cerradura. Después regresó lentamente a su escritorio y abrió el programa de correo electrónico.

De: Kit Martin
<KMWriter@trashnet.com>
Para: Fiona Cameron
<fcameron@psych.ulon.ac.uk>
Asunto: Peor imposible

Tenías razón. Georgia está muerta. Unas palabras frías y duras para un hecho frío y duro. Steve acaba de irse. Vino

personalmente para decírmelo, no quería que me enterara por la llamada de algún periodista gacetillero o por las noticias de la radio.

La encontraron en Smithfield, tal como tú decías. He releído *Y así será por siempre jamás,* de modo que puedo imaginar de manera demasiado vívida cómo debió de ser. La única diferencia, según Steve, es que el asesino dejó la cabeza junto con el cadáver.

Ojalá estuvieras aquí. O yo estuviera ahí. Me siento muy desconectado de la vida. Muy desorientado.

Por favor, no te preocupes por mí. He tomado muy en serio todo lo que me has dicho. Voy a quedarme aquí hasta que regreses, y luego voy a reconsiderar qué podemos hacer hasta que alguien ponga a ese jodido loco entre rejas.

En algún lugar, en medio de todo esto, tiene que haber alguna pista que lo aclare todo. Supongo que ahora van a enlazar las investigaciones, aunque sólo de manera extraoficial. Haz lo que puedas para formar parte del equipo. No es que quiera que estés trabajando cuando podrías estar conmigo, sino que deseo atrapen a ese tío, y no sólo por Georgia, sino también por mi propia tranquilidad. Y si hay alguien capaz de llevar a cabo las investigaciones que relacionen estos crímenes, ésa eres tú.

Te amo.

K.

Kit envió el mensaje, y luego salió del programa. Sacó el compacto del equipo de música. Subió las escaleras hasta la sala de estar donde Fiona guardaba sus compactos de música clásica y revisó el estante. Cogió el *Réquiem* de Verdi, regresó a la planta baja y lo puso en la cadena de sonido. Mientras la música crecía a su alrededor, se arrellanó en el sillón y cerró los ojos,

y recreó mentalmente las imágenes de su amistad con Georgia Lester.

CAPÍTULO 41

La sala de prensa estaba atestada de gente, demasiado iluminada por las luces de la televisión y asfixiante debido a las exhalaciones de tantos cuerpos excitados. La especulación acerca de la naturaleza del anuncio era un rumor que iba de periodista en periodista. Los más cínicos intentaban que sus conjeturas parecieran convicciones. Tenía que tratarse de Georgia Lester; estaría muerta. Era una conclusión categórica. Se trataría de Georgia porque hasta entonces no había nada pendiente que fuera tan importante. De haber habido otro caso, habrían recibido un soplo de alguna fuente. Y tenía que estar muerta, porque de otro modo hubiera sido la editorial la que convocara la rueda de prensa. Evidentemente.

Además, todos afirmaban tener información privilegiada. Una de esas fuentes decía que había habido una gran operación la noche anterior en el mercado de Smithfield, un dispositivo policial relacionado con la escritora desaparecida. Los más cultos habían establecido las relaciones lógicas llegando al desenlace que esperaban que les confirmaran esa tarde. Si estaban

en lo cierto, tendrían garantizado un titular en primera plana. Y era eso lo que realmente importaba.

Sólo los más confiados sostenían que se trataba de proporcionarles detalles y poner los puntos sobre las íes. Y conseguir que algunos inferiores de aquella raza de periodistas, los que no tenían un título como especialistas en crónica de sucesos o en crónica policial, se lanzaran en busca del marido para obtener una foto que partiese los corazones y hacer una entrevista lacrimógena.

El silencio se impuso cuando los agentes de policía entraron en fila. Que el asunto era grave se hizo patente. Hasta el jefe de la policía estaba allí, flanqueado por la inspectora jefe Sarah Duvall y otra persona que ninguno de los periodistas conocía. Se sentaron ante los micrófonos, cohibidos e incómodos. El portavoz de la oficina de prensa de la policía iba de aquí para allá como un padre nervioso antes del estreno de la obra de teatro de Navidad. Cuando todos estuvieron satisfechos con la calidad del sonido, el jefe de policía se aclaró la garganta.

—Gracias por venir esta tarde, señoras y señores. Tengo una breve declaración que hacer, y luego responderé a sus preguntas.

Presentó a los otros agentes. El desconocido resultó ser un detective inspector de Dorset. El jefe de policía volvió a carraspear y empezó a leer el papel que tenía en la mano:

—Como resultado de una operación llevada a cabo

anoche por los agentes de la policía de la City de Londres, en las inmediaciones del mercado de Smithfield, se descubrieron unos restos humanos. Han sido identificados como pertenecientes a la desaparecida escritora de novelas policíacas, la señora Georgia Lester. De resultas de lo cual, se ha iniciado una investigación sobre asesinato. La inspectora Duvall se encargará operativamente de la investigación. Estaremos en contacto con nuestros compañeros de Dorset, donde la señora Lester al parecer desapareció la semana pasada. Éste es un crimen particularmente horroroso, y rogamos que cualquiera que haya visto a la señora Lester, después de que abandonara su cabaña en Dorset el miércoles pasado, se ponga en contacto con nosotros. Su coche abandonado fue descubierto el domingo, pero no tenemos ni idea de cuánto tiempo llevaba allí. Nos gustaría estrechar el margen de tiempo, si fuera posible. También rogamos que se presente cualquier testigo que hubiera podido ver cualquier cosa poco común en los alrededores del mercado de Smithfield a lo largo de esta última semana. —Alzó la vista e hizo un mohín con la boca—. Ahora responderé a las preguntas.

Hubo un rumor de voces, y muchas manos gesticulando. El portavoz señaló a una periodista.

—Corinne Thomas, BBC Radio. Cuando usted dice restos humanos, ¿a qué se refiere exactamente?

El jefe de policía señaló a Duvall para que diera la respuesta previamente determinada.

—La señora Lester fue desmembrada. La forma en que lo hicieron indica que el asesino tiene conocimientos rudimentarios anatómicos o de carnicero. La siguiente pregunta.

—Jack O'Connor, *The Times*. Una de las novelas de la señora Lester, que fue llevada a la gran pantalla, tiene como protagonista a un asesino que, tras secuestrar a sus víctimas, las descuartiza como un carnicero. Me parece recordar que los cadáveres del libro los escondía en una carnicería al por mayor. ¿Cree usted que su asesino se inspiró en el libro?

—Sin comentarios —dijo el jefe de la policía con firmeza.

O'Connor no se rindió.

—¿Cree usted que el crimen tiene alguna relación con el asesinato en Edimburgo de Drew Shand, quien fuera asesinado hace poco de manera idéntica a como matan a una de las víctimas de su libro?

La agitación de fondo de sus compañeros casi ahogó la voz de O'Connor, pero, sin duda, a juzgar por las caras sombrías de los policías que le miraban, éstos le habían escuchado.

—Sin comentarios —repitió el jefe de policía.

Una periodista se puso de pie.

—Sharon Collier, del *Mirror*. ¿Se niega a desmentir que hay un asesino en serie que tiene como blanco a los autores de relatos detectivescos?

—No desmiento ni confirmo nada, señora Collier. En estos momentos, no tengo suficientes pruebas como

para permitirme más comentarios a propósito de esas preguntas.

El jefe parecía algo nervioso. El portavoz rápidamente encontró a uno de sus plumíferos domesticados y lo instó a actuar.

—Patrick Stacey, del *Express*. ¿Dónde encontraron exactamente el cadáver?

Duvall tomó la iniciativa.

—Descubrimos los restos de la señora Lester en una nevera fuera de uso, en una zona de alacenaje del mercado de Smithfield. Según el propietario, estiban a la espera de trasladar la nevera a otro depósito de carne y llevaba unas cinco semanas allí. De modo que, si alguien vio a alguna persona usando ese frigorífico durante estas últimas cinco semanas, nos interesaría oírlo.

Las preguntas se sucedían cada vez con mayor velocidad.

—¿Tienen algún sospechoso?

—¿Alguna pista?

—¿Se considera a su marido cono sospechoso?

—¿Anda suelto un asesino en serie?

—¿Hay alguna orden de detención inminente?

—¿Han solicitado los servicios de algún especialista en trazar y analizar perfiles?

Bruscamente, el jefe de la policía se levantó.

—De momento, esto ha sido todo, señoras y señores. Cuando tengamos más que decirles, les mantendremos informados.

—¡Un minuto! —se oyó un grito en la sala.

Un hombre barbudo con chaqueta de tweed, camisa a cuadros y corbata roja se abrió paso a empujones entre las filas de periodistas.

El jefe de policía miró al portavoz, quien hizo un gesto con las manos como si ahuyentara algo, indicando a todos que se marcharan. El agente de Dorset empezó a irse por un lado de la sala, pero Duvall se quedó inmóvil, mirando al hombre que avanzaba con determinación, al parecer sin importarle las personas que apartaba de su camino.

—¿Por qué no les dicen la verdad? —gritó, con la cara enrojecida—. ¿Por qué negar lo que todos sabemos que es verdad? Hay un asesino en serie ahí fuera y está matando a los escritores de novelas policíacas que le han robado sus historias.

Varios agentes uniformados intentaban llegar al origen del tumulto. Pero la sala era un caos mientras los periodistas trataban de ver y oír lo que estaba sucediendo. Se armó un alboroto de voces, pero todavía se podía escuchar al hombre de la chaqueta de tweed.

—¿Que cómo lo sé? —gritó a voz en cuello—. Lo sé porque fui yo. Yo los maté. A Drew Shand, a Jane Elias, a Georgia Lester. Me robaron las ideas y les he hecho pagar por ello.

Duvall estaba ahora de pie; pasó por delante de su jefe empujándolo y sumergiéndose en el tumulto. Sin reparar en los obstáculos, forcejeó con la muchedumbre excitada, abriéndose paso hasta su presa. Ni siquiera se

detuvo para disculparse con el fotógrafo al que propinó un codazo en las costillas, ni con el reportero radiofónico a quien golpeó en la mandíbula cuando extendió un brazo. El hombre de la chaqueta de tweed ya había logrado librarse del gentío que lo rodeaba lo suficiente como para empezar a lanzar hojas de papel al aire. Las octavillas revoloteaban en el aire como murciélagos albinos perturbados por una luz repentina. Los periodistas empujaban y se golpeaban entre sí, tratando de capturar un panfleto, mientras otros gritaban preguntas al hombre de la chaqueta de tweed, el cual sonreía con el rictus petrificado de una gárgola.

Dos de los agentes uniformados lo cogieron justo cuando Duvall llegó a la última fila del grupo de periodistas. Jadeando, con la chaqueta rasgada en un hombro, se enfrentó al desconocido.

—Sacadlo de aquí —ordenó—. A la sala de detenciones. ¡Ya!

Los periodistas aullaban protestando mientras los agentes uniformados se llevaban al alborotador. Duvall observó que no ofrecía resistencia. Permaneció de pie, naufragando en medio de los medios de comunicación, mirando al hombre y sus custodios salir por la puerta por la que ella había entrado. Poco a poco, cobró consciencia de que el jefe de policía gritaba al micrófono.

—Damas y caballeros, esta rueda de prensa ha terminado. Por favor, salgan del edificio. Repito, por favor, salgan del edificio.

Era como si estuviera cantando *Yellow Submarine,* pensó Duvall. Por lo menos eso les habría llamado la atención.

Ignorando las preguntas que le hacían a propósito de su reacción, Duvall cogió una de las octavillas arrugadas y regresó a empujones entre los periodistas frustrados e indignados sin decir nada. Al acercarse al podio, hizo un ademán indicando que se largaran todos de allí. El detective de Dorset parecía tener ganas de estar en otro lugar, mientras que el jefe de policía parecía furioso. Mientras salían, Duvall aprovechó para echarle un vistazo a la octavilla.

El autor, un tal Charles Redford, afirmaba ser el asesino de Drew Shand, de Jane Elias y de Georgia Lester. En un estilo que recordaba al de las cartas amenazadoras que Duvall había leído, Redford anunciaba que los había castigado por haberle robado sus ideas literarias y evitado que sus manuscritos se publicaran. Previamente él les había mandado algunos textos, pidiéndoles que le ayudaran a encontrar un editor. No sólo no le habían ayudado, sino que se habían cebado con él robándole las ideas y usándolas en sus propios libros. La conspiración esbozada en el libelo era lo bastante descabellada como para llamar la atención de los paranoicos graves, pero, como móvil para llevar a cabo asesinatos en serie, parecía un poco inconsistente, pensó Duvall. Nunca dejaba de asombrarle qué poco hacía falta para que algunos saltaran de las filas de los locos comunes y corrientes a

las de los maníacos homicidas. Sin duda, Fiona Cameron tendría un término técnico para definir esa actitud.

En la antesala, lejos del clamor, el jefe de policía negaba con la cabeza.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntaba—. ¿Cómo entró ese lunático aquí?

Duvall se quitó la chaqueta y examinó la hombrera rota frunciendo el entrecejo. Que el jefe luchara con aquellos asquerosos de los medios; ella no pensaba implicarse en esa guerra particular.

—Debe de tener alguna credencial de prensa —tartamudeó el portavoz a la defensiva—. De lo contrario, no lo habrían dejado entrar.

El jefe de la policía dio un manotazo como si apartara una avispa molesta.

—Eso no importa. ¿Quién coño es?

Duvall dejó de examinar su chaqueta rasgada y respiró hondo.

—Según la octavilla, que ahora está en manos de la prensa mundial, se llama Charles Redford, pretende ser escritor de novelas policíacas y cree que las víctimas le robaron sus ideas.

—¿Eso es en serio? —dijo el jefe, perplejo.

—Es lo que voy a averiguar ahora mismo. He ordenado que lo llevaran a la sala de detenciones. Lo voy a detener por sospechoso de homicidio y, a partir de ahí, procederé.

—¿Necesitamos detenerlo ahora mismo? Puede que

no sea más que alguien con ganas de llamar la atención y nos haga perder el tiempo.

Hacía ya mucho que el jefe se había vuelto muy prudente en el trabajo, pensó Duvall.

—Quiero hacer esto según las normas, señor. Si es el asesino, no quiero la más mínima posibilidad de que perdamos el juicio por algún error de procedimiento. Quiero que esté detenido, que tenga representación legal y que todo lo que diga sea oficial desde el principio.

Para su sorpresa, el detective de Dorset estaba de su parte.

—Creo que la inspectora Duvall tiene razón —dijo, con un acento rural que le confería una autoridad inesperada a su voz de bajo—. Yo haría lo mismo si fuera ella. Y me gustaría poder presenciar el interrogatorio.

—No creo que podamos complacerte en eso —dijo el jefe dudando—. Es una cuestión de jurisdicción, ¿sabes?

—Al lado del cuarto de interrogatorios tenemos otra habitación desde donde se puede ver todo a través de un cristal —señaló Duvall—. No creo que sea ningún problema que nuestro compañero lo vea todo desde allí sin ser visto. Creo que podría ser útil, señor. Otro par de ojos, otro par de oídos.

No pensaba, ni por un momento, que el detective viera algo que no fuera evidente para ella, pero sabía que todavía iba a necesitar la cooperación de los de Dorset para montarla investigación. No le costaba nada

mantener contento al agente superior de aquella comisaría.

—Bueno —comentó el jefe y la llevó aparte—. Pero que de ahí no pase, Duvall —le dijo en voz baja—. Esto es asunto nuestro.

«Quizá no, si la mató en Dorset», pensó Duvall. Aunque, si alguien se iba hacer un nombre con este caso, estaba decidida a ser ella. El detenido confesaría en su terreno. Iba a seguir siendo suyo mientras fuera humanamente posible.

—Me voy a la sala de detenciones —dijo.

Los dos hombres la vieron echarse al hombro la chaqueta destrozada y salir al corredor llena de confianza.

—¡Que Dios le ayude si le hace perder el tiempo! —exclamó el hombre de Dorset.

—Va a tener que sudar la gota gorda —dijo el jefe de policía.

—¿En qué sentido?

—¿Cómo solemos descartar las falsas confesiones? Los pillamos con los detalles que no se han hecho públicos. Pero, en este caso, el asesino ha estado utilizando material previamente publicado para preparar sus planes. De modo que el detenido va a saber las respuestas, sea o no el asesino.

El detective de Dorset resopló:

—¡Mierda!

—Y yo no sé si a la inspectora Duvall se le ha ocurrido pensar en eso —agregó el oficial superior, con

una gran sonrisa.

Fiona cerró los ojos para no ver el correo electrónico en la pantalla. La confirmación de lo que más había temido era lo último que quería ver. Finalmente, se obligó a releer el mensaje. No era momento para egoísmos. Kit necesitaba su apoyo, y no que lloriqueara en un rincón como un conejo asustado. Se calmó y apretó el botón <RESPONDER>.

De: Fiona Cameron
<fcameron@psych.ulon.ac.uk>
Para: Kit Martin
<KMWriter@trashnet.com>
Asunto: Re: Peor imposible

Querido Kit:

Siento tanto lo que le pasó a Georgia. Debe de haberte dolido mucho, amor mío, y ojalá pudiera hacer algo para aliviar tu dolor. Me temo que no puedo ser de mucha ayuda en este caso particular, aun suponiendo que la inspectora Duvall solicitara mi ayuda. Ya está claro para cualquiera con dos dedos de frente que estos casos están relacionados, y tú sabes que yo no entro en estas cosas al estilo sentimentaloide de «se orinaba en la cama cuando tenía nueve años y torturó al gato del vecino». De modo que, ¿qué les podría ofrecer? No mucho, aparte del sentido común.

Así que, es importante que vayas con mucho cuidado, querido. Estaré en casa a la hora de costumbre, o antes, si puedo.

Te amo. F.

CAPÍTULO 42

Charles Cavendish Redford fue categórico al insistir en que no quería representación legal. Afirmó que sabía más de derecho criminal que cualquier abogado de oficio y que era perfectamente capaz de aguantar el interrogatorio policial sin que alguien le cogiera de la mano.

Fue una decisión que le gustó a Duvall; sabía que incluso el peor de los abogados le aconsejaría a Redford que no dijera nada más. Pero si él quería condenarse por su propia boca, a ella no le supondría ningún problema. Carecer de un abogado significaba que habría menos interrupciones en el flujo de lo que Redford quería revelar. Y si algo estaba claro, era que Redford tenía ganas de hablar. Duvall había tenido que hacerlo callar cuando el agente del departamento de detenciones le estaba tomando los datos; lo último que quería era que lo vomitara todo y que luego, una vez estuvieran en el cuarto de interrogatorios y la declaración fuera oficial, se callara.

En cuanto estuvo detenido oficialmente, Duvall envió aun equipo de agentes para que registraran su casa. A otro equipo le tocó la tarea de averiguar todo lo humanamente posible sobre la vida y milagros de Charles Redford. Entonces Duvall hizo una escapada a su despacho durante diez minutos. Tiró la chaqueta rota al fondo de su taquilla y se puso otra ligera, de lana

negra, que estaba allí siempre lista para servirle de repuesto. Lanzó al aire una neblina de su perfume favorito y avanzó a través de ella, sintiendo el frescor en la piel. Luego se sentó con una libreta y un lápiz y esbozó los puntos principales que necesitaba.

Finalmente, más o menos una hora después del tumulto de la rueda de prensa, Duvall se encontraba frente a su asesino en serie confeso, al otro lado de una mesa de formica. La habitación era claustrofóbicamente pequeña; el espejo grande de la pared daba la impresión de contraer el espacio en vez de ampliarlo. Los viejos olores a sudor, a humo y a miedo sucumbían bajo la capa de su Versace Red Jeans. Lejos de ser un Hannibal Lecter, Redford ni siquiera parecía mover la nariz.

—Por fin —dijo él con impaciencia—. Vamos, empiecen a grabar.

El sargento que acompañaba a Duvall puso en marcha la grabadora. Para que constara, dijo la fecha y la hora y los nombres de los presentes. El detective de Dorset, escondido detrás del espejo, oía todo a través de un altavoz, y no figuraba en la lista.

Duvall evaluó a Redford. Altura media, complexión corriente. Llevaba el pelo y la barba cuidadosamente cortados; una piel pálida, poco sana, como de alguien que pasa poco tiempo al aire libre. Ojos de un azul grisáceo oscuro, vigilantes y hundidos. Su chaqueta de tweed parecía haber sido cara cuando era nueva, pero de eso hacía mucho tiempo. Le sentaba lo suficientemente bien como para haber sido hecha a

medida, pero aquello no quería decir nada, con las tiendas de ropa de segunda mano, que surgían en las calles más céntricas como hongos. El cuello de la camisa a cuadros estaba un poco deshilachado por dentro. Sus dedos largos se entretejían nerviosos en una secuencia sin principio ni fin. La impresión general era la de intensidad tras una máscara de pobreza refinada.

—Habrá enviado un equipo para que registren mi piso —afirmó él, con una sonrisa de suficiencia—. ¡Qué pérdida de tiempo! No encontrará nada, salvo periódicos viejos.

—Ya veremos —dijo Duvall.

—No verá nada, inspectora jefe Duvall —dijo, casi masticando las palabras que definían su cargo—. ¿Cuál es su nombre? Apostaría a que suena tan bonito y femenino que lo aborrece. Bueno, inspectora jefe, yo soy su peor pesadilla.

Duvall se permitió una sonrisa de suficiencia.

—No lo creo, señor Redford.

—Oh, sí que lo soy. Verá, yo cometí esos asesinatos. Y estoy admitiéndolo libremente. Y le diré cómo lo hice y qué fue lo que hice. Pero sólo hasta cierto punto. No voy a llevarle hasta ninguna evidencia física, no voy a decirle dónde encontrará testigos. ¿Tiene alguna idea de cuántas camas para turistas hay en Edimburgo? Eso debería de proporcionarles a sus compañeros de Lothian y Borders un poco de diversión durante un tiempo. No, lo único que va a tener es lo que yo admita, inspectora jefe. —Sonrió, mostrando unos incisivos

pequeños como los dientes de leche de un niño—. Usted se va a divertir con el Servicio de Interposición de Acciones Judiciales de la Corona. Ninguna prueba, salvo una confesión. ¡Oh, Dios mío!

Duvall parecía aburrida.

—Muy bien. Así que, ¿podemos proceder a la confesión?

Redford pareció dolido momentáneamente. Y de pronto se volvió a alegrar.

—Veo lo que quiere conseguir —dijo de forma triunfal—. Me quiere provocar haciendo que me sienta como un descartado. Pues, déjeme decirle; yo he leído y visto lo suficiente como para adivinar sus trucos, inspectora Duvall. Usted no me va a engañar. Y como me considero un buen narrador, vamos a comenzar desde el principio.

—No—interrumpió Duvall incisivamente—. Vamos a ensayar un estilo narrativo más radical. Vamos a hacer como si fuéramos Martin Amis o Margaret Atwood. Vamos a comenzar por el final, con Georgia Lester.

—¡Vayaaa! —Redford soltó una larga exclamación, admirado—. Una poli culta. Tendré que vigilar la estructura de mi relato. Pero… ¿no le importa saber por qué tengo tanta manía a los escritores de novelas policíacas?

Duvall sacó la octavilla de su bolso negro.

—Estoy mostrando al señor Redford una de las hojas de papel que él distribuyó en la rueda de prensa esta tarde —dijo para que quedara grabado—. Supongo

que sus razones están expresadas aquí. Les envió sus novelas, esperando que le ayudaran. Pero no sólo le ignoraron, sino que cree que también le robaron los argumentos y plagiaron su estilo literario. ¿Es un resumen correcto?

Su tono era brusco. Él estaba lleno de confianza; lo mejor que ella podía hacer era inquietarlo, y se empeñaba en hacer solamente eso. Duvall sintió la adrenalina recorriéndola, la tensión creativa manteniéndola tan tensa como la cuerda de un arco. Rara vez un interrogatorio resultaba ser algo que se aproximara a un reto, y Duvall saboreaba la confrontación.

—Pues, sí —dijo con un tono de disgusto en la voz—. Pero pensaba que usted querría saber más. La razón que me impulsó a hacerlo. Debería interesarle.

Ella se encogió de hombros.

—Los móviles están muy sobrevalorados en la ficción policíaca, señor Redford. ¿Recuerda ese médico de cabecera de Manchester? ¿Harold Shipman? Declarado culpable de matar a quince ancianas con sobredosis de morfina. Nadie sabe realmente por qué lo hizo, pero eso no evitó que el jurado lo encerrara. Dejaré los móviles para los abogados. Me interesa saber cómo lo hizo. Y vamos a quedarnos en Georgia Lester, ¿vale? Tendrá tiempo de sobra para hablar de sus otros supuestos crímenes con los agentes de otras jurisdicciones, a su debido tiempo. O sea, si logra convencerme de que usted tuvo algo que ver con el

asesinato de Georgia Lester.

Redford se echó hacia atrás en la silla, se acodó y entrelazó los dedos, adoptando la postura de un académico condescendiente.

—Sabía que tenía una cabaña en Dorset —empezó como si fuera a extenderse en un largo relato.

—¿Cómo lo averiguó? —preguntó Duvall sin esperar. Estaba decidida a no dejar que se relajara contando el cuento.

—La revista *Hello!* le dedicó un reportaje el año pasado. Había fotografías del interior y del exterior de la cabaña. El artículo decía que estaba a once kilómetros de Lyme Regis. No fue difícil dar con ella. De modo que encontré la cabaña y luego llevé a cabo mis planes. Me empeñé en averiguar sus horarios, sus idas y venidas...

—¿Cómo los descubrió?

—Está en su página *web*. Todas sus citas públicas. Sabía que iba a Dorset la mayoría de los fines de semana, y era fácil determinar cuándo tendría que estar de nuevo en Londres, a partir de la lista de actos públicos que aparecían en la página *web*. ¿Va a interrumpirme siempre? —protestó de mala leche.

—Pensé que le gustarían mis preguntas —dijo Duvall sin inmutarse—. Dijo que quiere que lo crea. Debería estar agradecido de que esté intentando confirmar su historia con todos estos detalles.

Los ojos del detenido brillaron con indignación momentánea.

—Usted se cree muy lista, ¿no es así, Duvall? Pero

no podrá conmigo. Yo los maté, y tendrá que acusarme del asesinato de Georgia Lester.

—O eso, o pervertir el procedimiento de la justicia, señor Redford. De modo que acechó a Georgia. ¡Qué pequeño crimen más patético! ¿Cómo la raptó?

Al cabo de una hora, Duvall salió del cuarto de interrogatorios. Se sentía vacía y frustrada. A pesar del constante martilleo de sus preguntas, no había podido extraerle a Redford ni un solo hecho que no hubiera sido publicado ya por la prensa o que pudiera sacarse fácilmente de una lectura atenta de la novela de Georgia Lester. Entró en la sala de observación, donde el detective de Dorset estaba sentado, con una libreta sobre las rodillas.

—¿Qué le parece? —preguntó ella.

El levantó la vista de sus anotaciones e hizo una mueca:

—Creo que no ha dicho nada concreto, nada que no sea ya del dominio público. Todo lo que le ha dicho puede ser destruido por un jurado. Quiere que lo lleven a juicio, pero no que lo condenen; eso es lo que me parece a mí. Y también cree que es más listo que usted.

Duvall apoyó la espalda contra la pared y cruzó los brazos.

—Y eso precisamente es lo que se podría usar para hacerlo caer. Al leer la octavilla, me llamó la atención el estilo en que está escrita, muy parecido al empleado en

las cartas amenazadoras recibidas por algunos escritores de ficción policíaca. Con un perito adecuado, creo que puedo vincularlo con las cartas, tanto si encontramos o no los originales en su ordenador. Y si podemos enlazar las cartas con los asesinatos, entonces tenemos un punto de entrada. Pero costará mucho trabajo garantizar que se sostenga.

—¿Realmente cree que es él?

Duvall se separó de la pared bruscamente y fue hasta el cristal por el que podía mirar a Redford sin que él la viera. El detenido la miraba como si la pudiera ver, con una mueca de suficiencia confiada.

—Eso es lo que estoy preguntándome —dijo Duvall.

El detective golpeó su libreta con el lápiz.

—Leyendo la octavilla, me parece que sería capaz de hacer cualquier cosa, con tal de que publicaran sus libros.

Duvall suspiró. Su compañero acababa de expresar una idea que se le había ocurrido.

—¿Cree que llegaría a asesinar?

—De lo que estoy seguro es de que confesaría haber asesinado. —El detective movió la cabeza—. Le voy a decir algo, inspectora Duvall. No voy a luchar con usted para quedarme con este caso.

Fiona encontró a Kit en la planta de arriba, en la sala de estar, totalmente extendido en el sofá. En el suelo, a su lado, una botella con dos dedos de vino tinto.

El vaso colocado sobre su pecho contenía otro dedo. En la televisión emitían un culebrón australiano. Kit miraba a la pantalla, pero ella sabía que no la veía.

—Iré a por otra botella —dijo.

—Sería una buena idea —dijo él, sin rastro de embriaguez en su voz.

Cuando Fiona regresó, se puso a su lado, se sentó en el suelo cruzando las piernas y le sirvió lo que quedaba de la botella.

—Siento más de lo que pueda expresar lo que le sucedió a Georgia.

—Yo también —dijo Kit, cambiando de posición hasta quedar medio sentado, apoyándose en el brazo del sofá—. También tengo miedo. Hay alguien ahí fuera que está matando a la gente como yo, y no puedo dejar de pensar que yo podría ser la próxima víctima.

—Lo sé. —Fiona apuró su vaso y empezó con la segunda botella—. Y no tengo nada que decir, ni puedo hacer nada, para que eso cambie. ¡Dios, cuánto odio esta sensación!

Ella buscó su mano y la agarró.

El silencio que se produjo entre ellos fue ocupado por la charla necia del romántico adolescente del culebrón. Fiona deseaba, más que nunca, poder agitar una varita mágica y eliminar la sensación de amenaza que se cernía sobre ambos como una telaraña pegajosa que no les dejaba ver nada, salvo su presencia.

—Fue amable por parte de Steve venir para decírtelo él mismo —dijo ella—. Especialmente tal como están las

cosas entre nosotros.

—Te ama demasiado como para ser mezquino.

Fiona le dirigió una fugaz mirada de asombro. Siempre había pensado que el amor de Steve hacia ella era un secreto privado. Nunca se había hablado de eso entre ellos, y suponía que Kit aceptaba su punto de vista sobre la relación; un desafío a largo plazo de la teoría de que la amistad entre los hombres y las mujeres heterosexuales era intrínsecamente imposible.

Kit movió la cabeza, y una sonrisa cansada se extendió por su cara.

—¿Crees que no lo había notado?

—Supongo que sí. Supuse que como nunca te molestaba, lo tomabas tal cual —admitió ella.

Kit buscó la botella y llenó su vaso.

—¿Por qué me iba a molestar? No lo he sentido como una especie de amenaza. Siempre he sabido que tú no le amabas a él. Bueno, le amas, evidentemente, pero como amigo. Y él nunca ha intentado decirme cómo debería tratarte yo. De modo que, ¿por qué iba a haber algún problema?

Fiona apoyó la cabeza contra el muslo de Kit.

—Nunca dejarás de sorprenderme.

—Bien. No me gustaría en absoluto pensar que me tienes encasillado. —Soltó la mano de Fiona y le acarició el pelo—. Tú eres una razón muy buena para que yo siga con vida, ¿sabes? No voy a arriesgarme.

Fiona aprovechó la oportunidad que se le ofrecía.

—Lo primero que haremos por la mañana será

llamar a una compañía de seguridad y buscarte un guardaespaldas.

—¿Hablas en serio? —dijo, con un tono que era una mezcla de incredulidad e indignación.

—Jamás he hablado tan en serio. No puedes vivir como un recluso, Kit. Sabes que te volverás loco dentro de un par de días. Te frustrarás y tendrás mala leche, y no podrás trabajar y luego harás algo que te parezca seguro, como pasear por el Heath. Te expondrás. —Cuando él intentó discutírselo, Fiona levantó una mano en un gesto terminante—. No voy a discutirlo, Kit. Tu seguridad es lo más importante, pero al mismo tiempo debes tener una vida.

—Vale. ¿Pero un guardaespaldas? Me sentiría un gilipollas.

—Es mejor que la otra opción.

Antes de que Kit pudiera replicar, los créditos del culebrón desaparecieron y la conocida urgencia del tema musical de las *Noticias de las seis* brotó de la televisión. Fiona se volvió para mirar la pantalla.

—Vamos a ver lo que están diciendo sobre Georgia comentó.

El presentador mostró su sonrisa sombría característica y empezó a dar las noticias: «Buenas tardes. Los restos de la desaparecida escritora de novelas policíacas Georgia Lester han sido descubiertos en un frigorífico del mercado de Smithfield de Londres. Y, en un desenlace dramático, un hombre ha confesado ser el autor del crimen en la rueda de prensa que ofreció

la policía».

Fiona y Kit ni siquiera oyeron los demás titulares.

—¿Qué coño...? —rezongó Kit.

No tuvieron que esperar mucho. Georgia era la noticia principal del boletín: «La policía de la City convocó una rueda de prensa esta tarde para anunciar que un registro efectuado en el mercado de Smithfield había concluido con el hallazgo de los restos de Georgia Lester. Ese horrendo descubrimiento se produjo a primeras horas de la madrugada, gracias a los agentes policiales, que llevaban trabajando toda la noche siguiendo una nueva línea de investigación. La señora Lester había desaparecido en algún lugar entre su cabaña de Dorset y su casa de Londres, hace diez días. Desde entonces, se habían dejado escuchar voces expresando preocupación por su seguridad. Pero la revelación fue eclipsada por los sucesos que tuvieron lugar durante la rueda de prensa. Conectamos ahora con nuestra corresponsal Gabrielle Gershon».

Una mujer de unos treinta años, de rostro solemne y con gafas modernas, apareció en la pantalla: «La policía no reveló nada del otro mundo en la rueda de prensa. Sólo informaron de que el cadáver desmembrado de Georgia Lester había sido encontrado en una nevera del mercado de Smithfield, pero se negaron a especular acerca de la existencia de alguna relación entre la muerte de la autora de ficción policíaca más vendida y los recientes asesinatos de los también escritores de novelas detectivescas Drew Shand y Jane

Elias. Pero, cuando la rueda de prensa tocaba a su fin, un hombre se abrió paso a empujones entre los periodistas afirmando ser el responsable de las tres muertes. Luego distribuyó unas octavillas, en las que afirma que los tres autores asesinados le habían robado sus argumentos literarios y que los había matado en venganza por su plagio. Por razones legales, no podemos mostrar las imágenes de este dramático suceso. Sin embargo, el hombre salió de la sala de conferencias custodiado por la policía y, hace diez minutos, se ha podido confirmar que está detenido como sospechoso de asesinato».

La voz del presentador la interrumpió: «¿La policía parecía sorprendida por esta intervención extraordinaria, Gabrielle?», preguntó a la corresponsal.

«Sí, Don, eso los sumió en una completa confusión. Hasta ese momento no habían dado ningún indicio de que tuvieran a algún sospechoso del asesinato de Georgia Lester.»

«Es un cambio notable. No recuerdo nada parecido en el pasado —dijo Don, el presentador, mientras la imagen de la pantalla regresaba al plató—. Gracias, Gabrielle. Contactaremos contigo si hay novedades.»

Miró a cámara con una expresión seria. «Más adelante, durante el programa, les ofreceremos un reportaje sobre la vida y la obra de Georgia Lester. Pero, primero, los demás titulares de esta noche.»

Fiona buscó el mando a distancia y pulsó el botón para quitar el sonido.

—Increíble —dijo maravillada—. ¿Confesó en una sala llena de periodistas?

—Bueno, he ahí un hombre que no necesita publicista.

—Pásame el teléfono —dijo Fiona.

Kit se estiró y cogió el inalámbrico.

—¿A quién vas a llamar?

—A la calle Wood. Quiero saber si ese tipo va en serio o no es más que el loco del barrio.

—¿Crees que te lo dirán?

Fiona le miró fijamente, con la mirada de desaprobación del profesor:

—¿Tú crees que no?

Al cabo de diez minutos, colgó el teléfono. Sarah Duvall no estaba disponible. Pero Fiona consiguió explicarle su relación con el caso a un sargento bastante desconfiado del centro de coordinación, y éste la premió confirmándole que sí, que la brigada especializada en asesinatos estaba tomándose al confesor en serio. Y, también le dijo, de manera totalmente extraoficial, que probablemente presentarían cargos contra él aquella misma noche. Quizá no de asesinato, todavía no. Pero sí de algo grave.

Para Fiona fue como ese momento en que te das cuenta de que la anestesia dental ha perdido su efecto. Sintió que le salía la tensión de los hombros como un fluido líquido. Su reacción de escepticismo inicial quedó disipada por la firme certeza que le dio el sargento del Departamento de Investigaciones Criminales de que

una persona tan lista como Sarah Duvall estaba tomándose aquello en serio. Y, si el detenido confeso hubiera sido uno de los sospechosos que suelen salir de debajo de las piedras cada vez que se publica un titular criminal importante, la policía lo habría sabido. Sonrió mirando los ojos ansiosos de Kit.

—Parece que creen que va en serio —dijo, soltando un largo suspiro. Se levantó del suelo rápidamente y se metió en el sofá con él, envolviéndolo en un abrazo—. Espero que tengan razón —dijo en voz baja—. Dios mío, espero que todo se haya terminado.

CAPÍTULO 43

El cuarto estaba impregnado de penetrantes fragancias de ylang-ylang, sándalo y rosas. El parpadeo de un par de velas suprimía la fría blancura clínica de las paredes, haciendo que la habitación de Steve dejara de ser una celda monacal para convertirse en un lugar donde lo romántico era posible. Terry había contribuido a crear aquella atmósfera con el aceite para dar masajes y las velas; después de la primera noche, cuando la urgencia lo había sido todo, ella quería aportar un marco más sensual a sus relaciones amorosas.

Tumbados en un lánguido enredo de miembros, con un par de copas de champán al alcance de las manos, se

contaban las historias de sus respectivas vidas. Mientras escuchaba las anécdotas de la niñez de Terry, Steve disfrutaba de la sensación de haberse librado de la banalidad de su vida.

Cuando el timbre estridente de su móvil interrumpió las dulces ironías de Terry, se sintió brutalmente devuelto a su vida anterior.

—¡Mierda! —maldijo salvajemente mientras se desenredaba de ella.

Ella se rió.

—No hagas. No estás trabajando.

—No puedo —dijo enfadado mientras cruzaba la habitación en dos zancadas y cogía bruscamente el teléfono que estaba en el tocador—. Tengo demasiadas cosas pendientes. ¡Maldito aparato!

Pulsó un botón y ladró:

—Habla Preston.

—¿Steve? Soy Sarah Duvall.

Steve reprimió su exasperación y retrocedió hasta la cama, donde se sentó.

—¿En qué te puedo ayudar, Sarah?

—¿Te he llamado en un mal momento?

—No, no pasa nada.

Duvall notó su tono cortante; sabía que sí pasaba algo, pero igualmente insistió. No pensaba dejar que la comodidad de Steve Preston se interpusiera entre ella y su objetivo.

—Quería preguntarte si crees que la doctora Cameron estaría dispuesta a aceptar un encargo oficial

para trabajar en el caso Lester.

Steve miró preocupado a Terry. Se sentía un poco incómodo hablando de Fiona en su presencia. Le parecía casi incestuoso.

—No veo por qué no. Su problema es con la Met, no en general. ¿Qué es lo que buscas, específicamente?

—Como ya sabes, hemos detenido a un asesino confeso. Pero me está resultando particularmente difícil averiguar si en realidad es culpable, porque son muchos los detalles del crimen que salen en el libro de Lester. Sin embargo, yo creo que los podríamos relacionar con las cartas y luego asociarlas con los tres asesinatos, especialmente si podemos establecer que Shand y Elias también recibieron misivas. He pensado que la doctora Cameron podría analizar las cartas y la octavilla que el detenido distribuyó en la rueda de prensa y, después, repasar la evidencia de los otros dos casos para ver si hay vínculos. Con tres casos, tenemos más probabilidades de encontrar alguna prueba o algo que vincule al detenido o lo descarte.

—Me parece que valdría la pena intentarlo —dijo Steve con cautela—. No hay persona más indicada para ese trabajo.

—No quiero esperar hasta mañana —dijo Duvall—. ¿Tienes su número de teléfono particular?

—Recibirías mejor respuesta cara a cara que por teléfono.

No era el momento para decirle que, hablando por teléfono, no iba a congraciarse con una mujer que le

tenía antipatía, debido a la renuencia de Duvall a proporcionar protección a Kit y a sus compañeros.

—¿Entonces, me das su dirección?

Steve echó un breve vistazo a Terry, que le miraba risueña y repantingada desde la cama. Por un momento, pensó en irse hasta la otra habitación para evitar cualquier posibilidad de que Terry identificara las señas de su profesora. El instinto para todo lo confidencial lo tenía hasta en los tuétanos, pero se dio cuenta de que, si quería que aquella relación funcionara, tendría que dejarla entrar en su vida. Respiró hondo y le dio a Duvall la dirección de Fiona. Las cejas de Terry se arquearon y su expresión se tiñó de curiosidad. Steve colgó y tiró el teléfono sobre la mesa de tocador.

—Si no quieres, no haré preguntas, pero no he podido evitar reconocer la dirección de Fiona —dijo Terry.

Steve regresó a la cama y se metió allí con ella, abrazándola.

—¿Has oído eso del tipo que confesó haber asesinado a Georgia Lester en la rueda de prensa?

—Lo vi por las noticias, sí.

—Pues, los de la City quieren contar con el asesoramiento de Fiona. Creen que es un sospechoso sólido.

—Y quieren establecer relaciones con los otros dos asesinatos de escritores de ficción policíaca, ¿verdad?

Terry se mostró muy interesada y cambió de posición, apoyándose en un codo.

—Eso es. Ella no perderá esta oportunidad. Aparte de cualquier otra consideración, esto le permitiría estar segura de que han cogido al verdadero culpable y así podría dejar de preocuparse de que Kit sea el próximo en la lista de sentenciados.

—Por supuesto. Por eso ha estado tan ajena a todo estos últimos días.

—¿No se te ocurrió que Kit podría ser una víctima potencial?

—¿Qué te puedo decir? Me había olvidado de Kit. Sólo lo he visto una vez. Además, Fiona nunca habla de su vida privada. Y, en realidad, nadie ha hablado mucho de la posibilidad de un asesino en serie. Todos los periódicos dicen que no hay ninguna relación entre Drew Shand y la Jane esa, cómo se llame... —Movió la cabeza, molesta—. Dios, ¿cómo he podido ser tan idiota? Debía de estar totalmente desesperada por tanta preocupación.

Steve suspiró.

—Nunca la he visto tan cerca de estar desquiciada. Discutimos ayer sobre este asunto. Ella estaba enfadada porque fue la que dio la idea de registrar el mercado de Smithfield, pero ni los de la City ni la Met se comprometieron a proteger a Kit.

Terry hizo una mueca.

—Vaya, Steve, eso está muy mal. Estás atrapado entre lo personal y lo profesional. Qué momento tan terrible debisteis de pasar tú y Fiona. Ambos preocupados por Kit y enfrentados entre vosotros.

—No ha sido fácil —reconoció—. Como mínimo, parece que Kit está a salvo ahora, por lo cual estoy profundamente agradecido. Ese tipo es mi mejor amigo y, si algo le hubiera pasado, no sé cómo lo habría podido soportar. El único problema es que me temo que todo este asunto realmente ha jodido mi relación con Fiona. Ella no es una mujer que perdone fácilmente.

—Con el tiempo ya cambiará de opinión —dijo Terry, confiada—. Especialmente si te arrastras. Según mi experiencia, Fiona siempre ha respondido de forma positiva a una buena postración.

Steve negó con la cabeza.

—Esta vez creo que hará falta algo más que eso. Terry se acurrucó contra él.

—Todo mi duro trabajo, relajándote, al garete; estás de nuevo más tenso que un resorte. —Buscó el frasco de aceite para dar masajes—. No hay otro remedio. Vas a tener que dejar de pensar en Kit y en Fiona y tumbarte y tomar tu medicina como un hombre.

Steve forzó una sonrisa mientras se daba la vuelta para tumbarse boca abajo, sintiendo cómo aleteaban sus músculos mientras ella se sentaba sobre él a horcajadas.

—Lo que tú digas, doctora.

—Todavía no soy doctora —dijo ella—. Imagina cuánto mejoraré cuando me haya doctorado…

Él gruñó mientras las manos de Terry, resbaladizas con el aceite, empezaban a masajearle los hombros.

—No sé si tendré suficientes fuerzas para eso.

—Llegaremos poco a poco, gradualmente, soldado.

Los fuertes dedos le masajeaban los músculos poderosos de la espalda, borrando de su mente todo lo relacionado con Sarah Duvall e incluso con Fiona Cameron.

Fiona estaba en la cocina preparando café, cuando sonó el timbre. Hizo una mueca de protesta por la interrupción inesperada y recorrió el pasillo para mirar por la mirilla de la puerta. Lo más probable era que se tratara de algún plumífero decidido a conseguir una jugosa entrevista con Kit para el periódico de la mañana. De ser así, Fiona iba a tener el placer de mandarlo a freír espárragos. Una cosa estaba clara. Ningún amigo les habría visitado aquella noche sin avisar primero por teléfono.

Para su sorpresa, Fiona reconoció a la persona que estaba en el umbral, aunque no lograba comprender qué hacía allí la inspectora Sarah Duvall.

—¡Maldita sea! —dijo entre dientes, y luego abrió la puerta—. ¡Inspectora Duvall! —exclamó.

—Siento interrumpirla a estas horas de la noche —dijo Duvall formalmente, como si disculparse le dejara un mal sabor de boca—. Pero pensé que quizá podría dedicarme un poco de su tiempo.

Fiona se apartó indicándole que entrara.

—La segunda puerta a la izquierda; es la cocina. Hablaremos allí.

Duvall caminó por el pasillo, fijándose en todos los

detalles. Un entarimado de buena calidad, alfombras orientales caras, un par de óleos con dramáticos paisajes en las paredes. Al doblar en la escalera, un hombre que identificó como Kit Martin estaba mirándola con curiosidad.

—Se trata de trabajo, Kit —le informó Fiona—. Necesito hablar con la inspectora Duvall un momento.

—¿Es algo que no puede esperar a mañana, verdad? Por supuesto que no —comentó él, dando media vuelta y desapareciendo en el piso de arriba.

—He sabido por las noticias que han detenido a alguien —dijo Fiona, mientras seguía a Duvall hasta la cocina—. Por favor, siéntese.

Duvall sacó una silla y se sentó, cruzando las piernas con precisión.

—Estaba haciendo café. ¿Le apetece una taza?

—Gracias.

—Lo toma solo, ¿verdad?

Fiona no esperó la respuesta y le sirvió una taza. Añadió leche a la suya, llevó ambas a la mesa y se sentó frente a Duvall. Mantuvo el rostro inexpresivo y dijo:

—Y bien, ¿qué la ha traído por aquí?

—Como ha dicho, hemos detenido a alguien. No nos quedó otro remedio, teniendo en cuenta que todo ocurrió en medio de la rueda de prensa —dijo Duvall con un tono de ironía en la voz—. Pero el asunto no está nada claro. Se llama Charles Redford y ha confesado ser el autor de los asesinatos, pero no nos ha dicho nada que no fuera ya accesible para cualquiera que hubiera

escuchado las noticias o leído la novela de Georgia Lester, que parece ser la fuente de inspiración del asesinato. Hemos registrado su piso sin hallar nada concluyente. En su escritorio encontraron los ejemplares de las tres obras fundamentales de Shand, Elias y Lester. Había un montón de periódicos con artículos sobre los tres asesinatos, pero, hasta ahora, nada con lo cual los forenses puedan trabajar en serio. Hemos tenido suerte, pues su factura de teléfono muestra que ha realizado llamadas a los números de Shand y de Lester en los últimos tres meses. Y una representante ha hecho una declaración diciendo que Redford la amenazó. Ella pensaba aceptarlo como cliente, pero luego decidió no hacerlo. Cuando él recibió la carta de rechazo, se presentó en su oficina y se abrió paso a empujones, pasando de la recepcionista. Irrumpió en su despacho y le gritó injurias. Cogió un cortapapeles que estaba en el escritorio y lo blandió en su cara, diciéndole que debería ir con cuidado a la hora de decidir a quién iba a insultar; después lo lanzó contra la pared y abandonó el despacho furioso.

Fiona sorbió el café sin decir nada; simplemente arqueó un poco las cejas. Su anterior encuentro con Duvall la había dejado sin ganas de facilitarle la tarea.

Duvall tosió y continuó:

—Dice la representante que decidió no llamar a la policía porque, a la mañana siguiente, tenía que volar a Nueva York y no disponía de tiempo para meterse, según ella, en ese «rollo». —El rostro de Duvall mostró

una desaprobación ceñuda—. También hemos echado un vistazo al ordenador de Redford, pero hasta ahora no hemos encontrado ningún vestigio de las cartas amenazadoras. Confío en que los especialistas informáticos puedan encontrar algo cuando examinen el disco duro de manera más minuciosa, pero no pienso cifrar mis esperanzas solamente en eso. —Se puso el maletín en el regazo y lo abrió—. He traído copias de las cartas y también una copia de la octavilla que lanzó al aire en la rueda de prensa, esta tarde. —Sacó un puñado de sobres de plástico transparente, cada uno de los cuales contenía una hoja fotocopiada. Cerró el maletín, lo puso de nuevo en el suelo y colocó los sobres sobre la mesa—. Creo que el lenguaje es lo suficientemente distintivo como para demostrar que todas fueron escritas por la misma persona. Pienso darle estas copias a un experto en lingüística, con la esperanza de demostrarlo. —Duvall buscó los ojos de Fiona. No encontró ayuda en sus pupilas, pero prosiguió—: Lo que he venido a pedirle es que les eche un vistazo desde el punto de vista psicológico y me diga qué le parece a usted.

—¿Qué me parece qué?

Duvall torció la boca. Sabía que aquello no sería fácil. Una hostilidad abierta hubiera podido manejarla con facilidad. Pero la resistencia terca de Fiona a colaborar se parecía demasiado a su propio estilo como para saber superarla.

—Si ha sido la misma persona quien escribió todas

estas cartas. Si esa persona fue capaz de pasar de las cartas a la acción. Si hay pistas en este material que indiquen una relación entre los crímenes. Cualquier cosa que encuentre me interesará.

Fiona sujetó la taza entre las manos y miró fijamente a Duvall.

—¿Cree que es el asesino?

Duvall se subió las gafas.

—¿Eso importa?

—Siento curiosidad. Tengo algo que perder aquí, no lo olvide —contesto Fiona fríamente.

Duvall descruzó las piernas.

—No funciono por instinto. Trabajo con pruebas y a fuerza de experiencia. Basándome en eso, yo diría que es muy probable que sea el asesino. Es arrogante y muy seguro de sí mismo. Está convencido de que lo han estafado. Creo que ha planificado esto meticulosamente para que le acusemos y luego lo declaren no culpable. Entonces podrá lucirse cuanto quiera. Creo que su compañero está a salvo, doctora Cameron.

Era lo que Fiona necesitaba oír.

—Lo haré —dijo.

Duvall puso una mano sobre los sobres.

—Hay algo más —dijo ella.

A Fiona no le gustaba el método de Duvall. Había un cálculo frío en todo lo que hacía y decía que la hacía sentirse utilizada. Si no hubiera sido por su implicación personal en el caso, nunca habría llegado tan lejos. Pero le irritaba la suposición de que, incluso así, la pudiera

presionar aún más.

—Es tarde, inspectora —comentó fríamente—. Vamos al grano.

Duvall parpadeó.

—No estoy aquí para perder el tiempo, doctora. Ni el suyo ni el mío. Soy muy consciente de la importancia de su especialidad en relacionar crímenes. Si vamos a llevar este caso a juicio, creo que es importante que presentemos argumentos convincentes a favor de la relación entre los tres asesinatos. Ya he hablado con mis compañeros en Edimburgo e Irlanda y están dispuestos a permitirle que examine las pruebas con el propósito de formular una teoría sostenible que podamos llevar al tribunal y que demuestre que estos tres asesinatos son obra de la misma persona.

Fiona negó con la cabeza, reflejando la incredulidad en la cara.

—¿Ha dado por hecho que yo aceptaría?

Duvall movió la cabeza con un gesto de impaciencia.

—Esperaba que lo hiciera. Si dice que no, encontraré a otra persona. Pero me han dicho que usted es la mejor. Y, como me señalaba hace un rato, tiene algo personal que perder en este caso.

Fiona miró a Duvall, y una mezcla de reacciones lucharon en su interior. Le indignaba la presunción de aquella mujer, le enfadaba que hubiera maniobrado mejor que ella y, a pesar de sus esfuerzos, le halagaban sus palabras y, como siempre, le seducía la idea de enfrentarse a un reto profesional. Aquel no era un caso

que quisiera que investigara otra persona, se dijo a sí misma. Pero le dolía el convencimiento de que Duvall interpretaría su conformidad como una especie de triunfo.

—Las circunstancias de estos asesinatos son muy diferentes —dijo, decidida a no darle de inmediato a Duvall lo que quería—. No es seguro que pueda encontrar el tipo de relación que les gusta a los jurados.

Duvall le regaló su típica sonrisita hermética.

—Ambas creemos que la misma persona mató a Drew Shand, a Jane Elias y a Georgia Lester. Ambas sabemos que, si ése es el caso, el autor tendrá que haber dejado su firma en cada crimen. Usted sabe leer la tinta invisible. Yo sé traducirla en evidencia pura y dura. ¿Va a colaborar o no?

Las dos mujeres se miraban por encima de la mesa de la cocina. Fiona sabía que había llegado el momento de aceptar o rechazar la oferta. Y este caso la implicaba de manera demasiado personal como para soportar la idea de dejarlo en manos de otra persona. Cogió los sobres:

—Colaboraré.

Charles Cavendish Redford se apoyó contra el muro frío de la celda. Sabía que de nada serviría intentar dormir. Estarían vigilándolo por la mirilla de la puerta. Esperarían a que estuviera dormido y luego lo despertarían y lo llevarían otra vez al cuarto de los

interrogatorios, con la esperanza de que estuviera lo bastante desorientado como para bajar la guardia y darles la información que sólo podría saber el asesino. No iba a caer en esa trampa. Lo bueno de haber leído tantas novelas policíacas y otros libros que trataban de crímenes verdaderos era que conocía todas las trampas del oficio. Iba a quedarse despierto y alerta, alimentado por la adrenalina. Había un límite de tiempo estricto, a partir del cual no podrían retenerlo sin presentar cargos. Lo que hicieran después no le importaba en absoluto. Encerrado o en libertad, él seguiría manteniéndose dentro del plan que había diseñado cuidadosamente.

Todo iba tan bien. La mujer policía era un regalo de Dios. Podía ponerla nerviosa y, cuanto más antagonismo se acumulara entre ellos, más probabilidades habría de que lo acusar del asesinato de Georgia Lester. La hora de su sueño dorado llegaría.

No temía que lo declararan culpable. Era demasiado listo Para temerlo. De una u otra manera, saldría de todo aquello como un hombre libre. Y luego los editores andarían a la rebatiña para conseguir los derechos de sus obras.

Cambió de posición en la colchoneta, tratando de no acomodarse demasiado. Sonrió para sus adentros. Durante demasiado tiempo, Charles Cavendish Redford había tolerado que le ofendieran, le robaran y le engañaran. Sin embargo, muy pronto, esa situación pertenecería al pasado. Pronto su nombre sería

conocido. Igual que el de Drew Shand, Jane Elias y Georgia Lester.

CAPÍTULO 44

Fiona se apoyó en el marco de la puerta de la sala de estar.

—Duvall quiere enviar a alguien aquí mañana para entrevistarte —le comentó a Kit—. Para ver si recuerdas si un tipo llamado Charles Redford te envió algún manuscrito o alguna carta.

—Pero no fue a eso a lo que vino, ¿verdad? —preguntó él desde el sofá donde estaba postrado.

—No. Eso fue incidental —dijo ella entrando en la habitación y escogiendo el sillón que quedaba frente a Kit.

—Charles Redford. ¿Es el nombre del detenido? —preguntó.

Sabía que Fiona le explicaría el motivo de la visita cuando estuviera preparada. Mientras tanto, le alegraba que la conversación pudiera desarrollarse de la forma más cómoda para ella.

—En efecto. ¿Lo conoces?

Kit arrugó la frente mientras buscaba en su memoria.

—Tengo la sensación de que me envió un

manuscrito hace unos años.

—¿Qué hiciste con él?

—Lo mismo que hago siempre con los manuscritos no solicitados. Lo devolví con una carta educada, diciendo que por desgracia no tengo ni el tiempo ni la pericia para criticar la obra de otras personas, y le sugerí que se buscara un agente. —Kit bostezó—. No recuerdo haber sabido nada más de él.

—¿No lo leíste?

—La vida es demasiado corta.

Buscó su vaso y apuró lo que quedaba de vino. Estaba dando tiempo a que Fiona abordara el verdadero propósito de la visita de la inspectora Duvall.

—Voy a Edimburgo mañana —dijo Fiona.

—¿Drew Shand? —preguntó Kit.

—Parece que Duvall cree que es importante establecer la relación entre los tres asesinatos. Yo no le veo tanto sentido. Ocurrieron en tres jurisdicciones diferentes y, por lo que sé de principios legales, sólo puedes presentar cargos por cada caso en la propia jurisdicción. Y no estoy segura de hasta qué punto cada tribunal admitiría las evidencias de los demás crímenes. Pero las otras fuerzas del orden público implicadas han consentido en cooperar en el intento, aunque sólo sea para despejar sus archivos. Duvall parece creer que tendrá más probabilidades de cogerlo por el asesinato de Georgia si puede demostrar una pauta de conducta.

Kit se incorporó empujándose con los codos hasta quedar sentado.

—¿Así que la información que escuchamos antes era totalmente acertada? Creen que tienen al verdadero asesino.

—Duvall considera que es un sospechoso creíble. Y ella es quien está interrogándolo directamente. Todo parece indicar que es el autor de las cartas. Duvall dice que el lenguaje es casi idéntico. Y, para mi desconcierto, me recordó un caso que yo conocía por haberlo leído en Estados Unidos: alguien que había escrito unas cartas amenazadoras procedió a matar a media docena de personas. Lo admito. Me equivoqué cuando dije que no creía que el escritor de las cartas llegara hasta el asesinato.

Kit sonrió.

—¿Me lo darás por escrito? —Fiona combatió lo infantil con lo infantil, sacándole la lengua—. Así que, ¿cuándo te marchas?

—Hay un vuelo poco después de las nueve.

—Me alegra que vayas. Me caía bien Drew. Y Jane. No me gustaría que quien los mató salga impune. Si hay alguien que pueda presentar argumentos que demuestren la relación lo suficientemente sólidos como para convencer a un jurado, eres tú.

Fiona suspiró.

—Ojalá yo tuviera tu confianza. Va a ser difícil hacer que esto se sostenga en un juicio. —Apartó la vista—. Me gustaría que me acompañaras.

—¿Por qué? Si no hace falta, ahora que han puesto a ese fulano entre rejas.

Fiona, que no pudo pronunciar exactamente lo que le preocupaba, se encogió de hombros.

—Lo sé. Simplemente preferiría que estuvieras conmigo, sólo es eso.

—Tengo que acabar un libro —protestó.

—Puedes escribir en Edimburgo. Puedes pasarte todo el día en la habitación del hotel escribiendo.

—No es tan sencillo, Fiona. Estoy muy descentrado. Este asunto de Georgia me está volviendo loco. Ya me cuesta poner las palabras en la página. Y eso que escribo sentado en mi propio despacho, con mi propia música, rodeado de mis pertenencias. No podré concentrarme en un lugar extraño, con camareras entrando y saliendo sin avisar y nada que filtre la mierda de fondo salvo la televisión diurna. No voy, Y punto.

Sacó la mandíbula desafiante, retándola a que le llevarala contraria.

Fiona se pasó una mano por el pelo en un gesto de frustración.

—No quiero dejarte aquí solo. No, si estás nervioso. No puedo darte el apoyo que necesitas a 650 kilómetros de distancia.

Se sostenían la mirada, cada uno en sus trece. Finalmente, Kit negó con la cabeza.

—No lo puedo hacer. Quiero estar dentro de mi capullo. Donde debo estar. Además, mis amigos están en Londres. Vamos a quedar para hacer un brindis por Georgia. Es un ritual para pasar a la siguiente etapa, Fiona. Necesito estar aquí y participar en ese brindis.

—Alargó una mano hacia ella, con ojos suplicantes—: Tienes que verlo desde mi punto de vista.

—Entendido —concedió Fiona—. Pensaba en mí misma tanto como en ti, supongo. He sentido tanto miedo por ti; sólo quería mantenerte cerca, recordar que todo ha vuelto a la normalidad.

Compartieron una sonrisa de arrepentimiento, ambos conscientes de la tendencia que sus palabras tenían a interferir en la forma que deseaban que adoptaran sus vidas.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —preguntó Kit al cabo de un rato.

—No estoy segura. Probablemente volaré directamente hasta Dublín y estaré en Irlanda en cuanto termine en Edimburgo. Mañana es viernes. Debería llegar a Irlanda el domingo; quizás estaré de vuelta el lunes por la noche. Si me llevara más tiempo, tendría serios problemas para cumplir con mis compromisos académicos.

—Entonces, cocinaré algo especial para el lunes por la noche —dijo—.Tendremos una cena romántica. Apagaremos los teléfonos, quitaremos las pilas del timbre y recordaremos lo que encontramos tan infernalmente atractivo el uno en el otro.

Fiona sonrió.

—¿Por qué tenemos que esperar hasta el lunes?

Fiona salió del avión bajo una llovizna gris. Las

nubes bajas ocultaban las Pentlands y las Ochils, mientras la lluvia introducía un brillo ceniciento en el paisaje y en los edificios. El día había comenzado mal, y no parecía que fuera a mejorar. En su mente estaba Georgia mientras buscaba el ordenador portátil para meterlo en la bolsa. Preocupada, lo había dejado caer y se había estrellado contra el suelo. La carcasa se partió y la pantalla saltó del marco. «¡Mierda!», había estallado. En ese momento no tuvo tiempo para hacer nada. Furiosa por su descuido, Fiona abrió entonces el cajón de su escritorio y sacó los CDROM y los disquetes que le hacían falta para ejecutar sus programas. Los metió en el maletín y bajó las escaleras corriendo.

Kit alzó la vista del periódico de la mañana.

—¿Qué te pasa? —dijo.

—Acabo de cargarme la carcasa del ordenador portátil —dijo ella—. No puedo creer lo que he hecho. ¿Me prestas el tuyo para llevarlo a Edimburgo?

Enseguida se lo entregó, cerrando la cremallera del maletín del portátil, mucho más tranquilo de lo que habría estado ella en esa misma circunstancia. Que un accidente tan menor le hubiera disgustado tanto era una medida del precio de las inquietudes del día anterior.

Pero, como mínimo, tenía un ordenador con el que trabajar. Ya lo había usado en el vuelo, para grabar las comparaciones entre las cartas amenazadoras y la octavilla que Redford había repartido en la rueda de prensa. No cabía duda de que la misma persona había redactado todos los documentos. Y no podía descartar

la posibilidad de que el autor de las cartas se hubiera obsesionado tanto con sus motivos de queja como para traducir sus palabras en actos. Si fuera necesario, estaba dispuesta a testificar en un juicio.

Ahora caminaba rápidamente desde el pequeño avión hasta la terminal, que se levantaba al otro lado de la explanada de asfalto grasiento por la humedad. Una vez dentro del edificio, sacudió la cabeza para desprenderse las gotas de lluvia de los cabellos y siguió las señales que la conducían a la salida. El camino desde la puerta hasta la sala de llegadas parecía interminable, unos corredores sin fin que daban vueltas una y otra vez, en una especie de laberinto del que hubieran salido más fácilmente las ratas de laboratorio que los viajeros extenuados.

Finalmente, salió al bullicio del aeropuerto. Miró alrededor y vio a un hombre que mostraba una cartulina blanca con su apellido: CAMERON. El hombre era como un galgo inglés, enjuto, nervudo y de pelo oscuro, con un elegante traje colgado de los hombros como si aún estuviera en la percha. Taconeando impacientemente, mientras buscaba con la mirada inquieta entre los que llegaban, más que un policía, parecía un caco esperando el momento propicio para dar un tirón.

Fiona se acercó a él, depositó la maleta en el suelo y luego le tocó el codo.

—Soy Fiona Cameron —dijo—. ¿Me está esperando?

El hombre asintió con la cabeza.

—Sí, eso es —dijo doblando la cartulina y

metiéndola en el bolsillo de la chaqueta. Luego le tendió una mano—. Soy el sargento detective Murray. Dougie Murray. Encantado de conocerla. —Sacudió la mano de manera vigorosa—. Tengo el coche fuera.

Le soltó la mano y echó a andar.

Fiona acomodó en el hombro la correa del maletín del ordenador, levantó la maleta y lo siguió. En la calle había un coche particular. Murray hizo un gesto al guardia de tráfico que patrullaba por la acera y se dirigió a la puerta del conductor. Fiona abrió la puerta trasera del coche, depositó su equipaje, entró y se sentó a su lado. Él ya estaba pisando el acelerador.

—El inspector le hace llegar sus disculpas. Surgió una reunión y no pudo evitarla. Yo debo llevarle hasta Saint Leonard's. Es la comisaría de distrito donde se lleva a cabo la investigación. El inspector se encontrará con usted allí. ¿Vale?

—Me gustaría pasar por mi hotel de camino —dijo Fiona con firmeza—. Sólo para firmar el registro y dejar el equipaje. No quiero pasarme todo el día arrastrando la maleta —agregó intencionadamente.

—No, claro que no. El alojamiento está reservado en el Channings, de modo que tendremos que dar un pequeño rodeo.

Hablaba con un tono de satisfacción, como si le hubiera alegrado el día tener que planificar algo más creativo que un viaje directo de regreso al pueblo.

Salieron de la ronda de circunvalación al pasar el casino Stakis de estilo art déco, cortando a través de una

extensión verde hasta llegar a la calle Queensferry. Fiona miraba el tráfico sin registrar nada; sus pensamientos estaban con Kit. Seguramente estaría escribiendo, con el equipo de encendido, oyendo la música del momento; REM y Radiohead sin duda andarían por allí en el montón de compactos. Quizá The Fall, tal vez los Manic. Estaría tecleando y mirando por la ventana alternativamente, trabajando para mantener a distancia sus demonios. Pero ella tenía que ahuyentarlo de su mente y concentrarse en lo que había ido a hacer allí.

De repente, las viviendas de un solo piso desaparecieron para dar paso a elegantes casas victorianas, con altas terrazas de piedra arenisca, alejadas de la calle principal. Las casas ahora tenían varios pisos, ventanas enormes y techos altos para absorber el calor. Doblaron a la izquierda bruscamente y entraron en una calle de adoquines de granito. Las ruedas del coche hicieron un ruido sordo cuando Murray torció en la siguiente esquina.

—Hemos llegado —anunció, aparcando en doble fila frente a un edificio dorado de piedra arenisca, con un toldo y un par de farolas ornamentales.

—Yo esperaré en el coche —dijo, y a Fiona no le sorprendió.

La elegancia interior del hotel correspondía a la fachada pulida con chorros de arena. Firmó el registro y siguió a un joven por una escalera lujosa. Su habitación estaba en la primera planta, con vistas a

unos amplios jardines que dividían la calle. A través de la lluvia, pudo ver la cinta acerada del estuario Forth. A la izquierda, una enorme mole gótica, imponente, con dos torres gemelas, dominaba las calles cercanas.

—¿Qué edificio es ése? —preguntó al botones cuando ya estaba a punto de irse.

—Es el Colegio Universitario Fettes —dijo—. ¿Sabe? Adonde iba Tony Blair.

Eso explicaba muchas cosas, pensó ella.

Fiona abrió la maleta, sacó algunas prendas y después regresó a la planta baja. Diez minutos más tarde, habían salido del Barrio Nuevo georgiano; después bajaron para cruzar el Cowgate y subieron el Pleasance a toda velocidad, hasta llegar a un edificio moderno donde radicaba la división Ade la policía de Lothian y Borders. Una vez dentro del edificio, siguió a Murray por un corredor. Él abrió una puerta con ademán ostentoso y dijo:

—Le diré al inspector que ha llegado. Usted trabajará aquí, de modo que ya puede instalarse.

Mientras daba media vuelta para marcharse, Fiona decidió que era hora de ser más agresiva.

—Una taza de café no estaría nada mal —dijo sin sonrisa.

—Sí, está bien. ¿Leche? ¿Azúcar?

—Leche, sin azúcar, por favor.

Dio la vuelta y se fue, con la chaqueta aleteando a la velocidad de su paso. Fiona entró en la habitación. Era sorprendentemente agradable, aunque algo pequeña.

Había una mesa de madera pálida y una silla giratoria. Dos sillas tapizadas sin reposabrazos se apoyaban contra una pared. Había una mesilla con un teléfono, una jarra de agua y dos vasos limpios. Y, lo mejor de todo, una ventana. Por ella podía ver, más allá del aparcamiento, del muro y de los tejados, un trozo del peñasco Salisbury aferrándose a duras penas a sus tonos verdes bajo la lluvia.

Fiona dejó el ordenador sobre el escritorio y se arrodilló para encontrar el enchufe del teléfono. Estaba enchufando el adaptador del cable del modem, cuando se abrió la puerta. Un par de robustas piernas con los pantalones apretando los muslos se acercaron a ella. Fiona se echó hacia atrás para poder ver al hombre por encima del escritorio. Lo que vio sacudió su memoria.

En su mente se fue formando poco a poco una imagen, como la del papel fotográfico flotando hasta definirse en la cubeta del revelador. Un hombre achaparrado y fornido, con el pelo asombrosamente rojo y una cara llena de pecas enrojecida por los vientos de la Costa Este. Ojos de un azul claro, orlados por pestañas insólitamente oscuras. La nariz chata y pequeña, y una boquita apretada de querubín. Era el sargento detective Alexander Galloway. Enseguida se sintió transportada a unos doce años atrás, hasta un pub oscuro y aburrido de Saint Andrews, donde la citó para tomar juntos una copa y que ella le interrogara a propósito del asesinato de Lesley. Inicialmente él no se había ocupado del caso, pero, seis meses después del

suceso, cuando el asunto se sometió a revisión, había sido uno de los agentes asignados. Desde entonces, no había podido decirle nada nuevo.

Fiona estaba boquiabierta. No había establecido la relación cuando Duvall le explicó que el detective inspector Sandy Galloway era el agente encargado de la investigación del asesinato de Drew Shand. Pero no cabía duda. El pelo rojo se había suavizado hasta ser de un gris rojizo algo mate, y la cara enrojecida había desarrollado una ligera tonalidad lila que preocuparía a cualquier médico, si es que alguna vez tenía tiempo para ir al hospital. Pero los ojos eran del mismo azul claro, rodeados por aquellas pestañas extraordinariamente negras. Las venas rojas de la nariz chata eran como un cuadro de Jackson Pollock, y la boca parecía más apretada de lo que recordaba, en un mohín de desaprobación. Pero, en fin, pensó: «Eso es lo que una docena de años de intenso trabajo en la profesión policial hace con un hombre». Mirando hacia abajo, él le dedicó una leve sonrisa:

—No, no, doctora. Te equivocas. Esta vez somos nosotros los que tenemos que arrodillarnos ante ti —dijo amablemente.

Fiona se levantó:

—No tenía ni idea... Buscaba el enchufe telefónico.

Galloway chasqueó la lengua.

—Murray tenía que haberte orientado.

—No creo que Murray oriente mucho —dijo Fiona con ironía—. Al menos, no a las mujeres mayores. Sigo

esperando el café que pedí.

Galloway echó la cabeza hacia atrás con una risa muda.

—Bueno, te has vuelto más observadora con los años.

—Pura observación profesional, nada más. Pero me sorprende volver a verte.

Fiona le tendió la mano. El apretón de Galloway fue seco y firme.

—Le dije a la inspectora Duvall que nos habíamos visto una vez. Pensé que te lo habría comentado.

—Creo que a la inspectora Duvall le gusta mantenernos a todos en guardia —dijo Fiona con el tono de voz más neutro que consiguió articular.

—Sí, bueno. Lo sentí mucho, ¿sabes? Nunca cogimos a nadie por el asesinato de tu hermana.

Fiona apartó la vista.

—No voy a fingir que no estaba enfadada en aquel momento. Pero, hoy por hoy, entiendo mejor lo difícil que es encontrar a un reincidente. —Volvió a mirarle a los ojos—. No os guardo ningún rencor. Hicisteis todo lo posible.

Galloway se frotó la nariz con el dedo índice.

—Sí, bueno. Me diste una buena lección, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Sí. Nunca olvides que las personas asesinadas tienen familiares que quieren saber qué pasó. No está nada mal tenerlo presente. —Se aclaró la garganta—. De todas maneras, es muy amable de tu parte haber venido

tan pronto. Le he pedido a uno de mis agentes que baje el expediente del asesinato. ¿Te gustaría ver algo más?

Fiona abrió la cremallera del maletín de su ordenador.

—Quiero estar un rato en el piso de Drew Shand.

—Lo han registrado a fondo —dijo él inclinándose hacia delante, apoyando los puños en el escritorio mientras hacía una mueca.

Podía haber parecido una postura agresiva, pero, de algún modo, Galloway consiguió que simplemente pareciera un gesto de impaciencia.

Ella le miró a los ojos.

—Me gustaría tener una idea de cómo es. Y quiero estar segura de que no hay nada allí que relacione a Drew Shand con Charles Redford.

Justo en ese momento, alguien llamó a la puerta y un agente uniformado entró empujando una mesita con ruedas repleta de expedientes. Los llevó hasta el escritorio.

—¿Algo más, señor?

Galloway miró a Fiona con una expresión inquisitiva.

—Café —dijo ella—. O me dices dónde puedo encontrar café en este edificio o le pides a alguien que traiga una taza cada hora.

—Ya le ha escuchado, agente —dijo Galloway—. Vaya inmediatamente a mi despacho y baje la bandeja con mi cafetera de filtro y el café. —Le sonrió a Fiona—. Si no te importa, siempre puedo bajar a por una taza si

estoy desesperado. Bien, ahora te voy a dejar trabajar. Si necesitas cualquier cosa, o si quieres consultarme sobre algo, no tienes más que pedírmelo, sólo tienes que coger el teléfono y decirle a la operadora que me encuentre. Y cuando estés lista para ir a ver el piso, házmelo saber y pondré a tu disposición un coche.

—Gracias. Viendo este montón de expedientes, creo que estaré bastante ocupada durante el resto del día —dijo Fiona—. Probablemente estaré lista para ir al piso por la tarde, pero te llamaré cuando vea la luz al final del túnel.

Cuando se quedó sola, cargó el programa en el ordenador de Kit. Antes de empezar a trabajar, le envió un breve mensaje diciendo que había llegado bien. Luego, asegurándose de que su móvil estuviera encendido, puso manos a la obra. Estaba familiarizada con los expedientes policiales y, aunque no pasaba nada por alto, había aprendido a revisarlos buscando el material de interés.

Lo que buscaba era cualquier factor común entre los tres asesinatos, algún denominador común que, tomado por separado, fuera insignificante pero, visto globalmente, contribuyera a llegar a una conclusión ineludible. Fiona sospechaba que, en aquel caso, ella no podría hacer mucho más de lo que haría cualquier agente de policía inteligente.

Sin embargo, la ventaja para la policía al encargarle esta tarea consistía en que Fiona podría testificar como experta, ya que era una autoridad reconocida en la

especialidad de encontrar relaciones entre crímenes.

Por una vez, tenía algo sólido a partir de lo cual podría fundamentar su análisis. Estaba claro que cada uno de los tres asesinatos se había inspirado en un episodio de un libro escrito por la víctima. El arresto de un sospechoso por parte de la policía irlandesa había desviado la atención de ese aspecto, pero Duvall le había dejado claro que la Garda revisaría su postura a la luz de la confesión de Redford.

Ella no tenía ninguna duda de que pondrían en libertad al sospechoso al cabo de poco.

Era indudable que había acechado a cada una de las víctimas. Una de las cosas que tendría que averiguar en los próximos días era cuánta información sobre cada una de ellas estaba fácilmente disponible en la esfera pública. Con un poco de suerte, algo de ese material ya estaría en los expedientes de los asesinatos. Y, por supuesto, las fuerzas del orden público involucradas estarían buscando nuevos testigos, ahora que contaban con un sospechoso cuya fotografía podían divulgar.

Para Fiona, la tarea era más sutil. Y, por una vez, podía trabajar a su ritmo. Como había señalado Kit, lo más probable era que Duvall tuviera razón. Esta vez no había ningún asesino preparando un nuevo ataque, como una bomba de relojería haciendo tictac.

CAPÍTULO 45

La detective Joanne Gibb avanzó por el corredor hasta el despacho de Steve Preston con un dinamismo que parecía desmentir las horas que había pasado ante el ordenador, cotejando los archivos de antecedentes penales con todos los nombres del censo electoral, en un área ubicada entre los límites de Kentish Town y Tufnell Park. La fatiga casi la había puesto bizca y estaba a punto de llorar de frustración ante la inutilidad de su tarea, cuando el teléfono sonó. El día anterior había intentado ponerse en contacto con el recopilador de información local, en la comisaría que atendía el área identificada por Terry, y se encontró con que el policía que llevaba ese archivo estaba de vacaciones y no regresaría hasta el lunes. Pensó que era el colmo de la mala suerte, pero siguió con las listas, confiada en que encontraría algo.

Así las cosas, poco antes del mediodía, se produjo la llamada. El recopilador, Darren Watson, había pasado por la comisaría para recoger algo y había visto el mensaje de Joanne clasificado como «urgente». Cuando ya casi había perdido la paciencia y la esperanza, Joanne pudo por fin decirle lo que buscaba.

—De acuerdo —le dijo Darren—. Se me ocurren un par de tipos. ¿Por qué no te pasas por aquí y echamos un vistazo?

—¿Ahora?

Joanne apenas podía creer que tuviera tanta suerte. De acuerdo con su experiencia, un policía en su día libre haría casi cualquier cosa con tal de no tener que trabajar.

—Sí. Acabo de pasar una semana en una cabaña de Cornualles con mi media naranja y, francamente, cualquier cosa que me permita escapar de casa durante una o dos horas será como una paga extraordinaria. Pásate por aquí y veremos lo que podemos encontrar.

A Joanne no le hizo falta que se lo pidiera dos veces. Bajó las escaleras corriendo hasta su coche y montó en cólera varias veces con distintos conductores, de camino a la comisaría del norte de Londres, donde Darren Watson quizá tuviera la respuesta a sus rezos. Los agentes de información local eran los responsables de mantener el servicio de inteligencia de la comisaría. Además de mantener actualizado un archivo de fichas para todos los delincuentes conocidos del territorio, con los detalles de sus condenas, un buen recopilador tomaba nota de los cómplices, las sospechas y los rumores. Había muchas razones para que lo que tenían allí escondido nunca se introdujera en ningún ordenador. Una ficha siempre podría perderse convenientemente, mientras que los archivos informáticos, incluso los borrados, dejaban rastro. La omnisciencia aparejada con la denegación era lo que identificaba a un buen recopilador. Joanne confiaba en que eso sería lo que encontraría.

Darren estaba en un pequeño despacho subterráneo,

inmerso en el ambiente de un búnker de tiempos de guerra. En una pared colgaban planos de la zona a gran escala, con alfileres de distintos colores marcando ubicaciones específicas. Otra pared estaba llena de archivadores. El estante de una tercera pared se caía bajo el peso de los ficheros amontonados. La mayor parte de la cuarta pared la ocupaba el escritorio, en cuyo borde estaba sentado Darren, con ropa de civil: un jersey de lana azul oscuro sobre una camiseta blanca, tejanos y zapatillas de un blanco brillante. La primera impresión que tuvo Joanne fue que, si se guiaba por su aspecto, los archivos de Darren serían inmaculados. Joanne era consciente de que el desgaste del trabajo del día, combinado con lo poco que había dormido, la dejaba en desventaja ante el recopilador en cuanto a apariencia se refería.

Después de las presentaciones, Joanne fue directamente al grano.

—Como te he dicho, estoy tratando de descubrir a un sospechoso en una serie de violaciones. Tenemos motivos para creer que podría estar en tu territorio. He realizado una búsqueda en los registros electorales, pero no he encontrado nada. Creemos que podría tener antecedentes por delitos sexuales menores, quizás incluso un intento de violación. Lo que buscamos es un delincuente que trabaja al aire libre, que elige como víctimas a mujeres blancas, normalmente rubias. Podría usar una bicicleta para fugarse y emplea un cuchillo en sus agresiones. Es posible que algunas de sus

violaciones hayan sido presenciadas por niños.

Darren se alejó del escritorio de un salto, y se dirigió a sus archivadores.

—He estado dándole vueltas al asunto, y se me han ocurrido dos nombres. —Abrió uno de los ficheros con dificultad y empezó a hojear las fichas—. Aquí está. —Sacó un grupo de fichas sujeta con una goma—. Gordon Harold Armstrong. Le dio las fichas a Joanne y se desplazó hasta otro cajón. Gordon Harold Armstrong tenía veinticinco años, estaba en paro y había dado con sus huesos en la cárcel varias veces por robos y atentados contra el pudor. Su técnica consistía en sorprender a las mujeres cuando regresaban a casa del trabajo, toquetearles los pechos y luego practicar el exhibicionismo. Había amenazado a tres de sus víctimas con un cuchillo. No se hacía referencia a ninguna bicicleta. Pero, para Joanne, lo que lo descalificaba era que Gordon Harold Armstrong era negro. Y, basándose tanto en el análisis de Fiona del asesinato de Susan Blanchard como en las evidencias de las víctimas de violación, el hombre que ella buscaba era blanco.

Darren se volvió hacia ella con una sola ficha.

—¿Ha habido suerte?

Joanne negó con la cabeza.

—Creo que busco a otra persona.

Darren le ofreció la ficha.

—Prueba con ésta.

Gerard Patrick Coyne, de veintisiete años. Nacido en Nueva Zelanda, había llegado al Reino Unido como

estudiante a los dieciocho años. Lo cual explicaba su ausencia en el censo de votantes, como advirtió Joanne. Después de licenciarse en Ciencias Sociales en la Universidad de Kent, había trabajado para varias compañías de investigación y desarrollo del mercado como analista de datos. Su primera detención tuvo lugar hacía cuatro años, después de que una mujer le denunciara por haberla atacado en un parque local. La tiró al suelo y trató de forzarla a tener relaciones sexuales. Pero ella forcejeó y logró escapar. Se declaró un sobreseimiento provisional por ausencia de pruebas. Lo arrestaron por segunda vez al cabo de unos meses. Una pareja de policías lo encontró acechando entre los arbustos de otro parque, esta vez con un cuchillo. Se presentaron cargos por posesión de arma blanca y le cayeron dos años de libertad condicional. Según las notas que figuraban al dorso de la ficha, Coyne fue sospechoso en otras dos agresiones sexuales. En uno de los casos, la víctima había quedado demasiado traumatizada como para participar en una rueda de identificación. En el otro, la mujer no fue capaz de señalar a Coyne en una rueda de reconocimiento.

No era sorprendente que, por tratarse de un delincuente sexual, a Coyne no se le conociera ningún cómplice. Lo que sí tenía era una bicicleta. Las notas escrupulosas de Darren Watson revelaban que era miembro de un club de ciclismo de la localidad, y que había ganado varias carreras.

Joanne dejó que una sonrisa le aflorase lentamente

a la cara.

—Darren, eres un genio —dijo, sosteniendo la ficha como si fuera el billete ganador de la lotería primitiva.

—Te gusta nuestro señor Coyne, ¿eh?

—¿Que si me gusta? Me encanta.

Mientras hablaba, Joanne sacó una libreta del bolso y empezó a copiar los datos de Coyne. La dirección, la fecha de nacimiento, las fechas de las detenciones y su condena por posesión de arma blanca. Y el nombre del club de ciclismo al que pertenecía.

Media hora después, cuando llamaba a la puerta de Steve Preston, Joanne estaba convencida de que a su jefe le iba a encantar el descubrimiento de Gerard Patrick Coyne. Entró en su despacho, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Tengo grandes noticias! —empezó, sentándose frente a su jefe sin esperar a que la invitara a hacerlo. Abrió su libreta y leyó los datos de Coyne en voz alta. Alzó la vista—. Parece que por fin hemos encontrado a nuestro sospechoso, jefe.

Revisó un montón de documentos impresos y separó unas copias para dárselas a su jefe.

—Y nada lo vincula a Susan Blanchard —le recordó Steve—. Nada excepto la especulación y un poco de análisis informático. —Cogió el fajo de notas y miró la primera hoja, que incluía fotos de Coyne—. Espera un momento —dijo con un timbre de excitación en la voz.

—¿Qué pasa, jefe?

Joanne se inclinó hacia delante, entusiasmada,

como si de algún modo adivinara lo que se le había ocurrido a Steve.

—Conozco esta cara. Lo he visto. —Cerró los ojos haciendo una mueca para concentrarse. Cuando abrió los ojos de nuevo, toda su cara parecía iluminada por la emoción—. ¡Estaba en el Baile y el día que pusieron en libertad a Blake! Sé que era él; me fijé porque llevaba la indumentaria de los ciclistas. Y un casco. Era él, Joanne, sé que era él.

—¿Estás seguro?

Era como si no se lo pudiera creer.

—Estoy seguro. Yo prestaba atención al público aglomerado en la sala del tribunal. Todavía estaba pensando en que habíamos llevado a juicio al hombre equivocado. Miraba las caras, por si veía a alguien que se destacara. —Steve se levantó de un salto y empezó a dar vueltas por la habitación—. Lo que tenemos que hacer... Joanne, quiero que me consigas los vídeos realizados durante el funeral de Susan Blanchard. Lo filmamos desde todos los ángulos. Y saca lo que puedas de la prensa. Cualquier fotografía o cinta que grabaran a la salida del Bailey. Y el tribunal, mira a ver qué puedes encontrar. Tendrás que ser discreta, ya sabes lo moralistas que pueden ser, si creen que intentamos obligarlos a algo. Vete a hablar con la oficina de prensa, a ver qué pueden hacer ellos para ayudarte.

—¿Y qué pasa con Coyne? ¿Lo vamos a llevar a la comisaría?

Steve abrió las manos en un gesto de frustración.

—No tengo suficientes agentes para eso, Jo. Déjame ver...—Hablaba consigo mismo, garabateando en su bloc de notas—. John va a relevar a Neil cerca del piso de Blake a las seis... Quizá Neil pudiera ir entonces hasta la casa del sospechoso, vigilarlo hasta la medianoche... —Alzó la vista para mirar a Joanne—. ¿Puedes venir a las siete mañana y vigilar a Coyne durante el día?

Joanne asintió con la cabeza, pues su entusiasmo superaba al cansancio.

—Por supuesto. Éste podría ser el golpe de suerte que hemos estado esperando. Pero... si no te molesta que pregunte... ¿Por qué seguimos vigilando a Blake cuando ya nos podemos concentrar en Coyne?

Steve asintió resignadamente.

—Tienes razón, Jo. Supongo que le tengo manía a Blake. Vaya, sé que no es el asesino. Pero, si Fiona Cameron tiene razón y él vio lo que pasó en el Heath aquella mañana, me encantaría pillarlo en cualquier otro delito. Por lo que sabemos, podría estar en contacto con Coyne. Me gustaría seguir vigilándolo todo el tiempo que sea posible. Pero ahora no debería concentrarme en Blake. Déjamelo a mí, yo organizaré todo. Sólo es preciso que vayas al piso de Coyne mañana a las siete de la mañana y que lo vigiles de cerca.

Ella se levantó.

—Si no hay más, voy a dejar el trabajo ahora e intentar dormir un poco.

—Te lo mereces. Un excelente trabajo, Jo. Bien hecho. —Sonrió—. Nuestra suerte está cambiando.

Tengo buenas vibraciones al respecto.

Antes de que la puerta se hubiera cerrado, Steve ya estaba hablando por teléfono. Quince minutos después, lo tenía todo arreglado. Neil había aceptado hacer un turno extra de vigilancia y otro agente del Departamento de Investigaciones Criminales había recibido la orden de vigilar a Blake al día siguiente, mientras el equipo central de Steve estuviera en otra parte. No era un plan perfecto, pero era lo mejor que podía hacer con tan poca antelación. Y, dado que las cosas empezaban a salirle bien, no pudo menos que sentirse optimista. Quizá por fin iban a capturar al verdadero asesino de Susan Blanchard. Nada podía hacerle más feliz.

Entonces se acordó de Terry Fowler y rectificó esa última idea.

Ahora todo estaba en su sitio. No importaba que la furgoneta que había alquilado usando uno de sus falsos carnets de conducir no tuviera el logotipo en la puerta; las compañías de mensajería a menudo alquilaban camionetas blancas anónimas cuando su propia flota no daba abasto. De todas maneras, no era más que un elemento menor. El vehículo clave, el Toyota de tracción a las cuatro ruedas, ya estaba aparcado en el estrecho callejón situado detrás de la fila de casas donde vivía su futura víctima.

Lo único que hacía falta era paciencia. Había pasado

en coche por la casa de su víctima un par de veces antes, durante el día. Allí no había sorpresas. Si hubiera tenido cualquier tipo de protección, habría desaparecido en medio del humo y los espejismos de la confesión del día anterior. Cuando encendió la televisión la noche anterior, le costó creerse la suerte que había tenido. Justo cuando pensaba que las cosas se le iban a poner más difíciles, la policía se había dejado engañar por un timador. Ahora nadie le estaría esperando, y mucho menos su víctima.

Todo estaba a punto. Incluso el tiempo obraba en su favor. Una tarde de llovizna gris significaba calles vacías y escasa visibilidad. Giró la llave de contacto y puso el intermitente. «Listo o no, ya voy.»

Kit miraba a la pantalla sin ver las palabras. El tiempo había pasado sin que lo notara, porque estaba absorto en el proceso de llorar a su amiga. En su mente se sucedían las imágenes de Georgia como en una serie de vídeos, recordando sus gestos, sus expresiones faciales, la manera en que se reía. Fragmentos enteros de conversación acudían a su memoria y le resonaban en la cabeza. Se habían quedado despiertos muchas veces, hasta muy tarde, en los bares de los hoteles, hablando de sus obras, de sus colegas, del mundo de las editoriales. Y poco a poco entraban en temas más personales. Ella le hablaba con cariño de Anthony, con lascivia de sus amantes. Él le había contado todo el

proceso de su amor por Fiona, y hasta el final siempre había compartido con ella más detalles de su vida privada que con cualquier otra persona.

No vivían, por supuesto, metidos el uno en casa del otro. Podían transcurrir semanas enteras sin que se vieran, pero la suya era esa clase de amistad que siempre comenzaba donde la habían dejado por última vez. La echaba de menos, y sentía un dolor apagado, como cuando se empieza a sentir hambre. Deseaba que Fiona estuviera allí con él. Fiona entendía el mecanismo de la pérdida; podría ser su guía en aquel ignoto territorio de la pena y el dolor.

Sacudió la cabeza como un perro ahuyentando una mosca y abrió el programa de correo electrónico. Descargó el mensaje de Fiona y lo leyó. Unas palabras desde la distancia, pero aun así le tranquilizaban.

Kit echó un vistazo al reloj y le sorprendió descubrir lo tarde que era. El detective de la policía de la City debería de llegar para tomarle declaración dentro de media hora. Tampoco tenía mucho que decir. El vago recuerdo de haber recibido un manuscrito de Redford no ayudaría mucho, sospechaba. Se preguntaba si Georgia también habría recibido uno de los manuscritos no solicitados de Redford. De haber sido así, probablemente estaría registrado en alguna parte. A diferencia de Kit, Georgia había contratado a una secretaria a tiempo parcial para que se encargara de su correspondencia. En algún lugar, sin duda, habría una copia de la carta que acompañaba al manuscrito cuando

fue devuelto.

El crujido de la reja interrumpió sus pensamientos errantes y miró por la ventana. Un mensajero subía por el camino con una gran caja de cartón, de esas que suelen contener los ejemplares de cortesía que el editor envía a los autores. La tablilla con el sujetapapeles del mensajero iba en equilibrio encima de la caja.

Kit se puso de pie y salió al corredor. Abrió la puerta antes de que el mensajero pudiera tocar el timbre.

—Un paquete para Martin —dijo el hombre, mirando por encima de la caja.

Kit alargó las manos para cogerla. Era tan pesada como esperaba, y retrocedió un paso para poder darse la vuelta y dejarla en el suelo, dentro de la casa. De reojo, vio moverse algo. Cuando se volvió, la mano del mensajero se abatió sobre él describiendo una brutal parábola. La vio venir, y levantó el brazo a medias para protegerse. Sabía que, en cuanto le asestara el golpe en el cráneo, sería demasiado tarde. Un dolor rojo y blanco floreció detrás de sus ojos. Entonces todo se puso negro.

El mensajero regresó por el camino, balanceando su tablilla en la mano. Subió en la furgoneta y se fue. A dos calles de distancia, encontró un sitio para aparcar. Se quitó la ajustada chaqueta del uniforme y se puso otra de cuero negro. Subió a la parte trasera de la furgoneta, se quitó los bastos pantalones azules y se puso un par de tejanos negros. Luego cerró la Puerta trasera con llave

y regresó al callejón ubicado detrás del jardín de Kit Martin.

Abrió la verja del jardín, que había dejado sin cerrar hacía unos minutos y, mientras oscurecía, se dirigió a través de las desnudas ramas de los ciruelos del patio y entró por las ventanas que había dejado abiertas. Fue útil que Kit hubiera dejado la llave en el cerrojo. Atravesó la cocina y fue hasta el corredor. Un lugar bonito, si a uno le gustaban este tipo de cosas. Él prefería la cocina más tradicional de una granja y no toda aquella escueta modernidad.

Y allí estaba. La víctima número cuatro. Atado como un pollo, inmovilizado de pies y manos, con aquellos plásticos tan eficaces. Le había tapado la boca con una ancha cinta de esparadrapo que le permitiría respirar aunque le cubriese la nariz. Todavía no quería que muriera. Eso ni pensarlo. No eres tan poderoso ahora, señor Kit Martin, creador de falsos dioses. Destructor de vidas.

Había llegado la hora de que se enfrentara a su propia destrucción.

Pero, ante todo, debía tener más paciencia. Necesitaba que oscureciera. No sería bueno que los vecinos le vieran dando vueltas con aquel personaje famoso tan querido en el barrio, bajándolo por el camino del jardín como si fuera una alfombra enrollada y metiéndolo en la parte trasera de una camioneta de tracción a las cuatro ruedas.

Miró el reloj. Media hora debería bastar. Entonces

estarían en la carretera para el largo viaje a casa.

CAPÍTULO 46

La sala de vídeos contaba con una tecnología punta digna de la que habría tenido cualquier estudio de televisión. Steve se preguntaba cómo podrían disponer los técnicos del presupuesto necesario para una sala tan sofisticada, pero, por una vez, creía que valía la pena cada penique que habían sustraído a los otros métodos de trabajo policial. Estaba sentado al lado de un técnico que le mostraba los vídeos del funeral de Susan Blanchard.

En las imágenes se veía que había sido un día brillante y soleado. Ello sin duda tuvo que resultar grotesco para los familiares y amigos que lloraban a la difunta, pero también facilitó el trabajo de los operadores de la policía. Se habían situado tres cámaras de vídeo a una distancia discreta de la tumba, aprovechando los viejos tejos que rodeaban el cementerio. Se filmó la llegada de los asistentes a la iglesia, y luego el momento en que se reunían alrededor de la tumba para el entierro. Después, cuando la multitud se había dispersado, una cámara permaneció filmando la tumba durante el resto de la tarde.

Los ojos de Steve estaban ahora pegados a la

pantalla mientras las imágenes pasaban en cámara lenta. De vez en cuando, pedía que pararan y acercaran el plano para poder ver a alguien más de cerca. En la primera cinta no obtuvo nada concreto, aunque había un par de tomas desde atrás donde se veía la espalda de un individuo que hubiera podido ser Coyne.

Cuando llegó a la mitad de la segunda cinta, empezó a sentir que los ojos cansados se le volvían arenosos.

—Necesito un descanso —le dijo al técnico, levantándose de la silla y estirándose—. Dame diez minutos.

Salió de la sala de vídeos y subió por la escalera los dos pisos que lo separaban del despacho. Sobre el escritorio había un grueso sobre de color marrón en el que se leía «Urgente. FAO detective inspector Steve Preston» escrito con rotulador negro. Lo abrió y sacó media docena de fotografías en blanco y negro. Una nota revoloteó y cayó en la superficie del escritorio, y vio que el remitente era el editor de imágenes de un diario nacional, un hombre con quien había tomado una copa y charlado un rato en uno de los horrorosos cócteles de Teflón, durante las últimas Navidades. No había nada como un contacto personal para conseguir resultados en esa zona gris de la cooperación entre la prensa y la policía.

Todas las fotografías estaban tomadas en el exterior del Old Bailey el día que declararon libre a Francis Blake. Steve buscó la lupa en el cajón y empezó a estudiar las copias minuciosamente. Mientras

examinaba la tercera fotografía, soltó un suspiro de alivio. Su memoria no le había engañado. En uno de los bordes de la multitud que rodeaba a Blake, se veía la cara inconfundible de Gerard Coyne. Steve repasó las fotos que le quedaban y encontró dos más donde aparecía el sospechoso. En una, estaba mirando a la cámara, y en la otra, aparecía de lado. Pero no cabía duda alguna. Era él.

El hombre que había sido identificado gracias al perfil geográfico elaborado por Terry había estado allí, en el juicio del supuesto asesino de Susan Blanchard.

Con ánimos renovados, Steve bajó corriendo las escaleras hasta la sala de vídeos.

—A trabajar —dijo—. Tiene que estar ahí, en alguna parte, estoy seguro.

Al cabo de unos diez minutos, su paciencia se vio premiada. La segunda cinta registraba a Coyne saliendo de entre los árboles del cementerio. Llevaba un traje oscuro, con corbata, adecuado para la ocasión. Se había quedado detrás del grupo principal de los asistentes, alrededor de la tumba. Un número significativo de personas, por respeto al dolor de la familia, se había mantenido detrás, mientras los gemelos de Susan lanzaban rosas sobre el ataúd de su madre y veían cómo bajaba a la tierra. Todos se habían dispersado bastante rápido después de que terminara la ceremonia. Sin embargo, Coyne había desaparecido entre los árboles para luego, cuando ya hacía mucho que el último de los congregados se había ido, resurgir y volver por el

camino hasta la tumba de Susan.

Steve sintió que el pulso se le aceleraba mientras Coyne se desplazaba en cámara lenta por el camino. Cuando se acercó a la tumba abierta, ni siquiera la miró de reojo y siguió caminando. Dos tumbas más allá de la de Susan Blanchard, se detuvo bruscamente y se volvió para mirar la lápida mortuoria. «¡Maldita sea! —exclamó Steve en voz baja—. No podemos verle la cara. Apostaría a que está mirando la tumba de Susan. Apostaría mi sueldo.»

Coyne permaneció allí, agachando ligeramente la cabeza durante unos minutos, y luego dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. No había nada indecoroso en su conducta. Si le presionaban, podría argumentar que había pospuesto su visita a la otra tumba que estaba cerca de la de Susan, debido a que se estaba celebrando un funeral. Pero, visto globalmente junto con su presencia en el Old Bailey y el perfil geográfico, ahora se sumaba este otro ladrillo formando una prueba que podría resultar suficiente para encarcelarlo.

—Quiero que me imprimas una serie de fotogramas de ese vídeo —le dijo Steve al técnico—. Las mejores vistas de su cara. Auméntalas para tener la mejor definición posible. No quiero que haya ninguna duda al respecto.

—Por supuesto —dijo el técnico—. ¿Es urgente?

—Es urgente.

Steve ya se dirigía hacia la puerta. Miró el reloj. Teflón tenía siempre la costumbre de encontrar excusas

para no estar en su despacho los viernes por la tarde, pero quizá pudiera pillarlo.

En realidad, el comandante Telford estaba esperando el ascensor del que salió Steve.

—Me alegro de haberle encontrado, señor. Necesito hablar con usted urgentemente sobre el caso de Susan Blanchard —dijo con firmeza.

—¿No puede esperar, inspector? Tengo una cita.

«Con un gran vaso de *gin-tonic»,* pensó Steve con un tono muy cínico:

—Me temo que esto no puede esperar, señor. ¿No podría llamar a las personas con las que ha quedado y decirles que llegará más tarde?

Telford hizo un mohín y rezongó:

—Oh, de acuerdo. Pero que sea lo más breve posible. Volvió sobre sus pasos hasta el despacho. Steve apenas había cerrado la puerta tras de sí, cuando Telford dijo:

—¿Qué es eso tan importante?

—Tenemos a un sospechoso sólido en el caso Blanchard, señor. Pienso traerlo a la comisaría para interrogarlo y registrar su vivienda. Consideré que le gustaría estar al corriente —dijo sentándose en la silla frente a la mesa de Telford, sin importarle que éste aún siguiera de pie.

—¿De dónde saca todo eso? —dijo Telford, incapaz de disimular su escepticismo.

—Si lo recuerda, señor, me autorizó a establecer una correspondencia entre crímenes y un perfil geográfico basados en casos con componentes parecidos.

Utilizando los resultados de ese trabajo, mis agentes realizaron una búsqueda de los archivos de antecedentes penales y encontraron una persona que probablemente encaja.

—¿Y eso es todo? —interrumpió Telford—. ¿Cree que eso se sostendría en un juicio como excusa razonable para llegar a alguien a la comisaría y poner su casa patas arriba?

—Hay más, señor —dijo Steve, reprimiendo su frustración—. El sospechoso es miembro de un club de ciclismo y tenemos dos testigos que han hablado de un ciclista en la escena del crimen. Y, lo que es más significativo, cuando vi la fotografía del sospechoso, lo reconocí. Lo había visto antes, señor. Estaba presente en el Old Bailey durante el juicio de Francis Blake. Eso lo he verificado a partir de unas fotografías que se hicieron allí ese día. Y también he examinado los vídeos que filmamos durante el funeral de Susan Blanchard. Estaba allí también. Después del funeral, pasó cerca de su tumba. En mi opinión, señor, tenemos bastantes indicios como para detenerlo por sospechoso de asesinato. Y para realizar un registro en su casa, de acuerdo con el Artículo dieciocho del PACE.

Miró a Telford a los ojos, rezando para que diera su autorización. Sabía que su fuerza superaría la debilidad de Telford, pero nunca lo había intentado en un desafío directo. Quizá tendría que haberlo hecho meses atrás, cuando Telford insistió en echar a Fiona y utilizar a Horsforth. Pero en aquel entonces había cedido, y le

había costado demasiado para que ahora se sintiera cómodo ante la perspectiva de tener que volver a pagar el mismo precio.

—Es poco convincente —se quejó Telford—. Y ya ha tenido un fiasco con ese caso. No quiero otro desastre.

—Podemos hacerlo de manera clandestina, señor. No hay necesidad de anunciarlo hasta que estemos preparados para presentar los cargos. Nadie tiene que saber nada de la detención ni del registro. Puedo mantenerlo en secreto... sólo yo y lo más selecto de mi equipo lo sabremos.

Telford sacudió la cabeza.

—Presenta argumentos convincentes. Pero quiero explicárselo al inspector de Homicidios antes de proceder.

—Pero el inspector está de vacaciones —protestó Steve.

Podía ver cómo el caso se le escapaba de las manos y se sentía incapaz de evitarlo.

—Regresa el lunes por la mañana. Sugiero que nos reunamos con él a primera hora del lunes. Hasta entonces, no hay que hacer nada que pueda alertar al sospechoso. —Telford sonrió amablemente. Había encontrado una manera de esquivar una responsabilidad difícil, y eso le alegraba—. Hemos esperado mucho. Si esperamos un par de días más, no pasará nada.

—Eso no es suficiente. —Steve sintió cómo se le enrojecían de cólera las mejillas mientras la sonrisa de

Telford se convertía en una mueca—. Mi equipo ha trabajado en esto hora tras hora, día tras día, y no pienso sacrificar nuestro ímpetu. Propongo que deje un mensaje en el teléfono particular del inspector para que me pueda localizar en cuanto regrese.

—¿Cómo se atreve a actuar por encima de mí? Está cometiendo una indisciplina —gritó Telford, con toda la bravuconería del hombre que sabe que nada en aguas demasiado profundas.

Steve se levantó.

—Es posible, señor. Pero esta es mi investigación, y no pienso ponerla en peligro. Estoy preparado para asumir toda la responsabilidad.

Enfrentado con una actitud tan implacable que no podía eludir, Telford inmediatamente retrocedió.

—Si cree que es tan necesario, hágalo. Pero más vale que esté seguro de lo que dice, si va a interrumpir las vacaciones del inspector de Homicidios.

—Gracias, señor —dijo Steve en un tono casi insolente.

Dejó la habitación antes de que su ira se descontrolara, y consiguió salir sin dar un portazo. No era el resultado que deseaba, pero, como mínimo, había esquivado a Telford. Al inspector de Homicidios no le iba a hacer ninguna gracia regresar a casa desde la región exótica en la que estaba para encontrarse con que había un mensaje urgente en su contestador. Pero, a pesar de que sabía jugar a la política tan bien como cualquier otro jefe superior, el inspector siempre había

sido un detective mucho más audaz que Telford. Entendería lo que tanto le urgía. Por eso estaba seguro de que le daría luz verde. Mientras tanto, tendría que mantener la vigilancia lo más discretamente posible.

Nada es jamás tan simple como parece, pensó Steve mientras regresaba a su oficina.

Era una opinión que probablemente Fiona compartía. Ella había examinado el expediente del asesinato de Drew Shand, lo cual había resultado una actividad singularmente improductiva desde el punto de vista del descubrimiento de puntos sólidos de relación. Una de las pocas cosas que en ese momento ella pudo decir era que, a pesar de la cuidadosa planificación, no había ningún indicio de la motivación sexual en los asesinatos ficticios que se reprodujera en los asesinatos reales, lo cual de por sí era significativo. Eso indicaba que había otro móvil detrás de las muertes de Georgia y de Drew. A ambos los habían acechado; a ambos los habían raptado; a ninguno de los dos le habían matado en su propia casa, sino en algún sitio no especificado; y ambos eran escritores de novelas policíacas premiadas que trataban sobre asesinos y que habían sido adaptadas con éxito a otros medios. Sin embargo, todo esto estaba en la esfera de la psicología del acto. Había pocos elementos de naturaleza concreta, a partir de los cuales poder descubrir más evidencias.

A Fiona le había impresionado que el asesino

estuviera preparado para desviarse de su calco. En cada caso, había una alteración significativa entre los actos descritos en el libro y el camino que el asesinato había tomado. Con Drew Shand, el lugar donde fue abandonado el cadáver era diferente. Aunque había sitios cercanos que habrían correspondido mejor a la descripción precisa de su novela, el cadáver del escritor había sido exhibido en otro lugar, presumiblemente porque estaba menos expuesto y el asesino podía acercarse en coche hasta allí. En el caso de Jane Elias, la tortura que se infligía a una víctima viva se había traducido en la mutilación de un cadáver. O el asesino había calculado mal su agresión inicial o no había tenido valor para tal grado de experimentación sádica. Fiona se inclinaba por esta última variante, ya que se ajustaba al elemento de conveniencia de la variación anterior.

En el caso de Georgia, la diferencia crucial fue el descubrimiento de la cabeza acompañando a la víctima. Es más, según Duvall, no había ningún indicio de que el asesino se hubiera guiado estrictamente por el libro ni de que hubiera practicado el sexo con la cabeza cortada. De nuevo, una mezcla de asco y conveniencia había entrado en juego. Para que el asesino estuviera seguro de que sus actos serían identificados, debía asegurarse de que la carne oculta en el congelador perteneciera inequívocamente a Georgia Lester. De modo que introdujo ajustes en el guión.

No era precisamente una firma, pero era una pauta

de conducta. Teniendo en cuenta este nuevo descubrimiento, Fiona se acercaba al piso de Drew con más optimismo. Quizás allí encontraría nuevos elementos.

Por la tarde se presentó Murray para llevarla, a través del tráfico de la hora punta, hasta el piso de Drew Shand, en el Barrio Nuevo. Cuando ella entró, se marchó, pidiéndole que cerrara con llave cuando saliera y que le devolviera las llaves en Saint Leonard's por la mañana.

Era un piso hermoso, pensó ella. Las habitaciones tenían proporciones elegantes, con elaborados frisos de yeso en la sala de estar y en la habitación principal, que daba al oeste. Allí había un gran jardín público, con abundante hierba y árboles altos, vallados con una cerca de hierro que los separaba de las casas aledañas. El piso revelaba una costosa decoración interior, con cortinas pesadas y muebles cómodos. Carteles de películas del género policíaco enmarcados adornaban las paredes, un interés que también se reflejaba en la colección de vídeos que ocupaba todo un estante en la sala de estar. A pesar de eso, y de los libros que revestían el despacho inusitadamente ordenado, todo aquello parecía más una puesta en escena, destinada a ilustrar el artículo de una revista, que un hogar. Incluso el cuarto de baño estaba prodigiosamente ordenado, mientras que todo el desorden normal quedaba oculto detrás de unos elegantes armarios de espejos y acero cromado. Ni siquiera un tubo de pasta de dientes medio usado

interfería con el orden.

Eso fue lo primero que captó en el piso. Pero Fiona no era psicóloga conductista. No era asunto suyo intentar leer el crimen leyendo a la víctima. En este caso, su meta principal era encontrar algo en la vida de Drew Shand que lo vinculara con Charles Cavendish Redford. Ella sabía que la policía ya había revisado el piso a fondo, pero en aquel momento habían estado buscando una relación con el mundo del sadomasoquismo gay, y no la correspondencia con un escritor frustrado.

Arrastró la silla del escritorio hasta el archivo y empezó a repasar las carpetas. El cajón inferior estaba totalmente dedicado a los documentos personales: la hipoteca, cuentas bancarias, recibos de gastos domésticos, el seguro del coche, el detrito general de la vida moderna. El siguiente cajón contenía una serie de archivadores colgantes que parecían estar relacionados con la obra publicada y la obra actual de Drew. Buscó allí rápidamente, para ver si de verdad había robado alguna idea de Redford. Pero no había nada que indicara ninguna otra fuente para su material aparte de su propia imaginación.

El cajón superior contenía la correspondencia. Había cartas de su agente, de su editorial; allí estaban sus contratos de publicación y, por fin, un archivo etiquetado como «Correo de Admiradores». Era un archivo sorprendentemente grueso, pensó Fiona mientras lo sacaba del cajón. Ella había vivido suficiente

tiempo con Kit como para saber cuán grande podía llegar a ser el número de cartas que habitualmente recibe un escritor de éxito, pero el archivo de Drew sobrepasaba sus expectativas. La primera docena de cartas era más o menos lo que había esperado; elogios sobre su primera novela, preguntas acerca de cuándo publicaría la segunda, peticiones de autógrafos; de vez en cuando alguna misiva incómoda que señalaba algún error menor en el texto. Había un par de cartas que expresaban su rechazo a la violencia de *El imitador,* pero ninguna capaz de provocar preocupación en el destinatario.

Sin embargo, el grueso del archivo consistía en cartas y correos electrónicos impresos de hombres que expresaban su interés en conocer al autor de *El imitador,* porque lo encontraban atractivo y estaban intrigados por saber si sus propios gustos sexuales se reflejaban en su novela. Éstas estaban agrupadas con un sujetapapeles. Pegada a la hoja superior, había una nota en la que se leía: «Archivo Sádico».

Mientras las hojeaba, *cayó* una carta que estaba cerca del final del fajo. Era un folio doblado. Fiona lo desplegó, y soltó un largo suspiro de satisfacción.

> Drew Shand, su carrera apenas ha comenzado, pero ya se basa en el peligroso fundamento del robo. Usted me ha robado. Sabe que me ha despojado de mi obra haciendo como si usted mismo la hubiera creado. Y sus mentiras me privan de lo que es legítimamente mío.
>
> Su obra es un débil reflejo de la luz de otros. Usted coge y

destruye, es un parásito que vive de la energía vital de aquellos cuyos dones le producen envidia. Sabe que es la verdad. Busque en su sucia alma patética y no podrá negar aquello de lo que me ha privado.

Ha llegado la hora de que pague por lo que ha hecho. Usted sólo merece mi desprecio y mi odio. Si es preciso matarle para así recuperar lo que es legítimamente mío, entonces así será. Es un precio justo por haberme robado el alma.

Yo elegiré la hora y el día. Confío en que no duerma tranquilo; tampoco merece hacerlo. Disfrutaré de su funeral. Y yo resurgiré de entre sus cenizas, como el ave fénix.

Había diferencias entre esta carta y las que ya había visto. Pero las similitudes eran sobrecogedoras. Indudablemente, Drew Shand había recibido una carta de la misma persona que le había escrito a Georgia y a Kit, y de quien también había redactado la octavilla repartida en la rueda de prensa donde admitía su culpabilidad.

Era difícil encontrar un argumento que contradijera lo que Fiona empezaba a aceptar como la verdad. Las casualidades se estaban amontonando. Quienquiera que hubiera matado a Georgia había asesinado también a Drew. Y parecía como si esa persona realmente fuera Charles Cavendish Redford.

CAPÍTULO 47

«Su piso es como ella —pensó Steve—. Luminoso, resplandeciente y elegante. Con estilo y atrevido.» Terry vivía en la última planta de un viejo edificio de ladrillos, cerca de la calle City. Las tres plantas de abajo estaban ocupadas por una compañía de diseño gráfico, un taller de artículos de cuero y unas instalaciones de posproducción para directores de cine independiente. En el rótulo del ascensor colocado junto al botón de la última planta se leía simplemente: «Almacenaje Fowler». Steve sospechaba que la vivienda de Terry carecía de permiso de construcción para uso residencial. Y también sospechaba que a ella le importaba un carajo.

Su casa consistía en una habitación grande y despejada de unos doce por quince metros. Una puerta al fondo daba acceso a un estrecho cuarto de baño con ducha. El salón principal estaba encalado, y el suelo era de un color terracota fuerte y brillante. Había una zona para dormir con una cama de metal y unas barras de latón donde colgaba la ropa; una sala de estar con media docena de cojines y un miniequipo de música; un espacio de trabajo con un escritorio, un ordenador y estanterías que iban desde el suelo hasta el techo. Lo que hacía las veces de cocina era un rincón junto a las ventanas, complementado por una mesa redonda de pino y seis sillas plegables. En otro rincón, había un televisor portátil y un vídeo sobre una mesa con ruedas.

Las paredes estaban decoradas con grabados de Keith Haring enmarcados, y sus salpicaduras brillantes constituían la fuente principal de color.

Ella abrió la puerta haciendo un ademán cortés e imitando la fanfarria de una trompeta con la boca. Él permaneció en el umbral, evaluando la habitación con el ojo de un profesional. Asintió con la cabeza.

—Una vista espléndida —dijo—. Me gusta.

Entonces entró, y ya estaba en sus brazos y sus bocas voraces se entregaban a la satisfacción. No había tiempo para desnudarse, sólo la urgencia de quitarse alguna prenda que resultara un obstáculo mientras el deseo lo eliminaba todo, salvo la mutua conciencia de sus cuerpos.

Después se quedaron tumbados en medio del desorden, mezclando sus alientos sin experimentar timidez.

—Bueno, ¿y cuál es el plato fuerte? —preguntó Steve.

Terry soltó unas risitas y metió las manos por debajo de la camisa de Steve.

—Esto ni siquiera ha sido un aperitivo. Considéralo como una especie de *amusebouche*.

Terry se liberó de sus brazos y se levantó con unos movimientos ágiles que él siguió con los ojos.

—Vamos a ponernos cómodos —dijo ella, quitándose el vestido por la cabeza y despojándose de los zapatos con un par de patadas.

—Me parece una buena idea —coincidió él,

poniéndose de pie.

Sacó el teléfono móvil y el buscapersonas de los bolsillos y fue hasta el escritorio, donde los colocó junto al teclado. Se quitó la ropa y la dejó sobre la silla del escritorio.

—¿Dónde está el cuarto de baño? —preguntó.

Terry señaló:

—Por allí.

—No te vayas.

—Como si lo fuera a hacer.

En cuanto la puerta del baño se cerró tras él, ella se dirigió resueltamente al escritorio. Miró el teléfono y el busca. La noche anterior, el encanto se había malogrado por culpa de una llamada que ni siquiera tenía que ver con su caso, haciendo surgir todas las preocupaciones y temores por su amigo. Y, lo que era peor, metiendo a Fiona Cameron entre ellos dos. Terry no sabía a ciencia cierta qué relación había habido entre ellos en el pasado, pero su instinto le decía que había sido algo más que una mera amistad. El lenguaje gestual de Steve cambiaba cada vez que surgía el nombre de Fiona, revelando algo que se ocultaba debajo de la superficie. Esa noche, no quería que Fiona estuviera en la cama con ellos. Impulsiva como siempre, Terry alargó una mano. En un momento apagó tanto el teléfono como el busca. Además, pensaba mientras regresaba a la cama, era una noche de viernes y, por tanto, empezaba el fin de semana. Si iba a tener una relación con aquel hombre, sabía que tendría que cambiar su adicción al trabajo. Y

no había mejor momento para empezar que ahora mismo.

Bajo el débil chorro de agua, Sarah Duvall se preguntaba porqué todas las comisarías en las que había trabajado tenían unas duchas tan malas. Había pasado la última hora en la sala de los ordenadores. Allí los agentes de su brigada introducían pacientemente los resultados de todas las entrevistas realizadas en Smithfield y los datos de las que todavía se estaban haciendo en toda el área metropolitana de Londres. Dado que los interrogatorios a Redford seguían siendo tan poco productivos, ella había decidido dirigir su látigo hacia otros ámbitos de investigación. Pero tuvo que salir de la sala de los ordenadores cuando se dio cuenta de que las líneas de letras en la pantalla temblaban ante sus ojos, como si las mirara a través de una piscina. Si tomaba más cafeína, probablemente su organismo sufriría una crisis cardíaca, de modo que fue a las duchas de las mujeres con la esperanza de que una cascada de agua fresca restableciera en su cerebro algo que se pareciera al funcionamiento.

Las primeras veinticuatro horas eran cruciales para la investigación de un asesinato. Desgraciadamente para Duvall, ya hacía una semana que aquellas horas esenciales habían transcurrido. Y esto la limitaba a seguir una pista muy remota. Por lo visto, ni una sola de las declaraciones de los testigos, aparte de la del agente

literario, contenía nada que se aproximara a una pista sólida, capaz de relacionar a Redford con el crimen de manera más convincente. Y esa declaración sólo insinuaba una motivación, no una relación directa con el asesinato. Lo único concreto que tenían era que un automovilista había visto, al pasar, una furgoneta de tracción a las cuatro ruedas, de un color gris metálico, quizás una Toyota o una Mitsubishi, aparcada detrás del Jaguar de Georgia Lester el día de su desaparición. El conductor no había visto ni a Georgia ni al ocupante de la furgoneta. Pero en ningún registro figuraba Charles Redford como propietario de un vehículo de esas características. Ella ya había designado a alguien para que investigara en las compañías de alquiler de coches, con el fin de averiguar si había alquilado una furgoneta como aquella recientemente.

Duvall interrumpió el débil chorro de agua y salió de la ducha. Se secó con la toalla y se puso la única ropa limpia que tenía en la taquilla: unos tejanos y una sudadera del Departamento de Policía de Chicago. No era exactamente lo ideal, pero estaba mejor que el conjunto arrugado que había llevado las últimas treinta y seis horas. El contacto de la tela limpia contra su piel produjo un efecto más refrescante que la ducha. Un rápido vistazo en el espejo, y ya estaba nuevamente lista para trabajar.

Cuando regresó a la sala, captó en el acto la fresca sensación de entusiasmo que revoloteaba por debajo del zumbido de los ordenadores. Nada más entrar, uno de

sus sargentos se le acercó:

—Hemos recibido algo de Dorset —dijo, incapaz de conservar la solemnidad de su rostro.

Duvall sintió ganas de sonreír.

—Cuéntame —dijo,acercando una silla y sentándose.

—Hay una dependencia accesoria al fondo del campo que se extiende detrás de la propiedad. No sabían que pertenecía a la casita de campo, y por eso no la habían registrado antes.De todas maneras, resulta que el marido le habló de esa edificación a uno de los agentes de Dorset, de modo que la abrieron a la fuerza hace unas horas, y fue allí donde hizo la carnicería. En una de las paredes hay unos bancos de piedra, y están cubiertos con manchas de sangre. Y, lo que es mejor aún, el asesino dejó sus herramientas allí. Cuchillos, una sierra para metales, un cincel, un martillo, de todo.

Duvall asintió con la cabeza.

—Probablemente le pareció más seguro que intentar deshacerse de ellas en otro lugar. ¿Debo entender que ahora hay allí todo un equipo forense?

—Están registrando el lugar milímetro a milímetro.

—Estupendo. Manténme informada.

El sargento se retiró, contento de tener una misión definida. Había notado la falta de preocupación en la cara de su jefe. Por primera vez desde que Redford había llegado pavoneándose al cuarto de interrogatorios, algo había surgido que no correspondía con lo que él había dicho. Tendría que revisarlo todo de nuevo. Pero Duvall estaba casi convencida de que él

había dicho que había llevado a Georgia a «un sitio que él conocía desde hacía años, un sitio que nunca encontrarían». Aquello encajaba con lo que describía el libro.

Sin embargo, estaba reñido con lo descubierto por la policía de Dorset.

Una sensación de inquietud se apoderó poco a poco del cuerpo cansado de Duvall; la sensación era tan palpable como la náusea. ¿Y si su instinto la había conducido por el camino equivocado? ¿Y si Redford sólo quería llamar la atención? ¿Y si aún andaba suelto un asesino? Sacudió la cabeza, poco dispuesta a reconocer la posibilidad. No podía ser. Redford encajaba tan bien, lo sentía en su corazón.

Pero ¿qué pasaría si se equivocaba?

Primero fue el dolor. Una desesperada agonía concentrada en la cabeza, oleadas rojas, amarillas y blancas detrás de los ojos. Cuando intentó gemir, Kit se encontró con que no podía mover la boca. Luego los dolores secundarios empezaron a centrarse. Le dolían los hombros, sentía escozor en las muñecas. Intentó cambiar de posición y se encontró dando vueltas incontroladas hasta quedar tumbado boca arriba. Tenía las manos atadas a la espalda, incómodamente apretadas, y tuvo que balancearse sobre los hombros furiosamente para volver a la posición original, que era menos dolorosa. Nada tenía sentido. Abrir los ojos no

servía de nada. La oscuridad era más profunda ahora que antes de esforzarse en despegar los párpados.

Su estómago protestó. Las ondas de dolor que generaba su cabeza parecían estar directamente relacionadas con las tripas, produciendo una insoportable náusea. Poco a poco comprendió que, estuviera donde estuviera, estaba en movimiento. Ahora podía escuchar el rumor de un motor y el zumbido del ruido de la calle y también como unas voces amortiguadas se separaban. Comprendió entonces que se trataba de una radio encendida. Se le ocurrió que estaba dentro de un vehículo en movimiento y que el conductor escuchaba la radio.

Esa certidumbre le hizo recuperar la memoria con una rapidez que lo dejó perplejo. El mensajero en la puerta con la caja de libros. El movimiento que vislumbró de reojo. Luego, nada, hasta ese momento.

Con una claridad espantosa que momentáneamente desterró el dolor, Kit comprendió la situación. Estaba atrapado en la pesadilla que él mismo había inventado. Estaba viviendo la historia de Susannah Tremayne, la segunda víctima del asesino en serie a quien él había denominado el Pintor de la sangre. El asesino la había raptado fingiendo ser un mensajero que entregaba un paquete. Tras cargarla y meterla en una furgoneta, la había llevado hasta su casita de veraneo en el campo.

Hacía veinticuatro horas, esta circunstancia habría estado en el primer plano de su conciencia. Nunca le hubiera abierto la puerta a un mensajero, ni siquiera

aunque lo conociera de vista. Pero eso fue antes de que detuvieran a Charles Redford, antes de que Sarah Duvall le hubiera dicho a Fiona que el asesino estaba bajo arresto y que la vida podía volver a la normalidad, sin aquel miedo escalofriante que lo recorría a cada momento.

Se habían equivocado catastróficamente. El terror se aferró a su corazón. Sabía exactamente lo que le esperaba. Al fin y al cabo, era él quien había escrito el guión.

Antes de salir del piso de Drew Shand, Fiona echó un vistazo al plano de Edimburgo que estaba en la estantería de libros y decidió regresar a pie al hotel. Unos tres kilómetros rápidamente recorridos podrían despejarle la mente. Se adentró en las calles georgianas del Barrio Nuevo y se dirigió hacia la calle Queensferry, mientras el aire húmedo se le adhería a la piel y los cabellos. Era casi la única persona que andaba por la calle. Entró en el puente Dean, gozando del espectáculo de andar a la altura de las copas de los árboles, mientras unos aleatorios cuadritos de luz brillaban detrás de las casas del Barrio Nuevo con un amarillo pálido, a través de la neblina insustancial. El paisaje era fantasmagórico, pensó, y, si alguien con el talento de Kit o de Drew lo hubiera descrito, la página habría sido escalofriante, poniéndole de punta los pelos de la nuca. Después de un ajetreado día de aeropuertos y de estar

encerrada en el despacho de Saint Leonard's, tenía una sensación curiosamente liberadora, la impresión de escapar brevemente de las preocupaciones del trabajo y del amor.

Cuando llegó al hotel, casi no quería entrar. El poco tiempo que había estado al aire libre la había refrescado y la había dispuesto para algo más agradable que reflexionar sobre asesinatos. La única tentación que ahora le podía brindar la noche era la oportunidad de conversar con Kit.

Fiona preguntó en recepción si había algún mensaje para ella. No había ninguno. Esperaba que la llamara, en respuesta a uno de los mensajes que le había enviado por el correo electrónico. «No importa», pensó. Llamaría a casa con la esperanza de que estuviera pendiente del contestador y descolgara cuando oyera su voz. Subió a su habitación y llamó al servicio de habitaciones. Mientras esperaba, encendió el ordenador portátil y volvió a mirar el buzón de correo. Nada de Kit. Eso no era habitual en él, pensó. No habían establecido ningún contacto desde que había salido por la mañana, lo cual suponía una ruptura en su costumbre de comunicarse cada cierto tiempo con ella.

Consultó su reloj y vio que eran más de las nueve. No podía estar trabajando todavía. Debería de contestar al teléfono.

Rápidamente marcó el número de casa. Sus dedos tropezaron, así que se equivocó y tuvo que volver a empezar a marcar. El teléfono sonó. Tres, cuatro, cinco

veces. Luego saltó el contestador. Por primera vez, la voz de Kit grabada no le ofrecía ningún consuelo. Esperó la señal acústica: «Kit, soy yo. Si estás ahí, contesta, por favor... Venga, necesito hablarte...». Esperó en vano.

Mientras comía los espaguetis que había pedido y bebía una copa de vino, Fiona revisó las cartas otra vez, atenta a cualquier detalle que se le hubiera escapado.

Cuando sonó el teléfono, dejó caer el tenedor con un estrépito. Lo descolgó entusiasmada y dijo:

—¿Diga?

—Soy la inspectora Duvall.

Fiona se sintió profundamente decepcionada.

—Ah. Hola. Esperaba la llamada de otra persona.

—Me preguntaba qué progresos ha hecho —dijo Duvall bruscamente.

Fiona resumió el trabajo del día con todo lujo de detalles. Mientras informaba de sus hallazgos, oyó el evasivo sonido de alguien que está tomando nota.

Cuando terminó, Duvall habló.

—O sea, ¿que no ha encontrado nada que contradiga la teoría de que Redford es el asesino?

A Fiona le pareció que era una manera extraña de decirlo.

—Nada. ¿Por qué? ¿Ha surgido algo nuevo por ahí? —dijo mientras un temblor de ansiedad se extendía por su pecho.

Notó la vacilación al otro lado del teléfono.

—Una discrepancia menor, sólo eso —dijo Duvall

tajantemente.

—¿Cómo de menor? —exigió Fiona.

Duvall le contó lo que había descubierto la policía de Dorset, y cómo entraba en contradicción con lo poco que había dicho Redford sobre el tema.

—Tendremos una idea más cabal de su significado cuando recibamos el informe de los forenses que han trabajado en la edificación que está fuera de la casa.

—Pero eso podría tardar días —protestó Fiona—. Si no ha detenido al verdadero culpable, entonces otras personas podrían estar en peligro. —Una persona en particular, pensó, mientras el miedo empezaba a estrangularle el estómago—. El asesino va a sentirse muy seguro. Se sentirá confiado y volverá a atacar.

«Y yo no puedo localizar a Kit», pensó.

—Soy consciente de eso. Estamos haciendo todo lo que podemos para corroborar lo que ha declarado Redford.

—No he sabido nada de Kit en todo el día —le espetó Fiona.

—Un miembro de mi equipo tenía que entrevistarlo esta tarde. Le preguntaré. Puede que le haya dicho que tenía planes para la noche —dijo Duvall con una confianza que no sentía—. Ya la volveré a llamar.

—Estaré esperando la llamada.

Fiona colgó el teléfono suavemente, como si, al hacerlo, de algún modo, garantizara la seguridad de Kit. Estaba aterrada. De repente, corrió hasta el baño, y llegó justo a tiempo para arrodillarse. Los espaguetis

aún no digeridos flotaban en el bilioso mar rojo de la salsa de tomate y el vino. Su estómago siguió vaciándose por reflejo hasta mucho después, cuando ya no quedaba nada por vomitar. Se echó hacia atrás; una capa de sudor frío perlaba su frente, respiraba entrecortadamente y con dificultad.

El recuerdo de la llamada pendiente de Sarah Duvall la obligó a ponerse de pie. Tiró de la cadena del retrete y se cepilló los dientes. ¿Por qué tardaba tanto en llamar? Mirándose en el espejo, se pasó las manos por el pelo. Tenía los ojos angustiados, y la cara desolada por los temores interiores que la consumían. «Pareces una mierda —le dijo a su reflejo—. Vamos, concéntrate, Cameron.»

El sonido del teléfono la catapultó desde el baño a la otra punta de la habitación.

—Sí, Fiona Cameron. ¿Diga?

—Parece que tenemos un pequeño problema —dijo Duvall vacilando.

«Madre de Dios, no», gritó Fiona silenciosamente.

—¿Qué clase de problema? —se obligó a decir.

—Por lo visto no estaba en casa cuando mi agente llamó a la puerta.

Fiona gruñó.

—Algo le ha pasado.

—No creo que debiera precipitarse, doctora Cameron. Mi agente admite haber llegado una hora más tarde a la cita. Es muy probable que el señor Martin ya no le esperase. Tengo entendido, por el marido de la

señora Lester, que un grupo de escritores iba a reunirse esta noche para celebrar una especie de velatorio. El señor Martin probablemente esté allí ahora mismo. Mire, la confesión de Redford encaja con todos los detalles, menos en uno. Él se ha comportado en estos interrogatorios como si fueran un juego, una esgrima de ingenio. Es totalmente posible que nos desinformara a propósito, para llevarnos a conclusiones engañosas, porque está empeñado en no decirnos nada concreto. Quiere salir impune de todo esto, de eso estoy segura. —La voz de Duvall no mostraba ni el más mínimo vestigio de duda—. Estoy segura de que el señor Martin se pondrá en contacto con usted. Trate de no preocuparse.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo, inspectora Duvall.

—Sigo creyendo que hemos detenido al verdadero asesino.

—Es lógico que diga eso. Tiene demasiado que perder en este caso como para decir cualquier otra cosa.

—Si el señor Martin no se ha puesto en contacto con usted antes de mañana por la mañana, llámeme.

—Puede contar con ello.

Colgó con fuerza. Su mano se separó temblorosa del teléfono. «Dios mío —suspiró—. Por favor, Dios, no dejes que sea esta vez él.»

Empezó a dar vueltas de aquí para allá por la habitación. Seis pasos, daba media vuelta, otros seis pasos, volvía a girar, como un gato en una jaula. No

había ningún consuelo para ella en la aparente confianza de Duvall. Sabía que Kit no hubiera permitido que ella se preocupara sin avisarle. «Piensa, Fiona, piensa», se repetía dándose aliento.

Cogió su agenda y buscó el número de Jonathan Lewis. No tenía los números de muchos amigos de Kit, pero Jonathan y su mujer Trish habían sido compañeros de cena habituales a lo largo de los últimos años, de modo que habían entrado en su lista. Trish contestó después de que el teléfono hubiera sonado tres veces, y pareció agradablemente sorprendida al oír a Fiona.

—¿Está Jonathan? —preguntó Fiona.

—No, se ha ido a ese velatorio que están celebrando en recuerdo de Georgia. ¿No está Kit con ellos? —respondió Trish.

—Debería de estar. Yo estoy aquí arriba, en Edimburgo, y he tratado de comunicarme con él infructuosamente.

—Habían quedado a las seis —dijo Trish.

—¿Sabes dónde?

—Jonathan dijo algo de un viejo club en el Soho del que Adam es socio. Pero no sé cómo se llama. Sé que esperaba encontrarse con Kit allí.

—Quizá tengas razón —suspiró Fiona—. Lo más probable es que ya se haya bebido la mitad de la segunda botella. Siento haberte molestado, Trish.

—No tiene importancia. Si es urgente, puedes llamar a Jonathan al móvil.

Fiona apuntó el número de Jonathan y llamó en cuanto terminó de hablar con Trish. El móvil sonó media docena de veces antes de que contestaran. Sonaba como si hubiera un pequeño tumulto al fondo.

—¿Hola? ¿Jonathan? —gritó—. Soy Fiona Cameron. ¿Está Kit contigo?

—¿Oye? ¿Fiona? No, ¿dónde está el muy cabrón? Tenía que estar aquí.

—¿No está ahí?

—No. Eso es lo que te estoy diciendo.

—¿No se ha puesto en contacto con vosotros?

—No, espera. —Un poco amortiguado, le oyó gritar—: ¿Alguien sabe algo de Kit? ¿Alguien sabe por qué no está aquí? —Tras una breve pausa, volvió a oír a Jonathan—: Nadie sabe nada de él, Fiona. No sé a qué estará jugando, pero no está aquí.

Fiona sintió cómo el estómago se le volvía a contraer.

—Si aparece, dile que me llame. Por favor, Jonathan.

—Por supuesto. No te pongas nerviosa, Fiona, pero sigue buscándolo.

La conexión terminó y Fiona permaneció en medio del naufragio y presa del miedo. Quería gritar. Pero se contuvo y adoptó una actitud racional ante la situación.

Si Kit fuera el elegido como víctima, el libro que evidentemente seguiría el asesino sería *El pintor de la sangre*. Como había sido adaptado a la televisión con éxito, encajaba con la pauta que había seguido el asesino hasta aquel momento. Si éste seguía al pie de la

letra el argumento del libro, Kit todavía tendría que estar vivo. La característica del Pintor de la sangre era que mantenía prisioneras a sus víctimas y les extraía la sangre a intervalos diarios, usándola para pintar murales en el lugar donde las mantenía en cautiverio. De modo que, si Kit de verdad era la próxima víctima, quienquiera que lo tuviera tendría que mantenerlo vivo al menos un par de días para poder reproducir el asesinato de la novela de la manera más fiel.

Lo único que ella tenía que hacer era determinar dónde lo tenían secuestrado.

Hacía tiempo que no leía el libro, pero recordaba que todas las víctimas del Pintor de la sangre habían alquilado remotas casitas de campo en algún momento, durante los seis meses anteriores a sus respectivas muertes. Cuando aparecía para matarlas, el Pintor de la sangre alquilaba la misma casa y mantenía allí a sus víctimas durante una semana mientras lentamente las desangraba hasta la muerte, con el fin de pintar sus grotescos murales.

Pero ella y Kit nunca habían alquilado una casita en el campo. Ni siquiera habían pasado un fin de semana de vacaciones en el Reino Unido, pues preferían pasarlas en el extranjero. ¿Dónde podría tener escondido a Kit? ¿Dónde estarían si el asesino de verdad estaba empeñado en inspirarse en el libro?

CAPÍTULO 48

La carretera M6 estaba casi vacía al norte de Manchester. La mayor parte del tráfico del viernes por la noche había salido por la M55 hasta Blackpool o por el cruce que llevaba al extremo sur del distrito de los lagos. A medida que la carretera subía por el Shap, se veían unos cuantos coches más y algunos camiones dirigiéndose de vuelta a Escocia, con motivo del fin de semana.

Por el carril de adelantamiento, avanzaba un Toyota con tracción en las cuatro ruedas, de color gris metálico, a unos ciento treinta kilómetros por hora. No corría tanto como para llamar la atención de la policía de tráfico, pero era una velocidad suficiente para ir devorando los kilómetros que separaban al conductor de su destino. Había apagado la radio, sustituyendo las voces civilizadas de la BBC por un libro hablado. *El pintor de la sangre,* de Kit Martin. Leído por el propio autor. Aparte de cualquier otra consideración, eso le mantendría bien concentrado, por si acaso había olvidado algún detalle.

No se le ocurrió ninguna otra cosa para que el tiempo transcurriera más rápidamente.

Después de comer, el detective inspector Sandy Galloway bebió la mitad de un vaso de Caol Ila. Sus

jóvenes hijos gemelos estaban en la planta de arriba, rivalizando por destrozar algún lejano planeta, cortesía de PlayStation de Sony, mientras su mujer llenaba el lavavajillas. Al otro día, por la mañana, Galloway tendría que ir al trabajo por aquel asunto de Londres. Pero cada día tiene su límite, ese era su lema. De modo que se sentó con su whisky para ver un drama policial por la tele y disfrutar detectando los errores en que incurrían.

Cuando sonó el teléfono, no le hizo caso. Pero no pudo hacer lo mismo con su hijo, que le gritó desde la planta de arriba:

—Oye, papá, una inglesa pregunta por ti al teléfono.

—¡Mierda! —susurró saliendo pesadamente de su sillón y entrando en el corredor. Cogió el teléfono y esperó a que el tono indicara que habían colgado la extensión del otro piso—: Diga, Sandy Galloway al habla.

—Soy Fiona Cameron. Siento molestarte en casa. Conseguí tu número gracias al sargento del centro de coordinación. No quería dármelo, pero le puse las cosas bastante difíciles, así que no te enfades con él.

Las palabras se derramaban en un flujo constante.

—No pasa nada, doctora. ¿En qué te puedo ayudar? ¿O es que tú nos puedes ayudar a nosotros? ¿Has encontrado más cartas en el piso de Drew Shand?

Hubo un silencio. Podía escucharla respirar.

—Esto te va a parecer muy paranoico. ¿Sabías que mi pareja es Kit Martin, el escritor de novelas

policíacas?

—Sí, lo sé.

—Desde que, por primera vez, formulé la teoría de que podría haber un asesino en serie operando, fui consciente de que Kit encajaba a la perfección con el perfil de víctima. He estado preocupada con la posibilidad de que se convierta en un blanco para el asesino. Cuando la policía de la City detuvo a Redford, todos nos sentimos aliviados. Pero acabo de hablar con la inspectora Duvall y ella dice que algo falla. Y yo no puedo localizar a Kit. No contesta al teléfono, ni se ha comunicado conmigo por correo electrónico.

—¿No será que simplemente está trabajando?

Galloway trató de parecer tranquilo y despreocupado. Si algo fallara en el caso, Duvall se lo habría hecho saber.

—No estaba en casa cuando pasó el agente de policía para hacerle unas preguntas. Y nunca ha dejado de responderme por correo electrónico. La cuestión es la siguiente: si Kit se ha convertido en blanco del asesino, el libro en que éste se inspirará será *El pintor de la sangre*. De modo que lo tendrá encerrado en algún lugar hasta que esté preparado para matarlo.

Galloway pudo percibir en su voz que estaba desesperadamente preocupada.

—Comprendo tu preocupación, Fiona. —Usó su nombre de pila, con la esperanza de calmarla—. El problema es que no hay ninguna prueba que sugiera que le haya pasado nada. Podría estar pasando la noche con

sus amigos. Brindando por Georgia Lester en algún lugar.

—Precisamente se supone que debería estar haciendo eso en un club. Pero hablé con uno de sus amigos, y no ha aparecido por allí. Y de todas maneras, si ése hubiera sido su plan, me lo habría hecho saber —insistió Fiona.

—Todo es posible. Podría haberse encontrado con alguien cuando iba de camino al club y desviarse para tomar una copa. Puede que haya tenido problemas con el tráfico. Fiona, si hubiera habido cualquier problema serio en el caso Redford, los de la City nos lo habrían comunicado. Puedes estar segura de eso.

Galloway creía en serio que los temores de Fiona eran infundados. Como policía que era, sabía que, sin ninguna prueba de un crimen, no había manera de justificar una investigación oficial. Y, como hombre, sabía que las personas no siempre conocían a sus parejas tanto como creían. Ni aunque fueran psicólogas.

—A veces el correo electrónico no llega —señaló—. Los servidores se colapsan. Quizás él cree que te ha avisado.

Oyó un suspiro de exasperación.

—Y quizás esté en manos de un asesino. La policía debería investigar todas las posibilidades.

Galloway respiró hondo y decidió arriesgarse un poco.

—¿Y si... y conste que es mucho suponer... si así fuera, dónde debería buscarlo la policía?

—De acuerdo con lo narrado en *El pintor de la sangre,* el asesino debería llevarlo hasta una casa de campo. Pero nosotros nunca hemos alquilado ninguna casa de campo en el Reino Unido. No obstante, Kit tiene una cabaña en Sutherland, adonde suele ir a escribir. Creo que es allí adonde lo han llevado.

—¿En qué parte de Sutherland?

La sintió vacilar.

—Ése es el problema. No lo sé exactamente. Nunca he estado allí, ya ves. Lo único que sé es que está cerca del lago Shin.

—¿Ni siquiera conoces la dirección?

—No. Sólo nos comunicamos por correo electrónico cuando él está allí arriba. Tiene un teléfono vía satélite, pero no lo usa para llamadas normales. Es muy difícil para ambos superar el tiempo que pasamos separados si no nos hablamos, ¿sabes? De algún modo, el correo electrónico es más tolerable cuando está ausente durante semanas. —Al darse cuenta de que estaba parloteando, decidió volver al aspecto práctico—. Pero seguramente la policía local sabe dónde está. Tengo entendido que todos se conocen allí en las Highlands.

Galloway se limpió la boca con una mano. Fiona le había transmitido su miedo y sintió el sudor en el labio superior.

—«Cerca del lago Shin» es una zona muy extensa, Fiona. El lago en sí debe de tener veinticuatro o veinticinco kilómetros de largo. Dudo mucho que podamos hacer nada esta noche, aun suponiendo que

convenciéramos a los policías de allí arriba de que hay un motivo real para que abran una investigación.

—¡Tiene que haber algo que podamos hacer! No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras la vida de Kit corre peligro.

Ahora la cólera había sustituido al miedo en la voz de Fiona.

—Escucha, Fiona, lo más probable es que te estés poniendo nerviosa sin motivo. Ahora bien, ese asesino ficticio del señor Martin... ¿qué hace con sus víctimas?

—Las mantiene cautivas durante una semana y les saca la sangre, y luego con esa sangre pinta murales.

—Pues eso sugiere que el tiempo no es tan esencial como sería si el asesino matara rápidamente a sus víctimas, ¿no te parece? Además, si tú no sabes dónde está la cabaña, ¿cómo lo va a saber el asesino? ¿Por qué no esperamos a mañana por la mañana? Bien pudiera ser que Martin haya aparecido para entonces. Pero, si no lo ha hecho, alertaremos a la policía de las Highlands a primera hora. Es una promesa. Ven a verme a Saint Leonard's a las siete y media, y veremos qué está pasando. ¿Está bien?

Su voz sonaba tranquilizadora sin ser condescendiente.

—No, no está bien —dijo con amargura—. Pero tendré que conformarme con eso, ¿verdad?

—Sí, me temo que es lo máximo que puedo hacer. Y, mientras tanto, hablaré con la inspectora Duvall y veré si hay algún fundamento real para preocuparse. Intenta

dormir un poco, Fiona. Sé que estarás imaginando lo peor, pero lo más probable es que Redford sea nuestro hombre y que tu compañero esté vivito y coleando y a punto de irse de copas con sus colegas. Para superar la muerte de Georgia Lester. Tú sabes que eso es lo más probable. Te veré por la mañana.

Colgó el teléfono y permaneció un largo minuto en el pasillo, meditando. No, tenía razón. No tenía sentido hacer nada aquella noche, basándose en algo tan poco fundado como aquello. Sin algo más sólido que lo que le ofrecía Fiona, no había ninguna probabilidad de hacer que en las Highlands se lo tomaran en serio. Por la mañana, si Kit Martin no había aparecido, si no estaba a salvo durmiendo la mona en su cama, quizá podría convencerles de que había motivos razonables para investigar. Y, realmente, no había ninguna razón de peso para creer que ocurriera lo peor. Convencido de que Fiona exageraba debido a lo que le había pasado a su hermana tantos años atrás, Galloway regresó a su programa de la tele y a su whisky.

Fiona se dejó caer en una silla. Había hecho lo que podía. Pero, en ocasiones, no era suficiente. Después de lo de Lesley, también había hecho todo lo posible. No podía cambiar el hecho de la muerte de su hermana, pero había dado todos los pasos para garantizar que el responsable pagara. En aquel entonces había fracasado, y conocía el precio que había tenido que pagar por el fracaso. Ahora no podía rendirse con Kit, no sólo por él, sino también por ella misma. Posiblemente Duvall y

Galloway creerían que era una idiota histérica, pero conocía a Kit y sabía que sus preocupaciones eran fundadas. Galloway había intentado tranquilizarla con la sugerencia de que el asesino no podía conocer la ubicación de la cabaña. Pero Fiona sabía que era un hombre ingenioso; hasta ahora había encontrado a cada una de sus víctimas. Ella no pudo permitirse el lujo de ser autocomplaciente.

Buscó el teléfono y marcó un número que se sabía de memoria. Sonó tres veces, luego se oyó el contestador. «Ha llamado al contestador de Steve Preston. Por favor, hable después de oír la señal y atenderé su llamada en cuanto pueda.» La señal sonora.

—Steve, soy Fiona. Llámame al móvil cuando recibas este mensaje. Necesito tu ayuda.

Colgó presionando con un dedo e inmediatamente marcó el número de su móvil. Silencio. Luego esa voz impersonal: «El número al que acaba de llamar no contesta. Por favor, vuelva a intentarlo más tarde. El número al que acaba de llamar...». Volvió a colgar. «No me lo puedo creer», musitó, buscando su agenda para encontrar el número del busca de Steve. Cuando el servicio de buscapersonas respondió, le dejó un mensaje pidiendo que la llamara enseguida al móvil.

Suponía que había una remota probabilidad de que todavía estuviera en el despacho, de modo que llamó allí también. Dejó que el teléfono sonara diez veces antes de rendirse. ¿Dónde coño estaba cuando lo necesitaba? En ningún momento se le ocurrió marcar el número de la

casa de Terry.

El piso de Gerard Coyne parecía haber sido diseñado para que lo vigilaran. Estaba en la primera planta de una casa adosada, a un par de calles de distancia de la calle Holloway. Neil dedujo que, si había dos puertas principales estrechas, no habría ninguna entrada trasera; la puerta principal de Coyne daba directamente a unas escaleras que llevaban hasta la primera planta. Lo que hacía que el piso resultara ideal para el propósito de Neil era el pub que quedaba enfrente. El Pride of Whitby era un típico pub de esquina del norte de Londres: acogedor, concurrido y animado. Pero las antiguas vidrieras coloreadas habían sido sustituidas por ventanas de cristal transparente, a través de las cuales se veía muy bien la acera de enfrente. Neil llegó pasadas las seis y media, y habló discretamente con el dueño, impresionándolo a fuerza de exigir discreción. No había especificado a quién iba a vigilar ni por qué, sólo que no quería que la gente del local supiera que era policía.

El propietario no tuvo inconveniente. Mantenía un pub ordenado y dependía de la policía local para que apareciera en las pocas ocasiones en que había problemas. Por su parte, mientras Neil no aspirara a beber gratis, podía permanecer sentado junto a la ventana todo el tiempo que quisiera.

Neil ya sabía que Coyne estaba en casa. Había una

elegante bicicleta de montaña encadenada en el jardín de enfrente. Había visto luces encendidas en el piso de la primera planta y, para estar seguro, había llamado al número de Coyne. Cuando este contestó, Neil fingió haberse equivocado de número. Satisfecho, se sentó con un ejemplar del *Evening Standard* y un vaso de cerveza sin alcohol.

A las siete y media, pidió una lasaña con patatas fritas. Se la sirvieron a las ocho menos diez. A las ocho y cinco ya la había devorado. Volvió a leer el periódico, asegurándose de que las ventanas iluminadas del piso de Coyne estuvieran dentro de su campo de visión. Si se producía algún movimiento, él lo captaría, por muy cansado que estuviera.

A las ocho y media, el local se encontraba lleno a rebosar. Todas las sillas de la mesa de Neil estaban ocupadas, y los otros clientes se apiñaban alrededor de ella con vasos de cerveza y paquetes de cigarrillos. De vez en cuando, éste o aquél intentaba entablar conversación con él, pero se mantenía al margen, respondiendo con monosílabos y escondiéndose detrás del periódico.

Cuando faltaban unos minutos para las diez, la luz de Coyne se apagó. Súbitamente alerta, Neil dobló el periódico y apuró su tercera copa. Apartó la silla ligeramente, preparado para lo que pudiera pasar. Una luz se encendió en el panel de cristal de la puerta principal de Coyne, y luego esta se abrió. Neil no pudo ver bien a Coyne a contraluz; sólo una silueta delgada de

altura media. Neil se preparó para salir.

Coyne cerró la puerta tras de sí y salió a la calle. «Gracias a Dios que no cogió la bici», pensó Neil. Coyne miró a ambos lados, más allá de los coches aparcados a lo largo de la calle, y luego la cruzó.

«Mierda —pensó Neil—, aquí viene.» Abrió el periódico y acercó la silla a la mesa. Cuando alzó la vista otra vez, Coyne ya se encontraba en la barra, saludando a dos de los hombres que estaban allí con sus vasos de Guinness.

Aquellos ojos hundidos en una cara enjuta a juego con la perilla, el bigote y los dientes ligeramente sobresalientes eran inconfundibles. Aquel era el hombre cuya fotografía estaba grabada en la memoria de Neil. Aunque la prueba fuera sólo un indicio, le había convencido. Si le hubiera gustado el juego, Neil habría apostado el sueldo de un año a que estaba en presencia del asesino de Susan Blanchard.

Reprimió su excitación y vio a Coyne pedir un vaso de cerveza. Neil apartó la silla y le dio la espalda a Coyne, con el pretexto de despedirse de los que estaban a su mesa, como si hubieran sido compañeros de copas, y se abrió paso entre el gentío hasta la puerta.

Después del ambiente asfixiante del pub, el aire frío de la noche le cortó la respiración. Pero no logró calmar la efusiva emoción de la espera que fluía en él. Había funcionado. Era el buen trabajo de un poli, además de un poco de olfato y algo de inspiración. Y ahora estaba mirando al primer sospechoso de verdad del asesinato

de Susan Blanchard, después de Francis Blake. Sólo que esta vez no se habían equivocado. Lo sentía en los huesos.

Se apresuró calle arriba hasta donde había dejado el coche. Desde allí veía tanto la puerta del pub como la puerta de la calle de la casa de Coyne. Se sentó detrás del volante y sacó su móvil. Hora de informar. Pulsó el botón de marcación rápida para conectarse con el móvil de Steve. No se lo pudo creer cuando escuchó: «El número al que acaba de llamar no contesta. Por favor, vuelva a intentarlo más tarde».

«Cabrón», dijo, llamando al número particular de Steve. Cuando oyó el contestador soltó un taco en voz baja. Pero sabía demasiado como para colgar sin dejar un mensaje. «Soy Neil McCartney, jefe. Estoy frente a la casa del sospechoso. Acaba de cruzar la calle para tomarse una cerveza en un bar de su barrio. Sé que mi turno acaba a la medianoche, pero voy a quedarme aquí hasta que Joanne me releve o hasta que sepa algo de ti. No quiero que se nos escape.»

Finalmente, Neil dejó un mensaje en el busca de Steve. ¿Lo recibiría? El jefe siempre estaba localizable, especialmente ahora que estaban realizando esta operación con cuatro peniques. Él sabía que Neil vigilaba a un nuevo sospechoso, de modo que estaría esperando una llamada. Tarde o temprano, la devolvería.

Mientras tanto, no había gran cosa que hacer aparte de vigilar y esperar.

CAPÍTULO 49

Esperar no era algo que Fiona pudiera soportar. No cuando temía por la vida de Kit. Galloway había intentado tranquilizarla, pero no había conseguido calmar la tormenta. Sabía que no tenía sentido seguir el consejo de Galloway de irse a dormir. Lo único que pasaría si se acostaba era que daría vueltas y vueltas inquieta, llena de ansiedad. Por tanto, se quedaría despierta e intentaría encontrar una manera de ayudar a Kit.

Ojalá supiera dónde estaba la cabaña. Quien hubiera secuestrado a Kit tendría que subir desde Londres, y lo más probable era que ni siquiera se hubiera acercado aún al lago Shin. Si ella pudiera determinar la ubicación exacta, sería posible interceptarlos incluso antes de que llegaran.

Daba igual lo que había dicho Galloway a propósito de que sobraba tiempo. Fiona sabía que no podía depender de eso. En cada crimen, el asesino había alterado el modelo ofrecido por el libro cuando le convenía. Mantener vivo a Kit durante una semana supondría un enorme riesgo y, por lo que ella sabía, viendo la forma de actuar de aquel asesino, era un hombre al que le gustaba minimizar el peligro. Cuanto antes llegara a Sutherland, más probabilidades tendría de encontrar a Kit con vida. Esperar a que Galloway pusiera las cosas en marcha por la mañana poco a poco

suponía arriesgar demasiado. Tenía que hacer lo que pudiera, y cuanto antes. Por supuesto, ya era demasiado tarde para encontrar un sitio donde le vendieran un mapa del Servicio Oficial de Cartografía que incluyera el área del lago Shin. Fiona se sirvió otra copa de vino y se conectó a Internet. Introdujo las palabras clave «lago Shin» en su buscador e impacientemente observó los resultados. Había páginas *web* donde fotógrafos aficionados exponían fotos de la zona; otras para los que creían que el monstruo del lago Ness tenía parientes en el lago Shin; otras para alquilar casitas de campo con vistas al lago; otras que ofrecían consejos para la pesca; e incluso una página *web* dedicada a la central hidroeléctrica. Pero no había ningún mapa a gran escala. La versión *online* que ofrecía el Servicio Oficial de Cartografía era demasiado pequeña como para mostrar detalles útiles.

Incluso dedicó tiempo a torturarse con los chismorreos necrófilos de *El asesinato detrás de los titulares*. Mientras se conectaba, Fiona pensaba que no encontraría ningún sosiego, pero, al igual que una costra que pica y exige ser rascada, ella tenía que ver lo que la muerte de Georgia había provocado.

> Por fin han confirmado desde Londres lo que cualquiera con dos dedos de frente ya sabía. Sí, hay un asesino en serie ahí fuera que está eliminando a los raros con exceso de energía que se pasan la vida escribiendo ficciones sobre, ¡qué sorpresa!, los asesinos en serie. A pesar de ser algo así como morder la mano que te da de comer, ¡es cierto!

Incluso más asombrosa fue la confesión que interrumpió la rueda de prensa de la policía. Mientras la policía revelaba al mundo que los restos de la escritora británica de novelas policíacas, Georgia Lester, habían sido hallados en un frigorífico en desuso del mercado de Smithfield, de Londres, un hombre irrumpió afirmando ser el asesino y repartió un FOLLETO a los escritores a sueldo allí reunidos, en el cual esbozaba los móviles que lo llevaron a cometer esa serie de horripilantes asesinatos.

El asesino confeso es un aspirante a escritor que se llama Charles Cavendish Redford y alega que los tres escritores en cuestión plagiaron manuscritos que él les había enviado con la esperanza de obtener su respaldo para publicarlos. Redford, de cuarenta y siete años, trabajó en una ocasión como camillero en un hospital, donde podría haber perfeccionado sus técnicas como asesino. De momento está detenido, pero hasta ahora no se han presentado cargos.

El descubrimiento de los restos de Lester proporcionó la prueba incontrovertible de lo que algunos ya habíamos deducido. Parafraseando a Oscar Wilde: Uno, Drew Shand, es una desgracia. Dos, Jane Elias, se parece extrañamente a una casualidad. Y tres, Georgia Lester, ya es una serie…

Lester había desaparecido hace más de una semana. Los escépticos decían que había fingido deliberadamente su desaparición como un truco publicitario, tal como hizo la mismísima Reina del Crimen, Agatha Christie, allá por los años veinte. Y es cierto que Lester había estado quejándose de que su editorial no velaba por ella de manera adecuada. Había exigido tener guardaespaldas durante su última gira literaria, pero sus peticiones fueron desoídas por una editorial que tiene más sentido común que dinero: lo cual, hoy por hoy, es ya en sí una rareza.

Pero, cuando leemos los informes sobre su desaparición —el coche abandonado en la carretera rural, la aparente ausencia de cualquier indicio de violencia, el que no haya

testigos—, los que tenemos sensibilidad para estas cosas experimentamos el preludio del terror, recordando el destino de las víctimas de *Y así será por siempre jamás,* la única novela de Lester que trataba sobre un asesino en serie y que se convirtió en película.

Dicen que la policía de Londres aceptó la idea de una especialista en perfiles psicológicos para registrar el mercado de Smithfield: se trata de una de esas Clarice Starlings legendarias (y todos sabemos lo que le sucedió a Clarice, ¿verdad?) que determinan cuál será el siguiente paso de los malos. Ahora bien, no hace falta un doctorado en psicología para determinar eso. Sólo se requiere ser capaz de leer.

A pesar de todo, habrá unos cuantos escritores de novelas detectivescas que esta noche dormirán más tranquilamente en su cama. Porque, si Redford no hubiera revelado su secreto oportunamente, pueden apostar lo que quieran a que habría pasado mucho tiempo —y unos cuantos cadáveres más— hasta que la policía hubiera logrado pillarlo.

RECUERDA QUE LO LEÍSTE PRIMERO EN
EL ASESINATO DETRÁS DE LOS TITULARES

Enfadada consigo misma por haber sucumbido a la malvada insidia de la *web,* Fiona se desconectó de Internet. Había perdido casi una hora para no avanzar nada en absoluto.

Frustrada, volvió a intentarlo con los números de Steve. Ningún cambio. Seguía ilocalizable. Fiona cerró los ojos y se masajeó las sienes. En algún lugar, encerrado en su mente, tenía que haber algo que la condujera hasta la cabaña. «Piensa en cualquier otra

cosa —se decía—. Deja que tu subconsciente haga el trabajo.» Sin embargo, era más fácil decirlo que hacerlo, sobre todo cuando en lo único que podía pensar era en Kit y en la terrible experiencia que debería de estar sufriendo.

Un paseo... ¡eso! Dar una vuelta por las calles de aquel lugar, dedicarse a observar los detalles de las casas y los jardines. Eso podría liberar sus pensamientos lo suficiente para abrir la puerta de la información que sabía que tenía que estar dentro de ella.

Contenta de tener algo positivo que hacer, Fiona se levantó de un salto y cogió el impermeable, aún mojado, de la cama donde lo había tirado cuando entró. Se lo puso, cogió el móvil y salió casi corriendo por la escalera hasta llegar a la calle.

Giró a mano derecha y empezó a andar por la hilera de casas adosadas, observándolas atentamente, mirando hacia abajo, donde están los sótanos, y fijándose en lo que la gente había hecho para hacerlos atractivos. Miró las cortinas, contempló una vid rusa particularmente vigorosa, tomó nota mental de una aldaba profusamente decorada. Era como tejer con el cerebro.

Al final de la calle, torció a la izquierda y bajó la colina hacia Stockbridge, describiéndose a sí misma los altos edificios de piedra arenisca a medida que pasaba delante de ellos. Al pie de la colina, se quedó mirando el escaparate de una tienda de licores, y elaboró una

selección mental de las botellas exhibidas. Cruzó la calle y regresó cuesta arriba, siempre catalogando cuanto veía a su alrededor.

Había recorrido la mitad de la calle que llevaba hasta el hotel, cuando la mente le ofreció el tesoro que sabía que guardaba. «Lee Gustafson», dijo en voz alta y maravillada. Entonces empezó a correr, para regresar a prisa a su habitación y hacer uso del obsequio que se le acababa de conceder.

Haciendo caso omiso de la mirada horrorizada del portero, Fiona corrió a toda velocidad atravesando la recepción y subió las escaleras de dos en dos. Todavía no había cerrado la puerta, cuando su impermeable ya estaba de nuevo en la cama y ella otra vez frente al ordenador portátil. Lee Gustafson era un escritor estadounidense de relatos policíacos que escribía novelas de suspense ecológico. Publicaba en la misma editorial norteamericana de Kit. Hacía algunos años, los habían enviado juntos a una gira promocional, durante la cual recorrieron, de copa en copa, las distintas librerías especializadas en el género detectivesco del Oeste americano y forjaron una amistad que perduraba a través del correo electrónico. Hacía poco más de un año, Kit le había prestado la cabaña a Lee para que pudiera realizar una investigación destinada a conservar una especie poco común de las Highlands. Lee Gustafson tenía que saber dónde estaba la cabaña.

Ahora lo único que tenía que hacer era encontrar a Lee.

Glasglow era un brillo de color ámbar hacia el oeste. Pero Kit no sabía nada de eso. Había sufrido la agonía de un calambre en el brazo donde se había estado apoyando y había logrado cambiar de posición, y ahora estaba tumbado boca abajo. El dolor de los hombros y el hormigueo en una pierna habían disminuido, pero no el dolor sordo que todavía persistía en su cráneo.

No tenía ningún sentido del tiempo. Lo único que sabía era que ya llevaba atrapado dentro de aquel vehículo en marcha al menos dos horas. Eso lo había deducido porque, como forma exquisita de tortura, le habían obligado a escuchar su propia voz pronunciando con sus propias palabras lo que temía que sería su propio destino. Según sus cálculos, quedaba otra hora de la versión oral de *El pintor de la sangre*.

Trató de desconectar cantando su canción preferida para sus adentros. Pero no funcionó. El implacable relato seguía inmiscuyéndose, entrando en su conciencia a la fuerza. Era irónico eso de estar atrapado por el poder de su propio talento.

Al menos, mientras viajaran aún había esperanza. En algún momento, su secuestrador tendría que detenerse para poner gasolina. Esa sería su oportunidad. Podría intentar darle una patada al maletero, a la puerta de atrás o a lo que fuera que evitaba que saliera dando vueltas por la carretera. Intentó recordar. ¿Qué tipo de calzado llevaba?

Se le cayó el alma al suelo. Había estado en casa todo el día. Mocasines, eso es lo que llevaba puesto.

Incluso golpeando con toda la fuerza de sus pies, el único sonido que producirían sería un golpe apagado. Apenas audible entre los motores vibrantes de los que repostasen en la gasolinera. No creía que alguien tan meticuloso como el hombre que lo había secuestrado fuera a aparcar en medio de una concurrida gasolinera ni que lo dejara solo mientras entraba a por una hamburguesa y un café.

Tenía que haber algo que pudiera hacer. Al fin y al cabo, era él quien había construido aquella trampa. Si hubiera alguna manera de fugarse, tendría que ser capaz de descubrirla.

Tal vez la encontraría, si no tuviera que escuchar su propia voz condenándolo a muerte.

Conseguir el número de teléfono de Lee Gustafson no fue ningún problema para Fiona. Cuando consultó el directorio internacional, lo tenían clasificado como número que no consta en la guía, lo cual no le sorprendió. Sólo por educación había probado esa ruta primero. Pero, en realidad, no tenía ningún reparo en llamar a cualquiera de los escritores de ficción policíaca cuyos números tenía en su agenda. Se dijo que no importaba que fuera casi la una de la madrugada.

No obstante, deliberadamente eligió a Charlie Thompson primero. Charlie vivía solo, y sabía que era noctámbulo. Lo más probable era que estuviera arrellanado en su sillón viendo vídeos de terror, con el

gato sobre el pecho, y un vaso de Armagnac al alcance de la mano. Mejor él que cualquier otro que se despertaría asustado si lo llamara.

El teléfono sonó cuatro veces y contestaron.

—Saludos, terrestre —una voz grave sonó en su oreja.

—Hola, Charlie. Soy Fiona Cameron.

—Dios mío. ¿No deberías de haberte convertido en una calabaza a estas horas de la noche como en el cuento de Cenicienta? ¿O de hecho me estás llamando desde el departamento de frutas y verduras de un supermercado Tesco?

Fiona apretó los dientes e intentó no gritarle.

—Siento molestar, Charlie, pero Kit no está y necesito el número de Lee Gustafson.

—Fiona, querida, si quieres que un hombre te susurre palabras de amor mientras Kit no está, no tienes que pagar las tarifas de las llamadas de larga distancia. Me encantaría ayudarte —se rió.

—Lo tendré en cuenta, Charlie. ¿Tienes el número de Lee?

—Rechazado otra vez, ¿eh? Espera, Fiona, lo tengo en la otra habitación.

Oyó el gemido de muebles, los maullidos de un gato, luego los pesados pasos alejándose hasta desaparecer. Charlie, el único hombre que conocía que llevaba botas de motorista en casa. Pasó un largo minuto, luego oyó los pasos otra vez.

—¿Aún estás ahí? ¿Tienes un bolígrafo?

—Sí.

Le dictó el número de Gustafson, repitiéndolo para asegurarse de que lo había copiado bien.

—Disfruta con Lee —agregó—. Pero no hasta el punto de olvidar que mi corazón sigue ardiendo por ti.

—Nunca podría olvidarlo, Charlie —dijo, obligándose a participar en las chanzas y coqueteos que siempre habían caracterizado su amistad—. Gracias otra vez.

—No hay de qué. Y dile a ese hombre tuyo que me debe un correo-e.

—Lo haré. Que tengas una buena noche.

—Haré lo que pueda.

Colgaron y Fiona inmediatamente llamó al número que Charlie le había dado.

El tono sencillo del sistema telefónico americano ronroneó en su oído. Una vez, dos, tres. Entonces se oyó la voz de un contestador. «Hola. Has llamado a Lee y Dorothy. No estamos en casa. Estamos fuera hasta el lunes por la mañana, así que, deja un mensaje y te devolveremos la llamada cuando regresemos.»

Fiona casi no pudo creer lo que oía. Empezaba a parecer como si el universo estuviera tramando una conspiración contra ella y contra Kit. ¡Estaba tan convencida de que Lee Gustafson era la respuesta!

En medio de la frustración, conectó con su programa de correo electrónico, aferrándose a la última y frágil esperanza de que Galloway hubiera tenido razón y Kit le hubiera enviado un mensaje que, de algún

modo, hubiera quedado atrapado en el ciberespacio. Quizás el servidor de su correo electrónico había estado colapsado y, de resultas, todos los mensajes se habían retrasado. Pero, por supuesto, no había nada.

En un impulso, como estaba utilizando el ordenador de Kit, miró el buzón de él. Era posible que por error se hubiera enviado a sí mismo un mensaje para ella. No podía imaginar cómo podría pasar eso, pero estaba dispuesta a aferrarse a cualquier posibilidad, por muy frágil que fuera.

Había una docena de mensajes esperándole. Casi todos parecían ser de otros escritores de novelas policíacas, y la mayoría hablaban de Georgia. No había nada que pudiera proceder del propio Kit. Y, lo que era peor, a juzgar por las horas de llegada de los mensajes al buzón, él no había abierto el correo desde primeras horas de la tarde. Y eso era tan poco habitual en él como el hecho de que no se hubiera puesto en contacto con ella. En vez de consuelo, lo que encontró fueron aún más motivos para preocuparse.

Cortó la conexión y se quedó mirando la pantalla fijamente. De repente algo destelló en la periferia de su memoria. Justo antes de que Lee visitara la cabaña, ella y Kit habían estado de viaje en España. Kit, como siempre, había llevado su ordenador portátil. Le hubiera resultado más fácil dejar de respirar que prescindir del correo electrónico. Y, mientras estuvieron de viaje, él y Lee habían estado hablando por correo-e sobre la cabaña.

Ansiosa y entusiasmada, abrió el archivo electrónico que mantenía el registro de todos los mensajes de Kit, los enviados y los recibidos. Hizo clic en <COPIA DE MENSAJES ENVIADOS>. Había 2,539 mensajes ordenados cronológicamente. El programa le ofreció la opción de colocar los mensajes por orden alfabético según el destinatario, así que eligió esta opción. Tamborileó sobre la superficie de la mesa mientras esperaba que el ordenador finalizara su tarea. Luego hizo retroceder el texto hasta llegar al nombre de Lee Gustafson y empezó a revisar los mensajes orientándose por la fecha. Sabía el mes que buscaba, y pronto lo encontró. Kit le había enviado nueve mensajes a Lee aquel mes. Empezó por el principio y siguió con los demás.

Y allí estaba:

> Toma la A839 al salir de Lairg. Aproximadamente a un kilómetro y medio del pueblo, verás un camino a la derecha con una señal que dice Sallachy. Sigue por ese camino (es bastante accidentado, y vas a comprender por qué te presté el Land Rover) unos ocho kilómetros y medio. Cruzas un desfiladero fluvial, el Alit a' Claon. Más adelante, a la izquierda, hay una curva que debes tomar. Cuando hayas recorrido más o menos un kilómetro y medio por este camino, hay otra curva a la izquierda. El camino te lleva de nuevo al otro lado del desfiladero del río, a través de un puente colgante. Es mucho más fuerte de lo que parece, pero será mejor que no vayas a más de ocho kilómetros por hora. Cruzas el río y entrarás en una arboleda, y la cabaña está más o menos a kilómetro y medio, siguiendo recto. Yo diría que no tiene pérdida, pero probablemente querrás matarme a tiros.

Una sensación de alivio recorrió a Fiona. Sabía adónde el llevaría asesino a Kit. Y ahora sabía cómo llegar. A la mierda con Sarah Duvall y sus certezas de cabeza cuadrada. A la mierda con Sandy Galloway y sus lugares comunes tranquilizadores. Y a la mierda con Steve, que no estaba cuando lo necesitaba. Ella encontraría a Kit, con o sin su ayuda.

CAPÍTULO 50

Edimburgo podría proclamar que era una ciudad abierta las veinticuatro horas durante el festival, pero, como Fiona pronto descubrió, a la hora de alquilar un coche, sólo funcionaba estrictamente de ocho a ocho. Incluso en el aeropuerto, abierto todo el día, los empleados de las compañías de alquiler de coches se iban a casa cuando los vuelos dejaban de llegar.

Viendo que no podía contar con los servicios profesionales, de nuevo Fiona se vio obligada a recurrir a lo personal. Con cansancio, Fiona cogió el teléfono y marcó otro número. Sonó seis veces. Luego se oyó un murmullo confuso.

—¿Sí?

—¿Caroline?

—No, no soy Caroline. ¿Quién es? —dijo una voz que parecía muy enfadada.

—Ah, Julia. Perdona. Soy Fiona Cameron. ¿Puedo hablar con Caroline?

—¿Sabes qué hora es?

El nivel de hostilidad se había incrementado. Fiona sabía que no tenía nada que ver con lo tarde que era.

—Sí. Y lo siento. Pero necesito hablar con Caroline. Tiraron el teléfono estrepitosamente. Fiona pudo oír, y sabía que ésa era la intención, el bisbiseo preñado de mal genio de Julia.

—Es Fiona Cameron. Las dos de la puta madrugada, no sé...

Entonces se puso Caroline, medio dormida, pero muy preocupada:

—¿Fiona? ¿Qué ocurre?

—Siento despertarte, pero es realmente importante.

—Por supuesto que lo es. ¿En qué puedo ayudarte? ¿Cuál es el problema?

Fiona respiró profundamente. Al fondo, podía escuchar el refunfuño de una Julia exasperada. A diferencia de Caroline, Julia no se tomaba lo imprevisible con calma.

—Estoy en Edimburgo y necesito llegar a Inverness. Si espero hasta que empiecen a circular los trenes, llegaré demasiado tarde.

—O sea, ¿que quieres que te lleve hasta allí?

—Eso no será necesario; sólo necesito que me prestes tu coche.

Fiona escuchó un ruido de movimientos mientras Caroline cambiaba de posición.

—Bien. Vamos a ver... cinco minutos para vestirme... Probablemente una hora para llegar hasta donde te encuentras.¿En qué lugar de Edimburgo estás?

—Estoy en un hotel llamado Channings. Pero, Caroline, la cuestión estriba en que el tiempo es de una importancia vital. ¿Hay algún lugar, a mitad de camino, donde pudiéramos encontrarnos? ¿Algún lugar al que yo pudiera llegar en taxi?

Se produjo una pausa. Ahora Fiona podía oír a Caroline moviéndose, como si estuviera recogiendo ropa.

—Hay una gasolinera en la M90 —dijo Caroline—. A unos kilómetros pasado el puente. Halbeath, creo que así es como se llama, o algo parecido. Está a la salida de Dunfermline y Kirkcaldy, justo después de la gran fábrica de Hyundai. Coge un taxi hasta allí. Yo estaré en unos... treinta y cinco, o cuarenta minutos. ¿De acuerdo?

—Gracias, Caroline. Créeme, te lo agradezco.

—No hay de qué. Ya me lo contarás cuando nos veamos.

Colgaron. Fiona sonrió por primera vez en el transcurso de las últimas horas. Como mínimo, estaba tratando con alguien que le creía sin más, que no suponía que estaba exagerando. Steve habría hecho lo mismo. Pero no había manera de localizarlo. Y no tenía tiempo para que los demás se dieran cuenta de que tenía la razón.

Mientras esperaba el taxi, garabateó un breve fax

para Galloway, explicándole adónde había ido y cuándo se había marchado. Dio instrucciones al conserje del hotel para que lo enviara al número del fax personal que Galloway le había dado en Saint Leonard's. De esa forma, si necesitaba refuerzos, sabrían dónde podrían encontrarla.

Veinticinco minutos después, el taxi la dejó en la gasolinera de Halbeath, cerca de la M90, dirección norte. La llovizna que había ensombrecido Edimburgo todo el día se había transformado en un aguacero de verdad, con ráfagas que barrían la zona de aparcamiento. Fiona se refugió en la entrada del restaurante y miró a través de la lluvia las luces de neón brillantes de la gasolinera mientras planeaba lo que tenía quehacer.

Al cabo de diez minutos, unos faros irrumpieron en la oscuridad y ella dio un ansioso paso adelante. Las luces de la gasolinera mostraron un coche Honda que se detuvo chorreando agua a unos metros. La puerta del conductor se abrió y Caroline salió corriendo hacia ella y la abrazó:

—Ha llegado el séptimo de caballería —dijo Caroline.

—Nunca me he alegrado tanto de verte.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué tanta urgencia? —le soltó Caroline guareciéndose en el refugio de la entrada.

—¿Has visto las noticias? —preguntó Fiona.

—¿Todo esto tiene que ver con esa escritora que fue asesinada? —Caroline siempre había sido muy rápida estableciendo relaciones—. Pensaba que habían cogido a alguien por eso.

—Sí. Pero yo creo que existe la posibilidad de que el detenido sea un falso confeso. Alguien que quiere llamar la atención. Si no me equivoco, todavía anda suelto un asesino enserie. Y me temo que ha secuestrado a Kit.

—¡Dios mío! ¿Y van hacia Inverness?

Por primera vez, Caroline parecía impresionada.

—Kit tiene una cabaña en Sutherland. Creo que es allí donde el asesino quiere llevarlo. Y en un garaje de Inverness, Kit guarda un Land Rover. Necesito llegar hasta allí, coger el Land Rover e intentar interceptarlos antes de que lleguen ala cabaña.

Caroline hizo una mueca.

—Perdóname si parezco ingenua, pero ¿no debería ocuparse de eso la policía?

—Sí. Pero ellos creen que el detenido es el asesino. Ni siquiera están del todo convencidos de que Kit haya desaparecido. Piensan que se ha ido de juerga con sus colegas, para ahogar en alcohol sus penas por lo de Georgia.

—¿Pero tú crees que no es así?

Fiona abrió las manos.

—Conozco a Kit.

Caroline asintió con la cabeza.

—Está bien. Entra en el coche. Te llevaré.

—Honestamente, no hace falta. Puedo conducir yo

sola. Sólo necesitaba que me dejaras el coche.

Caroline alargó una mano y cogió a Fiona por la muñeca con suavidad. Fue un gesto curiosamente íntimo.

—Dije que te llevaría. Además, ¿cómo voy a regresar a Saint Andrews a estas horas de la madrugada?

—No, Caro, no es tu guerra. Llama a un taxi. Lo pagaré yo. Sólo dame las llaves del coche, Caroline, por favor.

Caroline negó con la cabeza.

—Ni pensarlo. Tú siempre has estado cuando yo te necesitaba. No te voy a dejar sola.

Dio media vuelta y fue hasta el coche, abrió la puerta del conductor y entró. Arrancó el motor y bajó la ventanilla.

—¿No tenías prisa, Fiona?

Mientras iban a toda velocidad por la carretera hacia Perth, Caroline rompió el silencio.

—Explícame qué está pasando con Kit.

Así que Fiona le resumió toda la historia, a partir del asesinato de Drew Shand.

—Puede ser que simplemente esté paranoica —admitió. Pero es problema mío, y estoy dispuesta a asumirlo. Hacer el papel de idiota a orillas del lago Shin sería, en mi opinión, lo mejor que podría ocurrirme esta noche.

—Pero tú sabes, en el fondo de tu corazón, que no es

eso lo que está pasando —dijo Caroline.

Fiona asintió con la cabeza.

—Kit siempre se mantiene en contacto conmigo. Está en una situación delicada por lo de Georgia, y sólo se abre conmigo. Éste es el momento menos indicado para que decida pasar de mí.

Se callaron, cada una perdida en sus propios pensamientos, mientras los limpiaparabrisas apartaban la lluvia a bofetadas y ellas se adentraban más en las Highlands, con la masa imponente de las montañas alzándose a su alrededor a medida que Caroline conducía a toda velocidad por la carretera hasta Inverness, al ritmo nocturno de los Cowboy Junkies. A aquellas horas de la madrugada, no había mucho tráfico para desviarse de la interminable cinta de asfalto de la A9, que se desenrollaba delante de ellas.

En algún lugar, cerca de Kingussie, Fiona cerró los ojos y apoyó el codo en el borde de la ventanilla. Sin necesidad de que Caroline parara para llenar el depósito (y sin que hubiera ningún lugar donde repostar, aun en el caso de que tuviera necesidad), Fiona se sumergió en un sueño agitado hasta que llegaron a las inmediaciones de Inverness, poco después de las seis y media.

Fiona ya llevaba dos horas y media de retraso para llegar al bosque antes que Kit.

Joanne Gibb conducía prudentemente por la calle donde vivía Gerard Coyne. Por fortuna, nadie parecía

estar despierto. Pero eso era más o menos lógico en aquella parte del norte de Londres tan temprano, un sábado por la mañana. Esperaba que siguiera siendo así durante un poco más de tiempo. Necesitaba identificar la casa y luego encontrar un sitio para aparcar, desde el cual pudiera vigilarla. No sería nada bueno perder de vista a Coyne simplemente porque no había encontrado un sitio donde apostarse con discreción. Menos mal que tenía un VW Golf con ventanillas oscuras. Era imposible que los transeúntes vieran el interior y, además, tenía la ventaja de que los chicos del barrio quizá no la molestarían, dado el principio general de que quien tuviera un coche tan deplorable y barato probablemente sería más duro que ellos.

En el primer recorrido, identificó la casa. No encontró inmediatamente un lugar donde aparcar, así que siguió hasta la esquina, dio la vuelta y regresó lentamente. Una docena de metros después de la casa de Coyne, recibió las señales intermitentes de unos faros. Primero pensó que alguien se había dado cuenta de que quería aparcar y le avisaba de que dejaba un sitio. Pero luego reconoció el Ford de Neil, un coche casi tan desaliñado como su dueño. Se puso al lado y bajaron sus ventanillas al mismo tiempo. Joanne arrugó la nariz cuando percibió el añejo aroma de varón sin bañarse que la asaltó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella—. Se supone que tenías que irte a medianoche y dejar a nuestro amiguito que hiciera lo que le dé la gana.

Neil bostezó.

—No pude hacerlo. Intenté informar al jefe, pero no pude encontrarlo. No contesta al móvil; en su casa sólo responde el contestador, y tampoco atiende al buscapersonas. No me lo puedo creer. Siempre está localizable. Y mucho más anoche, cuando sabía que comenzábamos una nueva ronda de vigilancia. Simplemente no tiene sentido. Así que decidí quedarme hasta que llegaras, por si acaso.

Joanne le lanzó una sonrisa astuta.

—Apostaría a que sé dónde está.

—¿Dónde?

—Está ligando —dijo.

—Y una mierda —se mofó Neil—. El jefe es como un monje. Se habrá olvidado de para qué sirve.

—Vosotros, los hombres, nunca os olvidáis de para qué sirve —dijo Joanne—. El otro día regresó dando saltos después de ver a esa profesora universitaria. Y me pidió que le recomendara un buen restaurante.

—Dios, debía de estar desesperado.

—Gracias, Neil. De todas maneras, supongo que se habrá ido a su piso y ha decidido que, por una vez, va a divertirse y a olvidarse de este puto trabajo.

Neil negó con la cabeza.

—Nunca apagaría el buscapersonas.

—Eso es lo que crees tú. Y bien, ¿qué harás ahora?

Neil bajó una mano y giró la llave de contacto.

—Voy a regresar al Yard y a acostarme un par de horas, hasta que llegue el jefe. Donde sea que esté,

apuesto a que vendrá por la mañana para ver qué hay.

—Sería una apuesta de idiotas. Espera a que dé la vuelta y me pondré en tu sitio, ¿vale?

Joanne se alejó conduciendo. Cuando regresó, Neil ya salía poco a poco, dejándole sitio para que se encargara de la vigilancia. Se despidió de él saludando con la mano y se puso cómoda. Sólo deseaba una cosa: que a Gerard Coyne no se le ocurriera salir a dar una vuelta en bici esa mañana.

CAPÍTULO 51

Caroline se acercó a la rotonda, en las afueras de Inverness, y apagó el estéreo.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó.

Fiona bostezó y se frotó los ojos con los nudillos. Tenía esa sensación vacía y nauseabunda que produce dormir muy poco y tener demasiada adrenalina.

Había escampado, y una fina neblina gris hacía que Inverness se pareciera a un pueblo fantasma.

—No sé —admitió—. Lo único que sé es que el propietario del garaje donde Kit tiene el Land Rover se llama Lachlan Fraser.

Caroline resopló.

—Como si eso realmente facilitara la búsqueda.

—¿Debo entender que Fraser es un nombre bastante

común por estos parajes?

—Podrías decirlo así. La sede ancestral del jefe del clan está a unos nueve kilómetros por la carretera. Fraser es un nombre más o menos tan común en Inverness como sería Smith en Londres.

Puso el coche en marcha y condujo hacia el centro.

—¿Adónde vas? —preguntó Fiona.

—Cuando tengas dudas, pregunta a un poli. —Caroline entró por la calle principal—. Si no encontramos una comisaría, encontraremos algunos policías en un coche patrulla comiéndose un bocadillo de beicon, sigilosamente, en un café abierto las veinticuatro horas.

—¿Tú crees que hay un café abierto las veinticuatro horas en Inverness? —preguntó Fiona, la escéptica profesional.

Caroline le dedicó una triste sonrisa.

—No cometas el error de creerte la propaganda del Consejo de Turismo. Inverness es mucho más *Morvern Callar* que *Héroe Local*.

—¿Quieres decir que sabes dónde podría comprar una dosis de anfetaminas?

Caroline enarcó las cejas.

—Me temo que o bien llegas demasiado temprano por la mañana o demasiado tarde por la noche para eso. Supongo que era un chiste, ¿verdad?

Fiona sonrió con ferocidad:

—Sólo técnicamente. Se supone que los chistes son divertidos, y ahora no me siento en modo alguno

divertida. Mejor un café abierto las veinticuatro horas y una inyección de cafeína. Si termino en brazos de la ley, lo último que quiero es que descubran que estoy llena de anfetaminas.

—Espera, ahí lo tenemos.

Caroline entró en una curva, haciendo señales con la mano hacia la izquierda, donde un hipermercado ocupaba la mayor parte del horizonte. En el vasto aparcamiento, había una furgoneta donde vendían pescado y patatas fritas, un coche de policía y la parte delantera de una caravana. Entró en el estacionamiento y condujo hasta el coche de la policía.

—Tú pregunta la dirección. Tienes el acento indicado. Yo me encargaré del desayuno —dijo Fiona, saliendo torpemente del coche y estirándose.

Por muy desesperada que estuviera por llegar a la cabaña, necesitaba comer y beber más que los cinco minutos que se hubiera ahorrado de no haber parado ahora. Se apoyó en el mostrador, que olía a una rancia mezcla de grasa pasada, vinagre barato, cebollas fritas y gasoil. La carta estaba escrita con rotulador sobre lo que alguna vez había sido una pizarra blanca. Para describir su color actual, Fiona hubiera necesitado palabras que no figuraban en su vocabulario. Un color como de calzoncillos viejos podría ser lo más aproximado. La pizarra ofrecía pescado, patatas fritas, hamburguesas, salchichas, bollos y tartas. Otro letrero anunciaba que también tenían «Té, café y surtido de *skoosh*». Fiona le sonrió al hombre corpulento que

estaba detrás del mostrador. A juzgar por su palidez, comía lo que él mismo cocinaba.

—Dos bollos rellenos de patata, por favor —dijo Fiona. Probablemente era la opción más segura. Además, todos esos hidratos de carbono le aportarían energía suficiente para unas horas más—. Y dos tés —agregó.

—Sí —dijo el montón de manteca.

Le dio la espalda y se ocupó de su siseante freidora. Fiona se volvió para ver cómo le iba a Caroline con los agentes. Estaba encorvada, asomándose por una ventanilla abierta, el rostro amable y alegre. ¿Habrían sobrevivido como pareja ella y Lesley?, se preguntaba Fiona. Probablemente no. Pocas veces sobrevivían los primeros amores. Y luego, casi seguro ella habría perdido a Caroline como amiga. Empezando a sentirse asombrada, Fiona llegó a la compleja conclusión de que la muerte de Lesley en realidad le había dejado un regalo. Se rascó la cabeza, decidiendo archivar esa idea para otro momento, cuando pudiera considerarla mejor. Ahora tenía que luchar para aferrarse a cualquier sensación de realidad de lo que se parecía cada vez más a una pesadilla.

Caroline se irguió asintiendo con la cabeza y sonriendo, y luego se dirigió de nuevo a su coche.

Al ver que Fiona la miraba, levantó el dedo pulgar en señal de victoria.

—Aquí tienes, encanto —dijo el hombre de la furgoneta de patatas fritas, colocando dos bollos

excesivamente rellenos en un par de servilletas de papel.

Fiona le dio un billete de cinco libras e hizo un gesto para que se quedara con el cambio, concentrándose en sostener los dos bollos de patata y los dos vasos de poliestireno llenos de té.

De nuevo en el coche, se lanzaron a comer y a beber. Entre bocado y bocado de un bollo de patatas que estaba sorprendentemente sabroso, Caroline explicó adónde se dirigirían.

—La casa de Lachlan Fraser está cerca del aeropuerto. Los agentes lo conocen bastante bien. No por razones oscuras, tú me entiendes. Sólo porque... porque ellos saben esa clase de cosas.

Caroline conducía atentamente, el bollo en una mano, el vaso de té entre los muslos, yendo con cuidado cuando tomaba las curvas para que no se le derramara la infusión.

Las calles empezaban a despertarse mientras conducía, y súbitamente unas formas oblongas de luz amarilla se rompían contra las fachadas grises de las casas. De vez en cuando, un coche o una camioneta de reparto de leche las adelantaba, y el primer vislumbre procedente del este comenzaba a penetrar en el cielo nocturno. Fiona se preguntaba dónde estaría Kit. Si llegaría a tiempo o si ya era demasiado tarde. Si el asesino copiaría al pie de la letra la trama del libro o se conformaría con una aproximación.

Si hubiera dado rienda suelta a su imaginación, en vez de sepultar lo que sabía de *El pintor de la sangre* en

una caja cerrada con llave, en el fondo de su mente, probablemente podría haber concebido una aproximación razonable de lo que estaba sucediendo en ese mismo momento, a sólo unas horas en coche.

Atontado, Kit luchaba por recobrar el conocimiento. Experimentaba un vertiginoso mareo entre desgarradores destellos de dolor. En cuanto se había abierto el maletero del Toyota, le habían asestado un segundo golpe en la cabeza que fue incapaz de evitar, tras su largo encierro en la oscuridad.

Aparte del dolor, la primera sensación que le indicaba que estaba consciente era la del frío. Estaba congelado. Logró abrir los ojos y se encontró en medio de una escena que experimentó como la peor clase de *déjá vu*. Conocía aquel lugar porque era suyo; conocía la situación porque él la había creado. Se hallaba sentado, desnudo sobre un retrete, con los brazos esposados a unas anillas de acero que habían atornillado en la pared. Tenía las piernas encadenadas, y la cadena pasaba por detrás del inodoro, dejándolo casi inmovilizado.

Estaba solo. Pero sabía que eso no duraría mucho.

Sabía lo que le esperaba ahora.

Caroline se detuvo ante un edificio de piedra de dos plantas con un cartel cuarteado, cuyas letras pintadas en

rojo y blanco decían: EL GARAJE DE FRASER. Era como si aquel establecimiento estuviera allí desde mucho antes de la invención del motor de combustión interna. Gran parte de la fachada consistía en un par de anchas puertas de madera, en una de las cuales había un ventanuco. Hacia la esquina, había otra puerta más sencilla, con el número treinta y uno. En la planta de arriba, brillaba una luz en el cristal esmerilado de una ventana. Fiona se inclinó hacia Caroline para abrazarla.

—Gracias —dijo—.Te debo una.

—Oye, esto no se acaba hasta que se haya acabado —dijo Caroline—. Tú no creerás que me voy a largar ahora, ¿verdad?

Fiona se apartó.

—No lo hagas, Caroline. Tienes que regresar a casa ya.

Caroline negó con la cabeza.

—Ni pensarlo. Yo no he llegado hasta aquí para darte la espalda y dejarte. No me puedes llevar tan lejos y luego enviarme a casa cuando empieza lo verdaderamente difícil.

—Esto no es un juego, Caro. Si no me equivoco, el hombre que tiene a Kit ya ha matado a tres personas. Sin el menor escrúpulo. No se lo pensará dos veces antes de matar a cualquiera que intente ponerse en su camino. No te voy a meter en esta situación.

La determinación de Fiona estaba clara tanto en su voz como en su rostro.

—Ya que es tan despiadado, tendrás que compartirlo

un poco.

—No.Yo sé lo que hago. No puedo arriesgarme a tenerlas manos manchadas con tu sangre. No podría vivir con eso. —Fiona se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la puerta—. Por favor, Caro. Vete a casa. Te llamaré más tarde, te lo prometo. Voy a salir del coche ahora, y no daré ni un paso más hasta que vea que has dado la vuelta y estás muy lejos. —Abrió la puerta de un empujón y salió, y luego se asomó de nuevo a la ventanilla—. Lo digo en serio.

Cerró la puerta suavemente y retrocedió un paso.

Caroline le dio un manotazo al volante en un gesto de frustración, y luego puso el coche en marcha y se alejó. Fiona la vio dar la vuelta y dirigirse en la misma dirección por la cual habían llegado. Cuando los faros traseros del Honda desaparecieron en una curva, Fiona se volvió hacia la puerta pequeña. Respiró profundamente y tocó el timbre.

Hubo un largo silencio, luego se oyeron unos pasos pesados bajando estrepitosamente la escalera. La puerta se abrió y apareció un hombre de unos veinte años con botas de trabajo, tejanos y una camisa de tela escocesa acolchada y desabotonada, debajo de la cual se veía una camiseta gris. En una mano sostenía una taza de té. Su expresión dejaba traslucir una ligera curiosidad amable.

—¿Lachlan Fraser? —preguntó Fiona.

Asintió con la cabeza.

—Sí, soy yo.

—Siento molestarle tan temprano...

Él sonrió.

—No es tan temprano. Y no me ha molestado. ¿En qué le puedo ayudar?

—Me llamo Fiona Cameron…

La interrumpió con una sonrisa de oreja a oreja:

—Tú eres la nena de Kit. ¡Claro! Tendría que haberte reconocido por esa foto que Kit tiene allí en la cabaña. Oye, encantado de conocerte. —Miró por encima del hombro de Fiona—. ¿Y el hombre no está contigo?

—No, me ha traído una amiga mía. He quedado con Kit para vernos más tarde. Quedamos en que yo recogería el Land Rover. ¿Está bien?

—Sí, bien, por supuesto. —Lachlan buscó en su bolsillo y, gesticulando con las manos, como si la ahuyentara, le mandó que fuera delante—. Déjame coger las llaves. —La adelantó y abrió el ventanuco—. Están aquí dentro. Espérame un minuto. —Desapareció dentro y una luz se encendió. Salió al cabo de un rato con un llavero—. Sígueme. Está detrás. El depósito está a tope y los bidones para el generador están llenos de gasoil —agregó, volviéndose a medias mientras la guiaba por un callejón hasta un terreno cubierto de grava, detrás del garaje.

Media docena de vehículos antiguos estaban allí aparcados al azar. Lachlan se acercó a un Land Rover que parecía una reliquia de alguna guerra olvidada.

—Aquí lo tienes —dijo, abriendo la puerta y dando un paso hacia atrás para permitir que Fiona subiera en el asiento del conductor.

—¿Alguna vez has conducido uno de estos?

Ella negó con la cabeza.

—Nunca he tenido el placer —dijo con ironía.

Lachlan enumeró las peculiaridades del Land Rover, explicándole la tracción a cuatro ruedas, y luego esperó a que ella lo hubiera sacado hasta la boca del callejón. Entonces la saludó alegremente con la mano mientras ella desaparecía en la mañana gris.

En la zona que está bajo la jurisdicción de la policía de la City de Londres, hay trescientos ochenta y cinco sistemas de cámaras en circuito cerrado. En total emplean mil doscientas ochenta cámaras. El mercado de Smithfield tiene su sistema, y casi todos los rincones están cubiertos por una u otra cámara. Forzosamente, algunas producen mejores imágenes que otras, debido a las variaciones de la iluminación y los ángulos de enfoque.

Uno de los primeros pasos que dio la inspectora Duvall fue seleccionar todas las cintas de vídeo disponibles, correspondientes a los últimos diez días, y llevarlas a la comisaría de la City en Snow Hill, donde había establecido su centro de coordinación. A lo largo de la noche, los detectives habían estado visionando horas y horas de cinta, tratando de concentrarse en buscar a Charles Cavendish Redford.

La propia Duvall había conseguido dormir cuatro horas. Habían convencido al juez para que prolongara

el arresto de Redford, y entonces ella pudo dormir un poco. Ni siquiera se molestó en ir a su piso de la orilla del río, en la Isle of Dogs, sino que simplemente se dirigió a su despacho y se acurrucó en el sofá de dos plazas que había instalado allí con este fin. Cuatro horas era mucho menos de lo que deseaba su cuerpo, pero era suficiente para volver a funcionar. Probablemente.

Justo después de las siete, estaba de nuevo en el centro de coordinación, examinando ansiosamente los informes de la noche, para averiguar si había surgido algo que confirmara la implicación de Redford. Cuando se enfrentó con él a propósito de la discrepancia entre su declaración y el descubrimiento de la dependencia accesoria, no se produjo el menor malestar. Simplemente él se había encogido de hombros diciendo: «¿No era eso lo que quería? ¿Pillarme mintiendo? ¿No es eso lo que se supone que hacen los criminales?». Lo cual confirmaba la convicción de Duvall de que no pensaba proporcionarles ningún elemento que corroborase su confesión.

Tarde o temprano, un miembro de su equipo o uno de los detectives de Dorset iba a encontrar esa información crucial, capaz de vincular a Redford de forma evidente con el brutal asesinato de Georgia Lester. Cualquier cosa bastaría, pensaba ella angustiada. Cualquier cosa, ya que lo único que tenía hasta el momento era un enorme y pesado cero.

Mientras revisaba lo que parecía ser un gran montón de nada, uno de los agentes la llamó. Alzó la

vista y le vio sujetando un teléfono.

—¿Sí?

—¿Puede bajar a la sala de vídeos un segundo, señora? Uno de los muchachos dice que ha descubierto algo que quiere que vea.

Duvall salió de la habitación antes de que el agente volviera a colgar el teléfono. Dando zancadas, recorrió el pasillo que llevaba hasta la sala donde sus agentes revisaban los vídeos del sistema en circuito cerrado. Apenas había cruzado el umbral, cuando uno de los detectives empezó a hablar.

—Necesito que le eche un vistazo a esto, señora —dijo entusiasmado.

—¿Qué es, Harvey? —preguntó Duvall de pie, detrás de él, mirando la pantalla por encima de su hombro—. ¿Lo has encontrado?

—He estado revisando las cintas del corredor que hay que atravesar para bajar a la zona de mantenimiento. La puerta en sí no se ve, pero no hay otra forma de llegar hasta allí. De todas maneras, esta cinta corresponde al viernes, dos días después de que desapareciera Georgia Lester.

Puso en marcha el vídeo. En medio del espasmódico movimiento de los fotogramas, un hombre entró en el ángulo de la cámara, visto de espaldas. Iba vestido con una bata blanca y pantalones oscuros, con el alegre sombrero que llevaban todos los carniceros por motivos de higiene. Parecía llevar una gran bandeja de plástico llena de carne empaquetada. Harvey señaló algo en la

pantalla.

—Me llamó la atención porque se puede ver que hay algo envuelto en plástico negro en la bandeja. Fíjese aquí, ¿ve lo que quiero decir?

—Lo veo —dijo Duvall con cautela—. Pero ése no es Redford. La forma del cuerpo es totalmente diferente. ¿Tenemos una imagen de cuando regresa?

—Eso es lo que quería que viera.

Pulsó el botón para adelantar la cinta y la escena comenzó a moverse espasmódicamente otra vez. De repente, un hombre volvió a entrar en cuadro. Harvey congeló la imagen cuando el hombre estaba a unos tres metros de la cámara.

—Esta es la mejor imagen que tenemos de su cara.

Duvall hizo una mueca. Aquella imagen le recordaba algo, pero no pudo descifrar qué era.

Harvey la miró, esperando.

Ella se acercó a la pantalla para ver de cerca, deseando que la imagen se volviera más clara. Entonces, de repente, descubrió algo en los escondrijos de su memoria. No tenía ningún sentido, pero estaba segura de estar en lo cierto. Lo que aquello implicaba era demasiado terrible como para tenerlo en cuenta. Se enderezó.

—Vamos a aumentar esa imagen cuanto antes. Ahora mismo voy a comunicarle esto a la Met. Estaré en mi despacho. Buen trabajo, Harvey.

CAPÍTULO 52

Mientras Fiona conducía hacia el norte, alejándose de Inverness, el cielo empezaba a despejarse lentamente. En la guantera había encontrado unos mapas de carretera y otros del Servicio Oficial de Cartografía. Se dirigió por la A9 con el mapa correspondiente extendido en el asiento de al lado. Por encima del puente espectacular que prolongaba la carretera sobre la confluencia de las aguas del estuario Beauly y del estuario Moray, a lo largo de las fértiles tierras de cultivo de la isla Black, el cielo poco a poco pasó del gris al azul mientras la neblina matinal ardía bajo los débiles rayos de un sol otoñal.

Buscó los pueblos en el mapa mientras conducía por la tranquila carretera. No era probable que se equivocara. Por ahí arriba, apenas había carreteras principales, y sería muy difícil que tomara un desvío incorrecto. Alness. Invergordon. Luego pasó el puente que atravesaba el estuario Dornoch, viendo las pardas arenas mojadas extendiéndose allá abajo, antes de tomar la curva que la llevaba al puente Bonar, dejando atrás las bajas llanuras costeras para dirigirse a la región de las alta colinas que tenía delante.

Luego condujo por la cala angosta del Kyle of Sutherland. Vio el agua oscura en cuyas orillas crecían densos pinares, lo que le daba un cierto aire siniestro a la ruta iluminada por el sol que llevaba hasta el bosque.

Mientras se desviaba para seguir el río Shin hacia Lairg, pudo ver que entraba en la zona principal de las Highlands del noroeste, con unos paisajes que surgían súbitamente, mostrando colinas redondeadas de color marrón a causa de los brezos, y con sus grises afloramientos rocosos aquí y allá. Salpicando el paisaje, estaban los muros destrozados de pequeñas granjas, de las que a menudo sólo quedaban en pie algunos hastiales en ruinas. Era el paisaje de los espacios muertos de las Highlands, esa brutal despoblación del campo que tuvo lugar cuando los pequeños granjeros fueron echados de sus tierras por los terratenientes ricos, deseosos de ganar dinero más fácil mediante la cría de ovejas Cheviot. Ahora, los restos de las casas eran el único vestigio de que aquella tierra había sido el punto de partida de la diáspora de las Highlands, que había colonizado el Imperio británico.

Fiona nunca había andado por ese lado de la cuenca, aunque la región de Assynt, al oeste de Sutherland, sí que había sido su destino en un par de excursiones a pie en el pasado. Conocía esa sensación muelle de los brezos bajo los pies, el tirón traicionero de las turberas y el estrepitoso crujido de las antiguas rocas estratificadas bajo las botas. Si iba a aventurarse en el terreno donde estaba la cabaña de Kit, tendría que parar en Lairg. Los zapatos ligeros y la ropa de ciudad que llevaba no eran los más adecuados para aquel lugar.

Lairg despertaba mientras conducía por la calle principal. Las tiendas abrían, algunos viandantes ya

andaban por ahí, aprovechando al máximo el débil calor de la mañana. Encontró un sitio donde aparcar, frente a una tienda de artículos deportivos especializada en montañismo, y salió de un salto del Land Rover. Antes de dirigirse a la tienda, miró en la parte de atrás del vehículo. Además de tres latas con veintidós litros de gasoil cada una, había un jersey de lana ligera y una chaqueta impermeabilizada. Fiona cogió el jersey y se lo apretó contra la cara, sintiendo el olor conocido de Kit. «Por favor, Dios, que esté bien», se dijo a sí misma.

Titubeando, volvió a poner el jersey y la chaqueta donde estaban. Eran demasiado grandes para ella pero bastarían, decidió. Luego fue a la tienda. Quince minutos más tarde, salió con unos pantalones Gore-Tex revestidos de lana, un jersey de cuello alto, una gorra de lana de color marrón fuerte, unos calcetines para ir de excursión con las plantas acolchadas y un par de botas de verano que consiguió a un precio módico porque querían venderlas pronto. No estaban diseñadas para esa época del año, pero eran tan flexibles que no requerirían el uso que sería necesario en unas botas más gruesas para que resultaran cómodas. Era una manera razonable de renunciar a una cosa a cambio de otra, ya que no creía que fuese a tener que andar mucho con ellas. Estaría cómoda si tenía que caminar o escalar, y eso era lo principal. También compró un montón de raciones de reserva ricas en energía, paquetes calorígicos instantáneos y un botiquín de primeros auxilios. Se hacía una idea de lo que podría suceder, y

quería estar preparada para todas las posibilidades.

De vuelta en el Land Rover, Fiona añadió el jersey de lana y la chaqueta de Kit a su conjunto y tiró la ropa que llevaba antes detrás de los asientos traseros. Todavía le faltaba una cosa por hacer. Había llegado el momento de recordar *El pintor de la sangre* con todo lujo de detalles. Necesitaba estar equipada para lo que pudiera encontrarse. Fue a una ferretería y compró unas cizallas, un cincel y un martillo. En el último momento, también añadió a sus compras una navaja de hoja deslizante.

Al regresar al Land Rover, vio que ya no estaba sola. Aparcado detrás, había un coche Honda que le resultaba familiar. Apoyada en el capó estaba Caroline, con los brazos cruzados y una terca sonrisa en la cara.

Fiona cerró los ojos en un gesto de enfado. Cuando se acercó lo suficiente para hablar, le dijo:

—Esto no tiene gracia, Caro.

—Lo sé. Por eso estoy aquí. Si no dejas que te acompañe, como mínimo permíteme cubrirte las espaldas. Déjame ir contigo para estar segura de que saldrás con vida de esto. ¡Por favor!

Fiona abrió la parte trasera del Land Rover y metió las compras dentro. Cuando se volvió, dijo:

—¿Tienes un móvil?

Caroline sonrió.

—¿Tú crees que hay la más mínima posibilidad de que haya cobertura aquí arriba? —preguntó, y con un gesto le señaló las colinas que se alzaban alrededor del

pueblo.

Fiona consiguió esbozar una sonrisa de arrepentimiento.

—Ha sido una pregunta tonta. Está bien. Esto es lo que haremos. Tú me seguirás hasta el lugar donde yo me desvíe. Está a un kilómetro y medio del pueblo más o menos. No tiene ningún sentido que intentes avanzar más. Según Kit, el camino es demasiado accidentado para cualquier vehículo que no tenga tracción en las cuatro ruedas. Dame una hora. —Sacó de su bolso una libreta y un bolígrafo. Abrió la libreta y garabateó los números del despacho y del domicilio de Sandy Galloway—. Si no regreso dentro de una hora, significa que probablemente necesito ayuda o que he logrado hablar con la policía a través del teléfono vía satélite de Kit. De todas maneras, llama a este número y pregunta por el inspector Galloway. Dile dónde estoy y qué estoy haciendo. Le envié un fax, pero puede que pensara que no era tan urgente. Un momento, te daré las direcciones.

Abrió la puerta del conductor y buscó debajo del mapa el correo-e que había impreso hacía ya tanto tiempo que le parecía media vida. Le alargó la hoja a Caroline, pero retiró bruscamente la mano antes de dársela:

—Un momento —dijo—. Tienes que prometerme que, pase lo que pase, no intentarás ir a buscarme.

Caroline asintió a regañadientes.

—Lo prometo. ¿De acuerdo?

—Dilo en serio.

Caroline le sostuvo la mirada a Fiona durante un largo rato:

—Lo juro por la vida de Lesley.

Fiona agachó la cabeza a modo de agradecimiento.

—Con eso me basta. Como he dicho, yo llamaré pidiendo ayuda si la necesito, pero pudiera ser que no sepa cómo usar el teléfono vía satélite. Tú eres mi refuerzo. —Le pasó las direcciones y respiró hondo—. Vamos.

Subió en el Land Rover y arrancó el motor. Las manos le sudaban al volante, y notaba un nudo en el estómago. Sabía que tenía pocas probabilidades. Le llevaban ventaja. Quizás hacía ya más de una hora que habían llegado a la cabaña. Fiona sabía que el asesino no se dedicaba a la verosimilitud total. Quizá le sacaría la sangre a Kit de una vez, en lugar de torturarlo durante días, con todos los riesgos que eso implicaría.

Quizá llegaría demasiado tarde.

El aroma del café despertó a Steve. Parpadeó un momento, frotándose el sueño de los ojos, en medio de la confusión de despertarse en un lugar desconocido. Se incorporó a medias y vio a Terry sentada a la mesa, con una taza en las manos.

—Empezaba a preguntarme si lo de anoche no habría sido demasiado para ti y habías caído en estado de coma —se burló.

—¿Qué hora es? —preguntó él, inconsciente de cuánto había dormido.

—Las nueve y veinte.

Steve puso los pies en el suelo y se levantó en un salto.

—Estás de coña —exclamó, más asustado que contento.

—Es sábado, Steve. La gente duerme hasta mucho más tarde —sonrió ella—. Incluso los agentes de policía.

—No puedo creer que nadie me haya llamado. La vigilancia... Neil tenía que haber llamado para decirme cuándo se marchaba por la noche —dijo, hablando más consigo mismo que con ella—. Y el inspector de Homicidios; su avión tenía que aterrizar hace dos horas. —Fue hasta el móvil y el buscapersonas. Miró atontado las pantallas en blanco—. ¿Qué es lo que pasa? —comentó, cogiendo el móvil y haciendo una mueca.

Terry se acercó a él por detrás y le envolvió la cintura con los brazos.

—Los apagué. Necesitas soltarte, Steve.

Steve se separó de ella y se volvió; en la cara tenía una mezcla de enfado e incredulidad.

—¿Que hiciste qué? —gritó, abriendo y cerrando la boca, sin encontrar palabras.

—El mundo no se va a acabar si no pueden localizarte durante una noche —dijo Terry, con un tono de inseguridad en su voz.

—Estoy en medio de una gran operación —gritó—. Mi equipo está vigilando a un sospechoso de asesinato.

Joder, Terry, puede haber pasado cualquier cosa. ¿Cómo pudiste hacer algo tan irresponsable?

Mientras hablaba, buscaba la ropa. Se puso los calzoncillos y los pantalones.

—No me dijiste nada —le gritó ella—. ¿Cómo iba a saberlo? La última vez que nos interrumpieron, ni siquiera era por un caso tuyo. No me diste ningún indicio de que estabas en algo particularmente importante.

Steve dejó de abotonarse la camisa y la miró colérico.

—Es confidencial; por eso no te dije nada. No hablo de mi trabajo con civiles.

Sus palabras cortaban como un látigo. Pero, en vez de estremecer a Terry, agudizaron su respuesta.

—A menos que sea Fiona Cameron, ¿verdad? —bramó.

—¿De eso se trata? ¿Estás celosa de Fiona? —dijo Steve, que no podía creer lo que oía.

Terry bajó la voz y lo miró sin vacilar.

—No, se trata de confianza, Steve. Se trata de honestidad, de que no me trates como si fuera una niña. Lo único que tenías que hacer era mencionar en algún momento que tenías algo importante que atender y que eso podría interrumpirnos mientras estuviéramos juntos. ¡A la mierda! —estalló de nuevo—. ¿Qué pasa con la cortesía?

Steve metió violentamente los brazos en la chaqueta y buscó su abrigo.

—Soy un oficial de policía. La gente necesita poder localizarme aunque no esté trabajando.

—Señor Indispensable. Tú no quieres una amante, Steve. Quieres un público.

Con gestos bruscos, metió el teléfono y el buscapersonas en el bolsillo de su chaqueta y se dirigió a la puerta sacudiendo la cabeza.

—Joder, no puedo creerlo.

—Tendrías que habérmelo dicho, gilipollas —gritó ella, dirigiendo su ira tanto hacia su propio carácter impulsivo como hacia el carácter taciturno de él.

Por toda réplica, Steve dio un portazo al salir. Cuando llegó al coche, le temblaban las manos con oleadas de adrenalina de pura cólera. «Tremendamente increíble», dijo entre dientes mientras se dejaba caer en el asiento del coche. Encendió el buscapersonas. Cinco mensajes. Steve maldijo en voz baja mientras hacía avanzar el texto. Dos de Fiona, de anoche. Uno de Neil, justo antes de las once. Otro de Neil, unos minutos después de las seis. «¡Mierda, mierda, mierda!», se dijo, mientras aparecía el último mensaje. El inspector de Homicidios le había llamado hacía más de una hora.

Encendió el móvil y llamó al número de su casa; luego introdujo la combinación que le permitiría acceder a sus mensajes del contestador. De nuevo Fiona, pidiendo que la llamara urgentemente. Y también Neil, anunciando que había decidido vigilar a Coyne toda la noche, por si acaso. Y Neil otra vez, informando que Joanne lo había relevado y que estaría

en la Yard si le necesitaba para cualquier cosa, una detención o un registro. Y, además, un mensaje del inspector de Homicidios diciendo que esperaba que le llamara.

Se frotó la cara con ambas manos, intentando calmarse para poder presentar sus argumentos a favor de la detención de Gerard Coyne. Después de un minuto respirando profundamente, decidió que ya estaba todo lo preparado que podía estar. Simplemente tendría que mentir y decir que el busca se había quedado sin batería sin que él se diera cuenta. La hora que había perdido probablemente no era tan importante. Pero hubiera podido serlo.

Mientras marcaba el número del inspector, sintió una punzada de remordimiento. Se había esperanzado tanto con Terry. Y, como siempre, todo se había derrumbado.

Sólo le cabía esperar tener mejor suerte con Coyne.

A seiscientos cincuenta kilómetros de distancia, Sandy Galloway estaba comiéndose sin ganas un bollo relleno de beicon en la cafetería de Saint Leonard's. Ya llevaba por lo menos dos horas esperando a Fiona Cameron, y no estaba muy contento. La mujer estaba aterrorizada cuando lo llamó la noche anterior, pero ahora ni siquiera podía molestarse en llegar puntualmente a su cita. Ni siquiera había dejado un mensaje en el hotel. Un hotel que pagaba con su

presupuesto, recordó enfadado.

Había hablado con Sarah Duvall, como prometió. Cuando terminó de ver su programa policíaco en la televisión, la había llamado a la calle Wood. Era una chica muy lista, sí, señor. Le explicó detalladamente la discrepancia entre la declaración de Redford y lo que la policía de Dorset había encontrado. Le contó por qué inicialmente le había preocupado, y luego le explicó el razonamiento que desarrolló a partir de entonces. Estaba claro que le había tranquilizado, y él se inclinaba a pensar que había avanzado en la dirección correcta.

Lo cual quería decir, por supuesto, que Fiona Cameron había tomado el rábano por las hojas. Galloway estaba enfadado; ni siquiera se había molestado en informarle de sus planes.

En ningún momento a Galloway se le ocurrió mirar el fax que había detrás del escritorio de la secretaria, en la oficina de al lado de su despacho.

CAPÍTULO 53

Las instrucciones estaban grabadas en su memoria como la inscripción de una tumba: «Toma la A839 al salir de Lairg». De nuevo, salió del centro de la ciudad a través del estrecho del río Shin, antes de que se abriera en una de las dos calas al fondo del lago.

Recorrió una corta distancia por la orilla del río, luego giró hacia el oeste, y apareció un altozano redondeado a la derecha. Fiona miró por el retrovisor para confirmar que Caroline seguía detrás de ella.

«Aproximadamente a kilómetro y medio del pueblo, verás un camino hacia la derecha con una señal que dice SALLACHY.» Sí, allí estaba el camino con el rótulo de metal. Afortunadamente, había una cabina telefónica al otro lado. Fiona se detuvo y señaló con gestos exagerados la cabina. Caroline levantó el dedo pulgar en señal de aprobación y tocó con el índice su reloj de pulsera; pasó al lado de Fiona y aparcó junto al teléfono. Fiona consultó el reloj: las 9.37. Tenía una hora. Arrancó de nuevo, y giró para entrar en el camino.

«Continúa por ese camino (es bastante accidentado, y vas a comprender por qué te presté el Land Rover) unos ocho kilómetros y medio.» Siguió al pie de la letra las instrucciones. El camino, que pronto se convirtió en una senda escabrosa llena de piedras sueltas y duras, se extendía unos doce metros, dominando el lago desde una cuesta poblada de árboles que iba a morir en la orilla. A la izquierda, había un pinar que se prolongaba por la colina hasta la cresta allanada, robándole el horizonte. Pero Fiona, ahora completamente concentrada en la tarea que le esperaba, no tenía tiempo para admirar las bellezas del paisaje. Pasó por un grupo de cabañas donde los pinos disminuían, dando lugar a una ladera al descubierto, llena de brezos. No había ninguna señal de vida, excepto un fino hilo de humo de

turba que salía de una chimenea.

Después de recorrer más o menos kilómetro y medio, el camino empezó a subir, y de nuevo comenzaron a verse árboles. Pero, esta vez, en lugar de filas de pinos en formación militar, había una mezcla variada. Serbales, abedules, alisos y grupos de retorcidos pinos escoceses crecían en el caos aparentemente aleatorio de un bosque bien cuidado, separado del camino por una cerca alta para ciervos, en la que, de vez en cuando, había algunas escaleras de madera.

De pronto, los árboles desaparecieron en una curva. Delante había un desfiladero, atravesado por un puente de madera, de aspecto sólido, con rieles de acero de forma tubular a ambos lados. «Cruzas un desfiladero fluvial, el Allt a' Claon.» No había lugar a dudas, iba por el buen camino. Hacia la mitad del puente, Fiona redujo la marcha hasta quedarse casi inmóvil y miró al vacío: quince metros de roca escarpada hasta la turbulencia del río que se veía allá abajo. Fluía velozmente por el cauce que había labrado con sus propias aguas y estallaba en espuma blanca allí donde chocaba con las rocas caídas en su camino. Privado del brillo del sol por las altas paredes del desfiladero, el río resplandecía con un marrón nublado como de ámbar sin pulir.

Fiona puso el coche en marcha y siguió mientras la tensión de su cuerpo se concentraba en las manos aferradas al volante como garras. «Más adelante, a la izquierda, hay una curva que debes tomar.» Giró,

luchando con el volante, mientras el Land Rover derrapaba sobre las rocas de pizarra que saltaban bajo las ruedas. Había llegado el momento de usar la tracción a las cuatro ruedas, pensó, y lo hizo tal como le había enseñado Lachlan. El Land Rover se estremeció ligeramente, y entonces las ruedas se aferraron de manera más segura y ella avanzó con facilidad sobre el accidentado terreno.

«Cuando hayas recorrido más o menos kilómetro y medio, hay otra curva a la izquierda. El camino te lleva de nuevo al otro lado del desfiladero del río, a través de un puente colgante. Es mucho más fuerte de lo que parece, pero será mejor que no vayas a más de ocho kilómetros por hora.» Fiona giró y se acercó al puente, una construcción de tablas estrechas, suspendida por cuerdas ancladas a unos postes gruesos que había a ambos lados del desfiladero. Su corazón latía con fuerza. Aquel puente parecía demasiado frágil para soportar el peso del Land Rover. Sin embargo, no le quedaba más remedio que confiar en las palabras de Kit. Redujo la velocidad en la cabecera del puente, y cuidadosamente puso la primera. Y a esa velocidad, un poco mayor que la de andar a pie, empezó a avanzar poco a poco. El puente crujía amenazador bajo el peso del vehículo pero, a pesar de que Fiona podía sentir cómo se balanceaba debajo de ella, se mantuvo firme mientras avanzaba lentamente a lo largo de los veintisiete metros del desfiladero.

Cuando de nuevo estuvo en terreno sólido, soltó

todo el aliento que ni siquiera se había dado cuenta que estaba conteniendo. Despegó las manos sudorosas del volante y se las secó en los muslos.

—Joder, espero no equivocarme —comentó— y llegar a tiempo.

«Cruzas el río y entrarás en una arboleda, y la cabaña está más o menos a un kilómetro y medio, siguiendo recto.» El final del camino casi estaba a la vista. Fiona entró en la doble hilera de árboles que lo escoltaba. Unos centenares de metros más allá, dio la vuelta en un recodo y, para su asombro, casi atropelló a un hombre que bajaba por el camino hacia ella, con un hacha de mango largo al hombro y un haz de leña bajo el brazo. Frenó de golpe y bajó la ventanilla. El hombre, que llevaba un anorak, un sombrero de lana y una bufanda hasta el mentón, levantó una mano y la saludó.

—Busco la cabaña de Kit Martin —dijo ella—. ¿Voy por el camino correcto?

El hombre frunció el entrecejo.

—¿El escritor? Sí, está a kilómetro y medio por el camino.

A juzgar por su acento, aquel hombre no había nacido ni crecido allí, pero evidentemente conocía bien la zona. Sin duda era uno de los recién llegados que, al igual que Kit, habían comprado muchas de las propiedades en venta, tentados por los bajos precios y la paz de un estilo de vida rural.

—Gracias —dijo ella—. ¿No le habrá visto hoy, verdad?

El hombre negó con la cabeza.

—Sólo he salido a por un poco de leña.

Fiona se despidió con la mano y siguió conduciendo. Pronto salió de la arboleda y entró en una cuesta al descubierto. Los tallos marrones de los brezos, semejantes a alambres, con su invernal plumaje, se extendían cuesta arriba, interrumpidos aquí y allá por los afloramientos rocosos que iban desde una sola roca hasta terrenos quebrados de unos treinta metros de largo. Delante había otra arboleda. Supuso que era la barrera rompevientos de la cabaña de Kit y aparcó junto al camino antes de llegar al bosque.

Era la hora de la verdad. Ya no había manera de volver atrás. Fiona experimentó vértigo debido al miedo y a la ansiedad, pero tenía que seguir adelante. Cogió la bolsa de plástico que contenía las compras de la tienda de montañismo y de la ferretería y se la metió por dentro de la chaqueta impermeabilizada. Respirando entrecortadamente, abrió la puerta del vehículo y bajó con dificultad al borde del camino.

Fiona sabía que no podía acercarse a la cabaña directamente. Si el asesino estuviera allí con Kit, sin duda estaría vigilando el camino que conducía a la casa. Estudió el terreno y tomó una decisión. Entró en el bosque, abriéndose paso a través de los arbustos y aplastando las zarzas que obstaculizaban su avance. Era un terreno escabroso, y debía hacer el menor ruido posible.

Unos diez minutos más tarde, los árboles cesaban

abruptamente dando paso a un gran claro. En el centro, había una construcción de piedra, de una sola planta, con tejado de pizarra. Ella estaba frente a una de las paredes, que no tenía ventanas. Perfecto para sus planes. Miró en todas direcciones, desconcertada al no ver ningún vehículo. Si el asesino estaba allí con Kit, tendría que haber llegado en alguno. ¿Y si ya era demasiado tarde? ¿Y si ya había hecho lo que quería, si ya había matado a Kit? Jamás había tenido tanto miedo. Ni se había sentido tan sola.

—No te extralimites —musitó entre dientes—. A lo mejor, sólo hace unas horas que ha empezado.

Para el asesino era importante cumplir el ritual homicida como estaba descrito en el libro. No había pasado suficiente tiempo para que desangrara a Kit y pintara las paredes. O bien no estaban allí o bien el asesino había ido hasta Lairg en busca de víveres.

La otra posibilidad era que ella se hubiera equivocado de medio a medio.

Negándose a permitir que esa idea le afectara, Fiona optó por la acción. Soltando adrenalina, corrió agachada desde los árboles hasta la sombra del tejado, agradeciendo la flexibilidad de las botas ligeras. Luego, con infinito cuidado, se desplazó centímetro a centímetro, pegándose a la pared, hasta llegar a la parte trasera de la cabaña. Finalmente, se arriesgó y echó un vistazo rápido en aquella zona. Ninguna señal de vida. Había tres ventanas en la pared, observó. Se secó el sudor de la frente y con audacia dio la vuelta a una de

las esquinas de la casa.

Fiona podía sentir los fuertes latidos del corazón en el pecho mientras avanzaba de puntillas hasta el borde de la primera ventana. Se asomó cuidadosamente para mirar hacia dentro. La habitación que tenía ante sí era evidentemente la alcoba de Kit. No había ningún indicio de actividad. Era una sensación curiosa contemplar la intimidad de una vida tan conocida y, no obstante, tan extraña. Una oleada de emoción le inflamó el pecho. Casi no podía respirar.

Tragó saliva y rápidamente cruzó frente a la primera ventana, caminando despacio de nuevo cuando se acercó a la segunda. Aquélla parecía haber sido añadida posteriormente, al tener un tamaño y una forma muy diferentes de los de las otras. Mientras se aproximaba, pudo ver que estaba totalmente tapada por una persiana. Casi con seguridad era el cuarto de baño. De ser así, allí estaría Kit prisionero. Miró por aquí y por allá, tratando de vislumbrar algo a través de los bordes de la persiana, pero no pudo ver nada.

Frustrada, avanzó hacia la tercera ventana. Otra vez, de un vistazo confirmó que no se producía ningún movimiento dentro de la habitación. Al no ver a nadie, Fiona observó el interior más detenidamente. Había una larga mesa, un par de sillones a ambos lados de una estufa de leña, una pequeña cocina larga y estrecha y un par de alacenas que llegaban hasta el techo. También había un estrecho armario metálico, pero la puerta abierta impedía ver el contenido. En el suelo, cerca de la

puerta del armario, vio un par de bolsas de la cadena Waitrose. No parecían llevar mucho tiempo allí, ya que, a primera vista, no estaban cubiertas de polvo. Fiona también sabía que no había un supermercado Waitrose en quinientos kilómetros a la redonda. Era una pequeña prueba, pero bastaba para convencerla de que había llegado a la conclusión correcta.

Entonces vio algo que confirmó sus peores miedos y se le revolvió el estómago. En un rincón lejano, medio escondida por la campana de la chimenea, había una mesilla caída de medio lado. Junto a ella, en el suelo, un revoltijo de plástico y metal aplastado. Sin lugar a dudas, se trataba de los restos de un teléfono vía satélite.

De modo que estaban allí. Y, a juzgar por la ausencia de vehículo, el asesino se había marchado temporalmente. Actuaba con mucho cuidado; la destrucción del teléfono era una clara señal de que admitía la posibilidad remota de que su prisionero se escapara. De pronto, se preguntó si no sería el hombre que había visto en el bosque. Pero parecía tan inocente, con su hatillo de leña y su hacha. Y, además, iba a pie. Lástima que no se le ocurriera preguntarle si había visto algún otro vehículo desconocido por ahí.

Pero pensar era perder el tiempo. Fiona se alejó de la ventana y dio la vuelta a la esquina de la casa corriendo. Pasó por un pequeño cobertizo de piedra, donde estaba el generador de gasoil, y salió ante la fachada de la casa. Enseguida descubrió que la doble

puerta de madera estaba cerrada con llave. Empujó con el hombro, pero las hojas ni se movieron.

Iba a tener que entrar a la fuerza, y la parte trasera de la casa era el mejor sitio para hacerlo. Regresó corriendo a la ventana del dormitorio y tiró de la parte inferior del marco. Cerrado con llave. Fiona sacó el martillo de la bolsa que llevaba dentro de la chaqueta y lo alzó. No tenía sentido romper sólo el cristal. Tendría que destrozar la tornapunta de madera que pasaba por la mitad del marco inferior. Respiró, alzó el brazo y golpeó con el martillo, describiendo un arco cerrado. La madera se hizo añicos y los cristales de ambos reventaron. En la silenciosa ladera, se produjo un gran ruido. A su espalda, un par de arrendajos salieron asustados del bosque y la espantaron con sus graznidos.

Rápidamente, Fiona rompió el madero de la ventana, sacó el vidrio de marco para no cortarse y entró. Con mucho cuidado, introdujo un pie en el hueco, se levantó por encima del alféizar y entró en la alcoba. El silencio reinaba en la casa, aunque carecía de la inquietud indefinible que suele acompañar al vacío. Fiona permaneció inmóvil un momento, por si escuchaba alguna señal de peligro.

Con cautela, cruzó la habitación y abrió la puerta de par en par. A la izquierda, en la penumbra del pasillo, la puerta del baño estaba cerrada. Extendió una mano indecisa hacia el pomo, casi demasiado asustada ante lo que podría encontrarse detrás. Cerró los ojos de golpe, preparándose para entrar en acción. Agarró firmemente

el pomo y lo hizo girar mientras abría la puerta.

CAPÍTULO 54

A mil kilómetros de distancia, en Londres, Steve Preston se felicitaba a sí mismo por haber convencido al inspector de Homicidios de que tenía suficientes pruebas para seguir adelante con su plan. Ahora lo único que faltaba era informar al equipo que apoyaría a Joanne y a Neil, cuando ellos trajeran a Gerard, y el equipo forense que ayudaría en el registro del piso de Coyne.

—Le he dado muchas vueltas a este asunto. No quiero detenerlo en su piso, porque como sabéis, según el reglamento, eso significaría que sólo podremos hacer un registro basado en el Artículo treinta y dos, con todas las restricciones que implica. Lo que quiero es esperar a que salga de su piso y luego atraparlo en la calle; llevarlo a la Yard y detenerlo por sospechoso de asesinato, y así haremos un registro según el Artículo dieciocho, lo cual nos da mucha mayor libertad. Para asegurarnos de que no se nos escape, a uno de vosotros le he asignado una bicicleta y a otro, una moto. Es un buen ciclista, y es muy probable que, cuando salga, lo haga sobre dos ruedas.

Adoptó una expresión seria, reprimiendo el júbilo.

—Quiero que llegue aquí de una pieza —dijo enérgicamente—. Nada de accidentes, nadie se va a caer de la escalera, no quiero ver ninguna herida, ni morados ni huesos rotos que carezcan de explicación. Lo trataréis como si fuera una pieza de cerámica fina. En cuanto lo tengamos aquí, lo detendremos como sospechoso de asesinato. Vamos a hacer que se cague de miedo desde el principio. Pero no debemos ponerle problemas para que llame a un abogado. Lo haremos todo según la ley. No quiero que luego venga nadie a decirme: «Un momento, colega, esto no se ajusta al reglamento». ¿Alguna pregunta?

Un joven detective levantó la mano.

—¿Qué es lo que buscamos exactamente en el piso de Coyne?

—Buena pregunta —dijo Steve—. Cualquier cosa que lo vincule con el asesinato de Susan Blanchard o con las violaciones del norte de Londres. Eso quiere decir recortes de periódicos, cualquier mapa marcado con escenas de crímenes, diarios, fotografías. Y quiero todos los cuchillos que encuentren en el piso. También toda la ropa que encaje con la descripción de la indumentaria deportiva que el ciclista del Heath, o el violador, llevaba puesta. Lo sé, después de tanto tiempo, probablemente estamos aferrándonos a nada. Pero quiero a Coyne, y juntos vamos a pillarlo y por fin dejar atrás el caso de Susan Blanchard.

Miró a todos los presentes. No hubo más preguntas. Se volvió al tablón que colgaba de la pared y señaló una

fotografía de los hijos gemelos de Susan.

—No quiero justicia para mí. Ni siquiera para la Met. Quiero justicia para estos dos niños. Ahora, salid de aquí y cumplid vuestro cometido pensando en ellos.

Detestaba usar el truco del sentimentalismo barato, pero necesitaban estar motivados, y sabía cómo lograr que lo estuvieran.

Steve vio a los agentes salir de la sala, preguntándose cuánto tiempo pasaría antes de que regresaran con su detenido. Necesitaba saber qué coño estaba haciendo Fiona. La había llamado a su móvil varias veces desde que llegara a la Yard, pero sólo le había contestado un mensaje grabado diciéndole que no era posible establecer la comunicación. Gracias a Sarah Duvall, sabía que había ido a Escocia para revisar las pruebas del caso de Drew Shand. Una llamada al agente encargado de aquel caso sería una buena forma de localizarla.

Cogió el teléfono más cercano y le pidió a la operadora que lo pusiera con la policía de Lothian y Borders. Tardó poco en descubrir que el hombre con quien quería hablar era el inspector Sandy Galloway. Pero Galloway no estaba en el edificio. Decepcionado, Steve pidió que le dijeran a Galloway que lo llamara cuanto antes.

¿A qué rayos jugaba Fiona dejando mensajes que no podía devolver? Teniendo en cuenta lo mal que andaban sus relaciones la última vez que se habían visto, tenía que ser algo grave.

«Tal vez valiera la pena llamar a Kit», pensó.

Pero, cuando marcó el número de su casa, le respondió otro contestador.

No podía hacer nada más. Tenía que despejar la mente y concentrarse en cómo iba a manejar a Gerard Coyne. Eso era demasiado importante como para permitir que cualquier otra cosa lo distrajera.

Era peor, mucho peor que la escena correspondiente de la adaptación televisiva. Peor, infinitamente peor, que aquello para lo cual su imaginación la había preparado. Llegó a pensar que había muerto. Kit estaba medio caído y desnudo en el retrete, con los brazos encadenados a la pared y las piernas esposadas por detrás del inodoro. Tenía la piel blanca, la cabeza caída sobre el pecho. Sólo se mantenía sentado por las cadenas. Fiona no percibió ningún indicio de respiración ni de pulso. En la vena del brazo izquierdo, había un catéter. Y en las paredes que le rodeaban, unos garabatos de mero aficionado representando árboles y flores, cuyos horripilantes tonos iban desde un carmín sombrío hasta un marrón oxidado. Aproximadamente la mitad de las paredes del cuarto de baño estaban pintarrajeadas. Era imposible adivinar cuánta sangre había requerido esa superficie. La angustia y el miedo contrajeron el pecho de Fiona.

Con un gemido silencioso que parecía más bien un sollozo, corrió hacia él, cayendo de rodillas y abrazando

las piernas ateridas de Kit. Fiona estaba a punto de llorar. Para su sorpresa, sintió un ligerísimo movimiento contra su cara. Luego un resuello quejumbroso le hizo cosquillas en el oído.

—¿Kit? —tartamudeó—. ¿Kit? ¿Me escuchas?

Le puso una mano en el cuello y sintió un pulso débil e irregular. Tomó su cabeza entre las manos y la levantó con suavidad hasta ponerla a la altura de la suya. Los párpados de Kit se movieron levemente, y ella pudo verle el blanco de los ojos a través de las pestañas.

—Estoy aquí, Kit. Soy yo, Fiona. Todo va a salir bien.

Él abrió los ojos un poco y gimió. Ella lo estrechó, desesperada por transmitirle su calor. Estaba en un estado de postración nerviosa; era eso. La pérdida de sangre y el frío le habían sumido en un shock. Lo primero que tenía que hacer era calentarlo. Fiona se separó con cuidado de él y corrió hasta el dormitorio. Cogió un saco de dormir, un par de camisas de franela y unos tejanos y regresó al cuarto de baño apresuradamente. Lo tapó con el saco de dormir, sin dejar de hablarle en un flujo constante de palabras tranquilizadoras. Entonces sacó la bolsa de su chaqueta y extrajo las cizallas. Tuvo que emplear toda su fuerza, para cortar la cadena que le atrapaba las piernas y liberarle los tobillos. Las piernas de Kit estaban rígidas y frías, pero consiguió estirarlas y meterle los pies por las perneras de los tejanos, subiéndolos hasta sus rodillas.

Ahora tenía que coger el cincel y el martillo para

liberar a Kit de los grilletes que lo encadenaban a la pared. Empezó por el brazo derecho; bastaron un par de martillazos para arrancar la argolla metálica de la pared. El brazo cayó inútilmente a un lado, y él gimió otra vez.

Antes de ocuparse del brazo izquierdo, Fiona consideró la situación. No quería tocar el catéter que tenía en aquel brazo, porque temía que, si lo sacaba, volvería a sangrar. Del botiquín de primeros auxilios sacó un rollo de esparadrapo, con el cual envolvió cuidadosamente el catéter, sujetándolo con firmeza. Entonces volvió a emplear el martillo y el cincel, y liberó también aquel brazo. Kit se vino abajo, cayendo como un peso muerto sobre sus rodillas. Forcejeando con la masa de su torso, Fiona consiguió ponerle la camisa, cortando las mangas para que pudieran pasar las cadenas y las esposas.

Entonces, gruñendo a causa del esfuerzo, lo levantó hasta ponerlo de pie y lo apoyó contra la pared para poder remangarle los pantalones. «Estoy tardando demasiado», pensó presa del pánico. El asesino podía andar cerca. Evidentemente no iba a arriesgarse dejando solo a Kit durante demasiado tiempo. Fiona dejó que Kit se deslizara de nuevo sobre el retrete. Sacó los paquetes caloríficos, los dobló para activar la reacción química instantánea que produce el calor y se los metió por dentro de la camisa. Luego fue a la alcoba y buscó hasta encontrar un par de calcetines gruesos y una viejas zapatillas de deporte.

De allí se dirigió a la sala de estar. Dentro de una de

las alacenas encontró un par de latas de Coca-Cola. Perfecto. Líquido y azúcar. La cafeína probablemente no supondría un problema para un hombre acostumbrado a tomar tanto café como Kit. Cuando ya iba a regresar al baño, le llamó la atención el estrecho armario metálico. Donde debería estar la escopeta que Kit usaba para cazar conejos, había un espacio vacío y una caja de cartuchos abierta. De nuevo la invadió el pánico. Dondequiera que estuviera, el secuestrador de Kit tenía una escopeta de dos cañones. Lo que ya era una situación desesperada, acababa de empeorar aún más.

Regresó deprisa al baño y, a la fuerza, le puso los calcetines y las zapatillas a Kit. Luego lo colocó en una posición más vertical.

—Vamos, Kit. Necesito que estés consciente, cariño mío, necesito que te muevas.

El calor había empezado a surtir efecto. Temblorosos, los ojos de Kit se abrieron definitivamente. La miró perplejo.

—Fiona —dijo con voz ronca.

—Sí, soy yo, no estás alucinando. Te he encontrado, querido. Ahora, necesito que bebas esto. —Le puso la lata de Coca-Cola en los labios y se armó de paciencia mientras él la bebía con sus labios secos y agrietados—. Voy a sacarte de aquí, te lo prometo —le dijo.

—¿Dónde está Blake? —inquirió él con una voz cascada que sonaba rara, articulando mal las consonantes.

—¿Blake? —preguntó Fiona, preguntándose de qué

rincón alucinado de su mente había sacado ese nombre.

—Francis Blake —insistió él—. Él me ha traído aquí. Él me ha hecho esto.

Aquello no debería de tener sentido, pero de repente lo tenía. El hombre con el que se había encontrado de camino a la cabaña. De pronto, la memoria estremecida colocaba las cosas en su sitio. Ella nunca había conocido a Blake, pero sí escuchado su voz por la tele. El recuerdo auditivo provocó una imagen visual. No se había fijado mucho en la cara del desconocido, pero, ahora que tenía un modelo con el cual compararla, sabía que era él. Francis Blake, el hombre del hacha. Pero, incluso mientras aceptaba mentalmente esta identificación, su inteligencia seguía resistiéndose. ¿Por qué demonios iba Blake a secuestrar a Kit? No tenía sentido, era absurdo.

Pero en aquel momento Fiona no podía permitirse el lujo de perder el tiempo analizando ese aspecto de la cuestión.

—Se ha ido —dijo ella con un tono de confianza que no experimentaba.

¿Pero dónde estaba Blake, y qué estaba haciendo? A juzgar por el hacha, había ido a buscar leña. ¿Y si no fuera más que una astuta manera de disimular la escopeta construyendo a su alrededor un hatillo de ramas? Obviamente, debía dirigirse a la cabaña, tras haber escondido su vehículo en otra parte. Pero la había visto llegar. Y, aunque no supiera quién era ella, sabía que se dirigía directamente a la única vivienda que había en aquel camino, y por eso debió de girar sobre

los talones, como si se alejara de la cabaña.

Un truco bastante sencillo, pero que le había salido bien. Ella no había sospechado de él ni por un segundo. Y ahora él sabía que estaba allí. No iba a dejar que se fueran, ¿verdad? Era inconcebible.

Fiona negó con la cabeza en un intento de poder aclarar sus ideas.

—Voy a por el Land Rover —dijo bruscamente para disimular el miedo que le retorcía las tripas—. Quiero que te quedes aquí. Si pudieras beberte lo que queda de la Coca-Cola, estaría muy bien. Pero no te preocupes si aún no puedes mover los dedos. La circulación tardará en restablecerse. ¿Sabes cuánta sangre te ha sacado?

—Más de medio litro —dijo él con una voz que todavía sonaba como si estuviera borracho—. Luego me desmayé. Supongo que habrá dejado de sacarme sangre. —Parpadeó y, por primera vez, miró fijamente a su alrededor, estremeciéndose al ver las sanguinarias obras de arte en las paredes—. ¡Joder! —dijo con una risa que se convirtió en una tos—. ¡Qué pintor tan endiablamente malo!

Fiona se levantó y apretó la cabeza de Kit contra su pecho.

—Regresaré enseguida.

Lo soltó, extrajo la navaja de la bolsa y sacó la hoja dos centímetros. Luego la metió cuidadosamente en el bolsillo de su chaqueta. Dejar atrás a Kit era lo más difícil que había hecho jamás, pero sólo podían escapar si cogían el Land Rover. No podía esperar a que

Caroline avisara al séptimo de caballería, no ahora que sabía que Blake iba armado con una escopeta.

Llegó a la puerta de la casa y la abrió un poco. Observó, a través del claro, el camino que bajaba entre los árboles. Nada se movía. El miedo le puso la piel de gallina. El asesino podría estar en cualquier lugar entre aquellos árboles, apuntándole con la escopeta. Podría acechar detrás del Land Rover, preparado para darle un hachazo en la cabeza. Esa posibilidad le produjo un calambre en el estómago. Cautelosamente, abrió la puerta un poco más, con una mano en el bolsillo agarrando el mango de la navaja. Fuera, todo seguía inmóvil. En caso de que le estuviera apuntando con la escopeta, sería un blanco más difícil si se movía que si seguía vacilando, se dijo con firmeza. «Ahora o nunca.»

De un salto salió corriendo a toda carrera, atravesó el claro y bajó por el camino. Llegó al Land Rover con una rapidez que le sorprendió, pues había olvidado lo directo que era ese camino, en comparación con el rodeo que inicialmente había dado para llegar a la cabaña. Abrió la puerta de un tirón y entró de un brinco; luego apoyó la frente contra el volante un momento, y un sollozo de alivio escapó de entre los resuellos que salían de su boca. «Contrólate», se dijo, enderezándose.

Al introducir la llave de contacto, vivió otro momento de pánico. ¿Y si Blake había estropeado el motor? Rápidamente giró la llave, y casi lloró aliviada cuando el motor arrancó al primer intento. Puso el Land Rover en marcha y subió lo que quedaba de camino a

toda velocidad, haciendo girar el pesado volante cuando entró en el claro, para dar la vuelta y acercarse marcha atrás a la entrada de la cabaña. De esa forma, la parte posterior del vehículo quedaría frente a la puerta.

Sin apagar el motor, abrió la puerta de atrás del Land Rover y entró corriendo en la cabaña. Kit estaba ahora un poco más erguido, apoyándose contra la cisterna del retrete. Aún parecía un pálido moribundo, pero seguía con los ojos abiertos y alerta. Fiona fue hasta el dormitorio, buscó y desenterró un par de mantas y una almohada. Cogió las demás camisas de Kit y lo llevó todo al Land Rover, añadiendo el saco de dormir en un segundo viaje. Con todo eso confeccionó una especie de cama en la parte trasera del vehículo y regresó a buscar a Kit.

—Voy a necesitar alguna ayuda de tu parte —dijo—. No te puedo coger en brazos.

Kit asintió con la cabeza.

—Creo que ahora casi podré levantarme. Hay un bastón en la sala de estar. Podría serme útil —dijo, con una voz que sonaba cascada y apenas se oía.

Fiona encontró el bastón. Era moderno, de aluminio, con resorte para absorber el impacto, y telescópico. Lo extendió un poco, para que Kit pudiera usarlo como hace un pastor con su cayado.

De vuelta al cuarto de baño, empujó la mano de Kit a través de la cinta de tela y le ayudó a agarrarse bien a la empuñadura.

—Siento un hormigueo —susurró él.

—Créeme, es una buen señal —dijo Fiona.

Metiendo la cabeza por debajo de su axila, ella le cogió un brazo y así, entre los dos, logró ponerse de pie.

—¡Dios, tengo un calambre! —gimió él con la pierna derecha contraída bajo el peso de su cuerpo.

Transcurrió lo que parecía una eternidad hasta que pudo colocar un pie delante del otro. Fiona podía sentir el sudor del miedo acumulándosele en la espalda. Lentamente y tropezando, avanzaron unos metros hacia la salida. Ya estaban ante la puerta posterior del Land Rover, abierta de par en par. Fiona fue dándole la vuelta a Kit para que quedara sentado en el suelo del todoterreno. Luego le colocó las piernas dentro del vehículo y lo puso lo más cómodo posible.

—¿Estás bien? —preguntó.

Él se las arregló para esbozar una pálida sonrisa:

—¿Comparado con quién? Siento que la cabeza me va a estallar, todo da vueltas y me siento miserablemente enfermo.

—Es sólo la deshidratación y la presión baja. Créeme, Kit.

Una tremenda oleada de euforia recorrió a Fiona mientras por fin cerraba la puerta y ponía el Land Rover en marcha. Lo había logrado. Desafiando todos los obstáculos, lo había encontrado a tiempo. ¡Iban a escapar! Empezó a conducir, casi con ganas de cantar. En los bosques, y luego a cielo abierto. Podía ver frente a ella la hilera de pinos que ocultaba el acceso al puente.

Cuando se aproximaban a los árboles, la voz de Kit

le llegó desde la parte trasera, como si estuviera muy lejos.

—No nos va a dejar escapar tan fácilmente, Fiona —dijo con debilidad—. Para el coche.

A pesar de que iba contra su instinto, que le decía que se marchara de allí lo más rápido posible, ella le obedeció. Se volvió en su asiento para preguntarle:

—¿Qué pasa, Kit?

—Si el puente se ha caído, estamos atrapados —dijo—. En la guantera... los prismáticos. Baja y echa un vistazo. Por favor.

—Tiene tu escopeta, Kit. Nos podría estar apuntando ahora mismo.

—Ya nos habría disparado. ¿Me haces el favor de echar un vistazo?

Fiona se quedó pensando un momento. Tenía sentido lo que Kit decía. Si Blake hubiera estado en aquel lado del desfiladero, podría haberles disparado fácilmente cuando estaban entrando en el Land Rover. Y por lo menos ella podría ocultarse tras los pinos. En el estado en que se encontraba Kit, no estaba dispuesta a correr riesgos innecesarios. Salió y, manteniéndose cerca de los árboles, caminó hasta la curva del camino, a partir de la cual se podía ver el puente. Mientras daba la vuelta y se escondía detrás de un grupo de píceas, sonrió al ver que el puente seguía en su sitio. Los temores de Kit eran infundados, pensó alegremente.

Pero, como él había insistido en que llevara los prismáticos, decidió mirar de todos modos. No estaría

mal confirmar que no había ninguna tabla suelta. Se llevó el binocular a los ojos y miró hacia el puente. Al principio, todo parecía bien. Pero luego su corazón se sobresaltó de puro pánico. Bajó los prismáticos, respiró hondo y volvió a mirar. Estaba a punto de llorar.

Al otro lado del puente, las dos cuerdas habían sido cortadas por la mitad. A través del potente binocular, se veían claramente deshilachadas.

No había salida. El puente había dejado de ser un cordón umbilical para transformarse en una trampa mortal.

CAPÍTULO 55

Caroline miró de nuevo el número que Fiona le había dado, y ansiosamente volvió a mirar el reloj. Hacía sesenta y un minutos que se había despedido de Fiona. Sea lo que fuere lo que a su amiga le esperaba al final del trayecto no era nada sencillo. Caroline estaba enfadada consigo misma por haber dejado que Fiona se enfrentara al peligro sola, pero aceptaba lo que le había pedido que hiciera. Si Fiona no hubiera podido arreglárselas sola, lo más probable era que ella fuera más una desventaja que una ayuda. Pero esa certidumbre no aliviaba su sentimiento de culpabilidad ni su miedo.

Apresuradamente introdujo todas las monedas que tenía y marcó el número. El teléfono sonó tres veces, luego escuchó cómo la llamada se interrumpía desviándose a otro teléfono. Esta vez, contestaron al segundo timbrazo.

—Detective Mullen —dijo una ronca voz masculina.

—Necesito hablar con Sandy Galloway —dijo Caroline.

—No está disponible en este momento. ¿Le puedo ayudar en algo?

—¿Trabaja usted en el caso de Drew Shand? —preguntó.

—¿Tiene usted alguna información relacionada con la investigación, señora? ¿Me podría decir su nombre?

—No, no tengo información en sí. Llamo de parte de la doctora Fiona Cameron. Ella ha estado trabajando como asesora en el caso con el inspector Galloway. Mire, necesito hablar con él urgentemente.

—Me temo que hoy no está de servicio. ¿Puede dejarle un mensaje?

Exasperada, Caroline luchó para encontrar una manera rápida de explicarle al detective lo que estaba sucediendo, consciente de que, con cada segundo que pasaba, se le iban acabando las monedas.

—La doctora Cameron está siguiendo una pista, y pensaba que podría estar metiéndose en una situación peligrosa. Cree que el verdadero asesino aún anda suelto, ¿entiende? Y me pidió que llamara al inspector Galloway si al cabo de una hora no regresaba adonde yo

estoy —dijo atropelladamente, consciente de que no explicaba muy bien la situación—. Creo que necesita ayuda.

—¿Ayuda para qué? —dijo el detective, desconcertado.

—Ella cree que el asesino está escondido con su próxima víctima. Nadie quiso creerle, y ella ha ido a por él, sola.

—Mire, señora, creo que aquí hay un malentendido. Nosotros creemos que el asesino de Drew Shand está detenido.¿Desde dónde llama usted?

—Desde las afueras de Lairg. A orillas del lago Shin.

—¿Lairg? Me temo que eso está bastante lejos de nuestro territorio —dijo, y su voz sonó divertida. Estaba claro que la había archivado bajo la clasificación de «maníacos»—. ¿No le parece que debería llamar a la policía de las Highlands?

—¡Espere, no cuelgue! —gritó Caroline—. Sé que parece descabellado, pero no soy ninguna zumbada. Fiona Cameron está en peligro. Necesito ayuda, aquí y ahora.

—Hable con la policía de Lairg. Son los hombres más cercanos. Ellos podrán ayudarla. O de lo contrario, déjeme un mensaje para el inspector Galloway.

—¿Se lo transmitirá enseguida? —exigió Caroline.

—Me encargaré de que lo reciba.

—Vale. Dígale que Fiona está en la cabaña de Kit Martin. Eso está cerca del Allt a' Claon, a orillas del lago Shin. —Deletreó el nombre del desfiladero del río para

que el detective lo apuntase—. Ella le envió un fax, pero no sé si lo recibió. Por favor, dígale que necesitamos ayuda urgentemente. —Una voz electrónica le anunció que le quedaban diez segundos de conversación—. Es realmente importante —recalcó, justo antes de que se cortara la comunicación.

Caroline colgó violentamente el teléfono.

—¡Imbécil! —gritó frustrada—. ¡Joder, la has cagado!

Golpeó la pared de cristal de la cabina con la mano. Había perdido su única oportunidad con la policía de Edimburgo, y cada minuto que pasara podía suponer que la vida de Fiona peligraba más.

Tenía la terrible sensación de que la policía local se inclinaría aún menos a tomarle en serio. Pero no había otra cosa que hacer. De todas maneras, tendría que regresar a Lairg si quería conseguir más monedas para volver a llamar.

Sin dejar de maldecirse por su incompetencia, Caroline se dirigió a su coche, rezando para que Fiona aún estuviera viva.

—¡Si está viva, no será gracias a ti, gilipollas! —dijo en voz alta mientras hacía girar el coche y se dirigía de nuevo al pueblo.

Cuando Gerard Coyne salió de su piso esa mañana, Joanne soltó un suspiro de alivio.

—No lleva la bici —dijo mirando por el retrovisor.

—Hay que dar gracias a Dios por eso —dijo Neil.

Miró disimuladamente por el espejo retrovisor y vio a Coyne acercándose a su coche y pasando de largo, calle arriba. Antes de que llegara a la esquina, dos detectives ya lo estaban siguiendo, cada uno por una acera distinta. Joanne arrancó el coche y salió de la fila de vehículos aparcados. Las intrucciones eran claras. Esperar a que Coyne se detuviera y luego estrechar el cerco. Los dos agentes de a pie eran seguidos por otros dos, y además estaban Joanne y Neil en el coche, listos para participar en el desenlace final.

Coyne atravesó un laberinto de callejuelas y salió a la calle Caledonian, cerca de la intersección con la calle Holloway. Mientras se acercaba a una tienda de bicicletas cuya mercancía cubría casi toda la acera, moderó el paso y se detuvo a mirar una bici de carreras.

—¿Ahora? —le preguntó Neil a Joanne mientras se acercaban lentamente a la tienda.

—Creo que sí —dijo ella, frenando y haciendo parpadear las señales de emergencia.

Neil habló por el micrófono de su radio:

—Alfa Tango a todas las unidades. Avancemos hacia el sospechoso ahora.

Saltó del coche y cruzó el asfalto dando grandes zancadas. Los otros agentes ya habían rodeado a Coyne, quien permanecía inmóvil, de espaldas a la exposición de bicicletas, con los ojos abiertos como platos a causa del asombro.

—¿Gerard Patrick Coyne? —preguntó Neil.

—Sí, ¿quién lo pregunta? —exigió Coyne, tratando de aparentar una serenidad que no conseguía ni remotamente.

—Soy el detective Neil McCartney, de la Policía Metropolitana, y me gustaría que me acompañara a la comisaría para ayudarnos a esclarecer un asunto muy grave.

Coyne negó con la cabeza.

—Debes de estar equivocado, colega; porque yo no he hecho nada.

Sus ojos saltaban de un lado a otro, como si buscara una salida. Pero estaba rodeado por los agentes de la policía, además de los peatones que se habían parado por curiosidad.

—En ese caso, no debería importarle responder a unas preguntas, ¿verdad, señor? —dijo Neil, dando un paso adelante.

—¿Estoy detenido? —preguntó Neil.

—Eso depende de usted, señor. Preferiríamos que nos acompañara de forma voluntaria.

—No me queda más remedio, ¿verdad? —preguntó con esa voz quejosa de los que se sienten víctimas.

—Mi coche está esperando —fue lo único que dijo Neil.

Los agentes formaron un círculo alrededor del sospechoso y lo custodiaron hasta el asiento trasero del coche, donde se sentó flanqueado por Neil y otro detective. El enjuto rostro de Coyne era una máscara de petulancia, y se cruzó de brazos.

—Estáis cometiendo un grave error —se quejó.

—Ya tendrá tiempo de sobra para convencernos de eso —dijo Neil amablemente.

Podía permitirse esa cortesía; todo había salido a pedir de boca.

Fiona apoyó la frente en el volante.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó—. Llegarán refuerzos. Caroline ya habrá llamado a la policía. Pero no van a tratar esto como un asunto de urgencia, estoy segura. Además, tardarán una eternidad en llegar aquí. ¿No hay otra salida?

—Si sigues este camino, no —dijo Kit.

Se había incorporado hasta sentarse. Ahora que los calambres y el hormigueo habían cesado, ya no se veía llamando a la puerta celestial. Todavía tenía mareos, como si estuviera medio borracho, con resaca, pero poco a poco se estaba acostumbrando a eso.

—A pie. Hay una salida a pie. Son unos nueve kilómetros atravesando la colina. No creo que yo pueda recorrerlas. Pero tú podrías salir caminando e ir por ayuda.

—No te puedo dejar aquí —protestó Fiona, y su voz sonó apagada mientras mantenía la cabeza agachada y mirando a su pecho—. No hay nada que impida que Blake venga a por ti. Que sepamos, no se ha ido. Yo en su lugar estaría en el bosque, al otro lado del desfiladero, esperando a que nos despeñáramos. Y si

pasa el tiempo y ve que eso no sucede, lo más probable es que mire el mapa y se dé cuenta de lo que estamos haciendo. Entonces vendrá a por ti. Aunque tuviera que bajar andando por el camino hasta el puente del lado del lago y luego subir de nuevo por el bosque, llegaría adonde estás antes de que yo pueda alcanzar la carretera principal.

—¿Qué otra solución hay? ¿Aparte de esperar a tus refuerzos?

—Tú necesitas ir a un hospital, Kit. Y, además, ¿qué pasará cuando se acerquen? Verán lo que le ha pasado al puente y estarán atrapados en ese lado del desfiladero. Y, en el peor de los casos, no lo verán y acabarán despeñándose, como se suponía que tendría que ocurrirnos a nosotros.

Hubo un largo silencio. Luego Kit dijo:

—Hay algo que quizá funcionaría. Pero es muy poco probable...

—Muy poco probable es mejor que imposible.

—Quizá no pienses así después de que te lo explique.

Steve cubrió de elogios a su equipo.

—Habéis hecho un trabajo estupendo. Preciso, como un mecanismo de relojería, siguiendo las normas. No hay nada de lo que la defensa pueda acusarnos. Bien hecho. Os invito a unas copas esta noche. Ahora lo hemos detenido formalmente, ¿no?

Neil asintió con la cabeza.

—Como sospechoso de asesinato. Parecía totalmente asombrado. Pero sabe lo que hace. Lo único que dijo fue que quería ver a su abogado.

Steve cogió una hoja de papel de su escritorio.

—Bien. He conseguido la orden para un registro según el Artículo dieciocho. Quiero que te encargues de eso, Neil. Tú sabes lo que buscamos. Y que John y Joanne comiencen el interrogatorio. Yo estaré mirando desde la sala de observación. John, que Joanne tome la iniciativa. Ese tipo tiene un problema con las mujeres. Quiero ponerle nervioso y, si Joanne entra como una poli macho, eso será precisamente lo que pasará. ¿Estás de acuerdo, Joanne?

Ella sonrió implacablemente.

—Encantada, jefe.

Antes de que pudiera decir más, sonó el teléfono de Steve. Contestó:

—Detective inspector Preston.

—¿Steve? Soy Sarah Duvall. Me preguntaba si podrías pasarte por Snow Hill. Hay algo que me gustaría mostrarte.

—Sarah, ahora estoy a tope de trabajo. ¿Eso puede esperar?

—Me temo que no. Deja que te lo explique. Había dado instrucciones a un equipo para que revisaran los vídeos del mercado de Smithfield y creemos haber identificado a la persona que depositó los restos de Georgia Lester en el frigorífico.

—Parece que son buenas noticias. ¿Pero por qué me

estás llamando a mí? —dijo Steve con impaciencia.

—Creemos que es Francis Blake.

—¿Cómo? —dijo Steve, sin dar crédito a sus oídos.

—Lo he visto yo misma. Lo he comparado con la foto del archivo policial de Blake. No creo que haya lugar a dudas. Confuso, Steve dijo:

—¿Y Redford?

Tras un silencio, Duvall dijo:

—Podríamos estar equivocados con respecto a Redford.

En los oídos de Steve se produjo un extraño zumbido. Si Redford no era el asesino, ¿cómo iba a serlo Francis Blake?

Y lo que era más importante, si Redford no era el asesino, ¿dónde estaban Kit y Fiona?

—Bueno, ¿puedes pasarte para echar un vistazo? —oyó decir a Duvall, como si su voz llegara desde muy lejos.

—Acabo de... no, estoy a punto de... Sarah, ¿me lo podrías enviar por mensajero?

Hubo un largo silencio.

—Ésta es una investigación de asesinato en marcha. ¿Podrías ahorrarme media hora?

El reproche sonaba tanto en el tono como en las palabras.

—Acabamos de detener a alguien por el asesinato de Susan Blanchard —dijo Steve fríamente—. No puedo irme del Yard. Espera un segundo. —Tapó el auricular e hizo un gesto con la otra mano hacia la puerta—.

Dadme cinco minutos. Os veré en la sala del Departamento de Investigación Criminal. —Mientras salían, volvió a hablar con Sarah Duvall—: Mira, creo que debes saber que Fiona Cameron parece haber desaparecido del planeta. Se suponía que iba a encontrarse con el inspector Galloway esta mañana, pero no apareció. Ahora bien, él me ha contado que ella estaba nerviosa anoche porque creía que Redford no era el asesino. Estaba convencida de que el asesino todavía andaba suelto. Y también de que había secuestrado a Kit Martin. Yo no puedo localizara Fiona ni a Kit. Creo que tenemos un grave problema.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Duvall.

—Pero no veo cómo podría ser Blake. Según mis informes de vigilancia, Blake no salió de su piso ayer en todo el día.

—Es Blake, Steve. Me juego la cabeza a que es él.

Lo que le preocupaba a Steve era que Duvall se jugara la cabeza.

—Tienes que hablar con Galloway —dijo.

Pero Duvall tenía sus propias prioridades.

—Con quien necesito hablar es con Francis Blake.

Desde su posición ventajosa detrás de una arboleda, al otro lado del barranco, Francis Blake vigilaba el camino que salía de entre los árboles. ¿Por qué tardaban tanto? Ella tendría que haberlo liberado ya. Había una caja de herramientas en el cobertizo del generador, lo

sabía. Allí había encontrado el hacha que usara para romper el candado del armario donde estaba la escopeta.

No podía creerse su mala suerte. Sólo había salido para llevar la camioneta de tracción a las cuatro ruedas hasta el otro lado del desfiladero. Pero una corazonada le había hecho llevarse la escopeta, escondida en un haz de leña. Afortunadamente, había oído llegar el Land Rover y había tenido el buen tino de dar la vuelta para que pareciera como si hubiera salido a pasear por el bosque. Si él hubiera regresado un poco antes a la cabaña, podría haber estado listo y esperando a la zorra. Bueno, eso habría supuesto romper con la pauta, pero haber matado a Fiona Cameron casi cuerpo a cuerpo habría sido un detalle aún más bonito.

Apoyó la escopeta contra un árbol y metió las manos en los bolsillos para calentarlas. El sol brillaba, pero era octubre y allí, a la sombra de los árboles, era como pleno invierno. Y valía la pena esperar a que la pareja se precipitara en el desfiladero. Eso acabaría con ellos, sin duda.

Entonces se sentiría libre y sin preocupaciones, bien fuera para volver a matar o bien para dejarlo. No creía que la policía representara ninguna amenaza. Fiona Cameron actuaba sola, estaba seguro de eso. No había podido convencer a sus amiguitos de las fuerzas del orden de que respaldaran lo que no podía ser sino una intuición. Al fin y al cabo, ellos habían detenido a su lunático Redford. Debían de sentirse bastante seguros

de que tenían a su asesino. De lo contrario, habrían llegado con un equipo antidisturbios, si pensaran que había la más mínima probabilidad de atrapar a un asesino en serie de su calibre. Había en todo aquello también una especie de dulce ironía. Eran los especialistas en trazar perfiles psicológicos, como ella, quienes habían arruinado su vida, y ahora él se había propuesto destrozar a las personas que habían convertido a esos hacedores de perfiles en dioses. Pero ni siquiera la experta en perfiles había podido conseguir que alguien la creyera. ¿Acaso significaba eso que él había logrado transmitir su mensaje?

Blake sacó la mano del bolsillo y se mordió la piel del pulpejo. Putos especialistas en perfiles. Ellos habían creado la trampa para demostrar qué listos eran. Pero él había sido más listo aún. Le había dado la vuelta a la tortilla y ahora nadie lo podía tocar.

Había tenido tiempo más que suficiente para planificarlo todo. Siempre había sabido que le pondrían en libertad cuando llegara el juicio y, durante el tiempo de detención preventiva, no dejó de pensar en la injusticia que habían cometido con él. Habría sido demasiado evidente ir a por los agentes de policía y el psicólogo que habían tramado la campaña en su contra. Además, nunca sufrirían lo suficiente para compensar lo que le habían hecho. Había perdido su casa, su trabajo, su novia y su reputación. Ellos sólo perderían sus vidas.

No, otras personas tendrían que pagar. ¿Quiénes

eran los responsables de hacer creer al mundo que los especialistas en perfiles psicológicos tenían todas las respuestas? Muy sencillo. Los escritores de novelas policíacas. Sobre todo aquéllos cuyos libros se habían convertido en películas y en series de televisión que veían millones de personas. Ellos eran los verdaderos responsables de lo que le había pasado a Francis Blake. Y serían quienes pagarían.

Había sido sencillo conseguir los libros de esos escritores cuando aún estaba en la cárcel, y relativamente fácil averiguar algo acerca de sus vidas. Siempre hablaban con los periodistas. Además, todos los autores británicos salían en un libro de extensas entrevistas que algún lamentable imbécil acababa de publicar. Luego, cuando lo dejaron libre, recurrió a Internet. No tardó mucho en planearlo todo. Lo más difícil fue descubrir la ubicación exacta de la cabaña de Kit Martin. Sabía la localización aproximada gracias a diversas entrevistas, pero una investigación en el Registro Catastral le había dado la dirección exacta, y el mapa del Servicio Oficial de Cartografía había hecho el resto.

Nadie le había estado vigilando cuando estuvo en España; se había asegurado de eso. Y, desde España, había sido bastante fácil cruzar las fronteras terrestres de Europa en coche y coger un barco y, una vez de regreso, eludir la patética vigilancia de la Met no hubiera podido ser más sencillo. Mientras se dejara ver cada dos días haciendo parecer que vivía como un

recluso, ellos no investigarían más, dejándole libre lapsos de cuarenta y ocho horas para hacer lo que tuviera que hacer en Dorset y, luego, en Sutherland. Apostaría incluso a que ni siquiera se habían dado cuenta de que su piso tenía una salida trasera que daba al callejón donde estacionaban las furgonetas, detrás de las tiendas.

Había algo que nunca entenderían, y era la manera en que su vida había cambiado después de lo que había visto en Hampstead Heath. En aquel momento, había aprendido qué fácil era quitarle la vida a alguien. Hacerlo él mismo fue pan comido, la verdad.

Hasta que llegó Fiona Cameron para joder todos sus planes, tan meticulosamente trazados. Muy bien, pues pronto también ella recibiría su castigo.

Repasó mentalmente su plan de fuga una vez más. En cuanto dejó a Kit bien atado en el cuarto de baño, se había llevado el Toyota de la cabaña. Provocaría mucha menos curiosidad si algún lugareño lo veía en la carretera de acceso, más allá de la curva que iba hacia la cabaña, que si lo veían estacionado allí fuera. Estaba aparcado a unos cinco minutos de su posición actual, orientado cuesta abajo hacia el lago. Dentro de muy poco tiempo, estaría en la carretera conduciendo hacia el sur.

Entonces oyó el Land Rover de nuevo. El ruido provenía de algún sitio que no podía ver. El vehículo dio la vuelta en la curva y redujo la marcha hasta avanzar a paso de tortuga. Pudo ver las siluetas de dos personas a

través del parabrisas. Luego empezó a avanzar hacia el puente, con el motor quejándose por ir a muchas revoluciones en primera.

En cuanto las ruedas delanteras entraron en el puente, las cuerdas chasquearon. En medio de un crujido de madera y metal, el Land Rover siguió acercándose, y cayó al vacío en un revoltijo de tablas y cuerdas. Hubo un momento de silencio, y luego un terrible y desgarrador estrépito cuando la madera y el acero se estrellaron contra las rocas allá abajo.

Blake se abrió paso por la maleza con dificultad y salió cerca del borde del barranco. Avanzó con cuidado, poco a poco, con miedo a resbalar y reunirse con sus víctimas. Miró hacia abajo, esperando ver los cadáveres destrozados entre los restos del puente y del vehículo.

En la caída, el techo del Land Rover se había hecho trizas, dejando su destrozado chasis expuesto a la corriente del río. Pero, donde esperaba ver a Kit Martin y a Fiona Carneron, no había nada más que ropa desparramada y lo que parecían ser un par de ollas.

Blake empezó a soltar tacos con fluidez. Los muy cabrones se creían más listos que él, ¿verdad? Pues ya podían irse olvidando de eso. Furioso, regresó corriendo a su Toyota y sacó de la guantera el mapa del Servicio Oficial de Cartografía. De uno u otro modo, antes de que acabara el día, tendría las manos teñidas con la sangre de los dos.

CAPÍTULO 56

Caroline miró al agente de policía que estaba en del mostrador de la comisaría de Lairg y se desesperó. Parecía un niño de doce años. Doce años tontorrones y torpes, además. Alguien que no tenía ni idea del oficio le había cortado el pelo rubio oscuro. Su cara era un pálido paisaje lunar de bultos: una frente llena de protuberancias, una nariz delgada con un caballete anguloso, cuya punta era curiosamente redonda; mandíbulas como castañas, un mentón que sobresalía agudamente y, en la garganta, una nuez del tamaño de un higo maduro. Hasta se sonrojó cuando ella entró y dijo que necesitaba su ayuda.

—Esto va a parecerle un poco extraño —dijo ella—. Pero se trata de un asunto de vida o muerte.

El policía cogió un bolígrafo y dijo:

—Nombre, por favor.

—Doctora Caroline Matthews. —A veces, tener un título ayudaba—. Mira, no quiero ponerme majadera con este asunto, pero, de momento, ¿podemos dejarnos de rellenar formularios? La vida de mi amiga podría estar en peligro, y creo que tienes que tratar esto como algo urgente.

La boca del policía adoptó una expresión terca, pero la helada mirada azul de Caroline sólo necesitó cinco segundos para reducirlo a la sumisión.

—Bueno. Está bien. ¿Cuál es el problema, doctora?

Ella sabía que no tenía mucho sentido intentar explicar toda la historia.

—Un amigo mío tiene una cabaña aquí cerca. Se llama Kit Martin. El escritor de novelas policíacas.

La cara del joven agente se iluminó con una sonrisa.

—Ah, sí, allá por el Allt a' Claon.

—La cuestión es que ha estado recibiendo cartas amenazadoras y su pareja estaba preocupada por él, porque no lo podía localizar. Temía que alguien lo estuviera acechando y que algo podía haberle sucedido. De todas maneras, ella fue hasta allí hace más o menos una hora y cuarto. Y me dijo que, si no había regresado al cabo de una hora, acudiera a la policía. —Le regaló su sonrisa más cálida—. De modo que aquí estoy. Y creo sinceramente que deberías ir allí y ver qué está pasando.

El policía no parecía estar convencido:

—Antes de irme, tengo que hablar con alguien sobre esto —dijo, en un tono de voz que indicaba que estaba sugiriendo algo monumentalmente difícil.

«Pues ¿a qué esperas?», quería gritar Caroline.

—Rápido. Por favor.

Él se rascó la frente con el bolígrafo.

—Pues entonces me iré a hablar con alguien. —Se levantó y fue hasta una puerta en la pared de enfrente—. Usted espere aquí, enseguida regreso.

Caroline cerró los ojos. Estaba a punto de llorar. Su terror aumentaba a cada instante. «Por favor, Dios, que esté a salvo», rogaba a una deidad en la que nunca había creído. Él no había salvado a Lesley; en el fondo, sabía

que tampoco le sería de mucha utilidad a Fiona.

Pero no había otra cosa que pudiera hacer.

Las noticias del equipo que registró el piso de Gerard Coyne eran claramente alentadoras. Steve empezaba a sentirse un poco menos nervioso mientras escuchaba el informe preliminar del agente encargado.

Debajo de la alfombra del cuarto de baño, habían encontrado una sección del entarimado cortada y sujeta con pegamento para poderla separar del resto del suelo. Dentro de la cavidad, habían hallado una bolsa de plástico llena de recortes de prensa. Había artículos sobre todas y cada una de las violaciones que Terry había identificado como parte de la serie, además de un par de reportajes, de periódicos del norte de Londres, que hablaban de la frecuencia de las agresiones sexuales en la zona. Y, cosa aún más significativa, apareció un grueso fajo de recortes relacionados con el asesinato de Susan Blanchard. No había otros reportajes sobre crímenes en la bolsa.

También en la cavidad había un cuchillo de cocina Sabatier, con la hoja muy afilada, que ya estaba de camino hacia los laboratorios del Ministerio del Interior, donde realizarían unos análisis exhaustivos en busca del más mínimo rastro de la sangre de Susan Blanchard.

—No me puedo creer que se quedara con el cuchillo —dijo Steve, a quien todavía le asombraba la estupidez

o la arrogancia de los delincuentes.

—Todavía no sabemos si es en realidad el cuchillo —le recordó su compañero—. Pudiera ser el que usaba en las violaciones. No necesariamente el mismo que usó con Susan Blanchard.

Entre la ropa de Coyne, habían encontrado varias prendas de lycra de las que usan los ciclistas, y todas fueron enviadas en bolsas al laboratorio para ser analizadas.

También hallaron varios trofeos y diplomas que Coyne había ganado en carreras de ciclismo. No había ninguna duda de que podía ser el ciclista que pedaleaba a toda velocidad por los senderos de Hampstead Heath aquella mañana. Tenía tanto la habilidad como la resistencia para haberlo hecho, sin siquiera empezar a sudar.

Steve entró en la sala de observación y se sentó para ver cómo los dos agentes que había escogido empezaban el interrogatorio de Gerard Patrick Coyne. El interrogatorio acababa de empezar cuando le pasaron la llamada de Sarah Duvall.

Tras estudiar el mapa, Blake sólo vio una posibilidad. No era probable que hubieran intentado bajar hasta la carretera secundaria del lago. Sabían que él disponía de un vehículo y que no tendrían ninguna posibilidad de eludirlo. La única opción era que fueran caminando a través de la colina. Ese camino alcanzaba

la carretera que iba hasta Lairg, y allí había algunas cabañas donde, se suponía, alguien tendría un teléfono.

Le costaba creer que Martin tuviera la resistencia o la fuerza como para llegar tan lejos. Ella probablemente lo dejaría en la cabaña e iría sola en busca de ayuda. Eso era perfecto para él, pensó con satisfacción. Si conducía hasta el final de la ruta prevista para su huida, podría subir por la colina y encontrar un sitio desde el cual matarla con la escopeta. Sobraban lugares donde esconder el cadáver, en un paraje tan silvestre como aquel.

Luego podría regresar por la colina hasta la cabaña, para acabar lo que había empezado. Sería un detalle adicional, que le permitiría volver a *El pintor de la sangre*. Aquello era mucho más satisfactorio que si Kit hubiera perecido en el barranco.

Parecía que los dioses habían decidido premiarle por su paciencia. Se lo merecía, pero, en esta vida, el hecho de que la gente recibiera lo que merecía no era algo frecuente. Eso era lo que había estado cambiando en los últimos tiempos, y le resultaba agradable ver que el universo le estaba respaldando.

Blake giró la llave de contacto y sonrió satisfecho mientras conducía de nuevo cuesta abajo, hacia las aguas oscuras del lago Shin.

Pocos de los agentes que trabajaban con Steve Preston conocían su temperamento. Pero no cabía duda

de la cólera imponente que se adueñó de él en presencia de los desventurados agentes que se habían encargado de la vigilancia de Francis Blake. Joanne y John tuvieron que abandonar el interrogatorio de Coyne incluso antes de que hubiera empezado, y llamaron a Neil cuando aún registraba el piso del sospechoso, y tuvo que salir de allí sin cumplir con su cometido. Todos los citados pensaban que no se trataba sólo de una chapuza, sino de algo mucho más grave.

—¡Esto es increíble! —gritó Steve con la cara blanca como el papel, excepto por las dos manchas coloradas de los pómulos—. Se suponía que estabais vigilando a ese hombre de cerca y, no obstante, según la policía de la City, ha estado entrando y saliendo de su piso cada vez que le ha dado la gana, sin que ninguno de vosotros se enterara. No tenéis ni idea de qué ha estado haciendo, ¿verdad?

—Nadie nos dijo nada sobre la bici —dijo John tercamente.

—Durante todo ese tiempo, Blake ha tenido una bici de carreras de diez marchas en el patio de atrás, una llave para la puerta trasera y acceso al callejón que está tras la hilera de casas. En todo ese tiempo, en que se suponía que estabais vigilándolo, ¿a ninguno de vosotros se le ocurrió echar un vistazo por allí?

Neil agachó la cabeza y miró al suelo. Joanne se encogió de hombros sin saber qué decir.

—No nos dimos cuenta de que se podía acceder a la puerta trasera desde el piso de Blake, señor —dijo ella,

tratando de justificarse.

—Se supone que sois detectives —escupió, con voz cargada de desprecio—. Cualquier novato uniformado de policía habría tenido más sentido común que vosotros tres juntos. Tal como están las cosas, la City piensa que somos un hatajo de pringados. —Pegó un manotazo en el escritorio—. ¿Alguien tiene alguna idea de dónde está Francis Blake ahora mismo?

Nadie respondió. Steve cerró los ojos y apretó los puños. No necesitaba que le dieran ninguna respuesta. Kit parecía figurar en la lista de desaparecidos, y sólo Dios sabía en qué parte de las Highlands escocesas estaba Fiona, y él no podía hacer nada al respecto porque el caso de Susan Blanchard estaba vivito y coleando de nuevo. Aquello era su peor pesadilla. Abrió los ojos y gruñó:

—¿Cuándo fue la última vez que alguno de vosotros le vio dentro o fuera de su piso?

—Fue a la papelería el viernes por la mañana —comentó Neil—. Hacía un tiempo de perros, de modo que no me sorprendió mucho que no volviera a salir. La luz estuvo encendida en su piso todo el día.

—Podría estar funcionando con un interruptor automático, ¿no te parece? —dijo Steve bruscamente—. ¿De modo que, en fin, no sabemos dónde ha estado Blake desde ayer por la mañana? ¿Y no tenemos ni idea de cuándo regresará?

De nuevo, nadie respondió.

—¿Alguien sabe realmente algo acerca de adónde ha

ido? Los reunidos intercambiaron miradas. Nadie dijo nada.

—¡Genial!

Steve respiró hondo, tratando de controlar la rabia. Sacó un puro del cajón del escritorio, lo desenvolvió y lo encendió. La nicotina parecía llegar a su propia alma, tranquilizándolo.

—Neil, quiero que te quedes cerca del piso de Blake. Habla con los vecinos, a ver si puedes sacarles algo que no hayan podido saber los de la City. Y vosotros dos id a tomar un café, aclarad las ideas y regresad aquí dentro de veinte minutos. Tenemos un sospechoso a quien interrogar, cosa que la City no tiene.

Salieron de la oficina desmoralizados y deprimidos. Aquél se estaba convirtiendo en el peor día de sus vidas. Y todo indicaba que, lejos de mejorar, iba a empeorar mucho más.

Fiona le dio la vuelta al peñasco donde había dejado a Kit quince minutos antes. Estaba sentado sobre una laja, apoyando la espalda contra la roca, bebiendo una lata de Coca-Cola. Todavía tenía el semblante espectralmente pálido, pero parecía estar más alerta que cuando ella lo ayudó a andar unos cuantos metros desde el Land Rover hasta aquel lugar de descanso.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó él.

Fiona se frotó el hombro que se lastimara minutos antes, al saltar del Land Rover.

—Digamos que en las películas parece mucho más fácil de hacer —comentó ella.

—¿Pero ha funcionado?

Ella asintió con la cabeza.

—Dejé abierta la puerta del conductor, lo puse en primera, sujeté la piedra encima del acelerador y salté. Y, tal como pronosticaste, la puerta se cerró tras de mí y el Land Rover siguió en línea recta. Llegó hasta el puente y cayó al barranco. No creo que él pudiera ver nada.

Kit consiguió esbozar una sonrisa débil.

—Lo has hecho muy bien, Fiona.

—Me di un puto susto, créeme.

—¿Te has hecho daño?

Ella hizo una mueca.

—El hombro. Choqué contra una piedra mientras rodaba. No es nada grave, creo, pero me va a salir un morado del demonio. Ahora, tenemos que empezar a caminar.

—No sé si puedo —comentó Kit—. Todavía estoy tan mareado…

—No sé si lo podrás hacer —dijo Fiona—. Pero no pienso dejarte aquí. Si Blake ha descubierto el truco, va a venir a por nosotros. Y no te voy a dejar solo e indefenso. Vamos a avanzar hasta donde podamos por la colina. Y si no puedes seguir, encontraremos algún lugar seguro para que te escondas y esperes, mientras yo voy en busca de ayuda. Pero aquí aún estamos demasiado cerca de la cabaña. Tenemos que poner

alguna distancia entre nosotros y Blake.

Desplegó el mapa del Servicio Oficial de Cartografía y juntos lo estudiaron. Después de ver el problema que se presentaba con el puente, Fiona había conducido el Land Rover de nuevo hasta la cabaña, y luego siguió cuanto pudo, a través del terreno accidentado que había detrás, hasta el lugar donde había dejado a Kit. Según él, era posible andar desde allí hasta la carretera principal, cerca de donde ella había dejado a Caroline. Era una distancia de entre ocho y nueve kilómetros. Sola, le llevaría un poco más de dos horas. Con Kit en su estado actual, tardaría más bien cuatro o cinco. Pero tenía que intentarlo. Al menos, él no parecía sufrir ninguna conmoción cerebral significativa, lo cual les habría obligado a descartar la idea por completo.

Ella le pidió que le explicara la ruta, y luego la repasó para aprendérsela de memoria. En la parte más larga de la caminata, más o menos andarían por un terreno nivelado, manteniéndose en la curva por encima de las hectáreas de bosque. Según Kit, había una especie de camino secundario, poco más que un sendero de ovejas, que recorría la mayor parte del trayecto.

—Bueno, vamos a hacerlo —dijo Fiona, quitándose la chaqueta impermeable y poniéndosela a Kit.

Le ayudaría a conservar la temperatura corporal, y Fiona sospechaba que pronto a ella misma no le haría falta más calor. Se metió por debajo de la axila derecha de Kit y lo levantó hasta ponerlo de pie. Con el bastón en su mano izquierda, Kit empezó a moverse muy

despacio por el camino. Fiona caminaba sobre los brezos que crecían al borde del sendero, vigilando sus propios pies para no tropezar con alguna piedra y evitar las raíces traicioneras. Al menos, el clima estaba de parte de ellos, pensó ella. Considerando la situación en que se encontraba Kit, un viento frío, o incluso una llovizna, podría resultar fatal para él. Pero el cielo estaba más o menos despejado, el sol todavía brillaba y apenas si había una brisa que agitara el aire fresco.

Ella percibía el jadeo de Kit y el peso de su cuerpo contra el suyo. Y era consciente del rasguear de las cuerdas de su miedo. No gastaron energía hablando, y se concentraron simplemente en poner un pie delante del otro.

Al cabo de media hora, ella decidió parar en el primer sitio adecuado que encontró: una larga escarpa de pizarra estriada, con una docena de tonos grises que contrastaban con el marrón de los brezos. Ayudó a Kit a sentarse, y luego se sentó a su lado.

—Cinco minutos —dijo Fiona—. Hay algunas pastillas energéticas en tu chaqueta. ¿Crees que podrás comerte una?

Demasiado cansado para hablar, Kit asintió. Torpemente sacó una pastilla del bolsillo, pero sus dedos, aún insensibles, no lograban retirar la envoltura, de modo que Fiona se la abrió.

—Te sentirás mejor —comentó calmándolo—. Aunque, de momento, las cosas todavía no están funcionando bien. Ha sido un impacto para tu

organismo.

Él comió con lentitud, masticando cada bocado cuidadosamente antes de tragarlo. Le ofreció una pastilla a Fiona, pero ella negó con la cabeza. Cuando terminó, ella se levantó. Ya era hora de seguir. Según sus cálculos, habían recorrido más o menos un kilómetro y medio, y no bastaba.

Otra vez empezaron a caminar con paso pesado, Fiona soportando el peso de Kit en la medida de lo posible. La capacidad del cuerpo humano para responder ante una crisis era asombrosa. Qué droga tan fabulosa era la adrenalina. Sabía que se derrumbaría cuando todo aquello hubiera acabado, pero también que, mientras no llegara ese momento, su capacidad de resistencia sería superior a lo que ella hubiera podido imaginar.

Otra media hora, otro descanso. Notaba que Kit se estaba cansando rápidamente, y sabía que no habría manera de hacerlo caminar seis kilómetros más por aquel terreno tan accidentado. Decidió que, si conseguía hacerle andar otro kilómetro más, buscaría un escondite donde dejarlo. Sola, ella podría cubrir los cinco kilómetros restantes en cuestión de media hora o cuarenta minutos, si se esforzaba. Para entonces, ya tan cerca de Lairg, la ayuda no podría andar muy lejos. Con suerte, Caroline habría convencido a Sandy Galloway para que movilizara algunas fuerzas de la policía local. Ellos podrían encargarse del resto.

Levantó a Kit y le animó a seguir. El paisaje

cambiaba ahora; la cuesta cubierta de brezos se convertía en roca. El sendero casi había desaparecido, y tenían que escoger su camino con más cuidado. La ruta era difícil de seguir, con terrenos de piedras sueltas que amenazaban con hacerlos resbalar. Al cabo de veinte minutos, Kit dijo:

—Necesito parar. No puedo seguir…

—No pasa nada.

Fiona buscó un sitio adecuado. A unos metros, había un par de lajas que servirían para sentarse. Guió a Kit hasta allí y le ayudó a sentarse. Respiraba más rápida y menos profundamente, al tiempo que una capa de sudor le brillaba en la cara. No tenía buen aspecto. Fiona respiró hondo e intentó mantener la calma. Tenían que estar cerca de la mitad del camino, pensó. Era hora de empezar a pensar en encontrar un escondite para Kit. Se inclinó hacia atrás contra la roca y miró la cuesta que se levantaba delante de ellos.

De repente, algo le llamó la atención. Aproximadamente a un kilómetro de distancia, quizás a unos veinte metros por encima de ellos, en lo alto de la colina, vio lo que parecía ser un tubo cubierto de flores silvestres. Se le ocurrió, con una lucidez horrorosa, que era el cañón de una escopeta. Blake no tenía nada de campesino. No se daba cuenta de que, aunque estuviera agachado, el cañón de la escopeta era tan evidente como un mastín en medio de una multitud de perros salchicha.

—Kit—dijo ella—. No quiero preocuparte. Pero creo

que hay alguien allí arriba, frente a nosotros. En la colina. ¿Hay alguna probabilidad de que sea algún lugareño? ¿O alguien que está paseando por la colina?

—¿Dónde? —preguntó él, aletargado.

—No quiero señalar con la mano, por si acaso es Blake. Pero está cerca de donde un hombre en buena forma estaría, si hubiera regresado en coche hasta la carretera principal y empezado a caminar desde allí. Hacia la izquierda, quizás a unos veinte metros por encima de nosotros. La cresta de la colina está a sus espaldas. Está situado a unos treinta y seis o treinta y siete metros a la derecha de la cresta.

—No veo nada —dijo él.

Otra vez articulaba mal las consonantes, observó Fiona con ansiedad.

—Vi lo que parecía ser el cañón de una escopeta moviéndose. ¿Podría ser alguien de por aquí?

—No lo creo. No hay ningún motivo para que anden por aquí. No hay nada que cazar.

—¡Joder! —rezongó Fiona, mirando hacia allí más detenidamente—. Nos está persiguiendo. Vamos a movernos un poco para ver qué hace él.

Fatigados, se pusieron de pie con gran esfuerzo y fueron andando penosamente hasta el siguiente lugar donde pudieron sentarse. Un recorrido que no duró más de cinco minutos.

—¿Se ha movido? —preguntó Kit.

Fiona alargó el cuello para que pareciera que miraba hacia la montaña que estaba enfrente. Pero, de reojo,

examinaba el área donde había visto el cañón.

—Lo veo —resopló—. Incluso puedo ver los trazos confusos de su cara. No creo que se haya movido.

—Bien —dijo Kit—. Más o menos a unos cinco minutos de aquí, hay una especie de grieta. Tiene un metro de ancho, pero, desde allí arriba, sólo parece una línea oscura en la pared rocosa. Se ensancha al cabo de más o menos un kilómetro. No podrá vernos si nos adentramos. Déjame allí y tú sigues. No está tan lejos de la carretera; podrás escapar.

—¿Y tú qué?

Kit suspiró.

—No hay manera de que yo salga de aquí. Ahora prácticamente estoy postrado. No puedo ir mucho más allá. No tiene por qué matarnos a los dos. Por favor, Fiona, déjame.

Ella negó con la cabeza.

—No pienso dejarte, Kit. No puedo. No, después de lo de Lesley. Morir me sería más fácil, créeme. Pero tampoco pienso morir. Dame el mapa.

Kit sacó el mapa del bolsillo y ella lo abrió sobre sus rodillas.

—Bien. Nosotros deberíamos de estar por aquí, ¿verdad? —dijo señalando la posición.

—No, todavía no hemos llegado tan lejos.

Corrigió la posición en el mapa señalando con el dedo torpemente.

—Hay un riachuelo que baja por este sendero —dijo ella—. ¿Queda muy lejos del final del desfiladero ése?

—A unos metros. Quizá diez.

—¿Qué profundidad tiene en las orillas?

—Supongo que medio metro…

Su voz empezaba a disminuir a medida que se le escapaba la energía.

Fiona asintió con la cabeza.

—Así que… si consigo subir por el riachuelo sin que me vea, podría llegar hasta allá arriba, por detrás de él. Y atacarlo. Pegarle con una piedra o algo así.

—No puedes hacer eso. Es un tipo grande y fuerte —protestó Kit—. Y va armado.

—Sí. Pero mi voluntad de vivir es mucho más fuerte que la suya. Y eso, amor mío, es una opinión profesional.

—Estás loca. Te matará.

Fiona metió la mano en el bolsillo del jersey de lana y sacó la navaja de hoja deslizante.

—Yo también tengo un arma. Y estoy dispuesta a usarla. Es nuestra única esperanza, Kit. No pienso quedarme sentada aquí y esperar a que me mate.

Kit puso una mano sobre la de ella.

—Ten cuidado. —Frunció el entrecejo ante la incapacidad de sus palabras—. Te amo, Fiona.

Ella se inclinó hacia él y le besó en la mejilla. La fría humedad de su piel le recordó que no había tiempo que perder. Se cercioró de que Blake seguía en la misma posición. Entonces se levantó.

—Vamos a hacerlo —dijo.

CAPÍTULO 57

Caroline miró su reloj. Sentía como si media vida hubiera pasado mientras esperaba sentada en la sala de recepción de la comisaría. Aquello se estaba alargando demasiado.

Por fin, se abrió de nuevo la puerta y el agente que la había atendido salió acompañado por un hombre de apariencia tan gris y monolítica como algunos de los peñascos de una montaña cercana. Su traje gris claro estaba completamente arrugado, y no parecía que le agradara la presencia de Caroline.

—Soy el sargento Lovat —dijo—. Tiene suerte de que yo esté por aquí. Sólo había pasado para darle un mensaje a Sammy.

—¿Le ha explicado la situación?

—Pues, me ha dicho lo que usted le dijo, lo cual no me parece muy claro.

Se apoyó contra el mostrador e inclinó la cabeza, como si la evaluara y no le gustara lo que veía.

Caroline era consciente de que no estaba muy atractiva. Iba despeinada y sabía que probablemente la ropa que llevaba estaba tan arrugada como la del sargento Lovat. No obstante, necesitaba impresionarlo.

—Nunca he hablado más en serio en mi vida, sargento —le dijo—. De verdad creo que algo malo le ha pasado a Fiona Cameron.

—Algo malo, ¿eh? —dijo Lovat, masticando la

palabra como si fuera un chicle de menta.

—Mire, sé que parece una historia rara, pero la doctora Cameron no es una mujer que acostumbre a hacerle perder el tiempo a la policía. Ha trabajado como asesora para la Policía Metropolitana durante años y no creo que ellos estuvieran...

Su voz se fue extinguiendo a medida que se presentaba una solución para su problema. Se había preocupado tanto por transmitir su mensaje, que había perdido de vista el camino más rápido. Respiró hondo y le sonrió a Lovat.

—El inspector detective Steve Preston —exclamó—. Del New Scotland Yard. Por favor, llámelo. Dígale lo que yo le he dicho. Él sabe que no es ninguna broma.

Lovat parecía ligeramente divertido.

—¿Quiere que llame a Scotland Yard sólo porque usted lo dice?

—Sólo le llevará unos minutos. Y puede que salve una vida. Por favor, sargento Lovat. —Se esforzó por obsequiarle una sonrisa fría—. Me parece que sería preferible que llamara usted. Pero si no lo hace, tendré que hacerlo yo.

Lovat miró al policía de guardia y alzó las cejas:

—¿A qué esperas, Sammy? Esto promete ser divertido.

Estaban rodeados por paredes rocosas de unos cuatro metros de alto, que creaban un estrecho canal

que torcía a la izquierda. En cuanto estuvieron al abrigo del desfiladero, Kit le pidió a Fiona que continuara.

—Vete ahora. Déjame. Yo encontraré un lugar donde sentarme.

Ella le dio un abrazo rápido.

—Te quiero —dijo.

Y entonces se fue, alejándose velozmente. Segura y decidida, Fiona se movía con la desenvoltura de un viajero acostumbrado a los terrenos escabrosos de las colinas y las montañas. Al cabo de unos minutos, pudo ver que el desfiladero empezaba a ensancharse, dando a una cuesta rocosa con zonas donde crecían brezos y helechos. Se detuvo para observar la configuración del terreno.

El riachuelo abría su propio lecho a través de la turba; sus orillas eran de un marrón oscuro, achocolatado, orladas por los ásperos flequillos de las hierbas de la meseta y por las pinceladas de color canela de los helechos. Tal como había dicho Kit, había unos diez metros desde el final del abrigo que ofrecía el acantilado. Era imposible saber si Blake sería capaz de deducir por dónde saldría ella o si, simplemente, observaba la cuesta frustrado, preguntándose adónde habían ido a parar.

Fiona se quedó pensando un instante. Si atravesaba el arroyo corriendo, la propia velocidad del movimiento podría llamar la atención. El jersey de lana era de un escarlata brillante. Pero el jersey de cuello alto era gris y los pantalones de un color verde oliva oscuro. Sin el

jersey, tendría un camuflaje perfecto contra las rocas. Valía la pena intentarlo.

Se quitó el jersey por la cabeza y lo tiró al suelo. Luego se acordó de la navaja y la cogió, asegurándose de que la hoja estuviera recogida antes de metérsela en el bolsillo de los pantalones. Se puso de rodillas y se tendió completamente sobre la superficie rocosa. En un avance desesperadamente lento, expuesta casi por completo al peligro, cruzó los diez metros del riachuelo, moviéndose como un cangrejo mientras llegaba a la orilla. El agua le llegaba por las pantorrillas y estaba tan helada que, por un instante, la dejó sin respiración.

Se agachó, apenas asomando la cabeza. Miró hacia la colina, buscando el sitio desde donde vigilaba Blake.

«Te veo», dijo en voz baja. Desde aquel ángulo, él estaba totalmente desprotegido. Podía ver su perfil recortado contra la colina, el cañón de la escopeta sobresaliendo como una prótesis obscena. Tenía la mano cerca de los ojos, como si mirara a través de unos binoculares. Fiona calculó por dónde tendría que salir para cogerlo por sorpresa. El arroyo torcía abruptamente a la izquierda, unos metros más allá del lugar que ella ya había escogido. Utilizando eso como punto de referencia, Fiona agachó la cabeza y empezó a subir por el riachuelo.

Era una ascensión traicionera. Las piedras resbaladizas del lecho del arroyo, cubiertas de algas, y el terreno desnivelado hacían que la subida fuera lenta y torpe. Más de una vez, perdió el equilibrio y se hundió

por completo en las aguas gélidas. Después de su tercera o cuarta zambullida, decidió que era imposible estar más mojada, así que empezó a usar las manos y los brazos para acelerar la marcha, subiendo por el arroyo como un chimpancé.

Estaba tan concentrada en su avance, que llegó a la curva del riachuelo sin darse cuenta de lo lejos que había ido a parar. Se agachó e intentó recobrar el aliento. Si jadeaba como un perro en un día de verano, no conseguiría acercarse con sigilo. Lenta y cautelosamente, Fiona se acercó un poco más a la orilla. Hizo una mueca. Estaba bastante segura de estar mirando en la dirección correcta. Pero no había ni rastro de Blake. Miró en dirección contraria, aguas abajo, para asegurarse de que había subido lo suficiente. No cabía duda. Estaba precisamente donde había querido estar, lo cual significaba que Blake debería encontrarse a unos noventa metros de ella, quizás unos cuatro metros hacia abajo en la montaña. Pero no estaba allí.

La garra del pánico se aferró al pecho de Fiona. Se levantó y observó la cuesta de la montaña. No había señal de su presa. «Mierda», refunfuñó mientras salía con dificultad del riachuelo, dirigiéndose a la parte rocosa de la orilla. Tampoco se le veía desde allí, en aquella parte más elevada del terreno. Sin lugar a dudas, Blake había desaparecido del paisaje.

Eso sólo podía significar una cosa, pensó. Se había asustado cuando ellos desaparecieron bajando hasta el

lugar donde los había visto por última vez. O sea, hacia donde Kit se hallaba tumbado, vulnerable y tan débil como el cachorro más pequeño de una camada.

Fiona salió corriendo como una liebre. Sin importarle su seguridad, atravesó la cuesta empinada tomando un atajo que, según esperaba, le llevaría a la roca donde había dejado a Kit, al principio del cauce. Sus pies chapoteaban dentro de las botas y, mientras corría, resbaló un par de veces, y sólo sus reflejos más rápidos evitaron que se cayera de bruces.

A medida que bajaba la cuesta a toda carrera, lo que había empezado viéndose como una línea oscura en la roca, gradualmente se definía como una brecha. Desde aquel ángulo, parecía una grieta gigantesca en un trozo imponente de piedra. Cuanto más se aproximaba, más se daba cuenta de cuánto se había equivocado al calcular el ángulo. En realidad iba a desembocar en el borde del desfiladero, a mitad del camino. Ajustó un poco su trayecto, pero el descenso era ahora demasiado empinado como para hacer una corrección importante.

Aflojó el paso y empezó a caminar de lado, hasta que llegó al borde del precipicio. Miró hacia atrás, pero el ángulo de la curva era demasiado cerrado para permitirle ver el lugar donde había dejado a Kit. Ahora, sin el esfuerzo de concentración que exigía correr cuesta abajo, el miedo volvía a deslizarse por sus venas como si fuera electricidad.

Fiona aspiró profundamente y emprendió la traicionera ascensión hacia atrás, por la superficie

rocosa. A mitad de camino, se paró de golpe. Podía escuchar la voz de un hombre lleno de ira. Avanzó palmo a palmo para poder mirar otra vez por encima del borde.

Lo que vio hizo que el estómago se le contrajera de puro terror. Allí debajo, a unos cuatro metros, estaba Kit tumbado en el suelo, medio incorporado, apoyado contra el muro de piedra. De espaldas a ella, al lado de Kit, estaba Francis Blake empuñando la escopeta. Fiona no pudo descifrar lo que decía, pero sus intenciones eran obvias. Blake dio un paso hacia atrás y empezó a levantar la escopeta.

Sin detenerse a pensar, Fiona entró en acción. Corrió una breve distancia hacia arriba, por el borde del desfiladero, y se lanzó al vacío. Justo cuando ya le apuntaba con la escopeta, Fiona cayó encima de Francis Blake, y la fuerza del choque hizo que se revolcaran ambos por encima de Kit.

El estallido de un disparo perforó el aire de la montaña.

CAPÍTULO 58

La ciudad brillaba a sus pies como una galaxia de mal gusto, entre el centelleo adiamantado de las estrellas borradas por la contaminación lumínica. Fiona

pensó que quizá fuera todo lo que se merecía. Había subido hasta su mirador preferido del Heath, a pesar del helado aire nocturno, porque quería estar lo más sola que fuera posible sin dejar el corazón de la ciudad.

Con la torpeza de sus manos enguantadas, sacó la carta del bolsillo. Apenas había luz suficiente para ver el membrete, pero tenía que averiguar su autenticidad. El fiscal había decidido que no presentarían cargos contra ella por homicidio sin premeditación. No tendría ninguna consecuencia legal aquel singular minuto de caos en que la escopeta se había disparado y le había volado la mitad de la cabeza a Francis Blake. Finalmente admitieron que no hubo ninguna premeditación en sus acciones; unos segundos más o menos de diferencia, y el desenlace hubiera sido totalmente diferente. Si hubiera saltado antes sobre él, Fiona podría haber fracasado en su forcejeo por arrebatarle la escopeta. Si hubiera saltado después, Blake habría disparado y habría matado a Kit. De algún modo, milagrosamente, había saltado en el momento preciso. El cañón de la escopeta retrocedió mientras daban vueltas en el suelo, el dedo de Blake apretó el gatillo y, de repente, todo acabó.

Tanto Fiona como Kit también resultaron heridos, y tal vez eso fue lo que hizo que la policía le creyera, cuando declaró que no había tenido ninguna intención de matar a Blake, al lanzarse sobre él desde el borde del desfiladero. Habría sido mucho menos creíble si ellos no hubieran sufrido ningún daño colateral.

Realmente no podía culpar a la policía por su incredulidad. Debió de ofrecer una imagen más bien extraña, tambaleante en la colina, cubierta de fango y sangre y empapada hasta los huesos. Mareada por el choque y la fuerte impresión, tuvo, no obstante, suficiente aplomo como para quitarle al cadáver de Francis Blake la chaqueta acolchada y usarla para abrigar a Kit. Luego le dejó allí y anduvo los últimos kilómetros que la separaban de la carretera transida de miedo y de dolor, pues, cada vez que daba un paso, experimentaba una asquerosa oleada de agudo dolor en el hombro que había recibido el impacto de los perdigones en el momento fatal.

Sólo la adrenalina la había sostenido hasta que llegó a la carretera. Cuando por fin salió de entre los árboles, la cabina telefónica donde había dejado a Caroline brilló como un espejismo a través de la neblina de su agotamiento. Llegó tambaleándose hasta allí y marcó el número de los servicios de urgencia. El alivio que sintió cuando habló con un agente de policía casi hizo que cayera de rodillas.

Un coche-patrulla llegó al cabo de unos minutos. De alguna manera consiguió contar todo lo que le había pasado. Y como Caroline había conseguido que la policía hablara con Steve, tomaron en serio su versión. Pero, aun así, sospechaban.

Afortunadamente habían enviado un helicóptero de urgencias para llevar a Kit al hospital. En cambio, ella no había tenido tiempo de disfrutar de su alivio;

mientras el enfermero de la ambulancia le extraía los perdigones de plomo del hombro, los policías no le quitaban ojo; la miraban con caras sombrías y poco compasivas, afanosos por encontrar algo que fallara en su versión.

Pero finalmente la creyeron. Todos, desde Steve hasta Sandy Galloway, le habían asegurado que no había ninguna probabilidad de que presentaran cargos en su contra, pero transcurrieron unas semanas angustiosas hasta que le llegó la notificación oficial.

Fiona no sabía exactamente qué era lo que sentía. Una parte de ella creía que merecía algún tipo de castigo por haberle quitado la vida a otro ser humano. Pero su yo racional seguía diciéndole que era tonto suponer que cualquier comunicación oficial fuera a mitigar ese sentimiento de culpabilidad tan íntimo. Y no podía negar que experimentaba una sensación de alivio, al no tener que volver a vivir aquellos segundos terribles en que tuvo que tomar una decisión a vida o muerte.

Resultaba irónico que la única persona que nunca apareció en un juicio relacionado con los asesinatos de Francis Blake fuera el falso confeso, Charles Redford. Éste languidecía en la cárcel esperando la celebración del juicio, acusado de perturbar el curso de la justicia, de emplear amenazas de muerte y de llevar a cabo otros delitos tipificados en el Decreto de Protección contra el Acoso Sexual. Estaba preso en el mismo pabellón que Gerard Patrick Coyne, quien se enfrentaría a un jurado por el asesinato de Susan Blanchard. El hecho de que

los dos hombres vinculados con los crímenes de Francis Blake estuvieran tan cerca ofrecía una simetría que le gustaba a Fiona.

Un ruido de pasos en el camino interrumpió sus pensamientos. Volvió la cabeza y vio acercarse una silueta conocida. Fiona volvió a contemplar las luces de la ciudad, poco dispuesta a aparentar que ansiara tener compañía.

Steve tosió aclarándose la garganta:

—Sabía que te encontraría aquí. Kit me dijo que habías salido a dar un paseo.

Permaneció de pie, cerca del banco donde estaba sentada, con la incertidumbre reflejada en el rostro.

—¿También te dijo que quería compañía?

Steve parecía avergonzado:

—Sus palabras exactas fueron: «Sé dueño de tu propia vida, amigo. Ella está por ahí haciéndose la Greta Garbo».

Fiona suspiró.

—Ya que estás aquí, ¿por qué no te sientas?

Habían reconstruido casi todos los puentes de su amistad durante las últimas semanas, pero la sensación de que Steve la había traicionado de algún modo todavía anidaba en el corazón de Fiona. Era algo que también quería que desapareciera de su conciencia, junto con el recuerdo de haber matado a Blake.

Steve se sentó a su lado, manteniendo una cierta distancia.

—Kit también me comunicó las últimas noticias.

—¿No lo sabías ya? Supuse que habías venido por eso —dijo Fiona.

—No. He venido porque por fin he logrado que Sarah Duvall me diera una copia del diario de Blake. Lo empezó mientras estaba preso, y estuvo escribiéndolo hasta un par de días antes de su muerte. Estaba escrito en clave, pero el código era bastante simple, y Sarah hizo que lo transcribieran. Pensé que te interesaría verlo.

Fiona le dio las gracias asintiendo con la cabeza.

—Contiene todos los aspectos prácticos: cómo hizo sus planes y cómo los llevó a cabo —prosiguió Steve—. También cuenta cómo se deshizo de la policía española cuando se suponía que estaba allí, en Fuengirola. Resulta que tiene un primo que vive en España. Ese primo le prestó su coche, y se quedó en el chalet mientras Blake estaba en el Reino Unido y en Irlanda, matando a Drew Shand y a Jane Elias. Se parecían bastante y, como la policía española veía a alguien que cuadraba con la descripción de Blake cada vez que pasaban por el lugar, un par de veces al día, no se les ocurrió que no fuera él.

Fiona asintió con la cabeza, con indiferencia.

—Entiendo.

—Pudo entrar sin problemas en el Reino Unido y en Irlanda porque, por supuesto, no había ninguna alerta general sobre él. Consiguió toda la información que le hacía falta en Internet y también consultando material publicado sobre sus víctimas. Incluso logró encontrar la

cabaña de Kit a través de los archivos del Registro Catastral. Era listo el cabrón. Se aseguró de todos los detalles. El único error que cometió fue el de no tener en cuenta las cámaras de circuito cerrado del mercado de Smithfield.

—Todo eso es fascinante, Steve. Pero ¿responde ese diario a la cuestión importante?

—¿Te refieres al móvil?

—¿Y a qué, si no?

Tratando de desentrañar los motivos, ella había dejado de dormir muchas noches. Sabía que tenía que haber alguna motivación coherente en las acciones de Blake, aunque sólo a él le pareciera racional. Pero, hasta el momento, no había podido comprender por qué quería vengarse de los escritores de novelas policíacas.

—Es retorcido, pero tiene algún sentido —dijo Steve.

—¿Acaso no siempre tiene sentido? —dijo Fiona irónicamente—. Y bien, ¿cuál es la historia?

—Blake estaba consumido por el deseo de vengarse por lo que le había sucedido. Pero sabía que, si intentaba vengarse de forma directa, nunca saldría impune. Cuanto más pensaba en ello, más cuenta se daba de que había personas que, sin ser policías, podía considerar también culpables.

—¿Los escritores de novelas detectivescas? —preguntó Fiona—. Sigo sin entender.

—Blake suponía que, si la policía no hubiera contratado a un especialista en perfiles psicológicos, su vida nunca habría sido destruida. Pero, al mismo

tiempo, se le ocurrió pensar que estos especialistas eran tomados en serio porque se habían transformado en héroes infalibles. ¿Y quién los había transformado en tales?

Fiona soltó un profundo suspiro.

—Todas sus víctimas escribieron novelas en las que el especialista en perfiles era quien descubría al asesino. Y esas obras inspiraron películas y series de televisión que llevaron esa idea a un público mucho más amplio. Así que, al final, eran ellos los responsables.

—Más o menos —coincidió Steve.

—Y presenciar el asesinato de Susan Blanchard le hizo darse cuenta de que no era un tabú demasiado difícil de romper —dijo Fiona, casi hablando consigo misma. Alzó la vista para mirar a Steve—. ¿Habla en el diario de ese asesinato?

—Interminablemente. Dice que le excitó mucho. Que le hizo entender que el asesinato era la cosa más poderosa que una persona podía hacerle a otra.

—Siempre se reduce a una cuestión de poder —dijo en voz baja. Fiona se levantó—. Gracias, Steve. Necesitaba saberlo.

—Ya me lo imaginaba.

—¿Te gustaría venir a cenar? Estoy segura de que Kit estará esperándote.

Steve se puso en pie.

—Me encantaría, pero no puedo. —Agachó la cabeza, y luego la levantó y la miró con expresión burlona—. He quedado con Terry para tomar unas copas.

Fiona sonrió.

—Ya tocaba —dijo, dando un paso hacia delante para abrazarlo—. Empezaba a aburrirme de deciros a los dos lo mal que os estabais entendiendo.

—Sí, bueno. No digo que la haya perdonado por lo que hizo. Pero ambos creemos que deberíamos, como mínimo, escuchar lo que el otro tiene que decir, ahora que las cosas se han calmado un poco.

Fiona echó un vistazo al Heath.

—¿Es eso lo que ha pasado?

—¿No es lo que siempre pasa después de poner al mundo patas arriba? —dijo Steve—. Aunque tarde, al final las aguas siempre vuelven a su cauce.

EPÍLOGO

Querida Lesley:

Te escribo para despedirme.

Si aún estuvieras entre nosotros, sabrías que me he convertido en una psicóloga que realmente no cree en esa clase de método terapéutico, pero, ya que he aceptado la terapia del estrés postraumático, estoy moralmente obligada a hacer lo que recomienda el profesional, sin tener en cuenta lo tonta y cohibida que eso me haga sentir.

Es asombroso hasta qué punto desconocemos las causas de nuestras reacciones. Ni siquiera las profesionales formadas como yo alcanzamos a entender nuestras propias motivaciones. Pero lo que he llegado a comprender es que tu muerte y la

forma en que ésta tuvo lugar nunca me han abandonado, por mucho que haya intentado fingir lo contrario. Ha sido un legado de dolor y de culpabilidad. Me sentía culpable porque te animé a ir a Saint Andrews, en vez de pedirte que te quedaras a vivir conmigo en Londres. Me sentía culpable porque yo sobreviví y tú no. Yo era tu hermana mayor y se suponía que debía protegerte, y no pude. Me sentía culpable porque no batallé lo bastante con la policía para que descubrieran al asesino. Y me sentía culpable porque no pude impedir lo que le ocurrió a papá después de que tú murieras.

Aparte de todo eso, estaba el dolor de la pérdida. En todos y cada uno de los momentos importantes que he vivido, he sido consciente de tu ausencia y me he preguntado qué habrías sido capaz de hacer y cómo se habría desarrollado tu vida. Observo cómo Caroline cambia y crece, la veo equivocarse y acertar maravillosamente e imagino cómo habrías hecho tú las cosas de una forma distinta.

A veces contemplo a Kit y lo que más deseo es que vosotros os hubierais podido conocer. Sé que os hubieseis gustado. Sois las dos personas que más amo en el mundo. ¿Cómo podría ser de otra manera? Puedo sentir el tiempo que hemos perdido, la felicidad que hemos perdido, y eso me desgarra. Te echo tanto de menos, Lesley. En casi todos mis mejores recuerdos, tú ocupas el centro de la imagen. Eras tú, con el don del optimismo, la dadora de gracia. Yo estaba tan orgullosa de ti, y nunca te lo dije. Te amaba tanto, tanto, y nunca te lo dije. Moriste sin saber lo mucho que yo te quería, y ése es otro de mis remordimientos más amargos. Y dado que el sentimiento de culpa y el dolor han sido tan intensos, durante tanto tiempo, había perdido toda idea de la bendición que eras para nosotros cuando vivías. Lo que intento hacer ahora es sacar las cosas bonitas de los escondrijos de mi memoria y ponerlas en el primer plano, con la esperanza de que poco a poco ahoguen el dolor, evitando que éste configure la forma en que veo el mundo.

Lo que también tengo que aceptar es que el otro legado de tu asesinato ha sido mi vida profesional. Por ti escogí avanzar en esta dirección concreta. Era como si sintiera que, por haberte fallado, tenía que hacer lo que pudiera para evitar que algo parecido les sucediera a otras personas. Supongo que buscaba una especie de redención.

De modo que tengo que reconocer que, cuando Kit desapareció, mi subconsciente probablemente se aferró a esa oportunidad que se me brindaba de encontrar mi propia salvación salvándolo a él. Viéndolo retrospectivamente, yo hubiera podido, y debido, hacer más para obligar a la policía a tomar medidas. Pero, en cierto modo, ahora admito que casi quería que me rechazaran, para así verme obligada a andar por la cuerda floja.

No esperaba salir de esta experiencia con sangre en las manos y otra clase de sentimiento de culpabilidad.

Y cuando vi que el hombre al que amo se enfrentaba a la muerte, ninguna de estas consideraciones entró en juego. Simplemente actué sin pensarlo ni vacilar, haciendo lo único que podía hacer.

Pero todavía me despierto por las noches oyendo el sonido de un disparo y con ese recuerdo de pesadilla del momento en que la cabeza de Francis Blake me estalló en la cara.

La única asignatura pendiente, según mi terapeuta, es la necesidad que tengo de reconciliarme contigo. Y eso pretende esta carta. Supongo que lo que he tenido que aceptar es la imposibilidad de cambiar el pasado. He tenido que aceptar que lo que te pasó a ti, y a nosotros como familia, no es culpa mía, sino del hombre que te arrebató la vida.

Supongo que temía que, si me confesaba eso a mí misma, no tendría ninguna justificación para seguir haciendo lo que hago tan bien. Estaba equivocada. Lo que hago vale la pena por sí mismo. Probablemente nunca habría elegido esta profesión si tú no hubieras muerto en el momento, y de la manera, en que te tocó morir. Pero eso no debería ser una carga para mí. Igual

que mi amistad con Caroline, es un regalo que tu muerte me dejó.

Entender eso y aceptarlo son dos cosas distintas, por supuesto. Pero casi con total seguridad, una cosa conducirá a la otra, y esta carta supone un paso en esa dirección.

Así que me despido de ti. Nunca te olvidaré ni dejaré de amarte. Lo que espero es dejar de sentir que te debo algo que nunca te podré dar.

Con amor,

Tu hermana

FIONA

AGRADECIMIENTOS

Algunas personas me han prestado sus conocimientos con la esperanza de evitar que cometiera demasiados errores. De modo que agradezco la pericia lingüística de la doctora Sandra Truscott; los conocimientos de su lengua materna y la ayuda para salir de los atolladeros de Karin Slaughter; a Ron Mackay todo lo que sé sobre cómo relacionar los crímenes y establecer perfiles geográficos; a la doctora Sue Black su sabiduría forense; los detalles del procedimiento policial, a Peter N. Walker y Roger Forsdyke; las preguntas legales de última hora, a Sue Cragg; y los esfuerzos incansables que me dedicaron, a esa investigadora incomparable que es Mary Carter y a la eternamente paciente Daphne Wright. Sobre todo,

gracias a Brigid Baillie por sus habituales sugerencias legales y por ser siempre la persona adecuada, en el momento y el lugar adecuados.

Y, por supuesto, gracias a Lara Croft, sin cuya ayuda sin duda me hubiera vuelto loca.